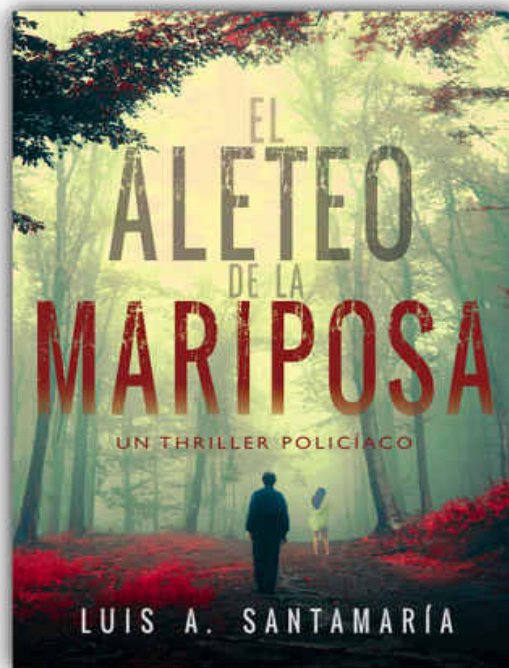


TRILOGÍA OLI

LOS TRES LIBROS EN UNO



LUIS A. SANTAMARÍA

Serie Oli

Luis A. Santamaría

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Autor: Luis A. Santamaría

Diseño de cubierta: Luis A. Santamaría
Imágenes de cubierta: Shutterstock
Fecha edición: abril de 2018

Parte 1

EL SECRETO DE OLI

Luis A. Santamaría

Prólogo

—La diferencia entre lo imposible y lo posible, Morgan, radica en la determinación.

—¿Quién ha dicho semejante majadería?

—No lo sé, creo que algún entrenador de la liga americana de béisbol.

—Pues se equivoca.

—¿En serio lo cree? Eso es porque no ha visto lo mismo que he visto yo.

—Estaría bien que algún día me contara algo de todo eso, Salas. Es usted un viejo fascinante, mi mejor amigo aquí, pero no conozco ni un ápice de su vida en el exterior.

—No hay mucho que contar. ¿Qué sabe del amor, Morgan?

—Es ese incómodo aleteo de mariposa que se te forma en el estómago y te roba el apetito. Todo un engorro.

—El problema no es tener mariposas en el estómago, sino no saberlas colocar en formación de combate.

—¿Supo usted gobernar a su ejército de mariposas, doctor?

—Ni por asomo. Mi vida sentimental resultó ser un desastre. Sin embargo, tuve la fortuna de presenciar la historia de amor más increíble que se pueda dar en la vida real. Y esto, salido de la boca de un viejo verde como yo, significa mucho.

—¿Una historia de amor? Pensé que éramos dos hombres escarmentados que no pensaban en esas cosas. En su caso, parece que me equivoqué.

—No sea gamberro, Morgan. Quizá algún día se la cuente, y entonces llorará de emoción como una niña con trenzas.

—¿Es por eso que está aquí encerrado?

No hubo respuesta, pues la mente del anciano cambió de objetivo al pisar esta una masa de excremento. No una defecada

por algún animal doméstico o de granja, ya que en el recinto no se podía encontrar a ninguno. Alguien había decidido hacer sus necesidades allí, sobre la hierba del patio, con tan mala suerte que fue el pie del doctor Salas el que se posó precisamente sobre la plasta.

Se limpió como pudo, frotando la suela de la zapatilla contra el propio césped, y Morgan y él prosiguieron el paseo a paso de tortuga. No había ninguna prisa por llegar a ninguna parte. Frente a ellos se extendía una vasta explanada de cientos y verdes metros cuadrados que parecía no tener fin. Pero se trataba tan solo de una exageración, pues a lo lejos, casi imperceptibles a la vista desde su posición, se encontraban las vallas. A su alrededor no se veía más vida que la de los celestiales gorriones viajando de un árbol a otro, aunque hacía un rato un adolescente se había detenido frente a Morgan, y, tras zarandearle de las solapas con violencia, le había soltado un señor escupitajo en la cara. Ahora todo lo que se oía era algún alarido de vez en cuando, proveniente de dentro del edificio principal, y que de tanto oírlos ya ambos hombres casi se habían acostumbrado.

—¿De qué hablábamos antes de que los pies se me llenaran de mierda?

—Le preguntaba que por qué está usted aquí. ¿Es por esa historia de amor tan alucinante? ¿Cometió alguna locura?

El anciano lanzó una risa socarrona.

—Si le dijera que así es..., ¿se interesaría entonces por la historia, o sigue usted manteniendo que es todo un hombre escarmentado?

—Tan solo tengo curiosidad por saber qué fue lo que hizo para que le metieran aquí dentro.

—Estoy aquí por culpa de una gamberrada de Oli.

Morgan frunció el entrecejo.

—¿Quién es ese Oli?

—Mi nieto. Todo es por culpa suya.

—¡Vaya! No parece que su nieto sea un pequeño demasiado dulce.

—Ahí es donde se equivoca, Morgan. Es incluso demasiado dulce. El ser humano más extraordinario que existe, diría. Oli hizo

possible lo imposible.

Capítulo 1

«Os contaré la historia sobre cómo fui completamente engañado por la persona que más quería.»

Las palabras resuenan majestuosas. Su solitaria silueta resalta en el escenario al contraluz que provocan los focos. La audiencia del teatro, de una magnitud imposible de calcular desde donde él se encuentra, lo escucha atenta, oculta entre la penumbra. Lleva puestos unos tejanos desgastados y una chupa de cuero marrón. Tras el micrófono de pie, empieza su historia con voz vigorosa:

«Para que podáis comprenderla bien, es necesario que retroceda bastantes años atrás en el tiempo. Concretamente a comienzos de los años ochenta. Sí, creo que será suficiente.»

7 de febrero de 1983

Había pasado los últimos nueve meses completando el Servicio Militar Obligatorio en Zaragoza, muy lejos de mi bonito pueblo pesquero. Por fin había llegado la hora de regresar a casa. Tras muchas horas de viaje en autobús, recibí en la estación la primera de las muchas sorpresas que me esperaban aquella semana: mi prima pequeña buscándome con la mirada en el andén. Aquello no tenía mucho sentido, ya que ella no tenía carné de conducir y además la estación de autobuses se encontraba a escasos veinte minutos a pie de la casa donde vivían mis padres. En cualquier caso, allí estaba mi primita, ondeando las manos con insistencia para que la viese desde mi asiento y, una vez en tierra firme, achuchándome entre sus brazos como si hubiera sobrevivido a alguna guerra horrible. Supongo que lo creía de veras.

Yo nunca le había caído bien, y aunque el sentimiento era mutuo, reconozco que me reconfortó ver una cara familiar después de meses durmiendo con hombres generadores de todo tipo de gruñidos, flatulencias o ronquidos. Recuperé mi equipaje y nos pusimos en camino a través de las pedregosas callejuelas del centro. Mientras tanto, nos íbamos contábamos las novedades con muchísimo entusiasmo.

—No seas pesada, Berta, que eres inaguantable. Cuando lleguemos a casa lo contaré todo.

—¿Estás de coña? ¡Cuéntame cosas ahora!

No dejaba de dar irritantes saltitos a mi alrededor, amargándome la vuelta a casa. Me ponía de los nervios.

—¿Has traído algún arma? —quiso saber.

«Ojalá lo hubiera hecho», pensé, mordaz.

—¿Has matado a mucha gente?

«No, al menos hasta esta tarde.»

—Pero, ¿adónde vas? —preguntó.

Me había desviado. No es que no recordara el camino a mi propia casa. Solo quería dar un rodeo para ver la playa de nuevo; volver a sentir el tacto de la arena negra, tan genuina, en las plantas de mis pies desnudos; escuchar las olas al romper; puede que ahogar a mi repelente prima.

—Solo será un momento, Berta. Te prometo que enseguida nos vamos a cas... ¡Joder, qué fría está el agua!

—Eso es porque es invierno, listillo —explicó ella, en un alarde de inaudita sabiduría—. Y además, está a punto de llover, así que saca los pies de ahí y vámonos ya.

Las primeras gotas de lo que sería una importante tormenta habían empezado a caer, y lo hacían como el preludeo del sencillo acontecimiento que iba a cambiar mi vida para siempre. Cuando me giré para regresar a la zona donde la arena se mantenía seca, divisé que algo se movía con violencia a lo lejos, bajo una toalla. Al concentrar la vista, vi que se trataba de una chiquilla luchando por salir de la playa sin mojarse. Y de una manera muy divertida, por cierto.

—¡Eh! —grité a pleno pulmón—. ¡Tenemos un paraguas!

—Tengo un paraguas —matizó Berta, acompañando el irónico comentario con un punzante codazo.

La joven, que a juzgar por su generosa delantera no era tan niña como me pareció en un principio, se giró hacia nosotros un tanto sobresaltada.

—¿Eh? ¡Ah! —fueron sus sinceras palabras.

La tormenta se había encrudecido en cuestión de segundos y el viento se había unido a la fiesta de la naturaleza, por lo que la chica de la toalla, desesperada, se acercó dando graciosos brincos a nuestra posición. Mientras tanto, Berta abría el paraguas a regañadientes y yo me calzaba de nuevo.

—Toma, cúbrete. —Le ofrecí el paraguas con galantería, dejando a Berta completamente al descubierto. Total, su pelo parecía el de una rata ya de por sí—. Me llamo Alfonso. Y esta de aquí es mi prima Berta.

—Vaya, muchas gracias. Creí que volvería a casa empapada, como de costumbre. Jo, ¡mirad mi pelo! —se quejó la desconocida.

Me miró a los ojos con talante sumiso, y juro por mis muertos que aquella combinación de iris azul y revuelto de pecas me impactaron más que la primera vez que oí a mi comandante cantar en la ducha.

—Bueno, yo soy Verónica —se presentó.

Quedé petrificado ante tal inocente belleza.

Verónica vivía de camino a casa de mis padres, así que para nosotros no supuso ninguna molestia acompañarla. Para mí menos que para mi prima, se entiende. Durante la caminata estuvimos charlando para conocernos mejor. Mi pariente se mantuvo en silencio casi todo el camino, y como mucho rebuznaba porque no le cubría con su paraguas y tan solo me preocupaba de la niña pecosa. A pesar de que la tormenta golpeaba ya con fuerza, yo siempre guardaré un estupendo recuerdo de aquellos primeros minutos con Verónica.

—¿Qué hacías tú sola en la playa sin paraguas? —quise saber.

—Colecciono conchas —respondió con contagioso entusiasmo mientras se cobijaba en mi brazo—. Y cada vez que saco un paraguas, lo pierdo o se me rompe. Me he dado ya por vencida.

—Por suerte me has encontrado a mí.

¿Qué clase de frase de chulo de película de los años ochenta había sido esa? Era evidente que tanto tiempo rodeado de hombres había pasado factura. ¿A quién quiero engañar? En realidad nunca fui muy bueno con las chicas. Provocan en mí un extraño fenómeno que hace que mis cuerdas vocales desciendan a mi entrepierna, dilatando todo a su paso e impidiéndome expresar con lucidez. Era un auténtico desastre en esas lides. Sin embargo, en contra de lo que solía suceder en esos casos, ella me observó de reojo por debajo del flequillo rojizo y sonrió con picaresca.

—Y por lo que veo, ha sido de casualidad —dijo—. ¿De dónde vienes con esa maleta? —Desde el principio me quedó claro que Verónica, a pesar del trato dulce y su físico achuchable, no era una chica que se andaba por las ramas.

—Vengo de Zaragoza. He estado haciendo la Mili.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Anda! Así que, ¿esa ropa que llevas no es ningún disfraz?

—No, no es ningún disfraz —balbucí, un tanto confundido. No sabía si se estaba quedando conmigo o es que la muchacha era así de ingenua. Hoy es el día en que continúo sin tenerlo claro del todo.

—¡Qué guay! Bueno, este es mi portal. —Señaló con el mentón un viejo portón de madera, de esos con una enorme aldaba de hierro en forma de cabeza de león que parecía transportar a uno a la Edad Media.

—Ya era hora —añadió Berta en voz baja.

Después de dar a mi prima un puntapié en el tobillo, me concentré en despedirme de Verónica. No sabía muy bien qué debía decir. Por suerte ella fue la que habló, como ya venía siendo habitual.

—Ha sido un verdadero placer, Alfonso.

—Lo mismo digo —acerté a articular.

Le di dos besos en la mejilla y, aturdido, me dispuse a continuar ascendiendo la calle pedregosa con la pobre compañía de mi pariente. Cuando ya había avanzado unos metros, volví a escuchar su voz a mi espalda:

—¡Alfonso!

Me giré hacia la puerta, donde todavía estaba ella. Deseaba que corriera hacia a mí y me dijera que me quería con locura y que

no podía vivir sin mí. Después nos comeríamos a besos, como sucedía en una de esas películas románticas que tanto disfruto en mi intimidad más secreta. Por supuesto, no es eso lo que ocurrió.

—¡Te vas sin el paraguas! —Sí, claro, juro que eso fue lo que dijo, palabra por palabra.

—Quédatelo. Así ya tienes uno para perder o romper mañana mientras buscas conchas.

Por alguna razón que escapa a mi entendimiento sobre el romanticismo, ese comentario debió de haberle complacido más de lo esperado, porque sonrió de una manera encantadora y se me quedó mirando en silencio durante unos segundos.

—¡Eh, que el paraguas es mío! —protestó Berta, antes de que la silenciara tapándole la boca con la mano.

—Oye, mañana tengo pensado salir un rato por la taberna —dijo la dulce pelirroja desde el rellano—. Si te apetece venir, a lo mejor te recompensó por el favor de hoy.

Esas espontáneas frases penetraron en mi pecho (y en mis testículos) como dardos envenenados.

—¿Cómo? —inquirí como un imbécil de catálogo. Esa era mi clásica respuesta para ganar tiempo cuando en realidad no sabía qué más decir.

—Que si quieres, mañana por la noche nos vemos en la taberna, Soldado.

Soldado. ¿Qué le estaba pasando a esa chiquilla? En un momento había pasado de ser la torpe e inocente niña que corre bajo una toalla a ser toda una Sharon Stone en potencia.

—Claro, hum... allí estaré —fue lo único que acerté a decir.

Y así, tal y como vino, se internó en el edificio y me quedé a solas con mi querida primita caminando, esta vez sí, a casa.

—Qué guarrilla, ¿no? —soltó Berta de repente, con todo descaro.

En un primer momento me sorprendió tan extraña confesión. Me sentía demasiado feliz como para tener lucidez.

—Chica, no seas tan dura contigo misma. Estás algo mojada, eso es todo —resumí, torciendo luego el gesto.

—¡Me refería a ella, imbécil!

—¿Ella? —La miré perplejo—. A mí me ha parecido una chica muy simpática —contesté con la ingenuidad de un niño de colegio a quien le acaban de dar un besito en la mejilla por primera vez.

—Vamos, que te gusta —incidió la otra, que arrugó la nariz.

—Cállate ya y lleguemos a casa de una vez por todas.

La sonrisa bobalicona que se había dibujado en mi rostro me estaba delatando, tanto que incluso mi descerebrada pariente se había dado cuenta. En pocos minutos estábamos en casa: un humilde bajo situado junto a la iglesia, en el casco antiguo, que tenía los marcos de las puertas desgastados y las paredes amarillentas. Nada más llegar recibí la calurosa bienvenida de mi madre. Disfruté de una merecida ducha caliente en mi baño de siempre, y no volví a pensar en la niña pecosa hasta que me acosté, segundos antes de apagar la luz de la mesilla y sumergirme en mi subconsciente.

Capítulo 2

12 de octubre de 2006

Y ahora, ¿qué? ¿Qué se suponía que debía hacer un niño de diez años en un momento como aquel?

Oli miraba hacia esa lejana línea que, según le habían dicho, separaba el cielo y el mar. Las lágrimas empapaban su rostro. Pensaba en lo difícil de entender que eran algunas cosas a veces, en concreto las cosas que solo un mayor debería experimentar. No podía entender que la persona a la que más quería se acabara de ir al Cielo para siempre. Sin embargo, la vida parecía seguir su curso como si nada importara. Aparentemente, nada había cambiado: los barcos de pesca continuaban saliendo del puerto de Ámbar haciendo sonar sus sirenas, y en los bares de la costa seguían sirviendo refrescos, cafés y bebidas con alcohol que él nunca —o casi nunca— había probado. Incluso una solitaria gaviota patiamarilla, que se acababa de posar sobre la roca en la que se hallaba sentado, lo miraba como si las lágrimas del niño no fueran en realidad con ella.

Para él la vida nunca volvería a ser igual. La persona que le había enseñado a leer, a atarse los cordones de los zapatos, y a diferenciar entre la música buena y la *música actual que se toca sin instrumentos* ya no le miraría a la cara nunca más; tampoco le sonreiría, ni, por supuesto, le daría una lección. Un niño jamás debería pasar por aquello y mucho menos, después de... bueno, después de lo que hizo.

—¡*Mecachis* en la mar! —exclamó.

Una ola de las grandes había chocado con fuerza contra la roca, empapándole los pies desnudos. Oli adoraba la playa negra de

Ámbar, pero aborrecía mojarse las piernas porque eso significaba tener que mancharse de arena mojada para regresar a casa. Y la arena mojada le daba repelús.

Después de secarse a duras penas con las manos y asegurarse de que estaba sentado en el punto más alto de la roca —por si otra ola traicionera decidía acercarse—, regresó a su propia tragedia. Los últimos meses no habían sido fáciles. Aún no sabía por qué decidió hacer aquello, pero el caso era que lo hizo con todas sus consecuencias.

Y a fe que lo hizo bien.

¿Por qué lo haría? ¿Qué clase de duendecillo maligno se había metido en su cabeza para obligarle a hacer algo así?

Miró a su izquierda y comprobó cómo se alejaban los últimos nubarrones negros que habían tenido al pueblo encapotado durante tantísimos días. Bajo el cielo, los primeros rayos de sol acariciaban la arena, de color gris ceniza, que cubría la playa. Esta no era muy profunda, aunque sí extensa (abarcaba Ámbar de este a oeste). Agrupaba en la primera línea del paseo marítimo coquetos dúplex de ladrillo visto. Algunos de ellos, según aseguraban los más viejos del lugar, eran antiguos palacetes de verano que correspondían a la burguesía de los años cincuenta. Otros muchos constituían modernas remodelaciones que resultaban la envidia de la villa. A lo lejos, sobre el acantilado y en dirección oeste, se alzaba el faro de Ámbar. Como un imponente guardián que vigilaba la entrada y salida del puerto, servía de guía a los barcos pesqueros de la zona.

El niño fijó sus azules ojos en un punto lejano: un anciano se alejaba con exagerada lentitud. Caminaba con la mirada clavada en el suelo, bordeando la orilla en dirección al faro. Su paso era tan pesado que a Oli le pareció que no llegaría al final de la playa hasta la mañana siguiente. Al verle marchar, sintió que finalizaba una etapa de su vida que jamás olvidaría.

El monótono murmullo que producía el choque de las olas contra la orilla lo irritaba, impidiéndole recordar con claridad todo lo sucedido durante aquellas semanas tan sombrías. Lo que estaba claro era que no había estado mal para un mocoso que ni siquiera sabía pelar una manzana. Todo había empezado unos meses atrás,

el 23 de junio de 2006, denominado por el propio Oli como el Día Importante.

23 de junio de 2006

Tendido sobre su cama y vestido con su pijama de cohetes espaciales, Oli contemplaba el techo de su habitación con los ojos abiertos en forma de balón de fútbol. Eran las seis y media de la tarde, y la penumbra predominaba en el dormitorio en torno a la figura inmóvil del niño.

El miedo lo tenía petrificado. En la pared, junto a la cama, la ventana permanecía abierta. A Oli le fascinaba asomarse para observar la playa. Tenía por costumbre subirse al colchón —aunque mamá siempre le dejaba bien claro lo prohibido que estaba pisarlo—, y observar cómo las gaviotas patiamarillas, capaces en realidad de engullir cualquier cosa, volaban y aterrizaban en la arena para repartirse el succulento botín que quedaba esparcido por la playa.

Pero aquel atardecer Oli no se subió a la cama para ver a las gaviotas volar, aterrizar en la arena y repartirse aquellos restos de comida. No podía moverse, de hecho.

«Ojalá fuera una de ellas», cavilaba, sumido en la tristeza.

¿Qué iba a hacer él a partir de ahora? ¿Moriría allí mismo, en su cama? Lo cierto era que no se encontraba nada bien.

Encogido contra una esquina y utilizando un cojín como escudo, aguardó en silencio a que el miedo se esfumara. Un sudor frío le recorría la espalda desde el cuello hasta el pompis, y no podía parar de temblar. La oscuridad, en su sentido más amplio y universal, había venido para quedarse, impregnando el dormitorio de una atmósfera agobiante. Oli había oído a algunos mayores hablar sobre el remordimiento de conciencia, pero, si era eso lo que le estaba pasando, no le habían advertido de lo mucho que dolía.

Había algo, no obstante, que le hacía incluso más daño que ese dichoso remordimiento del que tan poco sabía. En la habitación contigua, un desconsolado llanto resaltaba por encima del silencio. Oli pegó la oreja a la pared que dividía ambos dormitorios, y

escuchó a papá procurando disimular el llanto. La pena invadió a Oli en todo su ser. Al parecer, papá iba a mantener la desgracia en secreto.

Pero Oli lo sabía todo.

Los mayores solían decir de Oli que, comparado con Javier, Telmo, Omar, y los demás niños de su edad, era atento, educado, y tan astuto como poco inteligente. Había aprendido a leer a una edad muy tardía, le costaba comprender los problemas de matemáticas más sencillos y, hasta hacía bien poco, se orinaba en las sábanas por las noches. Él detestaba aceptar todo aquello, pero ante todo se consideraba un niño sincero consigo mismo, así que no le quedaba otra que asumir las críticas. No obstante, en aquella ocasión el niño sabía cosas que papá desconocía y jamás debería conocer.

Había hecho algo extraordinario. O algo extraordinariamente perverso, no lo tenía claro del todo. ¿Y si lo descubrían? ¿Qué castigo merecería? Bajo su punto de vista, había obrado de la manera más heroica y noble posible, digna de esos caballeros que aparecían en los cuentos que le solía leer mamá cuando era un niño (no como ahora, que ya era todo un jovencito). Aquellos que montaban sobre caballos de pelaje blanco y luchaban contra ogros y dragones. Pero el llanto de papá hacía que los caballeros de los cuentos desapareciesen, y entonces no podía evitar sentirse el niño más malo del universo, casi tanto como los propios ogros y dragones.

«¿Por qué lo he hecho, Aquiles?», susurró volviéndose hacia su amigo del alma, que no se había movido de su lado en toda la tarde.

Eran simplemente inseparables. El cuadrúpedo había llegado a casa casi al tiempo de nacer Óliver. Por aquel entonces era una diminuta bola de pelo devoradora de cualquier elemento que se le antojara comestible. Ahora pesaba 45 kilos, lo cual, según el niño, lo convertía en el perro más grande del planeta (un día incluso probó a montarlo sobre el lomo para cabalgar por la playa, con catastróficos resultados para ambos). Aquiles dormía con Oli, comía con Oli y siempre lo acompañaba cada tarde en sus grandes paseos. Algunos niños jugaban a la pelota con sus amigos, otros veraneaban con sus primos, y él tenía a Aquiles.

El pastor alemán apoyó su cabeza descomunal sobre el edredón y frotó el hocico contra el hombro de Oli, que lo interpretó como: «*no te preocupes amigo, yo estoy contigo*». En realidad, Aquiles había estado presente aquel mismo día, durante todo el proceso de gestación y elaboración de ese plan tan perverso, por lo que en cierta manera, sí, formaba parte del equipo, y también compartía el secreto de Oli. Por otro lado era el mejor confidente que alguien podía tener, ya que Oli estaba convencido de que a Aquiles no se le iba a escapar un ladrido más de la cuenta.

Una vez recuperó un poco la serenidad y sus ojos dejaron de tener forma de balón de fútbol, reflexionó. Ese día, que desde entonces sería recordado como el Día Importante, había sido, sin ningún género de dudas, el peor de su vida.

El Día Importante había comenzado como un jueves cualquiera en la vida de Óliver, Aquiles, papá y mamá en la casa más bonita de toda la primera línea de la playa. Localizado en la costa cántabra, Ámbar era un pueblo pesquero tradicional que, a tenor del cartel de bienvenida situado en la carretera de entrada, acogía a 3.601 habitantes censados. Estaba flanqueado por una agrupación de colinas de media altura y arrinconado por el mar Cantábrico, haciendo del larguísimo paseo marítimo su principal reclamo. Los ambareños solían bromear sobre la disposición laberíntica de las calles del centro, asegurando que aquel que se internara en ellas por primera vez, bien haría en llevar un buen callejero consigo. Los refranes locales decían que Ámbar era tan paradisíaco como misterioso, dependiendo de la época del año y el estado de las mareas.

Como ya le habían concedido las vacaciones, Oli se había despertado muy tarde, lo que explicó que no se oyera ni un alma en casa cuando abrió el primer ojo. Se limpió las legañas con los dedos y pateó las escaleras hasta el piso inferior con la intención de desayunar. Aquiles dormía plácidamente en su rincón de la cocina. Al verlo bajar, se incorporó de un salto y corrió hacia él para lamerle la rodilla. Tras el habitual gesto de «buenos días», el pastor alemán se giró y volvió a tumbarse en su rincón, desde donde no perdió detalle de cada movimiento que hacía el niño.

Oli ya se había preparado su enorme tazón de cereales de chocolate con leche cuando mamá entró en casa dando un sonoro portazo.

—¡Hijo! —exclamó—. ¿Te acabas de levantar?

—Si —respondió Oli, sintiéndose culpable por su holgazanería.

Mamá se movía de un lado a otro de la cocina como con prisa.

—Tranquilo, marmotilla. Para eso están las vacaciones, ¿no? —dijo sin mostrar mucho interés, mientras buscaba algo en los cajones. Luego dejó caer un sobre grande sobre la mesa—. Recuerda que tienes que pasear a Aquiles antes de la hora de comer.

El aludido alzó la cabeza. El tema le interesaba.

—Lo sé, mamá, no te preocupes. —Oli miró el sobre—. ¿Qué es eso?

—¿El qué? —Ella arrugó la frente—. Nada, son los resultados de las pruebas médicas. No creo que te interesen —dijo, como esforzándose por resultar condescendiente.

Acarició después el pelo de su hijo y continuó recorriendo la cocina. A pesar de haber superado los cuarenta, era una mujer que se preocupaba por mostrarse joven y atractiva. Se conservaba bien, aunque, ni siquiera cuando era una preciosa adolescente de bonita melena, solía enseñar más carne de la cuenta. Siempre le había gustado verse a sí misma como una mujer decente, y ahora que era madre, se esforzaba por parecer responsable. Acudía al gimnasio del barrio tres veces a la semana y procuraba seguir una alimentación equilibrada. Esa mañana no se había maquillado, lo cual según su hijo le resaltaba sus preciosos ojos claros. Los tacones bajos repiqueteaban contra los baldosines, y los volantes de una falda larga bailaban hacia los lados con el ir y venir por la estancia.

—¿Qué buscas, mamá?

—Lo de siempre, las llaves del almacén. ¡Nunca sé dónde las dejo!

Raro era el día que no tenía que volver a casa a por algo que se había olvidado, ya fueran las llaves del almacén, alguna factura o el teléfono móvil. Como ella siempre decía, algún día se le iba a olvidar hasta la mismísima cabeza.

Finalmente, como en muchas otras ocasiones, fue Aquiles quien encontró las llaves. Oli se preguntaba a menudo qué sería de la familia sin la ayuda de su amigo de cuatro patas.

Una vez hubo encontrado lo que había ido a buscar, mamá se despidió y se dispuso a regresar a la tienda.

—¿No vas a abrir el sobre? —preguntó él cuando su madre salía por la puerta.

—Ahora no tengo tiempo. Hasta la noche, enano.

Lanzó un beso al aire y cerró la puerta con la misma vitalidad con la que había entrado.

Oli torció el gesto con medida resignación. Odiaba que le llamara enano.

Óliver no podía dejar de mirar el sobre. Muchas veces le habían advertido de que la correspondencia ajena era algo muy personal, y que nunca debía abrirse si no estaba destinada a uno mismo, así que, una vez más, superó el poder de su propia curiosidad y se limitó a observar el envoltorio en silencio.

De pronto, el teléfono de la casa sonó a un volumen que a Oli le pareció exagerado. Aquiles se incorporó. El timbre continuó retumbando sin que ninguno de los dos hiciera nada por contestarlo, a pesar del irritante ruido. Oli consideraba que el teléfono era un aparato inventado por el mismísimo Satanás, y que no hacía más que molestar. Las llamadas que llegaban a casa nunca iban dirigidas a él, de modo que esperó a que, quien fuera el que estuviera al otro lado, se diera por vencido y dejara de insistir. Para su sorpresa, cuando el contestador automático saltó, esa persona dejó un mensaje de voz: *«Hola, soy la doctora Sara Mora. Eh... no sé si ya han recibido los resultados de las pruebas, pero... eh... me gustaría hablar con ustedes personalmente en mi consulta. Vengan cuanto antes, es urgente. Muchas gracias. Adiós.»*

Aquiles ladeó la cabeza y emitió un ligero aullido. Después se hizo el silencio. Puede que fueran imaginaciones suyas, pero Oli había notado cierto matiz de preocupación en las palabras de aquella doctora, y la extraña atmósfera que se había creado en la cocina no le estaba ayudando a pensar lo contrario.

«Es urgente...», repitió en su interior las palabras de la doctora.

Volvió a fijar la atención en el sobre, recordando lo que mamá había dicho acerca de él: «Son los resultados de las pruebas médicas. No creo que te interesen». Oli y Aquiles se miraron fijamente, tal como si estuviesen pensando en lo mismo.

«Lo sé, amigo», dijo el chaval.

La curiosidad mató al gato. Ese era el refrán favorito de Oli, y aunque no estaba seguro de entenderlo, sabía que podía aplicarse a su situación. Él era el gato, y no tenía intención de que la curiosidad acabara con él, así que desvió la mirada del sobre, dejó el cuenco vacío de los cereales sobre la pila, e instó a su amigo a ir a dar un paseo por el barrio.

El animal no dio saltos de excitación como cada vez que salía, y su joven dueño no tomó la dirección de la playa, como hacía cada mañana. Los dos tenían la mente ocupada en el sobre y el mensaje telefónico. Meditabundos, dieron la vuelta a la manzana, se internaron en la tienda de chuches a comprar las provisiones del día, y regresaron. En menos de diez minutos ya se encontraban de vuelta en la cocina.

Existía una fuerza exterior que solía atraer a Oli hacia lo desconocido, y además le impulsaba hacia acciones que no quería o no debía hacer. Se había ganado innumerables reprimendas por ello en el pasado. Él aún no lo sabía pero, en este caso, el castigo iba a ser mucho peor que una reprimenda. Se mordió el labio inferior y lo hizo. Bajo la estricta supervisión de Aquiles, se abalanzó hacia el sobre. Después lo abrió con ansia, temiendo que alguien entrara en ese momento por la puerta.

Aquiles ladró con fuerza una sola vez, haciéndole saber a Oli que no estaba para nada de acuerdo con la decisión que estaba tomando.

—No te preocupes —sonrió este con complicidad—. Diré que tú no tuviste nada que ver.

A su vez, el perro no quitaba ojo del sobre.

Tanto le temblaban las manos a Oli que hasta le costaba sostener el sobre. Se sentía excitado, como uno de esos héroes de acción que lo arriesgaban todo a favor de la misión. Ahora entendía por qué los llamaban héroes. Cuando finalmente extrajo los papeles y los depositó sobre la mesa, los ojeó con interés. Creía que le

explotaría el pecho. A Aquiles parecía ocurrirle algo similar, pues dio un salto para sostenerse sobre sus dos patas traseras y apoyó la cabeza sobre el tablero de la mesa.

Los papeles que contenía el sobre estaban divididos en dos tacos de similares dimensiones, de pocos folios cada uno y unidos por sendas grapas en sus esquinas. A simple vista ambos eran iguales, con la única diferencia de que uno contenía los datos personales de papá, y el otro, los de mamá. Perfectamente normal. Algo decepcionado, Oli comenzó a leer lo que en apariencia eran simples datos médicos imposibles de descifrar para un niño de diez años (sobre todo para uno que había aprendido a leer a una edad tan tardía y al que le costaba comprender los problemas matemáticos más sencillos).

De improviso leyó de reojo dos palabras que hicieron que se le detuviera el corazón. Estas las había entendido muy bien.

«Oh, no...»

Tragó saliva con extraordinaria dificultad. Si se hubiera mirado en la superficie de un espejo, habría visto un niño completamente pálido. Dejó caer los papeles y miró a Aquiles, demandando ayuda con desesperación. Necesitaba que alguien le dijera que se estaba equivocando, que era tan idiota que no lo estaba interpretando bien, que no había por qué preocuparse.

En uno de los dos tacos de folios, entre tantos datos médicos imposibles de descifrar, se podían leer con claridad dos palabras malditas, y además en letras mayúsculas para alejar cualquier duda: «TUMOR CEREBRAL».

Mamá recorría las calles de Ámbar a gran velocidad. Si llevara un calzado más deportivo en lugar de esos bonitos zapatos de discreto tacón, pensaba, empezaría a correr y llegaría a la tienda en un minuto. Valoró la posibilidad de regresar a casa para cambiarse el calzado, pero al final la desestimó: seguro que se entretendría y llegaría aún más tarde. Dobló unas cuantas esquinas y avanzó por calles estrechas que se dirigían al centro. Enseguida abrió con ímpetu una puerta roja coronada por un divertido cartel de colores

que decía «LOS ABALORIOS DEL MAR», y en cuyo cristal colgaba un letrero que prometía a los clientes el regreso de la dueña en menos de cinco minutos. Mamá había tardado más de diez.

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —exclamó, juntando ambas palmas como en una oración.

La Conchi sonrió con dulzura cuando vio que mamá entraba a la tienda como un elefante en una cacharrería. Había acudido con su nieta, que acababa de cumplir los diez meses y dormía dentro del cochecito, ajena a lo que sucedía en el mundo. La Conchi estaba jubilada, así que no tenía grandes planes para esa mañana, a excepción de dar un agradable paseo con el bebé. No había nadie más en el interior de la tienda.

—Tranquila, hija, no hay prisa, no hay prisa. —La vecina gesticulaba casi a cámara lenta mientras hablaba—. Mejor aquí que fuera, se está más fresquito.

Mamá sonrió. Adoraba su trabajo, y más aún a sus clientes, en especial a las clientas que eran como la Conchi. Se secó las gotas de sudor de la frente, quitó el cartelito de la puerta y se situó tras el mostrador. Después recordó lo que había ido a buscar a casa, así que extrajo las llaves del bolso y abrió el almacén donde guardaba todo el material. La anciana la miraba con una sonrisa inalterable dibujada en la cara. Cuando mamá por fin volvió del almacén —no sin soltar un suspiro de agobio—, La Conchi pudo hacer al fin su pedido: dos metros de tela rosa, una madeja de lana blanca, un juego de alfileres, agujas y dedales, y dos carretes de hilo. Asimismo, dejó encargado un metro de tela especial para hacer algunos coleteros. Después se despidió amablemente.

Nada más había salido Conchi por la puerta, mamá volvió a dejar el local a su suerte. Esta vez sería por menos de cinco minutos. Cruzó la calle, entró en un Farggi, pidió un capuchino para llevar, y regresó a la tienda. No había clientes, así que aprovechó para degustar el café. Después empezó a fabricar divertidos camafeos con terciopelo, conchas y abalorios. Tan solo hacía pausas para atender a los clientes que, de vez en cuando, entraban, compraban algo de poco valor, compartían algún chismorreo y se iban sin más. Entonces mamá continuaba con los camafeos. Así

transcurrió su mañana, y no pensó ni una sola vez en el sobre blanco que había llevado a su domicilio con las pruebas médicas.

A Oli le entró el pánico.

«Tumor cerebral, tumor cerebral, tumor cerebral...», repetía en su mente de forma obsesiva.

No sabía qué hacer. ¡Tan solo tenía diez años! Las palabras se tornaron cada vez más borrosas en el papel debido a las lágrimas que caían incontenibles. Oli detestaba llorar. Tenía muchos defectos que siempre reconocía con honor, pero la cobardía no era uno de ellos. No podía permitirse llorar, así de claro. Lleno de rabia, se frotó la cara con la manga del jersey y se levantó de golpe para dirigirse al salón. Aquiles lo siguió. Una vez allí, el niño buscó en la librería de papá, entre todos los marcos de fotos y adornos viejos, aquel libro enorme del cual siempre le decían que contestaba a todas las preguntas sin excepción: la enciclopedia. Cuando lo encontró (no le fue difícil, ya que alguna que otra vez había tenido que consultarla para algún trabajo del colegio), lo agarró fuerte y se la llevó consigo. Pesaba tanto que a punto estuvo de tirar a Oli hacia atrás, por lo que decidió posarlo allí mismo, sobre la alfombra estampada que cubría el suelo del salón. No podía perder más tiempo o sus nervios acabarían con él. Con las manos temblorosas, buscó entre las páginas la palabra tumor. Cogió mucho aire de golpe y comenzó a leer. No pudo siquiera terminar el primer párrafo.

Invadido por la congoja y el desconsuelo, Oli rompió a llorar de nuevo. Quiso gritar muy alto, pero no fue capaz ni siquiera de emitir un ahogado chillido. Se desplomó sobre aquel libro que tanto pesaba y se odió a sí mismo por permitirse gimotear así, de una manera como jamás lo había hecho. Mientras tanto, Aquiles le lamía la mano.

Una hora más tarde, Óliver y el perro estaban petrificados bajo la robusta mesa del salón. La enciclopedia permanecía en el suelo, abierta por la página donde las palabras empezaban por Tu. El silencio era sepulcral, a excepción de una serie de silbidos aleatorios provenientes de un silbato de metal. Papá se lo había

regalado a Oli en una época en la que este tenía tanto miedo de acudir al colegio que le entraba la fiebre según salían de casa. Se trataba del *silbato de la confianza*, como así lo había bautizado papá, y ayudaba Oli a sentirse importante, tanto como los árbitros de fútbol, que tenían poder para hacer lo que quisieran. Lo llevaba siempre encima y lo utilizaba cada vez que le entraba el pánico. Como ahora, que tenía mucho miedo de enfrentarse al mundo porque no le gustaba el aspecto que iba a tener a partir de ese momento. Odiaba ser la única persona que sabía el contenido de aquellos papeles. Solamente de imaginarse la reacción de los demás al conocerlo, algo se le quejaba dentro del estómago. No soportaba la idea de que mamá o papá entraran por la puerta y se enteraran de todo el tema del tumor.

Una chispa se le encendió entonces dentro de la cabeza. ¿La única persona que sabía el contenido de los papeles? ¡Claro! Su cerebro comenzó a trabajar con la precisión de un reloj helvético, completando un puzle imposible que, por alguna razón, a Oli se le antojó básico y elemental. Dejó de soplar el silbato y maduró esas ideas hasta asegurarse de que tenían sentido.

«Bingo.»

Con lágrimas secas en las mejillas, levantó el mentón y endureció la mirada. Acababa de elaborar el plan perfecto.

—¿No crees que es una locura, Aquiles? —inquirió, mirándolo con fijeza. Se aferró muy fuertemente a la cabeza de su fiel amigo y perdió la mirada en el infinito.

El perro se limitó a jadear, como solo hacía cuando tenía sed, estaba cansado o asustado. Oli supuso que se trataba de la tercera opción.

«Si voy a continuar con este plan, nadie, a excepción de Aquiles, debe saber nada de nada.»

Pero, ¿por dónde empezar? Tenía que asumir algo: únicamente tenía diez años. Quisiera o no, necesitaría ayuda. Tenía que ser alguien de total confianza, pero tan chiflado como para verle el sentido a su perfecta idea y llevarla a cabo hasta las últimas consecuencias, por doloroso que fuera. Oli no tuvo que pensar mucho. Tan solo había una persona de esas características sobre la faz de la Tierra. Caprichos del destino, como si alguien desde el

Cielo le estuviera mandando una señal aprobatoria, esa persona que estaba buscando abrió, en ese mismo momento, la puerta principal.

El Yayo había entrado en casa.

Capítulo 3

8 de febrero de 1983

La vuelta a casa no podía haber empezado mejor. La noche de mi llegada, mi madre me había dado una efusiva bienvenida, que fue totalmente ratificada con el consistente potaje que tenía preparado para cenar. Ese potaje hizo que tuviera que levantarme en dirección al cuarto de baño un par de veces durante la noche, pero eso era algo que jamás podría cambiar: el hogar, sin su potaje, no era el hogar.

Al día siguiente amanecí pletórico, no solo por el resplandeciente sol que ahora sí brillaba por encima del mar, sino porque aquella noche tenía un plan. Iba a acudir a la cita con la chica sin paraguas que conocí nada más llegar. Ahora lo pienso con frialdad y me parece una locura, pero en aquel momento consideré que había estado demasiado tiempo fuera del pueblo e iba a necesitar nuevas amistades. Verónica parecía una chica interesante. Además, mi entropierna, que en esos años de postadolescencia era la que gobernaba sobre mis decisiones, opinaba más o menos lo mismo. Y siempre procuraba prestar la mayor atención a sus movimientos en la duermevela.

La audiencia del teatro se mantiene expectante ante el relato de un locutor que se expresa con efusividad, siempre gesticulando y alzando la voz en los momentos que él considera importantes. Cualquiera se sentiría nervioso, incluso bloqueado, ante tan mayúsculo anfiteatro. Pero él actúa con seguridad y espontaneidad,

como si realizase este tipo de conferencias a diario. Desde su posición, el hombre apenas puede distinguir los rostros de los espectadores de la primera fila, y mucho menos aun calcular las dimensiones de la tribuna, ya que un potente foco de luz azulada le apunta directamente a los ojos.

Me presenté en la taberna del pueblo, solo ante el peligro como Gary Cooper. A pesar de la cantidad de preguntas indiscretas que mi madre y mi prima me habían hecho al salir de casa, no iba a ser una cita al uso. Simplemente quería reinsertarme en la sociedad aprovechando la primera oportunidad que se me había presentado en el camino. Supongo que las dos mujeres de mi familia habían sido tan insistentes debido al elegante atuendo que había escogido para el evento: camisa blanca, chaqueta de cuero negro y zapatos del mismo color.

—¡Pero bueno! —había exclamado mi madre en cuanto me vio—. ¿A qué se debe tanta elegancia?

—Ha quedado con su novia —se adelantó a explicar Berta con cierto tono desaprobatorio.

—No es mi novia —maticé mientras me daba un último vistazo en el viejo espejo del recibidor.

—¿Tienes novia? ¿Desde cuándo? —Mi madre, ávida de un nuevo y jugoso chismorreo, salió como un rayo de la cocina limpiándose las manos contra el delantal.

—Desde ayer. La conoció mientras volvíamos de la estación —otra vez se me anticipaba mi prima.

—¿Y cómo se llama? ¿Es guapa? ¿Conozco a sus padres?

—Se llama Verónica, creo, y es bastante estúpida —explicó Berta con morbosa entonación—. Entre tú y yo, tía, no creo que pasen de esta noche.

Mi madre torció el gesto y se acercó a mi lado para recolocarme la raya del pelo a su gusto —«así mejor, como un verdadero caballero», dijo—. Arrugó la nariz como un perro policía cuando se acercó a mi cuello: «recuerda que vales mucho más que cualquier mujer».

—¡Te has echado colonia! —exclamó después, asombrada como si hubiese visto una vaca volando—. ¡Esto va en serio!

—La acabo de conocer, mamá. Venga, no seáis pesadas.

Se miraron como dos colegialas, y pude ver a mi prima colocando las manos en forma de corazón para disfrute de mi madre. En vista de que aquella noche iba a resultar imposible hablar en serio con ellas, asumí que era hora de marcharse. Me llevé la mano al flequillo para devolver la raya a su estado original y lancé un suspiro que, aunque pretendía ser perezoso, confirmó mi creciente nerviosismo.

Nada más entrar en el bar busqué a Verónica con la mirada. No hubo suerte y me dirigí a la barra. La decoración del Rock&Blues era sencilla, en aquel lugar te sentías como en casa. Pocas cosas habían cambiado. La madera vieja que cubría las paredes estaba decorada con fotografías en homenaje a antiguas estrellas de cine: John Wayne, Rita Hayworth y Marlon Brando, entre otros, acompañaban a los ambareños más nocturnos hasta las más altas horas de la noche. La música rock sonaba a todo volumen. La barra crecía a lo largo hasta la zona de unos baños que, dado a su rancio olor a orín, solo los muy valientes osaban visitar. El suelo del local estaba tan pringoso que me habría parecido justo que me hubieran ofrecido una ronda gratis como recompensa. Mi fugaz enfado se esfumó cuando un par de manos me cubrieron los ojos desde mi descuidada retaguardia. Por el tacto suave deduje que pertenecían a una jovencita.

—¿Quién soy? —inquirió la nueva nena de mis sueños.

«La solución a todos mis problemas», pensó mi entropierna en mi lugar.

Acaricié sus manos con cierto nerviosismo antes de separarlas de mi cara. Después me giré y mi corazón dio un vuelco de trescientos sesenta grados al verla de nuevo.

«Te dije que era una buena idea venir aquí», opinó mi amiga de ahí abajo.

Su pelo ya no estaba mojado ni alborotado. Ahora se dejaba caer con elegancia sobre los hombros, brillante, de un color que hacía juego con las pecas que poblaban unos graciosos mofletes. Vestía una sensual chaqueta de cuero marrón y un ajustadísimo

pantalón vaquero de marca —a mi juicio, un par de tallas por debajo de la suya— que me hicieron pensar algo que posteriormente comprobaría de primera mano: el dinero no era un problema para ella.

Pasados unos segundos de aturdimiento mental, cogí aire, apreté los dientes, e intenté mantener mi dignidad para no quedar como un completo imbécil.

—¿Te apetece una copa? —Mi voz firme me sonó extraña.

—¡Al final has venido, qué bien! —exclamó ella, dando alegres palmadas—. No, mejor no bebo alcohol, que me sienta mal y me vuelvo un poco loquilla. ¡Pídeme un refresco de naranja!

Me encogí de hombros sin darle la importancia que, como era evidente, tenía el hecho de que Verónica hiciera locuras con el alcohol.

—Que sea un refresco entonces —repliqué en tono neutro. Después llamé al camarero con un gesto y pedí la naranjada, además de un botellín de cerveza para mí.

—Oye, ¿por qué estás tan serio? —me preguntó, examinándome con especial fijeza.

—¿Cómo dices?

—¡Que si te pasa algo, tío!

—¡Ah! Eh... no, estoy muy bien. —Tragué saliva—. Es que no te oigo bien con la música tan alta. —Acto seguido, sonreí como un memo.

Verónica dio un paso al frente y se acercó a mi oreja para asegurarse de que la entendía correctamente.

—¡Vamos a bailar! —propuso con contagiosa vitalidad.

Agarró mi brazo con fuerza y tiró de él, arrastrándome casi como un pelele de trapo hasta la pista de baile. Intenté mantener el lugar de la barra que tanto esfuerzo me había costado conseguir, pero fue inútil.

—Espera, que las bebid...

—¡Deja las bebidas en paz! —rugió—. ¡Ven conmigo!

Pronto nos vimos bailando algo así como el rock del infierno en la pista. Ella le estaba dando un nuevo significado a la canción *Escuela de calor*, y supe que, si no quería desmayarme, debía beber algo frío.

—Voy a la barra un momento —avisé, fingiendo llevar el control de la situación.

—¡Pide un mosto con hielo para mí! —gritó ella.

¿Un mosto con hielo? Aquella chica estaba como una regadera, pero he de reconocer que era algo que me gustaba de ella; le hacía diferente a las demás.

Pasados unos minutos, me giré desde la barra y vi algo que no esperaba: Verónica continuaba bailando, esta vez rodeada por un grupo de cuatro chicos, cada cual más musculoso que el anterior. Elegí no darle demasiada importancia y me quedé en la barra manteniendo la compostura.

Al poco rato ya me había tomado dos cubatas, así que empezaba a estar algo más revolucionado de lo normal. No podía dejar de mirar lo ajustado que le quedaba el pantalón a Verónica, bailando como un ángel (aunque en ese momento me pareciera un demonio) mientras los cuatro mangaestrecha la admiraban con descaro. Durante el baile, ella me echó un par de vistazos que yo logré esquivar con cierta soltura mirando en el interior de mi cubata. Cuando terminó la canción, se acercó. Lo hizo ignorando al cuarteto de gimnasio que, con toda seguridad, estaba tan caliente como yo tras aquella demostración de irresistible sensualidad.

—¿Qué? —quiso saber ella con una sonrisa, como retándome a que opinara sobre su bailecito.

—¿Eh? —disimulé yo con primitiva picardía. La miré después con curiosidad, como si no supiera de qué iba el asunto.

Verónica me examinó durante unos segundos, y no debió de intuir nada especial porque sonrió un poquito y se puso zalamera.

Después me abrazó con ternura, y en ese momento toda mi hombría se vino abajo, o, expresándolo mejor, ella debió de percibir que algo estaba en alza. Mi disimulo se derrumbó entonces por completo. Se apartó ligeramente y me miró a los ojos con un gesto triunfante que parecía decir: *esto está funcionando*.

—¿Salimos fuera? —dijo de repente—. Tenías razón, la música está muy alta y no se puede hablar bien. —Sin esperar mi respuesta, y dando por hecho mi monosílabo afirmativo, cogió dos botellines de cerveza y salió por la puerta del establecimiento.

—Supongo que tendré que volver a empezar —dije, sentado sobre un banco de madera que había frente al Rock&Blues—. Retomar mi vida, en definitiva.

—¿Te refieres a empezar de cero?

Verónica se sentó a mi lado asegurándose de que ni siquiera me rozaba con el codo. Apoyó la espalda sin más en el respaldo.

—No, empezar de cero no —quise rectificar su tópica afirmación—. Al fin y al cabo, mi familia siempre está ahí. Pero necesito amigos.

Estuvimos un rato en silencio, bebiendo de nuestros respectivos botellines de cerveza, hasta que me eché a reír. Fue con una risa ronca, típica de una borrachera en ciernes.

—¡Parece mentira que haya dicho eso! —exclamé, más suelto ya de lengua—. Vas a pensar que soy un bicho raro, amargado y solitario.

—Solo un poquito.

Ella dibujó un gracioso mohín.

—Pero es algo bueno, solo intento ser positivo. —Me giré para mirarla—. Además, no sé si has pillado la indirecta, pero intento abrirme contigo. Quiero que seas mi primera cara conocida aquí. —Y, para ello, le di un patético toquecito en el hombro derecho.

—¿Tu primera cara amiga? —Frunció el ceño—. Creí que habías nacido aquí. ¿Cómo es eso de que no tienes amigos?

—Los tenía, claro. Pero nueve meses pueden ser muy largos, y tanto Paco como Javier han decidido seguir con sus estudios fuera del pueblo. ¡Bah! —Alcé la mano de forma casi despectiva, restando importancia al tema—. Terminaré por perderles la pista.

Lancé un suspiro prolongado y apoyé los brazos sobre el respaldo del banco, haciéndome el interesante.

—Y tú, ¿qué? Seguro que tienes un montón de amigas *divinasdelamuerte* —dije esto último imitando el acento de una jovencita de la alta sociedad, y enseguida me arrepentí de ello por resultar una soberana estupidez. ¿Intentaba ser su amigo, ligar con ella o que me aborreciera?

—Qué va, no te creas. —Su tono era escéptico, y la verdad es que me descolocó.

—Cuéntame cosas de tu vida —traté de indagar con tacto—. ¿Qué haces, por ejemplo, un día cualquiera?

—Pues ya conoces lo de mi afición por las conchas y lo despistada que soy. En fin, no soy una chica demasiado interesante, la verdad.

—¿Y qué me dices del futuro? ¿Qué planes tienes?

—Casarme. —A Verónica se le iluminó la cara—. Y tener un hijo, como mínimo.

—Tener un hijo —suspiré con chulería—. Qué típico.

Me miró con ceño.

—¿Qué problema hay en tener hijos?

—Nada, pero yo me refería a planes de trabajo, por ejemplo.

—Eso no lo tengo pensado. Algo que me guste, supongo. Algo relacionado con manualidades, o niños.

«¡Y dale con los niños!», pensé, abrumado por su obcecación maternal.

—La verdad es que he pensado poco en lo que quiero ser de mayor —dijo—. Creo que me gustaría quedarme exactamente como soy ahora.

Observé a Verónica con el disimulo suficiente para que no supiera que le estaba examinando. Ebrio como empezaba a sentirme, entendí por qué decía que no quería cambiar en el futuro. Con los ojos melancólicos pero vivos, el cuello de la botella rozando su labio inferior y la luz de los farolillos iluminando sus pómulos, gozaba de la capacidad de parecer guapa constantemente; no necesitaba maquillarse en exceso o siquiera peinarse. Tenía la cara fina y pequeña, con la piel muy pálida, como si se fuera a romper al más leve contacto con alguna superficie dura. Su nariz aguileña gozaba del justo tono rojizo en la punta a causa del frescor de la noche. Las imperfecciones quedaban resumidas en un conjunto fuera de lo común, gracias en parte a un parpadeo rápido y sensual, casi como un tic nervioso que seguro, pensé, había ablandado el corazón a más de un chico pijo.

Mi nueva amiga suspiró como si supiese que la estaba analizando. De hecho lo sabía, porque se cruzó de piernas, dejando así el lado del muslo hacia mí. ¡Vaya piernas! Seguro que iba a algún gimnasio caro de los que te regalan toallas con el logotipo

bordado y tienes una taquilla personalizada. Estaba bella hasta muerta de frío y un poco borracha. «¿Bella? ¿Pero qué dices? Ten cerebro, no te encapriches tan deprisa, estúpido.»

—Yo te imagino dentro de unos años —dije con un toque de guasa en la voz.

Ella sonrió sin dejar de mirar al frente.

—¿Y qué imaginas?

Me senté de lado, apoyando mi trasero sobre el tobillo del pie izquierdo.

—Te veo saliendo de un bonito parque con un carrito doble de bebés. En efecto, tienes gemelos, y aunque el día es nublado y amenaza con llover, llevas puestas tus gafas de sol de marca porque te hacen más cool. Avanzas por una calle ancha, llena de tiendas de lujo, en cuyos escaparates te vas parando. Pero no entras a ninguna tienda porque no tienes demasiado tiempo. Has quedado para comer con tus amigas. Una de ellas va a contar que se muda a un chalet con jardín y piscina, y que todo lo va a pagar el millonario de su marido. Todas os echaréis a reír, sabiendo perfectamente que el marido millonario es un pobre cornudo y que tu amiga se está tirando al monitor del gimnasio caro con las toallas bordadas.

Como apartando esa hipotética vida, Verónica alzó la mano derecha.

—Bueno, oye, ¿por qué no cambiamos de tema?

—También veo a un hombre alto, guapo e increíblemente musculoso, pero sin sentido del humor. Y tonto del culo. Pero, eso sí, está lleno de dinero por la herencia que le dejó su forrado padre al palmarla.

Me callé en cuanto fui consciente de mis palabras. «Pareces un chalado, intenta no hablar como un capullo arrogante y resentido.» Enseguida comprobé que había acabado con la paciencia de Verónica.

—Mira, creo que me voy a ir a casa. Si crees que soy tan pija y materialista.

—¡No! No te vayas —rogué, nervioso, puede que demasiado precipitadamente—. Perdona, solo me divertía. No hablaba en serio, y además estoy borracho.

Ella se volvió para aproximarse hasta tener mi cara tan cerca que podíamos oler el alcohol de los respectivos alientos.

—No sé por qué piensas eso de mí, si no me conoces.

—Pero conozco a la gente como tú.

Me contempló perpleja.

—¿La gente como yo? —inquirió después de dar otro trago.

—Mi amigo Paco salía con una chica que vestía como tú y hablaba como tú, con sus chaquetas de cuero, su deportivo y sus palabras raras.

—Ah, es eso —repuso con evidente alivio—. Pero si yo ni siquiera tengo coche. Y te aseguro que no hablo raro. Además, si soy tan desagradable —apoyó la mano en mi muslo derecho, provocándome un escalofrío—, ¿por qué has quedado conmigo esta noche?

Subió la mano hasta la zona de la ingle.

—Porque me gus... —apenas farfullé—. Me pareces muy interesante.

Me di cuenta de lo que había estado a punto de decir y en seguida rectifiqué la frase. Después los dos volvimos a apoyarnos contra el respaldo, manteniendo la distancia en un incómodo momento. Sin embargo, pude ver de reojo una disimulada sonrisa en su rostro.

—Venga, volvamos adentro. —Se levantó de golpe mientras se frotaba las manos para combatir el frío—. Y nada de seguir bebiendo, que ya estás pelín sobradamente borracho.

Mientras Verónica avanzaba hacia la puerta de la taberna, me fijé en su cuerpo, no como objeto sexual, sino como conjunto. Era entrañable. ¿Y si en verdad pensaba todo eso de ella y me estaba equivocando? ¿Había metido la pata? La imaginé entonces en su cuarto, bebiendo mosto con hielo y rodeada de pósteres de The Beatles, Beach Boys, y alguno de Audrey Hepburn al estilo Andy Warhol, porque sí, sería pija, pero de esas con estilo y buen gusto. También pensé que seguramente utilizaría una bicicleta con cestita en la parte delantera para moverse por el pueblo, ya que había asegurado que no tenía coche. Y también podría ser de esas que utilizaba la frase *¡qué monooooo!* cuando veía un cachorrito de

perro o un bebé recién nacido. Pero a mí me gustaba esa expresión. ¿Por qué demonios tenía que justificarme?

Dejé el botellín vacío en el suelo y me levanté para seguirla.

Durante el siguiente periodo de la noche, los cubalibres y demás bebidas alcohólico-gaseosa-afrodisíacas se fueron sucediendo una tras otra, impidiéndome sorbo a sorbo mantener el control en mi caso, y dándole la razón a Verónica en el suyo: se vuelve un poco loquilla con el alcohol.

—Oye, ¿crees que caben dos personas en los servicios de este bar? —me preguntó con una inocencia muy singular. Sus ojos resplandecieron con una perversión que en cierto modo asustaba.

—Eh... —Tosí una vez para ganar unas fracciones de segundo —, ¿cómo dices? —Y tosí de nuevo sin ganas. Tras ello, fruncí el ceño y miré a mi alrededor confundido y con deseo de estar más, bueno, más confundido. Por suerte, nadie en el bar había oído la pregunta.

—Soldado, tenemos que mejorar esos problemas de oído que tienes, ¿eh?

—Pues dudo que quepan. Son terriblemente pequeños, ni siquiera una sola persona que padeciera sobrepeso entraría con facilidad —respondí, por fin, soltando un suspiro de angustia mientras indicaba el mínimo tamaño casi juntando dos dedos.

Ella carcajeo de una manera que a me pareció muy cruel.

—¡Estaba de broma, tonto! —Dio una sonora palmada—. ¿Acaso creías que te iba a proponer algo indecente en el váter?

Me golpeó en el pecho mientras no dejaba de reír, y yo me sentí estúpido, sí, aunque un tonto bastante contento. Pero uno tenía una dignidad que mantener, por lo que, en una grandiosa sobreactuación, me hice el indignado.

—Anda, vámonos de aquí, que ya has bebido demasiado y estás empezando a desvariar.

En el instante en que aparté mi mirada para recoger su chaqueta, algo muy extraño sucedió. Un tipo de más o menos mi edad que no habíamos visto en toda la noche entró en el bar con andares de animal salvaje y se dirigió a Verónica de un modo que me pareció de lo más inapropiado.

—Vámonos. Es tarde y en este antro no hay más que gentuza —dijo, rotundo.

Agarró con fuerza el antebrazo de ella, y culminó la frase lanzándome una mirada de odio que provocó que el alcohol de las copas se convirtiera en colonia para bebés. A diferencia de mí, Verónica no se dejó intimidar por aquella versión chungueta de Tony Montana.

—¿Qué dices? —le espetó, y se deshizo de su opresión de un brusco tirón— Me lo estoy pasando muy bien con Alfonso.

Me señaló con el mentón y él me volvió a mirar con más odio si cabe, a pesar de que yo intentaba pasar lo más desapercibido posible ante aquella inesperada e incómoda situación.

—¡Nos vamos a ir quieras o no! —Ahora con un bramido, el macarra volvía a dirigirse a Verónica con un semblante que me puso alerta—. ¿No ves que todo el bar te quiere follar? Pareces una puta con ese escote, joder.

Ella palideció de inmediato, y yo, al ver que la cosa se estaba poniendo fea, di un paso adelante. No tenía pensado terminar con un ojo morado en mi segundo día en casa, pero, a pesar de mi innata cobardía, hay pocas cosas que no puedo tolerar, y el maltrato a una mujer es una de ellas.

—No tienes derecho a hablarme así. —La voz de Verónica era un tímido susurro. Me di cuenta de que estaba a punto de llorar.

—Por supuesto que sí, soy tu hermano —anunció por fin aquel tipo.

«Su hermano.»

—¡Mi hermanastro, joder! —Ella explotó.

—Ya es suficiente —concluyó él, autoritario.

Todo terminó en pocos segundos. El presunto hermano, o hermanastro, o lo que diablos fuera, le volvió a atrapar el brazo aun con más fuerza, y la arrastró hacia el exterior del local. Todo sucedió no antes de que ella volviera la cabeza y me lanzara una mirada que decía dos cosas: *lo siento y socorro*.

Y allí me quedé yo, de nuevo solo en la taberna de suelo pringoso, sujetando un nuevo vaso sin entender muy bien lo que acababa de ocurrir. Aquel hombre me olía a chamusquina, y

también a chistorra. Y pocas veces me equivoco cuando huelo a chistorra.

En efecto, no me estaba equivocando.

Capítulo 4

23 de junio de 2006

Los resultados médicos, lamentable e inevitablemente, hablaban por sí solos. Se empeñaba en revisarlos una y otra vez a través de la pantalla del ordenador de la consulta, y a pesar de que había algo que no le acababa de encajar —y no por capricho, como sabría muchos días después—, no podía cambiar la realidad. Sara Mora examinó a aquellos a quien debía enfrentarse en los siguientes minutos y le entró el pánico. Frente a ella, al otro lado de la mesa de su austera consulta, estaba sentado un varón de mediana edad cuyo rostro estaba oculto tras las manos, y su suegro, inmóvil y cabizbajo.

«Así que esto es lo que se siente justo antes de dar este tipo de noticias», pensó la doctora con profunda tristeza.

Se había licenciado en medicina con brillantez, llegando a ser una de las primeras en la especialidad de neurocirugía. Desde que terminara los estudios hacía tres años, había tenido la oportunidad de realizar hasta cinco operaciones cerebrales a vida o muerte, y todas con éxito. Se trataba posiblemente de la neurocirujana más prometedora de todo el norte de España. No obstante, sus colegas de profesión solían decir en tono de chanza que su apariencia juvenil, casi infantil, no le beneficiaría a la hora de comunicar esas noticias que ellos denominaban *noticias bomba* a los pacientes desconsolados. «Eres blanda y dulce como un algodón de azúcar —decían—. Un cirujano debe ser un soldado francotirador: preciso en ejecución y carente de sentimientos». Ella siempre había negado tal estupidez. Además de no estar de acuerdo con la cruda definición, opinaba que el hecho de peinarse con coleta y lucir mofletes no

demostraba nada respecto a su forma de ser. Pero aquel día, frente a aquellas dos abatidas figuras que aguardaban un milagro, Sara pensó que quizá sus compañeros estaban en lo cierto. Estaba a punto de probar la parte más dura de su profesión, y para eso, obviamente, no te preparan en la facultad.

—Lo siento mucho —afirmó con voz queda—. Estas son las duras pruebas que nos pone la vida.

El hombre más joven se enjugó las lágrimas de los ojos con las palmas, permitiendo que la doctora pudiera volver a mirarle a la cara. Rondaría los cuarenta años, pero se conservaba bien. Tenía la cara estrecha, unos bonitos ojos enrojecidos por el llanto y unas facciones muy marcadas que destacaban aún más por una descuidada barba de tres días.

«Es mono —pensó Mora para aliviar su propia tensión interior—. Si no fuera por esas patillas tan pasadas de moda, podría pasar por un hombre atractivo.»

—Perdone mi reacción, pero ahora mismo no le veo el más mínimo sentido a la vida ni a sus estúpidas pruebas —subrayó él.

—Lo siento —repitió la neurocirujana.

Dirigió la mirada hacia el anciano, que, como contrapunto, no expresaba ningún tipo de emoción. Parecía haber envejecido varios años de golpe, y su cabello gris y alborotado ahora era su pelo blanco más alborotado aún.

—Doctor Salas, ¿hay algo que pueda hacer por ustedes?

El nombrado alzó la mirada como si lo hubieran despertado de un profundo letargo. Se aclaró la garganta para hablar.

—Hace tiempo que dejé de ejercer la medicina en esta clínica, Sarita, así que no me llames doctor. —Su semblante y tonalidad de voz todavía intimidaban a Sara—. Y por favor, tutéame. Hablándome de usted solo me recuerdas lo jodidamente viejo que soy.

Sara se ruborizó. Cada palabra que pronunciaba aquella tarde le estaba haciendo sentirse más diminuta.

Si la situación era ya incómoda de por sí, había un factor que lo complicaba aún más. Todo el mundo en la clínica conocía al legendario doctor Salas. No obstante, nadie podía figurarse cómo de extraño era el doble y contradictorio sentimiento de odio-admiración que la joven sentía por el galeno retirado.

Sara era una chica equilibrada que poseía, además, un llamativo atractivo físico. Criada como hija única, sus padres, un humilde electricista y una dedicada ama de casa, habían invertido todos los ahorros en subvencionar sus estudios académicos. En los últimos años de carrera ya era un hecho constatado: Sara se había convertido en la número uno de su promoción. Estaba en la flor de la vida, y cuando finalizó sus estudios en la facultad, se le presentó la oportunidad de realizar las prácticas en la clínica de Ámbar. Aceptó sin pensarlo dos veces.

Pronto se dio cuenta de que quizá no había sido una buena decisión. Su mentor sería un tal doctor Salas, un prestigioso médico que tenía fama de ser un amargado viejo verde. Y ahora ella, claro, iba a convertirse en su juguete favorito.

Uno de los primeros cometidos de la joven en la clínica fue participar como ayudante principal en una operación a cráneo abierto que dirigía la leyenda. El trabajo estaba marchando sobre ruedas hasta que, a las dos horas de comenzar, el doctor Salas cedió los instrumentos a Sara y se hizo a un lado. «Tu turno, chica —dijo delante de todo el equipo del hospital—. Demuestra que tu expediente académico dice la verdad.» La aprendiz se paralizó de súbito. No entendía por qué su mentor había actuado de esa manera, con la vida de un paciente en riesgo, y en su primer contacto profesional con un quirófano. Tenía la vida de un hombre en sus manos.

Así con todo, la joven se hizo con los instrumentos y continuó con la operación. No sabía por dónde empezar, de modo que le suplicó ayuda con la mirada. La única respuesta que obtuvo fueron dos pupilas negras y despiadadas disfrutando de su duda. Quería llorar. Desprovista de escapatoria, orientó la microcámara hacia la zona del cerebro que iba a manipular, y se puso manos a la obra.

No pasaron ni dos minutos cuando el doctor le hizo a un lado de un empujón, arrebatándole los instrumentos y dejándola en ridículo delante de los demás miembros del equipo. «¡Aparta, cojones! ¿Es que quieres matar a este hombre? —bramó con violencia—. Sí, eso, ahora la niña se echa a llorar.» Algunos miembros del equipo de enfermería observaron la escena con compasión. Algún otro se reía divertido.

Sara había fracasado públicamente y su mentor la odiaba. No podía sentirse más humillada.

Desde ese día se sintió vigilada, examinada. En cuanto se relajaba lo más mínimo o cometía el más simple error, allí estaba el doctor Salas juzgándola con sus ojos militares. En cada acción que la joven realizaba era como si el médico le hiciera una radiografía y luego posase una lupa sobre cada defecto, cada impureza. Fueron las peores semanas de su vida. Sin embargo, comprendió más adelante que el viejo verde de las narices tenía un talento admirable y, lo mejor para su delicada profesión, se lo estaba enseñando todo. Gracias a él y sus impopulares métodos, en unos meses ya se había convertido en una eminente cirujana. Había sido pulida como un diamante.

Al poco más de un año, el hombre se retiró y nunca más volvió a vestirse una bata de médico. El proceso de aprendizaje que todo novato necesita le vino a Sara de la mano del hombre que, ironías de la vida, se hallaba ahora sentado frente a su mesa en el momento más complicado de su carrera.

Tenía que acordarse de escribir a Diana y contarle las novedades.

—En cuanto a tu pregunta —dijo el viejo—, es posible que sí puedas hacer algo.

El anciano suspiró con fuerza y miró a su acompañante, que tenía la vista perdida en un cuadro de un paisaje campestre que decoraba la sala, y no había prestado apenas atención a la conversación entre su suegro y la doctora. De vuelta a la triste realidad, le devolvió la mirada, y ambos se examinaron, cómplices, tal como si estuvieran manteniendo una conversación telepática.

—Está bien —sentenció finalmente el yerno—, le contaremos a la doctora lo que hemos estado discutiendo antes en casa. —El jubilado asintió—. Pero antes de tomar una decisión, necesito asegurarme del todo. —Se volvió de nuevo hacia ella y, con la mandíbula temblorosa por la congoja, preguntó—: Ese tumor cerebral... —hizo una pausa para controlar un nuevo llanto—, ¿está usted segura al cien por cien de que no tiene cura?

Sara cerró los ojos con lentitud y tragó saliva. Había estado temiendo esa pregunta desde que ambos entraran por su puerta

aquella penosa tarde.

¿Tenía cura el tumor cerebral de la mujer?

Esa misma mañana, a las 08:45 horas, había entrado, como era habitual, en su consulta. Lo primero que hizo fue encender el ordenador, y mientras este arrancaba, sacó un café con leche de la máquina de la sala de visitas que, si bien sabía terriblemente mal, solo costaba treinta céntimos. Sara comenzaba su jornada de manera escrupulosa, realizando cada acción siempre en el mismo orden: ordenador, café infernal, *buenos días* rutinarios a los compañeros más madrugadores, y visita al cuarto de baño para lavarse los dientes.

Al regresar a la consulta, el ordenador siempre esperaba encendido y listo para trabajar. Lo primero que hacía Sara era comprobar la agenda del día. Ese martes en particular prometía ser tranquilo. Ninguna visita pendiente, y solo un pequeño detalle que debía verificar: la noche anterior habían llegado los resultados médicos de dos pacientes, dos resonancias realizadas el mismo día y pertenecientes a miembros de la misma familia. Cuando aterrizaron en su mesa ya eran más de las ocho de la tarde. Para esa hora, la doctora había colgado su bata y el bolígrafo le resbalaba en los dedos, de modo que simplemente dio la orden de envío de los resultados por correo postal. Así era como solía hacerse en esos casos. Mañana sería otro día.

La mañana siguiente había llegado y Sara no tenía visitas programadas, pero sí unos resultados que valorar.

Entre sorbo y sorbo de amargo café, buceó en el ordenador a través de la Intranet de la clínica buscando los resultados que tenía entre manos. Su deber era conocer los diagnósticos de todos sus pacientes, en especial aquellos cuyos resultados ya habían sido enviados. Instintivamente los músculos de su mano se contrajeron, presionando el vasito de plástico y haciendo que el café explotara hacia todas las direcciones. *Glioblastoma multiforme*, parecía gritar el documento Word en su primera página.

Al contrario de lo que había vaticinado, no iba a ser en absoluto un martes sencillo.

Horas más tarde, con los pacientes frente a ella, volvía a comprobar el nefasto veredicto. La Intranet, en base a los resultados

de las pruebas, decía que el cerebro del hombre estaba perfectamente, pero también certificaba la existencia de un tumor cerebral primario de rápido crecimiento y localizado en una zona concreta del cerebro de la mujer —de apellido Salas. «¡Mierda!», pensó al reconocerlo— que imposibilitaba su reducción. El *glioblastoma multiforme* era un tumor devastador. Las posibles operaciones o tratamientos, basados en quimio y radioterapia, únicamente contribuirían a un mayor sufrimiento de la paciente con el fin de evitar lo realmente inevitable.

«El peor diagnóstico para el peor paciente», fue su lapidario pensamiento al rendirse ante la brutal evidencia.

—Sí, estoy segura de que el tumor no tiene cura —afirmó en tono neutro, muy profesional, y volvió a mirar a la pantalla del ordenador antes de añadir la sentencia—: Dentro de unas semanas, un par de meses con suerte, su mujer fallecerá.

Un rato antes de ir a la consulta y algo después de que Óliver abriera el sobre blanco de mamá, y de que buscara en la enciclopedia aquella palabra tan horrible, y también de que el Yayo entrara por la puerta, papá había llegado a casa proveniente del trabajo. Oli vio tras la rendija de la puerta del salón al Yayo dirigiéndole al sofá, donde le invitó a sentarse junto a él. No dudó en informarle del contenido de los sobres y de toda la funesta historia del tumor cerebral. Todo esto antes, por supuesto, de que mamá volviera a casa.

A Papá se le cayó el mundo encima.

—No sé cómo voy a enfrentarme a esto —reconoció entre sollozos—. Mira, sé que la imagen que tenemos desde fuera es la de una pareja que ya no se preocupa el uno por el otro, que ya no se ama. Pero te aseguro que no voy a saber cómo vivir sin ella.

—No te preocupes por eso ahora. Y no necesitas explicarme nada, os conozco muy bien —respondió el Yayo.

El anciano superaba los setenta años de edad, y aunque la tripa y los pectorales le caían flácidos por el inevitable efecto de la gravedad y la vejez, su extrema delgadez se manifestaba, sobre

todo, en el rostro. La forma de la calavera se le marcaba bajo la piel tirante, y un antipático gesto torcido que en la juventud solía mostrar de vez en cuando, se había quedado permanente en su expresión.

Era un hombre que simplemente no daba facilidades. Para él, la vida consistía en un campo de batalla, y ni la piedad ni el perdón existían en su vocabulario. De pragmático estilo de vida, sabía que sus días estaban contados, y así como nadie le había regalado nunca nada, tampoco él tenía por qué hacerlo. Sin embargo, como todo ser humano, poseía una debilidad: su familia. Muchos afirmaban que se trataba del hombre más egoísta del planeta, pero si alguien osaba molestar o bien a alguna de sus hijas o bien a su nieto, no dudaba en enseñar los dientes como un perro guardián. Ley que pasó a aplicar también a su único yerno, a quien, con el paso de los años, había aprendido a amar como al varón que nunca tuvo. Ahora que el matrimonio acababa de recibir una estocada mortal, al anciano no le quedaba otra que resignarse sumiso ante la última piedra que el destino ponía en el camino de la familia: el cáncer.

—Me arrepiento tanto —aseguró el más joven apoyando la nuca sobre el cojín.

—¿De qué?

—De que la única mujer a la que he querido en este mundo tiene un tumor en la cabeza y, sin embargo, durante estos últimos años he derrochado mi tiempo con ella como si fuese a perdurar para siempre. —Papá hablaba de manera irregular. Sus pómulos estaban llenos de lágrimas—. Por el amor de Dios, si ya ni siquiera nos besamos.

—Bueno, aún no sabemos si ese tumor será incurable —le animó el Yayo—. Y si así fuera, creo que aún te queda tiempo para arreglar eso.

—Pero, ¿cómo? ¿Cómo puede volver a ser feliz una persona que sabe que le quedan unos días de vida? Joder, ¿cómo voy a decírselo?

Un enigmático silencio se apoderó del salón.

—No lo hagas.

—¿Cómo? —quiso saber papá, atónito.

—Es muy sencillo. No le nombres su enfermedad, ocúltalo todo, y deja por Dios que mi niña finalice su vida con una sonrisa.

—Pero, ¿eso es legal? —farfulló papá.

—¿Crees que te van a encarcelar por intentar que tu mujer viva feliz sus últimos días? Por favor...

—No sé, puede que tengas razón.

—De hecho, la tengo —afirmó el Yayo, con la misma rotundidad que demostraría ante una suma de dos más dos—. Es lo mejor.

—Está bien. —Papá dejó escapar un prolongado suspiro de resignación—. Ella no sabrá nada de esto.

El soberbio anciano dirigió su mirada hacia la rendija de la puerta y lanzó a Oli un disimulado guiño de complicidad. Después, suegro y yerno se incorporaron y se prepararon para acudir a la consulta, donde la doctora Mora les estaba esperando.

—¿Y bien? —preguntó Sara—. Han dicho que quieren explicarme algo. ¿De qué se trata?

El inminente viudo se tomó unos segundos para pensar su siguiente frase, incorporándose hacia delante tal como si hubiera alguien más en la sala aparte de ellos tres y no quisiera que oyera lo que estaba a punto de decir.

—Necesitamos su ayuda —casi susurró.

Ella arqueó las cejas.

—Creo que no me han entendido bien. No hay nada que yo pueda hacer, su mujer fallec...

—Sí, ya sé que se muere, me lo acaba de explicar —interrumpió él. Cada vez que oía esa frase era como si le arrancaran las uñas con unas tenazas.

—¿Entonces? —inquirió la doctora sin entender.

—Lo que queremos es que lo mantenga en absoluto secreto.

Sara agitó la cabeza.

—No comprendo.

Él suspiró impaciente.

—A ver si me explico. No quiero que mi mujer sepa nada de su enfermedad. Quiero que siga viviendo sin saber que tiene una

bomba de relojería a punto de explotar en su cabeza.

Mora miró a su antiguo mentor, que hacía ya rato que no decía una sola palabra, sin creerse del todo lo que él y su yerno le estaban pidiendo. Asintió tan seriamente que la hizo saber que no se trataba de un farol.

Ella, sorprendida ante la reacción de ambos hombres, les intentó hacer ver, escogiendo muy bien cada una de sus palabras, que la enferma se iría sintiendo cada vez peor a medida que pasaran los días. En concreto, los dolores de cabeza podrían llegar a ser muy potentes.

—Diremos que son simples jaquecas —contestó el más joven sin vacilar.

Ella balbuceó.

—Si no hay opción a que sobreviva, no es necesaria ninguna operación, ¿me equivoco?

—No, supongo que no. —Por mucho que le irritara, la doctora no tenía otra respuesta.

—Que así sea —concluyó él con evidente alivio. Inspiró con fuerza por la nariz antes de seguir indagando—: Entonces, ¿cuál será el proceso? ¿A qué debemos atenernos?

Sara unió sus manos por la yema de los dedos por debajo de la barbilla, y resopló. Aquello la superaba.

—Es difícil saberlo con exactitud —explicó con toda la calma que pudo—, pero lo normal en estos casos es que empiece a notar progresivos dolores de cabeza. Una vez eso ocurra, no pasará mucho tiempo hasta que pierda el conocimiento y, bueno, ya no volverá a despertar. —Ambos hombres asintieron en silencio de sepulcro—. Pero debo advertiros que los dolores podrían ser extremadamente fuertes, prácticamente insoportables. Llegados a ese punto, solo se le podría aliviar el dolor con atención médica especial, precisamente aquí, en la clínica.

El anciano frunció el ceño y miró a su yerno. Este decidió asumir el riesgo y acatar cualquier acontecimiento que el destino les tuviera preparados para el fatídico desenlace que se avecinaba. Después se levantó de su asiento y se despidió de ella. Su suegro lo siguió.

—Lo siento mucho, doctor —volvió a decir Sara cuando este estaba a punto de cruzar la puerta.

El jubilado se volvió e, incapaz de mirarla a los ojos, respondió atormentado:

—No me llames así, Sara, te lo suplico. No me lo merezco.

Tras ello, atravesó el hueco de la puerta y la cerró con suavidad.

Ocultar a alguien una enfermedad era un grave delito. Y más aún si se trataba de una enfermedad mortal. Sara lo sabía muy bien y, por supuesto, el doctor Salas también. Todos se iban a jugar mucho. No obstante, de alguna manera, se sentía obligada a ayudar. Por una parte, aún le debía a su mentor todo lo que había hecho por ella, y no iba a encontrar una oportunidad mejor. Por otro lado, la profunda pena que había visto en los ojos de aquel marido la empujaban a ayudarlo.

Definitivamente era una doctora mentalmente débil.

Capítulo 5

23 de junio de 2006

Mamá era la persona adulta menos adulta que Oli conocía. Era una mujer impetuosa, espontánea, y también algo hiperactiva. Esta extraordinaria personalidad fue el fruto de la unión de los opuestos caracteres de sus padres, o lo que es lo mismo, de mezclar agua y aceite en una batidora y pulsar el botón.

Su madre, una dulce y pausada ama de casa, tuvo la labor de educarla y entretenerla. El espontáneo e imprevisible doctor Salas, sin embargo, dedicaba cuerpo y alma a su trabajo de médico y apenas se le veía en casa. Esta división se acrecentó en la década de los ochenta, cuando el matrimonio se separó y mamá se vio obligada a dividirse en dos para pasar tiempo con sus dos progenitores. La existencia de la peculiar adolescente sufrió una importante crisis de identidad, hasta que, a la corta edad de 22 años, conoció a papá y se casó con él.

Desde que era una niña siempre fue una malísima estudiante. No llegó a pisar una facultad. Sus virtudes eran otras. A juzgar por los comentarios de la mayoría de los vecinos del pueblo, mamá era la chica más habladora, risueña y optimista que habían conocido, por lo que *Los Abalorios del mar*, tienda que abrió nada más casarse, enseguida se llenó de clientas deseosas de oír alguna historieta divertida, de esas que solamente ella sabía contar. No es que hiciera demasiados negocios (muchas veces se despistaba con los cambios y cobraba de menos), pero hacía lo que le gustaba, y eso era más que suficiente para ella.

Al poco tiempo de casarse, mamá y papá encontraron una ganga en forma de casa. Por aquella época no estaban muy

solventes de dinero, pero unos meses antes de la ceremonia se produjo una muy oportuna desdicha: el fallecimiento del viejo Michel, como se conocía al farero del pueblo, provocó que sus hijos se vieran obligados a malvender el caserón donde vivía al no conseguir llegar a un acuerdo por la herencia. La familia de papá siempre había sido amiga del viejo Michel, por lo que obtuvieron cierta ventaja en la pugna por la vivienda, y pronto se llegó a un acuerdo. Aunque el edificio llevaba años sin sufrir una reforma, el matrimonio visualizó el hogar de sus sueños. El salón, uno de los dormitorios y el porche daban directamente al mar, detalle que los deslumbró. La casa se encontraba tan próxima a la playa que solo había que bajar dos escalones de piedra desde el mismo porche, y ya se podía pisar la arena. Un encantador paseo formado por guijarros, y cercado por una valla de madera que ellos mismos se encargaron de barnizar y pintar de blanco, hacía de paso entre la puerta trasera de la vivienda y la zona de las sombrillas. En invierno, cuando la playa no estaba invadida por turistas y ni el menos friolero se atrevía a darse un baño en el mar, era como si toda la extensión de arena les perteneciese. En ocasiones, especialmente desde que Oli empezó a tener uso de razón, solían sacar unas sillas plegables, una televisión vieja y algunas bebidas a la zona de la arena y, con el murmullo del mar de fondo, realizaban sesiones de cine que duraban hasta el anochecer.

El matrimonio estaba tan entusiasmado con su nuevo hogar que ya el mismo día de firmar el cheque se pusieron manos a la obra. Tiraron un par de tabiques, empapelaron y pintaron algunas paredes de color blanco hueso; excepción hecha con las del salón, en las que dejaron el ladrillo visto. Este, con el transcurso de los años, había sufrido el desgaste propio de la humedad hasta tal punto de abrirse dos pequeños boquetes en una de las paredes de ladrillo, hecho que pronto solucionó mamá colgando un par de lienzos de la Toscana —región que por alguna razón siempre había querido visitar—, y finalizando así el trabajo que convirtió una polvorienta habitación en un acogedor salón.

Uno de los dos dormitorios fue estratégicamente declarado inutilizable. La razón era clara: la pareja se moría por tener un bebé, y aquella sería su habitación, la de la ventana que tenía vistas

directas a la playa. Así, menos de un año después de casarse, mamá quedó embarazada. Óliver llegó a sus vidas, y casi inmediatamente después, Aquiles, un precioso cachorro de enorme cabeza. En muy poco tiempo, la vieja y mugrienta casa del viejo Michel se había convertido en un bonito hogar victoriano con vistas al mar, cuadros de la Toscana y toda una familia viviendo en su interior.

A simple vista nada cambió en varios años, a excepción de las cosas que no se pueden ver en una primera impresión. Por razones que Oli no lograba comprender, papá y mamá empezaron a discutir con frecuencia. Muchas veces, el niño estaba sentado en la mesa de la cocina esperando a que su madre sirviera la cena. Entonces, como por arte de magia, alguien decía algo que al otro no le sentaba nada bien. Por ejemplo, mamá pasaba mucho tiempo con su mejor amigo de toda la vida, y a papá eso no le gustaba porque, según decía, «lo único que quiere ese tío es follarte». Óliver no entendía por qué a papá le molestaba que mamá tuviera amigos, y tampoco entendía lo que significaba *follarte* —debía de ser una palabrota, ya que mamá siempre hacía un ruido extraño con la boca y miraba a Oli cada vez que papá la decía—, así que estaba bastante perdido. Oli también se había dado cuenta de que hacía ya mucho tiempo que mamá y papá no jugaban a dar saltos sobre la cama, y pensó que a lo mejor les vendría bien saltar un rato; los dos se ponían siempre de mucho mejor humor después de jugar a aquello tan rítmicamente ruidoso.

Pero esa tarde todo resultó ser mucho más complicado. Oli esperaba en el sofá, junto a su madre, a que llegaran papá y el Yayo. Ella no debía saber, ni siquiera sospechar, que habían ido a la clínica a hablar con la doctora Mora, por lo que cuando le preguntó a Oli por su paradero, este se encogió de hombros y fingió no saber nada.

—Pero, ¿no te han dicho nada? —preguntó ella por enésima vez mientras revoloteaba de un sitio para otro.

Oli negó dos veces con la cabeza.

—Pero es que es muy raro que ni siquiera me coja el móvil ninguno de los dos.

—¿Adónde vas? —quiso saber Oli cuando ella se acercó al teléfono fijo.

—A comprobar si han dejado algún mensaje.

Mamá examinó los botones con torpeza.

—Hijo, ¿cómo funciona este chisme?

—Mamá, es un teléfono, no una lanzadera espacial —se burló. Después, se acercó a su madre y pulsó uno de los botones del aparato, dejándola en evidencia—. Hasta Aquiles sabría manejarlo.

El pastor alemán, que por supuesto estaba tirado sobre el viejo parqué del salón, sacó la lengua como aprobando el sarcástico comentario.

Mamá no quiso entrar en las provocaciones de su pequeño. En su lugar, escuchó en silencio lo que el aparato tenía que decir: «*No hay ningún mensaje nuevo*».

Decepcionada, hizo un chasquido con la boca, y se acercó a la cocina, donde se sirvió una taza de café que había sobrado en la comida. Justo en ese momento, la puerta de casa se abrió. Óliver y Aquiles se pusieron inmediatamente de pie para dar la bienvenida a papá y al Yayo.

—¿Se puede saber dónde estabais? —Mamá corrió hacia su marido y lo abrazó. Pero no era un abrazo de los amorosos, sino uno al que acompañaba con cara de pocos amigos.

—Cazando caracoles —bromeó el Yayo.

Ella puso los ojos en blanco ante el insoportable humor ácido de su padre.

—Venga, cariño —dijo papá—. No te preocupes tanto por nosotros.

—¿Por qué me miras con esa cara de bobo? —arguyó ella, realmente perpleja—. Parece como si me fuera a morir mañana.

Papá bajó la cabeza hacia el suelo. Oli, a su vez, miró a su abuelo y una sensación de esas que dan dolor de barriga le recorrió todo el cuerpo.

«Muy oportuna, mamá.»

—Oye, tienes que arreglar el columpio del patio. Échale aceite que lleva meses que chirrían los hierros y no hay quien se suba en él —dijo mamá con una voz que a cualquiera le habría sonado natural, pero que a papá le sonó tensa.

—Vale.

—Por cierto —continuó ella, mirando a su alrededor con aire despistado—, ¿has visto los sobres del médico que he traído esta mañana?

—Sí. Los he tirado —mintió papá.

Mamá se separó de él, manteniendo unos centímetros de distancia.

—¿Cómo que los has tirado? Ni siquiera los había leído.

—Yo sí los he leído —mintió de nuevo él, pues el Yayo se había deshecho de ellos antes de que Alfonso pudiera verlos. Acto seguido, colocó otra mentira—: No decían nada especial. Estamos sanos.

Su mujer lo miró con asombro y reproche.

—Pero no tenías derecho a tirarlos. ¡Eran mis resultados!

Papá puso los brazos en jarra y resopló, de igual manera que hacía cuando volvía a casa después de su habitual sesión de *running*.

—Está bien, lo siento. Pero no te alteres. ¿Te parece que vayamos a dar un paseo por el muelle, tú y yo solos?

Una proposición estúpida, ambos lo sabían, pues ninguno de los dos tenía ganas de salir con el otro. Mamá negó con la cabeza y apretó los dientes.

—Ahora no puedo. He quedado con..., bueno, con él. Ya sabes, para tomar una caña. —El tono sugería tanto culpabilidad como castigo.

Se produjo un incómodo silencio en el que todos tragaron saliva.

—¿Hablas en serio? ¿Me estás diciendo que prefieres salir con ese imbécil antes que con tu marido? —La rabia había endurecido la voz de papá.

El Yayo se acercó a Oli y le aconsejó que se fueran a otra habitación. Desde allí, los tres (Aquiles también se había trasladado) intentaron escuchar el resto de la conversación, aunque no podían entender casi nada. Entre murmullos, de vez en cuando se podía percibir alguna que otra frase subida de tono:

«No es eso. Te he estado esperando en casa para salir, pero no dabas señales de vida. Entonces me ha llamado él y he aceptado.

¿Qué tiene eso de malo?», creyeron advertir que decía mamá, a lo que papá respondió algo violento como: «por si no te has dado cuenta, sigo siendo tu marido».

Después nadie habló, y Oli tragó saliva. Tenía miedo hasta de respirar. Era uno de esos silencios ruidosos, como los que se producían cuando mamá lo miraba fijamente antes de castigarle.

«Muy bien, sal con ese payaso —pudieron entenderle a papá a través de la madera—. Me iré yo solo a pasear.»

No se escuchó la más mínima réplica. A los pocos segundos se oyó un portazo como los que Oli solía dar cuando sus padres lo castigaban sin poder ir a la playa y que tanto hacían retumbar las paredes. Papá había abandonado la casa.

Estaba frustrado y agobiado. Necesitaba estar solo. Al final, se puso un jersey de entretiempo y se fue paseando sin rumbo a lo largo de la costa. Cuando pasó por un puesto ambulante, pidió un café frío para llevar y un bollo de mantequilla. Intentó aclararse las ideas. Aquel había sido, sin lugar a dudas, el peor día de su vida. Horas después de descubrir que su mujer se estaba muriendo, había vuelto a discutir con ella por unos celos que, infundados o no, lo alejaban de su objetivo antes de empezar. La única cosa que quería ahora era hacerla feliz por última vez; dejar de reñir. Hacer el amor con ella cada noche, reírse por nada y recordar lo que hizo que se enamoraran tan intensamente, mucho tiempo atrás. Pero, ¿cómo iba a intentar solucionar algo si ni siquiera ella sabía, ni debía saber, nada acerca del problema? Tenía la sensación de encontrarse en la entrada de un complejo laberinto en el que, de antemano, se sabe que no tiene salida. ¿Cómo iba a transmitir felicidad a nadie si él mismo se sentía la persona más desdichada del planeta?

Eran alrededor de las ocho y media de la tarde, y el paseo marítimo de Ámbar se encontraba lleno de viandantes que habían aprovechado el cielo despejado y la bonita luz del atardecer para beber unos refrescos, saborear esos helados tan ricos, o simplemente, comprar bisutería en los mercadillos ambulantes. Con

el mar a su derecha y el sol espiándole sobre el horizonte, papá caminaba cada vez más rápido, recomponiendo sus erráticas ideas. Se sentía agobiado y le costaba respirar, así que pensó que le vendría bien aumentar el ritmo. Tiró el café por la mitad y echó a correr. Primero al trote, después más deprisa. Mientras avanzaba entre la multitud se cruzó con decenas de caras de niños, mujeres, ancianos y perros. Pensó en ellos. Seguramente ninguno sabía lo que era tener un problema de verdad, uno de esos que no puedes solucionar y te arruina la vida para siempre. Sí, alguno habría suspendido algún examen, o puede que muchos de ellos no pudieron veranear aquel año porque eran tiempos de apretarse el cinturón. Se cruzó con uno que incluso había tenido la desgracia de perder la vista, y se tenía que servir de un bastón para orientarse. Pero eso no eran problemas comparados con el suyo. Ojalá fuese ciego y no tuviese que preocuparse por nada más. Estuvo casi una hora divagando sobre el cariz injusto de la vida. Seguro que nadie de los que estaban paseando aquella tarde con él tenía que enfrentarse a las discusiones constantes con la mujer que más quería y que, además, pronto desaparecería sin remedio. Y por si fuera poco, tenía que disimular aquel dolor frente a ella porque había tenido la estúpida idea de ocultárselo todo para hacerla feliz en sus últimas semanas de existencia.

Desde siempre, su único anhelo había sido conocer a una bonita chica que le hiciera reír, formar una familia con ella, y envejecer juntos. Había conseguido las dos primeras tareas de la lista de una manera relativamente sencilla. Pero la tercera se le estaba haciendo cuesta arriba. Envejecer con una persona significaba pasar todos los años de una madurez a su lado. Todos y cada uno de los días. Y una vida puede resultar muy larga. Ahora sabía que jamás cumpliría el tercer deseo de la lista, y, lo peor de todo, estaba echando a perder lo que había conseguido hasta la fecha. Estaba destruyendo la familia. Sintió unas devastadoras ganas de llorar, así que volvió a subir el ritmo con la esperanza de que los músculos y los pulmones demandaran toda la sangre que tenía en el cerebro y dejara así de pensar.

El viento chocaba contra sus lágrimas y le nublaba la vista. Estaba empezando a sentir un ligero dolor de cabeza, seguramente

debido a todo el drama vivido durante ese día, por lo que decidió parar. Aún sentía algo de ansiedad y no le apetecía volver a casa tan pronto, de modo que se internó en la arena, se quitó los zapatos y avanzó hasta que la espuma de las olas le acarició los pies. Había tomado una decisión importante y necesitaba aclarar sus pensamientos, sincerarse consigo mismo. Comprendió que, si quería hacer feliz a su mujer, tendría que empezar por cambiar primero su propia actitud.

Se quedó observando la puesta de sol, de pie en la orilla, durante más de media hora. No regresó a su hogar hasta que la noche era cerrada.

Cuando la doctora Mora abandonó su lugar de trabajo, ya estaba atardeciendo. Cruzó la puerta principal de la clínica y sintió con gusto la brisa primaveral chocando contra su rostro. El sol teñía las fachadas de Ámbar de ese color anaranjado que únicamente se puede encontrar a esas horas del día, y las terrazas de los bares céntricos estaban empezando a ocuparse de grupos de trabajadores que acababa de concluir su jornada.

Sara se puso una rebeca de punto azul y montó en su bicicleta, una vez la hubo desencadenado de la señal de tráfico. Antes de empezar a pedalear, miró su reloj: eran las 20:35. Sin más dilación, tomó el camino de la playa, que era el más corto para llegar a su casa. Aquel martes había resultado ciertamente agotador. No en términos físicos, pero sí psicológicos. Desde que hacía ya un par de horas el doctor Salas y su yerno abandonaron la consulta, no había dejado de darle vueltas a todo. Al caso, a los pacientes, a la mentira piadosa con la cual había prometido colaborar... Necesitaba relajarse, o de lo contrario la cabeza le explotaría. Tan solo deseaba llegar a casa, enfundarse su pijama y devorar el helado de vainilla con galleta que tenía reservado en el congelador para días como ese.

Segundos antes de doblar la esquina y abandonar el paseo marítimo, vislumbró a lo lejos una cara que le resultó familiar. Frenó en seco y se detuvo en el carril del muelle destinado a las bicicletas,

sin dejar de mirar al infinito con la mano ejerciendo de visera para evitar que los últimos rayos de la tarde la cegaran. Un hombre de mediana edad acababa de abandonar el paseo con la ropa empapada de sudor. Sara vio cómo cruzaba el ancho de la playa con paso inestable y, una vez descalzo, se detenía donde comenzaba el mar. Era la figura de un hombre abatido, y esto la doctora lo sabía a pesar de la distancia que les separaba, pues no era otro que el marido de su nueva paciente. La joven se apoyó en el muro de piedra y no apartó la vista de él. Cuando este decidió que ya era hora de volver a casa, ella hizo lo propio. Recuperó los mandos de la bicicleta y reanudó el camino. Había perdido la noción del tiempo. Un rato después, sentada en su sofá con las piernas entrecruzadas, el pijama puesto y una tarrina de helado entre sus manos, Sara seguía pensando en el hombre sin sospechar que su vida estaba a punto de volverse emocionante.

Después de que papá se marchara hecho una furia de casa y de que mamá se quedara llorando sin consuelo a solas en el salón —finalmente no salió con su amigo—, Oli estuvo charlando en su habitación con sus dos mejores confidentes. En realidad, y aunque jamás lo reconocería frente a sus compañeros de cole, estuvo llorando durante bastante tiempo (por lo menos, cuarenta y cinco minutos), mientras Aquiles y el Yayo le intentaban consolar. Se sentía bastante mal por haber presenciado la discusión entre papá y mamá. No es que fuese la primera vez que les veía discutir, de hecho era algo que ocurría muy a menudo, pero aquel día no entraba en sus planes que lo hicieran. Había ocurrido algo horrible, y él había tomado una decisión aún más horrible con un único propósito. Y no quería que fuese en balde. Óliver tenía miedo.

—Yayo, ¿somos unos monstruos?

—A juzgar por mi cara arrugada, yo sí que lo soy —bromeó el aludido a su lado.

—¡Hablo en serio!

—Escucha, Oli. Tú eres un niño, y a los niños siempre se les perdona todo. En cuanto a mí, ya chocheo. Antes tenía un

lanzagranadas aquí abajo —acompañó la ordinariez con un gesto de mano—, y ahora tengo una bellota arrugada que, a veces, ni siquiera me encuentro. ¿Comprendes?

Oli rio entre lágrimas.

—Lo que quiero decir —continuó el anciano—, es que poco me importa ya lo que la gente piense que esté bien o esté mal. Me quedan cuatro días en este mundo, así que actúo según mis propias normas.

—Pero Yayo, hoy he visto a papá y a mamá muy tristes, y no paran de pelear. Tengo miedo de que sea culpa mía. Creo que he metido la pata.

—Puede que aún no sepas entenderlo, pero lo que has hecho hoy es algo que muy pocas personas serían capaces de hacer. —El Yayo acariciaba la parte trasera de la oreja de Aquiles mientras hablaba—. Es digno solamente de alguien tan extraordinario como tú. Eso es, ¡sonríe! Porque todavía nos queda mucho trabajo por hacer. Repite conmigo: ¡Lo vamos a conseguir!

—Lo vamos a conseguir.

—¡Más alto!

—¡Lo vamos a conseguir! —repitió el niño.

Más animado, levantó los brazos y se abalanzó sobre su abuelo. Ambos se echaron a reír sobre el edredón como dos niños traviesos.

Unas horas más tarde, el Yayo ya se había ido a su casa, papá había vuelto de su largo paseo, y nadie volvió a hablar con nadie en casa aquel día (a excepción de Oli y Aquiles, que siempre estaban hablando). Al caer la noche, una potente tormenta de verano envolvió al pueblo como un telón de agua que daba por concluido el Día Importante.

Capítulo 6

7 de marzo de 1983

El cielo tronó y el viento ondeó su falda de una manera divertida. Como en una fantástica alucinación, Verónica hablaba y gesticulaba mientras alcanzábamos la cima de la colina. «¡Vamos, ya casi hemos llegado!», me gritaba para que aumentase el ritmo. Yo le respondí que la culpa era de los malditos zapatos, y que si llevara mis zapatillas deportivas habría llegado a la cima mucho antes que ella. No era verdad, ni siquiera tenía zapatillas deportivas, pero Verónica no dejaba de sonreír y de agitar los brazos como si realmente disfrutara de mi compañía. Previamente había estado tarareando algunas canciones de Mecano. Yo escuchaba sin prestar atención, pues toda mi concentración la tenía puesta en el baile de su flequillo pelirrojo. Sí, reconozco que nunca fui una persona de grandes pretensiones. Y sin embargo, para mí, y en contra de lo que mucha gente pueda pensar, Verónica era el mayor de los desafíos. Sin duda el más intenso y ambicioso al que había tenido que hacer frente hasta ese momento de mi vida.

Desde nuestra primera cita en la taberna hasta aquel día nublado en la colina, habían transcurrido ya algunas semanas. Yo creía que no volvería a ver a Verónica nunca más, y, si lo hacía, sería debido a lo pequeño que era el pueblo, y no por despertar el más mínimo interés hacia ella. Al fin y al cabo, aquella noche había demostrado ser un completo borrachín del tres al cuarto, y también un cobarde al no haber sido capaz de enfrentarme a ese chulo que se la llevó del bar por la fuerza. Un chulo que, por otro lado, ocupó la mayor parte de mis pensamientos en los días posteriores. ¿Quién

era ese tipo? ¿Maltrataría a Verónica? Pronto recibiría la respuesta a todas esas y muchas otras preguntas.

Así las cosas, no volví a verla hasta que me topé con ella en la fila de la panadería.

—¡Soldado! —había exclamado alguien a mi espalda mientras esperaba pacientemente a que una señora pagara, peseta a peseta, el pan del día.

Enseguida reconocí la voz femenina, y en las siguientes fracciones de segundo, mi cuerpo se debatió entre girarse y abrazar a la fuente de aquella palabra castrense, o echar a correr y salir de allí sin pagar el pan. Finalmente me decidí por un término medio mucho menos troglodita: me giré con aire altivo y despreocupado.

—Vaya, Verónica, qué sorpresa.

Ella se limitó a examinarme de arriba abajo.

—¿Que, a comprar el pan? —Nunca se me dieron bien las conversaciones incómodas. O quizá eran incómodas porque no se me daban bien. En cualquier caso, la tensión del momento estaba empezando a alcanzar mi estómago.

—¿Por qué no me has llamado? —atacó ella, ignorando mi insustancial y tópica pregunta para salir del paso.

—¡Anda! ¿Y por qué no me has llamado tú?

—¿Acaso será porque no tengo tu teléfono? —replicó Verónica con mucha ironía.

—Pues yo tampoco el tuyo.

Ambos nos quedamos pensativos hasta que, al unísono, nos echamos a reír ante la mirada de los allí presentes: un chaval de unos trece años que había ido a comprar el periódico deportivo, tres de las más legendarias marujas del pueblo (una de ellas era la coleccionista de pesetas) y, por supuesto, el señor panadero. Después nos saludamos como dos seres humanos, compramos el pan, y salimos a dar un bonito paseo.

Acabábamos de alcanzar la cima de una colina que era conocida por arrinconar Ámbar contra el océano. Según palabras de Verónica, «el senderismo es el deporte más sano que hay», y después, como réplica a mis quejas, solía añadir: «venga tío, ¡no seas llorón!». Yo no tengo nada en contra de andar en pendiente durante dos horas para llegar a un sitio donde no hay absolutamente

nada, pero hacerlo en un día en el que han dado previsión de tormenta es la típica locura que solo se le había podido ocurrir a Verónica.

Ella vestía una bonita falda *hippie* y unas zapatillas blancas acordes para la ocasión. Recuerdo que me debatía entre cómo me gustaba más: si con vaqueros apretados y maquillaje, o bien al natural y de sport. No fui capaz de hallar una respuesta definitiva.

—¿Alguna vez habías subido a esta colina? —quiso saber, haciendo un gracioso mohín con la nariz.

Negué con la cabeza. Para aquel punto de la tarde ya estaba meneando el rabito como un perrito en celo.

—¡Parece mentira! —exclamó ella, con más tono burlón—. Habiéndote criado en el pueblo y que no conozcas su mejor rincón.

Se acercó al límite de lo que se podía denominar suelo estable para asomarse hacia el pueblo, con el mar al fondo. Aquella no era una colina que se considerase de las grandes. Cualquier habitante del pueblo, incluidos los ancianos, eran capaces de alcanzar su cima. Una vez llegabas a ella, nada te esperaba allí, más que tierra y hierbajos. No obstante, debo reconocer que las vistas que se disfrutaban desde arriba eran merecedoras de la caminata que requería. Por algún fenómeno extraño de la naturaleza, aunque aquel sitio no era muy elevado ni estaba demasiado alejado del pueblo, permitía una vista panorámica de éste en su totalidad. Era una auténtica delicia para la vista, o «un tesoro aún por descubrir para localizaciones de una gran película de Hollywood», como solía decir Verónica. A veces, me contó, cuando la marea le impedía ir a la playa a recoger conchas, subía a la cima de la colina y se pasaba toda la tarde sacando fotos, leyendo un libro bajo las nubes, o simplemente, observando el paisaje.

—Oye, quiero preguntarte algo —dije, acercándome a ella—. ¿Quién era ese que salió aquella noche de la nada y te llevó por la fuerza?

—¿Te refieres a Charly?

Me encogí de hombros. En ese momento sentí que Verónica estaba a punto de descargar una preocupación que llevaba acumulando días atrás. Durante aquellos días daba la impresión de

estar siempre cubierta por una maravillosa aurora de luz, pero en cuanto nombré a ese tal Charly, su mirada se ensombreció.

—No es nadie. Solo mi hermano —dijo quedamente.

—Creí que te habías referido a él como tu hermanastro.

—Sí, en realidad lo es. Mi madre se casó con su padre hace unos meses, después de que mis padres se separaran. Pero no tenemos sangre en común.

—¿Y vivís juntos?

—Sí. Bueno, no. —Después se giró hacia mí y me miró con el ceño fruncido—. Oye, ¿a ti por qué te interesa tanto?

—Simple curiosidad. Tan solo me preocupo por tu vida, eso es todo.

—Pues quizá no deberías.

La relación entre Verónica y Charly había sido complicada desde el principio. Más tarde me enteré de toda la historia, aunque a decir verdad, jamás llegué a comprenderla bien.

La mayor de dos hermanas, Verónica nunca fue amante de fumar cigarrillos, beber en la playa y salir con chicos, tal y como hacían su hermana Lorena y todas las chicas de su edad. Los adultos que la conocían bien solían decir que veía la vida de un color diferente, como si lo enfocara todo con un filtro especial y su cabeza procesara las cosas siguiendo algún tipo de lógica extraterrestre. De alguna manera así era. Le fascinaban los insectos, se sonrojaba con las películas pornográficas, y se partía de risa con los políticos. Era amiga de su dentista y detestaba a sus profesores, en concreto a doña Encarnación, esa vieja monja arrugada que siempre le forzaba a hacer las cosas según las normas establecidas. No le interesaban los chicos y pasó su adolescencia sin besar a ninguno de ellos.

Cuando cumplió los veintiún años, sus padres se divorciaron, crisis que fue realmente difícil de asimilar para ella. Dejó de acudir a clase y un día incluso llegó a fugarse de casa. Sucedió un domingo nublado de otoño, durante el vigesimotercer aniversario de sus padres y primero que el matrimonio no celebraba. Como cada rutinario día desde el divorcio, el *festín* resultó un triste cara a cara entre su madre Violeta y ella. Después del postre (que no fue otra cosa que una tarta de limón congelada que la hija había comprado

en el supermercado esa misma mañana), Verónica se quedó a ayudar a su madre a recoger los platos. Entonces alguien llamó a la puerta principal con los nudillos. Al acudir a abrir, Verónica descubrió a su padre en el umbral, visiblemente nervioso y con un ramo de rosas en la mano. Ella supuso lo mucho que debió de costarle tal muestra de romanticismo a alguien tan clásico como él, de modo que se limitó a darle un beso en la mejilla, regalarle la mejor de sus sonrisas, y dejarle entrar. Después se encerró en su habitación y dejó a sus padres a solas. «Quién sabe —pensaba ella—, quizá se reconcilien.» Su dulce esperanza se esfumó rápido: el antiguo matrimonio volvía a las andadas. La visita de su exmarido no hizo más que avivar la tristeza de Violeta, que rechazó las flores y le obligó con lágrimas en los ojos a marcharse de casa y no regresar, al menos, en un tiempo. Antes de obedecer, él había suplicado despedirse de Verónica, a lo que Violeta, por su puesto, aceptó. Cuando el hombre accedió al piso superior y abrió la puerta de la habitación de su hija, descubrió que se encontraba vacía y con su única ventana abierta de par en par. Tras algunas llamadas a la policía local y casi una hora de búsqueda por todo el pueblo, el hombre la encontró en el único sitio donde podía estar: la playa. A lo lejos, con una mochila rosa colgada a los hombros y su planta carnívora de la suerte entre las manos, percibió la silueta de Verónica caminando sin rumbo.

Poco después de aquello, Violeta volvió a casarse, esta vez con el alcalde del pueblo, el señor Rubial. Antes de que Verónica pudiera intentar nada para evitarlo, ya se encontraba viviendo con su traidora madre, el alcalde, y el hijo de este, Carlos; un chico pecosito y algo mayor que ella al que todo el mundo llamaba Charly. Verónica lo detestaba, pues cada vez que lo miraba, lo escuchaba o lo olía, recordaba que ya no tenía una familia. Con el tiempo asumió que tendría que empezar a dirigirse a él simplemente como *hermano* —y no como hermanastro—, y aunque cada vez que tenía la ocasión abandonaba la casa para acudir en busca del cobijo de su padre (que había pasado a vivir en un piso pequeño en el centro del pueblo), empezó a acostumbrarse a la presencia de Charly. Odiaba que fuese tan diferente a ella, sobre todo porque parecía estar todo el tiempo enfadado. Y además era un pelín sobradamente

irrespetuoso. Siempre entraba en la habitación de Verónica o en el cuarto de baño cuando ella se estaba cambiando de ropa, y se quedaba mirando con cara de bobo. Pero Verónica estaba sola en el pueblo y Lorena se había marchado a estudiar a Inglaterra hacía unos meses, por lo que Charly se convirtió, irremediabilmente, en su mejor amigo. Su único amigo. Hasta que llegué yo.

—¿Ves esa ermita de allí abajo, junto a la desembocadura del río? —Verónica había cambiado rápidamente de tema y señaló a un punto a lo lejos, más allá del pueblo—. ¿La conoces?

Asentí con la cabeza.

—Claro que la recuerdo. Está abandonada —dije con pereza.

—No, ya no. La reformaron mientras estuviste fuera. Pienso casarme en ella algún día.

«¿Casarse? Ya estamos con la cantinela de siempre.»

—Pero ¿es que sales con alguien? —indagué mordaz.

—No —se limitó a contestar, y luego se le escapó una sonrisa—. Pero pienso casarme algún día. Y será, claro, con alguien decente y honrado.

—Yo soy decente y siempre procuro actuar con mucha honradez —afirmé, quizá algo precipitadamente.

—Psché, eres un soldado.

La miré de hito en hito.

—¿Qué tienes en contra de los soldados, si puede saberse?

—Nada, pero jamás me casaría con uno.

—Pues técnicamente ya no lo soy. Solo fueron nueve meses de mi vida, y encima por obligación.

Ella negó con la cabeza.

—Para mí siempre serás el *Soldado*.

—Eso solo quiere decir que, para ti, soy un sinvergüenza —me revolví, molesto.

—Yo no he pronunciado esa palabra.

—Pero la has insinuado —insistí con especial contumacia.

Ella me miró con los cinco sentidos.

—Y, dime, ¿lo eres?

Le devolví la mirada y sonreí antes de contestar:

—Por supuesto que lo soy.

Para conquistar a ese tipo de chicas de buena familia hace falta, o bien mucho atractivo físico, o bien dinero y poder. Yo no tenía ninguna de esas cosas, así que me vi obligado a recurrir a mi instinto. Decidí improvisar, actuar desde el corazón. Había, por lo tanto, que ser sinceros. Empujado por la inexperiencia y la lujuria, extendí mi mano temblorosa e hice que se encontrara *accidentalmente* con su cintura, por debajo de la camiseta y allá donde empezaba la falda. Creo que la bóveda celeste se asombró también de mi repentina osadía, porque dejó de tronar y de soplar por un momento, quedando la colina en el más absoluto de los silencios. Verónica miraba, con los ojos muy abiertos, alternativamente a la apresada cintura y a mí.

Justo en ese momento comenzaron a caer algunas gotas de tormenta de verano, de esas que tienen el tamaño de un guisante. Verónica me miró a los ojos, y ahí fue donde me paralicé. Lo único que recuerdo de lo que pasó a continuación es que ella cogió la mano que estaba acariciando su piel y la llevó a mi torso. Yo, para entonces, ya era su esclavo absoluto. Mientras me sujetaba fuerte, y sin dejar de mirarme, acercó muy lentamente sus labios a los míos, y cuando casi podía rozar mi boca, susurró lentamente:

—Me gustan los sinvergüenzas.

Después, y esto sí lo recuerdo bien, nos besamos como dos animales espoleados por la tormenta. Un fantástico sabor a helado de avellana abordó mis papilas gustativas, y mis manos, aún trenzadas con las suyas contra mi pecho, hacían fuerza para que el momento no terminara jamás. Podría haber saltado desde la cima y haber volado si hubiera querido.

Detiene su discurso en medio del escenario, incapaz de continuar. Después, emocionado, sentencia:

«Creo que puedo decir, sin miedo a equivocarme, que aquel fue el momento más importante, apasionante y delicioso de toda mi ruinosa vida.»

Capítulo 7

10 de marzo de 1983

Tres días más tarde, me levanté temprano para llevar a cabo todo lo que tenía que hacer esa mañana. Una empresa de piezas de automóviles me había llamado el día anterior para concertar una entrevista de trabajo en Oviedo. La oferta era de formación. Un contrato de prácticas pésimamente remunerado, pero con buenas expectativas de promoción si se trabajaba bien.

Yo no tenía estudios, y ni ganas de tenerlos. Al regresar de la Mili tuve una larga conversación con mi madre. Nos sentamos una noche, junto al calor de la chimenea, y le dejé claro que lo mío no era estudiar. Pero trabajar, sí, eso era otra cosa. Nunca he sabido recitar la tabla de multiplicar sin utilizar los dedos de la mano, pero dame una tarea, explícamela bien, y no descansaré hasta terminarla.

«¿De qué vas a trabajar si no tienes estudios?», me dijo ella.

Era la cantinela de siempre. Comprendía perfectamente sus motivos, y en el fondo sabía que tenía razón, pero yo confiaba tanto en mis posibilidades de currante como tan poco en mis dotes de estudiante. A ella le costó asumir el hecho de que su hijo no fuera a estudiar una carrera, ni siquiera una formación profesional —había estado ahorrando durante años para pagarme esos estudios—, pero al ver la determinación en mis ojos, no tuvo más remedio que claudicar. Cuando vio que enviaba mi *currículum* a diferentes empresas, decidió gastarse los ahorros en un precioso vestido azul turquesa que luciría ese mismo año en la boda de una prima que vivía en Madrid. Y cuando comprobó que me estaban empezando a llamar de algunas de esas empresas, se alegró de no haberme

obligado a nada que no quisiera hacer. En resumen, aquella oferta de trabajo se trataba de una posible gran oportunidad para mi futuro, y también la muestra de que no estaba equivocado respecto a mis sensaciones.

Podía decirse que, últimamente, la suerte me estaba sonriendo.

Después de desayunar con rapidez mi tazón de leche con cacao y galletas reglamentario, me abrigué con unos zapatos de agua y un chubasquero, y cogí un paraguas que había en el recibidor. A pesar de que ya casi era primavera, no había dejado de llover desde mi caminata con Verónica. Llegué al centro del pueblo lo más rápido que pude y compré el periódico y el pan del día. Acto seguido recorrí la Gran Avenida, y la crucé para alcanzar un callejón donde estaba aparcado mi coche, un modesto Fiat Panda. Justo en el momento de doblar la esquina, percibí que alguien me seguía. Miré disimuladamente con el rabillo del ojo sin dejar de caminar. No había duda: se trataba de él. El tal Charly; el macarra del bar; el hermanísimo de Verónica.

—¡Eh, espera un momento! —gritó desde unos pasos más atrás.

No tuve más remedio que detener mi paso y girarme.

—¿Es a mí?

—Sí, perdona por seguirte tío, pero andas muy rápido —jadeaba—. Y ni siquiera sé tu nombre.

—Bueno, no hay problema. Me llamo Alfonso.

Le tendí la mano con desgana.

—Yo soy Carlos Rubial —sonrió—. Aunque todos me conocen como Charly.

Aquello no me cuadraba del todo, aquel hombre seguía sin darme buena espina. Vestía con ropa vieja y, en general, parecía cuidar poco su imagen. Llevaba el pelo grasiento y despeinado y, a tenor del olor que desprendía, no se había duchado aquella mañana. Suma y sigue, pues tenía un incómodo tic nervioso en el ojo derecho que le hacía parpadear más de lo normal. Más tarde me enteré de que se trataba de una enfermedad de nacimiento, llamada blefaritis, la que le producía ese parpadeo tan inquietante. Por si aquello fuera poco estremecedor, una de sus pupilas era sensiblemente más grande que la otra, otorgándole un aspecto casi

fantasmagórico. En su presencia, mi temperatura corporal aumentaba.

Dos días atrás había ido a la casa de Verónica por primera vez, al acordar que iría a recogerla para ir al cine. Allí me topé con él. Fue durante un solo instante, y ni siquiera llegamos a hablar. Yo estaba esperando en el pasillo a que ella saliera del baño y así nos pudiéramos ir. Entonces vi, a través de la rendija de la otra puerta, a Charly cambiándose de camiseta en su habitación. Normalmente no suelo quedarme ensimismado mirando cómo un hombre se cambia de ropa, pero recuerdo que pensé que se podría rallar queso en aquellos abdominales. Cuando me pilló espiándole, se sobresaltó. Me miró con frialdad y cerró la puerta con rabia.

Ahora parecía una persona totalmente diferente, mucho más educada, como esforzándose por agradar. Aquello no me encajaba. Sus amables palabras no se correspondían con lo sombrío de su mirada. Ni tampoco con sus portazos.

—Oye, te pido disculpas por lo que pasó el otro día en el bar. Estaba un poco borracho y había tenido un mal día —se justificó.

—Bah, ni siquiera recuerdo lo que pasó —mentí como un bellaco—. Yo también había bebido bastante. Oye, perdona, pero te tengo que dejar. Debo ir a Oviedo urgentemente para una entrevista de trabajo y no puedo llegar tarde.

Me giré con la intención de perderlo de vista.

—¿Vas a Oviedo? ¿Te importa mucho si compartimos el viaje? —propuso al instante.

—¿Compartir el viaje?

—Sí, también tengo que ir a la ciudad. Yo pagaré la gasolina. — Acto seguido, me dio un golpe amistoso en un brazo.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo decirle que no? Algo me decía que no me convenía enemistarme con aquel tipo.

—Está bien, vamos ya.

Reanudamos la marcha y alcanzamos el Panda unos metros más adelante. Me senté en el asiento del conductor, me abroché el cinturón de seguridad, y esperé a que Charly hiciera lo propio para arrancar. Él se acomodó y encendió un cigarrillo. Mi primera reacción fue informarle de una de las normas básicas en mi

automóvil: *prohibido fumar*. Sin embargo, decidí mantener la boca cerrada.

Mientras avanzábamos lentamente por el mojado asfalto de las calles del centro, empezamos una conversación.

—Así que te estás viendo con mi hermana. —Aquel tío acababa de descubrir la existencia del Mediterráneo, como se suele decir.

—Bueno, en realidad nos estamos conociendo. —Me encogí de hombros, reconociendo a continuación—: No conozco a mucha gente aquí, ¿sabes?

—Ahora ya conoces a una más.

Me miró y sonrió. La piel se me erizó al depositar mi mirada en sus dispares pupilas.

—Supongo que sí —contesté, por decir algo.

—No tienes por qué mentirme. Sé que te mueres por follarte a mi hermanita. Hay que joderse con Morales.

¿Qué diablos acababa de decir aquel chalado? Me mordí la lengua para no soltar un exabrupto.

Morales. Me percaté al segundo de que en ningún momento había pronunciado mi apellido al presentarme, tan solo mi nombre. Era evidente que Charly había estado investigando sobre mí.

—¿Qué? —articulé, sorprendido de su descaro.

—No te preocupes, es algo natural. ¡Somos hombres! A mí me sucede lo mismo, ¿sabes? Es una chica increíblemente sexy. Está buenísima, vamos. —Torció el gesto—. ¿Te has fijado en sus tetas? Pero ¡qué digo! —enfaticó—. Claro que te has fijado, jodido Morales, y seguro que te matas a pajas pensando en ella.

Tras el desafortunado comentario, soltó una carcajada que retumbó en el interior del vehículo. Aprovechando que ya dejábamos el pueblo atrás, pisé el acelerador deseando llegar a Oviedo lo antes posible. Mientras tanto, decidí que lo mejor sería cambiar de tema de conversación.

—En cuanto a ti, me ha parecido entender que te apellidas Rubial. ¿Tienes algo que ver con nuestro alcalde? —aventuré.

Charly interrumpió su risa de bobo y su expresión se ensombreció. Un extraño silencio invadió el interior del coche. Lo único que se oía era el rugir del motor de mi viejo Panda y algunas gotas cayendo monótonas sobre la luna.

—No quiero hablar de eso —replicó lentamente. Su voz había adquirido un tono peligroso.

—Así que, ¿es cierto que es tu padre? —incidí para joderlo.

—Te he dicho que no quiero hablar de eso. —Sentí un escalofrío por debajo de la camisa—. Hablemos ahora de tu padre: ¿por qué no vive con vosotros?

Debo reconocer que ese fue un golpe muy bajo, pues la situación de mi progenitor era, por decirlo de una manera suave, atípica.

Cierta fin de semana de agosto de 1963, un joven llamado Francisco Morales perdió su empleo como pescador en el barco con el patrón más cabrón y cascarrabias de toda la comarca. Se había quedado profundamente dormido un domingo que había que salir temprano hacia mar adentro. El despiadado patrón no había entendido la importancia que tenía la Semana Grande de Gijón para un chaval como Francisco, y más aún si había logrado *pescar* una preciosa chica. Como experimentado pescador, aquel hombre debería haberlo comprendido. En cualquier caso mereció la pena, pues la chica de melena brillante que le había ocasionado un despido pronto se convirtió en su mujer.

Un año más tarde, y como resultado de aquello, nací yo. Heredé la respingona nariz de mi madre y la manifiesta torpeza de mi padre; pero eso no viene a cuento. Lo que sí es importante es lo que ocurrió trece años después de mi nacimiento.

Como hijo recién entrado en la adolescencia, uno no sabe cómo tomarse que tu padre salga a la calle en zapatillas de andar por casa o intente comerse la comida del gato para almorzar. De un día para otro, y sin que nosotros pudiéramos apenas reaccionar ante aquel surrealismo que se había instaurado en nuestro hogar, a mi padre se le diagnosticó una enfermedad mental degenerativa que, en base a su nombre bastante difícil de pronunciar, había sido descubierta por un nazi con malas pulgas. Los primeros años no fue difícil convivir con aquello. Mi madre y yo solo teníamos que asegurarnos de que no se quedara solo en ningún momento y, sobre todo, que no le diera por cocinar. Lo más duro llegó después. Él cogió la desagradable costumbre de insultar indiscriminadamente, y sin ningún tipo de escrúpulo, a todo el mundo, incluso a nosotros.

Principalmente a nosotros. Uno no se acostumbra a que su padre le diga *chupapollas* en lugar de *gracias por cambiarme los pañales usados, hijo*. Lo peor era ver sufrir a mi madre. Nos vimos obligados a internarlo en una residencia donde lo tratará gente especializada en cambiar pañales y donde no hubiera comida para gatos al alcance. Desde entonces, me quedé viviendo a solas con mi madre, y aunque al menos uno de los dos iba todos los días a visitarlo, él no siempre nos reconocía.

No le conté nada de esto a Charly. Como decía, había sido un golpe bajo. Pero, sin duda, lo más inquietante era que él parecía saberlo absolutamente todo sobre mi vida.

—Venga Alfonso, solo porque yo no quiera hablar de mi padre no tienes por qué hacer lo mismo. —Se había sentado de lado y hablaba desde muy cerca de mi cara. Podía sentir su fétido aliento en mi oreja derecha—. Además, no creo que tu padre fuese tan hijo de puta como el mío. ¿O sí? ¿He acertado? —añadió cáustico.

Hay un momento en la vida de todo cobarde en el que comete una insensatez y se vuelve todo lo contrario: valiente. Yo no escogí la mejor ocasión para hacerlo.

—No vuelvas a decir eso, bastardo.

Sentía la boca seca como la madera vieja, y un metálico sabor a sangre impregnó mis papilas gustativas. Invasado por la ira, pisé el acelerador sin darme cuenta. Adelantaba a todo vehículo con el que me topaba. Izquierda, acelerar, y de nuevo, a la derecha. Y acelerar un poco más. Solo quería llegar a Oviedo de una maldita vez.

—Vaya, vaya, así que también tienes sangre en las venas y huevos junto al culo —comentó él, muy mordaz.

—Vas a bajarte de mi coche en el próximo pueblo, ¿entendido?

No apartaba la mirada de la carretera y ni siquiera me atrevía a mirar al asiento del copiloto. De pronto, y sin que yo lo viera venir, Charly agarró el volante y me susurró al oído en tono amenazante:

—Antes mentía. No me gusta que te veas con mi hermana. No me la va a quitar un mocoso de mierda como tú, así que no la vas a volver a ver.

Uno nunca sabe cómo reaccionaría en un momento así. Apreté el volante con todas mis fuerzas y me concentré en mantener el

coche dentro del carril. Me sentía demasiado bloqueado como para pensar en nada más. *El carril.*

—¡Suelta el volante! —grité.

Debido a un acto reflejo, accioné mi codo derecho y se lo clavé en las costillas. Entonces él perdió los nervios. Totalmente fuera de sí, aquel hijo de mala madre me devolvió el golpe, solo que mucho más fuerte y en el hombro.

Aquello no me dolió, pero hizo que perdiera el control del coche durante un par de segundos, lo justo para que nos deslizáramos unos metros hacia la izquierda e invadiéramos el otro carril en el mismo instante en que una furgoneta que venía de frente hacía sonar desesperadamente su claxon. Fue el primer trueno de una terrible tormenta.

—¡Cuidado! —me avisó Charly, con ojos espantados.

La furgoneta impactó frontalmente en la aleta delantera izquierda de mi Panda, produciendo una fuerza tan intensa que hoy no soy capaz de describir.

Se hizo de noche.

Noté cómo el mundo daba vueltas, y en un instante que me pareció tan largo como tres vidas enteras, mi cuerpo rebotó una y otra vez en cualquier esquina de aquella caja mortal en la que se había convertido el utilitario. De todo lo que sucedió a continuación, no guardo ya ningún recuerdo.

Capítulo 8

1 de julio de 2006

El despertador marcaba las 06:45 cuando sonó con estridencia. Lo silenció de una torpe palmada y se frotó la cara perezosamente. En el espejo del cuarto de baño encontró pegado un post-it amarillo. Era una irritante nota escrita en mayúsculas.

AÚN NO HAS ARREGLADO EL COLUMPIO
QUE NO PASE DE ESTA SEMANA

Suspiró con sonora resignación. Podía imaginarse a su mujer pronunciando esas palabras con un matiz que evocaba tanto una bronca como un reto.

Tras una ducha caliente, encendió la cafetera de la cocina y preparó un café con leche. Abrió el horno y suspiró de nuevo. El bizcocho de chocolate con nueces que con tanto mimo había cocinado la noche anterior estaba sin probar. Cortó un pedazo generoso y lo comió sin ganas sobre la encimera. Envolvió tres trozos más en papel de aluminio. «En la fábrica me lo agradecerán más que en casa», pensó.

Cuando salió, ya había amanecido. El sol gobernaba en un despejado cielo, y sin embargo aún hacía frío. Tanto que volvió a entrar en casa a por una americana. Una vez dentro, decidió que debía responder al mensaje. Sacó un bolígrafo del cajón de su mesilla y escribió sobre un nuevo post-it, también en mayúsculas:

ESPERO QUE ESTES TENIENDO UN GRAN DIA, CARIÑO.
TE HE DEJADO BIZCOCHO EN EL HORNO. ESTA DELICIOSO.
UN BESO

Mientras lo releía, se sintió el hombre más imbécil del planeta, uno al que probablemente odiaría. De igual modo lo pegó en el cristal, ocupando el lugar del otro papelito adhesivo.

Unos minutos más tarde se encontraba en la parada del autobús, esperando al número cinco. Como cada día, lo llevaría hasta la zona industrial, en las afueras. Pasaría todo el día supervisando neumáticos en la cadena de montaje. En los descansos comería bizcocho con sus compañeros. No pensaría en Verónica. Hasta la noche al menos.

Jaime Vergara salió de la concurrida estación de metro de Avenida de América a las ocho y veinticinco de la mañana. Miró a su alrededor, a modo de orientación, y ascendió la calle del mismo nombre a paso ligero y sin dejar de mirar su reloj de pulsera cada cinco minutos. Llegaba tarde. Aquella mañana había huelga de Metro en la línea diez, que atraviesa Madrid de norte a sur, así que el trayecto duró más del doble de lo que en realidad había planeado.

Nada más entrar al hotel se dirigió al mostrador de recepción, donde preguntó por el salón de conferencias. Después hizo una visita fugaz al café-bar y pidió un café cortado para llevar. También compró el periódico en el revistero del vestíbulo. La mañana prometía ser larga. Larga y aburrida.

Antes de entrar al salón se detuvo para comprobar la lista de asistentes. Se iluminó cuando leyó el nombre de «Sara Mora». Sujetó el diario con el codo y tiró de la puerta. La convención ya había comenzado, de modo que buscó un asiento libre en las últimas filas y se acomodó.

Había transcurrido una semana desde el Día Importante y un clima más frío de lo normal se había instalado definitivamente en Ámbar. La humedad añadida, propia de la costa, hacía que los ancianos como el doctor Salas necesitaran tomarse su tiempo para

desperezarse en la cama. Se incorporó con parsimonia, se abrigó con su bata azul marengo, y estiró los músculos. El cuerpo le crujía. Como hacía tiempo que no necesitaba un despertador, miró el reloj de la pared: eran pasadas las dos del mediodía. Desde que se jubiló, hacía unos pocos años, su tiempo de ocio había sido a *full time*, por lo que con el tiempo se acostumbró a hacer vida de noche y a preocuparse muy poco de los relojes. No había necesidad de seguir el tiempo que imponía la sociedad de consumo, y por otra parte, la oscuridad siempre le había proporcionado una serenidad que no encontraba en la luz diurna.

Encendió la radio para escuchar las noticias mientras se duchaba, y después preparó una sencilla sopa de verduras de esas que solo hay que verter en agua hirviendo y en cinco minutos están listas para degustar. Muy apetecible, sin embargo, en los días frescos como aquel.

Hastiado de los insípidos programas de televisión, se calzó sus botas de monte y se puso algo de ropa de abrigo para dar un paseo. Caminó hasta la iglesia, situada en el centro histórico. Hacía décadas que no entraba. Al cruzar el portón le invadió un calor reconfortante. Estaba prácticamente a solas en la capilla. Tras santiguarse, alcanzó uno de los bancos traseros, se arrodilló y situó la cabeza entre sus dos manos entrelazadas. No emitió ningún sonido durante un largo periodo de tiempo. Tras más de una hora rezando, se levantó y se fue, sin más, por donde había entrado.

Sara apretó las mandíbulas con fuerza para intentar contener el bostezo. Después se llevó la mano a la boca y finalmente bostezó con ganas, vencida por su propio aburrimiento. Desde la fila dieciséis del salón de conferencias del hotel Puerta de América, aquellas casi cuatro horas de convención sobre enfermedades cerebrales se le estaban antojando sumamente insoportables. La doctora había aterrizado en Madrid esa misma mañana a primerísima hora, y, tras aproximadamente quince minutos conversando con el taxista y antes incluso de que amaneciera, llegó al hotel. No se hospedaría allí, pues no tenía pensado quedarse ni

una sola noche en la capital. Se quitó el abrigo, atravesó el vestíbulo con decisión y entró en el salón donde se iba a celebrar la convención de neurocirugía. Era la primera vez que pisaba aquel recinto, y Sara quedó impresionada con las sillas de terciopelo, los encajes de color dorado de las cortinas, y el proyector gigante que iba a presidir el evento. Fue de las primeras personas en llegar, así que escogió un asiento que no estuviera ni muy cerca ni muy lejos, y se sentó a esperar.

Al emitir el tercer bostezo consecutivo, decidió que debía distraerse. Cogió un bolígrafo azul de su chaqueta y comenzó a escribir en un cuaderno que llevaba siempre consigo.

Hola, Diana,

Es la mañana del 1 de julio. He madrugado tanto que me parece que ya llevo vividos dos días, y eso que aún no he almorzado. Como viene siendo habitual cada vez que tengo que ir al aeropuerto, he llegado a la terminal exageradamente pronto, así que he aprovechado para comprar el periódico y desayunar en una de esas cafeterías tan caras que hay allí. El periódico ha sido una auténtica pérdida de tiempo; una vez más, no decía nada nuevo. El desayuno ha salido por ocho euros y sesenta céntimos, lo cual, tratándose de un zumo industrial, un café con leche y un croissant de mermelada de ciruela, puede considerarse un atraco en toda regla. Eso sí, el croissant, humm, ¡madre mía! Creo que es el mejor croissant con mermelada de ciruela que he probado en mi vida, y he probado muchos. El vuelo ha salido a la hora señalada y se ha pasado en un suspiro, pero lo peor ha llegado en el taxi. ¿Por qué los taxistas siempre tienen que contar su vida a los demás? El hecho es que al final he acabado haciéndome su amiga y le he dejado un euro de propina. Ahora que lo pienso, como esto siga así la convención me va a salir más cara de lo esperado. Al salir del coche me he dado cuenta de mi error al elegir un abrigo tan fino. ¡Aquí hace frío! ¿No se suponía que Madrid era una ciudad calurosa?

El hotel es una pasada... si se viniera a disfrutar de él. Desafortunadamente, yo tengo que estar en esta maldita convención todo el día, y cuando termine volveré a casa. No tengo

ganas de dejarme más dinero en este viaje, y además, debo regresar al trabajo. El trabajo... La verdad es que no he dejado de pensar en la familia del doctor en toda la semana. No sé cómo acabará ese caso, pero algo me dice que nada bien. En fin, creo que tendré que pasarme más veces por la cafetería de la terminal para no pensar tanto en ello. ¡Mira, parece que los conferenciantes nos dan un respiro! Volveré a escribirte.

Un beso.

Se incorporó de su asiento con un profundo dolor de espalda. Su trasero era como un adoquín. El aburrimiento le había quitado el hambre, pero decidió que no le vendría mal salir a tomar el aire y comer un poco para despejar la mente.

Mientras abandonaba la sala entre la multitud, se fijó en un hombre de su edad, moreno y enfundado en un traje caro, que se acercaba a ella esquivando a la gente con torpeza. Se conocían. Era un viejo amigo de la facultad con quien, a pesar del inevitable distanciamiento producido tras la licenciatura, nunca llegó a perder el contacto del todo. Mejor dicho, Jaime Vergara era una de esas personas con las que podía estar años sin hablar y sin embargo no perder la confianza. A pesar de lo que en su momento opinaba la mayoría de compañeros de facultad, Sara y Jaime nunca fueron más que buenos amigos. Ella lo veía como la persona ideal con quien hacer los trabajos de clase, preparar los exámenes y acudir a las fiestas universitarias. La pareja se complementaba bien; no en vano, ambos eran los dos mejores de su promoción. Ella ponía el cerebro y él la creatividad. A ella le adoraban los profesores, y a él, los compañeros. Ambos estudiaron la misma especialidad, neurocirugía, y al terminar los estudios, Jaime fue admitido como residente en un hospital de Madrid, mientras que ella volvió a su Cantabria natal, donde empezó su carrera profesional. Habían transcurrido cerca de cuatro años desde la última vez que lo vio —«¡Cómo pasa el tiempo!», pensó al descubrirlo— pero, aunque llevaba el pelo más corto y ligeramente encerado, lo reconoció al instante.

—¡Sara! ¿Qué haces aquí?

Con una amplia sonrisa, el hombre se acercó y la besó en las mejillas.

—¡Hola! Ya ves, el trabajo acaba uniéndonos siempre. No termino de librarme de ti —dijo ella.

—¿Por qué no me has avisado de que venías?

Sara se encogió de hombros.

—Bueno, no sabía que tú también acudirías a la convención.

—Pero sí sabes que vivo en Madrid, ¿no? Venga, te invito a tomar algo. Tenemos que ponernos al día.

Los dos salieron en busca de la cafetería más cercana. Hacía un viento especialmente desagradable en el exterior y no tenían mucho tiempo, así que no lo dudaron y entraron en una tasca donde, según el cartel de la puerta, servían sándwiches, calamares y otro tipo de raciones. A los pocos minutos, Sara ya degustaba un sándwich de atún mientras veía como su excompañero de facultad le hincaba el diente a un poderoso bocadillo de lomo con lonchas de queso fundido.

—Continúas siendo igual de glotón. No entiendo dónde metes tanta comida —comentó.

—Es la cantidad normal. Yo diría que eres tú la que come poco, y no es bueno para la salud. Deberías saberlo, nos lo explicaron en clase, ¿recuerdas?

Sara puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que lo recuerdo. Pero no acostumbro a seguir los consejos de clase al pie de la letra. Además, si comiera lo mismo que tú, habría tenido que reservar dos asientos para la convención.

—Si tú lo dices —dijo Jaime, encogiéndose de hombros.

—Y no es que sea una maniática de la higiene, pero si me chorrea el aceite del bocadillo por las manos, utilizo servilletas. Son gratis, ¿sabes?

—Sí, vale, tú ganas.

—Siempre gano. —Sara esbozó una amplia sonrisa—. Deberías visitar la cafetería del aeropuerto. Tienen unos de los mejores croissants con mermelada de ciruela que he probado.

—¿De veras? En ese caso iré. —Después de frotarse las manos con un par de servilletas, cambió de tema—. Dime, ¿qué tal te va?

—Bastante bien.

—Pues por el *entusiasmo* de tu cara, no lo parece —recalcó la definición.

—Es esta mierda de sándwich. ¡No hay quien se lo coma! — Ambos se echaron a reír—. No, en serio. Es un caso en el que estoy ahora. Creo que es el más difícil que he tenido.

—Cuéntame.

—Una mujer de Ámbar tiene un tumor cerebral. Irremediablemente mortal.

Jaime hizo una mueca.

—Esas cosas nunca son fáciles. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Ese es el problema. Su marido y su padre acudieron a mi consulta y me suplicaron que no se lo dijera a ella.

—No me jodas. —Jaime se llevó la mano a la frente—. ¿Qué vas a hacer? Sabes que podrías meterte en un buen lío.

—No lo sé. —Sara se mordió el labio inferior—: ¿Recuerdas que un día te hablé de mi mentor? Aquel viejo prepotente tan desagradable.

—Sí, claro.

—Pues prepárate para alucinar. Ironías de la vida, la del tumor es su hija.

—¿Sabes lo que te digo? Que le den por el culo al viejo —soltó Jaime—. Tienes que decirle la verdad a su hija. No le debes nada a ese hombre.

—Se lo debo todo, amigo mío. Cuando te hablaba de él, yo era como una niña que empezaba a enfrentarse al mundo de la cirugía, y el doctor Salas me lo enseñó todo. Tardé en verlo, pero no es mala persona. —Resopló—. Me equivocaba. Puede que sea un maleducado y un cabrón, pero conmigo se portó mejor que cualquier buen tutor. Ahora guardo buena relación, y si soy algo en este mundillo, es gracias a él.

Jaime escuchó, y cuando Sara terminó de hablar, reflexionó en silencio. Dio un sorbo a la cerveza que había pedido para acompañar el almuerzo.

—Sé más o menos por lo que estás pasando. Tratar casos graves de pacientes ligados a ti es lo peor de nuestra profesión.

—¿Lo dices por algo en particular? —quiso saber ella, ceñuda.

—Sí. No es exactamente igual a tu caso, pero en la actualidad estoy tratando al padre de un amigo de la infancia. Lleva varios días en coma y, la verdad sea dicha, no tiene buena pinta. Además, uno de sus nietos, sobrino de mi colega, ha nacido con leucemia crónica. El crío no es mi cliente, así que no te puedo hablar con mucho detalle, pero definitivamente a esa familia le ha mirado un tuerto. Y luego está la mujer del chico, que... —se detuvo de súbito—. Oye, ¿me estás escuchando?

Sara estaba mirando con atención los posos del café en el fondo de su taza.

—Sí, sí, perdona. Es que no puedo dejar de pensar en mi caso. Él resopló, un tanto incómodo.

—Tú dirás —replicó con tono resignado.

—Resulta que hay más. —Ella acercó la cara a la de su excompañero. También bajó el tono de voz—. No sé cómo explicarlo. Puede que sean paranoias mías, pero hay algo que no me cuadra en todo esto.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Todo ha sido muy extraño desde el día que vinieron a hacerse las pruebas. Hay algo raro en esta familia que ni siquiera yo entiendo. He revisado informes, historiales, datos personales... pero no hay nada. A veces me siento como si estuviese investigando un asesinato.

—Has dicho que ambos fueron a hacerse las pruebas, en plural. —Jaime achinó los ojos, adoptando el clásico papel de detective—. Supongo que te refieres a una resonancia. Igual estoy hablando por hablar, pero, ¿te has preguntado por qué acudieron a hacerse esas pruebas?

—No. ¿Por qué lo dices? ¿Qué tiene eso que ver?

—No me hagas caso, solo pensaba en voz alta. Pero te voy a dar un consejo: no te impliques demasiado en estos casos. Te lo digo por experiencia propia.

Sara miró su reloj y se sobresaltó al comprobar la hora. El tiempo de descanso había volado mientras charlaba con Jaime, y solo faltaban cinco minutos para la reanudación de la convención. Pagaron rápidamente, cogieron sus abrigos y cruzaron la calle a toda prisa para regresar al hotel.

Una vez finalizaron las charlas, Jaime y Sara se despidieron con un abrazo y se hicieron la típica promesa de volverse a ver lo antes posible, tan habitual en las relaciones a distancia. Después, aunque no se lo dijo a ella, Jaime fue directo al aeropuerto de Barajas a hacer un pedido de *croissants* con mermelada de ciruela.

Sara, por su parte, rehízo los pasos de aquella mañana pero en sentido inverso: tomó un taxi hacia el aeropuerto —como compensación, esta vez el taxista parecía mudo— y regresó sin más a Ámbar. A pesar de que ya era de noche cuando el avión aterrizó en Camargo, no fue directa a casa. Tenía que hacer una visita a alguien, o de lo contrario, los quebraderos de cabeza no la dejarían dormir bien.

Ya era de noche cuando el doctor Salas salió de la iglesia. El frío había aumentado considerablemente en poco más de una hora, y además no estaba de humor para caminar, por lo que tomó el autobús de la playa, aquel que pasaba justo por delante de la puerta de su casa. La estancia era pequeña y sencilla. Junto al pequeño hueco de la ventana, que daba al acantilado, se encontraba una antigua mesa de madera donde el anciano comía. Encendió la cafetera eléctrica y se descalzó perezosamente mientras esperaba a que se hiciera el café. Sus huesos crujían como si hubiera estado todo el día practicando senderismo, tal como solía hacer años atrás.

De pronto sonó el timbre de la puerta. Se sorprendió, pues rara vez lo visitaba alguien. Al abrir, arqueó las pobladas cejas y dio un paso atrás. Ella era la última persona que esperaba.

—Siento venir tan tarde sin avisar, pero no tengo su teléfono. ¿Tiene un minuto?

Sara Mora se encontraba al otro lado del umbral, con las dos manos sosteniendo un maletín negro, y tan recatada como de costumbre. Era la primera vez que pisaba su casa.

—¡Hola! Claro, Sara, faltaría más. Adelante.

Hizo un gesto de bienvenida y la instó a entrar.

—¿Quieres un café? Está recién hecho.

—Pues la verdad es que se lo agradecería. Acabo de llegar de viaje y no me vendría nada mal.

El jubilado sirvió dos tazas de café con leche bien calientes, con una cucharada de azúcar en cada una de ellas. Después se sentaron allí mismo, en la mesa de la cocina.

—¿Y bien? ¿Has venido a algo en concreto o tengo que empezar a pensar que me vas a tirar los tejos? No es que no piense que eres una niña muy guapa. De hecho, te confieso que hace tiempo que no se me levanta, y contigo se me levantaría un poco al menos.

Sara abrió dos grandes y oscuros ojos, pero se abstuvo de reír o comentar.

—No, no es eso —respondió con una sonrisa contenida.

—Vaya, qué lástima. Me estaba empezando a poner ceporro. —Hizo un gesto obsceno con una mano y después dio un sorbo al café—. Entonces, ¿de qué se trata?

—Quería preguntarle si su hija ha tenido algún síntoma del... —La recién llegada se concedió una breve pausa—, bueno, algún síntoma.

—No es que yo esté todo el día en casa de mi hija. —El anciano dejó entrever su desgastada dentadura en un amago de sonrisa que murió enseguida—. Pero hasta lo que yo sé, no. Aún no ha padecido más que algún simple dolor de cabeza a causa del cansancio que todos nosotros, como resulta obvio, podemos tener al finalizar el día.

A Sara no pareció convencerle la respuesta, pero tampoco tenía motivos para dudar de él, así que no insistió.

—Bien. De todas formas, lo normal es que empiece a tener migrañas. Cuando eso ocurra, por favor, manténganme al corriente. Y si continúan con la idea de ocultarle la enfermedad —dijo esto último con lentitud mientras lo miraba directamente a los ojos—, tranquilícenla diciendo que posiblemente se trate de estrés.

Salas asintió con la cabeza.

—Así lo haremos. ¿Quieres quedarte a cenar? —invitó, luego de mirar la cocina en su conjunto—. Puedo hacer algo sabroso si te quedas.

—No, tengo intención de irme enseguida.

—Sarita —dijo el anciano, acompañándose con una sonrisa—, te daré una valiosa lección: toma por costumbre hacerte al menos un regalo cada día. Puede ser un vestido, o un nuevo corte de pelo, o una simple cena con un pobre viejo verde charlando de cosas sin importancia.

—Está bien, lo intentaré —dijo ella, a su vez con una semisonrisa—. Pero en otro momento, de verdad, que hoy he tenido un día muy largo.

—Como quieras, niña —convino el veterano galeno.

—Solo una cosa más.

—Adelante.

—Necesito saber por qué su hija y su yerno se hicieron las pruebas. ¿Qué pasó ese día?

El anciano frunció el ceño y se tomó su tiempo para responder.

—¿Acaso no lo sabes, niña? Por favor, Sarita, tú fuiste mi *padawan*.

La tan familiarmente aludida se quedó atónita ante aquella denominación.

—¿Que yo fui su qué?

—¿No has visto *La guerra de las galaxias*?

—La verdad es que no.

Él resopló y la miró fijamente a los ojos, como ofendido.

—Déjalo, no importa. El caso es que, como médico del caso, deberías conocer todo el historial. Además, tú misma tomaste la decisión de hacérselas, ¿no?

—Sé lo que me dijeron aquel día: que se dieron un fuerte golpe en la cabeza. Quiero saber todo lo que ocurrió, y además con todo detalle.

El anciano se levantó y anduvo hacia un viejo armario en el recibidor de la casa. Se percató de que Sara lo miraba de reojo tras la puerta de la cocina. El jubilado comenzó a extraer verduras y hortalizas del armario: lechuga, cebolla, un tomate, pepino y zanahoria. Volvió a la cocina, y mientras cortaba los ingredientes con delicadeza, comenzó a hablar:

—Fue esta primavera, creo que era domingo. Desde hacía meses había estado intentando convencer a su marido de que la pared del salón estaba sucia y necesitaba una buena capa de

pintura. Entre tú y yo, la pared estaba perfectamente, pero conozco a mi hija y sus manías; se había cansado del color y quería cambiar.

Sara miró su reloj. Temía que se le hiciera tarde para coger el último autobús de vuelta a casa, más aún cuando el anciano llevaba ya diez minutos divagando sobre la personalidad terca de su hija y ni siquiera había empezado con lo importante: el accidente.

Por fin, el hombre explicó cómo la frágil escalera de madera que estaban utilizando para pintar el techo se tambaleó cuando ella estaba en lo más alto, haciéndole caer de espaldas contra el suelo. También contó que la mala suerte hizo que la escalera cayera sobre él, asestándole un duro golpe en la sien.

—Yo no estaba allí, pero Óliver, mi nieto, me telefoneó llorando.

—Vaya —se limitó a comentar la joven doctora, impresionada.

—Aún guardo el recuerdo de los llantos del pobre crío. Ni siquiera fue capaz de explicarme lo que había sucedido. Pero era evidente que se trataba de algo grave. Salí de casa lo más rápido que pude y, cuando llegué, una ambulancia estaba esperando frente a la puerta de la casa. Sara, jamás he sentido tanto miedo como en aquel instante.

—Entiendo. ¿Qué pasó después?

—Cuando entré, mi hija estaba tendida en el suelo, inconsciente y con una pequeña brecha en la cabeza. Mi yerno, que se había recuperado del mareo provocado por el golpe, pronto vino a tranquilizarme. Supongo que debió de notar mi palidez. Me explicó lo que había pasado y que, afortunadamente, nadie corría peligro. Los sanitarios comprobaron que las constantes vitales de mi hija eran normales y la brecha había dejado de sangrar, por lo que despertaría enseguida. En efecto, lo hizo en la ambulancia, camino ya del hospital.

—Vale.

—Todo lo demás ya lo conoces. Les hicieron a ambos una primera inspección de reflejos, pupilas, y demás chorradas que no sirven para nada. Después, como medida de precaución, fue el turno de las resonancias que ahora tienes en el cajón de tu despacho. Y eso es todo —concluyó Salas, muy sombrío.

Tras ello, se volvió a sentar en la mesa con una apetecible ensalada en las manos. Ella se mantuvo un rato en silencio,

pensativa.

—Entonces, de alguna manera, ese accidente con la escalera sirvió para que detectáramos el tumor. De lo contrario, ahora mismo ni siquiera sabríamos que su hija está enferma.

—No sirvió absolutamente de nada —corrigió él—. Con accidente o sin él, el tumor no es operable. Te he contado la historia porque me lo has pedido, pero no tiene ninguna relevancia. Mi hija morirá de todos modos, y eso nadie lo puede evitar. Ni siquiera tú.

A Sara se le erizó la piel. El último comentario le había parecido tan siniestro como halagador. Se estaba haciendo tarde y no llegaba a estar del todo cómoda en esa casa, por lo que se levantó y se despidió de su mentor.

Lo primero que hizo cuando llegó a su piso, pasada ya la medianoche, fue quitarse los zapatos y ponerse el pijama. Después se preparó un simple sándwich de pavo —la conversación con el doctor Salas le había quitado el hambre— y se sentó en su sofá a reflexionar. No llegaba a entender a ese hombre. Tenía un comportamiento raro, a veces con largas pausas en medio de la conversación que no recordaba que hiciera cuando era médico. Aunque no estaba especialmente sucia, el desorden de su casa rozaba el caos.

Sara no había sacado nada en claro con la historia que le había contado, pero ahora que conocía el origen, se sentía más interesada. ¿Se estaba involucrando sentimentalmente?

Era una experta neurocirujana, pero además tenía un hobby. Desde muy pequeña le había fascinado el mundo de la psicología y, de una manera u otra, solía aplicarla con sus pacientes. Ahora, sin embargo, era diferente. Esta vez su afición era una persona importante en su vida, y no quería tratarla con prejuicios. El doctor Salas siempre fue un tipo peculiar, pero tanto él como su yerno (sobre todo él) se estaban comportando de un modo anormal. Su psicología no la engañaba. Era realmente buena en ello.

Papá se despertó en mitad de la noche, desvelado. Miró a su derecha y vio la espalda desnuda de mamá iluminada por la poca

luz de la luna que entraba en la habitación. Su silueta bailaba lentamente al son de su respiración. No podía volver a dormirse, por lo que se levantó con cuidado y bajó semidesnudo hacia la cocina. Se preparó un tazón de leche caliente con la esperanza de que el sueño volviera a buscarlo. Metió en el microondas un trozo de bizcocho que había sobrado —y que seguía tal cual lo había dejado— y se lo comió de pie, como hiciera esa misma mañana. Sentía un vacío en el estómago, pero estaba inapetente. Solo quería terminar el bizcocho y dormirse. Después se sentó en el sofá del salón y, sin encender ninguna luz, se quedó mirando la calle a través de la ventana.

Hacía exactamente una semana que había acudido a la consulta de Sara Mora. Hasta ese día habían sido una familia normal. ¿Lo eran realmente?

Puso un CD en el reproductor y escuchó a Bruce Springsteen cantar sobre los sueños rotos y una chica llamada Mary. Cuando terminó el disco, pasadas las tres, seguía sin dormirse con los auriculares puestos. No faltaban ni cuatro horas para que sonara el despertador. Encendió la lamparita de mesa y abrió uno de los viejos álbumes de fotos que había guardados bajo la mesilla. Las imágenes eran antiguas, y él aparecía en la mayoría de ellas. Tendría unos veintipocos años de edad, pero le pareció como si fuesen de otra vida. Avanzó las hojas de una en una y observó las fotos con profunda nostalgia. En muchas de ellas salía con ella. Algunas páginas después empezaban a mostrar fotografías más modernas, donde aparecía un Oli recién nacido, y también un cachorro de pastor alemán. En esa página, junto a las imágenes, se leían unas letras de colores: «AQUILES». Viendo aquellas fotos pensó que parecían una familia feliz. Eran una familia feliz. Al terminar, cerró el álbum con suavidad y se quedó pensativo.

No pensaba rendirse.

Su mujer moriría pronto, eso no lo podía evitar. Pero estaba en su mano intentar reconquistarla una última vez. No se perdonaría perder al amor de su vida sabiendo que ella no lo quería. En algún momento, en mitad de la interminable noche, tuvo una idea desesperada. Era su última bala y pensaba utilizarla. Y lo haría lo antes posible.

Unos minutos después, el sueño lo venció. Se quedó dormido sobre el sofá con el álbum de fotos familiar agarrado contra su pecho.

Capítulo 9

Mira de soslayo hacia el lateral del escenario y sus pupilas se topan con las de su archienemigo. Entre bambalinas, oculto para el resto de la audiencia, una sombra permanece en pie con aspecto sombrío. Su expresión es la de una momia. No muestra odio, ni lástima. Tampoco arrepentimiento. Simplemente no expresa nada. Alfonso, desafiante, siente una extraña alegría al ver a Charly escondido tras el escenario.

«Tenías que estar aquí, cómo no, bastardo de mierda.»

Consciente de que el público aguarda impaciente por conocer lo que ocurrió tras la desafortunada colisión entre el Fiat Panda y la furgoneta, traga saliva, redirige su mirada hacia el frente y continúa con el monólogo.

22 de marzo-5 de mayo de 1983

Recuerdo unas manchas borrosas corriendo de un lado para otro. Y ruido, mucho ruido; ese que parece que proviene desde muy lejos, pero sin embargo se te clava en el cerebro como una aguja de las que utilizaba mi abuela para hacer punto. Creo que estaba tumbado en el suelo y boca arriba, porque la luz del sol surgía de entre las nubes negras y me ofendía cuando procuraba abrir los ojos. El día dio paso a la noche, lo sé porque todo se volvió más oscuro. Antes de dormirme de nuevo, unas enormes aspas giratorias bajaron del cielo y se acercaron con la suavidad de un ave rapaz. En ese momento sentí como si el cataclismo más devastador

se cerniera sobre mí. No reparé en Charly hasta mucho después, cuando supe de él.

Nuestro accidente salió publicado en prensa y televisión. Según dijeron, en el momento de la colisión mi coche circulaba a una velocidad de 155 kilómetros por hora por una carretera cuyo límite eran los 90 por hora. El despliegue de ambulancias y coches patrulla de la Guardia Civil fue el más importante en lo que llevaba de año en la zona norte de España. Por fortuna, y a pesar de todo, no hubo víctimas mortales. El conductor de la furgoneta contra la que chocamos, un transportista que trabajaba para una importante empresa de muebles, apenas sufrió daños graves. Cuando lo encontraron estaba inconsciente dentro de la cabina, pero consiguieron reanimarlo en la misma cuneta. Fue dado de alta tres días después.

Mi pequeño Panda no fue rival para un vehículo de esas características. Según las noticias, el coche dio varias vueltas de campana y acabó en el desnivel que había a un lado de la carretera. El vehículo fue declarado siniestro total. En cuanto a mí, el diagnóstico resultó tan claro como devastador: húmero, radio y clavícula del brazo izquierdo, rotos, además de varias costillas y huesos de difícil pronunciación. También sufrí lesiones en el cuello, espalda y rodillas. Los sanitarios aseguraron que presentaba el aspecto de una marioneta vieja cuando llegué al hospital.

Desperté al cabo de muchas horas de inconsciencia, y descubrí con sorpresa que ya me habían realizado algunas operaciones en los huesos más dañados. Me dijeron que volvería a hacer vida normal en unos meses —¡En unos meses!—, pero me miraba a mí mismo y únicamente veía a un inútil trozo de escayola tumbado inmóvil sobre una cama.

Mi primera impresión fue que parecía un muñeco de nieve petrificado. Pero había sobrevivido, y eso era, teniendo en cuenta la magnitud de la catástrofe, un auténtico milagro.

Si uno se lo monta bien, la habitación de un hospital puede resultar un lugar moderadamente agradable. En mi caso, cada día desfilaban por mi habitación mi madre, mi tía y Berta, entre otros. También Verónica, que acudía a verme cada día, siempre por la mañana a primera hora (esto, teniendo en cuenta su despiste

innato, lo consideré una proeza). Normalmente, cada visita incluía en el lote algún regalo. De todos ellos recuerdo, por ejemplo, un buen reproductor japonés de casete junto a bastantes cintas de la mejor música de Dire Straits, Pink Floyd, los Who y Led Zeppelin. También una caja de bombones y varios libros. Me dejaban dormir hasta la hora que quisiera y, cuando televisaban el fútbol, me sintonizaban la televisión y veía el partido desde la cama. Desde mi punto de vista, no tenía derecho a quejarme.

Como decía, durante varias semanas estuve recibiendo la visita diaria de seres queridos. No obstante, la primera cara conocida que atravesó la puerta de mi habitación me revolvió las tripas. Las ojeras remarcaban su cara, haciéndolo parecer un anciano, y había adelgazado por lo menos quince kilos. No parecía el mismo hombre. Se plantó frente a mí, a los pies de la cama, y me observó con sus pupilas de dos tamaños. Yo, sin embargo, no podía apartar la mirada de su cuerpo. Bajo el hombro derecho, en el lugar donde debería continuar el brazo, colgaba un ridículo muñón cubierto de vendajes. Sentí un escalofrío, pero debo reconocer que me alegré al pensar que aquel tullido hijo de perra habría aprendido la lección. Una vez más, me equivocaba.

«Venga, descojónate. Ahora el bicho de ojos raros es un poco más monstruoso», parecía estar pensando.

Solo estuvo en la habitación unos segundos, los justos para comprobar, estoy seguro que con cierta decepción, que estaba vivo. Abrió la boca para pronunciar unas palabras que hoy en día siguen dejándome de piedra:

—Sé lo de Lorena —dijo lleno de odio—. Por tu bien, no le dirás a nadie lo ocurrido en tu coche. Y mucho menos a Verónica.

«Jodido estafador, siempre con un as en la manga», reconocí en mi interior.

Después, sin dejar que yo contestara, —aunque no se me había ocurrido nada brillante, para qué nos vamos a engañar—, abandonó la habitación. Esa fue la primera y única vez que vi a Charly en todos los meses en los que compartimos hospital.

Lorena...

Deseo explicar brevemente la historia de Lorena a partir de esta misma que estoy contando, porque, por increíble que parezca, se conectan y tienen relación de una forma que yo mismo nunca habría creído.

Todo ocurrió en la noche de San Juan, algunos años atrás, antes de que tuviera que ir a Zaragoza para realizar el Servicio Militar. En Ámbar, como en muchos otros pueblos costeros, todos los 24 de junio es tradición celebrar San Juan encendiendo impresionantes hogueras a lo largo de la playa, saltar sobre ellas y andar sobre las cenizas aún candentes. Eso, al menos en la teoría. En la práctica, durante esa noche la gente se divierte de diversas formas, cada uno a su manera. Por lo general, las personas de avanzada edad suelen acompañar a los niños a disfrutar de las hogueras, las atracciones y el espectáculo que forman los fuegos artificiales. En cuanto a los adolescentes, hacen exactamente lo mismo que todos los fines de semana por la noche: reunirse y beber hasta perder el sentido, con la diferencia de que en San Juan lo hacen sobre la arena de la playa, frente al agua del mar y junto al fuego, lo cual lo convierte en una práctica nada peligrosa.

Ese año pasé las fiestas en compañía de mi prima Berta y su grupo de amigos. A pesar de que ella es algo más joven que yo, por aquel entonces ya era toda una experta en bebidas psicotrópicas, mientras que yo todavía no era capaz de tomar más de una cerveza sin que al hablar se me confundiera con *Cheewaka*.

No recuerdo cómo terminé sentado sobre un montículo de arena, a solas y con un vaso de plástico en la mano. No podía ver más que gente danzando de un lado para otro. Se reían. Y había mucho fuego. Las imágenes se mezclaban. Mientras me concentraba en que no se me cayera el vaso, alguien me empujó por el hombro. No era la primera vez, una persona a mi espalda había estado toda la noche empujándome sin querer, y empezaba a incomodarme. Me giré y la vi. Era todo un incordio. La molesta chica que no paraba de moverse. La voz de pito. La... la... «jjoder, que pechos!», pensé, alucinado, al descubrir su poderío.

Le toqué el hombro izquierdo.

—Pe-perrrrdona —balbuceé—. ¿Has visto tú a la imbécil de Berta?

Sobre la marcha, creo que decidí darle una oportunidad y no pelearme con ella. Al fin y al cabo, con ese par de... bueno, con esos ojos no tenía aspecto de mala persona. Además, con las mujeres no hay que pelearse nunca.

Ella me miró de arriba abajo con indiferencia.

—¿Te refieres a la chica de granos que ha estado aquí, contigo hace un rato? —inquirió al cabo de un incómodo silencio.

—¡Sí, esa, la de los granos!

—Creo que la he visto hace unos minutos, yendo hacia el agua. Iba también muy borracha.

—Ah, ¿qué estás borracha? —pregunté extrañado, mirándola con ojos vidriosos—. Pues la verdad es que lo disimulas muuuuuy bien bienbienbien...

—No, no, me refiero a que iba borracha como tú... ¡Oye! ¿Qué estás mirando? —se puso alerta.

Me había pillado buscando a mi prima en su generoso escote.

—Tienes el pelo bonito, ¿sabes? Y hueles a canela. Me chifla la canela —dije para remendar mi error visual.

Entonces ella dio un gran sollozo. Yo le pregunté si le pasaba algo, y me explicó con lágrimas en los ojos que su novio la había dejado plantada y que un conocido la había visto luego con otra chica.

«Por lo visto, hay hombres a los que no les gustan los ojos grandes», cavilé mentalmente.

Después, sin que lo viera venir, se acercó de un salto y me abrazó con fuerza. Posó con firmeza las palmas de sus manos sobre mis orejas, volvió a apoyar sus enormes pechos sobre el mío, y me besó con violencia. Yo era, en mi conformista imaginación, un segundo plato cojonudamente feliz. Aquel beso sabía a vodka y nicotina, que mezclado con el aroma a canela que desprendía su cuello, terminó de colocarme del todo.

—Por cierto —me dijo, implacable, una vez que terminó de besarme a lo tornillo—, me llamo Lorena.

—Alfonso. Un verdadero placer.

El encuentro con Lorena no terminó siendo más que un aislado episodio en mi patética vida sentimental. Aparte de unos cuantos besos bañados en alcohol y tocamientos varios junto al calor de las hogueras, Lorena y yo no volvimos a saber nada el uno del otro. Pero por alguna razón, Charly, una vez más, conocía la historia. Empezaba a pensar que aquel tipo vivía dentro de mi cerebro, puesto que no existía secreto que él no supiera.

Y además, ¿qué importancia tenía mi aventura con Lorena en todo este alboroto?

La tenía.

El vigésimo segundo cumpleaños de Verónica, que se celebró unas pocas semanas después de que me concedieran el alta médica, se convirtió en una auténtica pesadilla.

Me había vestido elegantemente para la ocasión, con jersey negro de cuello vuelto, una americana, y el cabestrillo que llevaba siempre conmigo, y que, por culpa de los dibujos que Berta me había pintado sobre la escayola, me aportaba un toque infantil. Verónica pensó que su cena de cumpleaños era el momento perfecto para presentarme de manera oficial a sus padres, por lo que, con más miedo que un ternero a punto de ser devorado por los buitres, me dirigí a la casa. En realidad, eso era exactamente lo que iba a suceder.

Recuerdo que me temblaba el dedo índice cuando pulsé el timbre desde la calle. Por suerte, Verónica abrió el portón en seguida y me recibió con un beso de esos que envían los nervios de uno directamente a otra parte del cuerpo. Iba vestida con unos vaqueros oscuros y una camiseta rosa con letras negras que decían: *La vida es imprevisible. Come primero el postre.*

—Felicidades, pecosa —la saludé.

—¡Gracias, Soldado!

Ella cerró los ojos y extendió las manos con las palmas abiertas, pero me hice el duro y le dejé muy claro que el regalo llegaría tras la cena. Algo decepcionada, me agarró de la mano y

me arrastró hacia el salón, donde un hombre de aproximadamente cincuenta años veía la televisión sentado en el sofá.

—Mira, papi, ha llegado Alfonso —exclamó Verónica con entusiasmo.

El hombre, que estaba sumergido en una telecomedia, se giró sobresaltado y me examinó sin disimulo. Tenía las facciones duras, gafas gruesas y el pelo peinado hacia atrás. Era la viva imagen del típico mafioso del Chicago de antaño. Aplastó su puro contra el cenicero y se acercó para estrecharme la mano.

—Así que tú eres el que te acuestas con mi Vero —me dijo sin ninguna piedad cuando mi chica se había transportado a la cocina en busca de su madre.

Farfullé sorprendido.

—Dime, chaval, ¿la haces disfrutar? —soltó lascivo.

El anfitrión escupió una escandalosa carcajada y me rodeó el hombro con su brazo diestro.

—No te preocupes, estoy de cachondeo. Aunque, por el bien de mi Vero, ¡espero que sea así! —Y volvió a reír, esta vez más fuerte.

«Estupendo, me ha tocado el suegro bromista», pensé con resignación.

En ese preciso momento, Verónica volvió al salón acompañada de una mujer de cabello gris y bonitos ojos verdes. No cabía duda de que era su madre, pues se parecían como dos gotas de agua. Verónica me había contado que el segundo marido de su madre, el alcalde Rubial, había desaparecido sin dar señales de vida hacía unas semanas. Era evidente que les había abandonado, lo cual, teniendo en cuenta su carácter agresivo y bipolar, se trataba de un alivio para ambas mujeres. Violeta, que así se llamaba la madre de Verónica, era pura dulzura. El padre de Verónica y primer marido de Violeta, sin embargo, únicamente veía en ella a la esposa que lo traicionó por el primer edil. Así que cuando las dos mujeres entraron al salón, el mafioso de Chicago cesó su risa, volvió a su sitio del sofá y encendió un nuevo puro.

Mientras Violeta y yo nos presentábamos —fue menos brusca en modales que su exmarido—, me fijé en que, al otro lado del salón, Charly estaba fumando a solas en una pequeña terraza que daba al patio interior. Su presencia me sorprendió, sobre todo

teniendo en cuenta que su padre ya no vivía en esa casa. Sin embargo, un pedacito de mí iba preparado para tal enfrentamiento. Ni siquiera se dignó a saludarme, a pesar de que sí me vio. Lo sé porque yo también lo miraba.

«Volvemos a encontrarnos, Carlos Rubial», me dije con aire de manifiesta superioridad.

Había estado varios días pensando en Charly y en su amenaza: ¿contarle a su hermanastra mi aventura con Lorena? Había llegado a la conclusión de que no tenía absolutamente nada que esconder. Aunque ella llegara a enterarse, no podría echarme nada en cara. Entendería que aquello sucedió hacía mucho tiempo, y que ni siquiera nos habíamos conocido aún. Lo que por otro lado no podía aguantar por más tiempo era el hecho de que aquel lisiado hubiera intentado matarme y ahora estuviera fumando en la terraza como si nada. Decidí que, tras la cena, hablaría muy seriamente con Verónica del asunto.

Charly me dio la espalda para mirar hacia el patio mientras sujetaba el cigarrillo con su única mano. Violeta me invitó a sentarme en el sofá, donde estaríamos más cómodos. El padre de Verónica gruñó. Solo llevaba cinco minutos en esa casa y ya podía palpar la tensión entre los dos miembros de lo que una vez fue un matrimonio. Verónica se sentó a mi lado y me acarició el muslo izquierdo con dulzura.

De pronto detecté un ligero olor que me resultó familiar. Era un rastro que se diluía, pero aun así me llamó la atención. Pasé un buen rato devanándome los sesos, tratando de averiguar a qué me recordaba aquel olor dulzón. Alguien que se había posado en el mismo sofá, minutos antes, lo había impregnado por completo con aquel aroma. Estaba convencido de que había respirado ese olor anteriormente, pero como es habitual, mi memoria fallaba a la hora de dotar al recuerdo de una forma más concreta. Era un olor que me resultaba, a pesar de ser empalagoso, agradable.

—¿A qué huele? —le pregunté a Verónica. No podía más con esa incertidumbre.

—A canela —me dijo con toda naturalidad. Mi cerebro empezó a atar cabos, deseando que lo que estaba pasando no fuera en realidad lo que creía que estaba pasando—. Mi hermana Lorena ha

venido de Londres para mi cumpleaños, y siempre se excede con el perfume.

Mi hermana Lorena.

—Mira, ahí viene. ¡Te la presentaré!

Capítulo 10

5 de mayo de 1983

La cocina desprendía un delicioso olor a cordero que pronto inundó el salón. Violeta nos avisó con un grito de que la cena ya estaba lista, así que todos tomamos asiento en torno a la mesa. Yo enseguida me senté junto al que, aparentemente, sería mi único aliado aquella noche: Verónica. Frente a mí se posicionó Charly, que jugueteaba con el cuchillo de la carne mientras observaba el mantel. Presidía la mesa el padre de Verónica. En la esquina contraria, a mi izquierda, Lorena me sonreía con educación. El olor a canela penetraba en mi nariz, anulando al del cordero y mezclándose en mi cerebro con los recuerdos de la playa, el fuego, sus grandes tetas, el vodka y la fiesta de San Juan. Todo era muy confuso. Ella, sin embargo, no parecía acordarse de mí en absoluto.

«Un placer conocerte, Alfonso. Mi hermana me ha hablado mucho de ti», me había dicho justo antes de darme dos besos en las mejillas y pasar de largo como si nada.

Mucho mejor así, sin ninguna duda. Aunque, al observar la ondulada melena cayéndole con sutileza sobre el hombro, algo me dijo que la cena no iba a resultar fácil. Bajo un sencillo vestido de tela vaquera, se dibujaba un pronunciado escote que invitaba a mi ahora amaestrada mirada a perderse en el canalillo, tal y como ocurriera años atrás. Seguramente fuera un efecto óptico producido por la luz, pero habría jurado que le habían crecido los pechos.

Para amenizar la cena, la madre de Verónica había decidido reproducir un casete de clásicos de los Beatles. Su exmarido protestó, argumentando que con música *rock-pop* en la mesa era imposible conversar. No tuvo ningún efecto. *Here comes the sun,*

here comes the sun, and I say: it's alright..., comenzó a sonar por los altavoces esa canción que en su día, como solista, interpretó el malogrado George Harrison.

Cuando el cordero aterrizó en la mesa, mi potencial suegro opinó que lo mejor sería regar la cena con vino reserva de Ribera del Duero. Descorchó una botella que tenía guardada y la cena comenzó. Al principio el silencio intimidaba. La tensión era palpable, y todos comían con extrema educación. Yo me sentía como Leonardo Di Caprio en *Titanic*, pues ni siquiera estaba seguro de si la cucharilla era para servir la salsa, o si por el contrario debía reservarla para el postre. Mientras saboreaba el delicioso lechazo fundiéndose con la salsa dentro de mi boca, me fijé en los cuadros que decoraban las paredes. Paisajes, bodegones y escenas épicas. «Solamente los marcos ya deben de costar una fortuna», valoré para mí.

Verónica rompió el hielo.

—¿Qué te parece la comida, Charly?

Él la miró y sonrió, pero yo sabía que, tras esos ojos de otro mundo, lo que de verdad pensaba era en desgarrar la camiseta de Verónica y acariciar lascivamente sus senos con su única mano.

—Está muy bien —se limitó a decir, lacónico.

«Deja de mirarla de esa manera, bastardo», pensé con asco.

—A propósito. —Ahora era el padre de las chicas el que hablaba. Lo hacía apuntando a Charly con el tenedor—: ¿Qué tal el brazo?

Las tres mujeres se miraron entre sí, intentando averiguar la reacción que la ofensiva pregunta del padre de familia había producido en los demás.

—Perfectamente. Pero solo me queda uno, así que más me vale cuidarlo bien —respondió el manco, y las chicas rieron aliviadas.

—No, no, me refiero al muñón. ¿Te duele? —insistió el anfitrión.

—No puede doler lo que no existe. —El tullido contestó así, con implacable frialdad.

One thing I can tell you is you got to be free, ¡come together!
Los de Liverpool continuaban sonando de fondo con otro tema del disco Abbey Road.

La tensión se había apoderado de la mesa de nuevo. De pronto noté algo a mi izquierda que me rozaba el pantalón por debajo del mantel, a la altura del muslo. Confundido, miré a Lorena, que bebía de su copa. Ni siquiera me devolvió la mirada. «¿Está disimulando? ¿Es eso una sonrisa? No, no puede ser.»

—Por cierto —continuó el padre—, no sabía que os conocíais.

El corazón me dio un vuelco. De repente percibí como toda la atención de la mesa se centraba en mí. Mi futuro suegro, en concreto, me miraba como calibrando lo estúpido que era. Intenté serenarme fijando la mirada en las costillas del cordero.

—¿Como? —fue lo único que acerté a decir, para ganar tiempo.

—Charly y tú. Os conocíais, ¿no?

Solo solté un apagado monosílabo:

—Sí.

—No —contestó Charly con otro, casi al unísono.

Perplejo, el hombre de más edad arqueó las cejas.

—¿Os aclaráis de una puta vez?

—Nos conocíamos de vista. —Charly comenzó a explicar con su chulería particular—. Habíamos coincidido en un par de ocasiones durante el verano, pero apenas habíamos hablado. El día del accidente nos topamos en la calle, y dio la casualidad de que ambos teníamos que ir a Oviedo. Alfonso fue tan amable de ofrecerse a llevarme en su coche. —Volvió la cabeza para mirarme con su habitual parpadeo de marciano, y sonrió—. Después, todos sabemos lo que ocurrió.

El padre de Verónica asintió sin mucho convencimiento.

—Pero no hay mal que por bien no venga —subrayó el manco tras torcer el gesto—. La tragedia sirvió para que Alfonso y yo tuviéramos una experiencia vital en común. Ahora somos familia.

«¿Cómo puede ser tan cínico?», me interrogué a mí mismo.

Verónica nos miró a ambos y sonrió complacida.

—En fin, Charly —me vi obligado a intervenir, ahora con valentía desmedida—, ¿no es necesario exagerar!

—¿Acaso algo de lo que he dicho no es cierto?

—Sí, por supuesto que es verdad lo que dice —respondí, dirigiéndome a todos los presentes—. Es solo que Charly es demasiado efusivo hablando de nuestra relación, cuando lo cierto es

que casi nos acabamos de conocer. Además, has hablado de un accidente, y yo creo que no lo fue. —Al lisiado le palideció la piel—. Fue un milagro. ¿Qué digo? ¡Fue una heroicidad por su parte! Si no llega a haber sido por él y sus increíbles reflejos a la hora de tomar el volante del coche, ahora no estaríamos aquí de cuerpo presente. O al menos casi todo el cuerpo presente —subrayé con todo cinismo esas dos palabras.

El aludido hizo un gesto de hastío. Cada vez que lo nombraba, todos volvían el rostro hacia él. Yo tenía la indescriptible sensación de contar con la simpatía del resto de los miembros de la mesa, mientras que Charly era claro objeto de desconfianza. Quizá él mismo notó algo parecido, porque añadió:

—Solamente he querido omitir los detalles del desagradable suceso, nada más.

«¿Es posible que te hayas puesto a la defensiva, Carlos Rubial? —me dije al oír aquello—. Eso para que vuelvas a abrir la boca.»

En voz muy baja, pero no lo suficiente como para que aquel rufián no lo oyera, el padre de Verónica comentó con su exmujer:

—¡Qué gran hipócrita es! Cambiando de tema. —Ahora se dirigía al propio Charly en voz alta—: ¿se sabe ya quién va a ocupar el puesto de alcalde después de que tu padre desapareciera como una rata?

«Dios, qué endiabladamente irónico es este hombre. ¡Tira con perdigón lobero!»

Violeta se levantó para meterse en la cocina. Charly enrojeció de ira, aunque consiguió que su tono de voz no se viera alterado.

—No lo sé, y no me importa. No me interesa la política.

—Pero es tu padre. ¿O es que tampoco te interesa que os haya abandonado? —le recriminó el doctor con marcada aspereza—. A vosotros y a todo el pueblo, está claro. ¡Genial! El postre está listo.

Violeta volvía de la cocina con una tarta de queso que tenía una pinta estupenda.

—Aquí está tu pastel —contestó mi chica con ceño—. Pero como sigas con esa actitud, será la última vez que lo pruebes.

Su progenitor gruñó.

—Vamos, Verónica, son mis invitados y esta casa aún es mía. Tengo derecho a preguntar —dijo después, abriendo ambas manos en son de paz.

Aquel hombre tenía un carácter a prueba de bombas, eso era evidente, pero también lo era el esfuerzo que le estaba suponiendo mantener la compostura y no mandarlo todo al infierno. Unos años antes, cuando Violeta le presentó los papeles del divorcio, parte de su mundo se desmoronó. Se vio en completa soledad. Su compañera de viaje lo había sustituido por un alcalde arrogante con nariz de gorrino (quien, para colmo, trabajaba para la oposición) y se habían quedado con la casa y la custodia de Lorena, que por aquel entonces era menor de edad. Poco tiempo transcurrió hasta que la niña decidiera emprender la aventura británica y viajar a la Cambridge University para estudiar la carrera de biología. Así pues, el padre de las dos chicas se vio totalmente solo. Alquiló una humilde casa ubicada entre la playa y el acantilado, y allí pasaba sus horas libres, mirando los soporíferos programas de la teletienda mientras cenaba un plato de rápida elaboración que reposaba en una bandeja sobre sus piernas. El trabajo era lo único que lo mantenía ocupado. Si no hubiese sido por las ocasionales visitas de Verónica, quién sabe lo que habría sido de ese pobre hombre.

Ahora se encontraba cenando en una casa que le avivaba constantemente su sed de venganza, rodeado de su traidora exmujer y el asqueroso primogénito de su mayor enemigo. Debía de sentirse humillado.

Get back, get back, get back to where you once belonged...

Los Beatles parecían incrementar el ritmo de sus grandes canciones, muy acorde con la tensión existente en la mesa. *Pum, pum, pum, pum...*, sonaba el bombo de la batería de Ringo Star, implacable.

Verónica se arrimó a mi hombro y me rodeó amorosa con los brazos.

—Alfonso se porta genial conmigo, es un encanto —le dijo a su padre—. Cuando lo conozcas, tú también lo querrás.

—En ese caso pronto será de la familia.

Me sonrió después con una calidez en los ojos que sin duda agradecía en un momento como aquel. Me estaba ganando al lobo

más fiero de la manada. Charly, por el contrario, me dedicó su mirada más gélida. No me iba a quedar más remedio que acostumbrarme a ella.

Estábamos saboreando la tarta cuando la conversación se puso aún más fea, al menos para mí.

—Veo que te encanta el postre que he hecho —me susurró al oído Lorena, que en ese momento parecía *Belén, la de las tetas sobre el mantel*—. Lleva canela.

Mi piel debió de palidecer en cuestión de microsegundos.

«Maldición, se acuerda de mí. ¡Mira como sonrío la muy pícara!»

—Eh..., se avecina lluvia y debo comprobar el parte meteorológico —avisé, con una mueca de por medio. En ocasiones, utilizo el ingenio y la comedia para salir de terrenos pantanosos—. Si me disculpáis.

—¿Qué dices, cari? —preguntó Verónica.

—Pues que tengo que ir al baño —traduje, no sin cierto resquemor por haberme humillado delante de todos con ese empalagoso *cari*.

—¡Ay, te enseñaré dónde está! —casi gritó Lorena.

Terrible. Aquella era una compañía indeseada para ir al aseo. Y lo más irónico era que en otros tiempos habría sido fuertemente deseada. Así que, reaccionando como un rayo, me giré y le pregunté a Verónica por la ubicación del cuarto de baño.

—Mejor que te acompañe mi hermana, que esta casa es un pelín sobradamente grande —me dijo, acompañándose con una de sus inocentes sonrisas.

Charly me miró arqueando significativamente las cejas y se recostó sobre la silla, victorioso.

I'd like to be, under the sea, in an octopus's garden..., cantaba de fondo la nasal voz de Ringo Star.

—Bien, muchas gracias por acompañarme, Lorena.

«Ahora entraré ahí dentro, haré mis cosas, y tú te irás por donde hemos venido.»

Pero no fue eso lo que ocurrió. En cuanto giré el pomo de la puerta del aseo, mi cariñosa y exuberante cuñada se deslizó junto a mí, me palmeó el trasero con todo descaro y luego empujó. Para cuando me quise dar cuenta, ya estábamos los dos dentro del cuarto de baño. Horror.

Intenté pensar con rapidez y por mi cabeza pasaron variedad de excusas, negativas, y reconozco que alguna que otra guarrería, pero lo único que salía de mi boca eran ridículos balbuceos.

—Eh..., Loren..., mmm...

Ella me arrastró contra la pared y me atrapó entre sus brazos. No había escapatoria, y además el cabestrillo me restaba movilidad. Si esos dos arietes que tenía preparados en primera línea de ataque se acercaban un milímetro más, estaría perdido. Era una guerra carnal en toda regla.

«Por Dios, qué bien hueles», pensaba, complacido, en medio de la lasciva refriega.

—Aparta Lorena, no puede ser —casi susurré, y la hice a un lado con un movimiento sutil.

—¿Como?

—¡Te digo que no puede ser —solté de pronto con toda mi energía contenida—, estoy saliendo con tu hermana! ¿Acaso estás loca?

El pánico que sentía en ese momento debía de reflejarse en mi cara, porque ella se rio. Supongo que le di lástima.

—¡Sabía que me habías reconocido! —dijo con exagerado entusiasmo.

«Imposible olvidar ese par de ojos.»

—Pues sí —repuse quedamente—. Y tú a mí también, por lo que veo.

—¡Claro que me acuerdo de ti! Estuve mucho tiempo pensando en esos labios tan húmedos.

Su cara se acercó a la mía hasta que incluso podía sentir su aliento. Sé que no es posible, pero sí, también olía a canela. Dichosa canela.

—Lorena, escucha —dije, haciendo un esfuerzo para pensar con lo de arriba—. Aquello estuvo genial, pero fue hace mucho

tiempo. Ahora estoy con tu hermana, y la quiero. La amo con todas mis fuerzas. Supongo que ya lo sabes.

De pronto la nombrada se echó a reír, y el momento perdió toda la sensualidad de golpe al alcanzarme parte de la perdigonada de su saliva en los ojos, algo que no soporto de nadie. Se reía tanto que tuvo que girarse y taparse la cara con las manos.

—¿De verdad creías que te estaba acosando? Bueno, supongo que estaba disfrutando torturándote y el juego se me fue de las manos. No debí tocarte el culo.

Yo la observaba con cara de estúpido.

—Mi vida está en Londres ahora, y soy feliz. ¿Sabes? Tengo novio, Nick, y no está en mis planes tener una aventura fugaz con el noviete de mi hermana mayor. —Hizo una pausa, pensativa, y se percató de algo—. Oye, espera un momento. ¿Acabas de decir que amas a Verónica o me he vuelto tarumba?

—Pues no, no te has vuelto loca. La quiero mucho.

—¡Pero eso es muy fuerte! —enfaticó algo histriónica mientras se agitaban sus tetazas y marcaba aun más el canalillo—. ¡Me alegro muchísimo! Me pareces el tío perfecto para ella.

Dando simpáticas palmadas, Lorena volvió a acercarse y me besó fuertemente en la mejilla izquierda con sus carnosos labios. Después se giró y volvió al salón, dejándome a solas para que por fin hiciera mis necesidades. Esa chica era pura energía, tal y como recordaba.

El resto de la noche está algo borroso. El padre de Verónica insistía en lo sabroso que estaba el dulce de su niña pequeña y, asimismo, en lo terriblemente horteras que eran los pantalones de Charly.

—¿Son los mismos que llevabas el día que perdiste el brazo o ya venían desgarrados de la tienda? —quiso saber a la hora de los cafés, haciendo gala de toda su mordacidad.

También le llamaba la atención a Verónica cuando se manchaba las puntas del cabello con la crema pastelera que había en su plato, algo que le pasaba con frecuencia. Ella, mientras tanto, se encontraba ocupada compartiendo confidencias con Lorena, susurrando cosas al oído y sonrojándose con cada frase. Era más que posible que Lorena le estuviese contando mi impulsiva

declaración de amor en el cuarto de baño. Terminado el café, Lorena preguntó si a alguien le apetecía un trago de Johnnie Walker, adquirido en el aeropuerto de Gatwick. Violeta procedió a sacar unos vasitos. Solo Charly fue lo suficientemente idiota como para declinar la oferta.

La velada estaba mejorando cuando alguien aporreó la puerta principal. Violeta se levantó de la mesa y corrió a comprobar quién llamaba con tanta insistencia. Al poco rato volvió con la tez pálida.

—Alfonso, una chica que dice ser tu prima Berta está aquí —me dijo con ese tono de voz que nunca precede buenas noticias—. Tu madre está con ella.

En seguida me temí lo peor. Charly, su amenaza, el olor a canela, los increíbles pechos de Lorena y todo lo que había protagonizado el inolvidable cumpleaños pasaron de inmediato a un segundo plano. Tragué saliva con mucha dificultad y, empujando una de las sillas, avancé cojeando hacia el recibidor. Mi prima me abrazó con mucha fuerza nada más verme. Mi madre tenía el rostro descompuesto, y mis peores sospechas se cumplieron así.

—¿Qué...? —pregunté, con un agobiante nudo de tensión en la garganta.

Mi padre había muerto aquella noche. Mi madre parecía tan desamparada que nos abrazamos los tres con fuerza, buscando, tras el consuelo, una explicación que no había de llegar. Mi progenitor había pasado los últimos años de su vida siendo una marioneta, una caricatura de lo que fue en su juventud. Una injusticia más de esta asquerosa vida.

Esa noche de mayo me dejó varias huellas importantes, muchas de las cuales se convertirían en cicatrices. Perdí a un padre, lloré por él; casi me excité como un bruto con la explosiva sensualidad de mi futura cuñada; sentí cariño y a la vez lástima por los padres de mi chica, y también miedo por su hermanastro. Charly. ¡Como te odiaba, cabrón!

El hombre del escenario gira la cabeza para mirar a Charly de nuevo, que continúa escondido. Sonríe orgulloso. Después fija su

mirada en un punto de la primera fila y se atusa el flequillo con suavidad. Allí, una mujer pelirroja de mediana edad le presta atención maravillada, con los pómulos enrojecidos y los ojos vidriosos.

«Lo que dije la noche de tu cumpleaños, Verónica, nunca ha dejado de ser verdad. En el cuarto de baño, con las tetas de tu hermana buscando mi atención, ya te quería más que a mí mismo. Nuestra historia no había hecho más que comenzar. Años después nos casamos en la iglesia que me indicaste aquel día en la colina, ¿recuerdas? Allí nos dimos nuestro primer beso. Fue el primero de muchos. Fuimos muy felices, más aún cuando nació nuestro hijito: Óliver. Al poco tiempo aparecí con un cachorro de pastor alemán en mis brazos. Tú no querías animales en casa, pero sabía que al ver la carita de Aquiles se te caería literalmente la baba. Era un perro excepcional, siempre cuidando de nuestro Oli. Después las cosas empeoraron, ya lo sabes. Posiblemente fuera culpa de ambos. O puede que ninguno tuviera la culpa de nada. Y una vez más, la mala suerte nos golpeó sin piedad. En cualquier caso, me quedo con los buenos momentos contigo, que han sido infinitos, de igual manera que sigo recordando a mi padre como un hombre digno, y no como la pesadilla en que luego se convirtió. Verónica, estoy muy orgulloso de nuestra historia, y aun ahora que conozco su final, no la cambiaría por nada. Jamás he dejado de quererte.»

La audiencia conmovida aplaude con fuerza, rompiendo el silencio del recinto con un ruido ensordecedor. Verónica, sin embargo, permanece paralizada. Desde la primera fila alza la mirada con las mejillas bañadas en lágrimas para observar a su marido, Alfonso, que aguarda paciente para poder continuar con la historia.

Let me take you down, cause I'm going to strawberry fields, nothing is real..., seguían sonando los Beatles, ahora con una composición de John Lennon en la tonalidad de *do mayor*.

Capítulo 11

29 de septiembre de 2006

Se cargó la mochila al hombro y salió del colegio con la cabeza gacha y sin esperar a nadie. El autobús, que lo dejaría en la parada más cercana a casa, ya estaba esperando junto a la acera. Oli elevó el ritmo y lo cogió en el último momento. Mientras el vehículo arrancaba, vio como sus amigos salían por la puerta del colegio pellizcándose la oreja los unos a los otros, empujándose y riéndose por todo. Meses atrás él había sido el rey de los pellizcos tras la oreja. No salía del colegio casi corriendo, como ahora, e incluso pasaba del autobús para ir a casa dando un paseo con Javier, Telmo, Omar y los demás. Pero eso era antes. El verano había volado y el nuevo curso había empezado, y sin embargo, Javier, Telmo, Omar y los demás ya no contaban con él para divertirse.

Él mismo era consciente de haber estado muy distante durante el verano. Había llorado a escondidas bajo la ventana de su habitación pensando en mamá, papá y, por encima de todo, en el Día Importante. Por las noches, Aquiles se subía a la cama con Oli y, espalda contra vientre, le ayudaba a conciliar el sueño con su respiración. Oli también iba a visitar al Yayo casi todos los días, puesto que era el único (además de Aquiles) que conocía su secreto. Raramente hablaban del tema, pero Oli se sentía menos monstruoso si estaba acompañado de su Yayo.

Ensimismado en sus pensamientos, bajó del autobús y recorrió el corto camino a casa. Pensó en su plan. Estaba transcurriendo según lo previsto, aunque lo cierto era que se estaba alargando demasiado. Dio una patada a una diminuta piedra mientras deseaba que todo terminara cuanto antes. La doctora había dicho que mamá

empezaría a sentir los primeros síntomas transcurridas algunas semanas, pero ya se habían cumplido dos meses y nadie se había puesto enfermo (salvo el Yayo, al que casi siempre le dolía alguna parte del cuerpo).

¿Qué narices iban a hacer cuando empezaran los dolores de cabeza?

Cada vez que Oli pensaba en el dichoso tumor, le dolía el estómago y le entraban ganas de llorar, y sin Javier, Telmo, Omar y los demás, necesitaba algo que diera sentido a su vida. Al menos, mañana sería el cumpleaños de papá, y eso le alegraba un poco. La mesa del salón estaría repleta de jamón, aceitunas y patatas fritas. También de croquetas hechas por mamá —las más deliciosas de todo Ámbar— y de almejas con salsa verde, que no le gustaban especialmente, pero que a papá le chiflaban. Y además, resultaba que en las celebraciones de cumpleaños todos estaban de superbuen humor. Nadie discutía con nadie y se brindaba con sidra asturiana, y eso era en realidad lo único que Oli necesitaba en una época de pesadumbre como la que estaba viviendo.

Así que, cuando cruzó la puerta principal de casa y vio a mamá, papá y al Yayo vestidos como solían hacer los domingos, y la mesa del salón llena de jamón, aceitunas, patatas fritas, croquetas y otras cosas ricas, Oli miró su reloj digital —que además de dar la hora también marcaba el día y el mes— y comprobó que, efectivamente, no se había equivocado: el cumpleaños de papá era mañana, y no hoy.

—¿Por qué huele tan bien a croquetas? —preguntó al aire.

—Por el cumpleaños de tu padre.

Oli dedicó a su madre una mirada dispar. Podía tener problemas para aprenderse las tablas de multiplicar, pero nunca se le olvidaban los cumpleaños de la gente que quería.

—Pero es mañana —respondió con ceño.

—Lo hemos adelantado un día. —Mamá sonreía y se frotaba las manos, nerviosa—. Venga hijo, deja tus cosas y siéntate a la mesa.

Oli miró al Yayo en busca de una explicación, pero éste solo encogió de hombros. Después se dirigió a su habitación agradeciendo en silencio el haber comprado el regalo con suficiente

antelación. Lanzó la mochila sobre el edredón y regresó al salón, donde todos estaban esperándolo sentados ya en la mesa.

En los cumpleaños, aun a riesgo de que las croquetas se enfriaran, era costumbre entregar los regalos antes de empezar a comer. Papá abrió primero el de Oli: una taza de café diseñada con una foto de la playa negra de Ámbar al atardecer; de fondo salía posando la familia al completo. Oli no tenía dinero para pagar aquello —todo había salido del bolsillo del Yayo—, pero estaba muy orgulloso de su idea, y además era la única fotografía que recordaba en la que salían los cinco. Después fue el turno de mamá —le regaló un reproductor de DVD's muy caro y un par de discos compactos—, dejando para el final al Yayo, con un reloj que no era digital y no daba el día ni el mes, pero que a papá le gustó mucho porque brillaba.

Durante la comida el ambiente fue distendido y familiar. Hablaron de los regalos, del colegio y rieron cuando Aquiles les sorprendía robando algún que otro trozo de pan (en un par de ocasiones, incluso se le permitió la licencia de probar algo de queso). A Oli le parecía que todo estaba delicioso, y además hacía tiempo que no sentía a la familia tan unida. Esto le hacía feliz, pero a la vez le resultó chocante, y por alguna razón extraña. Hasta llegó a temer por su plan secreto. Además, todavía no le habían explicado el porqué del repentino adelantamiento de la celebración.

—Oli, tenemos dos noticias que darte —dijo papá cuando estaban terminando con los postres.

«Aquí viene.»

—¿Cómo que dos noticias? —Oli no entendía nada—. ¿Son buenas o malas?

—Las dos son buenas —respondió papá, ignorando la primera pregunta.

Oli buscó en los ojos del Yayo la respuesta a si debía alegrarse o no. No encontró nada en ellos.

—Esta misma tarde tu madre y yo nos vamos de viaje. —Papá parecía orgulloso—. Por eso hemos tenido que adelantar la comida a hoy.

—¡Qué bien! ¿Adónde vais?

—Al norte de Italia. —Papá y mamá se miraron con un cariño que Oli hacía tiempo que no veía—. Nos perderemos en los campos de la Toscana.

El Yayo arqueó las cejas y a Oli le cambió la cara. Se miraron, y el niño no pudo evitar una sonrisa. «Por fin una buena noticia», pensó, mientras acariciaba a Aquiles con el fin de que no se notara que estaba a punto de estallar de la emoción. Resultaba que todo estaba yendo incluso mejor de lo previsto.

—¿No decís nada? —preguntó ella, dando alegres palmaditas con las manos.

—Me alegro mucho, hija —dijo el Yayo—. Pero ten cuidado con los italianinis esos, que tienen la polla tan suelta como la lengua.

—¡Papá, no hables así delante de Óliver! —exclamó mamá, ladeando la cabeza hacia el menor de edad.

El anciano se disculpó entre dientes, para después girarse hacia Oli y guiñarle un ojo cómplice. Mamá puso los ojos en blanco y el niño se echó a reír.

—Esperad un momento. —Oli volvió a dirigirse a su padre—. Has dicho que tenéis dos noticias buenas. ¿Cuál es la otra?

Papá tragó saliva y carraspeó antes de hablar:

—La otra es que hemos encontrado a alguien en tiempo récord para que venga a cuidarte esta semana.

—¿Como? —Oli tuvo un extraño presentimiento—. ¿No me voy a quedar con el Yayo?

—No, hijo. —La sonrisa de papá era condescendiente—. Tu abuelo no puede estar pendiente de ti tanto tiempo. Nos vamos la semana entera.

—¿Y quién va a venir?

—Alyssa. Ya la conoces.

—¿Alyssa? No —farfulló Oli. Su alegría se había transformado en rabia. Apretó los puños y sintió ganas de llorar—. No.

—Sí. Y no protestes. Ya está decidido y punto.

—Me niego. —Oli se levantó de su silla, indignado—. No necesito que nadie venga a cuidarme, y mucho menos, esa.

«No pueden obligarme a convivir con esa estúpida de remate. Ya tengo diez años, por favor.»

En ese momento alguien llamó a la puerta y mamá acudió a responder.

—No te pongas bruto, Oli —continuó papá—. A mí tampoco me gusta dejarte con ella, ¿qué crees? Pero es lo que hay. Puedes llorar, protestar y dejar de hablarnos hasta que nos vayamos dentro de unas horas, o bien alegrarte por nosotros, despedirnos con un beso y recibir a Alyssa con educación. De cualquiera de las dos maneras, ella va a venir.

«Es verdad, no puedo enfadarme con ellos ahora. ¿Y si pasara algo durante esta semana y ni siquiera me hubiera despedido por culpa de una pedorra?»

—Está bien —aceptó, dirigiendo la mirada hacia el suelo—. Pero ¿no podéis encontrar a otra persona? ¿Tiene que ser ella? Alyssa es..., es...

—¿Es, qué? —Alyssa Grifero entró en el salón acompañada de mamá y dejando a Oli con la boca abierta—. Hola, Óliver, me alegro de volver a verte. Lo pasaremos bien, ¿a que sí? —Alyssa se agachó para besar al crío en la mejilla. Después saludó al resto con toda jovialidad—: ¡Buen provecho, por cierto!

La adolescente llevaba puestos unos vaqueros rotos y unos pendientes comprados en un mercadillo. Irradiaba un maravilloso descaro, y la melena de color negro azabache, que le bajaba más allá de los hombros, hizo que a Oli le temblaran tanto las piernas que estuvo a punto de perder el equilibrio.

La puerta del coche se cerró con un golpe seco y el doctor Salas giró el contacto con la llave. Hasta que no vio por la ventanilla que su hija y Alfonso se habían internado en la terminal, no arrancó el viejo Mercedes. Dejó atrás el aeropuerto de Santander con el temor de no volver a verlos juntos nunca más, y luego decidió pensar en cosas más superfluas. Encendió la radio y la sintonizó con una sola mano hasta que dio con la voz grave de Johnny Cash. Aprovechó un semáforo en rojo para encenderse un puro.

El cartel que daba la bienvenida a Ámbar se vislumbró menos de media hora después. Circuló por las calles pedregosas del centro

del pueblo hasta que encontró un hueco donde dejar el coche. Después abrió el maletero y cogió su bolsa de deporte. Atravesó una puerta corredera de cristal y saludó a Ana, la simpática recepcionista del gimnasio, que le devolvió el saludo con una sonrisa muy poco trabajada.

El vestuario estaba prácticamente desierto, salvo por la presencia de un adolescente que lo saludó con un apático gesto de barbilla. El doctor se cambió de ropa sin prisa y accedió a la sala del SPA. Diez minutos dentro de la sauna fueron suficientes. Acto seguido cambió el calor seco por las burbujas del jacuzzi. Allí perdió la noción del tiempo. Estiró las piernas, apoyó la nuca sobre el borde y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos habían transcurrido más de treinta minutos. Miró a su alrededor con pudor de que alguien lo hubiera visto dormido, pero seguía a solas. Se secó y regresó al vestuario, donde se dio una reconfortante ducha. Mientras se vestía, no pudo contener la tentación de coger el teléfono móvil y marcar un número. *Sara Mora* era el nombre que el móvil había reconocido como el asociado al número marcado. El anciano estuvo varios segundos con el dedo pulgar sostenido sobre el botón verde, sopesándolo. Al final dio un soplido, bloqueó el teléfono y lo volvió a guardar en un bolsillo del pantalón. Se cargó la bolsa al hombro y salió del vestuario.

—Adiós, señor Salas —le habló la recepcionista—. ¿La temperatura de la sauna estaba bien hoy?

—No ha estado mal, aunque sigue algo baja.

—Está bien, se lo comunicaré al técnico. —Ana hablaba con la misma sonrisa imperturbable de siempre. Estaba bien amaestrada—. Hasta mañana, señor Salas.

Ni siquiera habían dado las diez de la noche cuando llegó a casa. Abrió una lata de mejillones en escabeche y se la comió en la cama mientras, ensimismado, observaba las piedras del acantilado a través de la ventana. Cuando terminó, se arropó y apagó la luz. Al día siguiente quería madrugar.

Como era viernes y al día siguiente no había que ir al colegio, Oli podía quedarse viendo la televisión hasta más tarde de lo habitual. Normalmente eso era una gran noticia, porque significaba sentarse en el sofá del salón, con papá a su izquierda y mamá a la derecha, mientras veían la película que echaran y comían palomitas. Cuando era más pequeño, le encantaba tumbarse de costado, con una oreja apoyada sobre el vientre de papá, y sentir cómo su vientre se hinchaba y deshinchaba al compás de su respiración. Pero ese viernes habían volado hacia la Toscana, y allí se iban a quedar durante siete días. Tampoco estaba el Yayo, que les había acercado al aeropuerto y a esas horas ya estaría en su casa. La única persona que estaba allí con él para hacerle compañía era Alyssa.

«La pедorra de Alyssa.»

Después de preparar unos burritos precocinados en el microondas, la adolescente se había puesto su pijama rosa para estar más cómoda. Había decidido que verían su programa favorito de la televisión. Al niño le aburría ver cómo un grupo de personas gritonas y cuya vena del cuello se hinchaba alarmantemente, se insultaban por asuntos que ni siquiera entendía. Toreros, cantantes, famosillos de medio pelo, todos enzarzados en peleas, denuncias, etc. De vez en cuando sonaba una música y el público del plató bailaba, a la vez que, por la parte inferior de la pantalla, circulaban números de teléfono a los que la gente podía llamar para ganar dinero.

—Me parece que esa rubia es una fulana —dijo Oli, refiriéndose a una de las gritonas de pechos siliconados.

—¿Qué sabrás tú lo que es una fulana? —respondió Alyssa entre risas.

—Lo sé.

La canguro lo miró con ternura y continuó con lo que estaba haciendo: escribir en su teléfono móvil. Casi ni prestaba atención a la televisión. Oli lo sabía porque no dejaba de mirarla de reojo. Seguramente estaría chateando con alguna amiga sobre temas propios de gente pедorra. Alyssa, según Oli, era poco menos que el diablo en persona. No le hacía ni caso y lo trataba como a un bebé. Además, a papá no le gustaba, y eso era suficiente para él. Luego

estaba su manera de hablar, tan espléndida y segura de sí misma. Y cuando caminaba, lo hacía con tal decisión que Oli podía imaginarse a un ejército de percusionistas y trompetistas desfilando tras sus pasos. Resultaba hipnótico. También detestaba su melena, siempre tan bien peinada, siempre oliendo a flores. Por no hablar de cuando lo miraba con sus enormes ojos negros o lo sonreía con esa asimetría tan peculiar. En esos casos Oli temblaba y se quedaba sin respiración. Lo odiaba. Sentía náuseas y mareos. Y miedo. ¿Por qué tenía que ser tan perfecta? ¿Por qué tenía que ser ocho años mayor que él?

«¡Maldita Alyssa!»

—¡Eh, bichito! ¿Me estás espiando? —dijo la joven, divertida al ver que Oli prestaba más atención al movimiento de sus dedos que a la televisión.

—N... no —balbuceó, y disimuló volviendo la cabeza—. «No me llames bichito nunca más —pensó, a pesar de la estúpida sonrisa que se le había dibujado en la cara—. No soy tan infantil como piensas, pedorra.»

—¡Uy! Qué cara de sueño tienes, bichito. ¿Quieres que te lleve a la cama y así duermes?

—No, no, estoy bien aquí. No tengo tanto sueño, y me gusta este programa —mintió con todo descaro.

Alyssa asintió y se recostó en el sofá para retomar su actividad con el teléfono móvil. Oli suspiró, y al observar la suavísima piel de los muslos de la canguro por debajo del pantaloncito corto del pijama, sintió una fuerte opresión en el pecho. Se tumbó al otro extremo del sofá, lejos de ella. Mientras miraba al techo del salón se sintió solitario, triste e insignificante. «Como odio esas piernas. Tan pálidas, tan perfectas... La odio a ella. Y a papá y a mamá, por dejarme solo. Y al maldito tumor. ¡Les odio a todos!»

Sus ojos cubiertos de lágrimas se fueron cerrando. Casi sin darse cuenta, Oli dejó que el sueño le venciera, haciendo la única cosa que no debía permitirse bajo ningún concepto si quería que el plan secreto continuase yendo sobre ruedas: se quedó dormido.

Se quedó dormido con Alyssa dentro casa.

Capítulo 12

30 de septiembre de 2006

Oli abrió los ojos lentamente y se sorprendió al verse tumbado en el sofá. Estaba tapado con la manta que Alyssa había utilizado la noche anterior. Se frotó con las manos para quitarse las legañas resacas. Los rayos de sol ya estaban entrando por la ventana, y desde el salón podía escucharse el sonido que provenía del paseo marítimo. Era sábado y hacía un día espléndido, por lo que la zona de la playa debía estar llena de viandantes, surferos y todo tipo de comerciantes.

«¿He pasado la noche en el sofá? Esto con papá y mamá jamás habría ocurrido. Espera un momento —se dijo con ceño para sí mientras centraba la mirada en la manta—. ¿Dónde está Alyssa? ¿Y Aquiles?»

Unos ruidos provenían de la cocina, y Oli se levantó de golpe. «Ahí estás, pedorra.» Según cruzaba el salón, los ruidos se fueron transformando en una voz tarareante, y lejos de tratarse de la dulce voz de Alyssa, como Oli hubiera esperado, era una ronca y monstruosa la que intentaba interpretar sin éxito alguna canción. El niño se detuvo en seco. Conocía esa forma de *cantar*. Conteniendo la respiración con la esperanza de no ser descubierto, asomó la cabeza por el hueco de la puerta de la cocina. El Yayo estaba preparando sus habituales tostadas bañadas en aceite de oliva. Al parecer, había madrugado para tomar el relevo de Alyssa, lo que significaba que...

«La pedorra no está en casa.»

Tuvo un mal presentimiento. Deseaba entrar en la cocina y desayunar junto a su Yayo, pero antes debía comprobar una cosa.

Atravesó el pasillo de puntillas y se metió en su dormitorio. Allí encontró a Aquiles tumbado junto a la cama con el hocico sobre las patas delanteras. Oli cerró la puerta y respiró con fuerza. La posibilidad de que el plan secreto se hubiera ido a la porra estaba pasando por su cabeza. Se acercó a su mesilla de noche y se agachó para abrir el cajón más próximo al suelo, aquel en cuyo interior nadie, bajo ningún concepto, podía mirar. Era el cajón de los secretos, y Aquiles no apartaba la mirada de él. El chico lo deslizó hacia fuera con delicadeza, y, al asomarse, arrugó la frente y tragó saliva. Comenzó a patear sin control y a revolverse el pelo como si hubiera perdido el juicio. Aquel era el cajón de los secretos para mamá y papá, pero Alyssa no conocía su prohibición, y era una persona muy curiosa.

Alyssa Grifero había estado disimulando hasta que Óliver se quedó dormido. Odiaba los programas televisivos del mundo del corazón, pero si hubiese puesto una película interesante, el niño no se habría dormido hasta, al menos, el The End. Tampoco había estado chateando con ninguna amiga a través del teléfono móvil, como le había hecho creer. Solamente trasteó entre los monótonos menús del aparato alternativamente, de AJUSTES a NOTAS, pasando por GALERÍA DE IMAGENES, y vuelta a empezar. Cualquier cosa con tal de no entretener al niño. Comida rápida, un pijama, televisión basura y nula conversación serían elementos suficientes para que se durmiera en menos de una hora. Y así fue. A las dos y media de la madrugada la canguro apagó la televisión y, aburrida, se levantó del sofá.

«Angelito», pensó con ternura al observar al crío roncar.

Sigilosa como una gata, recorrió el salón abriendo todos los armarios y cajones que encontraba. En el mueble grande de la televisión no encontró más que álbumes de fotos, cuadernos, revistas y una cubertería antigua; posiblemente, un regalo de bodas aún por estrenar. La decoración de la casa era en su mayoría minimalista, por lo que no había demasiados rincones donde buscar algo. Eso le facilitaba las cosas, pero también le reducía las

opciones. Tampoco tenía claro lo que estaba buscando. «Tienes que encontrar algo sospechoso en esa casa, algo que no te cuadre», habían sido las órdenes.

Una vez rastreado el salón de arriba abajo —buscó incluso detrás de los cuadros de las paredes, tal y como había visto en algunas películas de detectives—, salió al pasillo sin hacer ruido. El niño dormía ajeno a lo que pasaba a su alrededor. Tras esa comprobación, Alyssa efectuó un breve recorrido por la cocina, donde no encontró nada fuera de lo normal, y luego entró de puntillas en el dormitorio del matrimonio. Una sensación de culpa le recorrió el cuerpo. Siempre había considerado que el lugar más íntimo de una pareja, aquel donde dormían, hablaban y se acostaban, era sagrado. No perdió mucho tiempo en esa habitación, por lo tanto, y continuó con el resto de la casa. Era el turno del cuarto del crío, el que tenía vistas al mar. «Ojalá hubiera tenido yo una habitación tan bonita como esta alguna vez», pensó.

Un armario empotrado, una mesa a juego para hacer los deberes, una cama junto a la ventana y su correspondiente mesita de noche, decoraban la habitación con indudable buen gusto. Pósteres de fútbol empapelaban las paredes. Sintiéndose cada vez más culpable, Alyssa abrió el armario en primer lugar y hurgó metódicamente en los cajones. Todo lo que vio fue ropa de niño muy bien planchada y doblada. Parecía el estante de una tienda. Acarició con delicadeza las mangas de las camisetas y camisas de talla infantil que colgaban de las perchas y pensó que quizá eran esas cosas en las que las buenas madres marcaban la diferencia. Sintió envidia, y rabia, y remordimiento de conciencia. Y una vez más, no encontró nada extraño, a excepción de unas zapatillas de fútbol de color rosa, pero no era eso lo que ella estaba buscando. Arrugó el gesto y cerró el armario. Al girarse para abrir los cajones de la mesita de noche, el corazón le dio un vuelco. En el umbral de la habitación, un pastor alemán la observaba con el pelo erizado. Ella se agachó a cámara lenta y se enfrentó al animal.

—*Chsssss...* —Se llevó el índice a los labios.

El animal se mantuvo inmóvil y Alyssa continuó con lo que estaba haciendo.

«Tú no has visto nada, perrito bueno. No le dirás a nadie nada de esto», le rogó mentalmente.

Cuando estaba a punto de rendirse, deslizó el último cajón de la mesilla. Bingo. Abrió los ojos de par en par, acelerándosele el pulso. Dentro del cajón había un taco de papeles dividido en dos, con sus correspondientes grapas. A Alyssa le bastaron unos segundos para confirmar que se trataba de los resultados médicos de alguien. Sin embargo, lo que más llamó su atención de entre lo que había dentro del cajón fue un terminal de teléfono fijo desconectado. ¿Para qué querría un niño de diez años un teléfono fijo? Bajo la atenta mirada de la enorme bestia, la canguro se incorporó y, sin poder dejar de temblar, sacó su teléfono móvil del bolsillo del pijama y marcó un número.

—Soy yo —susurró cuando descolgaron—. ¿Te he despertado?

—No, estaba despierto —contestó una voz sibilina al otro lado de la línea—. Dime, Alyssa.

—Tenías razón, esconden algo. El crío, en concreto.

—¿El crío?

—Sí. ¿Quieres saber lo que he encontrado?

La voz masculina tardó unos segundos en contestar.

—Me muero por saberlo. Te espero en casa.

—¿Ahora? —inquirió la canguro, perpleja.

—Ahora mismo, joder.

La tostadora hizo *pip*. Al no encontrar las pinzas, el Yayo cogió las rebanadas con la punta de los dedos y las roció luego de una cantidad ingente de aceite de oliva virgen extra. Tras más de cuarenta años desayunando lo mismo, podía considerarse un hombre fiel a sus costumbres. O, como solía decirle al párroco del pueblo, «a sus principios». Sentía que la jubilación le había llegado demasiado tarde. El estrés del hospital le había pasado factura, y sus energías parecían disolverse cada día como unas pocas gotas de aceite derramadas sobre demasiado pan. La vejez le había obligado a renunciar a casi todo, pero cuando se metía en la boca el

primer bocado del desayuno, se sentía rejuvenecer. Ese era uno de los pocos principios que le quedaban, y no pensaba renunciar a él.

Aquella mañana de sábado había madrugado más de la cuenta, de modo que pudo disfrutar del amanecer mientras caminaba en solitario por el paseo de la playa. El sol ya casi había salido por completo cuando llegó a la casa de su hija con la intención de hacerle el relevo a Alyssa. Fue por eso que se extrañó al ver a su nieto roncando en el sofá. La canguro ya no estaba. Se encogió de hombros y se metió en la cocina para disfrutar del mayor de sus principios.

—¡Yayo! —Se oyó un grito de niño desde el otro lado de la casa—. ¡Yayo!

El anciano se asomó por el hueco de la puerta y vio a Oli corriendo hacia él. Traía las mejillas rojas y los ojos brillantes.

—¡Está vacío! —gritó—. ¡Es una ladrona!

—Buenos días. ¿El qué está vacío?

El niño se secó las lágrimas con la manga del pijama.

—Mi cajón secreto, el que nadie tiene permiso para abrir excepto yo. ¿Qué se ha creído esa pectorra estúpida?

—Vaya.

«Mierda, tenía que haber imaginado que podría pasar —pensó el exmédico en un corto suspiro—. No tenía que haberlo dejado todo en manos del chico.»

—¿Así que se ha llevado todo? —inquirió después.

—Sí..., todo.

—¿Y sabe el motivo de por qué guardabas los resultados y el teléfono en el cajón?

—No lo sé. —Oli hizo una mueca y rompió a llorar de nuevo—. Yayo, perdóname. ¿Lo he echado todo a perder? ¿Se van a enterar todos del secreto?

«Por Dios, espero que no.»

—No seas gilipollas, claro que no. Y como no es culpa tuya, deja de llorar. —Revolvió el cabello del niño con el fin de animarlo—. La bella Alyssa no ha mirado en tu cajón por simple curiosidad. —Se llevó la mano a la barbilla y se mantuvo varios segundos en silencio—. Venga, vístete rápido. Nos vamos.

—¿Adónde vamos?

—A involucrar a más gente en nuestro plan secreto que, bajo ningún concepto, nadie más deberá conocer a partir de hoy.

Oli tragó saliva e inspiró con fuerza.

—¿Vamos a ir a hablar con Alyssa? —quiso saber.

—No exactamente. Venga, corre.

Mientras Oli se cambiaba de ropa en su dormitorio, el anciano terminó de comer la última de sus tostadas a pesar de que ya se encontraba casi fría y había absorbido todo el aceite.

Unas horas antes, Alyssa Grifero recorría las dormidas calles de Ámbar a paso ligero. Llevaba los brazos cruzados junto al vientre para combatir el frío nocturno. En el interior del bolso llevaba el botín que acababa de encontrar en la habitación del niño. Tomó la Gran Avenida y giró a la derecha. Luego de frente y de nuevo a la derecha, donde llegó a un callejón oscuro. Allí donde las paredes se juntaban hasta solo permitir el paso de una persona, se topó con unas escaleras. Adoquinadas en piedra, llevaban a un rincón todavía más lúgubre. Alcanzó la cima sin titubear, pues ya había hecho ese camino muchas otras veces, y llegó a una calle sin salida. Al fondo a la izquierda, donde se cortaba el paso, se alzaba una casa construida en adobe y madera duramente castigada por el transcurso del tiempo. Alyssa se acercó a la puerta y empujó. Estaba abierta. Una vez dentro, cerró con cierto esfuerzo y se encontró completamente a oscuras. Solo un rayo de luna que penetraba en la estancia a través de una ventana en la pared le servía de orientación. Una vieja escalera de madera ascendía al primer piso. El ambiente estaba cargado y, al respirar, se podía notar el polvo flotando en la atmósfera.

—¿Hola? —llamó al aire.

Una voz masculina surgió desde del piso de arriba.

—Sube. Te estaba esperando.

La canguro ascendió por la escalera, que amenazaba con quebrarse a cada paso. El piso superior era de igual tamaño que el bajo, pero había sido remodelado para que resultara habitable. Alyssa estaba convencida de que aquel edificio había sido una

taberna muchos años atrás, o puede que un pequeño hostel. La casa era diáfana y su única ventana estaba cubierta por ladrillos, de modo que no recibía luz natural. Una pequeña lámpara de pie emitía una cálida luz que iluminaba a duras penas la habitación, generando inquietantes sombras bailarinas en las paredes. El suelo estaba cubierto de viejas y polvorientas alfombras estampadas a diferentes colores. Al fondo de la estancia, una puerta daba al cuarto de baño y a la cocina; al menos eso suponía Alyssa, pues nunca lo pudo comprobar. Junto a ella, el único mobiliario de la sala: una mesita de madera negra y un sofá naranja chillón, que si bien no conjuntaba con el resto de la decoración, era grande y cómodo. Sentado en él y con las piernas cruzadas, la esperaba un hombre de mediana edad con el pelo revuelto. Llevaba puesta una camisa de rayas blancas y verdes cuya manga derecha caía hueca, sin ningún brazo al que vestir.

—Hola, Charly —Alyssa lo saludó con una prudente sonrisa—. He llegado lo más pronto que he podido.

—No te preocupes, tengo toda la noche.

La boca de Charly era una línea negra que quería imitar una sonrisa. Alyssa vio cómo la observaba mientras se quitaba la chaqueta. Se centraba sobre todo en la zona de los pechos. Después el manco dio una palmada en el sofá y la invitó a sentarse a su lado.

—No, me quedaré de pie —contestó ella, mirando a su alrededor. Estaba muerta de frío.

«Por más que venga a esta pocilga no me acostumbro a la suciedad. ¿Cómo puede vivir él aquí?», pensó con evidente repugnancia.

—Como quieras —dijo Charly—. ¿Has trabajado hoy en el bar?

—No.

—¿Por qué no?

—Ya me ha pagado una pasta tu hermanita por hacer de canguro una semana. Además, no necesito dinero. Tú me compras todo lo que necesito.

Charly sonrió divertido y después le dio la razón. Alyssa recordaba perfectamente la primera vez que se cruzó en su vida. Ocurrió tres años atrás. Ella provenía de buena familia, una de las

más ricas de Estepona, en la costa sur de España. Su madre, de origen griego, había conocido al hijo de un criador de caballos en uno de los cruceros turísticos que éste solía hacer por el Mediterráneo. Se enamoraron perdidamente y se casaron al poco tiempo. La mujer se mudó a España con su recién estrenado marido. Se convirtió, de la noche a la mañana, en una millonaria con la vida resuelta, aficionada al tenis y las corridas de toros.

El matrimonio tuvo tres hijas: Hesper, Elena y Alyssa, la menor de las tres. Como no podía ser de otra manera, fueron educadas bajo la protección familiar que el dinero permitía, pero mientras que las dos mayores eran una copia perfecta de su padre y un orgullo para el matrimonio, con Alyssa tocaron hueso. Influenciada genéticamente por los orígenes humildes de su madre, odiaba el tenis, el golf y la práctica del toreo, a la que consideraba denigrante, salvaje e inhumana. Tampoco era buena estudiante —aunque nunca cometió ninguna falta grave— y gozaba de una enorme popularidad entre los chicos de la calle que no pertenecían a ningún club familiar. Alyssa nunca sería una adolescente de clase alta, por mucho que se empeñaran en vestirla con zapatos de charol, blusas y diademas.

Cuando cumplió los catorce años, la vida de la pequeña sufrió un punto de inflexión. Conoció a Fredy, un chico de veinticuatro años ajeno al ámbito familiar que era popular por su fama de rompecorazones y una espectacular moto Kawasaki. Alyssa fue hipnotizada por la vida libre y sin normas que estaba empezando a conocer con él, y un verano, durante una fiesta celebrada al aire libre, se emborrachó de tal manera que estuvo a punto de perder el conocimiento.

El chico no perdió la ocasión. Cuando se vio a solas con ella, se la llevó de la fiesta. La subió a su moto y se adentró en el bosque. Alyssa no era consciente de adónde se dirigían, pues ni siquiera sabía que ya no estaba dentro de la fiesta; tal era su estado de embriaguez. Tras varios minutos en moto, el joven frenó y arrastró a la niña seminconsciente hasta un descampado donde nadie les vería. Después abusó de ella. Primero se deshizo de su blusa a mordiscos y lamió el torso de la chica hasta que se aburrió. Entonces le quitó los pantalones, seguidos de las bragas. En ese

punto, Alyssa empezó a recobrar la conciencia, y por primera vez comprendió que la estaban violando. Eufórico y drogado, Fredy le tapó la boca para que no gritara, y a punto estuvo de asfixiarla. Su solución: amordazarla con su propia blusa. Después le ató ambas manos al tronco de un árbol y comenzó a violarla. Alyssa sintió náuseas a causa del intenso dolor que el miembro de Fredy le provocaba, y una de las arcadas hizo que vomitara sobre la misma blusa. Tenía las manos atadas y tanto la boca como las fosas nasales obstruidas a causa de su propio vómito. Le costaba respirar. Fredy era un hombre musculado y diez años mayor que ella. Sabía que aunque hubiese tenido las manos libres, no habría podido hacer nada contra él. Se sentía absolutamente desamparada. Cerró los ojos y deseó morir.

Después de esa horrible noche, Alyssa no volvió a ver a Fredy. Permaneció varias noches sin dormir y sin salir de casa, pero se sentía tan frágil y avergonzada que no denunció la violación a la policía. Ni siquiera se atrevió a contárselo a su familia. Fue en vano, sin embargo.

Al cabo de unas semanas, sufrió un retraso en su ciclo menstrual, y sus mayores temores se hicieron realidad cuando el médico confirmó lo evidente: había quedado preñada. Lloró durante días, pensando en cómo diría a sus padres que en unos meses tendrían un nieto bastardo por culpa de la insensatez de su hija rebelde, aquella de la que tanto se avergonzaban. «Un bastardo... voy a tener un bastardo Grifero...», le martilleaba en la cabeza. Se dio cuenta de que no podría vivir con aquello, por lo que tomó una decisión que hipotecaría el resto de su vida: a los pocos días, abortó. Sin embargo, no sopesó la idea de que, para sus tradicionales padres, la idea del aborto era incluso más humillante que la de tener un nieto bastardo. El mismo día de la pérdida del bebé, Alyssa fue expulsada de la familia. Se vio sin un lugar adonde ir, nadie a quien acudir. Se sintió miserable y desdichada, y su corazón se endureció.

Abandonó la comarca y se alejó lo más lejos posible de todo lo que la relacionaba con su vida anterior. Gracias a un simpático camionero llamado Tomás, que cedió a sus súplicas de llevarla con él, terminó en Ámbar. Encontró trabajo como camarera en un

humilde club de noche, en cuyo almacén dormía después de cerrar. Un día conoció a un cliente con un pasado tan dramático que pensaba que quizás se podría comparar con el suyo. Charly era un perro solitario como ella, y además tenía dinero, aunque ella nunca quiso saber de dónde lo obtenía. A él la niña le cayó en gracia, así que la adoptó. Como no podía acogerla en su vieja casa, le pagó una residencia para estudiantes y se aseguró de que iba a clase mientras se ganaba su propio dinero. Era un lisiado malhablado, descuidado y desagradable, pero con Alyssa se portaba bien, y eso era todo lo que ella necesitaba en aquellos momentos.

—Y bien. —Alzó Charly la vista desde el sofá para mirarla fijamente a los ojos—. ¿Qué has encontrado en esa casa? Antes has dicho que tiene que ver con el crío.

Ella soltó un largo soplo de desaprobación.

—Te lo diré, pero no te va a salir gratis —le advirtió con altivez.

—¡Já! —Charly arqueó las cejas sorprendido—. A ver, ¿qué es lo que quieres? —preguntó con desgana.

—¿Estás negociando conmigo? No me trates como a una cualquiera, Charly.

—Entonces dime de una maldita vez lo que has encontrado. ¿Tiene que ver con Verónica?

La joven soltó una sonora carcajada y comenzó a andar por la habitación.

—¿Por qué te interesa tanto, tío?

Cogió una bolsa de plástico que reposaba sobre la mesa y observó que estaba semillena de polvo blanco.

—¡Deja eso, no lo toques! —El tono de voz de Charly se agravó de repente. Las venas del cuello se le habían dilatado. Ella, asustada, dejó caer la bolsa donde estaba.

—Me interesa porque sé que algo esconden —respondió—. Llevan tiempo comportándose de manera extraña. Además, Alfonso y el cabrón del viejo me odian. Jamás me dirían nada.

—Y por eso me has enviado a mí, ¿no? Soy tu topo —concluyó ella.

—Exacto.

—Entiendo. ¿Pero por qué Verónica? —Alyssa se agachó, posó la mano en la rodilla de él, y se enfrentó a sus pupilas dispares—.

No continuaré con esto hasta que me expliques de una vez la razón de tu obsesión con tu hermana.

—Créeme, no quieres saberlo —suspiró él.

—Sí, sí quiero.

Charly encendió un cigarrillo, y, tras dar un par de largas caladas, comenzó a hablar.

Empezó con cosas que Alyssa ya sabía, como que su padre, durante la época en que fue el alcalde de Ámbar, se casó con una encantadora mujer divorciada. Se llamaba Violeta y tenía dos hijas: Verónica y Lorena. Habló de lo difícil que resultó la convivencia al principio, con una madre que no era la suya y una hermanastra tan estúpida y despistada. Y tan jodidamente preciosa. Incapaz de controlar sus sentimientos más primitivos, pronto se encaprichó de ella hasta tal punto que creía que iba a perder la cabeza. Compartían techo, así que la veía a todas horas. La observaba desayunar, cantar en su dormitorio y reír con su madre. Cuando escuchaba correr el agua del baño desde su habitación, sabía que ella se estaba duchando. Imaginaba su espléndida desnudez y aquellos senos en punta, y por ello, siempre con el miembro muy erecto, deseaba entrar y follarla allí mismo. Pero no podía, porque era su hermanastra y aquello estaba contra las normas establecidas por la sociedad.

Charly hizo una nueva pausa para dar otra calada. El tullido continuó la narración explicando la actitud de su padre, el señor Rubial. Era un hombre agrio y violento, y tras un primer matrimonio frustrado y poco tiempo después de casarse con Violeta, su arrogancia volvió a la superficie. Raro era el día que no le levantaba la mano a su mujer o le alzaba la voz. En una ocasión incluso le provocó un cardenal en el pómulo. Pero no se podía demostrar que el cabrón había utilizado la violencia, y Violeta estaba demasiado intimidada para contar nada a nadie. Charly, no obstante, conocía bien a su padre y sabía que era un maltratador. Así, enamorado de su hermanastra y con la tiranía diaria a la que su progenitor les sometía a todos, el joven se sentía atrapado en una olla a presión de la que difícilmente podía escapar. Hasta que un día, como era de prever, la olla explotó.

Una tarde de otoño, Charly llegaba a casa como cada día de labor. Al entrar oyó gritos femeninos que venían del otro lado del pasillo. También golpes secos y forcejeos. «Violeta...», pensó enseguida, y corrió a evitar lo que imaginaba que estaba pasando. Cuando abrió la puerta del dormitorio, toda la ira que había estado manteniendo en su interior durante las últimas semanas le recorrió el cuerpo. Los ojos se le encendieron. Los gritos de mujer que había oído resultaron no venir de Violeta. El señor Rubial, su propio padre, estaba sentado en la cama sobre Verónica. La adolescente tenía las manos esposadas a los barrotes del cabecero y suplicaba con las mejillas inundadas en lágrimas para que su padrastro no culminara el forcejeo con una violación en toda regla. La camiseta de Verónica estaba rajada de arriba abajo, dejando al descubierto el busto desnudo. Su progenitor estaba desatándose el botón del pantalón mientras la inmovilizaba con las piernas. Le gritaba: «¡Calla, zorra!»

—En ese momento estallé —explicó Charly con inquietante frialdad—. No pensé en las consecuencias de mis actos ni en lazos de sangre. Simplemente, actué. Me abalancé sobre mi padre y le asesté un fuerte golpe en la sien. Nos caímos de la cama y me situé sobre él para golpearle en el rostro, el pecho, y cualquier parte del cuerpo que pudiera romperle. Estaba fuera de control. Tan fuerte lo pegaba que se me despellejaron los nudillos. Su cara, abollada, empezó a sangrar de los labios como una frambuesa machacada. También sangraba de los pómulos, las cejas y la nariz. Creo que Verónica me suplicaba desde la cama para que parase, pero mis gritos de rabia no me permitían escuchar nada que no fuera mi voz interior reclamando venganza. Mi padre llevaba ya un rato inconsciente cuando me percaté de mis manos estaban teñidas de sangre. Finalmente me detuve, y al ver que casi termino con su vida, no sentí vergüenza, sino más bien alivio. Me encontraba bien. Había salvado a mi amor y un maltratador de mierda había probado el sabor de mis puños. ¿Qué había de malo en ello? Después desaté a Verónica. Estaba tan avergonzada por lo sucedido que ni siquiera me miró a la cara. En lugar de eso se tapó el pecho con las manos y salió corriendo de la habitación. En cuanto a mi padre, me senté en el suelo junto a su cuerpo, encendí un cigarrillo y esperé. Despertó un par de horas después. Tenía la cara tan deformada que era difícil

reconocerlo, pero fue capaz de levantarse y marcharse por su propio pie. No tuvo agallas para decirme nada; tan solo se fue.

—Madre mía. —Alyssa estaba con la boca abierta y llevaba rato sin pestañear—. ¿Por eso te refugias en la droga? ¿Para olvidar?

Sorprendido, Charly miró de reojo la bolsa transparente de polvos blancos sobre la mesa. Como ella vio que no iba a responder a la pregunta, lo animó a seguir con su truculento relato:

—Entonces tu padre se fue de casa después de aquello, supongo. Debía de estar muy avergonzado y os abandonó, ¿no es así?

—De hecho, no. —El tullido no miraba a los ojos de Alyssa directamente. Su cara estaba contraída por el recuerdo del dolor—. Mi padre nunca llegó a abandonarnos.

—¿Cómo? ¿Qué pasó entonces con el alcalde?

—Lo seguí. Mi padre había abandonado la casa humillado, pero mi cuerpo me pedía más; mi sed de venganza no estaba saciada. La imagen de mi hermana atrapada entre los muslos de mi padre y suplicando misericordia no se me iba de la cabeza. Estaba enloqueciendo, y cuando me miraba los nudillos en carne viva no quería más que continuar. Así que me metí en mi coche y lo seguí por las calles sin que él se diera cuenta. Era media tarde y había mucha gente en el exterior. Demasiados testigos. Estaba seguro de que el cabrón se movería por las calles más desoladas del pueblo para no ser visto. Al fin y al cabo, era el alcalde y había sido víctima de una brutal paliza por intentar violar a su hijastra; no le convenía que lo vieran en ese estado si quería salvar su puesto institucional. Esperé mi oportunidad, y cuando se internó renqueante en uno de esos callejones, le corté el paso. Al verme salir del vehículo pude ver el terror dibujado en sus ojos. Ni siquiera opuso resistencia. Lo agarré de la solapa de la camisa, que aún tenía restos de sangre coagulada, y de un rápido movimiento lo metí en el maletero del coche. No sé por qué lo hice, en realidad.

Se encogió de hombros con la misma naturalidad que si estuviera contando la historia de otra persona.

—Después conduje varios kilómetros fuera del pueblo mientras mi víctima golpeaba enrabiada las paredes del maletero. Llegué a

un acantilado donde es costumbre que los desesperados terminen con sus vidas, y apagué el motor.

»No le dije nada, ni lo volví a golpear, ni siquiera lo miré a los ojos. Tan solo lo saqué del maletero y lo empujé al abismo. Esa vez sí, al verlo caer me sentí en completa paz conmigo mismo, al menos por un instante. Nadie vio absolutamente nada y jamás conté lo que ocurrió, ni siquiera a Verónica o Violeta.

»Cuando pasaron los días y el señor Rubial no daba señales de vida, la prensa empezó a sopesar la idea de que había huido del país. Después de ese suceso, Violeta y Verónica denunciaron a la Guardia Civil los maltratos y el intento de violación, de modo que todo el pueblo dio por hecho que el alcalde se había esfumado con el rabo entre las piernas. Además, si por casualidad alguien hubiera encontrado el cadáver entre las rocas, lo habrían asociado a un suicidio provocado por la vergüenza. Todo encajaba, mis manos estaban limpias.

Alyssa tragó saliva con bastante esfuerzo. El letal testimonio de Charly le había hecho recordar su dramático suceso, de modo que le afloraron unas terribles ganas de llorar. Tuvo miedo de preguntar si el relato había terminado o aún la esperaban más sorpresas desagradables. Casi deseó no haber sacado el tema.

—Todo se normalizó —continuó él—, y días después Verónica conoció al gilipollas de Alfonso. Intenté detener esa relación por todos los medios, pero fue en vano. Entonces Alfonso y yo tuvimos el accidente de coche en el que me convertí en el puto inválido que ves ahora. Puedes juzgarme si quieres por todo lo que hice. Puedes llamarme monstruo, no serías la primera que lo hace, pero deseo a Verónica desde la primera vez que la vi. No ansío nada en el mundo que no sea ella. Maté a mi propio padre por ella, y lo mejor de todo es que no me arrepiento. Es devoción lo que siento por mi hermana —hizo una mueca de asco al pronunciar esa palabra—, y no me importa que esté casada con Alfonso, ni que hayan tenido un estúpido hijo juntos, ni que su viejo me odie. Querías saber si estaba obsesionado con ella, ¿no? Pues ya tienes tu respuesta. Ahora ocurre algo en esa casa, puede que algo relacionado con Verónica, y quiero saber de qué se trata.

Invadida por la pesadumbre, Alyssa se puso en pie. La luz anaranjada de la lamparita hacía resaltar sus pómulos entre sombras, y sintió cómo una gota le caía lentamente hasta la barbilla. Ella se acercó al sofá y se sentó a horcajadas sobre él. Después arrimó su cabeza contra sus pechos y le besó el cabello con ternura.

—El crío guardaba dos tacos de folios en uno de sus cajones —susurró, separando de nuevo la cabeza de su pecho para mirarle directamente a los ojos—. Se tratan de pruebas médicas. También guardaba un teléfono fijo desconectado. Me lo he llevado todo.

Acto seguido acarició el mentón de Charly y él la rodeó por la cintura con su único brazo.

—¿Quieres saber qué decían esas pruebas médicas? —preguntó en un sensual hilo de voz, y sin esperar respuesta, se acercó al oído de él y susurró algo.

Cuando terminó de hablar, los ojos del manco se abrieron de par en par, y sintió los labios húmedos y carnosos de la adolescente en su boca. El placer infinito que le había proporcionado la información de Alyssa, sumado a la sucia emoción de tenerla jugando sobre su entrepierna, hizo que el cuerpo de Charly se tensara en un orgasmo que hacía lustros que no experimentaba.

Capítulo 13

30 de septiembre de 2006

Por la parte delantera, el apartamento estaba rodeado de césped, árboles y flores de todos los colores imaginables. Por la trasera, una encantadora cala y el mar daban los buenos días a los turistas que acudían a Cinque Terre, región costera de la Toscana, para desconectar del mundo asfaltado.

Cuando lo vimos por primera vez no nos podíamos creer que pasaríamos allí la siguiente semana entera. Era increíble. El pueblo constaba de varios apartamentos de colores, apilados de forma escalonada, que desde lo alto gobernaban la playa de Manarola. Cada uno de ellos tenía una terraza propia en el tejado y una íntima parcela de jardín limitada por sutiles muros de piedra que dotaban de intimidad a los huéspedes. Las parcelas se unían unos metros más adelante, formando un laberinto de caminos de adoquines que, o subían hacia la plaza central, o bien descendían hacia la arena. A los extremos de Manarola se levantaban afilados acantilados.

Tras pernoctar el viernes en Madrid, aterrizamos en el aeropuerto de Peretola el sábado a las once de la mañana. Un simpático botones italiano en cuya chapa venía escrito «Enzo» nos tomó las maletas, y pocos minutos después ya nos estaba enseñando la habitación. Cuando abrió las cortinas para mostrarnos las vistas, recuerdo que quise dar saltos en la cama de lo contento que estaba. Una cama, por cierto, tan grande como todo nuestro dormitorio de Ámbar. Desde la habitación podíamos ver el agua del mar Tirreno brillando bajo el sol, y cientos de familias y parejas relajándose sobre la arena, paseando por las calles, o tomando un aperitivo en algún bar encantador. Aquello era el paraíso.

Cuando Enzo se hubo marchado —no sin antes recibir su bien merecida propina—, no perdimos el tiempo: corríste hacia mí, desprevenido observando el paisaje, y me tiraste a la cama rodeando mi cintura con las piernas. Me besaste y te miré a los ojos. Hacía muchos años que no te veía tan feliz a mi lado. Estábamos empezando a vivir nuestra segunda luna de miel, y falta nos hacía. La bella Italia, el Mediterráneo y los cócteles exóticos ayudarían a olvidar tumores, tragedias familiares, hermanastros psicópatas y crisis matrimoniales.

—Espera —me susurraste con una sonrisita cómplice, y desenganchaste tus piernas de mi cadera para ir al lavabo—. Vuelvo en seguida.

Te observé cruzar la habitación y cuando te encerraste en el cuarto de baño, me desabroché los botones de la camisa lo más rápido que me permitía mi ansiedad.

Hice un gesto de euforia con la mano, mientras en mi mente saltaba esa exclamación. A veces sigo comportándome como un adolescente.

De pronto sonó un pitido, como una melodía desafinada. Yo conocía muy bien ese sonido porque era el que producía tu teléfono cuando recibías un mensaje: algo así como una campanita estridente. Como en un acto reflejo miré hacia la dirección del pitido; habías dejado el móvil encima del edredón, justo a mi lado. No soy de los que figonean en las cosas de los demás, y no lo hice en esa ocasión. Pero al pasar la mirada por la pantalla del teléfono pude leer el lapidario anuncio:

Mensaje nuevo
CHARLY

Un profundo malestar nació en mi estómago y subió hasta la garganta. ¿Es que no me iba a librar del maldito tullido ni siquiera a más de dos mil kilómetros de distancia?

Todavía pensaba si dejaría que Charly me estropeará la semana o por el contrario lo ignoraría, cuando saliste del lavabo. Llevabas un camisón de seda negra que terminaba allá donde empezaba a trabajar mi sucia imaginación. Me miraste con esos

ojos inocentes que sabes que tanto me gustan. Me sentía de nuevo como un adolescente cuando anduviste hacia la cama y te situaste sobre mí, acariciándome el pecho. Me susurraste al oído que te alegrabas de que mis abdominales siguieran igual de en forma tantos años después, pero me conoces demasiado bien para darte cuenta de que no estaba reaccionando a tus halagos como de costumbre. Llevabas las uñas pintadas de rosa (solo te las pintabas de ese color en las noches románticas), y me pregunté por qué estaba más pendiente del color de tus uñas que de los mordisquitos que me estabas dando en la oreja. Me dejaba hacer por ti sin apenas moverme, y supiste que algo malo pasaba cuando ni siquiera sonreí al hacerme cosquillas en el costado. Te besaba por inercia y no reaccionaba a tus caricias. No estaba allí en ese preciso momento y tú me preguntaste el motivo de mi apatía.

—¿Qué me va a pasar? Estoy genial —respondí, abrazándote y girándote, de forma que pasaste a estar entre el colchón y mi cuerpo—. No podría estar mejor.

Pero lo cierto era que difícilmente podía estar peor. Te besé de nuevo, y varias veces más, pero en realidad te estaba odiando. A ti, a Charly, y a mí mismo. Eran ya muchos años aguantando la siniestra sombra del hermanastro, y el viaje a la Toscana que te había preparado se trataba de mi última baza para conseguir hacerte feliz. Simplemente no podía soportar que también se metiera en esto.

—A mí no me engañas —dijiste. Me miraste a los ojos y luego torciste el gesto—. Venga, dime qué te pasa.

Suspiré y temblé, como cobarde que soy.

—Tienes un mensaje en el móvil. Es de él. —Me aparté de ti—. ¿Es que no puede dejarte tranquila ni una sem...? —No pude acabar la última frase.

—¿Has mirado en mi móvil? —Habías palidecido de repente. Nunca te había visto tan enfadada.

—Pues sí —exploté, escogiendo un muy mal momento para hacerlo—. Estoy hasta los cojones de tener que convivir con sus mensajes, sus llamadas y sus visitas. Hemos dejado a nuestro hijo con su..., bueno, con lo que quiera que sea esa chiquilla. ¡Por el

amor Dios! ¿No ves que ese tío es un problema para ti? ¿Para toda la familia?

—¡Es mi hermano! —fue tu airada réplica. Te incorporaste de la cama y te vestiste de nuevo mientras gritabas—: ¿Cuándo lo vas a aceptar?

—¿Tu hermano? Por favor, lleva toda su vida queriendo llevarte a la cama. Me parece increíble que no lo veas.

—¡Estás obsesionado con eso! No lo entiendo.

—No es obsesión. No tienes ni idea.

—Mira Alfonso, eres tú el que no sabe una mierda —contraatacaste, y me asusté al escuchar mi nombre, pues nunca, ni siquiera cuando estabas muy enfadada, me llamabas así—. Necesito que entiendas de una vez que mi familia no es normal. No soy estúpida, sé que Charly es un cabrón mezquino, y sí, posiblemente tenga deseos sexuales hacia mí, no lo niego. Pero hasta que tú llegaste a mi vida, él era el único que se preocupaba por mí, a excepción de mis padres, a quienes odiaba bastante en aquel momento, por cierto. Tanto se preocupaba Charly por mí que... —hiciste una pausa para tragar saliva y contener las incipientes lágrimas—, que me salvó la vida.

—¿Cómo que te salvó la vida? —quise saber, tan perplejo como enrabiado.

—El mismo día que mi padrastro, el alcalde Rubial, desapareció, intentó violarme. —Quise soltar una exclamación de sorpresa, pero no fui capaz de hablar, de modo que continuaste—. Si no hubiera sido porque Charly apareció en el último momento para detenerle, no sé qué me habría hecho ese animal. Se enfrentó a su propio padre por mí, ¡se lo debo todo a ese hombre!

Entonces decidí aparcarme el importante hecho de que mi mujer había estado a punto de ser víctima de una violación brutal, y llevé la conversación a un callejón sin salida. Se trataba de un *vida o muerte*:

—Pues que sepas que tu salvador, ese a quien tanto debes, fue el que provocó el accidente de coche que acabó con su brazo y casi con mi vida. Era un secreto que, llegado a un punto, pensé que no merecía la pena que supieras, pues tan solo sumaría más

desgracias a la familia. Pero joder, no me dejas otra opción: ¡estás defendiendo a un puto asesino!

Ambos habíamos optado por desvelar nuestras correspondientes reservas del pasado, aquellas que estaban fulminando el matrimonio, en el mismo instante. Quizá no fuera el apropiado. Quizá fuera demasiado tarde.

Los ojos se te abrieron y no pestañeabas. Temblando, cogiste tu teléfono para leer el mensaje de Charly.

—Estás enfermo —fueron tus secas palabras—. Lee el mensaje si quieres; no me importa.

Y en medio de todo esto, mientras te dirigías con paso firme hacia la puerta del apartamento, me pasó por la cabeza una teoría extraña y muy difícil de explicar. Miraba hipnotizado tu forma de caminar, como siempre, y vi cómo tu falda ondeó cuando te diste la vuelta al final del pasillo. Me lanzaste tu teléfono por el aire desde la distancia, y pensé que era una muestra de orgullo y una manera de abroncarme por mis celos y mi comportamiento, pero enseguida comprobé que no. No era un gesto de rabia, ni de poder, ni de enfado. Te habías relajado en un segundo. No me gritaste ni te quejaste, aunque tus ojos lloraban. Llevábamos unos pocos minutos de nuestras soñadas vacaciones y ya estábamos discutiendo; eras infeliz de nuevo. Pero al contrario de lo que esperaba, te secaste las lágrimas con la mano y te despediste de mí con un gesto, forzando una sonrisa de circunstancias. Y me lanzaste un beso desde lejos, aunque el cuerpo te pedía otra cosa.

Me quedé de repente atónito porque algo me resultaba familiar en ese comportamiento. Puse toda mi atención en la situación y entendí que tu forma de actuar estaba siempre centrada en mí, pero no en el matrimonio, ni en la relación; ni siquiera en sacar adelante la familia. Te observé bien y parecías no entender nada sobre la vida. Se te veía como en trance, sumisa. Había que fijarse bien en todas tus reacciones, en tu expresión, para comprender esto. ¿Dónde había visto yo ese comportamiento antes?

Me resultaba conocido ese gesto de amor incondicional desmedido. Era la expresión de Chopito cuando, tras encerrarle en un armario durante horas, volvía a casa y lo cogía en brazos. Yo tenía un osito de peluche en la infancia que se llamaba Chopito. Era

viejo y feo. No era un muñeco que los otros niños envidiaran tener. Tenía el pelo sucio y lacio, estaba hueco en la zona de las extremidades y uno de los ojos, brillantes canicas negras, colgaba débil y a punto de caer. Sin embargo, cuando le achuchaba entre mis brazos, Chopito cobraba vida desde mi punto de vista infantil. Me miraba con sus ojos negruzcos y sabía que me protegería. Nunca estaba solo porque lo tenía a él. Cuando se apagaban las luces de mi habitación, nos abrazábamos y pasaba la noche conmigo, haciéndome saber que nada malo iba a suceder. Se volvía protector, leal, militar. Como te volvías tú, que cuando estabas a mi lado dejabas de comportarte como una adolescente que vivía en las nubes, y por una fracción de segundo te convertías en mi guardaespaldas, mi mejor amiga; la clásica azafata que te hace sentir seguro antes de que despegue el avión.

Descubrí esa mañana, examinando tu comportamiento, que eras un muñeco. O una *mujer-muñeco*. Tenía mucho sentido que no comprendieras las reglas de la sociedad, y más aún de las relaciones. Los muñecos no coquetean con otro ser humano para poner celoso a su dueño; no se enfadan si se les lleva la contraria. Los muñecos quieren ser felices junto a su compañero y dormir abrazados a él, aunque hayan pasado horas metidos en un oscuro armario o se les estén cayendo las piezas. Tú, cariño, eres un muñeco. Un día se cruzó en mi vida una chiquilla despistada que recogía conchas en la playa, incapaz de salir a la calle sin romper un paraguas y visiblemente diferente al resto de la humanidad; pero con un don asombroso para regalar felicidad y devoción por lo que en realidad amaba. Si te dejaran, no harías otra cosa, una y otra vez. Muchas veces han dicho de ti que te preocupas más por tu gente que por ti misma. No eran elogios, era la descripción objetiva de la enfermedad. Una enfermedad extraña que me apasiona, porque yo amaba a Chopito, y ahora tú eres mi *mujer-muñeco*. Desde entonces, cada vez que pienso en esto, digo para mis adentros que hay que tener mucha suerte para estar enamorado de alguien y resulte que sea la mejor versión de lo que nunca creíste llegar a poder amar. Disfruto de esta fortuna con devoción, y cada vez que te veo siento nostalgia del presente. Porque en el fin de los tiempos, yo pienso, se formarán foros para hablar de la vida, y uno

de esos muchos foros tratará sobre las mujeres. Y al final, cuando ya no quede nadie por hablar, daré un paso adelante y diré despacio, orgulloso: «Yo estuve casado con la *mujer-muñeco*».

Después, cruzaste la puerta del apartamento y te fuiste sin decir nada.

«*Espero que pases una semana genial junto a él. Te estaré esperando. Charly*», decía el mensaje.

Capítulo 14

30 de septiembre de 2006

Aumentó el ritmo para alcanzar al Yayo, que aunque cada día andaba más lento y encorvado —Oli temía que algún día necesitara un bastón para caminar—, esta vez llevaba un paso veloz, inquieto, como si tuviera prisa por llegar. Aquiles, en todo momento un par de metros por delante, olisqueaba los adoquines del suelo como si intentara adivinar el camino. Oli casi no había tenido tiempo para prepararse antes de salir de casa, así que solo pudo desayunar un zumo de piña. Además, con las prisas, se había olvidado de coger su chamarra de color naranja. Fue un error, pues aunque el sol brillaba como en los días más cálidos de verano, la fresca brisa del mar hacía que su piel se pusiera como la de las gallinas.

Cuando finalmente se situó a su par, Oli volvió a preguntarle al Yayo adónde se dirigían, aunque las pocas palabras y la cara de preocupación del anciano antes de salir de casa no hacían esperar una respuesta detallada ahora que estaban en marcha. Le dijo que lo vería en seguida, que ya quedaba poco para llegar. Pero el niño estaba hecho un lío, porque su cajón secreto acababa de ser robado, y no sabía si se encontraba en una misión desesperada por recuperar el material perdido, o por el contrario el Yayo se había rendido e iban a ceder en su propósito por llevar a cabo el plan. Oli le preguntó si conocía el camino que llevaba a la casa de Alyssa, ya que él no sabía casi nada de la canguro, y dudaba que el caso del Yayo fuera diferente. Le respondió con un conciso no.

—Entonces, ¿cómo vamos a llegar a su casa?

La respuesta fue que la casa de Alyssa no era su destino.

—¿Y cuál es nuestro destino?

Con la respiración entrecortada a causa de las prisas, el Yayo le dijo que lo vería enseguida.

—Pero ¿no vamos a enfrentarnos a Alyssa? —insistió Oli, cada vez más perplejo.

—No.

—¿No vamos a recuperar nuestras cosas?

—Ahora lo verás —repuso el antiguo cirujano.

—Pues si pillara a Alyssa se lo iba a hacer pagar, por ladrona y mentirosa. —Oli apretó los dientes mientras caminaba.

—Ya lo creo que lo harías.

Abuelo y nieto no habían hablado sobre el plan secreto en todo el verano, lo cual era sorprendente, ya que ambos pensaban en ello constantemente. Pero cuando la bella canguro decidió meter la nariz en todo, fue como si algo activara un resorte en sus cabezas que les impedía hablar de otra cosa.

El plan secreto se basaba por encima de todo en mantener *las pruebas del delito*, como le gustaba llamar al crío, en paradero desconocido. La mañana del Día Importante, unos minutos después de haber consensuado el plan con el Yayo y contar con su fiel beneplácito, y aproximadamente una hora después de haber diseñado la estrategia en su mente bajo la enorme mesa del salón, Oli había escondido los resultados médicos que acababan de llegar por correo en el cajón de la mesilla (aquel en cuyo interior nadie, bajo ningún concepto, podía mirar). Tan solo quedaba deshacerse de la otra prueba: el mensaje telefónico. Tenía que darse prisa, pues mamá volvería de la tienda en cualquier momento, de modo que salió corriendo de casa hacia la tienda de electrodomésticos que había junto al paseo marítimo. Allí encontró un teléfono fijo idéntico al que tenían en casa. Lo pagó en la caja con el dinero que le había prestado el Yayo para la misión, y regresó a casa. Mamá aún no había llegado. Enchufó la nueva adquisición allá donde venía estando conectado el antiguo aparato. Después de asegurarse de que el buzón de voz del teléfono nuevo estaba vacío, voló a su habitación y escondió el antiguo junto a los resultados. La primera parte del plan había resultado un éxito, y todo parecía ir sobre ruedas hasta que papá y mamá invitaron a Alyssa a entrar en casa.

Oli se llevó a la boca su viejo silbato metálico de la confianza y comenzó a dar soplidos sin ritmo. Todavía no estaba seguro de que aquella mañana estuvieran haciendo lo correcto.

Cuando alcanzaron un callejón tan estrecho que las paredes no dejaban a los rayos del sol tocar el suelo, no tuvieron otra opción que ascender unas escaleras de piedra en fila india. El muro con el que se dieron de bruces hizo entender al niño que su abuelo se había perdido y que tendrían que dar la vuelta, pero cuando el anciano se detuvo frente a una chirriante y polvorienta puerta de madera y susurró: «ya hemos llegado», Oli pensó que había perdido la cabeza definitivamente.

—Charly Rubial —masculló el jubilado entre dientes, al tiempo que aporreaba con los nudillos la puerta de madera—, por el cielo y el infierno, ¿qué voy a hacer con él?

La verdad era que, a pesar de ser su tío, Oli solo había coincidido con ese hombre en contadas ocasiones. Aun así, había oído hablar de su reputación, y era una reputación que daba miedo. Cuando su padre desapareció del mapa, se decía, se refugió en la casa abandonada donde vive ahora y empezó a frecuentar locales y clubs de dudosa fama, donde traficaba con droga. Parte de ella la fabricaba él mismo, y el resto la conseguía gracias a sus contactos en el gremio. Cuentan que un día uno de los narcotraficantes más peligrosos de la zona, un hombre corpulento que lucía bigote y una densa barba, lo encontró en el cuarto de baño de un club con una de sus chicas. Cuando el hombre corpulento desenvainó una navaja para cumplir su venganza personal, Charly estampó su cara contra el espejo del lavabo sin volver a subirse los pantalones siquiera. El bigotudo quedó inconsciente y fue trasladado a un hospital con la cara desfigurada por los cortes. Charly fue detenido y encarcelado. Cumplió una condena de tres meses y fue liberado por buena conducta. Después de aquello se rumoreó que había rociado algún tipo de droga en la bebida del camello antes del enfrentamiento, y así, tanto amigos como enemigos empezaron a llamarlo el *Amante Brujo*.

Por supuesto, aquello había sucedido hacía ya algunos años. El joven aprendiz de narcotraficante tenía ya más de cuarenta años, y su leyenda se había hecho mucho más sombría. Había perdido el

brazo en un accidente de coche en el que también iba papá, y se decía que le gustaba acostarse con todo tipo de mujeres, y, si se hacía caso a los rumores más truculentos, también con algunos hombres.

Y, por supuesto, vivía a solas en su casa abandonada.

Oli sabía todo esto por lo que le habían contado papá y el Yayo y, en parte, también por lo que se oía por el pueblo. Aunque, debía reconocer, no sabía muy bien lo que significaba la palabra *narcotraficante*, y no entendía qué pintaba un camello en un bar, o qué interés podía tener encerrarse con una desconocida en el sucio lavabo de una taberna.

«Seguro que no hay en el mundo otra persona a la que a Charly le apetezca ver menos que a mí. Aunque tampoco hay nadie que me apetezca menos visitar que a él», pensó el Yayo.

Recibir la visita del exmarido de tu madrastra, padre de tu amor platónico y enemigo público, era una provocación tan osada como el propio Charly.

Alguien abrió la puerta desde dentro.

—Vaya, hacía mucho que no nos veíamos —dijo Charly mientras miraba al anciano de arriba abajo—. Aunque no esperaba que recordaras dónde vivo. Y tú —se dirigió a Oli—, cómo has crecido.

Su voz tenía un tono burlón que al Yayo no le gustaba nada, pero no iba a permitir que el tullido lo provocara.

—¿Cuándo fue la última vez? —preguntó, mostrando un educado interés.

—Hace algunos años, poco después de perder el brazo en el accidente y poco antes de que Verónica se casara con el padre de este crío.

«Y tú no lo conseguiste evitar.» El Yayo se regodeó para sus adentros.

—El animal no puede entrar. Que se quede fuera.

Aquiles retrocedió un paso y enseñó los colmillos en un gruñido silencioso. El pastor alemán era grande, pero mayor aún era el miedo que Charly provocaba.

—Curiosa norma, más aún cuando este sitio se parece más a una cuadra que a una casa, y tu comportamiento se asemeja al de

una lombriz —replicó Salas.

Charly resopló al insulto con guasa y cerró la puerta con los invitados dentro, dejando a Aquiles en la calle. Oli tragó saliva al mirar a su alrededor y no ver más que polvo en el aire y oscuridad. También notó que las paredes estaban desnudas, sin ningún cuadro que les diera algo de vida. Asimismo, al ver las escaleras de madera, se preguntó cómo era posible que alguien viviera allí y fuera feliz para no querer mudarse. Después fijó su pensamiento en su tío Charly, o para ser exactos, su olfato. Olía a cuando en casa se dejaba la basura varios días sin sacar. Le dieron náuseas ante aquella siniestra vivienda. Sufrió alguna que otra arcada.

—Fue en un cumpleaños de Verónica la última vez que nos vimos —rememoró Charly, haciendo caso omiso a las provocaciones del anciano.

—Ya me acuerdo. ¿Fue agradable la cena, tullido?

—Me llamo...

—Charly, ya lo sé —le cortó—. Contesta, ¿fue agradable?

—Muy poco. La verdad es que compartir mesa con Verónica siempre es un aliciente, y si a eso le añades las tetas de tu otra hija... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Lorena. Pues entonces te digo que no estuvo tan mal. Pero esa casa estaba llena de hipocresía y nunca estuve a gusto en ella. Además, tú fuiste la peor decepción de todas.

El Yayo arqueó las cejas y sonrió.

—¿Decepción? Ja, ¿qué coño esperabas de mí?

—Una atrocidad —replicó el anfitrión de la pocilga—. Empezabas a ser viejo, pero de gran fama. Por aquella época todo el pueblo hablaba de tus malas artes en el hospital, donde hacías y deshacías a tu antojo. Se decía que te iban a despedir, como así ocurrió poco después.

—No me despidieron, simplemente me prejubilieron. —El Yayo esbozó una sonrisa amarga—. La gente se aburre y habla demasiado de cosas de las que, por cierto, no tiene ni puta idea.

—Eso es verdad. —Charly asintió con la cabeza, como si se esperara la respuesta—. Pero salió en la prensa un artículo que demostraba que tenías acceso a información confidencial que casi ningún doctor tenía.

—Bueno, creo que durante mi larga carrera me gané el derecho a no ser tratado como un doctor convencional. —El anciano suspiró—. Sigue, por favor. Me encantan esta clase de historias.

—También se rumoreaba que jugabas con la información para alterar la reacción de los pacientes y sus familias. Llegaste a creerte Dios —le escupió el manco.

Oli miró a su Yayo de reojo. No sabía nada de eso.

—Jamás mentí a ningún paciente. Siempre intentaba suavizar los malos momentos, rebajar el dolor. Eso no me convertía en ningún monstruo.

—Puede, pero lo que hacías era delito penal, por eso te prejubilaron. Era eso o la cárcel. —A Charly se le dibujó en la cara una fina línea negra que parecía una sonrisa—. Y por lo que parece, no has aprendido de tus errores.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber el Yayo, arrugando mucho la frente.

—Que sé lo que tramas —sentenció Charly—. Y tengo que reconocer que me parece una locura brillante.

El día era soleado y agradable para esa época del año, y en la casa de Charly funcionaba la calefacción, pero el Yayo sintió frío después de oír aquello.

«Tal y como me temía, Alyssa le ha debido de entregar los resultados —pensó el jubilado, que se frotó los ojos y lanzó una mirada al lisiado para fijarse bien en sus marcianos ojos—. ¿Por qué habrá sacado a la luz esa historia del pasado? ¿Me está poniendo a prueba o se divierte jugando con mi culo?»

—No es posible que sepas lo que tramo porque no tramo absolutamente nada —dijo tras un breve silencio, aunque sabía que, al menos en parte, sí lo era.

Charly se encogió de hombros.

—Puedes creértelo o no. No me importa —replicó después, con marcada indiferencia.

—Solo es un farol. No me fío de ti.

—Yo únicamente faroleo cuando tengo malas cartas, y en este caso, la fortuna me ha otorgado varios ases de mano.

—No tienes pruebas.

—Por supuesto que sí —repuso luego de un incómodo silencio —, pero como comprenderás, no sería tan estúpido de enseñártelas y arriesgarme a que me las robes. Si no tramaras nada, ¿por qué ibas a guardar unos resultados médicos en el cajón del niño?

En ese momento Oli se dio por aludido, y una aterradora idea le pasó por la cabeza. Actuando por instinto, desligó su mano de la de su abuelo y empezó a correr ascendiendo por los desgastados peldaños de madera ante la atónita mirada de los dos adultos.

—¡Oli, maldita sea! —gritó el Yayo alargando el brazo, pero el crío ya se encontraba en el piso superior. Después se oyó un alarido tan iracundo que costaba creer que proviniera de un niño de diez años.

—¡Ladrona, tú me robaste! ¡Nadie tiene permiso para abrir el cajón secreto!

Lo que Oli vio en el piso de arriba le provocó enfado y vergüenza. Alyssa se encontraba sentada en el sofá naranja, atenta a la conversación que estaba teniendo lugar en el piso inferior, y sobresaltada al ver aparecer al niño de la nada. A pesar de su cabreo, Oli estaba tan sonrojado que no podía apartar la mirada del suelo. Tan solo una sábana blanca, y además translúcida, tapaba el cuerpo de Alyssa, dejando al descubierto hombros y muslos. El niño quería gritar, saltar y llorar. ¿Se debía su enfado a que la canguro le había robado, o era más bien por verla desnuda y al completo amparo de su tío Charly? Así que, ¿eso eran los celos? Y en caso de que lo fueran, ¿significaba que se estaba enamorando de la bella adolescente? Oli nunca había experimentado un sentimiento tan desagradable.

Charly alcanzó el piso superior seguido del Yayo, que se quedó petrificado al ver el cuerpo semidesnudo de Alyssa. Ella se cubrió como pudo y agachó la cabeza, literalmente humillada.

«¿Con qué clase de puta estamos dejando a Óliver cada noche? —caviló mentalmente el anciano. La segunda cosa que pasó por su cabeza fue más carnal—: Por el amor de Dios, acaba de cumplir la mayoría de edad y ya tiene el cuerpo de una mujer. Sorpresas que da la vida, el tullido cabrón se la está beneficiando... —Con el tercer pensamiento arqueó las cejas y se volvió hacia Charly—, y eso es algo que nos viene de perlas.»

—Vaya, esto se pone divertido —dijo luego con calma, mascando cada palabra—. ¿Ahora te dedicas a engañar a niñas para tirártelas después? Reconozco que tienes buen gusto, al menos.

—No me está engañando —saltó de pronto la joven, molesta. «Y no soy una niña», pensó—. Nadie me ha tratado nunca tan bien como lo hace Charly. «Ni siquiera mi familia», añadió en su mente.

Cada vez que pensaba en sus familiares, a Alyssa se le revolvían las tripas. ¿Qué sería de sus hermanas? Muchas eran las veces en las que se hacía esa pregunta. Cuando la desheredaron, hacía ya mucho tiempo de eso, Hesper y Elena estaban a punto de casarse. La primera se había comprometido con el heredero de una importante empresa de aceites. Era un hombre mayor que ella, arrogante, impertinente y de voz irritante. Por aquella época se decía que Hesper sería la mujer de un mujeriego sin escrúpulos, y muchos aseguraban que le era infiel siempre que tenía la ocasión. Pero eso no le importaba a nadie, al menos a ningún miembro de la familia mientras su futuro estuviera asegurado con chóferes, sirvientas y vestidos de gama alta. A ella tampoco parecía afectarle saber que se había comprometido con un gusano, siempre y cuando le garantizaran que no tendría que trabajar nunca más.

En cuanto a Elena, la mediana de las tres, siempre fue más humilde, más parecida a Alyssa. Encontró la suerte que esta no tuvo, no obstante. Nadie la violó, ni la dejaron embarazada, ni tampoco fue humillada por sus propios progenitores. «Qué bien te fue, hermanita. Naciste con estrella.» Elena renunció a cualquier ayuda que su familia le otorgó para casarse y comprarse un chalet con jardín y piscina. Ella era diferente a Hesper. Era estudiosa, honrada y trabajadora. «Lucha por forjarte tu propia vida y por ser autosuficiente —le había dicho una noche a Alyssa, mientras observaban las estrellas tumbadas sobre la hierba del jardín de casa—. No dejes que nadie decida por ti». Alyssa realmente admiraba a su hermana, y en verdad se alegró cuando, gracias al sueldo que ganaba trabajando como odontóloga, pudo comprarse una bonita casa y comprometerse con Javier, su novio del instituto. «Yo nunca tuve la suerte de mis otras hermanas —pensaba Alyssa—; jamás tuve la opción de alcanzar su nivel de felicidad. Pero algún día

tendré un chófer que pagará mi gusano y mujeriego marido de voz irritante, o puede que labre mi propia vida sin el beneplácito de nadie. Y miraré a las estrellas y diré a Hesper y a Elena que lo logré, que superé las adversidades y llegué a su nivel, y que hice lo necesario por conseguirlo, incluso acostarme cada noche con un monstruo como Charly.»

Las miradas de Alyssa y de Oli se cruzaron, y un cúmulo de sentimientos enfrentados vivieron en ambas almas durante algunos extraños segundos.

—Así que, al fin y al cabo, todos tenemos nuestros secretos. — Mientras hablaba, el Yayo seguía sin apartar la mirada de Charly, que observaba a Alyssa con titubeante decepción. «Lo reconoces», pensó este.

—¿Intentas chantajearme? —quiso saber Charly, soltando a continuación una nerviosa carcajada—. Me acuesto con ella a escondidas, claro que sí. —Señaló a Alyssa con el mentón—. ¿Qué tiene eso de malo?

Lo interrumpió el Yayo con brusquedad.

—Se dice que además de cocainómano, camello y pederasta, asesinaste a tu propio padre. Querido tullido, por supuesto que voy a chantajearle —le escupió a la cara con voz áspera.

Charly se mantuvo callado durante un rato largo, perplejo. Al escuchar la fuerte acusación, Alyssa quedó tan sorprendida que dejó caer la sábana que la cubría, descubriendo parte de su apetitoso pecho izquierdo. Oli se ruborizó aún más al contemplarlo.

—Está bien, no diré nada si tú no dices nada —aceptó Charly, esta vez con un tono más sumiso—. Pero respóndeme a una cosa: ¿por qué ocultas esos resultados en un cajón? ¿Cuál es tu plan?

—¡El plan es mío! —Una voz infantil se alzó desde la esquina del salón—. Y no me da la gana de contarte ningún detalle de él.

Charly, de nuevo, se quedó sin habla.

El anciano, orgulloso de la contundente respuesta de su nieto, señaló a Charly y lo amenazó con delatarle por todos sus delitos si abría la boca más de la cuenta.

—Habláis como si fueseis a cambiar el mundo —respondió el manco, mordaz—, pero yo solo veo a un viejo y a un mocoso intentando evitar lo inevitable.

—¿Has leído con detenimiento los resultados médicos que nos robaste? —le preguntó entonces el Yayo.

—En concreto, ¿te refieres al que habla del tumor mortal? —se interesó Charly.

—Ese mismo.

—No solo lo he leído, sino que hasta lo he memorizado.

—Pues vuélvelo a leer. Enmarca cada página y cuélgalas de las paredes de esta pocilga si te apetece. Una condena de treinta años apesta mucho más que tres meses en prisión. Puedes estar seguro de ello.

—No diré nada —aseguró Charly, encogiéndose de hombros—, pero si crees que vas a conseguir el que creo que es tu propósito, o mejor dicho, vuestro propósito —dirigió su turbia mirada hacia Oli—, entonces estáis más locos que yo.

—Pensé que eso estaba más que claro —replicó el Yayo en tono duro—, aunque puedes apostar a que sigues sin tener ni la más remota idea de lo que está pasando.

La respuesta del exmédico no fue la que Charly esperaba.

—Si tú lo dices.

—Por cierto, tullido, me he fijado en que tu hogar está desprovisto de ventanas. Es muy oportuno, sin duda.

—¿Muy oportuno? —Charly arqueó una fina ceja—. Y eso, ¿por qué?

—Porque si rompes el trato que hemos hecho, no volverás a ver la luz del sol en muchos años.

El anciano cogió a Oli por el brazo y abandonó la casa sin decir nada más. No tenía intención de seguir aguantando el cinismo del *Amante Brujo*. A partir de esa mañana, sin embargo, vivió con el miedo de tener que confiar en la palabra de un gusano sin escrúpulos.

Capítulo 15

30 de septiembre de 2006

Verónica Salas tenía que tomar una decisión, y estaba a punto de cometer un terrible error. Frente a ella, acomodado en una de las muchas mesitas que ambientaban la plaza, un varón de mediana edad le sonreía de una manera que había olvidado hacía tiempo. Se acababa de presentar, pero no podía recordar cuál era su nombre. Sin embargo, sentía un cosquilleo en su interior. Se sonrojó cuando el hombre le cazó mirando de reojo su musculoso y bronceado antebrazo, que sostenía la jarra de cerveza bajo una camisa de cuadros remangada. No se sintió culpable cuando, al acercarse a la mesa, aquel morenazo le había pedido permiso para sentarse y ella había aceptado; tampoco sintió remordimientos cuando dio brincos por dentro al verse cortejada por un hombre atractivo que no fuese ni su marido ni su hermanastro. Volvía a sentirse como una mujer, lo echaba de menos.

Había maldecido tres veces a su esposo en poco menos de media hora. La primera, nada más salir del apartamento, llorando desconsolada bajo la atenta mirada de los recepcionistas. La segunda, un minuto después, cuando se dio la vuelta y estuvo tentada de regresar. Y la tercera y última, a más de un kilómetro de distancia del apartamento, al buscar el teléfono con la intención de llamarlo y disculparse al recordar que lo había dejado solo sobre la cama de la habitación.

Estaba furiosa. Avanzaba por las calles pedregosas que se internaban en Manarola desde la cala, y únicamente podía pensar en lo harta que estaba de tener que lidiar siempre con todo. Desde que era una cría había sido la niña tonta a la que todo el mundo se

creía con derecho a pisotear. Superó el traumático divorcio de sus padres cuando aún era una adolescente. Más tarde, su padrastro había intentado abusar de ella, y su hermanastro, que era un monstruo y al mismo tiempo su héroe, estaba obsesionado con ella. Había parido y educado a un niño magnífico y estaba casada con un hombre que la amaba. Pero ¿por qué las cosas tenían que complicarse sin necesidad? ¿No podía Alfonso dejarlo todo como estaba? «Cariño, estás loco de celos si crees que alguna vez tendría algo con Charly. La obcecación que mi hermano tiene conmigo solamente es problema suyo, maldito cabezota.»

Le entraron ganas de llorar, no podía contener sus sentimientos por más tiempo. ¿Acaso alguna vez había dado razones a su marido para sentirse celoso? ¿Alguna vez había tratado a Charly como algo más que un hermano? «¡Jamás!». En ciertas ocasiones había sopesado la idea de coger a su marido, a Oli y Aquiles, y marcharse lejos a empezar de cero, puede que a otro país. Pero, ¿serviría eso de algo? Ni siquiera en la paradisíaca Toscana eran capaces de hablar sin discutir. Charly había conseguido estar allí donde se encontrara el matrimonio, sin excepción, y Verónica no encontraba la solución a eso. Quizá fuera culpa suya por no enfrentarse al problema desde el primer momento, desde la vez que Alfonso y ella se conocieron en aquella pegajosa taberna y Charly fijó su terreno como un perro que defiende su comida. Ahora la bola de nieve era demasiado grande, y Alfonso parecía estar en lo más profundo de ella. Nunca dejaría de quererlo, pero temía plantearse el hecho de que quizá ya no lo amaba.

El caso era que Verónica no quería compartir habitación con él, al menos aquella tarde. Sabía que, estando las cosas como estaban, si pasaba mucho tiempo a su lado corría el riesgo de mandarlo todo a la mierda. Sintió cómo se le ponía la piel de gallina y se vio sola. En ese momento carecía del apoyo de Alfonso. También del de Charly, y tanto Óliver como su viejo padre habían mantenido un comportamiento demasiado extraño durante todo el verano, como si les hubiera afectado la crisis matrimonial más de lo que ella esperaba. Estaba cansada de pensar en todo el mundo. «Ya va siendo hora de que alguien se preocupe por cómo estoy yo». Empezó a sentir un dolor punzante en la parte posterior de la

cabeza, así que intentó no pensar en nada y disfrutar de aquella maravillosa tarde italiana.

A lo largo de la costa abrupta y formando líneas en paralelo, las calles de Manarola se llenaban de comercios, mercados y tenderetes donde se podía comprar prácticamente de todo. Era sábado, y Verónica se preguntó si el pueblo tendría en realidad tanta vida todos los días de la semana. El sol brillaba con intensidad a lo alto del cielo, pero una agradable brisa le acariciaba la piel y jugaba con su pelo, haciéndole sentir un poco mejor. Paró en casi todos los puestos del mercadillo a lo largo del malecón y se relajó acariciando telas de diferentes colores, probando la bisutería y decidiendo qué panorámica de aquella privilegiada región encajaría mejor en la pared de su dormitorio. Al final no compró nada, aunque estuvo a punto de picar con una bonita camiseta de recuerdo que decía «*Love Italy*». Descartó la idea al pensar que no quería tener un recuerdo de aquel día nefasto.

Para cuando terminó de recorrer el muelle ya estaba cayendo el sol. Se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día, así que ascendió hasta una plaza peatonal repleta de terrazas con la esperanza de picar algo. Escogió el primer restaurante que vio y se dejó caer en una de las pocas sillas que quedaban desocupadas al aire libre, concediendo a sus pies un merecido descanso. Cuando se acercó el camarero, pidió una limonada y una ración de queso. Era una fanática del queso, y pensó que los italianos tendrían experiencia en su preparación, al utilizarlo durante tantos años como condimento para pizzas, entre otras cosas.

Mientras esperaba su frugal cena, se percató entusiasmada de la cantidad de gente que iba y venía por la plaza en cuestión de pocos minutos. Era como si no existieran los problemas en ese lugar. Fijó su mirada en una pareja de ancianos que peleaban divertidos por el último trozo de pizza, al otro lado de la plaza, y sintió nostalgia. Desde que conoció a Alfonso, aquel lluvioso día de 1983, siempre había tenido el presentimiento de que terminaría su vida a su lado, ambos felices y puede que peleando por el último trozo de alguna pizza. Se sorprendió a sí misma al reconocer que ya no estaba enfadada con él —como solía decir su madre, «no hay problema que una agradable tarde de compras no pueda

solucionar»—, y se alegró por ello. Se preguntó qué estaría haciendo su marido en ese preciso momento, y decidió por ello que, tan pronto como terminara de cenar, volvería al apartamento junto a él.

Ya había saboreado las primeras rebanadas de queso cuando Bruno se acercó a la mesita y se presentó. Era moreno y corpulento. El flequillo ondulado le caía de lado por la frente, y Verónica decidió, fijándose en sus largas y pobladas patillas, que no se trataba de ningún niño bueno. Lo primero que hizo nada más detenerse frente a ella fue pedir permiso para sentarse a su lado, con extraordinaria cortesía. Además, su horrible acento lo delataba: no era italiano. De hecho era español, y Verónica creyó que le vendría bien compartir algún tiempo con alguien extraño que no conociera sus problemas en aquel día tan solitario. Aceptó sin más y el hombretón se sentó frente a ella. Le ofreció probar el poco queso que quedaba en el plato, pero Bruno, según aclaró, no tenía apetito. En su lugar pidió una cerveza cuando el camarero rondó la mesa de nuevo. Rápidamente, y con toda naturalidad, Bruno comenzó a explicar cómo viajó a Roma desde Barcelona, su ciudad natal, para empezar una nueva vida como saxofonista, y que de vez en cuando viajaba a la maravillosa Toscana para evadirse de la diaria rutina. Después, al darse cuenta de lo maleducado que estaba siendo hablando solo de sí mismo, preguntó a Verónica por qué la había encontrado a solas, comiendo queso en una fantástica tarde de sábado como aquella.

—He salido a hacer unas compras —respondió Verónica con cautela, y se llevó una nueva rebanada a la boca. Él, perspicaz, observó el suelo y se extrañó al no ver ninguna bolsa junto a los pies de ella—. Eso es porque no he comprado nada —matizó entonces.

El desconocido sintió curiosidad por saber si había viajado sola a Cinque Terre, a lo que ella respondió con la verdad.

—Y dime, ¿dónde está tu marido ahora? —Bruno mostraba un sorprendente interés.

—¿Siempre eres tan entrometido? —Verónica sonrió al comprobar que su acompañante se sonrojaba.

«Se hace el interesante, pero tiene sentimientos.»

—Solamente con las turistas atractivas.

«Y ahora se hace el chulo —pensó a continuación, aunque en realidad se sintió halagada—. Hace años que nadie me habla de esta forma, ni siquiera mi Soldado.»

¿Que dónde estaba su marido ahora? Verónica pensó en Alfonso, y, sin saber bien por qué, afloró en su mente la primera vez que pasó la noche en su cama. Fue a las pocas semanas de conocerse.

—¿Me abrazas un poco, cielo?

—Pues claro, ¡dormir es de cobardes! —había bromeado él, con su peculiar sentido del humor.

En realidad, a Verónica nunca le había gustado abrazarse en la cama. Era la típica cosa que hacían en las películas y que se había puesto de moda, pero a ella le provocaba calambres y tirones. Sin embargo, en esa ocasión le apetecía abrazarse con Alfonso. No como aquella vez, la única que había estado con un hombre anteriormente, en el sucio apartamento de Hugo, su antiguo compañero de academia de inglés. Hugo olía mal, y su cama aún peor, y abrazarle no era una opción muy sugerente. Pero Alfonso olía a colonia de hombre, y además a él parecía gustarle, por lo que se quedaron así, en la misma postura rígida y antinatural, hasta que ella dijo:

—No puedo creer que haya dicho *cielo*. ¡Joder, qué vergüenza! Vas a pensar que soy una cursi.

—No te preocupes, *pichón* habría sido mucho peor —subrayó él, cáustico.

—Estoy de acuerdo. *Pichón* es horrible.

—O *chati* —amplió Alfonso con media sonrisa.

—¡*Chati* da náuseas! Te prometo que nunca te llamaré *pichón* o *chati*.

Verónica enseguida se dio cuenta de su comentario, y se mordió el labio inferior. Apenas lo acababa de conocer y ya estaba hablando de promesas de futuro. ¿Ella con Alfonso? Difícil, siendo tan diferentes.

Se quedaron en silencio. Tras pasar toda la noche hablando, riendo y haciendo el amor, sus cuerpos estaban exhaustos. Ya estaba amaneciendo y en la calle se oían los primeros coches en marcha.

—Me encanta ese sonido —dijo él, apoyando la nuca en la palma de su mano.

—¿Los coches? Significa que se termina el tiempo de seguir durmiendo. En nuestro caso, ni eso.

—Por eso me gusta. Es vida. Un día más —matizó Alfonso, buscando un tono misterioso y romántico—. Un día más a tu lado.

—Venga ya, ¡estás chalado! —Riendo con todas sus fuerzas, Verónica se incorporó y le golpeó con el cojín más próximo.

Él sonrió complacido.

—Picas siempre. No me tomes demasiado en serio, anda. —Acarició la piel de ella por debajo de la camiseta del pijama, casi a la altura de los pechos. Después se levantó y se puso unos pantalones vaqueros.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—Solo al baño. Necesidades fisiológicas. Ahora mismo vuelvo. ¡No te muevas! —gritó desde el pasillo.

Verónica emitió un suspiro de felicidad desde la cama y echó un vistazo a la habitación. Se dio cuenta de que era la primera vez que estaba allí, así que aprovechó los pocos minutos que la vejiga de Alfonso le iba a conceder para husmear un poco. ¿Cómo sería la habitación de un hombre decente? Estaba convencida de que entre revistas de coches y quizás un premio deportivo infantil, encontraría alguna foto de una modelo rubia y despampanante, puede que Kim Basinger, como su mujer ideal. Pero no fue así. Se sorprendió al comprobar que Alfonso era el típico tío que coleccionaba discos de vinilo y los cuidaba minuciosamente. Además, tenía afición por las fotografías, con el típico panel de corcho que colgaba de la pared y que mostraba toda clase de imágenes de él mismo de bebé, de niño, adolescente, con su familia, con sus amigos... Al buscar su pantalón con la mano, Verónica encontró un libro en el suelo: *Groucho y yo*, por Groucho Marx. «Así que lee a los clásicos y es un tío divertido.» La verdad es que estaba impresionada. No era aconsejable juzgar a nadie por el aspecto de su dormitorio, pero también era cierto que había superado la prueba con nota. Pensó que esa noche tendría repercusiones. Llantos o felicidad, pero ya no había marcha atrás. Dejó el libro en su sitio cuando oyó el ruido de la cisterna y se tapó con la sábana hasta la cabeza, haciéndose la

dormida. Enseguida notó los húmedos y cálidos labios de Alfonso contra su nuca, y luego contra el lóbulo de su oreja, y después en sus propios labios. Ella abrió los ojos y sonrió de un modo travieso.

—¿Te crees que no me doy cuenta de cuándo duermes y cuándo no? —inquirió Alfonso, colocándose sobre ella—. Antes he estado más de media hora observándote mientras dormías.

—¿Yo he dormido?

—Como una marmota.

Ella lo miró y examinó luego su cara recién lavada. Era atractivo, pero no se podía decir que fuese guapo. Varonil, eso sí. El corte de pelo, casi rapado, no le favorecía, pero Verónica estaba convencida de que con el pelo algo más largo, puede que con flequillo, estaría para comérselo. Y pensaba esperar para averiguarlo. Un par de cicatrices, una donde empieza la nariz y la otra a un lado de la boca, le hacían parecer mayor. Pensó que probablemente se las provocara durante alguna peligrosa misión con el ejército, y eso le daba un morbo añadido. Tenía la cara afilada, y aunque no estaba demasiado delgado en su conjunto, se le podían adivinar los huesos del cráneo en la zona de los pómulos. Los ojos eran negros y ligeramente achinados, sobre todo cuando se reía como en aquel preciso momento, formándosele dos graciosas arrugas a los lados que le inspiraban calma y confianza. Sí, cuando reía era lo mejor. Tenía una atractiva mueca que le hacía torcer algo la boca, dando la sensación que algo divertido, o sarcástico o ingenioso tal vez, estaba tramando. Verónica quería seguir viendo ese rostro muchas veces más. Volvieron a besarse como si la noche acabara de empezar, y se alegró de que no hubiera marcha atrás, fueran cuales fueran las repercusiones futuras.

—Mi marido se ha quedado en el apartamento —dijo al fin Verónica, de vuelta a la realidad, pero la expresión sombría que mostró al nombrar a Alfonso le delataba. Había pasado mucho tiempo desde entonces. Demasiadas cosas.

Bruno dio un largo sorbo a la cerveza hasta vaciar la jarra.

—Voy a pedir otra —dijo al cabo de un silencio, y se secó los labios con el antebrazo—. ¿Tú quieres algo más?

Le puso una mano en la muñeca derecha y Verónica se estremeció bajo el roce repentino.

«Es cálido.»

—N-no. —farfulló. No se atrevía a mirarlo a la cara—. Creo que debería volver al apartamento. Está anocheciendo.

Pero aquel hombre de brazos musculosos actuó como si no hubiera dicho nada.

—¿O prefieres tomar la siguiente en mi hotel? —sugirió seductor, mirándole a los ojos—. Está a solo diez minutos de aquí.

Verónica empezó a temblar.

«Quiero ir al apartamento —se dijo con una angustia que le impedía pensar con claridad—. Quiero ir al apartamento; quiero ir al apartamento.»

Capítulo 16

30 de septiembre de 2006

La puerta se cerró en un portazo y me quedé a solas en una habitación desconocida de un país desconocido. «Qué idiota, al final lo vas a echar todo a perder.» Te habías ido, quién sabía adónde y hasta cuándo, y por primera vez me sentí incapaz de hacer nada con mi vida. La hinchazón de mi entrepierna había desaparecido tan precipitadamente como tú, y, vestido tan solo con unos calzoncillos algo mojados de excitación, me vi a mí mismo como el hombre más triste que jamás haya existido.

Miré tu móvil, que estaba sobre la cama observándome con provocación. Era el diablo disfrazado de teléfono, o al menos me lo había parecido cuando, minutos antes, decidí acecharlo y fisgonear, cayendo de lleno en su trampa. Esta vez no me atreví a mirarlo directamente. Entonces me di cuenta de que ni siquiera podía llamarte para comprobar si estabas bien, y me vi abatido. Por segunda vez en menos de diez minutos, Satán se mofaba de mí. Ahí estaba yo, culpando de mi desgracia a un simple teléfono móvil. ¡Qué estampa más lamentable! Después me dejé caer sobre la almohada y cerré los ojos, liberando en secreto algunas lágrimas que no podían aguantar enjauladas por más tiempo. Fruncí el ceño y apreté los labios para evitar llorar como un gilipollas. Y así, me quedé dormido.

Esa tarde tuve sueños extraños. Volvía a estar en Ámbar, en la playa, pero nuestra casa no existía. En su lugar, había un edificio con forma de cubo, construido en cemento gris y en medio de la nada. Supe que era un edificio y no un simple bloque de hormigón porque tenía una puerta en una de las caras, una metálica de un

amarillo chillón que no conjuntaba con el bloque, y mucho menos con el paisaje costero. Yo estaba desnudo y empapado de agua salada. El calor era tan intenso que sentía que mi piel se quemaba. Al acercarme y abrir la puerta en busca de cobijo, un destello blanco me deslumbró, y aparecí de pronto en el interior de lo que parecía un hospital: pasillos blancos y aroma a limpia enfermedad. A mi lado estaban tu padre, Óliver y Charly, aunque, a diferencia de mí, ellos iban cubiertos de anchos ropajes de piel. A Charly le faltaban ambos brazos y me estaba señalando con sendos terroríficos muñones impregnados de sangre y pus. Sus pupilas no tenían tamaños dispares, sino que eran negras y enormes; tanto, que... joder, ¡no se le llegaba a ver el blanco de los ojos! Del pelo, solo del cabello, le caían gotas de agua de forma tan continua que se había formado un charco a sus pies. Yo estaba frente a los tres en un pasillo largo y triste, y al preguntarme si no se estarían muriendo de calor, empezaron a reír cada vez más fuerte, como si estuviera loco o no entendiera absolutamente nada de lo que estaba sucediendo. «Pobre estúpido», parecían decir.

De pronto oí un grito de desesperación a mi espalda, al inicio del corredor. Era la voz de mi padre. De manera automática aparecí, en un abrir y cerrar de ojos, en la habitación desde donde provenía el alarido. Solo que, en vez de mi padre, la que aguardaba agonizante en el amplio lecho eras tú, vestida con telas blancas y sacudiéndote con violencia. Sufrías sin remedio. En la sala también estaban tu padre, Oli y Charly, con Aquiles, que de alguna forma inexplicable habían llegado antes que yo y rodeaban la cama. Y también estaba Sara, la doctora, que te daba consuelo junto al cabecero. Sabía que era Sara porque lo decía una etiqueta que colgaba de su bata a la altura del pecho, pero su cara no correspondía con la de la joven médico que yo recordaba; para empezar, su melena era rubia, y sus ojos, frágiles canicas azules. Cuando me acerqué para socorrerte, nuestro hijo me agarró de la muñeca con una fuerza que me sorprendió. Al volverme para pedirle explicaciones, me devolvió la mirada con los ojos bien abiertos. Negó lentamente con la cabeza, como queriendo decir «no lo hagas». Esta vez no se reía. Ni él, ni tu padre, ni tampoco Charly. Mientras tanto, Aquiles aullaba y gruñía como un lobo enrabiado.

Entre aquella fúnebre atmósfera conseguí acercarme un poco más a la cama y te rocé la planta del pie. Dejaste de apretarte la cabeza con las manos y te paralizaste de golpe. Tus ojos estaban inyectados en sangre debido al sufrimiento, pero se suavizaron al reconocermé. Entonces, en un acto que me recorrió el espinazo, me sonreíste. Había perdón en esa sonrisa.

Desperté temblando de miedo. El sol se estaba poniendo en Cinque Terre y la sombra reinaba en la habitación del apartamento. El ventilador del techo removía aire caliente. No era consciente de cuántas horas había estado durmiendo. Resoplé al reconocer que todo había sido un mal sueño, y sentí aun más miedo al comprobar que no habías vuelto. Empezaba a hacerse de noche. ¿Te habría pasado algo? «¡Por Dios! —me dije, intentando quitarme esa lapidaria idea de la cabeza—. Nunca me lo perdonaría.»

Me levanté de la cama y me puse el pantalón con las manos temblorosas. Después miré de nuevo tu teléfono, que seguía en el mismo sitio de la cama, y sentí impotencia. Se le había agotado la batería. Mierda, era todo culpa mía. Decidí salir afuera, pues era lo único que se me ocurría. Al menos, podría pedir ayuda a alguien que estuviera paseando por el pueblo. O quizá, simplemente, encontrar consuelo. Yo, Alfonso Morales, estaba abatido.

Entonces vi que algo se movía a lo lejos, en el camino, más allá de la entrada del edificio. El agua del mar, quieta y serena, rugió cuando te acercaste, y como en una alucinación, tu melena ondeaba con el viento al contraluz de las farolas. Carlos Gardel cantaba para los enamorados a través del hilo musical. Yo soy uno de esos tontos —pensé aliviado mientras tu perfil se agrandaba—, y pienso demostrártelo. Te ruego que no sigas acercándote si piensas largarte otra vez. No te des la vuelta, pues ya sabes lo que pretendo decirte. Sé que estás asustada y deprimida —te susurré—, porque te miras al espejo cada día y ya no ves a la niña guapa que una vez fuiste. Temes comprender que tus mejores años ya se han esfumado, y con ellos nuestro amor. Muestra un poco de fe.

Te tendí la mano y me la aceptaste dubitativa, como si no me reconocieras.

Pues, ¿sabes qué? Ya no eres la niña guapa de la que me enamoré, estoy de acuerdo, ¡pero eh!, yo tampoco lo soy. Y

además, eres mi *mujer-muñeco*, y para mí, eso es suficiente.

No sé cuáles de todas estas cosas llegué a decírtelas en realidad y cuáles las imaginé, pero te abalanzaste a mi cuello y me abrazaste con todas tus fuerzas dejando marcas de lágrimas en mi camiseta. «Esto tiene que seguir siendo un sueño», pensé al instante, rebosante de felicidad. Restregué mis pómulos contra los tuyos y volví a sentir la suavidad de tu piel contra la mía.

Puedes odiarme, esconderte en tu sufrimiento y abandonar este lugar si quieres. Pasarte el otoño rezando en vano para regresar en el tiempo y no haberme conocido; desear que un nuevo caballero aparezca de entre la niebla y te lleve para hacerte feliz. Pero pecosa, esto es la vida real, y yo no soy ningún príncipe azul; eso es evidente. Lo único que puedo ofrecerte ahora mismo es todo el amor que representa este anillo y que guardo dentro de mí. Es todo lo que tengo... ¿qué otra opción podemos tener? Tan solo..., tan solo que entres en casa, cierres la puerta, y me tumbes en la cama para permitir que juegue con tu cuello. Aún tenemos una oportunidad para hacerlo realidad, pero la noche irrumpe con fuerza, y después, cuando vuelva el sonido de los motores, la magia desaparecerá. Cambiemos las lágrimas por caricias; retrocedamos juntos en el tiempo. Venga, entra y apaga la luz, el paraíso nos espera en esa cama, y alcanzaremos nuestros sueños juntos; siempre juntos. Podemos lograrlo si tenemos fe.

«No te mueras —pensaba mientras nos intercambiábamos pasión y ternura entre las sábanas—. Sé que has hecho todo esto para ponerme a prueba, a mí y al matrimonio. Te prometo que todo mejorará. Pero por favor, no me dejes solo.»

Bien, este es mi plan. Si estás lista para dar ese paso, si quieres formar parte de algo realmente grandioso, saltemos de la cama y vivamos. Así, sudorosos y satisfechos, con el ventilador refrescándonos, lo veo todo mucho más claro —me pareció decir—. El camino está abierto, pero el peaje no es gratis. Y sé que te sientes mal por no haber hecho esto antes, pero esta noche, y todas las noches a partir de esta, seremos libres. Romperemos los prejuicios y saltaremos las barreras. Tenía los ojos llenos de fantasmas, de hombres que te persiguen. Y de versiones de mí mismo mucho mejores para ti. Se aparecen en mis sueños,

desnudos en la playa, y ambos sufrimos. Pero aquí, en esta cama, ya no están. Así que, nena: coge la mano a este viejo soldado y confía en él. Sobre todo, confía en él.

Capítulo 17

30 de septiembre - 7 de octubre de 2006

El 30 de septiembre por la noche, Charly Rubial rescató un rollo de cinta adhesiva que estaba almacenando polvo en el fondo de un armario. Se arrodilló junto a una caja de cartón y la cerró, dando varias vueltas a la cinta para asegurarse de que las solapas quedaban cerradas. Después la dejó frente al sofá anaranjado, se encendió un cigarrillo y reposó los pies sobre la caja que acababa de cerrar. No durmió en toda la noche.

Al día siguiente a primera hora de la mañana se dio una ducha fría, cogió la caja y salió del edificio. El contraste de la luz del sol con lo sombrío de su piso le ofendió los ojos. Caminaba por la calle en estado de alerta, pues esperaba que nadie lo viera con el objeto bajo el brazo. Se metió en el único local que estaba abierto a esas horas de la mañana, a escasos cien metros de su casa.

—Hola, Max —saludó sin entusiasmo.

—Ey, Charly. ¿Qué llevas en esa caja? —El aludido hizo un gesto con la cabeza desde el interior de la barra.

—No te importa. —Posó el recipiente de cartón en la pegajosa encimera y se sentó en un taburete—. Ponme un whisky —ordenó después.

Maximiliano era un hombre de mediana edad y pesaba unos ciento sesenta kilos. Lucía una oscura barba con bigote, y, a pesar de sufrir una profunda calvicie en la zona de la sien, un mechón de cabello liso le caía por los hombros desde la nuca. Era el copropietario del garito Sensations (el otro cincuenta por ciento pertenecía al propio Charly). Aunque odiaba admitirlo, la clientela que solía rondar el local le tenía por un inadaptado social, pues

cuando no servía alcohol tras la barra, lo normal era que estuviera satisfaciendo una de sus dos pasiones: la ruleta del casino y las películas pornográficas.

Max se encogió de hombros, cogió un vaso ancho y lo llenó de Long John. Charly lo bebió en dos tragos.

—Voy a entrar en la cocina —anunció después. Se levantó del taburete y cruzó el bar a lo largo—. Asegúrate de que nadie me molesta.

Max asintió con la cabeza.

La cocina del Sensations no tenía horno, ni freidora, ni microondas. La encimera estaba dotada de una placa vitrocerámica que no funcionaba. Por lo demás, la sala se asemejaba bastante a una cocina. La llamaban así porque, cuando Max y Charly cogieron el bar, necesitaban un espacio donde trapichear con los traficantes y compradores de droga, manteniéndose ajenos al ojo público. De modo que hicieron reformas y transformaron el habitáculo en una cocina-almacén. Si recibían una inesperada inspección de calidad o les visitaba la pasma, solo tenían que meter las bolsitas de cocaína en el entresuelo del mueble. Además, la estancia tenía una puerta trasera que daba directamente al callejón. Era perfecta.

Charly dejó la caja de cartón sobre la mesa de la cocina y la abrió con el cuchillo de pelar patatas, que jamás se había utilizado antes para tal tarea. En su interior había guardado el tesoro que Alyssa le había conseguido la noche anterior. Extrajo con su única mano un teléfono fijo y lo posó sobre la mesa. Entre sus patas, en la pared, había un enchufe con un conector *RJ-11 hembra* (perfecto para los *RJ-11 macho*, típicos de los cables telefónicos). Enchufó el cable del teléfono y vio que una luz verde se encendía en el aparato. Y a su lado, otra del mismo color que parpadeaba. Excitado, pulsó el botón asociado al buzón de voz y escuchó con atención.

«Hola, soy la doctora Sara Mora. Eh..., no sé si ya han recibido los resultados de las pruebas, pero... eh..., me gustaría hablar con ustedes personalmente en mi consulta. Vengan cuanto antes que es urgente. Muchas gracias. Adiós.»

Charly Rubial empezó a comprender. Aún no sabía la razón de por qué tuvo el niño que guardar el teléfono —sustituyéndolo por otro similar, de forma que no se notara el cambio—, así como los dos diagnósticos. «¿Por qué el crío?» Escuchó el mensaje una vez más, aunque sin llegar a ninguna conclusión adicional. Después sacó de la caja los dos tacos de folios, ambos con el sello de la clínica de Ámbar y la firma de esa tal Sara Mora. Pasó varios minutos ojeándolos en actitud reflexiva. Algo se le estaba pasando por alto, como ya le había sugerido aquel viejo de los cojones.

Al cabo de un rato de divagaciones, extrajo su móvil Ericsson del bolsillo y comprobó que no tenía ninguna llamada perdida. Accedió al menú de los SMS. Cero mensajes. Después leyó el último de los enviados; era de ayer:

Para «Vero»:

Espero que pases una semana genial junto a él, te estaré esperando.

Charly

No había recibido respuesta.

Torció el gesto y apretó el teléfono móvil con fuerza.

En ese momento Max entró en la cocina sin llamar a la puerta. El Ericsson voló por los aires y se estampó contra la pared a escasos centímetros de la cabeza del barman obeso, haciéndose pedazos.

—¡Te he dicho que nadie me molestara! —rugió Charly. Luego se levantó hecho una furia y metió los papeles y el teléfono fijo de nuevo en la caja—. ¡Ni siquiera tú, puto gordo!

Guardó la caja en uno de los armarios de la cocina y abandonó el local apartando a Max de un empujón.

—Hace ya dos días desde que volvimos a casa y desde entonces, ni rastro de tu abuelo. Como si se lo hubiera llevado un huracán.

Alfonso estaba de pie frente al fregadero, limpiando los restos de macarrones que habían quedado en los platos. Mientras hablaba, y sin dejar de restregar el estropajo contra la vajilla, miraba el mar a través de la ventana. A su lado Oli secaba con un trapo los

utensilios que su padre le iba pasando mientras saboreaba la penúltima onza de chocolate correspondiente al postre.

—Ya conoces al Yayo, papá. Es como un fantasma. Puedes estar una semana entera sin verlo y luego darte de bruces con él en el pasillo por sorpresa. Yo ya no me asusto porque tengo una conexión especial con el Yayo que proviene de algún lugar especial del universo, pero todo el mundo se muere de miedo cuando aparece sin avisar. Será por sus arrugas o por su pelo alborotado.

A Alfonso se le escapó una sonrisa.

—¡Tú sí que vienes de algún lugar del universo, cabeza de chorlito! —Agitó la cabeza como si se avergonzara de bromear con su propio hijo. En ocasiones se preguntaba quién era más infantil de los dos—. En fin, sigo pensando que me parece mal que no venga a casa a ayudar. Y más aun estando tu madre enferma.

—Vamos, papá, solamente es un poco de fiebre.

Oli, siguiendo las concisas órdenes del Yayo, hablaba con su padre como si fuera un auténtico ingenuo en todo a lo que el asunto de la enfermedad de mamá se refería, lo cual no le resultaba difícil, siendo un niño al que le costaba comprender los problemas de matemáticas más sencillos. Según el plan, Oli debía mostrarse ignorante frente a la inminente muerte de mamá.

Vio como su padre miraba hacia el mar con atención, evitando seguir con la conversación.

Desde el día que se conocieron, Alfonso había mantenido una muy buena relación con su suegro. En realidad casi se trataban como padre e hijo, así que odiaba reconocer que no le agradaba la idea de haber dejado a Óliver a su recaudo. Era un hombre gracioso, honesto y obsceno, de ese tipo de obscenidad que tanto gusta a la mayoría de los hombres. Pero también era maleducado e insensato, por no hablar de que su cabeza estaba cada vez más inestable. «Ya lo sé, Alfonso, por eso siempre acudimos a Alyssa en este tipo de casos», solía decir mamá cada vez que hablaban del tema. Pero Alyssa era aun peor, ya que representaba exactamente lo opuesto a lo que quería que Óliver fuese en el futuro. Se prometió que buscaría una solución mejor de ahora en adelante, y frunció el ceño al recordar haber tenido la sensación de estar varios meses

fuera del país al salir del taxi y abrir la puerta de casa tras volver de la Toscana.

—¡Hola familia! —Había gritado mientras entraba en casa con Verónica aupada en sus brazos y una sonrisa de oreja a oreja. Nadie contestó—. ¿Hola? —insistió ella esta vez.

Oli y el Yayo aparecieron uno de cada habitación, con la mirada tensa y a la vista nerviosos.

—Hola, padres —dijo el niño en voz baja. Había tomado la costumbre de llamarles de esa forma en lugar de papis, como siempre había hecho, pues le hacía sentirse todo un hombre hecho y derecho—. ¿Qué tal el viaje?

—¡Muy, pero que muy bien! —exclamó Alfonso, feliz, que besó a su mujer con ganas y la soltó, volviendo a dejarla en pie. Oli miró a su abuelo y no pudo evitar mostrar una enorme sonrisa—. Chicos, ¿os ocurre algo? Estáis rarísimos. ¿Qué habéis roto?

—Bueno, yo me voy —dijo el Yayo de repente.

—¿Ya te vas, papá? —se extrañó Verónica—. Pero si acabamos de llegar. Al menos quédate a cenar.

—No, el contrato de niñera ha expirado —bromeó el jubilado—. Mi objetivo ya está cumplido. —Dedicó un guiño cómplice a Oli y se fue con viento fresco.

Nadie había roto nada y, por lo que Oli y Aquiles aseguraron (cada uno a su manera), había sido una semana muy normal. Pero Alfonso sabía que no le decían toda la verdad. Verónica había caído enferma la misma noche de llegar del viaje, y lo más seguro era que nunca llegara a recuperarse. Al contrario, la lógica decía que la enfermedad empeoraría progresivamente. Y a él ya le empezaba a doler la cabeza de tanto pensar en todo lo que sin remedio se avecinaba.

—Oye. —Se volvió hacia Oli, regresando al presente, y se secó las manos en su delantal de chef que con tanto orgullo había ganado una vez en un curso de cocina—. ¿Qué tal la convivencia con Alyssa? ¿Os habéis llevado bien?

—Sí, muy bien —respondió el niño en un suspiro. Después, tras unos segundos de silencio, algo hermoso captó su atención, y entrecerró los ojos intentando concentrarse. Como por arte de

magia, una bonita melodía de piano comenzó a sonar en algún punto de la casa—. ¿Qué es eso? —preguntó fascinado.

—Pues a no ser que tengamos al fantasma de Mozart de inquilino secreto, debe de ser tu madre.

—¿Mamá toca el piano? —Oli, atónito, abrió los ojos en forma de balón de fútbol—. ¡No lo sabía!

—Sí, y además muy bien. Pero cuando tú naciste le robaste todo el tiempo, y después perdió el hábito de tocar. —Oli se sintió culpable por haber privado a su madre de tan maravilloso talento—. «Lo que no entiendo es qué hace levantada, con lo enferma que está. ¿Estará empezando a delirar? La enfermedad avanza rápido —pensó Alfonso con amargura—. Cada vez va a ser más difícil ocultarle lo que le ocurre.»

—Voy a ir a escucharla desde más cerca —dijo Oli con entusiasmo, pero su padre lo sujetó del hombro.

—No, déjala tranquila, que está inspirada. —Tenía el absurdo temor de que quizá Oli se encontraría a su madre con los ojos en blanco y escupiendo espuma por la boca—. Mejor vete con Aquiles a dar un paseo, que se le ve con ganas de hacer ejercicio. Desde que he venido me sigue a todas partes, no se separa de mí.

Desde la puerta de la cocina el perro soltó un ladrido y comenzó a girar sobre sí mismo. Era su manera de aprobar el comentario de papá.

—Está bien, luego le diré que me dedique una canción. —Oli cogió una nueva onza de chocolate y se dirigió a la puerta acompañado del pastor alemán—. ¿Vienes con nosotros?

Alfonso dudó.

—No, será mejor que no. Debería cuidar de tu madre, que no se quede sola.

—A ver, papá, no está tan enferma como crees —dijo el niño con ingenua actuación—. Además, está inspirada tocando el piano, tú mismo lo acabas de decir. Y solo vamos a estar fuera una hora, más o menos.

—Pero no tardaremos mucho —apuntó Alfonso, arqueando las cejas.

—Prometido.

Alfonso cogió una chaqueta que colgaba del perchero en el vestíbulo y gritó al aire.

—¡Cielo! —No hubo respuesta— ¡Verónicaaaa!

Las notas del piano dejaron de escucharse.

—¿Quéeee? —respondió una voz de mujer.

—¡Nos vamos a la calle Oli y yo! ¡Volveremos enseguida!

—¡Valeeee! ¡Adiós!

Después, Alfonso, Oli y *Aquiles* salieron por la puerta.

Diana,

Hoy es sábado 7 de octubre. Me encuentro sentada en un pub irlandés llamado Raven's, o algo así. Como es la hora de la sobremesa apenas hay nadie, y ha sido fácil encontrar una mesa libre junto a la ventana. Tengo que decir que las vistas son increíbles, aunque el local no sea nada del otro mundo. No tenían tartas y no me fío del café que puedan hacer en Irlanda, así que he ido a lo fácil: he pedido una deliciosa pinta tostada que estoy saboreando justamente ahora. A pesar de mi conocido poco gusto por la cerveza, esta sabe deliciosa. Como decía, las vistas son lo mejor del sitio. Al estar en segunda línea de playa se puede ver el mar casi sin obstáculos, y esas nubes oscuras que se aproximan por el horizonte hacen que la vista sea maravillosamente mística. Lo mejor de estar al lado de la ventana es tener la casa de la hija del doctor a tiro de piedra. Llevo vigilando más de una hora y aún no ha salido nadie por la puerta. Pero saldrán, siempre salen a pasear al perro, o a hacer ejercicio, o a dar un paseo. Pienso esperar cuanto haga falta, y me he fijado que aquí sirven cenas por si tuviera que quedarme más de lo esperado (aunque preferiría no tener que examinar el nivel de los cocineros). No pienso seguir ni un día más con esta tortura. Después de este verano de mierda no estoy dispuesta a arruinarme el otoño. Sinceramente, y aunque suene egoísta y siniestro (por suerte esto no lo lee nadie más que tú), pensaba que Verónica ya habría muerto para estas fechas. Pero ni siquiera ha enfermado aún. Y yo ya no puedo dormir por las

noches. Recuerdo la promesa que le hice al doctor y odio faltar a mi palabra, pero estoy cometiendo un delito, y yo no soy una delincuente. Sí, hoy se terminará todo. Ya te contaré. Un beso

Sara Mora guardó el bolígrafo en su bolso, insertó la hoja de cuaderno en un sobre de carta sin estrenar, y suspiró. Cuando miraba por la ventana podía verse reflejada en el cristal, tan ridícula con esas gafas de sol enormes. Odiaba jugar a ser Sherlock Holmes. No era normal que una chica de su edad pasara los sábados y sus ratos libres espiando a los pacientes. Ya no solo le bastaba con dedicar los cinco días laborables de la semana a su profesión, sino que durante los fines de semana se convertía en agente secreto. «Me vendría bien encontrar alguna amistad con la que desconectar de vez en cuando. Al final mi madre va a tener razón cuando dice que necesito algo de vida social.» Echó un vistazo a la jarra de cerveza vacía y miró a la barra resignada, preguntándose si debería pedir otra y también algo para picar.

De pronto oyó un ruido muy característico, como el ladrido de un perro grande, que provenía de la calle. Se dio la vuelta y miró al exterior por encima de las gafas. «Sí, es el perro. Y lo llevan el niño y el marido.»

Perfecto. No habría ocasión mejor.

Verónica estaba sola en casa, pero no iba a tener mucho tiempo. Se levantó de la silla y guardó la carta con prisa. Después dejó el dinero sobre la mesa y salió del *pub* sin despedirse del camarero. Se aseguró de que la calle volvía a estar despejada antes de cruzar la carretera. Alcanzó la puerta principal de la casa, y justo cuando iba a presionar el timbre oyó el sonido de un piano interpretando una bella melodía. Sara sintió pena porque la canción era triste pero esperanzadora, y ella iba a quitarle a Verónica cualquier atisbo de esperanza. Finalmente llamó a la puerta y oyó al piano detenerse, seguido de unos pasos contra la madera que se acercaban. La puerta se abrió.

—Hola, ¿quiere usted algo?

Era la primera vez que Sara veía a Verónica, y pensó que no tenía muy buena cara. Se presentó como la antigua compañera de su padre y pidió permiso para entrar con mucha educación.

—Por supuesto, entra. —A Verónica se le alegró el semblante al saber que estaba ante la tantas veces nombrada en su familia: la eminente Sara Mora—. Mi padre hablaba muy bien de ti cuando trabajaba en el hospital.

En cualquier otra ocasión, Sara se habría sentido tan halagada por ese comentario que habría escrito inmediatamente a Diana. Sin embargo, estaba tan nerviosa que no podía pensar en otra cosa que en tirar con fuerza de la tirita y abandonar la casa con rapidez antes de que llegara el resto de la familia. Se sentía como una delincuente.

—Vaya, veo que tocas el piano. —Habían llegado al salón, donde le llamó la atención un majestuoso piano de cola negro. También se fijó en el desorden: mantas sobre el sofá, varias tazas con restos de café sobre la mesilla y una papelera llena de Kleenex usados—. Y por lo poco que he podido escuchar desde fuera, muy bien.

Verónica sonrió complacida.

—Sí, cuando era más joven tocaba mejor; incluso di algunas clases. Lo acabo de retomar. Tengo una melodía en la mente a la que quiero dar letra, pero no se me ocurre nada. Soy un pelín sobradamente pésima escribiendo —explicaba la anfitriona mientras recogía las tazas de café—. Disculpa el desorden. Es que llevo algunos días enferma. A veces estoy tan congestionada que pienso que me va a estallar la cabeza, y entonces toco el piano y se me pasa. Curioso, ¿no?

—Sí, muy curioso —replicó Sara—. «Enferma. A veces odio tener razón. Muy oportuna Sara, muy oportuna.»

Verónica fue a la cocina y volvió con dos tazas, esta vez limpias y llenas de café con leche. Le ofreció una a la doctora.

—Muchas gracias —dijo esta. Se sentaron en el sofá.

—Sara, estoy encantada de conocerte y de que estemos tomando un café aquí, en mi casa, y como dos amigas. Espero que algún día lo seamos, pero —Verónica se inclinó mientras disolvía el azúcar en el café—, ¿a qué has venido exactamente? ¿Ha pasado algo?

A la nombrada le tintineaba tanto la taza contra el plato que no tuvo más remedio que posarlo sobre la mesa.

—Verás, tengo que decirte algo muy importante. —Se tomó su tiempo para hablar, como deseando que algo imprevisto la interrumpiera de repente—. Pero tienes que prometerme que jamás lo comentarás con tu familia, ni siquiera con tu marido.

Al nombrar a su pareja legal, a Sara le pareció como si Verónica quisiera confesarle un tema muy personal, puede que un secreto. «No te entretengas, Sara. No te hagas amiga suya y díselo ya. Estás tardando demasiado.»

—¿A mi marido? —Verónica dudó un instante antes de añadir en voz queda—: Lo cierto es que no quisiera ocultarle más cosas de las que ya le oculto.

—¿Qué cosas? —preguntó Sara, a quien le invadía la curiosidad. «No te interesa. Deja de cotillear y díselo ya»—. Es igual, no es asunto mío —rectificó—, pero esto es muy importante, y tienes que prometer que lo que te voy a decir quedará para siempre entre tú y yo. Por el bien de todos. Por favor.

—Está bien, lo prometo. ¿Qué ocurre? Me estás asustando.

«Está bien, allá voy.»

—Lo que tienes no es una gripe.

—¿Qué dices? Claro que tengo gripe.

Entonces Sara le explicó, sin dudar una sola sílaba pero con meticuloso tacto, que fue ella la que analizó los resultados de sus pruebas médicas, que encontró un tumor dentro de su cerebro, y que era tan mortal e incurable que no se podía hacer nada para solucionarlo. Después aguardó a la primera reacción, pero no obtuvo nada. La paciente estaba paralizada y sus ojos miraban en realidad a ninguna parte.

—No se sabe cuántos días te quedan —continuó, dando tiempo para una respuesta—. Puede que meses, puede que semanas.

No lloró, ni tampoco se mareó, como solía ocurrir en estos casos. Verónica solamente dejó su taza sobre la mesa y comenzó a temblar. Buscó en su alrededor un último consuelo de alguien amado, como si su cerebro fuera a desactivarse esa misma tarde y no le quedara tiempo ni siquiera para despedirse. Miró a la doctora suplicando una ayuda imposible, y la abrazó con fuerza. Ambas mujeres estuvieron entrelazadas varios minutos, sin decir nada, y si bien Verónica no lloraba, Sara no fue tan fuerte.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora? —quiso saber la anfitriona, sin separarse.

—Tu marido no quiere que lo sepas. Me dijo que su único anhelo era conseguir hacerte feliz el último tramo de tu vida. Fue tan dulce.

Verónica se echó hacia atrás para mirar el rostro de Sara, inundado de lágrimas, y mostró luego una radiante sonrisa.

—¿Eso te dijo mi Alfonso?

—Sí. —Las dos rieron de amarga felicidad—. Él solo quiere lo mejor para ti. Sin duda es un gran hombre.

—Lo sé, el mejor —musitó la madre de Óliver.

—Tu padre también lo sabe, y es el único que conoce el secreto —continuó Sara, aliviada por haberse quitado tal peso de encima.

—¿De verdad?

—Sí, los dos vinieron a mi consulta y me rogaron que no te dijese nada. Pero no he podido aguantar más, ¿comprendes? —Sara seguía sollozando y le costaba hablar sin interrupción—. Mi trabajo me obliga a informar a los pacientes.

—Has hecho bien. Y descuida, no se lo diré a mi familia. Tuvieron una idea magnífica al ocultármelo. *Ojos que no ven, corazón que no siente*, que se dice. —Verónica hablaba lentamente, con la mirada perdida—. Y ahora, si me disculpas, voy a volver al piano. Tengo que escribir esa letra antes de que mi cabeza diga basta.

Aunque intentaba ser fuerte, la doctora sabía muy bien que Verónica se descomponía de tristeza por dentro, así que volvió a abrazarla y se despidió prometiendo seguir manteniendo el contacto. Ahora les unía un secreto muy especial.

Ya desde la calle, antes de dejar la vivienda atrás, Sara oyó las teclas del piano sonar de nuevo. Fueron únicamente unas pocas notas, pues un descorazonador llanto invadió el ambiente en esa zona del barrio.

«Odio esta profesión. Dios, espero haber actuado correctamente», pensó Sara, caminando tan deprisa como le era posible para no tropezarse con Alfonso y su hijo. Ciertamente no era una buena detective, pues, de haberlo sido, se habría percatado de

que alguien la estuvo siguiendo durante todo el camino de vuelta a casa.

Capítulo 18

8 de octubre de 2006

Comieron, como casi siempre, después de hacer el amor. Él vestía unos vaqueros y una vieja camiseta blanca de tirantes con agujeros en las costuras metida por dentro del pantalón. Ella, con su blusa de cuadros por encima de las bragas. La radio sonaba irregular a través de un viejo reproductor que él se empeñaba en mantener activo desde hacía años.

—Los rollitos están demasiado crudos —se atrevió a decir Alyssa en un momento dado.

—Da igual —respondió Charly, encogiéndose de hombros—. Así contrarrestarán la ternera, que parece carbonizada.

No se trataba más que de una broma, pero Alyssa lo tomó como un reproche.

—Lo siento. Y mira que se lo dije la última vez.

—¿Por qué? No digas gilipolces, el que debería de sentirlo es el cocinero de los ojos rasgados, no tú.

—Pero... siento que mi chico esté descontento. Ahora mismo bajo a montarles una buena.

—Anda, siéntate; no seas estúpida. El descontento que siento no es por la comida china, sino por el puto abuelo. Cree que puede chantajearme.

Lo que decían los resultados médicos robados por Alyssa le había sorprendido, debía reconocerlo. Charly siempre pensaba que la información era poder, y procuraba actuar en consecuencia. Cuando su pequeña y bella amante llegó con el botín, lo escondió en un sitio seguro donde nadie pudiera encontrarlo mientras pensaba en un plan de actuación durante los próximos días. Pero el

niño lo había estropeado todo. Su entrometimiento, sumado al descuido de Alyssa, le ponía en peligro. Había cometido varios delitos a lo largo de su vida, pero la pederastia y el parricidio eran las gotas que colmarían el vaso, y las que le llevarían directamente a la cárcel por muchos años. Si el abuelo quisiera servirse su propia venganza y lo delatara, sería su fin. La comida china era el menor de los problemas de Charly, pero no veía motivos para involucrar a la joven en sus tormentos. Alyssa ya tenía suficiente con su triste vida.

—Los rollitos de primavera están bien —le dijo con tono cortante—. Están fritos y tienen verdura en su interior, ¿qué más se puede pedir de unos malditos rollitos?

La comida transcurrió en un silencio incómodo, como muchas veces ocurría. Al terminar, mientras ella recogía los cubiertos de la mesa, él se sentó en el sofá y apoyó sus pies desnudos en un *puf* negro que estaba relleno de bolas de gomaespuma. Aunque era pleno día, la ausencia de ventanas en la casa hacía que pareciera ser permanentemente de noche.

—No me habías dicho que traficabas con droga —soltó Alyssa de pronto.

—Era mejor que no lo supieras. «Mierda, esperaba que lo hubiera pasado por alto.»

Ella se le quedó mirando en silencio, ligeramente temblorosa, desde la esquina del habitáculo.

—¿Te arrepientes? —se atrevió a preguntar. Casi no había terminado la frase cuando Charly se levantó con fiereza y la acorraló contra la pared. Ella dejó escapar un ahogado gemido. Las piernas desnudas le flaqueaban. Por muy fuerte que se considerara, seguía siendo solamente una chica de dieciocho años.

—Mira, bonita, ni por asomo te atrevas a juzgarme, ¿has entendido?

Alyssa pudo comprobar cómo los párpados que tenía frente a ella se abrían y cerraban aun más rápido de lo normal de una manera siniestra.

—Ahora ya sabes de lo que soy capaz, así que te lo advierto, no te pongas en mi contra —la amenazó.

No llegó a tocarla. Después de la advertencia, dio media vuelta y se puso una camisa de cuadros verdes. Susurraba maldiciones ininteligibles, y los dientes incluso le chirriaban de rabia.

—¿Adónde vas? —preguntó Alyssa con todo el valor que pudo reunir. Le estaba costando no llorar delante de él, pero no podía mostrar esa debilidad.

—A visitar a alguien. Yo también sé jugar al juego del viejo.

—¿Vas a romper el trato?

—Yo no negocio con gentuza, joder. —Charly, contundente, hablaba ya desde la escalera de madera—. No te metas en esto, niña. No volveré a repetírtelo.

No hablaron más. La puerta principal hizo el sonido característico que hace la madera vieja al chocar, y la joven se quedó a solas. Tragó saliva varias veces para ahuyentar las lágrimas, y mientras se calmaba, se percató de que era la primera vez que el Amante Brujo mostraba su verdadera cara delante de ella. Tuvo miedo de que fuera a cometer alguna locura, y fue en ese momento cuando supo con certeza que estaba en el bando de los malos. En la radio sonaba Depeche Mode cantando *Walking in my shoes*. Alyssa no conocía la canción y apenas entendía las palabras del estribillo que le daban título, pero sintió como si David Gahan las estuviera cantando para ella. Le parecieron hermosas.

Óliver amaneció de mal humor aquel domingo. Se había pasado toda la mañana mirando la televisión sin realmente ver nada con atención, y apenas había comido. Después del almuerzo se encerró en su habitación en compañía de Aquiles y luego se tumbó en la cama con el único deseo de que el tiempo pasara con rapidez. Alrededor de las cuatro de la tarde, un pequeño guijarro golpeó el cristal de la ventana.

—¡Niño! —susurró alguien desde el exterior.

Oli se incorporó extrañado y vio a un anciano al otro lado, vestido con una vieja túnica negra y con un puñado de piedras en la mano.

—¡Yayo! —Le devolvió el susurro—. ¿Qué ocurre?

—Reúnete conmigo en mi casa, ahora.
—¿Para qué? —se extrañó.
—Oli, confía en mí, cojones. ¿Están tus padres en casa?
—Sí. Mamá sigue pachucha.
—Te espero en media hora. No les digas adónde vas. Ponles una excusa cualquiera. Hasta ahora.

En el pequeño y viejo salón de la casa del Yayo, Oli aguardaba sentado en un horrible sofá de tela verde. Se mantenía a la expectativa sin mostrar demasiada inquietud. A su vera, como siempre, Aquiles lo acompañaba con los ojos muy atentos. El Yayo volvió de la cocina con un batido de plátano, pepino y menta, y se *disculpó* ante su nieto por lo precipitado de la reunión.

—Siento haber interrumpido las importantísimas cosas que seguro un niño de diez años tiene que hacer, pero esto es necesario —matizó cáustico, fiel a su estilo de siempre—. Entramos en la recta final de nuestro plan.

Hizo una pausa para asegurarse de que Oli le prestaba atención. No hubo preguntas.

—Estos últimos meses han sido duros, una jodida pesadilla —continuó el jubilado—. Sinceramente, me sorprende que no nos hayamos vuelto todos locos, o que no te hayas convertido en autista, o que el perro no se haya fugado de casa para trabajar en un circo. Pero os voy a pedir una última contribución.

—Estás hablando como si hubiera pasado algo inesperado. — El ceño de Oli se pronunció más de lo que ya estaba.

—Exacto —contestó el anciano—. El manco y tu amiguita saben nuestro secreto, y van a arruinar todo nuestro trabajo.

En ese mismo instante cierta preocupación se apoderó de Oli, que creyó que el Yayo lo estaba dando todo por perdido. Pero luego advirtió en él una pícaro sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó al cabo de un breve silencio.

—Sé que está siendo difícil para todos y se ha complicado más de la cuenta. Cualquiera con un poco de sentido común diría que

somos unos tarados. Posiblemente sea la verdad. Pero estamos cerca del final, estoy convencido. Cuando termine todo, desapareceré por un tiempo. Es lo mejor —afirmó con gravedad el exdoctor.

El niño no salía de su asombro.

—¿Qué...? —apenas farfulló.

—Sí, ya lo he decidido. Esta historia me está desgastando demasiado. Y además, lo más probable es que no pueda seguir viviendo en Ámbar, aunque quisiera.

El anciano se preguntó qué habría pensado él si hubiese estado sentado en el sofá verde escuchándose a sí mismo. ¿Rata que abandona el barco? Sí, era posible. Pero, al parecer, su nieto confiaba en él más de lo que pensaba, ya que no se movió del sofá. Sin darle más importancia, arrastró una vieja pizarra de madera que había rescatado del trastero para la ocasión, y levantó la mano con una tiza entre sus dedos.

—Para que esto tenga éxito, tenemos que hacer que Charly crea que estamos inactivos, aterrados por sus amenazas. Por eso es de vital importancia que nada de lo que estamos hablando aquí, y lo que hagamos a partir de ahora, lo sepan ni él ni la niñera. No sabemos hasta qué punto ella comparte lo que sabe con Charly. Pero si es capaz de robar para él, ya nada me sorprendería.

El Yayo escribió «prohibido hablar con Alyssa» en la pizarra.

—En segundo lugar, tu madre está enferma —continuó hablando en tono firme—. Eso es lo más importante, y tu labor principal. Tienes que asegurarte de que está cuidada, sobre todo por tu padre, y que sea feliz. Sobre todo que sea feliz. Ni se te ocurra empezar una conversación que pueda terminar en discusión. No nombres a Charly delante de ellos bajo ningún concepto, y si ves que alguno de los dos tiene mal día, procura lidiar con ello. Siempre les has entendido muy bien a ambos, así que confío en ti. —Miró al perro—. Aquiles, tú le ayudarás.

Escribió «buen ambiente» en la pizarra.

—Tercero: la doctora —prosiguió el jubilado con pronunciado ceño—. Si alguien puede chafar esto, esa es Sara, no nos engañemos. Es nuestra mayor amenaza. Adoro a esa chiquilla y sé que sería incapaz de hacer daño a una mosca, pero precisamente

por eso debemos estar alerta. No me fio de su estricta conciencia. Además, es lista y tozuda. No me extrañaría que lo averiguara todo por sus propios medios, así que debemos mostrarnos siempre preocupados, tristes y desdichados delante de ella.

Escribió a continuación la palabra «disimular».

—Pero, ¿tú crees que lo estamos haciendo bien? —preguntó Oli sin mucho convencimiento.

—Creedme —dijo el Yayo, mirando al niño y al perro—: si seguimos estas reglas a rajatabla, no tenemos nada que temer.

«Nada que temer —pensó Oli—. Precisamente lo que más temo es que todo salga bien.»

No había podido dormir en toda la noche, y al parecer tampoco iba a tener éxito a la hora de la siesta. Tumbada de medio lado en el sofá de su salón con la cabeza apoyada sobre un cojín de pana, Sara no podía dejar de pensar. La conversación con Verónica del día anterior, así como su doloroso llanto, daban vueltas en su cabeza una y otra vez. Le producían insomnio (y unas horribles ojeras). «Es una mujer muy agradable —se decía a sí misma—, y muy fuerte por cómo digirió la noticia de su muerte. Su muerte. Qué horrible suena. Qué injusticia más grande, pobre chica.» Creía que se sentiría mucho mejor liberándose de la carga que el doctor Salas le había impuesto, pero el sentimiento de culpabilidad se había transformado en una tristeza plena, casi deprimente. «Cuando un caso clínico afecta a tu sueño, es que se ha convertido en obsesión. Ojalá Diana estuviera aquí.»

Las primeras gotas de una tormenta que duraría varios días empezaron a golpear contra el cristal de la ventana, empobreciendo su estado de ánimo aún más. Sara deseó que el tiempo pasara deprisa y terminara el fin de semana. Así, al día siguiente podría volver a la clínica y tratar otros casos diferentes que la ayudaran a distraerse. Por el momento, se quedaría tumbada con el único objetivo de esperar a que empezara una película de Johnny Depp que habían anunciado por la televisión. Estaba convencida de que el camaleónico actor le subiría la moral.

Alguien golpeó la puerta con sus nudillos.

Sara se levantó del sofá malhumorada, preguntándose quién querría visitarla en un domingo tan gris como aquel. Se puso una bata por encima del pijama y abrió la puerta sin quitar la cadena de seguridad, lo justo para comprobar de quién se trataba. Al otro lado, en el rellano, un hombre en edad de presumir de unas pocas canas en la zona de la sien aguardaba con una simpática sonrisa. Antes de que la doctora dijera nada, el desconocido saludó con cortesía.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Sara habría jurado que no había visto al visitante en su vida, pues se habría acordado de una descripción así.

—Me llamo Ramiro. Soy un íntimo amigo del doctor Salas —dijo el recién llegado muy jovial. Y añadió a continuación—: Vengo a traerle esta caja de bombones por encargo suyo. Es que le ha sido imposible venir en persona.

Alargó el brazo a través del hueco de la puerta y enseñó una caja azul con ilustraciones de chocolates en la tapa. Sara, algo dubitativa, la aceptó sin más.

—Ahora, por favor, ¿sería tan amable de dejarme utilizar su cuarto de baño?

Ella aceptó enseguida, disculpándose por haber sido tan grosera:

—Lo siento, me ha cogido por sorpresa.

—¡Uy, qué guapa es usted! —exclamó el hombre nada más entró al piso.

—Gracias, pero no me ve en uno de mis mejores días —comentó Sara con voz débil—. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Ramiro.

—¿Y dice que es amigo de mi mentor? —insistió, tratando de hacer memoria.

—Así es. Somos viejos amigos, y alguna vez me ha hablado de usted. Por cierto, la imaginaba muy diferente.

Perpleja, arqueó las cejas.

—¿Sí? Cuénteme cómo me imaginaba.

—Pues teniendo en cuenta lo estudiosa que dicen que es, la hacía desarreglada, de piel pálida a causa de la luz artificial, y con gafas grandes y gruesas. Si además recordamos que estuvo años

bajo el mando del cascarrabias de mi amigo, supuse que sería una persona con la autoestima por el fango —resumió él, acompañándose con media sonrisa.

Sara rio sin ganas.

—No soy muy morena que digamos, y en lugar de gafas llevo lentillas, pero en lo que usted ha acertado de pleno es en calificar al doctor como *cascarrabias* —recalcó mucho esa palabra.

—¿Tan mal se lo hizo pasar?

—Solo bromeaba. En realidad no es para tanto —matizó la anfitriona.

El hombre asintió con la cabeza y se acercó a la doctora hasta casi tocarla.

—Supongo que el pobre se está ablandando a causa de la tragedia que ha caído sobre su familia —dijo pausadamente—. ¿Cómo está evolucionando el tumor?

Sara, confusa, no contestó de inmediato. ¿Cómo era posible que ese hombre supiera tanto del caso? Se suponía que era un secreto familiar, ¡ni siquiera la propia Verónica debía saber nada!

—No sé si a la familia le gustaría que revelara información sobre el estado de la pobre Verónica al primero que venga a mi piso con una caja de bombones, ¿comprende usted?

No había acabado la frase y ya se sentía incómoda por su mala contestación. Sin embargo, cuando observó que la expresión de aquel hombre cambiaba hasta palidecer, se olvidó de inmediato de su brusquedad. «¿He dicho algo malo?» A juzgar por su cara, Sara no supo adivinar si el tal Ramiro se sentía triste o satisfecho. Lo que resultó una obviedad fue que el comentario le había sorprendido.

—Co-comprendo, señorita. —La voz del varón se había convertido en un delicado susurro.

—¿No necesitaba utilizar el aseo? —preguntó Sara, y a continuación extendió el brazo derecho para indicarle la puerta que llevaba al servicio. No quería otra cosa que abandonase su piso para así poder disfrutar de la película con toda tranquilidad.

El visitante asintió dubitativo. Posó su chaqueta en el respaldo de una de las sillas del comedor, y entró en el cuarto de baño.

Sara resopló. No le gustaba ese hombre, por mucho que le hubiera traído bombones que sin duda endulzarían el resto de la

tarde. Se sentó y comenzó a escribir un mensaje en su teléfono móvil:

De «Sara» para «Dr.Salas»

Tu amigo Ramiro está en mi casa. Es bastante raro. Por cierto, gracias por los bombones.

El mensaje recibió respuesta inmediata:

De «Dr. Salas» para «Sara»

¿Bombones? No tengo ningún amigo que se llame Ramiro, que yo recuerde. ¿Qué aspecto tiene? ¿Por qué dices que es raro?

La joven doctora se apresuró a detallar:

De «Sara» para «Dr. Salas»

No tiene brazo derecho.

Capítulo 19

8 de octubre de 2006

Sara guardó el teléfono en el bolso de la bata y echó la vista en derredor sin saber qué hacer.

«Ten cuidado con él, Sara. Es peligroso», era lo único que decía el último mensaje del doctor Salas. ¿Qué quería decir con peligroso? ¿Quién era ese manco en realidad? Miró la puerta del servicio una última vez: continuaba cerrada. En un ataque de valentía (o de insensatez), se acercó a la silla donde reposaba la chaqueta del tal Ramiro y se agachó para hurgar dentro de sus bolsillos. Encontró una cartera de cuero negro. Con las manos temblorosas, la abrió. Encontró algo que no esperaba. El nombre que figuraba en el Documento Nacional de Identidad no era Ramiro. Aquel extraño se llamaba Carlos Rubial, y tenía cuarenta y seis años. Pero no fue eso lo que más le sorprendió. El visitante guardaba un numeroso taco de fotografías de distintos tamaños en su cartera; unas muy antiguas, y algunas recientes. Las examinó lo más deprisa que pudo. En una de las instantáneas aparecía Verónica, joven y radiante, tocando el piano de espaldas a la cámara, en lo que parecía ser el salón de una enorme casa. En otra, de nuevo Verónica en traje de baño, sonriendo. Después, y con esta se contrajeron los músculos de Sara, una imagen en la que se veía a Verónica cambiándose de ropa a través de la rendija de una puerta. La doctora arrugó la frente y sus manos temblaron aun más, pero siguió fisgoneando. Tras varias fotos de carné pertenecientes a distintas épocas —a juzgar por los peinados que Verónica lucía en ellas—, más imágenes de una vida, y todas con la misma protagonista. Verónica en ropa interior; Verónica bailando; Verónica

llorando; Verónica, siempre Verónica. Sara se fijó en que la mujer no aparecía posando en ninguna de las fotos, y la mayor parte de ellas estaban más o menos borrosas o en movimiento.

«Las sacaba sin que ella se estuviera dando cuenta.»

La última fue la que más la asustó. A través de los cristales de una ventana, y con un enfoque ligeramente torcido, se podía distinguir la figura de Verónica, de espaldas y desnuda, a horcajadas sobre las caderas de Alfonso, que también sin ropa y tumbado sobre una cama de matrimonio. Palideció y se mantuvo inmóvil, deseando que todo fuese una broma de mal gusto. De pronto, la puerta del baño se abrió. Sara, en un acto reflejo desde su posición acuclillada, dejó caer la cartera al suelo al ver los zapatos de aquel pervertido acercándose por su flanco derecho. Las instantáneas quedaron esparcidas por el parque.

Al guardar el teléfono, el Yayo dejó escapar un cansado suspiro y soltó un único y lacónico vaya.

—¿Qué pasa? —le preguntó Oli inquisitivamente.

—El tullido está en casa de Sarita.

El niño ladeó la cabeza del mismo modo que lo hacía Aquiles cuando no entendía algo.

—¿Charly? —repitió ante tamaña obviedad.

—Sí, claro.

—¿En casa de la doctora?

—Así es —se limitó a responder el anciano, pensativo.

Oli se levantó del sofá de un salto.

—¿Y no vas a hacer nada? —apremió.

El Yayo levantó las cejas y sonrió sin gracia.

—¿Yo? ¿Qué cojones quieres que haga yo?

—Pues no sé, algo. ¡Va a contarle nuestro secreto! ¡Va a chafarnos el plan! —A Oli se le abrieron los ojos como dos balones de fútbol.

—Peor que eso. No creo que Charly pase desapercibido lo de buen ver que se ha puesto la doctora. Ahora mismo tiene un bollito solo para él. La va a... —El jubilado no fue capaz de acabar la frase.

Los ojos de Oli, que brillaban de un azul intenso, no daban crédito a lo que estaban presenciando. «El Yayo es un cobarde.» Tozudo y descarado, asintió con un movimiento brusco y cogió su mochila de *Las Tortugas Ninja*.

—Vamos, Aquiles, ya que él no va a hacer nada, iremos nosotros. Contigo no tengo miedo —le dijo al perro.

Con un rápido movimiento impensable para alguien de su edad, el anciano empujó la pizarra y se interpuso entre la puerta del salón y su nieto.

—Ni de coña vas a ir. No permitiré que te ocurra nada. ¡Es lo único que me faltaba!

Oli lo miró a los ojos, abatido. Deseaba llorar de impotencia.

—¡Pero algo tenemos que hacer! ¡No podemos quedarnos de brazos cruzados!

«Un momento —se dijo, y su cerebro comenzó a funcionar como ya lo hiciera en el Día Importante, cuando diseñó el plan secreto que nadie, bajo ningún concepto, debía haber conocido—. ¡Claro, eso podría funcionar!»

—¡Vamos a decírselo a papá! —exclamó de pronto, exultante.

—¿Te has vuelto loco? ¿Por qué íbamos a hacer eso? —inquirió el Yayo, aunque ya sabía lo que su nieto le iba a proponer.

—¡Es perfecto! —Oli gritó orgulloso de sus ocurrentes ideas—. Mira, papá odia a Charly, ¿no? —El anciano asintió con evidencia, por lo que el niño prosiguió—. Pues, en cuanto se entere de que está apunto de conocer la enfermedad de mamá, correrá furioso a impedirlo.

—Ah —se limitó a decir el viejo médico.

—Además, papá y Sara saben exactamente las mismas cosas respecto a nuestro secreto, así que no habrá peligro de que ninguno le cuente al otro algo que no deba.

No lo reconoció, pero Salas estaba sorprendido. Jamás habría pensado que su nieto, tan torpe desde que nació, pudiera ser así de ocurrente ante esta complicada situación.

—No. Me niego a involucrar a más gente en esto. Y menos, a Alfonso —subrayó con pronunciado ceño.

Oli dejó caer los brazos, derrotado. En el fondo tenía la esperanza de poder convencerlo.

—¡Eres un cobarde! —gritó de pronto con rabia, y luego comenzó a sollozar—. ¿Quién te has creído que eres para mandarme? ¡Fui yo quien tuvo la idea del plan, viejo idiota, no tú!

—Oli... —susurró el jubilado.

Pero el nombrado no le iba a dejar hablar.

—Todo es culpa tuya, abuelo. —Y este pensó que era la primera vez en su vida que le llamaba *abuelo*, y no Yayo—. ¿Me has oído? ¡Culpa tuya! —Aquiles dio un paso y aulló hacia Oli, como pidiéndole que parase—. Nadie te quiere, y por eso vives solo. Ojalá fueras tú el que tuvieras el tumor. ¿Me oyes? ¡Ojalá te mueras! ¡TE ODIO!

Rompió a llorar.

El anciano se sentía acorralado y diminuto, más pequeño incluso que el propio niño. Las palabras de su nieto eran espadas atravesándole el pecho, dardos envenenados.

«Tiene razón», reconoció en su interior, deprimido.

Después de que Oli saliera corriendo de casa entre sollozos en dirección a la playa, el Yayo volvió a alzar el teléfono móvil y marcó al fin el número de su yerno. Cada vez tenía menos cosas que perder.

Alfonso se encontraba en la playa negra de Ámbar mirando hacia el mar. El agua llegaba a mojarle los pies desnudos. Estaba tranquilo, sereno, al igual que la marea, y aunque el cielo se veía encapotado, la temperatura era perfecta para pasear. Tenía en la cabeza las notas a piano que Verónica había compuesto, y no podía dejar de escucharlas. Sonaban con fuerza, como si ella estuviese tocando allí mismo, también en la misma orilla. La música era como un mágico canto de sirena que le relajaba, haciéndole sentir bien. En realidad, hacía mucho tiempo que no se sentía así.

Su expresión cambió cuando miró a un lado. En mitad de la playa se levantaba un edificio feo y deprimente, pero que le llamaba la atención de una manera extraña. Se trataba de un cubículo de hormigón armado, de dos pisos de alto y no más de treinta metros cuadrados. No era una casa, pues estaba desprovisto de ventanas,

y la única entrada hacia el interior era una extravagante puerta amarilla de metal. Pensó que, si brillara el sol en el cielo, esa puerta sería la cosa más deslumbrante que habría visto nunca. Se preguntó qué clase de edificio sería, si es que se trataba de tal cosa. Su esperpéntico diseño habría llamado la atención en cualquier barrio residencial de Ámbar, así que estando sobre la arena, en mitad de la playa, podría considerarse como una provocación para la reputación del pueblo. Alfonso supuso que alguien con mucha imaginación habría querido hacer una gamberrada, o tal vez rendir cuentas con alguien del ayuntamiento, o simplemente hacerse famoso llamando la atención. «Si esto sale en las noticias, el constructor chiflado tendrá su minuto de gloria.»

Pese a todo, no pudo evitar acercarse a curiosear. Con los pies cubiertos de pegajosa arena, lo alcanzó. El bloque era más grande de lo que parecía en un primer momento, pero lo que más llamaba la atención era la puerta: no tenía pomo, manilla, ni bisagras. En realidad no era una puerta, sino más bien una continuación de la pared, solo que de otro material y color. Atrapado por la intriga, empujó. No necesitó hacer un gran esfuerzo, pues se abrió al mínimo contacto: era como si lo estuvieran esperando.

El hipnótico panel amarillo se trasladó hacia el interior del cubo, dejando un hueco para que el visitante pudiera acceder a él. Un lúgubre corredor, de más de tres metros de ancho y tan solo iluminado por algunas bombillas de luz cálida que imitaban a los antiguos candelabros, avanzaba hasta donde la vista no alcanzaba. Alfonso anduvo sin preocuparse por las consecuencias, aunque no dejaba de pensar que el corredor parecía ser notablemente más largo que el bloque en su totalidad. El aspecto del pasillo era antiguo —le recordó a los barcos de las películas de piratas que veía de niño—, a pesar de estar seguro de que el cubo tuvo que haber sido alzado hacía no más de dos días. El silencio allí era absoluto, pero él seguía teniendo las notas a piano clavadas en el cerebro; una especie de himno que le impedía sentir cualquier tipo de miedo. Cuando llegó al final, se encontró con unas escaleras tan oscuras como el corredor que subían hacia algún lugar. No había conquistado ni cuatro peldaños cuando vio algo que se movía arriba, a su derecha. No dudó. Se acercó hasta que pudo ver de qué se

trataba o, mejor dicho, de quién. Acurrucado contra una esquina y con la ropa empapada, los ojos asimétricos de Charly lo miraban suplicantes. Los dientes le chirriaban de tal manera que no pudo articular palabra, aunque Alfonso habría jurado que era esa su intención.

De pronto, un sonido muy diferente al de un piano sonó en el interior de su cabeza. Al principio muy lejano, aunque cada vez más próximo. Era un ruido taladrante y agudo, que no guardaba ninguna sintonía con la atmósfera en el interior del cubo. Sonaba como... sí, en efecto era un teléfono. Entonces se abalanzó sobre Charly de un salto, pero donde debía tocar carne humana, encontró el aire de su habitación.

Se despertó con la camiseta empapada de sudor y congelado de frío. «¡Joder, qué pesadilla más extraña!» Cuando hubo estabilizado el ritmo respiratorio, cogió el teléfono, que sonaba insistentemente. Era su suegro, y cuando habló con él y recibió su mensaje, entendió que la verdadera pesadilla acababa de comenzar.

Todo salió mal desde que el hombre que decía llamarse Ramiro había entrado por la puerta.

Su expresión había cambiado radicalmente al pillarla hurgando en su cartera.

—¿Ese viejo no te enseñó nada de modales en el hospital, maldita puta? —la espetó de pronto.

Sara no dijo nada. Agachada y con las fotografías entre sus pies, miró a su alrededor. Su piso era cómodo, agradable y práctico, decorado en colores suaves y minimalista en su mayoría, pero no estaba pensado para defenderse ante un ataque sorpresa desde dentro. Ni siquiera tenía los cuchillos a mano.

—Ven —dijo él en un tono más amable, y luego la incorporó, tirando de su mano derecha con fuerza. Después cogió la barbilla de Sara con su única extremidad y la levantó hasta que sus miradas se cruzaron—. Cuéntame, ¿qué está pasando en esa familia?

Ella se encogió de hombros. El miedo no le permitía pensar con claridad.

—Nena, quiero que tú y yo seamos amigos; aunque para eso tenemos que ayudarnos mutuamente —insistió él.

Ella continuó sin contestar, y él acercó su cara aun más, apretando los dientes y tensando los ojos.

—¿Quieres que te haga daño? —amenazó con voz crispada.

—N-no.

Él sonrió, pudiendo Sara ver restos amarillentos de comida entre sus dientes.

—Entonces, dime, ¿qué sabes?

—Tan solo lo que una médico debe saber. —Le temblaba la voz, sentía que estaba a punto de desmayarse—. No sé a qué se refiere usted.

Él suspiró impaciente.

—¿Qué traman el viejo y el mocoso?

Sara no entendía nada. «¿El niño? ¿De qué habla este chiflado?» De una manera muy poco sensata, cambió de tema.

—¿Por qué tienes tantas fotos íntimas de Verónica en tu cartera?

Al manco le cambió el humor de inmediato. Le cogió el mentón con más fuerza y ella se soltó con un giro de cabeza. Entonces, y sin que la joven lo viera venir, le dio una bofetada con el dorso de su mano. Sara abrió la boca de par en par con el fin de recobrar el equilibrio y parpadeó con rapidez, pero antes de que le diera tiempo a reaccionar, recibió una patada en el hombro que terminó por tumbarla. La repentina violencia la cogió indefensa, y cuando intentó darse la vuelta para levantarse, el agresor la cogió de la solapa de la bata y la arrastró hacia el dormitorio. Tenía una fuerza impresionante para estar desprovisto de uno de sus brazos, y además ella se sentía mareada por el golpe, por lo que no tuvo ninguna opción de defenderse. Físicamente hablando, y a pesar de las obvias limitaciones de su agresor, era un juguete para él. De un tirón la empujó encima de la cama y se sentó a horcajadas sobre ella.

«Oh, no», pensó Sara Mora entre lágrimas cuando le arrancó la camiseta del pijama con la mano. La torpeza evidente de quien solo tiene una extremidad la compensaba con brutal agresividad,

provocándole un profundo arañazo en el cuello. Tras una aterradora asociación de ideas, la doctora se dio cuenta de que ese hombre había decidido ir al grano en sus partes más íntimas. No tenía forma de detenerlo.

Alfonso salió corriendo de casa, esta vez sin pensar en que dejaba sola a Verónica. Mientras avanzaba por el paseo de la playa bajo una ya copiosa lluvia, dibujó en su mente un posible itinerario que lo llevara desde su casa a la dirección donde el Yayo le había dicho que vivía la doctora. No estaba lejos, pero debía darse prisa. Ni siquiera sabía si sería demasiado tarde. Charly estaba con ella, («¿qué diablos hace allí?»), y aunque Sara tenía terminantemente prohibido hablar sobre la enfermedad de Verónica, sabía hasta qué punto podía ser el tullido de persuasivo. Le vino a la cabeza el día del accidente en coche. «Si pudo matarme a mí, por el amor de Dios, ¡qué no haría con esa pobre chica!» Con ese siniestro pensamiento aceleró más sus pasos.

En la calle donde debía cruzar la esquina e internarse en el pueblo, se encontró tan cansado que le costó trabajo respirar. La cabeza le golpeaba con fuerza. Pero no se detuvo; estaba demasiado rabioso. La ira y el miedo formaban un curioso cóctel en su organismo que hacía que la adrenalina se le disparara, y no tenía más que pensar en la cara de Charly y en lo mucho que le había complicado la vida para avanzar cada vez más rápido entre las calles de Ámbar. Por fin tenía luz verde para consumir su soñada venganza. ¿Llegaría a tiempo?

Esquivó a una señora que paseaba el carrito de un bebé, y casi se torció el tobillo al resbalar y pisar sobre el bordillo de la acera. Después cruzó un paso de peatones sin mirar que el semáforo lucía en rojo, y cuando por fin alcanzó la calle donde vivía la chica, se fue fijando en los números de cada puerta sin detenerse. Siete, nueve, once... ¡trece! Ese era el número que le había dicho el Yayo. Calle Zafiro, número 13, 2ªA. Empujó la puerta del portal, pero la encontró cerrada. Pulsó un timbre al azar que no fuera el de Sara —quería pillar a Charly por sorpresa—, y esperó impaciente a que alguien

contestara. Nadie lo hizo, y al cabo de algunos segundos que se hicieron eternos, volvió a empujar la puerta, esta vez con más fuerza. Desesperado, decidió renunciar a la baza de la sorpresa y alzó el índice diestro al timbre del 2ºA.

—Buenos días, hijo. —La voz de una anciana surgió desde su espalda, y con ella, el sonido metálico de un manajo de llaves—. ¿Quieres entrar?

Alfonso asintió con desasosiego y apartó su dedo del timbre antes de haber llamado. La mujer, con evidente carencia de coordinación, miraba cada objeto del llavero con atención, como si intentase adivinar qué llave correspondía a la cerradura del portal. Desechó las dos primeras por ser demasiado grandes, y la tercera por todo lo contrario.

—¡No, je, je! —masculló entre sus escasos dientes—. Esta no es. Es la del buzón.

—¿Quiere que le ayude? —Alfonso hizo ademán de arrebatarse el manajo, convencido de que aun sin conocer las llaves hallaría la correcta por prueba y error mucho antes que la anciana. Se conformó con sujetarle el paraguas.

—¿Tanta prisa tienes, hijo? Je, je, je, los jóvenes vivís tan rápido que no sabéis ni a dónde vais. Deja... creo que esta es la llave buena.

«Vamos, coño.» Alfonso no sabía si podría mantener la compostura por mucho más tiempo ante aquella exasperante lentitud.

La anciana giró la llave con su mano venosa y la puerta se abrió. Él se escurrió entre la mujer y la puerta con tanto ímpetu que a punto estuvo de tirarle el bastón al suelo. Ascendió las escaleras de dos en dos hasta que llegó al segundo piso. Entonces encaró la puerta «A» y se tomó un instante para tragar saliva y reunir el valor suficiente. Golpeó la madera con el puño, pero nadie contestó, y los peores presentimientos rondaron entonces su mente. El silencio más absoluto reinaba en el rellano, así que acercó la oreja a la puerta y se concentró en captar algún sonido proveniente del interior. Percibió algo que lo aterrorizó. Distorsionados por la distancia, pero claramente identificables, le llegó el llanto desesperado de una mujer que se mezclaba con los gruñidos de

una bestia humana. Sin dudarlo ni un solo segundo, y gimoteando de la rabia, Alfonso aporreó la puerta con insistencia. Esta vez lo hacía con todas sus fuerzas. La mano comenzó a hinchársele, pero la madera no cedía, y resultaba obvio que nadie abriría desde el interior. Un agónico grito de socorro respondió de repente desde dentro a la insistente llamada, y en ese momento supo que no podría detener la atrocidad de Charly.

—¡Abre la puerta, cabrón! —Un último y desesperado ataque contra la madera hizo que le empezaran a sangrar las manos—. ¡Voy a matarte!

No obtuvo respuesta, y la puerta, desprovista de juicio moral como cualquier objeto desalmado, se mantuvo inmóvil.

Capítulo 20

8 de octubre de 2006

Otro grito de socorro, más desgarrado que el anterior, fue lo primero que escuchó Alfonso una vez cesó en su empeño de tirar la puerta abajo. Lo segundo que se oyó desde el rellano fue el claro sonido que produce la palma de una mano humana al impactar brutalmente contra la carne. Después, más sollozos. Volvió a acercarse el lateral de la cabeza para intentar adivinar lo que ocurría en el interior del piso, y lo único que apreció fueron unos débiles llantos en la lejanía. El ataque parecía haber cesado.

«Estás ahí, bastardo. He llamado tu atención.»

Miró a través de la mirilla, aun consciente de que únicamente proporcionan visión desde dentro hacia fuera de la estancia, y no al revés. Pero no necesitaba ver nada, pues sabía con certeza que su archienemigo se encontraba a escasos centímetros, y lo único que les separaba era un trozo de vasta madera. Casi podía oler su sudor y sentir su despreciable mirada nerviosa.

—¿Eres tú, soldadito? —La voz de Charly se oyó con cierta demencia a través del umbral.

Alfonso estampó, una vez más, la palma de su mano contra la madera.

—¡Charly, abre la puerta! —le exigió con rabia.

La única respuesta que recibió fue una provocadora risita entre dientes, hecho que le desesperó aun más.

—¡Abre la puta puerta! —gimió—. ¡Como le hagas algo, juro que te mato!

—No te hagas el héroe, no sea que volvamos a terminar en el hospital, *cuñado*. —A esta última palabra, que fue pronunciada con

acentuado sarcasmo, le siguió un alegre repiqueteo realizado al chocar las uñas contra la cara interior de la puerta.

—Por favor. Déjala en paz y te permitiré marchar. No diré nada.

El silencio se apoderó del rellano durante algunos tensos segundos hasta que Charly habló por última vez antes de alejarse de nuevo:

—Harías bien en irte ya. No querrás oír cómo me divierto con la chica. Sería demasiado duro para ti.

No había salida.

Derrotado, Alfonso se dejó caer sobre las rodillas y rompió a llorar. Sara iba a ser violada allí mismo, al otro lado de la pared.

Un sonido agudo y prolongado, como el de una sirena, estalló de pronto en el exterior del edificio. Le siguieron varias voces humanas, graves y urgentes, que se aproximaban a él desde el piso inferior. Pero ininteligibles a causa del eco que reverberaba en toda la escalera. Aún en estado de shock frente al umbral de la puerta, Alfonso comprobó —no sin cierto temor— como los rugidos alcanzaban el segundo piso mostrando la identidad de sus emisores: dos miembros de la Benemérita, armados con sendas porras y ataviados con el uniforme verdinegro que les caracterizaba, habían alcanzado el lugar de acción y corrían apresuradamente hacia la puerta. El más joven era un chico alto y corpulento que avanzaba desincronizado. Sus bíceps eran de tales dimensiones que Alfonso deseó con todas sus fuerzas que terminaran estampados en la cara de Charly. El agente superior —a juzgar por su edad y su incuestionable experiencia—, lo seguía entre jadeos. Su acento castellano era cerrado, y cuando pasó junto a Alfonso y le zarandeó los brazos, dibujó una curiosa mueca con la nariz.

—¡Eh, Arroyo! —gritó al musculoso—. Mira, tiene sangre en la mano.

—¡No! Está dentro. ¡Tienen que entrar! —Alfonso exhalaba palabras más que gritarlas. Agitaba la cabeza como si estuviera a punto de sufrir un ataque.

Todo ocurrió en cuestión de pocos segundos. Arroyo prestó atención en el umbral de la puerta y comprobó que alguien gritaba en el interior. También se percató de la mancha de sangre que el hombre del rellano había dejado segundos antes en la madera. No

se lo pensó más. Tomó una mínima carrerilla y pateó la puerta con la planta del pie. Vibró con violencia, pero no se abrió. Entonces el agente superior decidió ir al grano. Soltó a Alfonso y desenfundó su escopeta corredera SPS-350 que había sacado de la nada —o al menos eso pareció—. Apuntó a la cerradura. Alfonso tuvo menos de dos segundos para alejarse arrastrándose por el suelo antes de que el hombre quitara el seguro y apretara el gatillo. Un ruido ensordecedor inundó el rellano. Algunos agentes de la Guardia Civil gustan de utilizar balas mostaza para este tipo de urgencias por su eficacia a la hora de desintegrar objetivos, de modo que, cuando el proyectil alcanzó el pomo, la cerradura saltó por los aires y la puerta se abrió. Antes de que Alfonso pudiera decidir su siguiente movimiento, los dos oficiales habían entrado al piso con las armas en posición de disparo. Se quedó solo, sentado en el frío suelo de baldosas, rezando en silencio por que hubieran llegado a tiempo de evitar la tragedia.

Una serie de gritos y voces (todas masculinas, ninguna de mujer) comenzaron a entrelazarse cada vez a mayor volumen. Cuando Alfonso más esperaba que el sonido de una nueva bala terminara con la discusión, el oficial joven cruzó la puerta con el Amante Brujo entre sus hercúleos brazos. Charly forcejeaba como si estuviera poseído, pero con una única mano apenas tenía movilidad. «Y aunque tuviera los dos brazos, de poco le habría servido», pensó Alfonso, que lo miraba desde el frío suelo con más odio del que jamás pensó llegar a sentir. El agresor llevaba el pecho al descubierto, y algunas marcas de arañazos en cuello y pómulos indicaban que Sara no se había quedado precisamente de brazos cruzados. El manco le devolvió la mirada entre jadeos, pero se lo llevaron antes de que ninguno pudiera decir nada.

Todavía mareado, Alfonso se incorporó y entró en el piso a trompicones. La herida que se había producido seguía sangrando, de forma que ya había teñido la mano casi completamente de rojo. Su único anhelo en ese momento era llegar al dormitorio para comprobar el estado de Sara, pero por el camino sus ojos se posaron en algo que le hizo detenerse. Junto a algunas gotas salpicadas de sangre —que, muy probablemente, dedujo, serían de la chica—, un buen número de fotografías reposaban desordenadas

sobre el parqué. Cuando se agachó y las observó con el detalle que su nublada vista le permitía, sintió un pinchazo profundo en el pecho. Emitió un chillido ahogado y después se dobló como una sábana tendida que se desprende de la cuerda. Cayó al suelo casi privado de sentido, y desde allí distinguió, entre manchas borrosas, la figura de Sara. Iba cubierta por una manta y la acompañada el oficial superior de la Guardia Civil.

Cuando Oli y el Yayo llegaron al lugar del incidente, ya había estacionado una ambulancia en la calle Zafiro. Fue la primera vez que el niño vio una ambulancia en acción, y esa misma semana vería la segunda. Compartían paraguas, pero ni Oli ni el anciano hablaron en todo el camino. Aceleraron el paso cuando distinguieron a papá sentado en el umbral del portal 13 y con las piernas encorvadas para evitar mojarse más de lo que estaba. Una gasa le rodeaba la mano derecha, y cuando les vio acercarse, se incorporó para reunirse con ellos. La cabeza le daba vueltas. El exdoctor lo abrazó y dejó caer un «gracias a Dios que estás bien», antes de separarse de nuevo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con angustia— ¿Dónde está Sara?

Papá se limitó a señalar la ambulancia con la barbilla. Justo en ese momento el vehículo arrancó y se perdió tras la esquina de la calle.

—Pero, ¿está bien? ¿Y Charly?

—Sé que está viva. Se la han llevado al hospital. —El viejo suspiró aliviado—. En cuanto a Charly, prefiero no hablar de él, ¿de acuerdo? Pero tranquilos, ya no está aquí.

Los dos guardias civiles se habían esfumado con el tullido sin que Alfonso pudiera siquiera hablar con ellos.

Miró a Oli y sonrió sin ganas. El niño pensó que algo terrible había debido de pasar en casa de la doctora, porque papá siempre era muy hablador, y sin embargo parecía que le había comido la lengua un gato. Tampoco le había gustado ver la ambulancia aparcada, con sus luces naranjas mareantes y los curadores yendo

y viniendo. Eso y el hecho de que tanta gente se asomara a los balcones y ventanas de la calle para ver lo que sucedía, era síntoma de que algo no iba bien, ya que la gente siempre se interesaba por las cosas desagradables y feas, creía Oli. Y además llovía, y eso le bajaba el ánimo. En realidad, su enfado se debía al remordimiento que tenía desde que le dijera al Yayo esas cosas tan terribles minutos antes. Al parecer, nadie tenía ganas de hablar aquella tarde.

—¿Cómo sabías que Charly estaba aquí? —Papá volvió a dirigirse al Yayo—. ¿Él y Sara se conocían?

—No lo creo, porque Sara creía que se llamaba Ramiro. Fue ella la que me avisó de que un hombre extraño, con un solo brazo, estaba en su casa. Y entonces te avisé de inmediato. Fue lo primero que se me ocurrió. —Hizo una pausa breve y después añadió—: A decir verdad fue idea de este mocoso.

Papá arqueó las cejas y observó a Oli. Luego explicó brevemente y sin mucho detalle cómo había llegado a la casa de Sara y lo que escuchó a través de la puerta. Levantó la mano cuando contó cómo se había hecho la herida, y la mirada se le perdió en el infinito al recordar el fulminante ataque de los dos miembros de la Benemérita. Pero no dijo más, pues lo que encontró en el suelo del salón tan solo le incumbía a él.

—¡Santo Dios, qué hijo de mil hienas! —exclamó el Yayo cuando su yerno hubo terminado la narración.

Este miró distraídamente hacia el cielo y comprobó que estaba anocheciendo.

—Voy a ir a buscar una farmacia antes de que cierren. Debería comprar repuestos para esta herida.

—¡Te acompañaremos! —gritó Oli, que no había abierto la boca hasta entonces, pero papá negó con la cabeza.

—Id a casa. Yo no tardaré —propuso quedamente—. Además, he dejado a tu madre sola. Id a hacerle compañía, que la pobre está muy débil. Yo me encuentro bien, de verdad.

El Yayo le dio la razón e hizo un gesto con la mano para indicar a Oli que reanudaran la marcha. Su expresión, sin embargo, era sombría.

—Por cierto. —Papá se volvió cuando ya les separaban unos metros, y niño y abuelo se detuvieron—. Gracias por haber llamado a la Guardia Civil. No sé qué habría hecho si no hubieran llegado ellos.

El anciano frunció el ceño y miró a Oli, que imitó el gesto.

—¿De qué hablas, Alfonso? Nosotros no hemos llamado a nadie. Excepto a ti, claro.

El niño, asintiendo con la cabeza, reafirmó el comentario del Yayo.

—¿No? Entonces, ¿quién les ha avisado? —Miró papá hacia las ventanas del edificio, preguntándose intrigado si algún vecino anónimo se habría hecho el héroe.

—Pensábamos que habías sido tú —subrayó el Yayo, que se encogió de hombros.

—Pues no. Al parecer, la doctora tiene vecinos muy amables y oportunos. —Papá sonrió por primera vez en toda la tarde, y volvió a despedirse con la mano—. Hasta luego.

Durante el camino de vuelta a casa, Oli no dejó de darle vueltas a la llamada misteriosa. ¿Quién había avisado a la Guardia Civil? No había sido un vecino valiente, como papá había deducido. Eso lo tenía claro. Una corazonada le decía que había sido otra persona, alguien de quien nadie sospechaba ni sospecharía nunca. Alzó la vista para mirar a su abuelo y después lo abrazó por sorpresa, en un gesto que decía «lo siento» con más claridad y sinceridad que cualquier palabra. El anciano acarició el pelo del niño y suspiró aliviado. «No vuelvas a amagar con abandonarme, chaval, eso sí que no podría soportarlo.»

Oli, sin embargo, anduvo todo el camino con una sonrisa tonta dibujada en su cara, pues no podía dejar de pensar en la heroína que había realizado la llamada secreta. Sí, heroína, pues había sido una mujer; la mejor de todas. Al niño se le reblandeció el corazón hasta tal punto de creer —y solo creer— que se estaba enamorando por primera vez.

El anciano dejó el paraguas a secar sobre el felpudo de casa y fue directamente al salón, donde Verónica veía la televisión con la cabeza ladeada en una incómoda posición. Al ver entrar a su padre, se incorporó. El doctor Salas se acomodó a su lado y la besó tiernamente en la mejilla. Tenía la sensación —y de hecho, era una realidad—, de que hacía meses que no compartía unos minutos a solas con ella. Ahora, Alfonso estaba curándose la mano y Oli había salido a dar un paseo con Aquiles. Lejos de ser un impedimento, a niño y perro les fascinaba correr juntos por la playa bajo la lluvia, aunque sin mojarse respectivamente los pies y patas, porque les daba repelús. Ninguno de los tres tardaría en regresar, pero el jubilado agradeció sus breves instantes de intimidad.

—Hola, papi —devolvió Verónica el beso de su padre con una cansada sonrisa, y a él le pareció como si su niña hubiera envejecido diez años de golpe. Su nariz no estaba roja a causa de sonarse los mocos y ya no tosía. Olía a gel después de la ducha que se había dado hacía unas horas y ni siquiera tenía unas décimas de fiebre. Sin embargo, sus ojos no brillaban, aunque sí estaban rojos, y su voz vibraba, pero no resaltaba más que un susurro.

—¿Qué tal estás? —El hombre mostró un tono cálido y animoso para contrastar.

—Mejor.

—Me alegro.

—¿Dónde están mis dos —Verónica se cortó a sí misma—, mis tres machos?

El anciano no tenía ninguna intención de amargar aun más a su hija con el turbio acontecimiento del día.

—El crío está con el perro jugando; no tardará. Alfonso ha ido a hacer un recado.

—Bien. En cuanto vengan, cenaremos. Oye, papi —Ella cambió radicalmente de tema—, me alegro de que estés aquí, conmigo.

—¿Ocurre algo, hija?

Acarició la mejilla de ella con la ternura que solo un padre puede demostrar, temiendo que otra mala noticia estuviera a punto

de aterrizar. Verónica lo miró a los ojos y, esta vez sí, sonrió con sinceridad, aunque con más pena si cabe.

—Quiero que me hagas un favor —dijo quedamente.

—Claro, cielo, lo que quieras.

—Prométeme que si algo me pasara te encargarías de cuidar a Oli. Y sobre todo, a Alfonso. Él lo necesitará. —Volvió a corregirse —: Es decir, lo necesitaría mucho más. Es débil.

«Mierda, lo sabes», pensó él enseguida, aunque sin dejar de acariciarla. Se mantuvo en incómodo silencio.

—Prométemelo —insistió Verónica.

—¡Qué cosas dices! —El padre fingía creer que estaba en medio de una broma de su hija—. Si ya estás prácticamente recuperada de esa gripe, tonta —añadió, haciendo de tripas corazón.

—Por favor, prométemelo, hazme caso. Jope, es que... ¡jamás terminaré de poner letra a esa dichosa canción! —Y como un resorte, a Verónica la cara se le contrajo y rompió a llorar como una niña.

Salas sintió como si envejeciera de nuevo. «¿Por qué lo has hecho, Sara?» Había medido mal su capacidad de aguante, y así las cosas, los inesperados sucesos de las últimas horas lo desconcertaban hasta tal punto de hacerle perder las fuerzas. La última cosa que hizo antes de abandonar la casa fue despedirse de su niña con un beso. Pero en realidad no prometió nada.

Capítulo 21

12 de octubre de 2006

Charly Rubial iba a cometer su última excentricidad.

Lo primero que hizo esa mañana, cuando apenas habían empezado a cantar los pájaros más madrugadores, fue arrancar su viejo Land Rover de caja de cambios automática y tomar la carretera del interior. No había dejado de llover en toda la última semana, pero ese día resultó ciertamente tormentoso. Cuando las paredes montañosas que cercaban la carretera crecían a lo alto y se aproximaban la una a la del otro lado de la calzada, la penumbra era tal que parecía ser ya de noche. A pesar de todo, Charly conducía a una velocidad exagerada, muy por encima de los 90 kilómetros por hora permitidos en las carreteras comarcales de doble sentido. Cuando enfilaba algún tramo recto con varias decenas de metros por delante, aprovechaba para soltar la mano del volante y dar un lingotazo a una botella de Jack Daniels que llevaba sujeta entre las piernas. Conducía como un principiante, haciendo eses de un extremo a otro de la carretera e invadiendo parcialmente el carril contrario.

«Ya no falta mucho», se repetía a sí mismo entre jadeos.

Diez kilómetros. Esa era la distancia mínima a la que debía estar alejado de la casa de la doctora Mora, según ordenaba la orden de alejamiento que le había impuesto el juez Callejo. Eso significaba, por tanto, que debía abandonar Ámbar. Su vida —la poca que le quedaba— estaba en aquel maldito pueblo pesquero, de modo que, tras los dos días que pasó en el calabozo después de ser capturado por la Guardia Civil, se vio obligado a dormir en el Land Rover, comer en las gasolineras de carreteras perdidas, y

defecar contra las rocas como hacían las ovejas. Le habían retirado el pasaporte, por lo que no podría haber abandonado el país de haberlo querido, y también la licencia para utilizar armas; en su caso, un antiguo revólver.

«Puto Callejo de los cojones, me ha arruinado la vida», masculló para sí.

Pero lo que más le dolía era la visita que recibió el mismo día de ser recluso en una de las estrechas celdas del cuartel de la Benemérita. Aún tenía los pechos tersos y firmes de la doctora grabados en las pupilas cuando vio, a través de los barrotes, que la puerta de acceso a los calabozos se abría. Rápidamente se levantó, pues sabía que la visita era para él —no había más reclusos ese día—, y acercó la cabeza a los hierros, agarrando uno de ellos con la mano. La visita llegaba acompañada de uno de los guardias, que esperó atento en la puerta. Charly entornó los ojos para intentar identificar de quién era la figura de mujer que se acercaba a contraluz. Dio un paso atrás cuando la reconoció. Vestía una ceñida minifalda de tela negra y una chaqueta de cuero corta del mismo color. El rojo intenso del pintalabios y el contundente repiqueteo de los tacones contra las baldosas la hacían parecer mucho mayor que una adolescente. Al llegar a la última celda del siniestro corredor, se detuvo y fijó en él la mirada. Por alguna razón, el recluso tragó saliva con dificultad.

—Hola, Charly.

El nombrado tardó un tiempo en hablar.

—Alyssa. Menos mal que has venido.

—En cuanto me he enterado. —La joven se mostraba imperturbable; no movía un solo músculo de la cara, salvo los estrictamente necesarios para hablar—. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —añadió en un susurro de voz.

Visiblemente ilusionado, Charly replicó:

—Un par de días, hasta que el juez decida qué hacer conmigo. Después habrá un juicio contra mí, supongo, y ahí se verá si me declaran culpable o inocente. Pero para eso hay que esperar.

Alyssa sonrió. Tras las rejas, Charly parecía más un corderito a punto de ser degollado que el Amante Brujo de temible reputación que había estado años tratándola como una esclava. Esta vez no

profería insultos, miraba de abajo arriba y no al revés, e incluso le pareció verlo temblar un par de veces.

—Entiendo —se limitó a comentar la recién llegada.

Giró el tullido su cabeza hacia la puerta y comprobó que el guardia civil de turno los observaba, aunque no podía oír lo que decían.

—¡Estamos solos, Alyssa! —exclamó después, en tono de reproche—. Ese ni siquiera sabe de lo que hablamos.

—Exacto, estamos solos —respondió ella con cautela.

Charly no esperaba esa réplica de su muñequita y dudó antes de hablar de nuevo:

—Soy Charly, ¿recuerdas? Paga la fianza y sácame de aquí.

—Dime: ¿qué eres? —La joven, descarada, cambió de tema súbitamente.

Él se mostró perplejo.

—¿Cómo dices?

—Culpable o inocente —inquirió con manifiesta frialdad—. ¿Qué hiciste?

—Alyssa, solo me estaba divirtiendo un poco con la doctora. Había bebido y...

—Y la violaste —le cortó la nombrada, tajante.

—¡Eso no es cierto! —El manco alzó la voz, provocando que el guardia civil se acercara unos pasos en estado de alerta—. Tienes que creerme —susurró ahora, nervioso—, no la violé.

—¿Y por qué no?

Charly no pudo responder a la pregunta.

—Te lo diré yo —continuó Alyssa, que se acercó tanto a los barrotes que habría podido besarlos si él no hubiera retrocedido—: no la violaste porque, gracias a Dios, llegó la Guardia Civil a tiempo para impedirlo.

—Al-Alyssa. —Apenas acertaba a vocalizar—. ¡Te juro que no iba a hacerle nada! —estalló—. Por favor, deja que te lo explique cuando salga de aquí. Nos iremos a Santander y te invitaré a cenar en un sitio caro. Allí lo entenderás todo.

A la joven se le escapó una sarcástica carcajada. El número de la Benemérita volvió la cabeza hacia ella y se encogió de hombros.

—No, mira, mejor vamos a hacer otra cosa. —Ella acarició una de las barras de hierro en movimientos verticales, muy lentamente y con absoluta sensualidad—. Como veo que sigues sin entender una mierda, voy a ser yo quien te explique la película, tío.

—¿Qué dices?

—Fui yo la que avisó a la Guardia Civil para que te detuviera.

Ambos se miraron durante algunos silenciosos segundos. Las pupilas de él se dilataron ipso facto.

—No hablas en serio. ¿Por qué ibas a hacerme eso?

—Porque, querido amigo, si no lo hubiera hecho, esa pobre chica sería ahora mismo una maltratada más a añadir a la larga lista. A mí no me engañas, Charly. La habrías violado, igual que no habrías dudado en abusar de mí si me hubiera resistido en alguna ocasión. Por eso llamé a los de la Guardia Civil. Y porque estoy cansada de arruinar mi vida y la de los de mi alrededor por seguirte en tus malditas paranoias. Estás completamente obsesionado con tu hermanastra, y ya estoy harta de ser la muñequita que te follas cada noche mientras me pones su cara e imaginas que soy ella.

—¡Maldita zorra! —Enrojecido, Charly se abalanzó contra la reja—. ¡Ven aquí! —Alargó su único brazo y estiró los dedos hasta el límite de su capacidad, pero ni siquiera pudo rozarla.

—Pero el colmo ha sido utilizarme en contra del pobre Óliver y su abuelo. He estado a punto de convertirme en otro monstruo como tú.

—Te cae muy bien ese niño gilipollas, ¿no?

Alyssa no contestó a la pregunta. Se limitó a torturarlo con la mirada antes de lanzar su última frase:

—Pienso testificar en tu contra las veces que haga falta. Además, con pelos y señales. Voy a disfrutar viendo cómo te pudres muchos años en la cárcel. Puedes estar seguro de ello.

Después dio media vuelta y volvió a la puerta de los calabozos, donde el civil la acompañó al exterior. Charly esperó a que la puerta se cerrara del todo para soltar un grito desgarrado. Después se tiró al suelo llorando como un niño.

El coche derrapó en una curva pronunciada y a punto estuvo de golpearse contra la ladera del risco, haciéndole volver a la realidad.

Pisó fuerte el acelerador para llegar cuanto antes. Jadeaba como un lobo viejo.

«Un poco más.»

Estaba empezando a perder la nitidez en la vista y el control de los sentidos cuando divisó el final de la carretera, allá donde la tierra moría y el Cantábrico nacía. Frenó de golpe dando un volantazo, y salió del vehículo a toda prisa, apoyándose en el chasis y arrastrando los pies en el barro. Avanzó unos pasos más hasta que ya no había más terreno donde pisar, y entonces miró hacia abajo. Lejos, en el punto donde la vista no distinguía la magnitud de las rocas, las olas golpeaban la pared del precipicio espoleadas por el vaivén del viento. Las gotas de agua se clavaban en su piel como afilados agujones. Toda la bóveda celeste se teñía de gris oscuro hasta el horizonte, y solo el destello de los relámpagos impregnaba de luz aquella mañana tan lúgubre.

Charly no había estado allí desde que lanzara a su padre acantilado abajo. Aquello había ocurrido hacía ya muchos años, pero era como si los mismos truenos, las mismas gotas e idéntico vendaval hubieran regresado para recibirlo y cobrar al fin su penitencia. Pensó en él en busca de algún tipo de arrepentimiento, pena o tristeza, pero no tuvo éxito. Al contrario, en su complicada lógica opinaba que ese día había sido la única vez que había obrado bien; la última vez que estuvo en el bando de los buenos.

Dio un último trago de whisky y lanzó la botella al mar. Sintió un estremecimiento cuando el cristal se estampó contra las rocas y explotó en mil pedazos. Se balanceó hacia delante y detuvo sus pies justo en el mismo borde del abismo. Tragó saliva, cerró los ojos y se acarició el muñón con la palma de su única mano. En esa postura rebuscó mentalmente en su pasado, con el fin de dar con algún buen recuerdo con el que quedarse, pero nada encontró. Se vio a sí mismo montado a horcajadas sobre el cuerpo desnudo e indefenso de Sara, en la misma postura en la que pillara a su padre en el pasado, esa vez con Verónica en el lugar de la doctora. La ira experimentada aquel día, acrecentada con el tiempo desde entonces, había terminado por convertirle en la misma persona. Supo entonces que el odio le había transformado en aquello mismo a lo que precisamente odiaba.

Se combó una vez más, esta vez con más fuerza, y dejó que la gravedad hiciera su trabajo. Sus pies dejaron de tocar tierra firme y empezó a notar la resistencia del aire contra su piel. Las finas gotas de agua le golpeaban la cara mientras caía. «Un instante y mi cráneo se estampará contra las rocas. Entonces todo habrá acabado.»

Pero Charly había calculado mal la caída y fue a parar directamente al agua, donde se debatió impotente y arrastrado por una corriente que lo sacudía. La conmoción del golpe y su estado de embriaguez eran demasiado para intentar siquiera luchar contra la marea. Lo único que tenía que hacer era quedarse quieto, y en unos segundos estaría reposando sobre los fríos cantos de la bahía mientras los cangrejos le mordisqueaban la cara. Empezarían por los ojos, al igual que seguro hicieran con su padre. Pero el instinto de supervivencia hizo que luchara por unos segundos más de vida, y mientras cortaba el agua con su brazo, vio cómo millones de gotas caían sobre la superficie del mar por encima de él. Se sumergió más, y más todavía, con el poco aire que le quedaba en los pulmones. A cada brazada que daba se le hacía más difícil contener el aliento.

Entonces le pareció ver algo, y un chorro de burbujas se le escapó de la boca. Verónica se hallaba buceando junto a él, pero tenía la piel verdosa y podrida, y sus ojos eran dos esferas blancas desprovistas de iris y pupilas. Hipnotizado, Charly quiso tocarla, pero la figura fantasmal realizó un lento movimiento de negación con la cabeza y se alejó de la escarpada costa hacia el interminable fondo del Cantábrico mientras emitía lo que al manco le pareció una siniestra carcajada.

Le entró el pánico. Parecía que el pecho le iba a estallar, así que manoteó en el agua, agitó las piernas y se impulsó mientras los pulmones le exigían aire. Quiso avanzar en la dirección que había seguido el espectro de Verónica hasta que no tuvo más fuerzas. Cuando abrió la boca, en un intento desesperado por coger aire, le entró un chorro de agua salada, y Charly Rubial supo que se estaba ahogando. Una cadena de plata, de la que colgaba un peculiar colgante metálico en forma de cruz, se escabulló de uno de los bolsillos de la camisa, desligándose de su propietario sin que él se

percatase. Entonces una punta de roca dura y afilada lo golpeó violentamente en la nuca y sus sesos se esparcieron por el fondo de la bahía.

El teléfono de Sara Mora sonó.

—Hola, soy Verónica. ¿Tienes un momento? Necesito hablar. Es urgente.

—Por supuesto, dime. ¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal?

—Tengo dos cosas muy importantes que contarte: una es una exclusiva; la otra, una confesión.

—Está bien, tranquila. Puedes contarme lo que sea.

A pesar del intento por que su voz sonara dulce y tranquilizadora, era la propia Sara la que estaba muy lejos de encontrarse bien. Vestida con los mismos pantalones vaqueros y la misma camiseta vieja de los últimos tres días, ni siquiera se atrevía a salir a la calle. Llevaba tantas horas sin ducharse que todo su cuerpo rezumaba un rancio olor a sudor. Después de que el falso Ramiro se colara en su casa y arremetiera contra ella —momento que no podía quitarse de la cabeza—, había sido trasladada de urgencia al hospital por la Guardia Civil. «De vuelta al lugar de trabajo», pensó con irónica resignación mientras esperaba, tumbada en la camilla, a que comenzaran las pruebas. Los médicos, algunos de ellos caras conocidas, le habían extraído sangre. Le analizaron las zonas dañadas, especialmente la vagina. Todos respiraron aliviados cuando comprobaron que la violación no había llegado a consumarse, y aunque las heridas eran profundas y los hematomas violentos (la mayoría en la cara y la zona de los brazos), la integridad de la ahora paciente estaba a salvo. También la desnudaron, pues cada prenda que llevaba esa tarde (una bata y el pijama, más la ropa interior) constituía una prueba para juzgar al agresor en caso de que la víctima lo denunciara.

Y así fue. Nada más darle de alta del hospital, la trasladaron al cuartel de la Guardia Civil de Torrelavega, a pocos kilómetros de Ámbar hacia el interior de Cantabria, donde fue entrevistada por los miembros del Servicio de Atención a la Mujer (S.A.M). Las dos

civiles que tenía frente a ella, una jovencita con cara de espabilada y una mujer de mediana edad, la miraban con la lástima propia que merece una víctima de violencia de género, pero también con el evidente aburrimento de lo cotidiano. Sara consumó su derecho de denunciar a su agresor, y luego recibió la propuesta de alojarse de manera temporal en un hotel hasta el día en que debía celebrarse el juicio.

—Sería un hotel de lujo situado en el pueblo o ciudad de la provincia que usted elija, señorita Mora, y, por supuesto, rigurosamente desconocido por su agresor —había dicho la de más edad, que llevaba la voz cantante.

Ella lo rechazó, pues lo único que quería era volver a su casa, pero lo que sí aceptó de buena gana fue la promesa que le hicieron acto seguido: «En tal caso, el agresor Carlos Rubial cumplirá una orden de alejamiento de, al menos, diez kilómetros de su hogar».

Apenas salió de la sala de entrevistas del S.A.M., y cuando la puerta aún estaba entreabierta, oyó a la mujer joven, cuyo nombre no recordaba, comentar apesadumbrada a sus espaldas:

—Qué pena me ha dado esta chica. Estaba tan hundida.

¿Cómo no iba a hundirse después de haber estado a punto de ser violada por un completo desconocido con el que, hasta donde ella sabía, nada tenía en común? ¿Cómo no ver, cómo no percibir de otra manera su propia existencia cuando, en cuestión de segundos, pudo pasar de ser razonadamente feliz a convertirse en un juguete para perros? Durante los tres días que transcurrieron desde aquella marabunta de desagradables acontecimientos, Sara no se había comunicado con nadie. Ni siquiera había escrito a Diana. Hasta ahora, momento en que Verónica la había llamado prometiéndole una gran exclusiva y una confesión. *Confesión*, la típica palabra que al lado psicólogo de Sara no le traía buenos presentimientos.

—¿Cuál prefieres que te cuente primero? —preguntó Verónica, que a juzgar por su respiración a través del auricular estaba nerviosa. O excitada. O tal vez, fatigada.

—No lo sé. La que quieras. ¡Pero hazlo ya, me tienes en ascuas!

Sara agradeció que su nueva amiga no le preguntara sobre el incidente de la otra tarde, ya que eso significaba que no se había enterado. ¿Lo sabría el doctor? Era lo más probable, pues había sido él quien le avisó por teléfono que aquel tipo sin brazo no era de fiar. En cualquier caso, no le había dicho nada a su hija moribunda; posiblemente, para no atormentarla con más dramas.

—Vale, pues primero la confesión —dijo Verónica—: hace unos días mi marido y yo estuvimos de viaje en el norte de Italia. ¿Eso lo sabes?

—Ajá —exclamó la doctora por decir algo, pues no entendía nada.

—Vale, pues no sé si has estado allí alguna vez, pero el sitio es lo más romántico y paradisíaco que he visto jamás. Cuando llegamos, sentía como si Alfonso, mi marido, hubiera retrocedido en el tiempo para convertirse de nuevo en el hombre por el que sentía tanta predilección en el pasado. —Hizo una pausa retórica para pensar bien sus siguientes palabras antes de proseguir—. Sara, esto que te voy a contar es muy íntimo, y algo que no he hablado con nadie, ni siquiera con mi propia familia. Lo hago porque ahora mismo eres la persona que más confianza me da, y siempre hay cosas que es mejor hablar con alguien ajeno al círculo familiar. Sé que nos conocemos desde hace muy poco y que eres mi médico, pero quiero que sepas que, aun con todo, te considero mi única amiga.

—Vaya, te agradezco la confesión, y reconozco que no me la esperaba. —Sara se relajó desde su lado de la conexión—. Es verdad que desde que te di la nefasta noticia aquel día hemos establecido una estrecha relación. Yo también te considero mi amiga —. «Aunque me vayas a durar bien poco», pensó, lapidaria, y después se regañó por haber sido tan tétrica.

—No, no, para nada. No era esa la confesión a la que me refería —corrigió la enferma—. Déjame continuar, por favor.

—Adelante pues.

—Justo el mismo día que llegamos a la Toscana, tuvimos una discusión terrible. Ni siquiera recuerdo el motivo, pero solo de pensarlo me entran ganas de llorar. Nos dijimos cosas horribles, y nos gritamos tanto que creo que hasta pasó por mi cabeza dejarlo.

En lugar de eso, me escapé furiosa y pasé todo el día recorriendo el pueblo, confiada de que el sol y la playa me harían ver las cosas con claridad. Entonces paré a comer algo en un agradable restaurante. Un hombre se acercó, se presentó, y acabamos compartiendo mesa y también queso. Resulta que el hombre era español, y estaba para comérselo, verdaderamente. Se llamaba Bruno.

Sara escuchó una tímida e inesperada risita al otro lado del auricular, y de repente se sintió tal como si hablara con una colegiala que estaba atravesando la siempre desafortunada edad del pavo.

—Espera, espera un momento. Es que no acabo de comprender, ¿por qué me estás contando todo esto? No quiero parecer antipática, pero no sé adónde quieres llegar...

La doctora interrumpió su frase a causa de los sonidos, esta vez entrecortados y angustiosos, que su nueva amiga emitía ahora. ¿Estaba llorando? Sara no vio cómo la mano izquierda de Verónica, la que no sostenía el teléfono, se posaba en su propio vientre y comenzaba a realizar lentos movimientos circulares en torno al ombligo.

—Sara, estoy embarazada —confesó al fin con voz hueca.

Capítulo 22

12 de octubre de 2006

A Sara se le estaban empezando a acumular las cosas en qué pensar. Demasiados rompecabezas entraban en su cabeza, uno tras otro, sin esperar a que se resolviera el anterior. ¿Verónica embarazada? Se preguntó si alguno de sus compañeros de trabajo, tutores o profesores de universidad habrían tenido que lidiar alguna vez con un caso así: tumor cerebral avanzado con guarnición de embarazo. El cuerpo le pedía acudir al viejo doctor Salas en busca de consejo, pero ni siquiera podía hacer eso, ya que, claro, era su propia hija la que le estaba confesando todo, como amiga, y no como paciente. Era un secreto personal, y eso lo hacía tan serio como cualquier secreto profesional. Y, una vez dentro del terreno personal, ¿estaba sugiriendo Verónica que esperaba un hijo de aquel ligue español que conoció en la Toscana? ¡Había sido infiel al marido que, por amor, había decidido ocultarle la enfermedad! Sara continuaba con el auricular en la oreja mientras divagaba sobre todas estas cosas en silencio.

—¿Sigues ahí? —preguntó Verónica entre evidentes lágrimas.

—Ssssí. —La doctora siseó, desconocedora de cuáles deberían ser sus siguientes palabras.

—Sara, el niño es de Alfonso. —Verónica no vio cómo, tras pronunciar esto último, la nombrada cerraba los ojos aliviada al otro lado del teléfono—. Al terminar de cenar con Bruno, y aquí continuo con la confesión tras el inciso que he hecho para la exclusiva, me propuso con mucho tacto que nos tomáramos una copa en su hotel. La verdad es que el chico era un encanto, y me moría de ganas por ir, así que acepté su ofrecimiento. ¡Incluso llegué a entrar en su

habitación! Y me siento fatal, Sara. Me siento fatal porque estuve a punto de pecar. Acepté una copa de vino que él me ofreció y la bebí casi de trago, y cuando me cogió de las manos y se las llevó a sus labios, deseé besarle. Pero no lo hice. Algo dentro de mí, algo a lo que le estoy eternamente agradecida, me impidió dar el paso. Entonces pensé en mi marido. Salí corriendo de la habitación llorando como una niña y sin despedirme de Bruno. No lo volví a ver. Días después caí enferma y tú me dijiste que me iba a morir, pero que Alfonso, que estaba al corriente de todo, me lo había ocultado para que viviese mis últimos meses de vida en paz junto a él. ¡Y yo lo quise traicionar!

Su llanto ahora era desconsolado.

Sara estaba tan impactada que fue incapaz de añadir nada. Incluso pensó confesar su incidente con *Ramiro* para así consolar a su paciente haciendo referencia al cacareado *mal de muchos, consuelo de tontos*. Desechó la idea por inconveniente, y Verónica reanudó su confesión:

—Si no fuese por Alfonso, hace tiempo que habría tirado la toalla. Lucho cada día por estar a su lado, y aunque él ignora que yo lo sé todo sobre mi enfermedad, veo que se ilumina su mirada con cada nuevo amanecer en el que estoy viva. Y por ello debo abortar antes de morir. Alfonso ya tiene demasiado con perder a una mujer. No soportaría saber que ha perdido también a su segundo hijo. ¿Me ayudarás, Sara?

Ésta carraspeo con un nudo en la garganta. Era todo demasiado importante para responder sin pensar.

—Claro que te ayudaré. Mañana mismo, si quieres, te presentaré a un ginecólogo que es amigo mío y lo trataremos todo entre nosotros tres —dijo quedamente, aunque más tarde entendería que no haría falta—. Nadie sabrá nada de ese embarazo. Será nuestro secreto.

—Te lo agradezco. No sé qué haría sin ti.

Sara colgó el teléfono tras la pertinente despedida en la que quedaron en hablar al día siguiente, y respiró hondo. Necesitaba organizar sus erráticos pensamientos. Utilizando una vieja goma elástica se apañó una coleta que atrapaba toda su melena. Después se dirigió a la cocina, donde abrió un helado de vainilla con nueces

de Macadamia que tenía preparado en el congelador para casos de emergencia. De vuelta en el sofá, con los ojos muy abiertos y las manos bajo la nuca, su cerebro trabajaba en el galimatías que se estaba formando en su interior. A pesar del intento de violación sufrido la otra tarde, o el drama sentimental a tres bandas que estaba atravesando la mejor de sus pacientes, su pensamiento volvía inexplicablemente, una y otra vez, al doctor Salas y a su yerno, Alfonso. A la visión de su viejo mentor actuando como si la muerte de su hija fuese algo natural que había que asumir, pero suplicándole a su vez, con el fondo de los ojos, que no hiciera más preguntas al respecto. Desde el momento en que ambos hombres entraron en su despacho y oyeron de su boca la terrible noticia del tumor incurable, Sara había sabido que algo le ocultaban y que se le estaba pasando por alto. Pero, ¿el qué?

Al llegar a este punto, un muro espeso comenzó a crecer entre la joven doctora y su capacidad de hilar ideas coherentes. Estaba harta del viejo verde de las narices, el Alfonso de las narices y el tumor cerebral de las narices. Un fuerte bloqueo mental le impedía de forma cruel alcanzar la meta de su razonamiento. ¿Se estaba volviendo loca? Empezó a valorar la opción de que el tumor de Verónica, su repentino embarazo —sobre el cual investigaría más tarde, ya que nunca había oído hablar de la gestación de un feto en un cuerpo en proceso de desintegración celular— y el ataque por sorpresa del falso Ramiro habían sido sucesos naturales e independientes entre sí —inusuales, de acuerdo, pero sin vuelta de hoja—, cuando de pronto su atención voló hacia la fecha de la fatídica visita de hacía tres días. Instantes antes de que el hombre manco se abalanzara sobre ella y la golpeará, él le había preguntado, casi obsesivamente, por la enfermedad de Verónica. Aquello no era raro —sobre todo una vez descubiertas las fotos que guardaba en la cartera— si no fuese porque su siguiente frase fue referida a... —Sara miraba al infinito de su techo en una especie de trance—. Al niño. ¿Por qué habría preguntado ese hombre por el hijo de Verónica? ¿Qué tenía el crío que ver en todo esto? Quizá el agresor supiera algo sobre el tumor que ella misma desconocía —idea que la aterró—, o puede que el hijo de Alfonso y Verónica poseyera la clave de todo. ¿Estará realmente todo relacionado con

una única pieza del puzle? Sara se llevó las manos a la nuca y volvió a arreglarse la coleta con más minuciosidad que antes. Seguía sin tener las ideas claras, pero eran muchas, ¡realmente muchas!, las cosas que no acababan de encajar en todo el asunto de la familia Morales-Salas.

Verónica miró por encima de la revista que estaba leyendo y comprobó que Alfonso acababa de entrar en casa. Parecía cansado, además de mojado y despeinado por el temporal, lo que no impidió que se acercara al sofá con una acogedora sonrisa y la besara en la frente como si llevara días sin verla. Ella le devolvió el beso, solo que en los labios. «Cuánto valor tiene el amor cuando tienes la certeza de que es puro», se dijo. Hacía algo más de media hora que había terminado de hablar con Sara por teléfono, y el disgusto producido al sacar a relucir todos sus tormentos había resultado en una reconfortante y maravillosa paz consigo misma. Había estado a punto de engañar a la persona que amaba —aunque durante años no lo viera así—, de acuerdo, pero no lo hizo finalmente. No tenía nada de qué arrepentirse, ni tampoco motivos para no mirar a Alfonso a los ojos con absoluta sinceridad.

Desde su postura, tumbada con un cojín a modo de reposacabezas, percibió que la herida que tenía su marido en la mano y que se había hecho cayéndose desde la bici —o esa era la explicación que él había dado, pues ella no se la creyó— estaba mejorando. Las heridas en los nudillos se habían convertido en pequeñas costras de sangre, y ya no había rastro de la venda que envolvía la mano los dos primeros días del *accidente*.

—¿Qué tal estás? —preguntó él, observando todos los detalles por si su mujer necesitaba algo. Taza de café con hielo, semillena. Revista, la del día de hoy. Mando de la tele, al alcance y con pilas—. ¿Tienes apetito? Podría prepararte unas tostadas con mantequilla y mermelada —enfaticó.

Verónica sonrió.

—¡Pero si hemos comido hace menos de dos horas! Estoy perfecta ahora mismo. —Volvió a sonreír aun más.

Cada vez era más fuerte la tentación de explicarle que un nuevo niño crecía en su interior. Se moría por decírselo. «No debes, Verónica, puesto que no hay manera de que llegue a conocerlo. Ni él, ni tú.»

Estaba tan cansada de sentir lástima de sí misma que ni siquiera lo lamentó esta vez. Se había acostumbrado a aceptar las cosas según llegaran, fueran buenas, como su reconciliación con Alfonso, o malas, como la inminente muerte que ella y su hijo estaban esperando.

Su cónyuge asintió satisfecho y entró en el dormitorio. Pocos segundos después estaba de vuelta, ataviado con sus zapatillas deportivas, unas mallas negras que siempre hacían reír a carcajadas a Oli por lo ceñidas que lucían en las piernas enclenques de su padre, un chubasquero gris y su inseparable iPod.

—¿Vas a salir a hacer deporte con este tiempo? —exclamó, más que preguntó, Verónica.

Alfonso explicó que un poco de trote bajo la lluvia nunca venía mal. Ante la posterior y espontánea reacción de ella —«¡Estás loco!»—, argumentó que estaba harto de aquel tiempo horrible y que necesitaba despejarse.

—Creo que deberías venir aquí y tumbarte conmigo. Yo te ayudaría a despejarte.

Ella le dedicó la más sensual de sus sonrisas y abrió ligeramente la bata hasta mostrar su ropa interior. Él ajustó el iPod al brazalete de tela que le rodeaba el brazo.

—Quizá más tarde, cariño. Tengo la cabeza que me va a estallar —dijo, y después dio un nuevo beso a su mujer. Fue el último en la historia de Alfonso y Verónica.

Tras casi cuatro meses de, a priori, irracionales elucubraciones, una luz se formó en el caso de Verónica Salas cuando Sara hizo dos importantes descubrimientos: el primero de ellos le aceleró el corazón; el otro, la atemorizó.

En un intento desesperado por esclarecer las sombrías ideas que la atormentaban, la doctora cogió los dos tacos de folios

grapados que había impreso en el hospital y que correspondían a los resultados de las pruebas realizadas a ambos miembros del matrimonio. Los releyó con minuciosidad por enésima vez, intentando dar con la pista definitiva que quizá la liberaría de aquella zozobra. Todo parecía estar en regla: el sello del hospital donde se habían realizado los exámenes —en este caso, el suyo—, la firma electrónica del médico a cargo de los pacientes —la suya propia—, y los datos personales del paciente en la primera página de cada informe. Sara leyó en voz baja:

Nombre y apellido del paciente: Verónica Salas
DNI: 16145852-L
Estado civil: Casada
Fecha de nacimiento: 05-05-1961

Siguió leyendo el resto de datos personales de Verónica, pero sin descubrir un solo error, y continuó con los resultados médicos que concluían en la desafortunada enfermedad archiconocida por todos. Desanimada, y con la sensación de estar dándole vueltas siempre a lo mismo, pasó a leer el informe de Alfonso:

Nombre y apellido del paciente: Alfonso Morales
DNI: 16145852-L
Estado civil: Casado
Fecha de nacimiento: 30-09-1964

Después realizó la misma inspección que con el taco de Verónica, como si esperara que, de tanto leerlos, hubiera cambiado algo como por arte de magia. Obviamente no era así, y cuando terminó de repasar los resultados de Alfonso —éstos con diagnóstico favorable—, arrojó con rabia ambos informes sobre la mesita, cayendo los dos al suelo tras el impacto.

Quería perforar el misterio y este se alzaba ante ella como una pared de granito. Recordó el consejo que el doctor Salas le había dado una vez: «Toma por costumbre hacerte al menos un regalo cada día». Decidió hacerle caso. Se levantó del sofá para llenarse una copa del mejor vino tinto que tenía en casa. La vainilla con nueces no era suficiente; aquella noche necesitaba al exquisito caldo como aliado si quería salir victoriosa. Abrió la ventana de par en par y, protegiendo la copa con ambas manos como si fuera un

tesoro, asomó la cabeza hasta que los goterones de la tormenta casi le mojaron el flequillo. Miró hacia arriba y dejó encantada que el agua empapara su rostro. El tejado del edificio, visto desde esa posición, se anteponía a las nubes oscuras como el telón de un teatro frente a un cielo enrabiado que no cesaba de escupir sus dardos líquidos. Comenzó a divagar, con un espíritu más filosófico que científico, acerca del poder de la imaginación, ya que, en realidad, el oscuro cielo se asemejaba a un cabreado ser superior que castigaba con munición de larga distancia al pueblo de Ámbar, protegido éste por sus bellos aunque viejos tejados. Consideró después que su idea era más metafórica que original, ya que en verdad era posible que el cielo estuviera castigando a los habitantes del pueblo, menguando sus ánimos y entristeciendo sus almas con tanta lluvia.

La doctora fijó de nuevo la mirada en las gotas, y bajó la vista para ver cómo impactaban sobre el asfalto de la calzada. La tormenta, ¿crecía o se apaciguaba? «¿Por qué voy yo a merecer tal castigo?» Saltaba su pensamiento de una cosa a otra, incapaz de centrarse en nada concreto a causa del insomnio de los últimos días, y pasó a considerar el drama que realmente estaba suponiendo para el marido de Verónica el tener que vivir con una sonrisa permanente y fingida mientras contaba los días hasta que ella muriese. También que tal vez fuese buena idea vivir soltera, como ella, y evitar así los muchos sufrimientos que un compañero de viaje sin duda provocaba.

El agudo sonido de una sirena, acompañado de una ambulancia que pasó a toda velocidad por debajo de la ventana del salón, interrumpió sus divagaciones por unos instantes. Ella aún no lo sabía, pero ese iba a convertirse en uno de los días más trágicos de los últimos tiempos en Ámbar.

Ciertamente estuvo muy torpe al romper la promesa que les había hecho a los dos hombres al desvelar a Verónica su enfermedad. Al fin se posaron sus pensamientos, voladores e indecisos hasta entonces, en un solo objetivo: la enfermedad de Verónica. ¿Por qué no habría dejado a la pobre mujer morir en paz, como habían sugerido el doctor y Alfonso, manteniéndose ella al margen? Cada pregunta le hacía saltar a Sara a una nueva

cuestión. ¿Qué necesidad tenía el doctor Salas de ocultar un hecho de tal magnitud a su propia hija? Y más extraño aun, si Alfonso quería mantener la enfermedad de Verónica lo más en secreto posible, ¿por qué quiso contar con la ayuda y complicidad de su suegro desde un principio, aun a riesgo de que se negara y estropeará todo? Ciertó que el doctor, en circunstancias normales, se habría negado con rotundidad a una negligencia como aquella. ¡Ocultar a un paciente su propia enfermedad! Pero esta vez se trataba de su propia hija, y era evidente que ese viejo genio haría cualquier cosa por su felicidad. «Por la felicidad de Verónica...» Esa fue la primera vez que Sara sopesó la posibilidad de que la idea inicial del plan había sido del galeno jubilado, y no de Alfonso. En ese caso, especuló, ¿podría ser que Salas le estuviera ocultando algo a su yerno?

Pensaba con cierta angustia en los dos hombres que habían entrado en su consulta aquel día, complicándole la vida. Dio un largo suspiro y regresó a la realidad.

La tormenta, en efecto, había crecido, formando grandes charcos, abajo en la calzada, que comenzaban a desbordar las alcantarillas. Súbitamente dio un respingo. Como un destello de lucidez, su razonamiento se detuvo en el día en que viajó a Madrid para asistir a aquella aburrida convención. Allí se encontró con Jaime Vergara, su viejo amigo de facultad, y mientras comían bocadillos, él había pronunciado unas palabras que le habían pasado inadvertidas, ¡hasta ahora!

Internó de nuevo su cabeza en el salón, y aunque mojada, recuperó los resultados médicos que antes habían caído al suelo. Dio un nuevo sorbo de vino, posó la copa en la mesilla y se concentró. Del flequillo le caían gotas de agua que empapaban la primera página del taco —en este caso, el de Verónica—, pero la doctora no se percató, pues ni siquiera estaba leyendo. Era como si su mirada, perdida más allá de los documentos, necesitara tener éstos delante para permitir al cerebro continuar con su particular investigación. Sus ojos se iluminaron, y con una eufórica sonrisa, posó los papeles sobre el sofá, esta vez con mimo. Corrió hacia la mesa del comedor, donde tenía encendido el ordenador portátil, y se sentó frente a él. Abrió el explorador de Internet y tecleó en el

buscador de Google dos únicas palabras: ALFONSO MORALES. Inmediatamente aparecieron en la pantalla infinitos enlaces que redirigían a biografías de diferentes personajes con el mismo nombre: un esgrimista norteamericano de setenta años de origen panameño; un bloguero experto en boxeadores caribeños; un abogado madrileño dedicado al derecho penal, y muchos perfiles alojados en redes sociales. Ningún enlace hablaba sobre un cántabro cuarentón, experto en el diseño y montaje de piezas de automóviles, que vivía en primera línea de la playa de Ámbar.

La pantalla también mostraba algunas imágenes, la mayoría primeros planos, pero ninguno del Alfonso Morales que Sara buscaba. Si su intuición no fallaba, y estaba segura de que no, necesitaba más información acerca del pasado de ese hombre. «¿Te has preguntado por qué fueron ambos a hacerse las pruebas?», había sido la pregunta de Jaime, en referencia a Verónica y Alfonso, en aquella cafetería de la acera de enfrente del hotel Puerta de América de Madrid. Según el doctor Salas, durante la conversación mantenida tras el mismo viaje de regreso, el matrimonio sufrió un accidente mientras pintaba las paredes de la casa. Ella quedó inconsciente, y él, mareado por el fuerte golpe que le propinó la escalera. Sin embargo, pensaba ahora Sara tras indagar a fondo en el asunto, nadie se hace un escáner cerebral por un simple chichón en la frente.

Emocionada por sus grandes dotes de investigadora, volvió a probar suerte en el buscador: ALFONSO MORALES ÁMBAR, tecleó esta vez. La joven dio un soplido de decepción cuando se le apareció una lista de varias mujeres, la mayoría sudamericanas, cuyos nombres eran Ámbar Morales. Sin embargo, acercó la cara a la pantalla y entornó los ojos cuando vio algo que le llamó la atención: uno de los enlaces, que redirigía a un blog, hablaba sobre un tal Francisco Morales, y en letra más pequeña se especificaba el pequeño pueblo pesquero de Ámbar como lugar de origen. Conteniendo la respiración, clicó en el enlace.

El blog, diseñado en tímidos colores crudos, constaba de una sola entrada, lo que significaba que había sido creado con el propósito de escribir una única reseña sobre el personaje en cuestión. El texto venía encabezado con una fotografía en blanco y

negro del tal Francisco Morales sacada a media distancia. Moreno y de pelo rizado, lucía un llamativo bigote que le cubría la mitad de la cara. Salía sonriente y sus ojos brillaban de forma especial, lo que hizo pensar a Sara que era una persona alegre. Leyó el contenido:

Francisco Morales de Campos (Ámbar, 1938), fue un humilde pescador que dedicó su vida íntegra a cuidar de su mujer y su único hijo. Su experiencia a bordo de numerosos barcos pesqueros de la costa cantábrica, formando parte de algunas de las expediciones más peligrosas y fructíferas del siglo veinte en la zona, no le sirvió para convertirse en una celebridad comarcal, hecho que lamentablemente sí logró años más tarde la implacable enfermedad de Alzheimer que puso fin a su vida a los cuarenta y cinco años.

Mientras leía, Sara, absorta, movía los labios como si hablara. Avanzó en la vida de Francisco Morales hasta que leyó algo que le excitó el alma:

Durante su enfermedad, y hasta el día de su muerte, Francisco estuvo internado en la residencia Alborada (Torrelavega), donde recibió en todo momento el cuidado, el amor y el cariño de su mujer Carmen y su hijo Alfonso, quien escribe estas líneas a modo de homenaje.

Fue en ese punto donde dejó de leer, necesitada la joven doctora de algunos segundos para asimilar la información y decidir hasta qué punto era importante. No los tuvo, sin embargo, pues alguien golpeó insistentemente la puerta.

Capítulo 23

12 de octubre de 2006

El otro descubrimiento que Sara hizo esa tarde fue fruto de la casualidad.

Miró a través de la mirilla de la puerta una segunda vez, pues lo que vio en un primer intento le había sorprendido tanto que tuvo que achacarlo al vino, al insomnio, y también a la incipiente agorafobia que estaba empezando a desarrollar.

No se trataba de una alucinación.

Desconcertada, se enfundó rápidamente un pañuelo al cuello para que no se notara el arañazo que había sufrido en el cruel forcejeo con Ramiro. Abrió con la llave y deslizó luego la cadena que hacía de seguro redundante (la había ordenado instalar inmediatamente después del incidente). Abrió la puerta con cuidado, como si temiera que un enjambre de avispas se colara súbitamente por la abertura.

Al otro lado se encontraba una mujer de sesenta y dos años. Sara lo sabía con certeza, aunque por su aspecto podía estar en cualquier edad comprendida entre los cincuenta y los setenta. Era la viva imagen de la extravagancia. Alguno incluso podría haber dicho que iba disfrazada, aunque ni el más original podría haber adivinado la temática del disfraz. Llevaba un enorme moño rubio sujeto por dos palillos chinos y que le estiraba el cabello en la zona de la sien. Esto presentaba una frente deforme, resaltando más si cabe el pálido maquillaje. A pesar de la bochornosa tormenta, se había anudado al cuello un fular estampado que simulaba la piel de una cebra, con suerte de que le caía por el pecho y ocultaba el prominente escote, sin duda exagerado para alguien de su edad. No

solamente la zona del pecho era atrevida en el vestido, pues este, de color amarillo crudo, se ceñía a unas caderas que la madura mujer creía mantener atractivas. Las piernas estaban cubiertas con medias oscuras, y los zapatos, de vertiginoso tacón, era lo único en su indumentaria que hacía juego con el fular, pues también eran blanquinegros. Para combatir el desequilibrio, se apoyaba en un paraguas rojo intenso que parecía sacado del Moulin Rouge de París. Su atuendo era una mezcla extravagante de geisha, Liza Minelli, Amelie, y la mujer de un gánster cualquiera de la ciudad de Chicago en plenos años treinta.

Sara la miró de arriba abajo con la boca abierta, aunque no pudo ocultar su alegría.

—Hola, Celia —dijo simplemente—. ¿De dónde sales tú?

—¿Que de dónde salgo? ¿Dónde has dejado tú la educación? Entraré a tu piso, ya que supongo que en algún momento me invitarás a pasar, ¿no? —La mujer entró hasta el salón—. Venga, ponme un té verde bien caliente con unas gotas de leche, que tengo frío hasta en los huesos. Y ven, siéntate aquí conmigo, que tenemos que ponernos al día, je, je, je.

—Claro, Celia. Enseguida.

La aludida la atravesó con la mirada.

—¡Te he dicho mil veces que no me llames Celia! —exclamó, molesta.

—Es verdad. —Sara miraba a diferentes puntos del techo y la pared para no encontrarse con sus ojos—. Lo siento, madre.

A Verónica le aturdían sobremanera las insistentes gotas de lluvia cayendo contra los cristales. Se levantó del sofá —estaba cansada de estar casi todo el día tumbada— y se dirigió al piano. Recogió la falda del batín con ambas manos y se sentó. Después tomó aire, lo soltó progresivamente, y comenzó a tocar la misma melodía de siempre, esa que había compuesto con brillantez y a la que ahora era incapaz de dar letra. El tema era un adagio, y sin ser triste, se había convertido en una fascinante droga: cuando reproducía las notas se sentía muy bien, casi en éxtasis. Pero si

hacía cualquier otra cosa, ansiaba tocar. No quería pasar al otro mundo, pensaba, sin ponerle una letra a su ópera prima.

De pronto sonó el teléfono.

El estridente timbre sobresaltó tanto a la pianista que hizo que sus dedos presionaran por error las teclas situadas más a la derecha del teclado, es decir, las más agudas. La mezcla del teléfono con las inapropiadas notas hizo que Verónica sintiera un dolor punzante en su cabeza, tal como si alguien le diera con un martillo.

Corrió hacia el teléfono para acabar con aquel ruido tan desagradable.

—Diga.

Escuchó unas palabras.

—Sí, soy yo. ¿Qué quiere?

Verónica se mantuvo atenta a todo lo que su interlocutor tenía que decirle. Estuvo un rato sin contestar nada, y cuando lo hacía, era para responder en monosílabos.

Colgó.

Su rostro había palidecido, y antes de que pudiera siquiera amagar con dar un paso, se desplomó contra el suelo. Todo lo que vio después fue la inmensa oscuridad.

Antes de que Sara hubiera cerrado la puerta de casa, Celia ya estaba haciendo un estudio a fondo del salón. Echó un vistazo que, aunque fugaz, fue suficiente para hacerse una idea de en qué condiciones vivía su hija. Luego se acomodó en el sofá.

—Vaya jaleo tienes aquí. Esto parece una leonera —comentó con tono de reproche—: Ale, ale, tráeme ese té caliente. Y también algo de comer, que estoy hambrienta.

Sara obedeció en silencio y se perdió en la cocina. Mientras tanto, su madre seguía hablando desde el salón.

—Voy a abrir del todo las ventanas, si no te importa. El ambiente aquí está tan cargado que, si no te conociera, pensaría que vives con un hombre al que le cantan los pies. Je, je, je.

La anfitriona fingió no haber oído esto último, pues el hiriente comentario le había hecho la misma gracia que una patada en la espinilla.

—Y hablando de hombres, tu padre me tiene harta. —Sara escuchó el largo suspiro de quien la había parido—. Se ha empeñado en cambiar la distribución eléctrica de toda la casa, y ahora los enchufes están todos en un sitio diferente. ¡Y lo peor de todo es que ya no sé qué activa cuál! Qué ganas tengo de que llegue Navidad y nos vayamos de una vez a Benidorm. Aunque, ahora que lo pienso, con la obsesión que tiene es posible que también le dé por redistribuir aquella casa y...

Celia se llevó un dedo a la boca, pensativa, en el mismo instante en que la anfitriona volvía con una bandeja con dos juegos de tazas de Ikea, azúcar, pastas y un té buenísimo que unos amigos le habían traído de Sri Lanka hacía ya un tiempo.

—Yo creo que chochea.

—¿Quién? —quiso saber Sara, distraídamente.

—¡Tu padre, hija! ¿Quién va a ser?

—Ah.

Sara únicamente pensaba, no sin remordimiento, en la mejor manera de despachar a su madre para así poder seguir investigando sobre la historia de Alfonso Morales y su familia. Sin duda Celia había sido muy inoportuna. Ese era uno de sus grandes dones. También se sentía incómoda por no confesar a su propia madre que había sido víctima de un brutal intento de violación. «Algún día se lo tendré que contar —pensó sombría—, pero aún no estoy preparada. Además, eso destaparía el tarro de las esencias. A nada que describiera mínimamente el suceso, Celia se pondría de inmediato en contacto con la Policía, el Gobierno, algún amigo abogado que seguro que tendrá, e incluso con el FBI. Aquello derivaría en al menos tres horas más de charla, y eso sí que no lo puedo permitir.»

La anciana mordisqueó una pasta y se llevó la taza de té a la boca.

—Hija, estás muy callada. Venga, cuéntame chismorreos, je, je, je. Por ejemplo, ¿qué tal vamos de novios por aquí?

—Todo igual, madre. No tengo tiempo para los hombres; ni tampoco interés.

—No sé ni para qué pregunto. ¿Y en el trabajo? ¿No hay médicos macizos? Seguro que sí. —La señora soltó una extraña risa de adolescente—. Yo el otro día fui a revisarme la vista que, por cierto, ya no veo tres en un burro, y mi oftalmólogo de siempre, el doctor Faría, estaba de vacaciones. Lo había sustituido un jovencito al que ya le habría echado el lazo de tener unos años menos, je, je, je. Se llamaba Víctor, creo. El capullo se ha ido ahora a las Bahamas.

—¿Víctor se ha ido a las Bahamas? —se lio Sara.

—No, tonta, el doctor Faría. ¡Presta más atención! ¿Acaso quieres que te prepare una cita con Víctor?

La anfitriona alzó una mano de rechazo.

—No, por favor, no, déjalo.

—Pues deberías. Es joven, guapo, y buen partido.

Sara oía las palabras sin escucharlas. De cuando en cuando, miraba de reojo a su ordenador y pensaba en eso tan importante que había dejado a medias.

—Además, nos dejaría las revisiones de los ojos gratis, ¡que no veas los dineros que cuestan! La vida está muy cara hija, ¡muy cara! Antes de ayer fui al mercadillo y ya ni los gitanos respetan los precios. ¡Me querían cobrar diez euros por tres pares de calcetines! No los compré, por supuesto. Además, iban a ser para tu padre así que, ¡que se fastidie! Que siga luciendo esos tomates cada vez que se quita los zapatos, je, je, je. Lo que te digo, hija, la vida está muy cara. Menos mal que tu padre es un santo y hace todas las chapuzas de casa. ¿Te he dicho ya que ha hecho un gran trabajo redistribuyendo el sistema eléctrico de toda la casa?

—Sí, madre, algo me suena —rezongó la doctora, hastiada de tanta palabrería superficial.

—Qué gran labor. A ver si saca tiempo y hace lo mismo con la casa de Benidorm estas Navidades.

Sara puso los ojos en blanco, pero continuó dando pie a la conversación. Al fin y al cabo, se trataba de su madre. Terminados los té, la ofreció quedarse a cenar, aunque deseaba que declinara la oferta.

—No, hija, muchas gracias. Tu padre me espera para cenar. Vamos a probar con ese restaurante marroquí, o egipcio, o árabe... ¡qué sé yo! El caso es que está teniendo buenas críticas, y una ya se va cansando de tanto pescado del Cantábrico y tanta leche. Además, no te ofendas, pero tu cocina de *amateur* —esta palabra, pronunciada con recochineo— deja mucho que desear para una vieja cascarrabias como yo, je, je, je.... No me mires con esa cara de odio, que te he traído un regalo.

Sacó un paquete del bolso. Sara lo abrió y comprobó que se trataba de un disco recopilatorio con lo mejor de Mike Oldfield. Sonrió complacida y le dio un fuerte abrazo. Después introdujo el disco en su equipo estéreo y escucharon juntas *The Bell*. Al terminar el tema, la mujer se levantó del sofá y ambas se dirigieron a la puerta. Ya en el rellano, esperando al ascensor, Celia cambió de tema.

—No querías que me quedara a cenar, je, je, je —dijo de golpe.

Su hija abrió la boca, pero no supo qué contestar. La mujer soltó una carcajada antes de concluir en voz baja:

—No te culpo, yo ya soy una señora chocha y tú estás en edad de comerte el mundo. Aunque sé que hay algo que no me quieres decir y que te preocupa. Esas cosas a las madres no se nos escapan.

—Bueno, siempre hay cosillas, pero nada importante —mintió Sara—. Son temas aburridos que no interesan a nadie.

Cuando el ascensor llegó al segundo piso, madre e hija se abrazaron durante mucho tiempo. Al separarse, Celia abrió la puerta metálica del elevador. Justo antes de entrar se dio media vuelta para decirle en tono de suave recriminación:

—Hija, ya sé que eres adulta y no te gusta que te dé consejos. No pretendo decirte cómo debes hacer tu trabajo, pero no sería una madre si no te dijera que deberías ser más cuidadosa con tus cosas.

—¿Por qué lo dices? Soy supercuidadosa.

—He visto los papeles que tienes sobre el sofá, y ya sabes lo cotilla que soy —admitió con media sonrisa cómplice—. Me he fijado en que los pacientes correspondientes a los dos tacos de folios tienen el mismo número de identidad. Y eso, claro, no puede ser, je,

je, je. Estate más atenta la próxima vez, ¿eh? Bueno, hija, cuídate. Hasta pronto.

Le lanzó un beso por última vez y desapareció tras la puerta. Sara se quedó atónita en el descansillo viendo bajar el ascensor. Hasta que no llegó al bajo y su madre no salió del edificio, no asimiló el significado de las últimas palabras de despedida.

Una repentina sensación de angustia oprimió su abdomen y ascendió hasta la garganta.

Capítulo 24

12 de octubre de 2006

Sara entró corriendo en casa y cerró la puerta dando un portazo. Cruzó a toda prisa el salón y prácticamente se lanzó contra el sofá donde antes había dejado los papeles. Ambos tacos seguían en la misma posición en la que ella los había dejado. Se fijó de nuevo en los datos personales.

Nombre y apellido del paciente: Verónica Salas
DNI: 16145852-L

Nombre y apellido del paciente: Alfonso Morales
DNI: 16145852-L

Su madre tenía razón: ambos números eran idénticos. Se sentó y rellenó la copa de vino que había dejado a medias. Después hizo algo que no hacía desde los años de instituto y que había jurado solemnemente no volver a hacer jamás: encendió un cigarrillo.

Fue eso, la coincidencia en los DNI, lo que Sara había guardado en su subconsciente y lo que salió de pronto a la superficie cuando su madre se despidió de ella en el rellano de su casa. Le invadía una mezcla de excitación y desánimo. En contra de sus expectativas, y tras meses dando palos de ciego, estaba hallando información relevante. El problema era que aunque esta arrojaba claridad sobre el misterio de cuya veracidad ella estaba segura, no la acercaba lo más mínimo a su demostración. Pero no se equivocaba, aquel caso había comenzado con tintes extraños desde el minuto cero. Ahora ya tenía algo a lo que agarrarse, un punto de apoyo sobre lo que proseguir su *investigación*. Sara Mora volvía a meterse en el partido.

No había dado ni tres caladas cuando expulsó el humo con un fuerte soplo y apagó el cigarrillo dentro de la taza de té vacía. Volvió a coger los resultados médicos, uno con cada mano, como si creyera que unos simples papeles le fueran a desvelar información oculta que ella no supiera ya. Por su cabeza solo rondaba una palabra: «quién». ¿Quién se había equivocado anotando el mismo DNI para dos pacientes diferentes? Era preciso responder a esa pregunta. Repasó en su mente el protocolario proceso que siguen los datos personales durante un análisis como el que sufrieron Alfonso y Verónica. «Primero —enumeró para sí misma—, los pacientes deben rellenar un simple formulario en el cual uno de los datos es, efectivamente, el número de identidad personal. Aunque remota, era posible la idea de que uno de los dos miembros del matrimonio hubiera escrito por error el DNI de su cónyuge. Era algo improbable aunque, ¿por qué no? Sea como fuere, esos formularios llegan a manos de los auxiliares que realizan la prueba correspondiente; en este caso, las resonancias. Ellos son responsables de repasar los datos personales para asegurarse de que todo está correcto y que no quedan campos por rellenar. En el supuesto de que Alfonso o Verónica hubieran rellenado su informe de manera errónea, los propios auxiliares debían de haberse percatado de ello».

Sara sacudió la cabeza. «Lo estoy enfocando desde un punto de vista erróneo —pensó, un tanto desanimada—. Cualquiera pudo haberse equivocado: los propios pacientes, los auxiliares médicos, o incluso yo misma, al traspasar los formularios a la base de datos principal del hospital. —Pero esta tercera opción era poco probable. Sara podía ser inocente, inexperta e incluso algo afectada, pero el perfeccionismo era su mayor virtud. Era demasiado meticulosa como para haberse equivocado en una simpleza como aquella—. Si estoy en lo cierto, ¡la base de datos me lo confirmará!»

Pasó del sofá a la mesa, donde el ordenador portátil seguía encendido y con el salvapantallas activado. Movié el ratón y minimizó la ventana del blog que hablaba de Francisco Morales, para abrir un acceso directo que la llevaba al servidor privado del hospital. Le temblaba la mano diestra. Intentó relajarse dando un nuevo sorbo de vino, pero estaba demasiado emocionada. La

Intranet del hospital —donde tan solo los médicos tenían acceso a la base de datos— se abrió solicitando un número de matrícula y una contraseña. Introdujo a prisa sus datos y dirigió el cursor del ratón directamente al buscador: «Verónica Salas», y le faltó tiempo para teclear. Tuvo que esperar unos pocos segundos para que se mostrara por pantalla la ficha personal detallada de Verónica, con su fotografía y su historial médico, así como sus datos personales. Fue en estos en los que Sara fijó su máxima atención:

Verónica Salas DNI: 16145852-L

«Es correcto», pensó.

Acto seguido, buscó a Alfonso y la aplicación realizó el mismo proceso. Cuando Sara analizó la ficha, experimentó un subidón de adrenalina.

Alfonso Morales DNI: 16072631-D

La base de datos estaba bien. Tanto él, como ella, tenían su número de identidad correcto, lo que quería decir que ambos rellenaron sin error sus formularios, por lo que los auxiliares no se habían visto obligados a corregir nada, y la propia Sara no había fallado en hacer el traspaso a la base de datos, como ya suponía. La coincidencia de los números en los resultados médicos no se debía a un error.

Descartado así el fallo *no intencionado* —estas dos palabras eran importantes—, era evidente que alguien había modificado los datos personales de Alfonso a la hora de cumplimentar los propios resultados. Pero, ¿quién? La misma pregunta continuaba atormentándola como un clavo ardiendo que perforase su mente.

La base de datos de la clínica era privada y contenía un óptimo sistema de encriptado y validación. Solo un *hacker* pudo haber penetrado en ella ilegalmente para modificar los datos a su gusto. La otra opción era que se tratara de un médico del hospital, como ella.

—¡Sí, todos los médicos que trabajamos aquí tenemos acceso a la base de datos! —comentó en voz alta—. «Aunque, espera un momento... —caviló en su inquieta mente—. Nosotros no tenemos

poder para modificar los datos de pacientes que no son los nuestros. Únicamente hay unos pocos doctores, todos ellos dinosaurios y con dilatadas carreras, que tienen libertad absoluta para hacer y deshacer en las bases. ¿Existe algún otro médico en el hospital que conozca el caso y que, por alguna razón que se me escapa, hubiera querido modificar los resultados? No —se respondió a sí misma, de inmediato—. De hecho solo hay un médico en este mundo al que le he contado el caso al detalle: mi amigo Jaime Vergara».

Sin embargo, este no ejercía la medicina en la clínica de Ámbar, y por ende, era imposible que tuviera acceso a la Intranet. Y mucho menos se trataba de un *hacker* informático.

La joven rio entre dientes ante tal posibilidad.

«Vas por buen camino, Sara. Procura no distraerte más», se animó.

La palabra «quién» había cedido todo el protagonismo en el cerebro de la doctora a la pregunta: «¿por qué?». Intentó imaginar diferentes motivos por los cuales alguien, ya fuera *hacker* o médico, tuviera necesidad de modificar el número de identidad de uno de sus pacientes, que además estaba clínicamente sano.

Dio un nuevo trago de vino y se dispuso a seguir desgranando las causas del misterio que ella misma había creado.

—¿Y si aquel que accedió a la Intranet, legal o ilegalmente, hizo la modificación en los datos de Alfonso motivado por el deseo de una tercera persona? En ese caso el abanico de posibilidades se hacía inmenso... —Volvía Sara a hablar, más bien susurrar. Las ideas se fijaban mejor en su esquema mental y los fallos de argumentación quedaban antes en evidencia si se oía a sí misma, en lugar de si solo pensaba.

—Utiliza la lógica, Sara. Tiene que haber una explicación sencilla —dijo quedamente.

Lo realmente importante no era el quién, ni tampoco el porqué, sino las consecuencias. ¿Qué quería conseguir la persona que accedió a la base de datos? ¿Por qué alguien querría piratear un dato tan inocente como el DNI de un paciente que no estaba tratando? Frunció el ceño. No se le ocurría ninguna buena razón. El riesgo, para un hombre de prestigio como era cualquier doctor con

acceso total a los datos —la opción de los *hackers* quedó descartada por parecerle realmente inverosímil— de cometer semejante ilegalidad, era demasiado alto para los beneficios que en sí pudiera obtener con su fechoría. Para empezar, si fuera descubierto, sería automáticamente expulsado de la clínica, eso era indudable, y su licencia, retirada.

«A no ser... a no ser... —Estas tres palabras quedaron atascadas en su mente como un tapón—. A no ser... que el causante de tal delito fuera un prestigioso doctor que no ejerciera la medicina... en la actualidad».

Sara se secó una lágrima furtiva con la mano diestra. Su razonamiento poco a poco la había ido llevando sin remedio hasta una solución que la fascinaba y la aterraba al mismo tiempo. La conclusión a la que estaba llegando se antojaba triste, pero igualmente evidente. Solo había un doctor que tenía acceso íntegro a la Intranet de la clínica de Ámbar y que poseía una razón para no temer que le despidieran: llevaba años jubilado. Además, esta persona, obviamente, estaba al cien por cien implicada con el caso de Alfonso y Verónica.

«¿Por qué harías algo así, maldito viejo verde?», pensó con pronunciado ceño.

Se puso en pie, rebosante de rabia contra su mentor, y comenzó a susurrar tacos sin ningún tipo de orden o criterio. ¿Sería verdad que el doctor Salas se había colado en los datos para modificar la ficha de su yerno? ¿Con qué propósito?

De pronto recordó una sensación que había tenido desde el día que fue a visitar al jubilado galeno aquella noche, después del viaje a Madrid. En aquella ocasión, el viejo hablaba en todo momento de la enfermedad de su hija con una naturalidad pasmosa, como si, en el fondo, no creyera que moriría finalmente.

«¿Has estado mintiéndome todo este tiempo? —caviló mentalmente, encolerizada—. En ese caso, ¿en qué más cosas has mentado, cabrón?»

Como impulsada por alguna fuerza invisible, volvió a sentarse frente al portátil y buscó en la intranet los documentos de *word* relativos a los resultados médicos de Alfonso y Verónica; los mismos que ella misma había impreso y que ahora reposaban sobre la

mesita. Al consultar las propiedades de los documentos soltó un gemido que acompañó llevándose la mano a la boca. Luego reabrió la ventana que contenía el *blog* con la reseña homenaje dedicada al difunto padre de Alfonso. Releyó el texto de nuevo, esta vez más intrigada, convencida de que había dado con la tecla. Cuando terminó, dejó de mirar a la pantalla para fijar sus ojos en los dos tacos de folios.

—Ya lo tengo —murmuró entre dientes.

Nerviosa como nunca había estado en su vida, sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón. Mientras tecleaba, no cesaba de repetir las palabras que su amigo Jaime le dijera en el pasado: «¿Te has preguntado por qué fueron ambos a hacerse las pruebas?»

El móvil comenzó a dar tonos de llamada. «¿Por qué fue él a hacerse las pruebas?» Era una pregunta sin respuesta lógica.

—¡Cómo he podido ser tan estúpida! —gritó la doctora, en el mismo instante que alguien contestaba al otro lado del teléfono.

—¿Hola? Sara, ¿eres tú?

—Jaime, soy Sara... ¿Recuerdas el extraño caso del que te hablé en Madrid, aquel de la hija de mi mentor y su tumor cerebral? —No dejó que su ex compañero de facultad contestara—. Pues tenía razón. ¡El caso entero estaba podrido! En cuanto lo haya comprobado, te volveré a llamar. Ahora tengo que irme. Hasta luego, ¡y gracias!

Colgó el teléfono sin siquiera escuchar la respuesta de su amigo. Acto seguido, tomó un abrigo de tela verde del perchero que había en el recibidor y salió disparada por la puerta. Bajó corriendo las escaleras mientras negaba con la cabeza en un claro signo de incredulidad.

Alfonso se colocó los auriculares e hizo un par de estiramientos en el límite del jardín. Después pulsó el botón play del iPod y comenzó a trotar al contundente ritmo de la Creedence Clearwater Revival, grupo por el que sentía auténtica devoción. Enseguida dobló la esquina para ir al punto del paseo marítimo donde solía comenzar su ruta. Allí incrementó la velocidad, agradeciendo la

manera que tenían las gotas de lluvia de chocar contra su cara. Era refrescante. Llevaba algunos días sintiéndose raro, como agobiado, seguramente debido a la creciente preocupación por la enfermedad de Verónica. Con los primeros pasos, notó que las rodillas le chirriaban más de lo normal —«Llevo muchos días sin hacer ejercicio; es normal»— y le costaba tomar aire. A los cinco minutos ya había decidido que no forzaría la máquina sin necesidad, así que se limitaría a recorrer la mitad del camino. Miró hacia el final de la playa, donde terminaba el paseo y hasta donde solía llegar corriendo, y determinó que probaría suerte otro día que hiciera mejor tiempo.

A medida que avanzaba hubo algo que llamó su atención en ese punto al final del muelle. Bajo el precipicio, donde siempre hubo un pequeño puerto pesquero y un embarcadero de madera, se veía una insólita edificación de color gris y construido en forma de cubo, que, a tenor del tamaño de los edificios que lo rodeaban, calculó Alfonso que no mediría más de cinco metros de altura. ¿Desde cuándo estaba allí? Habría jurado que la semana anterior no había ningún edificio de tales características.

Le invadió una sensación de malestar, pues algo que no sabía explicar le resultaba ciertamente familiar.

Siguió avanzando sin aumentar el ritmo, y las primeras gotas de sudor empezaron a mezclarse con las de la lluvia. La tormenta se acrecentó, y algunos relámpagos se formaron a lo lejos, en el horizonte, uniendo las nubes con el mar como hilos plateados.

El brillo lo cegaba.

Al mirar los rayos fijamente era como si penetraran en su cerebro dardos envenenados. Se sentía exhausto, su vista estaba cada vez más dañada. «Debería volver.» Apenas le quedaba aliento cuando comprobó, con mayor sorpresa, que el fin del camino se mostraba ya ante él, a menos de cien metros. El bloque de cemento se alzaba provocativo, y se preguntó cuánto tiempo llevaba corriendo. Si le hubieran preguntado, habría dicho que no habían transcurrido ni cinco minutos desde que saliera de casa, pero el camino de la playa tenía más de seis kilómetros, lo que significaba que, teniendo en cuenta su velocidad media aproximada, y por obligación puramente física, debía de llevar más de media hora

corriendo. Se detuvo en seco. Fue entonces cuando se percató de que el iPod seguía reproduciendo *Fortunate Son*, la misma canción que sonaba cuando empezó la marcha. Escudriñó el aparato y estuvo a punto de marearse. La pantallita se mostraba negra. El sudor tibio le empapaba. Dio media vuelta con el fin de reanudar su carrera de regreso y se detuvo dando un respingo. Su propia casa estaba allí mismo, con su pared blanca, su coqueto jardín y sus ventanas con vistas a la playa. Incluso podría haberla tocado de haber dado unos pocos pasos más.

«¿Qué clase de broma es esta?», se dijo, estupefacto.

A un lado, el singular hexaedro. Al otro, su hogar. Dos edificios que hacía solo un instante se veían separados por toda una playa, ahora lo acorralaban. Se habían trasladado. ¿Cómo podía ser? Alfonso miró en derredor moviéndose en círculos. Súbitamente dio un paso atrás y sintió cómo sus zapatillas se llenaban de arena negra.

Le escocía.

Cada vez más confundido miró hacia abajo y ahogó un grito. Estaba en mitad de la playa. No creía haberse movido, y sin embargo ya no se encontraba sobre el asfalto del paseo. La marea, por su parte, crecía a una velocidad antinatural, acercándose con violencia el agua del mar a sus tobillos. Sintió una profunda opresión en el pecho y la cabeza le daba vueltas. Había perdido por completo la noción del tiempo y el espacio. Ya no llovía, pero Alfonso tenía los pies húmedos. Las olas le habían alcanzado las piernas, impactándole con brusquedad, pero él no podía moverse.

El agua le mordía.

El oleaje, que paulatinamente iba y venía contra sus piernas, producía un murmullo irritante. Era como si naciera en sus oídos, y además a un volumen desproporcionado.

Le aplastaba el cerebro.

Tuvo que cubrirse las orejas con la palma de las manos. Se acurrucó con los ojos cerrados hasta hacerse un ovillo. Perdió el equilibrio y cayó al suelo. Era como si su cráneo estuviera empequeñeciendo progresivamente. O el cerebro aumentando de tamaño. El dolor resultaba insoportable.

El universo estalló.

Cesó el suplicio, enmudecieron las olas y se apagaron los destellos. Con la respiración entrecortada, separó las manos de su rostro. Deseaba levantarse enseguida, porque había gente mirándolo. Muchas caras cerniéndose sobre él. Se sentía ridículo allí tumbado, vestido con mallas y, lo más seguro, impregnado de pegajosa arena por toda su piel. Pero la gente agachada a su lado parecía asustada. No eran desconocidos. Entre ellos estaba Severino, el panadero; los dueños de la ferretería, cuyos nombres no recordaba, y la Puri, una cajera del supermercado donde Alfonso iba casi a diario. Alguno parecía estar llorando, y un varón, cuyo nombre desconocía, no cesaba de golpearle insistentemente en la mejilla izquierda mientras le suplicaba que despertara.

Alfonso pensó entonces en dos cosas con rigurosa claridad.

La primera era un vídeo mudo de Oli a los dos años, vestido con un pijama de payasos y rodeado de regalos: un triciclo, un mercado de plástico en miniatura y montones de muñecos. Posiblemente fuera un día de Reyes. Está con una joven y hermosa Verónica, que le tiene preparado el mejor regalo de todos, pues de una caja de cartón surge la cabecita peluda de un cachorro de pastor alemán. Los ojos del niño se hacen muy grandes, y entonces alarga el bracito con delicadeza para acariciar el hocico de su nuevo mejor amigo. Acto seguido le vino a la mente una imagen mucho más concisa. Era Verónica, sentada al piano mientras lo esperaba con el batín semiabierto. En su rostro se apreciaba una sonrisa de felicidad. Era su particular *mujer-muñeco*.

Después Alfonso Morales cerró los ojos y perdió la consciencia para siempre.

Sara Mora cogió la bicicleta para ir más rápido, aunque el trayecto no era largo. Su destino: la casa de Alfonso y Verónica. Si sus sospechas eran ciertas, cada decisión tomada durante los últimos meses había significado un terrible error. Debía hablar con ellos con toda urgencia. Maldijo su estupidez por no haber tenido en cuenta la lluvia. El suelo mojado la obligaba a reducir el ritmo, y lo hacía todo mucho más peligroso. Decidió tomar el camino de la

playa hacia el este. Corría el riesgo de ser azotada por las ráfagas de viento, pero era el mejor atajo.

Entre pedalada y pedalada, Sara reflexionaba con el fin de atar todos los cabos.

«Alfonso Morales», se dijo una vez más.

Su padre, de nombre Francisco, había fallecido trágicamente tras detectársele Alzheimer. Era posible que Alfonso, obsesionado con la muerte de su padre, y sabiendo que la enfermedad es hereditaria, se hiciera la resonancia como medida de precaución. Verónica había quedado inconsciente a causa de un incidente con una escalera mientras pintaba la pared de su casa. Necesitaba hacerse la prueba, así que él aprovechó la visita al hospital para realizar su protocolaria revisión cerebral. «El golpe en la sien no era más que una excusa.»

Sara dobló la calle a tal velocidad que la rueda trasera resbaló y a punto estuvo de caer al suelo. El alborotado pelo se le pegó a la frente. Tomó aire.

Bien, una vez aclarado que Alfonso quería examinar su cerebro para asegurarse de que no tenía Alzheimer, ¿quién había modificado los resultados desde la Intranet? En realidad, la pregunta del millón no daba lugar a muchas interpretaciones.

«El jodido doctor Salas de las narices.»

¿Por qué?

El único motivo que se le ocurría a Sara por el cual su viejo mentor habría modificado el resultado de Alfonso era que quisiera ocultar el verdadero diagnóstico. Y en tal caso, solo podía significar una cosa: Alfonso Morales no estaba realmente sano. Sin embargo, si eso era cierto y el doctor había decidido saltarse todas las normas —tanto de seguridad como de moralidad— del hospital, ¿por qué no había modificado también los resultados de Verónica, su propia hija? Asumiendo que todo el maquiavélico plan del viejo tenía como objetivo evitar el sufrimiento de su yerno, ¿qué razón había para no haber completado la ilegalidad con ambos diagnósticos y evitar así también el de su hija? «¡Espera un momento! —se dijo de pronto—. ¡No tenía necesidad! Verónica está ahora sufriendo por su enfermedad, ¡por culpa mía! ¡Fui yo la que le conté todo, incumpliendo aquello que precisamente el doctor Salas me había

hecho prometer! Si no fuera por mi maldita obsesión por el deber cumplido, Verónica no estaría ahora mismo viviendo con la certeza de que le quedan pocos días de vida, tal y como su padre quería que fuera. ¡El plan era perfecto!»

Al salir de la calle y tomar el paseo de la playa, un fuerte vendaval impactó contra la bicicleta, obligando a Sara a apoyar un pie en el suelo para detenerse. Un utilitario rojo que circulaba por el carril contrario a punto estuvo de arrollarla. La joven tragó saliva y reanudó la marcha como pudo.

«Resumiendo —se dijo para sus adentros—: el viejo fue el primero que vio el sobre con los resultados médicos que yo ordené enviar a casa de los Morales-Salas, seguramente porque se encontraba allí en ese preciso momento. Como es un maldito curioso y no es capaz de respetar la intimidad de los demás, se vio en la necesidad de abrir el sobre y leer ambos diagnósticos: el de su hija y el de su yerno. Algún tipo de cable debió de cruzársele cuando descubrió que los dos estaban enfermos, que se le ocurrió acceder a la Intranet de la clínica, con las claves que solo él y unos pocos más tienen, y modificar los datos de Alfonso. La trampa ya estaba hecha. Bien fácil. Después escondió los papeles, los que contenían la verdad, y cuando su yerno llegó a casa le mostró el mensaje de voz que yo misma dejé esa mañana en el contestador: era urgente que vinieran a verme. El resto de la historia la viví de primera mano. Yo misma le aseguré a Alfonso que él estaba sano, pero que sin embargo su mujer se moría. Me hicieron mantener el asunto en secreto, de manera que ella viviría feliz sus últimos días. Lo que Alfonso no sabía era que todos habíamos sido engañados por su suegro.»

—¡Maldito cabrón! El plan era bueno, Sara, debes reconocerlo —comentó en voz alta.

«Con todo esto, ¿ves algún fallo en tu deducción? Sí, veo uno —se respondió de inmediato—. El mismo día que ambos vinieron a la consulta, a primera hora de la mañana, yo había leído los resultados. Eso había sido, por obligación, antes de que el doctor Salas los modificara en la base de datos, tal y como demuestran las propiedades de los documentos. ¿Cómo es que no me di cuenta de que Alfonso Morales estaba enfermo?»

En ese punto de sus hondas reflexiones tragó saliva con dificultad, y aprovechó que un semáforo se ponía en rojo para descansar y fijar sus ideas. ¡Qué irresponsable había sido! Siempre había presumido de ser una doctora brillante, habilidosa, perfeccionista, e incluso algo superdotada. Pero hasta los que menos la conocían sabían que era tan despistada que irritaba. Sara no había leído los resultados al detalle, y, mucho menos se había detenido en los nombres de dos pacientes que, en aquel momento, eran plenos desconocidos para ella. Se había quedado en el tumor cerebral y no volvió a la base de datos hasta que Alfonso y el doctor Salas la visitaron, ya por la tarde. Y en ese instante la base de datos ya había sido modificada.

«Dios mío...»

¿Se trataba de eso? ¿Los dos miembros del matrimonio vivían con el mismo cáncer oprimiéndoles el cerebro? No. Algo le decía que esa teoría era demasiado inverosímil. Tenía la angustiada sensación de conocer todas las piezas del rompecabezas, y sin embargo no era capaz de ordenarlas en una línea temporal de manera coherente. ¿Qué probabilidades había de que un mismo tumor, ya de por sí poco común, naciera simultáneamente en dos personas que vivían en una misma casa? Entonces Sara dio con la tecla definitiva. Fue tan chocante —pero a la vez tan clara— que perdió el equilibrio del manillar y se derrumbó contra la acera. Emitió un grito de dolor cuando se quemó la rodilla en el asfalto. El pantalón vaquero estaba desgarrado y la pierna le sangraba. Tras una rápida inspección comprobó que la herida era superficial: no tenía ningún hueso roto. Se levantó de un salto y la rodilla le escoció. Pero no era nada comparado con el dolor que sintió en el pecho cuando depositó su mirada en la lejanía, concretamente en la playa: una multitud de vecinos se había reunido en torno a algo (o alguien) inmóvil en el suelo. También se oía el afligido aullido de lo que parecía un lobo. A la misma altura del paseo, pero estacionada en la carretera, una ambulancia esperaba con las luces de emergencia encendidas.

«Está ocurriendo ahora.»

El doctor Salas había cambiado los datos médicos de Alfonso. Sin embargo, ¿por qué había modificado también el número de

identificación personal, escribiendo por error el de Verónica? La respuesta era clara: el viejo no había borrado los resultados de Alfonso para sobrescribir un diagnóstico falso. Simplemente se limitó a dar el cambiazo. Unos datos personales por otros. Verónica era Alfonso, y Alfonso era Verónica. Excepto en el DNI de él, campo donde el doctor cometió su único error.

Sara arqueó las cejas.

Si de verdad todo consistía en un cambiazo de los resultados, y esta vez estaba segura de que así era, Verónica no tenía ningún tumor. Estaba completamente sana —aunque ella no lo supiera—, y la fiebre, dolor de cabeza y malestar sufrido durante los últimos días no eran más que los síntomas de una simple gripe. En ese caso, ¿por supuesto que podía estar embarazada!

La doctora alzo la vista de nuevo hacia la ambulancia.

«Alfonso...»

Oli podía estar horas y horas jugando con Aquiles en el parque. En concreto, el juego que más les fascinaba a ambos consistía en que el niño lanzaba una rama de árbol lo más lejos que sus fuerzas le permitían, y el perro debía ir a buscarla y devolverla entre sus dientes. El juego no sería demasiado diferente a lo que suelen hacer todos los amos del mundo con sus perros si no fuese porque, nada más lanzar el palo, Oli se escondía detrás de un árbol. Aquiles tenía la misión añadida de encontrarlo si quería continuar cazando ramas. Cuando estaban tan cansados que ya no podían más, Oli presionaba el botón de la fuente que hacía que saliera un chorro de agua fresca. Entonces el pastor alemán bebía hasta saciarse. Después, ambos solían descansar en uno de los muchos bancos de madera que había en el parque. Eso, por supuesto, si aún era de día. Si por el contrario resultaba que el sol estaba cerca de ponerse, tanto el perro como el amo sabían que esa era la señal para ir a casa. Mamá nunca les dejaba a solas en la calle una vez el sol dejaba de brillar.

Esa tarde también habían salido, a pesar de la lluvia. Oli sabía que al volver a casa tendría que dar a Aquiles un buen baño de

agua caliente si quería que mamá no le pegara un grito de los suyos. No importaba. Hacía ya demasiados días que no salían a jugar; ambos lo necesitaban.

No les dio tiempo a mucho, sin embargo. Cuando apenas llevaban quince minutos jugando al juego del *palo y el fantasma*, como así lo llamaba Oli, el Yayo apareció por una de las entradas del parque completamente cubierto de agua —pues no llevaba paraguas— y los pies llenos de barro, dado que estaba atajando a través de la hierba. Avanzaba rápido, aunque arrastraba tanto los pies que de vez en cuando tropezaba. Oli pensó entristecido que su Yayo parecía un mendigo, y un malestar le llegó por ello hasta la tripa.

—¡Oli! —gritaba el viejo desde lejos—. ¡Oli!

El aludido no se movió. Jamás había visto llorar al Yayo, y ahora que lo hacía, sabía que no lo olvidaría nunca. Se negaba a creerlo. Simplemente pensaba que era demasiado fuerte para llorar. Por fin reaccionó, y entendió que había llegado el día que con tanta amargura habían estado esperando desde que sucediera lo que ocurrió durante el Día Importante. Dejó caer al suelo la rama que tenía preparada para Aquiles y echó a correr para abrazar a su abuelo. Ninguno dijo nada durante algunos segundos, mientras estaban bajo el amparo de los brazos del otro.

—Pobre crío, pobre crío —mascullaba el anciano para sí, apretando los dientes con fuerza.

—¿Qué ha pasado? —Oli no dejaba de preguntar al aire—. ¿Qué ha pasado?

El Yayo le explicó que había recibido una llamada de Severino, el panadero del pueblo. Papá se acababa de desplomar cual hoja muerta de otoño sobre la arena de la playa. Así fue como lo describió Severino, pues el abuelo tuvo más delicadeza con su nieto. La ambulancia no tardaría en llegar. Mamá no contestaba al teléfono, explicó el Yayo cuando Oli preguntó, así que lo primero era ir a ver si necesitaba algún tipo de ayuda psiquiátrica tras recibir la noticia de que su marido acababa de sufrir un derrame cerebral.

—¿Vienes conmigo? —El jubilado le cogió de la mano y le señaló con el mentón el camino a casa.

—¡No! Aquiles y yo nos vamos a la playa con papá. —El niño se liberó de un tirón y se secó las lágrimas, ya mezcladas con el agua de la lluvia.

Cuando vio que el Yayo asentía, echó a correr en dirección a la playa. No tardaría ni cinco minutos. Aquiles lo siguió entre ladridos graves.

El Yayo entró en casa de su hija a través de la ventana de la habitación de Oli, que solía estar abierta de par en par. Previamente, al comprobar que la puerta principal estaba cerrada, había llamado al timbre. Si unos minutos antes nadie había contestado al teléfono, era de suponer que nadie acudiría al sonar el timbre de la puerta. Sintió un dolor agudo en el pecho.

Le crujieron los huesos cuando trepó hasta la ventana y se dejó caer sobre la cama de su nieto. Después, aun chorreando y asustado como un niño que tiene miedo a los espíritus, avanzó hasta el pasillo. A cada paso que daba crujía la tarima, tal era el silencio que poblaba la vivienda. Había estado en esa casa miles de veces, pero nunca se había sentido tan extraño como ahora.

Lo primero que vio a través de la puerta del salón fue el piano de su hija. La tapa estaba levantada. Tragó saliva. Con el rabillo del ojo se fijó en que una figura femenina yacía tendida en el suelo, boca abajo. Se acercó de un salto y cogió a su hija entre sus brazos. El pelo le cubría gran parte de la cara. Ejerció presión en el cuello con los dedos índice y corazón: el pulso era estable. Tras dar un vistazo rápido a su alrededor, vio que el auricular del teléfono estaba tirado en el suelo y con las pilas esparcidas por el parqué. Un simple desvanecimiento. Dejó a verónica apoyada sobre un cojín y se reincorporó para, de la misma, dejarse caer en el sofá. Sintió cómo se extinguía toda la presión reprimida durante varios meses. Se llevó las manos a la cara y no puedo evitar romper a llorar.

Nada más llegar a la playa, Oli vio las luces de la ambulancia. Siguió corriendo en dirección a ella con la vista nublada. Aquiles avanzaba algunas zancadas por delante. Pisaron la arena y fijaron su objetivo en el grupo de curiosos que formaban en una especie de círculo irregular, muy cerca del vehículo sanitario. Cada paso se le antojaba más difícil que el anterior. «¡Necesito verlo!» Cuando apenas le quedaban unos metros para alcanzar el tumulto, se fijó en que algo sobresalía, inerte, de entre todas las piernas. Se trataba de una zapatilla deportiva desgastada, que continuaba en una pierna desnuda. El dolor fue tan inmediato y fulminante que se detuvo de golpe, tal como si una pared de cristal lo impidiera continuar. Se sentía incapaz.

—Papá...

No llegó nunca a despedirse de su padre. Solidario con su intensísimo dolor, Aquiles se sentó a su lado y le lamió la mano. Después apuntó al cielo con el hocico y comenzó a aullar. No cesaría, en ese lúgubre lamento, hasta el alba del día siguiente.

Sara avanzó dos pasos a trompicones y se apoyó en la barandilla. Desde allí pudo ver a los sanitarios de la ambulancia corriendo al círculo de curiosos que se habían acumulado alrededor del cuerpo. Desplegaron una camilla y se hicieron un hueco para examinarlo. «Llegáis tarde, chicos», pensó ella, incrédula. Sacó el teléfono móvil del bolsillo de su pantalón. Quería telefonar a la Guardia Civil y denunciar el gravísimo fraude producido por el doctor Salas que había resultado con el sorprendente fallecimiento de su yerno. Sin embargo, no hizo nada. Por casualidad, sus ojos se posaron en la figura de un niño al otro lado del tumulto. Estaba petrificado. A su derecha estaba el lobo de los aullidos, que resultaba ser el perro más grande que había visto nunca. Reconoció al crío como el hijo de Alfonso y Verónica, y la pena le invadió. Se preguntó, dando una vuelta de tuerca más en su razonamiento, si no habría sido el niño el causante de todo desde el principio. Eso

convertía a su abuelo, el doctor Salas, en un perfecto cómplice. Perpleja, arqueó las cejas.

—Sara, eres una completa estúpida —se dijo en voz alta.

Dio la vuelta y recogió la bici. Cojeando, se alejó de la zona. Cuando dio los primeros pasos se dio cuenta de que había dejado de llover. Para cuando llegó a su apartamento ya había salido el sol. Se dejó caer sobre su viejo sofá y cerró los ojos. No pensaría más en todo el día.

Aquel 12 de octubre iba a tener repercusiones.

La quietud es absoluta. Alfonso abre los párpados inundado de una reconfortante paz. Desde su posición recostada puede percibir que la playa está desierta, a pesar de que ahora un sol cegador le ofende la vista. El silencio es total.

La arena, que siempre ha sido de un grisáceo lunar, ahora se antoja negra. El azul del agua del mar es más brillante que nunca, y las fachadas de las primeras casitas que rodean la playa están pintadas a diferentes colores pastel. No las recuerda así. La playa es la de Ámbar, de eso no cabe duda, pero siente que sus retinas miran a través de un filtro de colores distinto, como si viviera extrañamente dentro de un cuadro de estilo *pop art*. También percibe que todo está más oscuro de lo habitual, e incluso tiene que comprobar que no lleva las gafas de sol puestas. Y el sol lo ciega, sin embargo.

Súbitamente, el rostro de una mujer invade su campo visual. Verónica lo observa desde la contraluz, con un tapete de azul cielo de fondo. La melena rojiza se abalanza hacia él como ocurría cada vez que ella se le subía encima antes de hacer el amor. Está tan bella, tan perfecta.

—Hola, *Soldado*.

—¿Q-qué me está pasando?

—Aún no has arreglado el columpio. Has faltado a tu promesa —le recuerda en tono cariñoso.

—No, lo arreglaré pronto, antes de que te vayas para siempre. Verónica sonrío.

—No me voy a ir a ninguna parte.

—Perdóname. Te he mentido —admite él, haciéndola sonreír de nuevo—. Quiero que sepas que me has salvado la vida. Eres extraordinaria. Te quiero.

—No hagas esto.

—Es la verdad, quería decírtelo.

—Pues deja de hablar y levántate. Vuelve a casa, ven a nuestra cama.

—Lo haría gustoso, pero no puedo moverme.

—Sí que puedes. Levántate y vamos a casa —insiste Verónica, arrugando la frente.

Él hace un nuevo esfuerzo, pero no consigue accionar ni un solo músculo de su anatomía. Ni siquiera está seguro de si está moviendo la boca para hablar, en realidad.

—Vamos, *Soldado*, sé fuerte.

Alfonso intenta negar con la cabeza, impotente.

—No te vayas —susurra luego.

—Ven conmigo. —Tras la proposición, la visión de Verónica comienza a alejarse.

—No, no te vayas —insiste él.

Verónica se esfuma tan rápidamente como el humo en un día de viento, quedando Alfonso a solas de nuevo.

De pronto empieza a sentir las rodillas y los brazos. No de una forma natural, sino más bien como si la gravedad terrestre hubiera sido alterada. Reflexiona sobre esto cuando aparece frente al mar, ahora de pie. Mira hacia el oeste y frunce el ceño. Tiene una sensación de *deja vu* cuando descubre un cubo de cemento armado sobre la arena. Posee una única puerta, de color amarillo brillante, en la cara frontal. Le aumenta el pulso cuando distingue la silueta de Verónica junto a ella. Va ataviada con un vestido con tirantes y volantes de un intenso color rojo. Está preciosa. Hace un gesto con la mano para que se acerque. Lo está esperando.

No ha dado ni cinco pasos cuando su mujer se interna en la caseta. Acelera el paso, pues no quiere perderle la pista.

Al igual que en su sueño, empuja el panel áureo y se sume en la oscuridad del interior del cubo. No ve a Verónica por ninguna parte, pero conoce el camino. Avanza por el estrecho pasillo de luz

cálida y asciende los primeros peldaños de una lúgubre escalera. Tensa los músculos al recordar lo que sucedía en el sueño a continuación.

«¿Dónde estás, Charly?»

Con cada peldaño se detiene a examinar el entorno. No hay ni rastro del tullido. Unos sonidos extraños, como murmullos, se oyen en la lejanía. «El final del camino se aproxima.» Aumenta el ritmo según las voces se hacen más evidentes, hasta que llega al último escalón y se topa con una pared oscura. A la izquierda, una luz artificial ilumina el camino de manera indirecta. Sigue la luz por instinto y accede a una especie de sala muy iluminada. Amplia de tamaño, el suelo es negro como el carbón asturiano. Una de las paredes de la estancia está cubierta por una enorme cortina de terciopelo granate, pero lo que verdaderamente le llama la atención es lo que divisa en el extremo opuesto. Apoyado en la esquina de una apertura similar a la que él mismo acaba de atravesar, Charly lo mira suplicante. Su ropa chorrea, como sucediera en el sueño, y la tiritona que sufre es tal que le provoca violentas convulsiones. Alfonso lo ignora.

Entre ambos, en el centro de la sala, se alza un micrófono. Alfonso se acerca y lo toma entre sus manos, hipnotizado. Parece sentirse como en casa cuando alza la vista hacia el vacío y ve lo que ve. Un vasto y abarrotado graderío se alza frente a él, expectante. Sonríe, se aclara la voz, y vuelve a sonreír. Después da un golpecito con el dedo sobre el micrófono para asegurarse de que se le escucha correctamente.

«Os contaré la historia sobre cómo fui completamente engañado por la persona que más quería», anuncia después.

Conquistamos el mundo

Música y letra por Verónica Salas

*Le vi surgir de la nada bajo aquel manto gris.
La playa era negra, reflejo de mi niñez.
Me atrapó con la mano, "larguémonos de aquí".
Huiríamos hacia el valle, seríamos nuestro juez.
Conquistamos el mundo, y el mundo nos traicionó.
Oh, tuvimos el mundo que nos separó.
Hoy es su cumpleaños, mas no quiero celebrar.
Y sobre nuestra mesa, dos pasteles y vino a descorchar.
Miré de reojo a su silla y la pena me abordó.
Ni brindis, ni sonrisas, ni mañanas floridas.
Solo el destino que nos separó.
Habíamos conquistado el mundo, y el mundo nos traicionó.
Oh, tuvimos el mundo y nos separó.
Y ahora me pregunto, mi niño, si te parecerás a él;
si serás tan cabezota, ¡cómo se hacía querer!
Te cederá su dulzura, qué afortunado ibas a ser.
Yo fingiré que no le añoro; tú fingirás que me crees.
Pero recuerdo su tacto, recuerdo su olor.
Su acento malhablado me daba pudor.
De noche adoraba posarme en él y sentir cada pulso de su piel.
Ahora esos recuerdos no me permiten avanzar.
Son mentiras, sueños que no volverán.
O algo que te debo contar.
Y así conquistemos el mundo aunque sepa que nos traicionó.
Niño, tendremos el mundo tú y yo.
Conquistaremos el mundo que nos separó.
Oh, tendremos el mundo los dos.*

Epílogo

7 de marzo de 1983

—Oye, ¿quieres hacer el favor de apartar tu mano de mi cintura?

No acabábamos de separar nuestros labios y ya me estaba recriminando algo. Verónica era así. Me disculpé enseguida y miré hacia otro lado. Con el rabillo del ojo, sin embargo, me fijé en que ella no dejaba de observarme.

Había empezado a llover en serio.

—Aunque, pensándolo bien —añadió suspicaz—, quizá te meta en la lista de candidatos para ocupar el sitio junto a mí, ahí abajo, el día de mi boda. Aunque seas un sinvergüenza, quiero decir.

Arrugué el gesto ante el atrevido comentario, haciéndome el asustado. No cabía en mí de gozo, en realidad.

—¡Venga, *sherpa* Morales! —exclamó, rompiendo el hielo—. ¡Sígueme!

Entonces me cogió de la mano y echó a correr colina abajo. Mientras me dejaba arrastrar intentando mantener el equilibrio, me fijé en lo extraño que era ver acercarse al pueblo de Ámbar desde las alturas: sus campanarios, sus tejados rojos, sus parques de pinos. Y al fondo, el mar Cantábrico. Sí que era una vista maravillosa.

Estuvimos cerca de tropezar un par de veces, y para cuando por fin pisamos suelo asfaltado, ya había perdido un zapato. Me detuve y apoyé las manos sobre las rodillas para coger aire.

—¡Vamos, *Soldado*, no te pares! —Verónica no me esperó. Se alejaba corriendo por una de las callejuelas del centro—. ¡Aún queda lo mejor!

Volvió a tronar. La densa lluvia había empapado ya toda mi ropa. Suspiré eufórico y salí corriendo tras ella. Mis ojos brillaban de

excitación. ¿Adónde me llevaba esa chica?

Nos vimos obligados a detener la circulación en un par de ocasiones, y a punto estuvimos de ser arrollados por un ciclista despistado. Ella corría a una velocidad sorprendente, impropia para una chica de piernas tan cortas. Doblé una esquina, exhausto y temiendo que le hubiera perdido la pista, y fui a parar al paseo de la playa. Eché un rápido vistazo panorámico. La playa estaba desierta salvo por una excepción: Verónica se acercaba al agua como una posesa, dando graciosos saltitos en la arena.

—¿Te has vuelto loca? —grité cuando ella se internó en el mar chapoteando—. ¡El agua está helada!

Ignorando mis quejas, me hizo un gesto para que la siguiera.

—¡Ni siquiera tengo traje de baño! —objeté, atónito.

—¡No seas quejica que prácticamente ya estás empapado! ¡Ven aquí conmigo, gallina!

Atraído por un rotundo éxtasis, la obedecí. Quería alcanzarla, abrazarla, besarla con pasión. No me importaba que el agua estuviera tan fría que hizo encoger mis huevos hasta parecer pasas. Juntos chapoteamos, reímos a carcajadas y nos hicimos juguetonas aguadillas. La playa era nuestra.

Un rato más tarde caminaba, calado hasta los huesos, hacia mi casa. A solas. La tormenta había asolado la calle casi en su totalidad. «Ya nos veremos», habían sido sus últimas palabras. ¿Solamente eso después del día que habíamos compartido juntos? Estaba desanimado y aterrado. Solo me preguntaba si ella querría volver a verme.

Había recorrido más de la mitad del camino cuando oí unos pasos torpes, dispares. Zapatos de suela de goma chapoteando con fuerza. Mi pulso se aceleró antes de girarme, convencido de que sería ella. No pude evitar sonreír como un tonto.

—¡Pensé que ya no te encontraría! —gritó, dejando de correr para caminar, con la tez enrojecida y la respiración entrecortada. Se detuvo y cogió aire.

—¿Ocurre algo? —pregunté desinteresadamente. «Muy bien Alfonso, no muestres todas tus cartas.»

—Nada. Solo que me he dado cuenta de que mañana tengo el día libre, y me preguntaba si te apetecería ir al cine.

No respondí de inmediato, pero una enorme sonrisa debió de delatarme.

—Te prometo que esta vez volveremos secos —matizó ella.

—Claro, podría estar *guay*.

«¿Guay? ¿Has dicho *guay*? No la cagues ahora, ¡estúpido!»

—Genial. Te llamaré mañana por la mañana y fijaremos la hora en función de la peli. ¿Cuál te apetecería ver? —quiso saber ella.

—Me da igual. Una que te guste a ti. O una que nos guste a los dos, vaya —repliqué con cierta torpeza—. Quiero decir que a mí me gustan casi todas.

Ella rio de nuevo.

—Okey, entendido.

—Pero opino que deberíamos coger los asientos en las últimas filas —incidí sutilmente.

—¿Por qué?

Decidí entonces que debía descubrir mis cartas.

—Porque creo que me moriría de frustración si tengo que aguantar casi dos horas a tu lado sin hacer lo que me apetecerá hacer.

Verónica arqueó las cejas.

—¿Y qué te apetecerá hac...? —empezó a preguntar tras un breve silencio, aunque conocía de sobra la respuesta.

No la dejé terminar. No puedo evitarlo, soy un tipo impulsivo. Rápidamente posé mis manos sobre su cuello, por debajo de la chorreante melena, y la besé de nuevo. Esta vez sin prisa, con dulzura. Un ósculo húmedo con sabor a sal.

—Hasta mañana, Alfonso —dijo ella mientras se alejaba hacia atrás, con una sonrisa que le iba de una oreja a la otra.

Fue el mejor día de mi vida.

—Adiós —me limité a contestar.

12 de octubre de 2006

Óliver vio su trance interrumpido cuando una corriente de agua le alcanzó los pies. Estaba helada. Escaló hasta la punta más alta

de la roca y se secó las lágrimas con el dorso de las manos. La piedra puntiaguda le hacía daño en el pompis, pero no se movió. No tenía la más mínima idea de lo que haría ahora. El plan había concluido. Un éxito. En los siguientes días, el Yayo tendría que vérselas con mamá, con la doctora guapa, y a saber con quién más. ¿Iría a la cárcel? Lo que estaba claro era que él no se vería involucrado. Todo el mundo iba a señalar al Yayo porque, obviamente, ¿quién iba a sospechar que un niño tan pequeño, que ni siquiera era capaz de resolver los problemas matemáticos más sencillos, tuviera la habilidad de elaborar un plan tan enrevesado? ¿Había merecido la pena? El objetivo se había cumplido, de eso no cabía duda. Papá había fallecido en paz, reconciliado con mamá, y sin sufrir ningún tipo de agonía previa a la muerte.

«Cómo te voy a echar de menos, papá», pensó, sintiendo un nudo en la garganta.

Se enjugó más lágrimas.

Mamá, por su parte, había esquivado un tumor que nunca tuvo, pero que le sirvió para despedirse. A veces las despedidas obligadas cambian la forma de ver la vida de uno, aunque estas sean falsas. «Ahora está sola, pero, ¿llegará a perdonar al Yayo? Y, si alguna vez se entera de que yo fui el culpable de todo, ¿volverá a mirarme a la cara?»

Algo le llamó la atención en el agua. Era un objeto brillante, como una cadena de metal que la marea había transportado hasta casi rozar sus pies. Se inclinó para recogerla. La sostuvo con una mano y dejó que el colgante quedara suspendido. Entornó los ojos y lo examinó con suma atención. Parecía una especie de llave cuya punta tenía la forma de un cilindro hueco. No parecía una llave que abriera la puerta de ninguna casa. No le dio más vueltas. Hizo un puñado con la cadena y la introdujo en el bolsillo del pantalón.

Cuando miró hacia atrás la ambulancia ya se había marchado y no quedaba nadie en la arena, salvo Aquiles, que continuaba aullando lastimosamente. Ambos cruzaron sus miradas.

Oli se mojó las piernas hasta las rodillas cuando bajó de la roca. Al salir del agua y pisar la playa, se manchó los pies de arena y sintió al instante auténtico repelús. Alcanzó al pastor alemán y lo abrazó por el cuello. Después emprendieron el camino de vuelta a

casa. Volvió a mirar a lo lejos, allá donde la playa terminaba. La figura del Yayo, que un rato antes se alejaba a paso lento, había desaparecido. El niño sintió un extraño malestar al preguntarse si volvería a verlo. «Seguro que sí», se dijo para animarse. Eran un equipo. Desde ese día él fue siempre Óliver Morales, portador del mayor secreto jamás existido en Ámbar, y el anciano fue siempre el viejo loco que narraba las proezas de su nieto con cuidadoso misterio mientras Oli se guardaba los pecados de su Yayo.

De camino a la vivienda se topó con una floristería. Oli jamás había entrado en un establecimiento de esos, pero una chispa se encendió dentro de su cabeza cuando vio el escaparate. Lirios, rosas, centros de mesa, ramos... A mamá le chiflaban las flores. Oli no tenía dinero, apenas algunas monedas de euro que le sobraban de alguna propina, pero le llegó para comprar una rosa blanca. Costaba seis euros y noventa y cinco céntimos. El crío solo disponía de cinco euros, distribuidos en tres monedas de euro y una de dos euros, así que regateó el precio. El dependiente, un amable señor que le recordaba al Yayo, debió de notar la tristeza en los ojos de Oli, pues se la dejó finalmente a tres euros.

Oli realizó el resto del trayecto sin dejar de contemplar la flor. Le hacía sentir bien. Al cruzar la esquina que daba a casa, sonrió por primera vez en varias horas. Mamá le iba a necesitar. Después cogió aire, y niño y perro entraron juntos en el hogar. Desde entonces, Oli llevó siempre consigo una llave metálica y oxidada de punta cilíndrica que alguna puerta debía abrir. No le hizo falta buscar por mucho tiempo.

Parte 2

EL ALETEO DE LA
MARIPOSA

Luis A. Santamaría

La teoría del caos establece el «efecto mariposa» en base al siguiente proverbio chino:

El simple aleteo de una mariposa puede cambiar el mundo.

Cierto día del verano de 2006, cuando el pequeño Oli se atrevió a husmear en los resultados médicos de sus padres, una mariposa cualquiera apareció de la nada, y, sin ningún motivo aparente, batió sus alas.

Prólogo

Se despertó, abriendo los ojos en una fina línea, e inmediatamente después sonó el teléfono. O quizá fuera el irritante timbre lo que le hizo desvelarse. En cualquier caso, se sorprendió a sí mismo recostado sobre el sofá de cuero de su salón. Llevaba puesto un traje negro y unos zapatos a juego, el mismo atuendo que llevaba el día anterior. Hacía calor.

No podía recordar con claridad lo sucedido en las últimas horas, pero se alegró de encontrarse en casa. El último dato que su memoria registraba era que ya había anochecido cuando salió del piso, y un vaso de Jack Daniel's sobre la barra de algún bar constituía la única pista que podía ayudar a reconstruir la velada. Ese solitario recuerdo hizo que fijara su atención en una botella de cristal vacía que, frente a sus ojos mareados, reposaba borrosa sobre la mesita delante del sofá.

Suspiró.

Tenía los párpados casi cerrados, pues estaba convencido de que si los abría del todo, sufriría potentes dolores de cabeza. Intentó moverse, pero tenía el brazo izquierdo dormido y no le respondía; se había quedado dormido sobre él. Sintió un incómodo cosquilleo en la punta de los dedos cuando por fin lo liberó con un forzado movimiento de rotación. Después separó con lentitud la oreja izquierda del cuero negro, dejando a la vista la huella que su propia babilla había dejado sobre el cojín. Sentía un sabor metálico en la boca, y una incómoda masa pastosa le impedía salivar. Decidió que lo primero que haría tras atender la llamada telefónica sería lavarse los dientes. Se incorporó con dificultad, y tras un *fuck* y un par de *shit*, descolgó el teléfono con un simple *hello*.

—Soy Carroll. —El llamante hablaba en perfecto inglés. Acto seguido, una pausa—. Espero no haberte despertado.

El hombre miró a su alrededor, desorientado y con una incipiente jaqueca. Aún era de noche. La poca luz procedente de las farolas exteriores se colaba por el cristal de la ventana, descubriendo parte del mueble de estanterías. Un fuerte enfado, seguido de una extraña sensación de agobio e impotencia, le sobrevinieron cuando siguió con la mirada el haz de claridad. «Desorden» no era la palabra adecuada para definir lo que vio. Las decenas de libros y discos compactos, los trofeos de tenis que había acumulado a lo largo de sus años de adolescencia y un par de jarrones modernos que, si bien no valían una fortuna, tenían un alto valor sentimental, se hallaban esparcidos por el suelo. Estaban amontonados, abollados y hechos pedazos. Si hubiera seguido analizando la habitación, habría encontrado también un impacto en el centro de su televisor último modelo que resquebrajaba las cuarenta y seis pulgadas prácticamente en su totalidad. En un movimiento instintivo se llevó la mano a la parte de atrás de la cintura, donde solía llevar encajada su pistola. Se sobresaltó al palpar el vacío en la funda del arma, y suspiró aliviado cuando la encontró posada sobre la mesita, a unos centímetros de la botella de *whisky*. Era una Hekler Koch Compact, un arma de casi 700 gramos con el cargador preparado para balas Parabellum de 9 milímetros. Ligera, fría y manejable. No recordaba haberla puesto ahí, y eso era extraño, pues se había acostumbrado a ser consciente de ella en todo momento.

Frunció el ceño.

—¿Agente? —insistió la voz.

—¿Qué cojones quieres a estas horas, Tom?

—Siento haberte despertado en tu día libre, pero ha ocurrido algo esta noche.

Su día libre. Se suponía que esas palabras significaban algo bueno. La gente solía aprovecharlas para hacer excursiones al campo con sus familias, ir a cenar al centro con sus parejas, jugar al fútbol con sus hijos o, si hacía buen tiempo, quizá disfrutar de una grasienta y calórica barbacoa con los vecinos. Él, sin embargo, tenía otra clase de planes. Dormiría hasta tarde, puede que hasta las 14 o las 15 horas. Después *desayunaría* un *whisky* con hielo mientras disfrutaba del partido de Andy Murray por televisión. El día

terminaría con la visita de Ania que, como cada vez que él lo requería, compensaría su día libre de mierda con un tórrido y salvaje ejercicio de sexo sobre la moqueta del dormitorio, yendo ambos hasta arriba de champán.

Pero Carroll había llamado, algo había ocurrido esa noche. Algo serio, pensaba el detective sin dejar de observar la estantería, que sin duda iba a desbaratar su día libre.

—¿Me estás escuchando? —insistió la voz tras el auricular.

—Tom, ¿qué dices que ha sucedido?

—Creo que deberías verlo con tus propios ojos. —La voz de Thomas Carroll sonaba temblorosa al otro lado del teléfono—. Cowley Road, número 219. Dios mío...

—Está bien, no pierdas la calma. Me cambio en un segundo y salgo echando leches para allí. Solo dime qué debo esperarme, ponme un poco en anteced...

No terminó la frase. Durante la conversación, había estado notando escozor en la zona del antebrazo derecho. En realidad lo había estado notando desde que despertó. En un acto instintivo, se llevó la otra mano a la zona del picor para remangarse y rascarse. Fue entonces cuando palpó que algo pegajoso le cubría la piel. Se quedó atónito con lo que vio, y entendió que su malestar no se debía tan solo a la resaca: tres profundos arañazos le recorrían el brazo, desde el codo hasta la muñeca. Y a juzgar por el color amoratado al que estaba tornando la piel ensangrentada, estaban empezando a infectarse.

«Pero qué coño...»

—Se ha cometido un terrible asesinato esta noche —sentenció Carroll.

El detective tragó saliva.

Tras despedirse con la promesa de que se plantaría allí *as soon as posible* (lo antes posible), colgó el teléfono y se incorporó del sofá. Aturdido, observó la cerradura de la puerta principal: parecía estar intacta. Después caminó a través del pasillo de su casa ayudándose de las propias paredes. Alcanzó el cuarto de baño, y al examinar su aspecto frente al espejo empezó a sudar. Tuvo que sentarse sobre el retrete para controlar los mareos que estaban empezando a dominarle. Tenía el labio ligeramente agrietado (de ahí

que sintiera la boca tan pastosa), y algunas manchas de sangre seca ensuciaban la barbilla, el cuello, y buena parte de la camisa.

Alguien, lo más probable un profesional, había entrado en la casa por la noche destrozando el mobiliario, drogándole y propinándole una buena paliza. Y lo peor de todo, lo que más lo atormentaba, era que no se acordaba absolutamente de nada. Por un insignificante instante, el agente sintió pánico.

Capítulo 1

—¿Cree que algún día me dejarán salir de este lugar, Morgan?

—Eso espero, doctor. Si fuera yo, no soportaría la idea de morirme entre estas cuatro paredes. Tengo demasiadas cosas maravillosas en el mundo exterior.

—¿De veras? ¿Qué tiene en ese *mundo exterior* suyo que sea tan valioso?

—Pues mi mujer, a la que adoro, y mis dos hijos, Benjamin y África, que son mi razón para levantarme cada día.

—Entiendo.

—¿A qué viene esa cara, Salas? ¿Acaso no tiene usted nada en el exterior?

—No mucho, para ser sincero.

—¿No tiene usted hijos?

—Venga, vayamos a dar un paseo. Hace un día espléndido.

—¿Por qué no quiere responderme? Se está yendo por peteneras conmigo y no lo soporto, ya lo sabe. ¿Tiene hijos o no?

—Insisto, salgamos fuera y caminemos. Tengo el presentimiento de que este va a ser un gran día.

Lunes 6 de noviembre de 2006

El juez José Miguel Callejo se llevó las gafas a unos centímetros de la boca y dejó escapar una bocanada de aire caliente. Mientras limpiaba los cristales con minuciosidad, observó al

hombre con gabardina que se hallaba sentado a su derecha, en diagonal. Su mirada se concentraba en los formularios que tenía sobre la mesa y, con un ceño permanentemente torcido, hacía intuir una personalidad tosca y con nulo sentido del humor. El doctor Grau se le había presentado hacía poco más de media hora con un escueto «hola, qué hay», justo antes de tomar asiento en su lugar correspondiente de la sala, y no le había vuelto a dirigir la mirada. Callejo le echaba unos cincuenta años, aunque bien podía ser un joven de cuarenta amargado por su propio ego, o un anciano cuyo pelo moreno y abultado le quitaba quince años de encima. Bajo la gabardina se dejaba entrever un estiloso traje azul marino complementado por una corbata del mismo color.

Concentrado en este examen visual se encontraba el juez cuando fue cazado por el doctor, que le lanzó tal mirada que hizo que volviera la cabeza por instinto.

Después apoyó las gafas sobre la punta de la nariz y fingió leer los papeles que tenía delante. Pero los pensamientos que en realidad ocupaban su mente estaban todos relacionados con la misma fecha: el pasado 12 de octubre. Hasta aquel maldito día había disfrutado de algunos meses tranquilos en la comarca, sin más ocupaciones laborales que algún inocente juego de tráfico de drogas entre menores de edad, un par de casos de violencia de género, y algún intento de robo felizmente resuelto por la Guardia Civil. Todo cambió, sin embargo, cuando ese tal Charly, el manco que regentaba en Ámbar aquel garito de dudosa legalidad, fue cazado con la polla fuera del pantalón y las manos en las tetas de esa pobre chiquilla. El caso estuvo cerrado en menos de veinticuatro horas. La joven denunció el intento de violación y la sabandija del muñón fue obligada a abandonar el pueblo hasta que se celebrara el juicio que lo llevaría directo a la cárcel. Un éxito de la justicia y otra medalla más para el juez Callejo. Pero el día 12 ocurrieron una serie de imprevistos. El hombre que había ayudado a impedir que la joven fuera violada fue encontrado muerto en la playa debido a, según lo que había llegado a los oídos del juez, un derrame cerebral. Y cuál fue su sorpresa cuando dos días después, tras el funeral, el suegro del fallecido fue denunciado, ¡por su propia hija!

Callejo dio un sorbo al café que acababa de sacar de la máquina y fijó la mirada en el infinito.

Al parecer, el suegro, un prestigioso médico jubilado, había falsificado el diagnóstico para ocultar la enfermedad de su yerno, Dios sabía con qué propósito. ¡Un caso tan surrealista como este no se daba todos los días!, pensó el juez entonces, y lo seguía pensando ahora. Todo hubiera resultado un divertido desafío si la acusación de la viuda no hubiera venido apoyada por un testimonio de la doctora que había sido víctima de la mentira del anciano y sus falsos diagnósticos. La chica se llamaba Sara Mora, y resultó ser la misma que había denunciado el intento de violación del desgraciado de Charly menos de una semana antes. Demasiadas coincidencias. De esas de las que a lo largo de muchos años al servicio de la ley había aprendido a desconfiar.

Y aún faltaba lo mejor. La guinda del pastel. El juez Callejo recordaba estar a punto de salir por la puerta de su casa, camino de su despacho, cuando recibió una llamada urgente del propio cuartel de la Guardia Civil: Charly había sido encontrado muerto a los pies del acantilado. Encontraron restos de sus sesos esparcidos entre las rocas.

La puerta del recinto se abrió, y una agradable señora de gesto sereno entró acompañada de un ujier, quien amablemente la invitó a tomar asiento en la silla que ocupaba, solitaria, el centro de la sala.

A José Miguel Callejo había algo que no le cuadraba. Charly se había suicidado y el extraño caso del doctor chiflado iba a resolverse esa misma tarde. No obstante, todo resultaba tan bien conectado, tan sencillo, que lo inquietaba. Decidió que en cuanto terminara la citación que estaba a punto de empezar movería algunos hilos.

—Doña Violeta, por favor, póngase cómoda —se dirigió a la mujer con un potente tono de voz—. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos. No le robaremos mucho tiempo.

Sara Mora dedicó todo el viaje a mirar con nostalgia por la ventanilla, primero del tren, más tarde del avión, y ahora, del

autobús. Sentía que llevaba el día entero viajando, y en realidad, entre trayectos, trasbordos y tediosas esperas, así había sido. Le costaba acostumbrarse a la enrevesada manera que tenían los ingleses de conducir por la izquierda, y en cada rotonda, cuando el vehículo giraba en el sentido de las agujas del reloj y no al revés, creía sufrir un micro infarto en el corazón. El paisaje había sido regular desde que saliera de Londres: praderas verdes, colinas verdes... verde, verde, y más verde. La joven doctora observaba embelesada la hermosura de la Gran Bretaña, y por primera vez en todo el trayecto se convenció de que podría ser un viaje sin retorno. Le agradó la idea, hecho que la sorprendió. Echó un vistazo a su reloj para comprobar que no faltaba mucho para llegar.

Tenía el ordenador portátil abierto y encendido sobre las rodillas. Una copia en formato «pdf» de la portada de El Diario Montañés, noticiero local de la provincia cántabra, ocupaba la pantalla. Sara había estado divagando durante gran parte del viaje en torno a la misma noticia:

SUCESIÓN DE TRAGEDIAS EN ÁMBAR

Bajo el titular aparecían publicadas cuatro fotografías en primer plano de Charly, Alfonso, el doctor Salas, y ella misma, en ese orden. «¿De dónde demonios habrá sacado esta gentuza una imagen mía?» La noticia era extensa, y resumía con bastante detalle (y algún que otro sensacionalismo inventado) lo acontecido durante la semana fatídica en la localidad norteña. Sara odió que se la hubiera señalado como «*pobre joven cuyo salvaje intento de violación sin duda tardará en superar*», aunque reconoció que por lo menos habían tenido la decencia de apuntar su «*brillante carrera en el mundo de la neurocirugía*». Además, según ella, la publicación era demasiado bondadosa con Salas y el tullido, a quienes se calificaba de «*ingenioso calculador*» y «*enfermo mental*», respectivamente.

Cerró el portátil con rabia y lanzó un soplo al aire.

Sentado a su izquierda, un hombre obeso y de piel rosácea dormía inclinado hacia ella. *Porky*, como decidió bautizarle Sara por motivos obvios, roncaba tan fuerte que en ocasiones parecía que se

iba a ahogar. La joven deseaba llegar a la estación para perderle de vista, pero hasta entonces debía distraerse. Con cuidado de no despertar al enorme gorrino, se inclinó para guardar el ordenador y extraer un cuaderno y un bolígrafo del bolso que llevaba a sus pies. Se detuvo unos segundos mirando a la hoja en blanco, hizo «clic» con el bolígrafo y lanzó un suspiro nervioso. Acto seguido comenzó a escribir:

«Diana,

Escribo desde el autobús. Son las ocho y media de la tarde, y creo que debo de estar a punto de llegar. Estoy agotada, pero el largo viaje ha merecido la pena, ¡qué bonito es esto! Siempre se dice que el clima en Inglaterra se basa en la lluvia, el frío y la niebla (deberías ver mi maleta, parece la de un esquimal), pero hoy hace un día espléndido. Era muy, muy temprano cuando he salido de Ámbar, y el tren que me ha llevado a Madrid ha tardado más de cinco horas. He aprovechado para desayunar en la cafetería que tenían instalada en uno de los vagones, aunque el café era difícil de digerir y apenas tenían bollería; me he contentado con un Donut que estaba... ¡duro como una piedra! He ido casi todo el viaje dormida, y cuando he llegado a Madrid estaba lloviendo sin parar. Después casi me pierdo en el metro. Pensaba que llegaría tarde a coger el avión, pero finalmente ha salido con retraso, así que...»

Se detuvo, releyó su propio texto, y tachó las últimas frases, decidiendo que a Diana no le interesarían en absoluto los detalles de su aburrido día.

«¡Céntrate, Sara!», se regañó.

Era obvio que estaba nerviosa. La caligrafía era enérgica e imperfecta. Entre frase y frase tomaba aire, excitada, para después continuar.

*«He estado mal, Diana. Durante este último mes me han ocurrido ciertas cosas de las que me voy recuperando poco a poco, ya lo sabes. No le he contado a nadie, salvo a ti, por supuesto, lo del intento de violación. —*A la joven le tembló la

mano—. Como te conté en la última carta, mi violador se tiró por el acantilado. Sin embargo mis pesadillas no cesan, más bien todo lo contrario. En ocasiones me despierto de madrugada, con el cuerpo empapado de sudor, convencida de que el manco de ojos extraños está debajo de la cama. Que ha sobrevivido y ha vuelto para terminar su trabajo conmigo. Sé que es una estupidez. No quiero terminar en un psiquiátrico, tengo fe en que este viaje me ayudará a reencontrar la paz. A veces tengo miedo de mí misma, de cometer alguna locura.

Y hablando de médicos, está el otro tema. El doctor Salas de las narices. El muy capullo me traicionó, nos traicionó a todos. Merece pagar por lo que hizo. Me obligó a fracasar en mi diagnóstico y a mentir a toda una familia, a una amiga. ¡Me siento tan responsable! Verónica solicitó mi ayuda el otro día, como testigo directo y víctima principal, para denunciar a su padre. Es muy duro todo lo que está pasando en esa familia, pero el viejo merece pagar. No soy una persona rencorosa, pero ayudé a Verónica y testifiqué contra él. Era lo que el corazón me pedía, hice lo correcto. Creo que va a ser juzgado.»

Una lágrima recorrió el pómulos de la joven y se vio obligada a detener la redacción. Tras concederse medio minuto, se sonó los mocos y se calmó.

«Por fin ha llegado el día. Dentro de unos minutos pisaré el suelo de esta ciudad y empezaré una nueva vida. Haré lo que debí haber hecho hace muchos años.

Gracias por todo, Diana. Pronto tendrás noticias mías. Te lo prometo.»

Guardó el cuaderno y el bolígrafo en su sitio y, emocionada, volvió a dirigir la mirada al paisaje verde, ahora oscuro por la nocturnidad. Verde esperanza.

Porky fue despertado por uno de sus más potentes ronquidos, desorientado y satisfecho, en el justo momento en que el autobús entraba en los andenes de la Gloucester Green Coach Station, estación de autobuses de la ciudad de Oxford.

—El tractor no debía de ir a excesiva velocidad. Y más teniendo en cuenta que circulaba a la altura del número 5 de la calle Granito, un camino por aquella época sin asfaltar y en el límite de una zona residencial bastante tranquila. El vehículo era tan ancho que ocupaba parte del sentido contrario, obligando a los demás automóviles, motos y bicicletas a apartarse de su camino hasta que a trompicones conseguía pasar. El conductor del mastodonte daba por sentado que el resto de los ocupantes del camino iban a tener cuidado con él.

El juez Callejo echó la mano al bolsillo trasero de su pantalón y sacó un paquete de tabaco, pero recordó que ya no estaba permitido fumar en recintos públicos, así que lo lanzó sobre la mesa. No dejaba de prestar atención a las palabras cansadas de la mujer. Tampoco pasó por alto que el doctor Grau lo estaba apuntando todo en sus folios perfectamente alineados.

—Pero aquella tarde, mi niña de seis años, que jugaba a tirar la pelota contra una pared y saltar sobre ella cuando volvía, tenía otras cosas en la cabeza. Es posible que la pelota se le escapara en el momento del rebote y saliera disparada. O quizá el conductor estaba encendiendo una cerilla en ese preciso instante. O puede que aquella tarde de octubre, entre un viento típicamente otoñal, solo fuera una chiquilla distraída más. En cualquier caso, Amelia no vio acercarse al tractor cuando corrió a recoger su pelota. Oyera o no la bocina, está claro que no le dio tiempo a reaccionar.

Doña Violeta miraba fijamente a los ojos de Callejo mientras narraba la muerte de su hija, lo cual pareció casi heroico al juez, dadas las circunstancias.

»Según contaron los testigos, el hombre giró el volante, pisó el freno con fuerza, y detuvo el vehículo generando una violenta nube de polvo en el camino. Pero fue inútil. Un fuerte impacto se escuchó y se sintió en la parte frontal del chasis. A Rafael y a mí nos sorprendieron los gritos de los vecinos, así que nos precipitamos fuera de la casa, donde encontramos a Amelia tendida en el suelo sobre un charco de sangre. Estaba inconsciente, pero aún tenía pulso. Rafael la metió en el coche y la trasladamos al sanatorio de la Virgen del Carmen de Torrelavega, a más de treinta minutos desde Ámbar hacia el interior. Allí fue donde finalmente murió.

—Vaya, lamento la tragedia.

Violeta asintió como respuesta al sincero pésame del juez, pero su mirada lo fulminaba dándole a entender que la idea de la citación no era del todo de su agrado.

—El luto duró demasiado tiempo. Familiares y amigos de todos los rincones de España vinieron a visitarnos durante los meses siguientes para ayudarnos con la casa y el cuidado de las niñas, que por aquel entonces eran aún dos bebés. Mi marido, que ya gozaba de un buen puesto de médico en la clínica, no pudo contener la pesadumbre que le torturaba por dentro. En casa, si alguien se acercaba a echarle una mano con el fregado de los platos, por ejemplo, se sentaba en la primera silla que encontraba y empezaba a sollozar como un chiquillo. Le creció una barba horrible, adelgazó más de diez kilos, y las bolsas de los ojos se le hincharon de tanto llorar.

»Lo peor de todo era cuando la hermana pequeña de Amelia, Verónica, se le acercaba suplicándole atención. Rafael apenas podía mirar a los ojos de su propia hija, pues cuando lo hacía, era como si viese en sus pupilas el vacío dejado por lo más amado y que había perdido por un estúpido descuido.

—Entiendo —asintió el juez.

—Lorena, la menor de las tres y que todavía vivía entre potitos y gorgoteos, tampoco ayudaba. Era como si para Rafael ni siquiera existiera. Podría decirse que el cuidado y atención de Verónica y Lorena durante sus primeros años de vida fue un trabajo exclusivamente mío. Él estaba demasiado ocupado combatiendo contra sus propios fantasmas. Transcurrieron los años y la cosa no mejoraba. Su comportamiento diario dependía de su estado de ánimo: si le apetecía quedarse toda la mañana en la cama, lo hacía; si no le apetecía ir a la clínica, no iba y punto. La profunda depresión en la que había caído estuvo a punto de costarle su puesto de trabajo. En una cosa sí era constante: fuera la hora que fuera, hiciera lo que hiciera, siempre encontrabas a Rafael observando por la ventana hacia el 5 de la calle Granito.

Violeta hizo una pausa mirando al vacío.

—Vale. Continúe, por favor. ¿Qué ocurrió luego?

—Mi exmarido dio un giro de ciento ochenta grados a su problema —apuntó la anciana—: se refugió en su profesión.

Callejo arqueó las cejas y se inclinó hacia adelante, demostrando máxima atención.

—Pasó la mayor parte del matrimonio encerrado en sí mismo. Era un hombre serio y apuesto, en mi opinión con cierto parecido a Robert De Niro, pero estaba demasiado anclado en la tragedia de Amelia y perdió la conexión con el mundo. Solo era capaz de centrarse en su trabajo en el hospital, de manera casi obsesiva, hecho que le sirvió para llegar a ser considerado el mejor. Creo que pensaba que cuanto mejor hiciera su trabajo, menos niñas como Amelia fallecerían en un hospital. Durante esos años especialmente infelices, alternaba los quirófanos con las barras de los bares, y llegó a convertirse en algo parecido al último hielo de uno de sus vasos de Bourbon: el más frío de todos, que se mantiene vivo cuando los demás ya se han derretido y acaba dañándote los dientes si finalmente lo masticas. Los pocos ratos que pasaba en casa los invertía en fumar y beber. Muchas noches me despertaba y Rafael no estaba en su lado de la cama. Entonces me acercaba de puntillas a la cocina, donde lo encontraba sentado a la mesa con las luces apagadas. Intenté por todos los medios ayudarlo, pero no podía acceder a él. No podía, y ya está. Podía rogarle y suplicarle. Incluso vestirme con el más sensual picardías y sugerirle una buena noche de sexo, y... ¿sabe lo que ocurre cuando tienes la sensación de que no está sucediendo absolutamente nada? Pues eso era exactamente lo que pasaba. La cocina era su templo y la noche su guardián. Con un vaso de *whisky*, un paquete de cigarrillos, un mechero y un cenicero, pasaba las horas solo en la oscuridad.

—¿Fue esa la causa de su divorcio? —inquirió el juez.

—Creo que llegó a odiarme, sinceramente —comentó la mujer con un ligero movimiento de hombros—. Inconscientemente me culpaba por no haber prestado más atención a Amelia aquel día, esas cosas se notan.

Callejo pensó que en ese momento era fácil encogerse de hombros para Violeta, pero por aquel entonces debió de suponer una pesadilla para todos los miembros de la familia.

—Nos divorciamos finalmente en 1979. No fue una decisión fácil, y no solo para mí, sino también para las niñas. Verónica, en concreto, era adolescente y no lo llegó a entender. Era una niña muy particular, ¿sabe? Por alguna razón que siempre le agradeceré, mostraba un cariño especial por su padre, a pesar de los incesantes desprecios que recibía de él.

—Si no me equivoco, usted se casó poco después con el que era alcalde de Ámbar en esos años. —El juez carraspeó, consciente de que estaba tocando un tema delicado—. ¿Cómo afectó eso al doctor Salas y la relación con su hija?

—Preferiría no hablar sobre mi segundo matrimonio, si no le importa —rechistó la mujer, molesta.

—Lo entiendo.

—Sin embargo sí contestaré a su pregunta: se hicieron extrañamente inseparables. Quiero decir, ya no vivían en la misma casa, pero puede que esa fuera la razón por la que se llevaran tan bien. Verónica ya era adulta y Lorena se había marchado a estudiar a Londres. Creo que Verónica se sentía sola, y necesitaba recuperar la figura paterna de alguna manera. Aquel milagro fue maravilloso. Rafael volvió a sonreír y dejó de beber. Conmigo seguía siendo la persona cascarrabias y desagradable de la que me separé, pero no me importaba. De alguna manera, todo parecía estar bien. Y más aún cuando, unos años después, Verónica tuvo un retoño con su recién estrenado marido, Alfonso. —La anciana dibujó en el aire el gesto de la cruz con su mano diestra, en señal de respeto por su recién fallecido yerno, y después continuó como si nada—. Al abandonar el hospital tras el parto, Alfonso y Verónica fueron directamente a la casa de Rafael, donde le entregaron al pequeño Óliver. Rafael lo estrechó entre sus brazos y acunó con ternura al bebé que acababa de entrar en su hogar, supongo que recordando a nuestra desaparecida Amelia. Cuando sus ojos se encontraron, el rostro arrugado de Rafael se iluminó, como si sintiera el resplandor que una vez irradió su propia hija. Agarró con fuerza al niño y no lo volvió a soltar jamás.

—Tengo entendido que lo tiene como a su niño mimado —apuntó Callejo.

—Lo quiere con locura. —La mujer sonrió con aire orgulloso—. Con locura —repitió—. Esa es exactamente la palabra.

El juez pasó de hoja y, considerando que se estaban alargando demasiado en el tiempo, decidió ir al grano cuestionando a la mujer por su *opinión al respecto*.

—¿Al respecto de qué?

—La semana pasada su yerno falleció, dejando un segundo bebé en camino. Hasta ese día, tanto la familia como la doctora que llevaba el caso vivieron engañados por su exmarido, haciendo creer a todos que la que se moría era su hija.

Hizo una pausa.

—Bien, me gustaría saber su opinión —añadió con firmeza.

—Con todo mi respeto, señoría, estoy aquí para hablar de Rafael, no para opinar.

—Pero usted no participó en la denuncia que puso su hija contra él.

—Exacto, no lo hice —replicó la mujer con cierta chulería.

El juez se tomó unos segundos para pensar su siguiente pregunta.

—Al menos respóndame a esto: ¿cuál cree que fue la razón por la cual intercambié de forma ilegal los diagnósticos?

Violeta no llegó a responder, no obstante, pues una nueva voz irrumpió por primera vez en la conversación. El doctor Grau había levantado la vista de sus papeles para interrumpir el interrogatorio con una voz rasgada y hueca, como si estuviera hablando hacia una silla vacía:

—¿Le sorprendió a usted la fechoría de su exmarido?

La mujer, sorprendida, balbuceó.

—Quiero decir —matizó el médico con un tono rugoso de voz—, ¿le parece que Rafael Salas sea una persona que actúe de una manera impulsiva, sin atender a las posibles consecuencias, y poniendo en riesgo tanto su reputación como su vida familiar? Al fin y al cabo, usted es la persona que más tiempo ha vivido con él, y por tanto, la que mejor lo conoce.

—Sss... no. Bueno, ¡no sabría decirles!

El galeno había logrado acorralar a la mujer, que se mostraba ahora nerviosa e insegura.

—Entienda, Doña Violeta, que necesitamos estar seguros antes de tomar una decisión. Cualquier mínimo detalle será de utilidad — insistió él, implacable.

El doctor Grau golpeaba la mesa con la punta del bolígrafo mientras hablaba, acción que irritaba sobremanera al juez. Violeta, por su parte, había pasado a respirar a mayor velocidad.

—Rafael es una persona difícil e imprevisible, de eso no hay duda. Es imposible saber lo que pasa por su cabeza —dijo.

—¿Cree que volvería a hacer lo que hizo? —fue la siguiente pregunta del doctor.

La mujer no iba a dudar en esta ocasión.

—Rotundamente, sí.

Grau buscó a Callejo con la mirada por primera vez en toda la tarde, y ambos supieron enseguida lo que iba a pasar a continuación.

—Por mi parte, creo que podemos dar por finalizada la citación —dijo el primero, y se puso en pie—. La decisión está clara.

José Miguel Callejo asintió con la cabeza y añadió un *alea jacta est* en un lacónico susurro que se perdió entre el sonido de las sillas que se alejaban de la mesa.

Martes 7 de noviembre de 2006

La mañana del 7 de noviembre había comenzado con fuertes ráfagas de viento, y Violeta tuvo que agarrar el volante con firmeza para mantener el automóvil en el interior del carril. A los veinte minutos de trayecto, internó el viejo Volvo en un estrecho camino de barro que ascendía por la colina. Cuando se topó con la puerta de hierro, detuvo el coche y apagó el motor. Descendió y caminó hasta la verja. El doctor Salas había hecho lo propio y ya se encontraba allí, observando con atención los innumerables candados y cerraduras.

—Aquí es —dijo ella—. Ya hemos llegado.

Frente a ellos se alzaba una única construcción, de paredes de piedra, y grande. Tan grande como un castillo o un palacio. Vista

desde cerca, la tapia era altísima. Y la verja, vieja y oxidada, estaba desprovista de timbres y campanas.

—¿No dices nada? —insistió Violeta.

—Púdrete —se limitó a contestar él, lacerante.

El anciano curioseaba entre los barrotes. Ella, luchando por tragarse las lágrimas, dio media vuelta y observó el paisaje. Estaban orientados hacia el sur, lo que significaba que Ámbar, así como el mar, se encontraban al otro lado de la colina. Desde esa altura, la sierra cántabra se plantaba formando un muro que separaba la costa de la meseta, y se extendía de oriente a occidente como un telón de piedra inexpugnable. La mujer se sintió como en el fin del mundo.

En el interior del recinto, más allá de las verjas, un individuo se acercó desde el final de un camino que terminaba en la entrada de un enorme edificio. Cuando llegó a la verja, insertó una llave de hierro tan grande como una de las cerraduras y, a pesar de que el anciano se aferraba a los barrotes como un niño que no quiere ir a la escuela, la puerta se abrió. Un estridente chirrido erizó la piel de Violeta. Se acercó a su exmarido y lo besó en la mejilla, acompañando el gesto con un «estarás bien». Él apartó el rostro con inapropiada brusquedad y permitió que el hombre de las llaves atrapara su brazo y lo arrastrara hacia el interior. Solo volvió la cabeza para echar un último vistazo al interior del Volvo. En el asiento trasero, un chaval de diez años lo observaba todo con los ojos abiertos en forma de balón de fútbol. Cruzaron sus miradas durante un instante. No hizo falta ningún gesto de despedida. La verja volvió a cerrarse y los dos hombres desaparecieron tras la puerta del edificio principal. Entonces, Violeta volvió a arrancar el motor del coche y lo dejó deslizar, sin prisa, pendiente abajo.

Capítulo 2

—Ahora que estamos al aire libre, disfrutando de este día tan estupendo, hablemos de cosas serias.

—Proponga un tema, pues.

—Por ejemplo: la familia que tiene ahí fuera, Morgan, ¿es de las de musical?

—¿A qué se refiere, doctor?

—Ya sabe, una de las que te hacen bailar sin querer, hasta en pijama. De las de subirte encima de la mesa y cantar *You can't leave your hat on* mientras te desatas el cinturón. De que el perro dé la patita y abrir una botella de vino para celebrarlo, porque, ¡qué coño, solo se vive una vez! Convertir el champú en un micrófono y el plato de ducha en tu estudio de grabación. Ver esa película jodidamente triste mientras sonríes, porque hasta ese momento siempre la dejabas a medias pensando que *demasiado deprimente es mi vida como para ver dramas*. Ese tipo de familias. Familias de musical. Como la que yo desperdicié.

—¡Vaya! Está usted como una cabra, ¿sabe?

—Si tenemos en cuenta dónde estamos, puede que eso sea una ventaja.

Martes 5 de marzo de 2002

—¡Fíjate *Mate* (colega), el parque! —exclamó, dirigiéndose a Ms. Tallent con un inglés muy castellano. «*Mate*» consistía una de las pocas palabras coloquiales en el idioma anglosajón que había

logrado interiorizar en todos esos meses—. ¡Qué extraño! Con el buen día que hace, tan soleado, debería de estar abarrotado de gente tomando el sol o jugando a fútbol.

—No es tan extraño. Es día de labor y aún es temprano. Dentro de unas horas esto tendrá un aspecto muy diferente —pronosticó la nativa con aire ausente.

—¡Aprovechémoslo! Todavía me queda un rato hasta que salga el autobús, y no querría regresar a casa habiendo desperdiciado un último juego. Venga, ¡saca el frisbee y juguemos un poco!

Sin aguardar respuesta, *Brunet*, que así era como Ms. Tallent llamaba cariñosamente a su pareja, se internó en el césped. La británica se encogió de hombros y fue tras sus pasos. Era agradable estar al aire libre en un día como ese, puede que una señal del preludio de la primavera.

Brunet había dejado la maleta donde podía vigilarla y ya tenía el frisbee en las manos. Durante los siguientes minutos, el parque universitario de Oxford fue testigo del bonito baile de dos amantes que se negaban a decirse adiós, jugando a un deporte cuya diversión habían descubierto a lo largo de los últimos meses. El sueño de Tallent culminaría pronto, y todas las mágicas veladas vividas desde que Brunet llegara a la ciudad, a mediados de septiembre, iban a pasar a ser agridulces recuerdos. La aventura había llegado a su fin; apenas quedaba una hora y media para que tomara un autobús con dirección a Gatwick, Londres, donde le esperaba un enorme avión con destino a España.

—Volvamos al camino, anda. Ya ha pasado media hora y no quiero que pierdas el autobús por mi culpa.

Tras sus palabras de mal agorera, Tallent vio cómo el disco de plástico caía en las manos de su Brunet, quien, acto seguido, lo proyectó con rabia contra la hierba seca. La tristeza en sus ojos, percibió, se había tornado extrema. Hasta aquel momento había mantenido la compostura, como si se hubiera prometido no llorar ni convertir la despedida en un drama. Pero, ¿acaso el significado de «drama» no iba implícito en las despedidas? Pudo sentir cómo esos oscuros ojos españoles que tanto la habían seducido en su día, se humedecían. Tallent sabía de la fortaleza de su amante, mucho mayor que la suya. Lo que ocurría era que habían temido ese

funesto día desde que se conocieron, y no podía ser de otro modo, pues su romance había sido realmente hermoso.

—No, *Mate* —replicó Brunet, y lo repitió con más firmeza—: ¡No! Juguemos un poco más, por favor.

Recuperó el disco del césped y lo lanzó de nuevo con fuerza, como si con ello pudiera detener el tiempo.

—¡Venga, ahora lánzamelos! —gritó con los ojos húmedos, y echó a correr.

La británica obedeció y corrió detrás. Jugaron como si hubieran pactado saborear cada segundo. Y así se adentraron en una zona arbolada. Llegado un punto en el que a la nativa le costaba mantener una respiración constante, suplicó una tregua. Su *contrincante*, no obstante, no se la concedió. Rieron a carcajadas ante sus chiflados últimos minutos en Oxford, habían empezado a sudar. Entonces, atrapada en un éxtasis de amor desesperado que iba y volvía con cada lanzamiento de frisbee, Ms. Tallent pisó sobre terreno inestable y perdió el equilibrio. Cayó al suelo entre gemidos. Un dolor punzante invadió su tobillo derecho, y se multiplicó cuando, al intentar reincorporarse, apoyó la planta del pie sobre la superficie. Al analizar el terreno, descubrió que había tropezado con una vieja raíz que asomaba escondida entre dos montículos.

El tobillo cedió y volvió a caer. Dolió aún más.

Los siguientes minutos fueron extraños, y desde ese día constituirían una bruma imperfecta entre los recuerdos de Tallent.

Brunet telefoneó a una ambulancia. A pesar de su paupérrimo nivel de inglés, consiguió que los sanitarios acudieran al parque en unos pocos minutos que a la doliente se le hicieron eternos.

Todo sucedió despacio. Mientras tres hombres la levantaban de los brazos y las piernas para acomodarla sobre una camilla, Tallent trató de alargar el brazo para abrazar a su amor, mas no consiguió moverse. El suplicio era insoportable. Lo había entendido de inmediato, y mirando sus pupilas supo que Brunet también era consciente. No había solución: el autobús partiría en menos de una hora y no le iba a dar tiempo a acompañarla al hospital. Irremediablemente eran sus últimos segundos juntos. Dolor, dolor...

Entonces fue transportada hacia el interior de una ambulancia y las lágrimas brotaron sin control. Las compuertas del vehículo se

cerraron a sus pies y todo fue invadido por la penumbra. Sabía que, tal y como era la vida, no volverían a verse. El motor arrancó y Ms.Tallent sintió un punzante daño en el pecho, de sobra más intenso que el padecido en el tobillo.

Martes 7 de noviembre de 2006

El doctor Rodolfo Grau echó un vistazo rápido a los papeles que el auxiliar de enfermería acababa de depositar sobre su mesa. Todo parecía estar en regla, el formulario oficial de Don Rafael Salas era correcto. Decidió que más tarde leería los informes con atención, así que los guardó en el cajón superior de la mesa y gritó al aire: «¡adelante!»

Observó al doctor Salas cuando este entró en su despacho. No aparentaba tener más de sesenta y cinco años, y se sorprendió al comprobar que su talante distaba mucho del de cualquier tarado, imagen que a Grau se le había formado en la cabeza tras el testimonio de su exmujer, Violeta. Si bien es cierto que su pelo era blanco y despeinado, dos profundos ojos negros resaltaban en la cara inquisitivos, como constatando quién mandaba. Tenía más aspecto de actor de cine que de médico: tronco fuerte y robusto, manos gruesas, un Rolex de oro en su muñeca izquierda, y andares rectos que denotaban complejo de superioridad. Grau reprimió una sonrisa al recordar la comparación que Violeta había hecho entre su excónyuge y Robert De Niro: había dado en el clavo, tan solo le faltaba el característico lunar que el actor lucía en su mejilla derecha. Lo que más lo sorprendió, no obstante, fue el elegante vestuario con el que había decidido presentarse en su despacho: traje gris de corte italiano, corbata azul intenso combinada con gusto, y brillantes zapatos negros. «Demasiado peripuesto para este centro —pensó Grau—. ¿Dónde se cree que viene?»

—Por favor, Salas, pase y siéntese —le invitó cordial.

El exmédico, mostrando un gesto agrio que no parecía pretender disimular, se acercó a la mesa con determinación, se alisó los faldones de la chaqueta con las manos, y se sentó frente al

director del centro con el busto erguido. Había pensado Grau que quizá notaría algún signo de tristeza o ansiedad en su rostro, pero no fue así. Su mirada era indiferente y distante.

—¿Eres Rodolfo Grau? —se adelantó a preguntar el recién llegado.

—Doctor Grau —le corrigió el otro con voz áspera—. Así es.

El director se quedó observando la expresión del anciano, como esperando algún intento de reacción por su parte. No la obtuvo.

—Dígame, Rafael, ¿sabe por qué está aquí?

—Doctor Salas —apuntó el aludido con maldad.

Grau rio entre dientes, pues no esperaba verse obligado a mantener un duelo de poder con su nuevo inquilino.

—Usted ya no es médico —replicó con incuestionable certeza—. En cualquier caso, Salas, ¿sabe qué hace en este centro?

—Trabajos sociales.

—Pero, ¿por qué motivo?

—Creo que lo sabes perfectamente.

—Quiero escucharlo de sus propias palabras —insistió Grau, cansado de lo escueto de las respuestas.

—Está bien, *Rodolfo*, cooperaré contigo —dijo Salas, remarcando el nombre propio. El nombrado apretó los dientes, pero se armó de paciencia y esperó—. Estoy aquí porque mi hija me denunció —confesó Rafael con talante gélido.

—¿Por qué? ¿Qué hizo? —inquirió Grau, aunque conocía bien la respuesta.

—La mentí.

—¿Sobre qué?

El antiguo médico resopló y agitó los brazos en son de reproche.

—¿Es esto necesario? —protestó—. Dime cuál será mi trabajo aquí, y, sobre todo, ¡por Dios!, asígneme una habitación digna. Deseo ducharme.

—Enseguida —prometió el director con la sonrisa cansada de alguien respetable que se ve obligado a tratar con idiotas—. Pero antes, sigamos hablando. ¿Por qué tomó la decisión de mentir sobre la enfermedad de su yerno? La probabilidad de éxito era inmensamente remota.

—Y aun así funcionó.

—Bueno, usted está aquí, yo no diría que funcionara —dijo Grau, y después dejó escapar una risa burlona.

—¿Qué importa eso? Funcionó, y punto. —El doctor Salas dejó caer su espalda sobre el respaldo de la silla y sonrió orgulloso.

—Es usted un genio —reconoció el director de repente.

—¿Cómo dices? —El alabado volvió a reclinarsse hacia delante, siempre con exagerada vitalidad—. No, no, el mérito no fue mío.

El entrevistador tecleó en su ordenador, como improvisando, unas palabras sobre un bloc de notas: «arrogancia», «sarcasmo», «humildad». Hizo una pausa al darse cuenta de la incongruencia de su análisis, y regresó a la conversación.

—¿De quién iba a ser el mérito de su maléfica idea, sino? —quiso saber, haciendo que sonara como una pregunta trampa.

—No quiero responder a esa pregunta.

—¿Dónde nació usted? —cambió de pronto de tema el de más autoridad.

—Marsella, Francia. Aunque por accidente. Mis padres eran de Ámbar, al igual que lo sería yo si mi querida madre, que en paz descanse, no se hubiera puesto de parto en mitad de un viaje de placer. He pasado en Ámbar toda mi vida.

—Hábleme de su exmujer, Violeta.

—Que te jodan.

Grau alzó las cejas asombrado y continuó como si nada.

—Hábleme pues de Sara Mora, su antigua aprendiz.

—¡Que te jodan de nuevo! —repitió, esta vez señalando a Grau con el dedo.

El director juntó sus manos entrelazando los dedos y se apoyó sobre la mesa.

—Le ruego que se calme, Salas —dijo pausadamente—. Yo soy su compañero aquí dentro, no su enemigo.

El anciano miró en silencio hacia un costado.

—Cambiemos de tema. —El mandamás decidió probar suerte por otro lado—: tengo entendido que fue usted un mago de la cirugía neuronal. Una eminencia.

—En efecto, Rodolfo, tú lo has dicho. Era el mejor —respondió, esta vez sacando pecho.

—Doctor Salas, no puedo evitar fijarme en que se empeña en tutearme —apuntó Grau, cambiando el tono de voz con la intención de recuperar las riendas de la conversación.

—Así es.

—¿Puedo saber por qué? Soy el director de este centro, y como tal, aquí absolutamente todo el mundo me trata de usted.

—Puede que seas quien manda en este sitio, pero a niveles de conocimiento médico, Rodolfo, no me llegas ni a la suela de los zapatos —dijo con recochineo—. Yo soy la eminencia, tú mismo lo has dicho —añadió, y le lanzó un guiño juguetón. Después rio hasta el extremo, echando la cabeza hacia atrás, y el director se vio obligado a imitarle, con algo más de prudencia, pues lo cierto es que lo había dejado sin habla. Aquel viejo no tenía nada de tonto.

Una vez ambos recuperaron la compostura, Rodolfo Grau se incorporó y se dirigió a la puerta del despacho.

—Hay algo, Salas, que quisiera dejarle muy claro. Esto es un centro psiquiátrico, o, como nos gusta llamarlo ahora, un sanatorio mental. Apenas cruce esta puerta de nuevo entrará usted en un mundo ingrato y desagradable —advirtió.

—Ya lo sé. Tengo que cumplir mi condena y pagar por mis pecados, sean cuales sean —protestó, más que afirmó, el anciano—. Haré lo que se me mande con los enfermos y aguardaré con paciencia hasta el día de mi liberación. Si hubiera podido escoger —añadió irónico—, habría reservado habitación en el hotel Ritz de Madrid, y no aquí.

Ignorando su sarcasmo, Grau abrió la puerta y apoyó el brazo derecho sobre el hombro de Rafael, instándole a caminar.

—Tenga cuidado con los muchachos. Aquí las normas son muy estrictas, ya lo verá, porque ciertos enfermos son peligrosos. Si alguno de ellos es agorafóbico y no puede salir al exterior del recinto, por ejemplo, no toleramos que nadie, por ridiculizarle, lo empuje a rastras hacia la calle. En esos casos imponemos unos castigos muy severos.

—Haces muy bien, Rodolfo. Parece que empezamos a entendernos.

—Hay reclusos —insistió el director del sanatorio mental— que sufren distintos grados de esquizofrenias. Por ejemplo, los hay que

creen ser personas que no son, e incluso tenemos alguno que solamente interactúa con seres creados en su propio cerebro.

—Lo tendré en cuenta, director —asintió Salas.

—¿Cuento, pues, con su aprobación?

—Así es.

Grau acompañó a la nueva incorporación a su habitación a través de los tristes pasillos del centro. Allí, se despidió de él:

—Dentro encontrará ropa de aseo, un pijama, sábanas y almohada. Le veré mañana, cuando le presente a los chicos —dijo, y lo invitó a entrar con un movimiento de brazo. Después, cerró la puerta de un portazo seco y se alejó por el corredor.

Rafael Salas se quedó mirando durante un buen rato la puerta que acababa de cerrarse. Se encontraba solo en la que sería su habitación durante las siguientes semanas.

Desanudó la corbata y la posó sobre el colchón de la cama, aún sin hacer. Entendió que tenía muchas razones para desazonarse. Él estaba allí para atender a los enfermos. No en sus tratamientos, pues esa no era su especialidad, pero sí en primeros auxilios, sanar heridas, poner escayolas o, en el caso más indeseado, puede que limpiar los excrementos y orines de los más discapacitados. Lo que más le angustiaba era el escenario siniestro en el que debía sobrevivir de ahora en adelante. Toda la vida había sido entrenado para abrir cerebros humanos y arreglarlos, pero era incapaz de tratar con personas mentalmente inválidas. No era un hombre valiente en presencia de locos, y mucho menos buen sanitario. Con todo ello, a partir de ahora tendría que convivir entre una multitud de individuos cuyos tumores no estaban en la superficie cerebral, sino en sus mismísimas profundidades: seres cojos de alma e instinto, en cuya palabra no se podía confiar, pues ellos mismos vivían en un mundo irreal. De todos sus casos, este iba a ser el más terrible, pues habría que adentrarse (e intentar comprender) en una especie de mundo paralelo que resumía el subsuelo de la humanidad, el estiércol de la sociedad y el fracaso de la evolución. Y aun así, se

dijo a sí mismo, tenía que sentirse agradecido por ser un anciano, factor que impidió que ingresara en prisión.

Después de algunos incalculables minutos de divagación, el doctor Salas oyó cómo alguien golpeaba la puerta con los nudillos de manera insistente. Le sorprendió, pues no esperaba visita en su primer día. «Será de nuevo el doctor Grau, que quiere presentarme a alguien», intentó adivinar.

Tras la puerta, el exmédico encontró a un hombre negro de menuda estatura y mirada vivaz. Llevaba el pelo a lo afro, aunque no muy largo, y una impoluta bata blanca delataba su ocupación en el centro: era uno de los doctores. El hombrecito de color le estrechó la mano con una radiante sonrisa que le ocupaba media cara.

—¿Es usted el nuevo? —quiso saber con pegadizo buen humor.

—El mismo. Y usted es... —respondió Rafael, y se inclinó hacia el pecho del recién llegado para leer la etiqueta que llevaba en la bata—. Saúl, curioso nombre.

—Saúl Morgan —confirmó la visita—. Un auténtico placer. Es el doctor Salas, ¿no es así?

El nombrado hizo un chasquido con la boca y apoyó la mano sobre el brazo de Saúl.

—Sí, pero usted puede llamarme Yayo.

Solo había transcurrido una noche desde que pisara Oxford, y Sara Mora ya se arrepentía de su decisión de alojarse con una familia de acogida.

La primera impresión había sido buena. No tardó en encontrar el camino que la llevó desde la estación de autobuses hasta la casa que le habían asignado los de la agencia. Tras un agradable paseo por la larguísima Banbury Road (avenida que atravesaba la ciudad de norte a sur), había llegado al 48 de Victoria Road, hogar de los Connor. La calle no era larga, y sí puramente residencial: ni comercios, ni cajeros, ni oficinas; solo bonitos dúplex adosados con tejados acabados en pico, que a Sara se le antojaron muy *british style*. El entusiasmo de la joven fue en crecimiento hasta que llamó

al timbre y fue recibida por su nueva familia. La experiencia más kafkiana empezaría al atravesar el umbral de esa puerta.

Un chaval de doce años que se presentó como Nick fue el encargado de darle la bienvenida y enseñarle la casa, pues sus padres (o, como Sara sabría más tarde, su madre y su padrastro), habían salido. La joven, cuyo nivel de inglés había ido oxidándose con el tiempo a causa del desuso, apenas entendía una palabra de lo que el niño le iba explicando. Más que pronunciar las palabras, ¡las escupía!

El dormitorio que le habían asignado en el piso de arriba no estaba del todo mal; era amplio y razonablemente limpio. Pero el cuarto de baño... «¡Ay, mi madre!», exclamó Sara cuando entró esa noche para darse una ducha. Tampoco es que esperara un aseo de veinte metros cuadrados, pero desde luego que fue una sorpresa descubrir que tres arañas de patas finas y alargadas, de esas que parecen surgir de la nada, colgaban del techo por encima de la ducha. A Sara casi le dio un síncope cuando tuvo que enjabonarse bajo tal repulsiva compañía.

Tras el problema de las arañas, conocer al resto de la familia fue menos traumático. La madre de Nick (y dueña de la casa) era una extraña cuarentona llamada Claire. Llevaba el pelo alborotado, solía expresarse a gritos con el resto de la familia y cada vez que le crispaban los nervios se le hinchaba la vena del cuello. Su lado más humano, por otro lado, salía a la superficie cuando hablaba, gruñía o jugaba con *Rolly*. El pequeño chucho de los Connor tenía como principal entretenimiento lamer los cubiertos y los platos sucios del lavavajillas.

Si la compañía de las arañas y el perro-estropajo supusieron inesperados obstáculos en su objetivo por mantenerse limpia y sana, el verdadero surrealismo llegaría entrada la noche. La joven se disponía a subir las escaleras hacia su nuevo dormitorio, cuando oyó unos extraños sonidos agudos y huecos, como si provinieran de una caverna, al otro lado de la puerta del salón. Nick, que pasaba por allí, trató de explicarle entre cautos susurros que al otro lado de la puerta se encontraba Kurt en medio de una de sus oraciones. Por lo visto, el nuevo marido de su madre seguía las pautas del budismo a rajatabla. Iba a reuniones semanalmente y aseguraba ser menos

violento si recitaba sus particulares cantos todos los días. «Es un buen hombre, ahora que tiene a Buda», explicó el chaval ante la atónita mirada de Sara.

—¿A qué se dedica? —intentó vocalizar ella en el mejor inglés que pudo.

—*Forensic* (forense) —fue la escueta respuesta de Nick, y, sin más, se dio la vuelta y se fue.

Era la primera vez que Sara escuchaba esa palabra, pero no fue necesario buscar en el diccionario para conocer su evidente significado. Aquel hombre ya le ponía la piel de gallina, y eso que todavía no lo había visto en persona.

Pensaba Sara en cómo solucionar el grave problema de las arañas mientras salía a la calle la mañana del martes con la intención de dar un paseo por el centro. Vaqueros, botas de cuero y una fina chaqueta marrón del mismo material eran suficientes para aquel día soleado. A pesar del buen clima, se sentía apesadumbrada. Ahora que estaba allí, no sabía por dónde empezar. O, más bien, puede que no se atreviera a hacer lo que debía hacer. Y su nueva *host family* (familia de acogida) no invitaba al optimismo de cara a los siguientes días.

Corrió la cremallera de la chaqueta hasta la mitad y deshizo el recorrido del día anterior por Banbury Road. De camino se dio de bruces con el Museo de Historia Natural, por lo que aprovechó para entretenerse viendo huesos de dinosaurio y animales disecados. Después se internó en el *downtown*, donde quedó fascinada con la Radcliffe Camera, colosal edificio circular construido en el siglo XVIII como una biblioteca científica. Nada más rodearlo encontró la iglesia St.Mary, desde cuya torre observó encantada la ciudad en su totalidad.

Sara había leído que al pie de St.Mary habían abierto una cafetería, y el estómago le estaba empezando a rugir. Pidió un delicioso *muffin* de chocolate y un cappuccino. Se sentó sobre una zona de césped habilitada frente a la iglesia y dirigió la cara hacia el sol para sentir el reconfortante calor en la piel.

Dos universitarios que charlaban, también en la hierba, se le quedaron mirando. Le hacían sentir incómoda. El más pequeño de los dos, un rubio lleno de pecas y con cara de niño malo, rompió el hielo con un petulante *heeeeey sweetie...* (ey, cielo). La foránea, ruborizada, miró hacia otro lado, y como no dejaba de sentir los traviesos ojos de aquel chulo penetrando su nuca, giró su cuerpo y les dio la espalda.

Pero Sara iba a descubrir la testarudez de las nuevas generaciones inglesas. El otro hombre, que se había limitado a presenciar el cortejo de su amigo con diversión, se acercó y pidió permiso para sentarse, demostrando estar varios niveles de galantería por encima de su colega.

—¿Te puedo invitar a otro café, preciosa? Tienes la impresión de estar falta de compañía —dijo, con un inglés tan perfecto que incluso Sara entendió cada palabra sin problema.

Que el chico era guapo era una evidencia. Y había dado en el clavo respecto a ella: andaba sin acompañante. Odiaba estar así. Si su madre estuviera allí, removería mares y tierras con tal de que aceptara el ofrecimiento del varón inglés, y poder así ver a su única hija agarrada del brazo de un hombre. Pero Sara no tenía intención de complacer a su progenitora. No quería hombres en su vida; ni el inglés de acento perfecto ni ningún otro.

Balbuceó algo en un patético inglés intentando indicar que declinaba la oferta. Acto seguido dio un último sorbo de café y se esfumó de allí, hasta que, avergonzada, perdió de vista a los dos chicos. Tomó la Catte Street, de tránsito universitario, y el presentimiento de que alguien la estaba siguiendo le invadió de súbito. Como producto de un acto reflejo, volvió la cabeza con disimulo para examinar el entorno, y comprobó que los dos ingleses seguían en su puesto, sentados sobre la hierba de la St.Mary y mofándose de sus asuntos. Pero Sara, convencida de ser víctima de una de sus últimas paranoias, aún sentía los ojos de alguien sobre su nuca. Al pasar por debajo del particular Puente de los Suspiros (denominado así por su indiscutible parecido con su homónimo veneciano), se internó en un callejón con la esperanza de despistar a su observador, si es que este existía en realidad.

El histórico St.Helen's Passage no era un callejón cualquiera. De poco más de un metro de ancho, no lo alcanzaban los rayos del sol. Sus muros de ladrillo rojo serpenteaban bajo una luz anaranjada procedente de un par de farolillos, lo que lo hubiera convertido en un paseo digno de pesadilla de no ser porque, en una de las paredes de la entrada, un cartel seducía a los más cerveceros con el siguiente texto: «THE FAMOUS TURF TAVERN. AN EDUCATION IN INTOXICATION» (EL FAMOSO TURF TAVERN. FORMACIÓN EN INTOXICACIÓN).

Lo que Sara encontró al llegar al final del pasaje hizo que se le dibujara una sonrisa en la cara y borrara de su mente a su perseguidor. Una pintoresca casita de tejados bajos, datada en el siglo XIII y encajonada entre edificios antiguos, hacía de *pub*. En su parte delantera había un pequeño patio con un encanto maravilloso, en cuyas mesas y bancos de madera disfrutaban los clientes de cervezas de elaboración propia y algunos platos con comida para picar. Sara se fijó en que la pared exterior estaba decorada con carteles de pizarra donde los visitantes más ilustres del Turf habían sido dibujados con tiza. Chuck Berry, Elisabeth Taylor y Bill Clinton fueron tres de las celebridades que más llamaron la atención a la doctora.

No quedaban mesas libres fuera, así que entró en el local y se dejó invadir por su atmósfera británica de épocas pasadas. Reconfortada por el olor a barniz y la tenue iluminación, se acercó a un rincón de la barra que se encontraba desocupado y pidió una pinta y un plato combinado de carne con guarnición de brócoli y puré de patata. No estaba especialmente sabroso, pero la joven no dejó ni una miga sobre el plato.

Lo que Sara Mora no esperaba era que el placentero almuerzo iba a ser interrumpido.

Había transcurrido menos de media hora desde que llegara al *pub*, y el número de comensales se había duplicado. Eran sobre las doce y media del mediodía, y tanto lugareños como turistas empezaban a salir de sus casas para disfrutar del soleado martes. Sara miró a su alrededor para hacer una fotografía mental del magnífico aspecto que ofrecía el interior del local, cuando se vio obligada a detener la inspección en un punto que llamó su atención.

Tuvo que mirar fijamente para asegurarse de que sus ojos no la traicionaban.

«No puede ser...», pensó con espanto, más que susurró, pues no fue capaz de generar ni un hilo de voz.

Entre la multitud, junto a la puerta principal, un hombre de mediana edad, espigado y tan alto que casi se daba con la cabeza en el marco de la puerta, la observaba por encima del resto de clientes con inusual atención. Las miradas de ambos se cruzaron, y entonces ella pudo detectar una ligera sonrisa en su rostro. Se levantó del taburete al ver que él se acercaba, pero pronto asumió que no tenía por dónde escapar. Por un costado la barra la cercaba, y había demasiada gente a su alrededor para esfumarse en pocos segundos. ¿Qué diablos podía hacer? Cuando el perseguidor estuvo más cerca y lo observó de arriba abajo, a Sara comenzó a faltarle el aire. Tenía que tratarse de una alucinación.

«Charly...», se repetía mentalmente mientras luchaba por vencer el pánico.

La jarra de cerveza salió despedida debido a un involuntario espaviento que dio la joven al intentar escapar, y se estrelló contra el suelo de madera del Turf Tavern.

Capítulo 3

—¿Qué sabe del amor, Morgan?

—Es ese incómodo aleteo de mariposa que se te forma en el estómago y te roba el apetito. Todo un engorro.

—El problema no es tener mariposas en el estómago, sino no saber colocarlas en formación de combate.

—¿Supo usted gobernar a su ejército de mariposas, doctor?

—Ni por asomo.

Martes 7 de noviembre de 2006

Un chico rubio y desgarbado que trabajaba en el Turf como camarero para financiarse la universidad, salió enseguida de la barra con una escoba y una fregona. Tras lanzar a Sara una mirada de reproche, comenzó a limpiar la cerveza derramada. La clientela concentrada en torno al pequeño incidente se encogió de hombros, y después cada uno siguió a lo suyo. A excepción de Sara, que estaba inmersa en su propia pesadilla. Charly ya había llegado a su posición y la arrinconaba contra la madera. «¿Qué hago? — se repetía—. ¿Qué...?» Presa del pánico, quiso manotear y vociferar como una loca. Salir corriendo, en definitiva. No llegó a hacerlo, pues la mano diestra del hombre agarró su brazo con firmeza. «La mano diestra...»

Se encontraba Sara tan aturdida, su vista tan incierta y borrosa, que tardó varios segundos en percatarse de que su acosador mantenía los dos brazos. Concentró su atención en la extremidad y estuvo a punto de perder el equilibrio. Las piernas le fallaban, carecía de fuerzas. ¡Nada parecía tener sentido! Tan bloqueada estaba que no pensó en la navaja que llevaba siempre en el bolso desde que sufriera el ataque de Charly. Entonces el hombre se inclinó para sostenerla y la miró de una forma que hizo que le disminuyeran las pulsaciones por minuto.

—Charly... —gimoteó ella.

El hombre respondió con un amable gesto, como si ya esperara esa reacción y supiera que el siguiente paso sería consolarla.

Sara examinó sus facciones. Los ojos eran perfectamente normales (ni rastro de pupilas desiguales), y parpadeaban a un ritmo natural. Desprendía una fragancia agradable, como a colonia fresca, y llevaba una camisa blanca por dentro de un pantalón de lino azul. Aquel tipo no llamaba la atención por absolutamente nada malo, a excepción de un importante detalle: era idéntico a su agresor.

Si aquel hombre no era Charly, ¿quién demonios era?

Ese mismo día, en Torrelavega, se reanudó la investigación sobre el doble caso Rubial-Morales, cuando el juez Callejo convocó a la policía a una reunión en su despacho. Contempló a los dos miembros del cuerpo que se hallaban sentados frente a él. No le terminaba de agradar la composición de la pareja.

De ambos, el más joven no le sonaba en absoluto. O bien lo acababan de trasladar a la comisaría, o era novato. Se decidió por la segunda opción al observar sus facciones suaves y constatar que se trataba del agente más joven que había visto en mucho tiempo. Marcos Tena poseía un sutil e inteligente sentido del humor que Callejo descubriría —y apreciaría— durante el transcurso de la reunión. Faltaba por comprobar su competencia a la hora de resolver un caso.

Su superior era el comisario Julián Barreneche, todo un veterano de cuarenta y seis años que llevaba dieciocho de servicio en la brigada de investigación de la delincuencia especializada. Barreneche era el motivo del descontento de Callejo. Para compensar su dilatada experiencia y sus tablas para resolver investigaciones fuera de lo común, Barreneche era de sobra conocido en el mundillo como un egocéntrico, sarcástico y con un mordaz sentido del humor que, en especial a Callejo, molestaba sobremanera. Su forma de ser, así como su manera de resolver los conflictos, eran detalles que, simplemente, no agradaban al juez. Sin embargo debía reconocer una cosa: cuando se le apretaban las tuercas y se concentraba en su trabajo, era un excelente investigador. Además, al novato Tena le vendría bien un intensivo con Barreneche como método de entrenamiento. Podían resultar una interesante pareja.

A la reunión se había convocado también a un oficial de la Guardia Civil y a su corpulento compañero, para que informaran de primera mano lo sucedido en casa de la doctora Mora la tarde en que Carlos Rubial estuvo a punto de violarla. Los dos estaban agotados y deseaban marcharse a casa cuanto antes.

Tras veinte minutos rememorando los hechos, todos habían refrescado el caso y volvían a tener claro cómo se desarrollaron los acontecimientos. Callejo hizo un resumen:

—Esto es lo que sabemos hasta ahora: el reputado doctor Rafael Salas, valiéndose de su influencia, falsificó... —hizo una pausa para rectificar—, perdón, intercambió los diagnósticos médicos de los dos miembros del matrimonio Morales, Alfonso y Verónica, haciendo creer que ella padecía de un tumor cerebral mortal, cuando en realidad era su marido el que se moría.

—Señor, no olvide citar el importante hecho de que la mujer era su hija, y por lo tanto, el fiambre, su yerno —intervino el guardia civil superior.

—Muchas gracias, agente. —El juez le dirigió una mirada llena de ironía para dar a entender que ese detalle era más que prescindible—. Pensé que eso estaba claro.

El civil maldijo su torpeza en silencio y bajó la cabeza, ruborizado. Callejo continuó:

—Alfonso Morales falleció sobre la arena de la playa de Ámbar el día 12 de octubre. Por otro lado, cuatro días antes, Carlos Rubial, de ahora en adelante Charly, fue interceptado y arrestado por la agresión e intento de violación de Sara Mora en su propia

casa. Mora fue la doctora que llevó todo el caso de Alfonso y Verónica Morales y, por supuesto, también fue burlada por el doctor Salas, que, por cierto, había sido su mentor unos años atrás.

Marcos Tena arqueó las cejas, pero no preguntó más detalles sobre esa curiosa relación, que era lo que el cuerpo le pedía. El juez se dirigió a la pareja de civiles:

—Ustedes recibieron el aviso del intento de violación en la calle Zafiro. ¿Saben de quién provenía la llamada?

Ambos negaron con la cabeza.

—Rastreamos la llamada, pero fue realizada desde una cabina. Lo único que sabemos es que, por el tono de voz, se trataba de una mujer —apuntó el superior. El más joven, por el contrario, no participó en toda la conversación.

—De acuerdo —asintió el juez, que no necesitaba esforzarse para liderar la reunión—. Y por último, el mismo día en que Alfonso Morales desaparece de este mundo, Charly se quita de en medio arrojándose al mar desde el acantilado. ¿Algún comentario?

Tena dio un paso al frente y habló por primera vez:

—Yo diría que Rubial se quitó la vida porque sabía que iba a ir a la cárcel, señoría —dijo entre titubeos.

Barreneche y Callejo intercambiaron miradas. El jefe de policía tomó la palabra antes de que su joven compañero fuera humillado por su evidente conclusión. Nadie salvo él tenía derecho a castigarlo.

—¿No olvidas un detalle? —preguntó Barreneche al magistrado.

—¿Qué detalle?

—Carlos Rubial era manco —apuntó el policía.

—Joder, ya sé que era manco. Lo interrogué yo mismo, ¿recuerdas?

Barreneche masticó la hosquedad del juez como un chicle rancio, y sonrió.

—No me tomes por estúpido y echa la vista atrás —dijo con intriga—. El fiambre perdió el brazo en un accidente de coche en el que viajaba con el propio Alfonso Morales. Sucedió en 1983.

Sonrió aún más.

José Miguel Callejo maldijo al comisario en su interior, aunque no mostró el más mínimo cambio en su rostro. Una vez más, ese cabrón engreído demostraba ir siempre un paso por delante.

—Además, Rubial era el hermanastro de Verónica Salas —añadió el jefe de policía, aunque sabía que este dato era conocido por todos, incluido por los guardias civiles.

—Mmm... ¿coincidencia? —Callejo pidió opinión.

—Puede ser, pero apostarí que no —dijo Barreneche—. Sin querer meterme en mierdas familiares, sospecho que el tal Charly guardaba alguna relación con el plan del viejo.

El mayor de los guardias civiles volvió a hablar, en esta ocasión para recordar un dato importante:

—No debemos pasar por alto las fotos que encontramos esparcidas en el piso de la doctora el día que detuvimos a Rubial. El propio tullido las tenía guardadas en su cartera, y en ellas aparecía Verónica en una actitud, digamos, muy íntima.

—Joder, es verdad. Las putas fotos —escupió Callejo, contrariado.

Un breve silencio se instaló alrededor de la mesa. Habían llegado a un punto complicado. Rafael Salas había sido juzgado y Rubial estaba muerto. Existe un temor no reconocido en el mundillo legal respecto a las investigaciones: ningún policía, juez o fiscal desea hurgar en las acciones de un fallecido, y mucho menos si estas tienen que ver con su pasado. Y la razón era simple: a un muerto no se le puede interrogar.

Callejo deseaba dar carpetazo al tema, pero algo le decía que había más donde rascar. Además, debía reconocer que el caso le fascinaba.

—¿Cuáles son las ordenes? —preguntó Marcos Tena.

Se refería a la investigación pero, al mismo tiempo, dejaba claro su deseo de trabajar inmediatamente en un caso real y complejo como aquel.

Tanto Barreneche como Callejo movieron la cabeza, el primero en negación, y el segundo asintiendo. Al juez le gustaba ese chaval.

—De acuerdo. Tena: vas a trabajar en el caso. Barreneche, tú, como es natural, lo acompañarás. Serás el oficial al mando. Os ocuparéis de la vida social de Charly. Quiero que investiguéis dónde vivía, en qué círculos se movía y con quién trataba. Interrogad a cualquier familiar, amigo o enemigo. En cuanto a vosotros dos —movió el gesto hacia los dos civiles—: buen trabajo. Pueden marcharse.

Julián Barreneche hizo un chasquido con la boca.

—¿Qué? ¡Pero si esto ni siquiera es una investigación! —protestó aumentando el tono de voz—. Yo soy un experto en pillar a la escoria, y bien sabes que soy el mejor. Pero no me pidas que haga una recopilación de la vida de ese hombre. Qué quieres, ¿Qué escriba su biografía?

—No se hable más —reafirmó el magistrado—. Solo quiero que indaguéis un poco sobre su vida privada, no os debería llevar más de unos pocos días. Nos reuniremos de nuevo esta misma semana.

En el interior del Turf Tavern, acorralada contra la barra, Sara Mora estaba a punto de escuchar con estupor las primeras palabras que el falso Charly iba a pronunciar en clave de interrogación.

—¿Sara Mora? ¿De verdad eres tú?

El saludo no le pareció a la joven foránea tan perturbador como sí lo fue el tono sereno con el que el llegado se había expresado. En un visto y no visto, de algún modo ese hombre había dejado bien patente que estaba a leguas de tratarse de Carlos Rubial; el tullido jamás se hubiera manifestado de tal forma.

—¿Te... te conozco? —La doctora había asumido que no iba a poder huir, así que probó a obtener algo de información.

—No, pero por desgracia sí conocías a mi hermano. —Sara palideció, y él corrió a remendar el infortunio con una explicación—: ¡No temas! Nos parecemos mucho, pero no tengo nada que ver con él —explicó, casi entre súplicas—. Ya no.

Ella pensó con rapidez. ¿Tenía sentido que dijera la verdad y ambos tuvieran la misma sangre? Por apariencia, sin lugar a dudas. Enfrente tenía a un hombre razonablemente atractivo, sí, y en comparación con el otro gusano, ¡estaba a años luz! Pero obviando el muñón, la desidia y la mirada extraterrestre de Charly, era más que evidente que compartían genes. Además, se había dado cuenta de que no tenía apenas acento inglés: hablaba en perfecto castellano. «Si de verdad es el hermano de Charly, ¿estará al corriente de su suicidio? Y más importante si cabe, ¿cómo y por qué me ha encontrado?» Se hallaba Sara sumergida en sus propias cavilaciones cuando las palabras «permíteme explicártelo todo tomando un café» aterrizaron en sus oídos como una alarma que le avisaba de que su tiempo de decisión expiraba.

Necesitaba actuar. La Sara de hacía unos meses hubiera aceptado el ofrecimiento sin vacilar. Por supuesto, se hubiera sentado con aquel perfecto desconocido, dejándose llevar, y le hubiera desvelado cada mínimo detalle de su vida privada. Pero la chica ingenua

había sufrido un intento de violación y una humillación profesional en muy poco tiempo. Se podía decir que había aprendido de sus errores. ¿O no? Lo cierto era que no tenía intención de sentarse a dialogar con el hombre que decía tener una relación familiar de primer nivel con la persona que le había arrebatado la inocencia. Sin embargo, ¿qué otra opción había? No tenía escapatoria, y, al fin y al cabo, no podría ser violada o atacada dentro del bar. Demasiados testigos.

Por otro lado, su conciencia insistía cada vez con más fuerza: necesitaba conocer la historia de ese hombre.

Aceptó.

Ambos se dirigieron hacia una de las pocas mesas libres que quedaban en el local, aunque ella se resistió a sentarse.

—No daré un solo paso más hasta que me digas tu nombre y apellidos —soltó de golpe, firme.

—Miguel Lennard —contestó el recién presentado al punto, como si se esperara el ultimátum—. Aunque aquí casi todos me conocen como Mike, claro. Excepto mis colegas del club de baile de salón, que me llaman Mickey, y mi madre, que en paz descansa, que solía decirme Miguelito.

—¿Lennard? —La curiosidad por el cambio de apellido a uno anglosajón pudo en Sara sobre la divertida sorpresa de descubrir que aquel hombre bailaba el tango en su tiempo libre.

—Me cambié el apellido nada más llegar a Inglaterra —matizó él—. Deja que te lo explique todo.

Después insistió con un gesto de mano para que se sentaran en torno a la mesa. Sara pestañeó un par de veces y asintió sin convencimiento. Él dejó la chaqueta en el respaldo de una silla y se acomodó, de modo que se tuvieron de frente. Pidieron un *espresso macchiato* para él y un *caffè latte* para ella. A la doctora le temblaban tanto las manos que no pudo evitar hacer tintinear la taza cuando se la llevó a la boca. Supuso que Mike había notado su nerviosismo, pues decidió ir al grano:

—Sé lo que te hizo mi hermano —declaró.

Sara notó cómo algo en su estómago se contrajo, provocándole ganas de vomitar. Nunca había escuchado su tragedia desde la boca de otro, y la herida aún no estaba cerrada.

—¿Lo... lo sabes?

—Sí, y quiero que sepas que lo siento en el alma. Mi hermano era un monstruo, pero yo no soy como él. Te lo prometo.

Sara dudó, y se tomó un instante para examinar al hombre que tenía frente a ella. Por sorprendente que pudiera parecer, era moderadamente atractivo. El cabello castaño, peinado en flequillo y con la raya a un lado, le hacía parecer poco varonil en un principio, aunque constató una idea que Sara había mantenido desde siempre: el corte de pelo en un hombre es fundamental para dar buena (o mala) impresión. En este terreno, el hermano *bueno* le ganaba por goleada a su pariente. Unas modernas gafas de pasta negra ocupaban gran parte de su rostro. Un rostro que —y hubo aquí otra gran diferencia de higiene entre los dos—, estaba afeitado. La postura corporal era correcta, y su piel desprendía una agradable fragancia a colonia masculina que inundaba la zona de la mesa. Era como si Charly se hubiera llevado todos los genes destructivos, dejando los buenos a su compañero de placenta. Porque, si había algo que no dejaba lugar a interpretación, era que ambos eran gemelos.

—No quiero que nuestro parecido te haga tener una opinión premeditada de mí —continuó hablando, interrumpiendo el análisis de Sara.

—Está bien —aceptó al fin ella, casi rendida—. Aunque todavía me cueste mirarte a los ojos, supongo que no es justo que te odie. Pero, a ver, ¿cómo es que sabes quién soy?

—Vi tu fotografía en la noticia del periódico el otro día. Ha sido una increíble casualidad que hayamos coincidido aquí.

Ella agitó la cabeza sin comprender. Obvió el segundo comentario y se centró en el primero:

—¿El periódico? No es posible. ¿Qué haces tú, un ciudadano de Oxford, leyendo la página web de un periódico local de Cantabria? —formuló la pregunta entornando los ojos, convencida de que la estaban tomando por tonta.

—Bueno, cuando encontraron el cuerpo de mi hermano la policía española me llamó, como único familiar de primer grado —explicó Mike sin titubear—. Debo admitir que la noticia me dejó en shock. Pero no acudí al funeral, si es que hubo alguno. Lo cierto es que hace tiempo que dejé de considerarle mi hermano. —Avergonzado, hizo una mueca que quería ser una sonrisa—. Sin embargo, desde entonces he estado pendiente de los periódicos por si me enteraba de algo. Supongo que por simple curiosidad, nada más.

—Y entonces viste mi foto en la noticia.

—Exacto. Por fin publicaron un gran artículo. Y no solo sobre la muerte de Charly, sino también de tu... bueno, sobre lo que te hizo —supo rectificar—, y todo lo relacionado con la familia de su hermanastra. Cuando leí aquello solo pensaba: ¡en qué absurda locura han metido a esa pobre doctora! Ironías de la vida, ahora la pobre doctora está aquí, tomándose un café conmigo.

Mike esbozó una dulce sonrisa.

—Pues sí, nos engañaron a las mil maravillas.

Sara miró hacia la madera de la mesa. No se sentía cómoda hablando de ese tema con un desconocido. Esa historia era algo que pertenecía solamente a ella y a su pasado.

—¿Qué ha sido de la mujer? —quiso saber él—. Me refiero a la viuda. ¿Cómo está? Supongo que para ella supuso un golpe enorme también. Teniendo en cuenta su embarazo, quiero decir.

—El embarazo de Verónica va viento en popa. —Sara suspiró con lástima—. Pero no creo que llegue a perdonar a su padre.

Un efímero silencio se apoderó de la mesa. Mike pidió permiso para levantarse e ir al baño, y Sara se quedó sola. No había sido capaz de conseguir que su corazón latiera a una velocidad normal en toda la conversación. ¿Por qué le estaba costando tanto relajarse? No quiso examinar sus propios sentimientos por miedo a obtener una respuesta insatisfactoria. Entonces se fijó en que Mike había tenido el descuido de dejarse la chaqueta en la silla, con todas sus pertenencias sobresaliendo por el bolsillo: la cartera, un manojito de llaves y el teléfono móvil. La doctora tuvo el impulso de alargar el brazo y coger la cartera. La abrió entre temblores y, junto con tarjetas de crédito, pases de autobús y un par de billetes de diez libras, encontró una licencia de conducción. «¡Bingo!» Invirtió un segundo en desviar la mirada hacia la puerta del servicio para comprobar que aún le quedaba tiempo: no había moros en la costa. Examinó el documento.

Decía la verdad respecto a su identidad.

En la esquina inferior izquierda del carné, el primer plano de un jovencísimo Mike, sonriente y con brillo en los ojos. Lo más probable era que estuviera recién salido de la facultad. La rúbrica ocupaba el centro del documento.

Tan ensimismada estaba curioseando que casi no se dio cuenta de que su acompañante ya volvía del baño, y, si este hubiese estado atento, la habría pillado posando su cartera en el mismo sitio donde él la había dejado.

Se había salvado por los pelos de quedar como una entrometida.

—Y bien —Sara Mora reanudó la conversación cuando Mike se hubo sentado, cambiando de tema a otro que le interesaba más—: me debes una historia.

Ambos sonrieron, sorprendidos de lo rápido que estaban empezando a compenetrarse.

—En efecto, te la debo —aceptó él dando una palmada—. ¿Qué quieres saber?

—Tu relación con Charly.

—De acuerdo. Por dónde empezar... —Mike se mantuvo pensativo durante unos instantes, como si quisiera recomponer una larga historia en su cerebro—. Mi hermano nunca ha sido muy normal, esa es la verdad. Desde pequeño se entretenía rompiendo mis juguetes o quemando cualquier cosa que le regalaban. Después, siendo más mayor, faltaba siempre a clase, contestaba a los profesores y también a nuestra madre. Yo nunca me llevé bien con él, a pesar de que éramos hermanos idénticos. Al menos en lo físico, pues por fortuna yo no me comportaba como él. Sentía vergüenza de mi propio hermano. Y miedo. —A Sara le pareció que los ojos de Lennard se vidriaban a la vez que su voz sonaba más rota—. Según nos hacíamos adolescentes, él se fue volviendo violento. No se le podía decir nada, y al mínimo reproche nos amenazaba o rompía algún mueble de la casa. Incluso llegó a hacernos moratones alguna vez.

—¿Nos? —Sara frunció el ceño—. ¿A quién más intimidaba aparte de a ti?

—A mi madre. Ella era una mujer demasiado buena, lo daba todo por nosotros. Pero nunca supo enderezar a Charly. La cosa se fue poniendo cada vez peor.

—¿Y qué hay de tu padre?

—¿Mi padre? —contestó Mike, como si la pregunta fuese del todo estúpida—. ¡Él es el motivo de que mi hermano fuera así! Era un hombre sin escrúpulos, agresivo y despiadado. Y así fue cómo llegó a alcalde, por supuesto.

—¿Os pegaba? —quiso saber Sara, cada vez más intrigada.

—¿Charly o mi padre?

—Tu padre —concretó ella.

—A mí nunca me tocó, pero a mi madre... —El gemelo torció el gesto e hizo una pausa para tragar saliva—. A mi madre la pegaba casi a diario, siempre por las noches. Se aseguraba de que Charly y yo estuviéramos acostados, y entonces se desataba el cinturón y la golpeaba con él. —Lennard hizo un sutil gesto con la mano, como si agitara un látigo invisible—. Lo sé porque yo nunca me dormía hasta que terminaban las agresiones, aunque mi madre hacía todo lo posible por no gritar. No quería asustarnos.

—¿Y tu hermano? ¿Era consciente?

—Charly y yo dormíamos en la misma litera. Él me oía llorar cada vez que tenían lugar los ataques, pero yo no puedo decir lo mismo. —La voz de Mike Lennard se había convertido en un murmullo—. Mi hermano jamás mostró el mínimo sentimiento de tristeza hacia mamá, ni tampoco de temor hacia su padre.

A Sara se le habían acabado las preguntas. O, más bien, estaba demasiado conmovida para formularlas.

—Finalmente todo salió bien —continuó Mike con semblante apesadumbrado—. Mi querida madre, consciente de que era cuestión de tiempo que al señor Rubial se le fuese la mano y acabase con ella, decidió fugarse sin decir nada. Me explicó sus intenciones y yo, como no podía ser de otra manera, la acompañé. Hasta el último momento tuvo intención de llevarse con nosotros a mi hermano, en contra de mi voluntad. Por suerte, acababa de entrar en un reformatorio por pegar a un profesor y fue imposible sacarlo de allí. —Dio un sorbo a su *espresso machiato*, y su voz resucitó—. Así que abandonamos Ámbar sin él, y les perdimos a los dos de vista para siempre. Gracias a Dios.

—Vaya, qué historia increíble —dijo Sara, que no salía de su asombro—. Entonces, ¿vinisteis a vivir a Oxford?

—Nos asentamos en Londres, en una casita a las orillas del río un poco a las afueras de la ciudad —explicó Mike, a quien se le había vuelto a formar una nostálgica sonrisa en el rostro—. Mi madre volvió a casarse, esta vez con un hombre decente, el típico galán inglés de principios extraordinarios. Yo viví con ellos hasta que ella murió, hace cinco años. Entonces me ofrecieron trabajo en Oxford y no lo dudé.

—¿No has vuelto a saber nada de Charly o de tu padre?

—No, a excepción de un regalo que me envió mi hermano hace algunos años. Una caja de música.

—¿Una caja de música?

—Sí, una simple caja de esas que generan una incómoda melodía cuando las abres. Junto a ella encontré una breve nota de amor fraternal que sonaba a despedida. Decía que considerara aquella caja como un símbolo de unión familiar, e insistía en que no la tirara jamás. —Apretó los puños como si así retuviera cierto rencor acumulado—. Ahora utilizo la caja como relojero. La verdad, no sé por qué sigo conservándola.

—¿Y aparte de eso?

—Aparte de eso, nada. Hasta que el otro día recibí la llamada informándome de que mi hermano se había quitado la vida. Respecto a mi padre, llegó a mis oídos que había renunciado al puesto de alcalde, desapareciendo del mapa. Nunca supe si fue verdad, y tampoco me interesa.

Mike Lennard se inclinó hacia delante y tomó las manos de la joven.

—Sara, siento en el alma que hayas tenido que sufrir la monstruosidad de mi hermano.

Ella se dejó acariciar los nudillos, y se percató de que hacía mucho tiempo que un bienestar reconfortante como aquel no le abrigaba de esa manera.

Se despidieron en la calle, bajo el Puente de los Suspiros, prometiendo volver a verse. Mike quiso ir más allá e invitó a Sara a cenar en su casa el día siguiente, pero ella se mostró dubitativa. «Mañana he quedado con mi familia de acogida para pasar el día en Cambridge —mintió, pues aún no estaba convencida de sus intenciones—, ¡aunque deberíamos intercambiarlos los teléfonos!» Conforme a medias, Mike tuvo que aceptar. Una vez fueron anotados los números por parte de cada uno, se besaron en la mejilla y se dijeron adiós. Ambos enfilaron sus respectivos caminos con una expresión más vivaz que la que llevaban unas horas antes.

Ninguno de los dos se percató de que un agente de policía les había estado observando. De pie, apoyado contra la pared de la Bodleian Library, Alfred Horner tuvo el repentino presentimiento de que algo malo iba a suceder.

Capítulo 4

—Dígame, ¿es por esa historia de amor tan alucinante que está aquí encerrado? ¿Cometió alguna locura?

—Estoy aquí por culpa de una gamberrada de Oli.

—¿Quién es ese Oli?

—Mi nieto. Todo es por culpa

Miércoles 8 de noviembre de 2006

Una lengua de tacto rugoso recorrió la mejilla de Ms. Tallent y no cesó hasta que cumplió su objetivo: despertarla.

—Oh, Vader... mierda... —maldijo la joven entre balbuceos y con un ojo todavía entornado.

La luz de la mañana de aquel miércoles ya atravesaba las finas cortinas color pistacho del dormitorio. Tallent se inclinó hacia el despertador que reposaba sobre una mesilla de noche de madera, muy *vintage*. Marcaba las 9:45. Era la hora de despertarse, como bien se encargó de recordar Vader al brincar desde la cama y dirigirse en un visto y no visto hacia su comedero vacío de alimento.

La recién levantada se frotó la cara con ambas manos y estiró los brazos hasta que le crujieron los músculos de la espalda. Después llenó el cuenco de Vader de bolitas de pienso, puso un vinilo de Paul Simon en el tocadiscos del salón, y se acercó a mirar por la ventana. Oxford había amanecido tranquilo y hermoso. El sol invadía la Walton Street y las bicicletas circulaban por el asfalto, que

ya empezaba a notar cómo el otoño caía de los árboles. Lanzó un nuevo bostezo y un encantador gemido, parecido al de una cobaya, salió de su boca.

Desayunó con la única compañía del *Hearts and Bones* de Simon —Vader, que ya había saciado su hambre, se había convertido en una bola de pelo durmiente sobre el sofá—, y se preparó para un nuevo día de trabajo. O lo que fuera que hiciera, ya que tocar sus clásicos preferidos para los turistas al aire libre no se podía considerar un trabajo. Y mucho menos el ensayar con la Orquesta Sinfónica de Oxford, que era a lo que se dedicaba todas las mañanas. Le gustaba demasiado como para calificarlo de tal esclava manera.

Cuando fue a calzarse las botas de cuero se palpó el tobillo derecho con la mano. Como cada mañana, la antigua lesión le dolía, y como cada mañana, se acordaba de su Brunet al sentir ese dolor. Habían transcurrido cuatro años y el pesar seguía ahí, como un recordatorio que la articulación enviaba diariamente al corazón para evitarle olvidar. Como si fuera rutina, la joven dibujó en su rostro una sonrisa de perfecta nostalgia.

Ella siempre lo había tenido claro: la vida no le iba a regalar nada. Cuando tenía solo quince años, el todoterreno que conducía su padre, David Tallent, se despeñó colina abajo durante las vacaciones que este disfrutaba con su mujer, Mary, en los Alpes suizos. Ambos murieron en el acto, dejando una niña huérfana. Tallent supo adaptarse a las circunstancias y tejió una coraza alrededor de su alma que la obligó a madurar. Lejos de amilanarse, decidió cumplir su sueño de convertirse en violinista profesional. Encontró trabajo, como camarera primero y coctelera después, en el Red Lion, uno de los *pubs* más importantes de Oxford. Durante varios años tuvo que trabajar los siete días de la semana para poder financiarse las clases de música, y cuando tenía el mínimo rato libre, sacaba el violín a la calle y practicaba sus canciones preferidas delante de los viandantes. Nadie recordaba nunca haberla visto con un hombre, muy ocasionalmente bebía un trago de alcohol, y detestaba el ruido de las discotecas. En cambio cultivaba el gusto por los pequeños placeres de la vida: rascarse la marca del calcetín en los tobillos, acostarse entre sábanas recién lavadas o dejarse

sorprender por el olor a pan recién horneado. A pesar de su trágica adolescencia, la joven era de las que dejaban huella: dulce, sensata y segura de sí misma. Resplandeciente, en definitiva. Siempre tenía un consejo o una palabra amable para sus amigos, y, en especial cuando tocaba el violín, radiaba una alegría de vivir que trasladaba a sus melodías. No se la veía más que a ella, era un mundo en sí misma.

La joven británica conoció a Brunet en la barra del Red Lion durante una noche de septiembre de 2001. Esa noche se intercambiaron miradas y divertidos juegos de palabras, y a partir de entonces, Brunet empezó a dejarse caer por el Red Lion bastante a menudo. Hasta que la invitó a ir al cine.

Tallent era consciente de que Brunet apenas entendía su inglés, pues había llegado a la ciudad desde España a través de una beca Erasmus. Pero eso lo hacía todavía más emocionante: se divertían procurando entenderse, y cuando no lo conseguían, jugaban con la imaginación, lo cual resultaba excitante. La pareja pasó casi medio año sumida en lo que se convirtió en una especie de romance de verano prolongado.

Era fundamentalmente su mejor compañía, recordaba Ms.Tallent desde su habitación. Iban de picnic, salían a tomar cervezas, y, en un par de ocasiones, se fugaron a Liverpool y Bath durante todo el fin de semana. En definitiva, lo pasaban muy bien. Cuando iban en su coche por las calles de Oxford, en un viejo Peugeot verde que la nativa llamaba *Minifalcon* (pequeño halcón), hablaban de todo menos de lo que harían con su relación en el futuro. La música de Tallent abarcaba todo lo que rodeaba a la pareja. Si a la violinista le gustaba un tema, lo tocaba una y otra vez. En cierta ocasión, recordaba la británica, interpretó el clásico de los sesenta, *Eleanor Rigby*, para su amor durante todo un mes. A Brunet le fascinaba su música. Una vez, la nieve empezó a caer con fuerza mientras conducían por el barrio de Headington. Entonces una emisora de radio local pinchó una balada de Roy Orbison, y Brunet, consciente de su predilección por el cantante, pisó el freno en mitad de la tormenta, cogió a su enamorada de la mano y la arrastró con ternura hacia la calle. Allí bailó junto a ella, cantándole

al oído *You Got It*, mientras la nieve caía a través de las luces de las farolas. Era como si el mundo les perteneciese.

Fueron los mejores meses de su vida.

Cuatro largos años después, la violinista seguía reviviendo su romance. Desde que se fuera sin poder despedirse por culpa de la inoportuna lesión de tobillo sufrida durante la última mañana, no había vuelto a saber nada de Brunet. No obstante, había incendiado su alma. Era como si tuviera la sombría sospecha de que nunca jamás amaría a nadie con tanta pureza como a Brunet. Sus cavilaciones la desalentaban cada mañana, haciéndole presa de un amor fugaz que estaba condenado al fracaso desde el principio.

Fue la precipitación de una lágrima desde la mejilla hasta el parqué lo que hizo que espabilara y terminara de enfundarse las botas. Se secó los ojos con las palmas de las manos, deseó los buenos días a su gato, y salió por la puerta del piso con su inseparable violín a cuestas.

A la una y cuarto del mediodía, en Ámbar, el jefe de policía Julián Barreneche y su joven compañero, Marcos Tena, entraron por la puerta del bar Sensations. Antes habían visitado, no sin cierto estupor, la vivienda de Charly, aunque no les pareció digna de tal denominación. Allí el polvo casi impedía respirar, y el desorden del habitáculo, a pesar de no disponer apenas de mobiliario, era absoluto. Ambos policías coincidieron en que cumplía todos los requisitos de un piso abandonado. Y sin embargo, era donde Charly vivía. «Ese loco suicida debió de ser todo un personaje», fueron las palabras exactas de Barreneche, que demostraba con su tono de voz que seguía sin comprender qué demonios hacía allí.

Aparte de confirmar la peculiaridad del fallecido, no encontraron en la casa ninguna pista que pudiera serles de utilidad. También volvieron a revisar su Land Rover —aunque fue lo primero que encontró la policía junto al acantilado el día del incidente—, y de nuevo sin éxito: tan solo las manchas secas de algún *whisky* barato desperdigadas por el salpicadero. El Sensations, ese tugurio que Rubial tenía a su nombre, era su última opción para tirar del hilo.

Barreneche esperaba obtener el mismo éxito. Deseaba no encontrar nada de interés, largarse a su casa, y que el juez Callejo diera carpetazo al caso de una vez por todas.

La puerta del Sensations estaba abierta, de modo que entraron sin llamar. Las cortinas corridas sumían al interior del local en la penumbra, a pesar de que fuera lucía el sol. Una enorme masa de carne y grasa roncaba de un modo grotesco en el interior de la barra, acostada sobre la madera. Barreneche le hizo un gesto a su discípulo, se desató el botón de la americana y accedió al interior de la barra por un extremo. Tomó una jarra de cerveza y acto seguido vertió en ella media botella de vodka que encontró entre las estanterías. Cuando terminó, volcó sin el más mínimo reparo el contenido de la jarra sobre la cabeza del gigante. Este se despertó entre espasmos e impactó torpemente su espalda contra la caja registradora cuando dio un paso atrás. El más joven de los policías no pudo reprimir una tímida carcajada.

—¿Qué... qué quieres? —preguntó la bola de sebo, confundido—. ¿Cerveza?

—Soy policía, idiota —respondió Barreneche, mordaz, mostrando su placa con aires de superioridad.

Al gordinflón se le abrieron los ojos de par en par. Su primera reacción fue mirar hacia la salida, y después dijo:

—No... no hay droga aquí, tíos —aseguró asustado—. ¡Podéis registrar si queréis!

El comisario dibujó un arco con su diestra y propinó al gigante tal revés que le dejó los nudillos marcados en el pómulos. Visiblemente cabreado, pero sin mover un solo músculo de la cara, lo agarró de la coleta y arrastró la enorme cabeza del barman hasta debajo del surtidor de cerveza. Después movió la manivela, liberando el alcohol. Tena se puso alerta. ¿Qué necesidad tenía su jefe de comportarse así?

—Quizá sí que me apetezca un poco de cerveza —ironizó el superior con crueldad—. ¿Cuál es tu nombre, gordito?

—Magh... —El hombre apenas podía respirar con la cerveza recorriéndole todo el rostro. Barreneche lo liberó.

—¡Maximiliano! —gritó entre jadeos una vez volvió a estar firme—. Ese es mi nombre. ¡Y pienso denunciaros, jodidos maderos hijos

de...!

El comisario lo interrumpió con sorna:

—No me hagas reír, Maximiliano. No vas a denunciar a nadie si no quieres que nadie sepa que utilizas este nido de ratas para traficar con droga.

Max titubeó. Ciertamente lo tenía contra las cuerdas. Marcos Tena observaba la escena con atención.

—Entonces, ¿qué es lo que queréis, si no es droga?

—Vas a decirme todo lo que sepas sobre Carlos Rubial —soltó Barreneche.

—¿Charly?

—¡Sí, Charly! —vociferó Marcos Tena. Era la primera vez que abría la boca desde que habían entrado.

—Se estampó contra las rocas hace pocos días —dijo Max, que parecía estar a punto de orinarse en los pantalones.

Barreneche puso los ojos en blanco.

—¿Algo que no sepamos, yonki retrasado? —insistió impaciente.

—Bu... bueno, Charly no me contaba casi nada —explicó el gigante—. Las semanas antes de suicidarse, iba y venía, pero casi nunca se quedaba. Tenía el bar muy desatendido, como podéis ver. Algo le preocupaba. Charly era un tío muy raro.

—¿No viste nada en especial? ¿Algún detalle, quizá? —quiso saber Barreneche.

Max se encogió de hombros.

—Un día trajo un teléfono —dijo.

—¿Un teléfono? —Esta vez ambos policías hablaron al unísono.

—Sí, dentro de una caja. Pero nunca lo llegó a utilizar —contestó Max—. Ya no está aquí, se lo llevó.

Los agentes cruzaron miradas, preguntándose si alguno de los dos tenía algo más que añadir.

—¿No tenía amigos? ¿Familia? —preguntó Marcos Tena, ansioso por aportar algo—. No sé, ¿qué hacía cuando no estaba aquí?

—No tenía a nadie.

Maximiliano congeló su repulsiva expresión unos segundos, pensativo, para después añadir:

—Bueno, había una chica —aseveró, y continuó cavilando.

Los policías volvieron a mirarse. Tena estaba colmado de entusiasmo. Su superior, por el contrario, parecía aburrirse.

—¿Qué chica? —quiso saber Marcos, ávido de pistas que seguir.

A Max se le abrieron los ojos hasta parecer dos canicas. Por lo visto, acababa de dar con el nombre.

—¡Alyssa! —exclamó—. Alyssa Grifero creo que era su nombre completo. Encontradla y obtendréis las respuestas que buscáis.

—Alyssa Grifero —susurró Tena mientras lo anotaba en su cuaderno—. ¿Qué tenía que ver con Charly?

—¿Una puta? —añadió Barreneche con marcada grosería—. ¿Era su fulana?

—Alyssa era una niña. —A Max se le ensombreció la cara mientras hacía movimientos de negación con la cabeza—. Pero tenía algo con Charly que yo nunca entendí, tíos. Él no le permitía entrar al bar —aseguró con un penoso tono de voz—. Insisto, era solo una niña.

El interrogatorio había concluido para Julián Barreneche, y por lo tanto, también para su joven ayudante. Después de que el policía se secara las manos con un trapo seco, dejaron a Max curándose la inflamación del pómulo con un cubito de hielo y abandonaron el Sensations.

—¿Cómo sabías que aquí trafican con droga? —preguntó Tena, de un repentino buen humor.

—Llevo mucho tiempo en esto, chico. —El más mayor esbozó una vanidosa sonrisa mientras respondía.

—Entonces, ¿no deberíamos cerrar el local de inmediato y arrestar al gordinflón?

—Hazlo tú si quieres —dijo el jefe con hastío—. Eso es trabajo de los incompetentes de la Unidad de Droga. No perderé mi tiempo en cosas que no me corresponden.

Nada más terminar de hablar se giró hacia Tena, puso la mano en su hombro izquierdo, y dijo sus últimas palabras de la jornada:

—Escúchame bien: Alyssa Grifero será tu primer cometido como mi aprendiz. Encuéntrala.

Jueves 9 de noviembre de 2006

Al día siguiente, Barreneche se reunió con el juez Callejo en su despacho para repasar el caso. Era la hora del almuerzo. El juez había sido informado del desalentador aspecto que ofrecía el hogar del suicida. También fue informado con todo detalle de la «tranquila» conversación con Max (así lo describió Barreneche, que quiso obviar el asunto del revés en el pómulo y la ducha de alcohol).

Callejo, atento, asentía con la cabeza.

—¿Habéis recopilado algún tipo de información sobre esa tal Alyssa? —preguntó nada más el policía le habló de la joven.

—Estamos en ello —dijo Barreneche—. He ordenado a Tena que investigue. He hablado con él hace un momento por teléfono y me ha dicho que ha rastreado las últimas llamadas realizadas o recibidas con su línea de móvil.

—¿Y?

—Las últimas señales son de hace un par de días, y provienen de Ámbar. No creo que ande muy lejos —aseguró el policía, que deseaba terminar cuanto antes para ir a comer.

Callejo torció el gesto y suspiró. Después formuló la pregunta que llevaba algunos minutos queriendo hacer:

—¿Por qué has mandado a Tena a que investigue él solo? Para mí es un asunto muy serio, Julián.

—¿Acaso no te fías de él? —protestó el nombrado visiblemente ofendido.

—¡No me fío de ti! —Callejo elevó el tono de su voz y la réplica resonó en la habitación.

Un incómodo silencio se impuso en el ambiente. Lo rompió el timbre del teléfono móvil de Barreneche. Lo descolgó y se lo llevó a la oreja sin dejar de contemplar al juez. Se trataba de Tena.

—¡Sé dónde está Alyssa Grifero, señor! —gritaba el joven, más que hablaba, desde el otro lado de la comunicación.

Barreneche se irguió en la silla como un resorte.

—Estupendo Tena, buen trabajo —dijo, y de inmediato dio algunas órdenes—: Escucha, dime la dirección exacta y vete yendo hacia allí. Me reuniré contigo en cuanto llegue.

—¡Imposible, señor! —Marcos Tena continuaba gritando—. ¡La chica acaba de tomar un avión hacia Londres! ¡Y tiene una reserva hecha en un hostel de Oxford!

Alyssa Grifero bajó la escalerilla del avión con una mochila colgando del hombro y arrastrando una pequeña maleta azul. La ventisca que se había levantado esa mañana hizo bailar su melena hacia todas las direcciones, así que decidió que cuando terminara todo y volviera a casa, se cortaría el pelo. Tensó el cuerpo cuando entró en la terminal y sintió la diferencia de temperatura. Sin detenerse a fisgonear en ninguna tienda ni tomar siquiera un café rápido salió al exterior, donde un coche la estaba esperando. Sin apenas dar una bocanada de aire fresco, se subió al vehículo.

—Cuánto tiempo, *Dorian*. Me alegro de verte —dijo mientras se inclinaba para dar dos besos en las mejillas al hombre que ocupaba el asiento del conductor. La barba de diez días le pinchaba como siempre, y llevaba el pelo más largo de lo que recordaba. El gesto arrogante no lo había perdido.

El vehículo arrancó y abandonó los carriles del aeropuerto dedicados para la recogida de pasajeros.

—Has crecido desde la última vez que te vi —dijo el conductor con un marcado acento inglés y sin dejar de mirar a la carretera.

—Tú también has cambiado, tienes más arrugas.

Dorian dejó escapar una media sonrisa.

—¿Qué has venido a hacer a Oxford, si puede saberse?

—Negocios.

—Joder, sigues igual de misteriosa, en eso eres la Aly de siempre.

Grifero sonrió sin ganas y cambió de tema:

—¿Qué tal te va? ¿Sigues ganándote la vida atentando contra la intimidación de la gente?

—Es más que eso, pero sí —dijo Dorian con el gesto tenso—. Ahora mismo no tengo nada entre manos, así que si te enteras de algo...

—Lo tendré en cuenta.

—Sé lo de Charly —dijo él tras una pausa.

—Lo sé.

—¿Estás bien?

—Perfectamente.

Dorian soltó un chasquido que rompió la tensión que se acababa de generar dentro del coche.

—De verdad no vas a contarme nada, ¿no?

—Quizá en otro momento.

Poco más de media hora después, llegaron a su destino. Dorian acercó a Alyssa hasta la puerta de su hostel, donde se despidieron con un abrazo. Prometieron seguir hablando a través del foro, donde ambos se sentían más cómodos.

Esa tarde, Sara Mora se sentó a la mesa para cenar con su nueva familia británica y, como ya venía siendo habitual en aquella casa, un ligero desorden reinó desde los entremeses hasta la sobremesa. Claire Connor, que era la que hacía y deshacía a su antojo en el hogar, había preparado una ensalada de espinacas, maíz y guisantes que a Sara le costó terminar. Como plato principal tenían una merluza exageradamente empanada, patatas fritas, brécol y zanahoria. La doctora había olvidado el sabor industrial del fish&chips. El postre fue lo mejor. Kurt, el forense budista y segundo marido de Claire que no se encontraba comiendo con ellos por motivos de trabajo, había comprado esa mañana una bandeja de *cupcakes* de distintos sabores. Sara hubiera estado encantada de probar el de zanahoria, su favorito, pero Nick se abalanzó sobre él antes incluso de que la bandeja tocara la mesa. Aquel niño de imposible entendimiento se le había adelantado.

A las siete y media sonó el móvil de Sara. Se levantó de la mesa precipitadamente y a punto estuvo de perder la llamada antes de conseguir sacar el teléfono de la chaqueta de pana, que, lo más seguro, la señora Connor había puesto en el colgador de la entrada porque «quedaba bien». Era Mike Lennard.

El teléfono móvil hizo «clin», y Alyssa abrió los ojos en un acto reflejo. Le llevó menos de un segundo orientarse y recordar dónde estaba. Se incorporó, y tras acomodarse sobre la sábana con las piernas cruzadas, inspeccionó su *Blackberry*. Tenía un nuevo correo electrónico, lo que provocó que una torcida sonrisa se le dibujara en la cara.

De «Jasper» para «A.G.»

Hola,

Recuerda. Calle Cowley Road. Número 219. Cuéntame todo al detalle cuando termines.

Y ten cuidado.

Jasper

Suspiró. Después bloqueó el teléfono y se levantó hacia la cómoda, donde había dejado su reloj de muñeca. Eran las 18:35. Le sobraba tiempo.

Invirtió la siguiente hora y media en comer algo (había comprado en el *Tesco* un sándwich vegetal y un yogur con pasas que no tenían demasiada mala pinta) y en disfrutar de un baño caliente con espuma.

Mientras se masajeaba los muslos empapados de burbujas de jabón, llegó a la firme conclusión de que estaba más nerviosa de lo que hubiera imaginado en un principio. No tenía nada que temer, pero el hecho de viajar sola a un país extranjero donde se hablaba un idioma que a duras penas chapurreaba, sumado a la incertidumbre de no saber lo que iba a suceder en las horas siguientes, le originaban molestos cosquilleos en la boca del estómago. Las elucubraciones de Alyssa saltaron después a Jasper y el cauteloso correo electrónico que le acababa de mandar. «Joder, Jasper, siempre tan brillante y precavido.»

La joven quiso eliminar los oscuros pensamientos de su mente jugando con las pompas que se amontonaban sobre sus rodillas. Unos diez minutos más tarde, cuando el agua empezó a templarse, decidió que ya estaba bien de tanto relax y salió de la bañera. Se secó y se puso unos vaqueros negros, unas botas del mismo color y una sudadera gris con capucha lo suficientemente amplia como para ocultar la mayor parte de su rostro. Antes de abandonar la habitación, observó el exterior a través de la ventana. Desde el piso bajo de un hostel de humildes pretensiones, la estampa de la Rawlinson Road no podía ser más deprimente: el pequeño aparcamiento del edificio lucía vacío, mojado y cubierto en gran parte por hojas muertas que caían de los árboles de la calle. Delimitando el área, un viejo muro de piedra invadido por el musgo. Cuando las primeras gotas de lo que terminaría siendo una densa tormenta se estamparon contra el cristal, Alyssa lanzó un improperio al aire. Daba igual, iría caminando de cualquier forma. No importaba que tuviera que atravesar la ciudad mientras el cielo caía sobre sus cabezas; coger un autobús no era una opción. Los últimos años de su vida le habían obligado a adoptar la irritante costumbre de dejarse ver en público lo menos posible, con independencia de que estuviera en otro país, y mucho menos en tal grado de excitación. Colgó la mochila sobre su hombro derecho y salió dando un portazo.

Mike Lennard habló con un nervioso tono de voz al otro lado del teléfono:

—Hola Sara, ¿te llamo en mal momento? —dijo al escuchar jaleo de fondo.

—¡Hola Mike! —saludó ella, felizmente sorprendida—. No, en realidad. Estoy cenando con mi lunática familia de acogida. ¿Qué tal?

—Solo dos cosas. Quiero invitarte a tomar algo esta noche, en mi casa. Te prometo que lo pasaremos bien.

—Mike... —Sara, indecisa entre lo que debía y lo que quería hacer, meditó bien sus palabras—. Ya te dije que hoy no puedo.

—No, eso fue hace dos días. Me dijiste que ayer no podrías por tener una visita a Cambridge. ¿Qué tal hoy?

Sara puso los ojos en blanco por haber sido tan estúpida de no contar bien los días.

—Mike, simplemente no creo que debamos vernos en tu casa por ahora. Acabamos de conocernos. Es muy pronto, ¿no crees?

—Está bien, lo acepto —dijo él con resignación.

—Bien.

—La segunda cosa que quiero decirte no creo que sea de tu agrado.

Sara frunció la frente.

—Te escucho.

—No te dije toda la verdad acerca de mí —afirmó de pronto.

—¿Cómo dices? —Ella elevó el tono de su voz.

—Hay algunas cosas que no te he dicho, aunque lo haré, no te preocupes —dijo—. Pero debe ser en persona. Por eso quería que nos viéramos hoy.

Sara no contestó. Esta vez estaba más furiosa que intrigada, así que colgó sin despedirse. Totalmente contrariada regresó al salón, donde se disculpó ante Claire y Nick, rechazó una taza de té con leche que la mujer estaba preparando, y escapó con premura a su habitación.

«¡Mierda —se repitió frustrada—, mierda, mierda!»

Recorrió la habitación de un lado para otro sin sentido aparente, intentando centrar sus pensamientos. Estaba sufriendo un pequeño ataque de ansiedad. Otro más en muy pocos días.

«A ver, Sara, céntrate —se ordenó con severidad—. ¿Qué significado tenía la llamada?»

Sin dejar de andar en círculos, la joven pensaba en diferentes posibilidades, problemas razonables que el gemelo de Charly quisiera compartir con ella.

«Problemas...»

«Gemelo...»

Sara apretó los dientes. No se podía creer que estuviera metida de nuevo en un asunto relacionado con...

«¡Charly de las Narices!»

Se detuvo un instante, respiró hondo y se obligó a verlo todo desde una perspectiva más optimista. ¿Y si lo que Mike tenía que contarle no fuera nada malo?, se preguntó. ¿Cómo había notado su tono de voz? ¿Alegre o preocupado? «Recuerda, Sara, recuerda.» Su dilema interno cambió de rumbo hacia una idea más perturbadora: «¿Y si... —volvió a preguntarse—, y si aquel hombre no era en realidad el hermano gemelo de Charly?» ¿Era eso lo que pasaba? En el permiso de conducir venía identificado con el nombre de Mike Lennard, y no Rubial. Él había asegurado que se había cambiado el nombre, pero, ¿y si había mentido sobre eso? «Imposible —concluyó Sara, cuyo cerebro estaba venciendo la ansiedad en favor de su propio rendimiento— ¡era idéntico a Charly! —exclamó ahora en voz alta—. Tienen que ser hermanos.» Entonces, ¿qué?

Se sentó sobre la cama y abrazó con fuerza su peluche de perro Golden. Tenía ganas de llorar. Echaba de menos Ámbar. Y a Diana. No podía creerse que hubiera abandonado su hogar para huir de su pasado, y en tres días ya estuviera viviendo con cuatro locos, duchándose en compañía de arañas, y quedando con el hermano gemelo de su casi violador que, para rematar la jugada, le estaba mintiendo y acosando.

¿De verdad podía considerarse acoso?

Mike era un hombre agradable, con buena conversación, y además la respetaba. No era justo que lo juzgara por ser el hermano de quien era. Tan solo quería quedar con ella una noche y contarle algo más íntimo. ¿Qué tenía eso de malo? Se relajó y abrió su portátil con el fin de pensar en otra cosa. No lo había utilizado desde el viaje en autobús que la trajo a Oxford, de modo que la noticia en «PDF» del Diario Montañés seguía en el monitor tal y como la había dejado. Sara se quedó observando la pantalla durante un tiempo con la mirada perdida, sin pensar en nada concreto.

«Espera un momento. —Acababa de atar un cabo, y era alarmante—. Mike dijo que había leído la noticia de este periódico y habló de Alfonso, Verónica y su embarazo. Sin embargo —movió el cursor de arriba a debajo de la noticia, buscando unas palabras que sabía que no encontraría—, en la noticia no menciona el embarazo por ninguna parte.»

Quedó absorta. «Ese hombre sabe más cosas de las que me ha dicho». Se levantó de golpe y comenzó a vestirse. La situación no le gustaba en absoluto. ¿Por qué le ocultaría algo así? «Pensándolo bien —se dijo mientras se ponía un jersey de algodón blanco—, todo ha sido muy extraño desde el primer momento. Coincidimos en el mismo país, misma ciudad y mismo bar. Y además, ¿quién reconoce a alguien que no ha visto en su vida salvo por una simple fotografía publicada en un pequeño hueco de una noticia digital?» La realidad era que nada tenía sentido; todo parecía inverosímil.

Antes de salir de su habitación, miró por la ventana y se fijó en que el cielo oscuro amenazaba lluvia. Cogió el paraguas y salió de casa sin decir nada más a nadie.

Lo primero que hizo Alyssa en cuanto enfiló Banbury Road hacia el sur fue comprobar la hora: las 20:35. La tormenta ya había despertado del todo, y antes de quince minutos la joven ya estaba empapada.

A cada paso que daba, el hormigueo del estómago le crecía y le subía hasta el pecho. Se insultó a sí misma por ser tan estúpida, aunque en lo más profundo de su ser sabía que en cierto modo se enfrentaba al momento que determinaría su futuro y la convertiría, quizá, en una persona totalmente distinta. Necesitaba con urgencia un cambio de rumbo en su vida, definirse, eliminar sus fantasmas internos y aferrarse a alguna señal que la hiciera reconciliarse con el planeta.

Llegó al centro histórico, y mientras atravesaba St. Giles, apretó los dientes, no solo por efecto de los nervios contenidos, sino porque el frío ya le había llegado a los huesos y le hacía chirriar los dientes. Aceleró el paso, pues según sus cálculos le quedaban menos de quince minutos de camino.

Cowley Road se le hizo eterna. A medida que avanzaba, las casitas de ladrillo unifamiliares con tejados picudos fueron siendo reemplazadas por comercios extranjeros de todo tipo, principalmente de comida rápida. El número 219 era un adosado de

ladrillo oscuro de pocos metros cuadrados construido junto a una licorería. Era una réplica exacta, aunque más bien coqueta, de las siguientes viviendas que se alzaban junto a ella a lo largo de la avenida. Desde el otro extremo de la calle, Alyssa no percibió ninguna señal de vida en el interior. Miró el reloj de nuevo. Las 21:37. En efecto, había llegado con unos minutos de antelación. Se fumó un par de cigarrillos para hacer tiempo. Después, con la ropa chorreando, compró un kebab en el turco que tenía a su espalda y se lo comió allí, de pie sobre la acera. El toldo del local la resguardaba de la lluvia.

De pronto se encendió una luz en una de las estancias de la casa. Alyssa se estremeció al identificar la silueta de una persona tras la ventana. Tac. Un fuerte sentimiento despertó en su interior.

«Te encontré.»

Dejó caer la mitad del kebab a un cubo de basura e, iluminada por la luz cálida de las farolas, cruzó la calle. No llegó a la puerta, sin embargo, pues a mitad de camino descubrió que un lúgubre callejón de menos de un metro de ancho separaba el número 219 de la licorería. Decidió dedicar un par de minutos a inspeccionarlo. Encontró una ventanita en la pared lateral del edificio, posiblemente la del cuarto de baño, que según Alyssa era perfecta para obtener información de lo que ocurría en el interior.

En ese preciso momento se encendió otra luz dentro del edificio que iluminó parcialmente el callejón. La joven se echó a un lado rezando en voz baja por no haber sido descubierta. Una vez recuperado el ritmo respiratorio, se acuclilló bajo la lluvia y encontró un ángulo de visión desde donde podía ver, a través de la ventana, todo lo que reflejaba el espejo del aseo.

Entonces algo ocurrió, y Alyssa sintió un intenso malestar en sus entrañas.

Tac.

Pocos minutos después, el sonido seco de un disparo se oyó como un trueno en el 219 de Cowley Road, rompiendo la calma de la noche y alarmando a todo el vecindario.

Capítulo 5

—«Hay más peces en el mar», me decían todos cuando me divorcié de Violeta. Jodidos ignorantes.

—¿Acaso no es cierto lo que insinúa la frase, doctor?

—¡Por favor, Morgan! A nadie le apetece comerse un filete de merluza cuando se acaba de meter un kilo de gambones al estómago, ¿no? Me pregunto quién fue el primero en decir esa horrenda frase hecha que todos repiten pero nunca nadie quiere escuchar.

Jueves 9 de noviembre de 2006

La denuncia ya se había producido, y nada de lo que se pudiera o no haber hecho tenía ya importancia. No le cabía la menor duda de que albergaba todas las papeletas para que le declararan, como mínimo, principal sospechoso. Se encontraba entre la espada y la pared. La denuncia formal había llegado a la policía esa misma mañana; ya solo quedaba esperar al juicio, y, tras él, conocer la condena.

Jaime Vergara observó a su superior, el doctor Ángel Fuenmayor, a través del cristal de la puerta del despacho de este, y se detuvo un instante. No le apetecía comentar el caso con él, pero sabía que la conversación resultaba inevitable. Aún quedaba una cosa que debía ser aclarada. «Estoy a punto de dar el primer paso hacia una caída libre», pensó, profundamente alicaído. Llamó con

los nudillos, giró el pomo, entró en el despacho, y, cabizbajo, se esforzó en sonreír. El doctor Fuenmayor le devolvió el saludo y lo invitó a sentarse.

—Bueno, vamos a ver. La última vez que me citaste en tu despacho fue para contarme lo de tu divorcio. ¿Qué has hecho esta vez? —bromeó Jaime, que intentaba parecer despreocupado.

—Jaime, no me fastidies. No me digas que no sabes por qué te he llamado. —El jefe de neurocirugía, más taciturno que de costumbre, se revolvió en su silla.

Vergara se hizo el sueco.

—Me ha llegado lo de la denuncia —afirmó el superior con solemnidad—. ¿No pensabas contármelo nunca? —le abroncó.

—Mira, ¿qué quieres que te diga? Supongo que toda esta mierda es solo asunto mío —replicó, agravando el tono de su voz.

—No. Obviamente no lo es.

Jaime se mantuvo escrutando los ojos de su jefe, pero no añadió ningún comentario. Se negaba a adelantar el momento de su crucifixión.

—Tío, ¿qué hiciste? —preguntó Ángel Fuenmayor con aire paternal.

El subordinado alzó las cejas y después hizo un molesto chasquido con la boca.

—¿Acaso no has leído la denuncia?

El doctor Fuenmayor se limitó a resoplar con cara de pocos amigos, instando a Jaime a tomarse el asunto en serio.

—Pues mira, Ángel, le introduje al pobre Shapiro algún tipo de veneno a través de la vía. Acto seguido me tiré a la esposa de su hijo a los pies de la cama —respondió el joven sin pestañear.

—¡Jaime, maldita sea, estoy hablando en serio! —El médico superior levantó la voz por primera vez en la conversación—. ¿Crees que esto es un juego?

—Soy inocente, Ángel, ¡joder! —exclamó el acusado, irritado, y golpeó la mesa con la mano demostrando un extraordinario descontrol—. ¿Acaso me crees capaz de hacer algo así?

Tras unos segundos de escrupuloso silencio, el mayor de los dos se inclinó hacia delante y buscó a su mejor médico con la mirada.

—No me hables como si fuese tu enemigo, Jaime —dijo condescendiente, y levantó una mano—. Espera, déjame hablar. Estoy de tu parte y pienso ayudarte. Creo en tu inocencia y sacaremos esto adelante.

—Gracias, Ángel. —El joven médico recuperó la calma y se disculpó frente a su jefe—. Siento haberme puesto así, estoy bastante jodido.

—Sin embargo —añadió el mayor, y Vergara esperó derrotado una sentencia que, a pesar de resultar claramente previsible, le había estado persiguiendo durante días—, no me queda otro remedio que suspenderte de empleo y sueldo hasta que todo esto se solucione.

No podía negar que se trataba de una imposición social y profesional, más que un castigo. Ángel y él eran buenos amigos, y a Jaime le pareció detectar en sus ojos una sombra de tristeza y decepción. No podía culparle.

La conversación continuó durante algunos interminables minutos más. La pregunta que flotaba en el aire pero que el jefe de neurocirugía no se atrevió a realizar —por vergonzosa e inconcebible— era cómo había podido ser cazado junto a la nuera del paciente en una actitud... cariñosa. Para él, que creía conocer a Jaime como a un hijo, la respuesta a aquella pregunta iba más allá de lo explicable.

Nada más abandonar el hospital, Jaime fue asaltado por una periodista de Telecinco y otro de Antena3, ambos con sus respectivos cámaras detrás, en las escaleras de la entrada al edificio.

—¿Tiene algo que decir sobre la acusación que le coloca como el asesino de Shapiro? —preguntó el reportero.

Vergara aceleró su paso sin contestar.

—¿Cómo se siente, doctor? —insistió el mismo, acercando aún más el micrófono a la mandíbula del médico.

—Sobreviviré.

—Venga, dinos algo, danos una buena exclusiva —añadió la de Telecinco, que se atrevió a tutearle.

A Jaime siempre le habían dado nauseas ese tipo de *periodistas de barro*, como él los llamaba, que se creían con derecho a todo con tal de conseguir un titular. Ahora que era él el que estaba tras los micrófonos, no pensaba concederles el placer de contestar.

Empezó a sentir desagradables retortijones en el estómago, y además estaba cogiendo frío, allí donde fuertes ráfagas de viento convertían el norte del madrileño Paseo de la Castellana en un lugar desolador. Alzó la mano haciendo detener al primer taxi que pasó y se montó a toda prisa para alejarse de la carroña periodística cuanto antes. No le apetecía regresar a su casa y no sabía a dónde ir, así que ordenó al taxista que lo llevara a la glorieta de Alonso Martínez, que fue el primer lugar que le vino a la mente. Cuando llegó a su destino y bajó del vehículo, se quedó de pie sobre la acera, indeciso, sin saber muy bien a dónde ir. Finalmente, decidió cruzar la calle hasta el Gran Café Santander.

Al poco tiempo de pedir un café con leche y una porción de tarta de zanahoria, comenzó a emitirse un avance informativo en la televisión. Tras algunas noticias relacionadas con la guerra de Gaza y una masacre en Bagdad, le tocó el turno a su historia. Por fortuna, la primicia no duró más de diez segundos:

Esta misma mañana, el joven doctor Jaime Vergara, del hospital de La Paz, ha sido señalado como principal sospechoso de la muerte del famoso empresario Juan Shapiro. “Se trata de un homicidio premeditado”, ha manifestado el hijo de Shapiro. Ampliaremos los detalles de la noticia en el informativo de las tres.

Jaime resopló asqueado.

Desde hacía un par de semanas, justo antes de que Juan Shapiro muriera, una sensación cada vez más pesada y desagradable se le había ido formando dentro del estómago. No obstante, la depresión no se había apoderado de él hasta esa mañana, cuando abandonó el despacho del doctor Fuenmayor y se

vio completamente desamparado. Su propio estado de ánimo le sorprendió. Desde el primer momento de la historia supo que había caído de lleno en una trampa. Nada más fallecer su viejo paciente y recibir la denuncia supo que, si no se producía un milagro, estaría jodido. Lo iban a condenar y tendría que despedirse de todo lo que había conseguido en sus años como médico. En un principio, por supuesto, había recibido la denuncia con sorpresa. Después estuvo esperando a que le confirmaran la fecha del juicio que le condenaría, asunto que aún estaba en el aire, de manera razonablemente despreocupada. Pero ahora, una vez que había hablado del tema con su mentor, un malestar empezó a agobiarle.

Al llevarse el primer trozo de pastel a la boca tuvo la sensación de que el bizcocho se le hacía bola en su interior. Le costó tragar y apartó el plato a un lado.

Todo aquello era nuevo para Jaime. Jamás había sido acusado por nadie, y nunca había hecho nada ilegal, a excepción de la vez en que, con doce años, aquel hombre musulmán que vendía golosinas en la tienda del barrio le pilló llevándose sin pagar un paquete de chicles. Se consideraba un hombre impulsivo y vehemente, pero no era un delincuente, y mucho menos un criminal. La denuncia era importante, nada más y nada menos que una acusación grave de homicidio. A su favor contaba con su inocencia, que debía demostrar por todos los medios, y el apoyo de todo un ejército de médicos que lo secundarían en los testimonios.

Adoptando una posición optimista, confiaba en salir adelante y evitar el encarcelamiento. Sin embargo, desde el punto de vista económico, el tema era catastrófico. Sin haber cumplido aún la treintena, los ahorros de Jaime eran limitados, a pesar de contar con un respetable sueldo de neurocirujano. Hizo unos cálculos rápidos mientras bebía café y llegó a la conclusión de que le faltaban fuerzas para valorar a cuánto ascenderían los gastos. Administrando el dinero con prudencia, conseguiría pagar tanto los costes judiciales como la retribución de un abogado. El problema era que su jefe le había dejado de pagar hasta que, al menos, concluyera el caso.

Sopesó la posibilidad de vender la casa y el coche, cosa que le haría polvo. En pleno cambio de milenio, nada más abandonar la

facultad y animado por su alentadora mensualidad en su primer trabajo como médico, decidió buscar un domicilio fijo. Descartó varias casas hasta dar con un piso de cincuenta metros cuadrados en Cuzco, justo pegado a la Castellana. El anterior propietario había comprado y reformado la vivienda con un gusto que encandiló a Jaime, pero cuando se casó y su mujer quedó embarazada, decidieron trasladarse a un piso más grande, así que el médico recién titulado pudo comprar la casa que estaba buscando a muy buen precio. La vivienda solo necesitó algunos retoques, como tirar un par de tabiques y cubrir la terraza con enormes ventanales, perfectos para observar el ir y venir de los coches a lo largo de la calle Orense sin necesidad de mojarse cuando llovía o de volverse loco con los cláxones o el ruido de los motores. Era el nido perfecto para un soltero de oro, aunque en verdad esperaba encontrar una compañera con quien convertir el nido en un hogar familiar.

Tres años después, con todo el dinero que había ahorrado y la concesión de un buen préstamo bancario, Jaime cumplió su capricho más soñado: compró un Porsche 911 Carrera recién salido de fábrica, color gris metálico y con asientos de cuero granate. Sus trescientos cincuenta caballos de potencia le hacían alcanzar los cien kilómetros por hora en menos de cinco segundos. Ahora, con más de cien mil kilómetros sobre sus ruedas, el valor del vehículo se había reducido a menos de la mitad del precio original, y además el sector del automóvil no estaba en su mejor momento. Jaime sabía que en la actualidad no podría volver a comprarse un coche así, de modo que quería conservarlo.

Pero la tragedia que supondría perder la casa y el coche no era nada en comparación con la inmensa pérdida de prestigio que acababa de sufrir, posiblemente irreparable.

Su reputación se había ido a la mierda. En el futuro, a no ser que en el juicio se demostrara su inocencia, muchos pacientes se lo pensarían dos veces antes de confiar su vida a un neurocirujano que ha sido acusado por homicidio dentro del propio hospital. Sabía que podía contar con sus colegas de profesión, la mayoría de ellos conscientes del sucio e injusto juego del que había sido víctima, pero a partir de ahora se le iba a mirar con lupa. Le esperaban tiempos de miradas de reojo por los pasillos y cuchicheos a sus

espaldas. Y no podría permitirse el más mínimo error. Eso, por supuesto, si algún día lograba recuperar su trabajo.

Lo que más le dolía, no obstante, era el orgullo.

Él, un simple médico que trataba a un paciente, había mordido el anzuelo, cayendo de lleno en la trampa de una familia oscura, ambiciosa y conspiradora. ¿Cómo había podido ser tan estúpido? Estaba convencido de que ese vividor canalla se encontraba en esos momentos descorchando una botella de champán junto a su famoso abogado y con una estúpida sonrisa en los labios. Jaime se sintió humillado.

¿Cómo demonios podía haberle salido todo tan mal?

El caso Shapiro nació, de un modo de lo más caótico, en la entrada para vehículos de Urgencias del hospital de La Paz la mañana del 21 de junio, día en que la primavera cedía el testigo al verano. Todo sucedió en cuestión de segundos. Jaime acababa de salir del cuarto de baño cuando observó a los sanitarios empujando una camilla que trasladaba a un hombre mayor. Estaba, a simple vista, inconsciente. «¡Hombre de sesenta años que se ha desplomado en la calle hace veinte minutos! —le fue informando uno de los sanitarios mientras avanzaba por los pasillos de Urgencias a la carrera—. A nuestra llegada, el paciente estaba sin pulso. Tras las maniobras de reanimación, hemos conseguido mantener las constantes vitales.» Vergara y su equipo enseguida se pusieron manos a la obra. Tras diagnosticar un accidente cerebrovascular en el paciente, Jaime pasó cinco horas en quirófano intentando drenar la hemorragia cerebral para evitar un excesivo aumento de la presión intracraneal. Logró salvarle la vida, al menos temporalmente: el hombre había entrado en coma y ni Vergara ni ningún otro médico del hospital hubieran apostado un solo euro por que saliera adelante.

A eso de las cinco de la tarde de ese mismo día, Jaime todavía no había metido nada al estómago, por lo que decidió hacer una rápida visita a la cafetería del hospital, donde pidió un café con leche y un Donut. Desde la barra miró de reojo al televisor del

establecimiento, donde estaban emitiendo un programa sensacionalista del corazón, y desvió la mirada. No obstante, algo percibió que hizo que centrara su atención de nuevo en el aparato. En la parte inferior de la emisión, un rótulo se repetía superpuesto una y otra vez como un carrusel. Vergara achinó los ojos para leerlo:

El empresario Juan Shapiro, propietario de muchas de las firmas de moda más importantes del país, hospitalizado de urgencia esta mañana en el hospital de La Paz, Madrid.

El joven doctor arqueó las cejas. «Así que el viejo es una celebridad», caviló en silencio, lamentando su ignorancia.

La noticia quedó incrustada en su cerebro. No le importaba en absoluto que su nuevo paciente fuese un hombre rico, al fin y al cabo su trabajo iba a ser el mismo, y de igual manera su responsabilidad. Pero había algo más. *Shapiro*. Le sonaba ese apellido. Y no como el de alguien famoso, sino más bien como el lejano recuerdo de algo que parecía proceder de una vida pasada.

—¡Hombre, Jaime! —exclamó una voz a su derecha. El citado se giró en un acto reflejo— ¡Qué jodida casualidad!

Hasta que el recién llegado no le dio la mano, Jaime no lo reconoció. Una sonrisa de agrado se dibujó en su rostro.

—¿Ernesto? Ya decía yo que me sonaba ese apellido. ¡Ernesto Shapiro! —repitió, jovial—. Oye, siento muchísimo lo de tu padre. Vamos a hacer todo lo que podamos por él.

En el colegio, a finales de los años ochenta, Jaime Vergara y Ernesto Shapiro habían sido más que simples amigos, en especial tras coincidir en el equipo de fútbol del barrio. La amistad terminó de forma natural, sin más motivo que el distanciamiento, tras el último día del último curso del colegio. Cada uno tomó su camino hacia diferentes universidades y durante los últimos diez años no se volvieron a ver. En aquel momento, cuando se encontraron inesperadamente en la cafetería del hospital de La Paz, se observaron el uno al otro con divertida curiosidad. Ernesto tenía la tez rojiza, y un pelo negro y rizado más enmarañado de lo que Jaime recordaba.

El humor de Jaime había mejorado de repente. Invitó a su viejo amigo a tomar un café y se quedaron charlando en una de las mesas de la cafetería en torno a un plato repleto de deliciosos bollitos de crema, merengue y chocolate.

Enseguida la conversación se convirtió en un amistoso duelo verbal sobre lo que había hecho cada uno después de los años de colegio. Descubrieron que las vidas de ambos no podían haber resultado más diferentes. Ernesto Shapiro pasó de la escuela al instituto, y de ahí a la prestigiosa universidad de Harvard, Massachusetts, donde estudió economía como buen primogénito de poderoso empresario. De allí dio el salto al mundo de los negocios, acabando en la franquicia de su padre y siempre bajo su protección. Vergara se licenció en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid, y toda su corta vida profesional la había dedicado a estudiar, abrir y reparar cerebros humanos. Después de que los dos viejos amigos dieran un largo repaso a las divertidas anécdotas de la niñez, la conversación empezó a girar en torno al presente, al padre de Ernesto, y su implacable enfermedad. Shapiro dejó la jarra de cerveza —la había pedido al acabarse el café y los bollos, aunque Jaime no lo acompañó— y miró a su amigo seriamente.

—Mi padre es el corazón de la empresa, tío. Tienes que hacer que sobreviva o todo se irá al garete.

—Como te he dicho antes, haré más de lo que pueda por él —aseguró comprometido—. Está la cosa jodida, pero creo que le salvaremos.

—Mi mujer está de los nervios —añadió repentinamente el hijo del enfermo.

Jaime arqueó las cejas y se cruzó de brazos.

—Ignoraba que ella estuviera tan arraigada a su suegro —dijo—. De hecho, no me habías dicho que estabas casado.

—Sí, y desde esta mañana está sumida en una especie de ataque de ansiedad. —Shapiro se inclinó hacia delante hasta apoyar las costillas en el borde de la mesa—. Cuando venga por aquí, tranquilízala.

—Vale.

—Tienes que tranquilizarla, joder. Tú eres médico, ella te creerá más que a mí. Invítale a un café, sé cariñoso con ella, y dile eso que siempre decís los médicos a los familiares, *que todo va a salir bien*. Te caerá genial, es una buena tía.

—Está bien, ya te he dicho que lo haré, no te preocupes —repitió el médico, algo incómodo con el tema de conversación—. Venga, he de volver a trabajar. No debería pasar tanto tiempo en la cafetería —dijo, y ambos amigos se levantaron.

—No se hable más, me alegro de verte, amigo. —Ernesto se fundió con Jaime en un sentido abrazo—. Te lo agradezco de veras. Por cierto —levantó la jarra de cerveza y la alzó en el aire—: ¡chin chin!

Durante las siguientes semanas de verano, mientras Vergara presenciaba los nulos progresos en la salud de Juan Shapiro, recibió en varias ocasiones la visita de Renata Shapiro, cónyuge de su amigo de la infancia. Su aspecto le sorprendió en un primer vistazo. Por algún motivo se había hecho a la idea que sería una mujer vulgar, quizá con unos kilos de más y demacrada por la ansiedad que Ernesto había jurado que sufrió tras el infarto de su suegro. La mujer estaba de buen ver. No es que luciera un escote para perderse en su interior, ni que tuviera un culo de locos, ni unos labios que invitaran a fantasear con probarlos. Solía llegar vestida con unos simples vaqueros, alguna camiseta de manga corta, y gustaba de anudarse la melena castaña en una coleta que le hacía parecer más joven de los treinta y cuatro años que en realidad tenía. Pero a Jaime, hombre soltero, le pareció una mujer atractiva, y, siendo sincero consigo mismo, una con la que en definitiva hubiera intentado acostarse de haberla conocido en algún *pub*.

Cada vez que la nuera de Shapiro se acercaba a la cama para comprobar que su suegro seguía en estado comatoso, se derrumbaba. A menudo, especialmente si no estaba acompañada de su marido, se lanzaba a los brazos de Jaime en busca de consuelo. Entonces se quedaba en esa posición durante un largo rato, sollozando. En esas ocasiones, con la derrotada mujer de su

viejo amigo colgada de su cuello, el médico se acordaba a menudo de aquella tarde del primer día de verano en la cafetería del hospital. «*Tienes que tranquilizarla... Ataque de ansiedad...*» A Jaime le extrañaba que la nuera del enfermo estuviera mucho más afectada que su propio hijo, pero enseguida sus cavilaciones volaban hacia fantasías más sucias cuando sentía la entrepierna de Renata en contacto con la suya propia.

Para ahuyentar los inapropiados pensamientos que le abordaban delante de ella, y siguiendo el consejo de su amigo de la infancia, Jaime solía acompañar a la mujer a la cafetería, donde pedía un par de cafés y la invitaba a sentarse en una mesa junto a él. De esta manera, ella se liberaba de sus penas por un momento, y él, de sus oscuras tentaciones.

Cierto día de septiembre, la joven se acomodó en la silla de la cafetería a muy pocos centímetros de distancia de él. Habían pedido, como ya era habitual, dos cafés con leche y sendos *croissants* rellenos de jamón y queso. Ella no llevaba coleta, sino que se había soltado la melena, y sus labios llevaban algo de carmín. Jaime no quiso darle importancia a estos detalles hasta que Renata, como de costumbre muy afectada por la situación de su suegro, acompañó la frase «gracias por todo lo que haces por nosotros» con un movimiento de mano por debajo de la mesa. Entonces Vergara sintió cómo ella cogió su mano derecha y la apoyó sobre su muslo femenino, a escasos milímetros de la bragueta. Todo sucedió en unos pocos segundos. Allí, a la vista de compañeros, pacientes, familiares de pacientes y camareros, la dulce Renata posó sus labios contra el cuello del doctor y lo besó hasta llegar al lóbulo de la oreja. Mientras, empujaba lentamente la mano de él hacia la zona de la cadera. Jaime se detuvo de pronto, y no permitió que ocurriera nada más a excepción de aquellos húmedos instantes. La estupidez, no obstante, ya había sido cometida.

Juan Shapiro murió el 7 de noviembre. Inmediatamente después del funeral, una denuncia aterrizaba en la comisaría a nombre de Ernesto Shapiro. La acusación venía acompañada de una serie de fotografías a gran tamaño tomadas desde los pasillos del hospital, tras la puerta de la habitación de Shapiro, o desde la

sala de espera que había junto a la cafetería. En ellas se veía al doctor Jaime Vergara en actitud más que cariñosa con la nuera del todopoderoso recién fallecido.

Capítulo 6

—¿Por qué tengo la sensación de que está usted siempre en su salsa, doctor? Cualquiera diría que está aquí dentro por voluntad propia.

—¡Para nada! Qué cosas dice. Pero, querido Morgan, la realidad es que lo que somos hoy no volveremos a serlo mañana, y viceversa. No volverá a ser hoy nunca jamás. Primera enseñanza.

—¿Así que se trata de eso? ¿Me está aleccionando? Creo que ya soy mayorcito, Salas.

Viernes 10 de noviembre de 2006

El asfalto de las calles de Oxford seguía húmedo, aunque ya no llovía, cuando el agente de policía Alfred Horner salió corriendo de su casa. Eran las 02:15 de la madrugada. Subió a su Alfa Romeo y arrancó. Se movía entre los carriles a toda velocidad, saltándose cada semáforo en rojo que se encontraba en el camino y con la luz de emergencia activada (por absoluta precaución, ya que a esas horas no quedaba un alma en la ciudad). Tenía un mal presentimiento y deseaba llegar cuanto antes al lugar del crimen.

No era la primera vez que alguien le despertaba en mitad de la noche (o mientras tenía sexo con alguna mujer) para informarle de un crimen, robo o vandalismo. Sin embargo, hacía tiempo que el miedo no le acechaba de esa manera. En una ocasión, hacía casi cuatro años, cuando tenía veinticuatro y acababa de empezar a

trabajar para el cuerpo de policía, Horner se vio envuelto en una pesadilla de tal calibre que aún en la actualidad se preguntaba el porqué de todo aquello.

Era el otoño de 2002, y el joven se estaba esforzando por empezar una nueva vida de adulto en la ciudad de Oxford. Le gustaban las motos y le apasionaba la acción que le proporcionaba su trabajo. Acababa de conocer a una chica. Se llamaba Donna Miller, una hippie tres años menor que él que vivía con sus padres en el barrio de Headington, al este de la ciudad. Se conocieron una noche de sábado, cuando él, que estaba de servicio, intentó requisar un porro de marihuana a la joven mientras esta se divertía con unas amigas. No llegó a detenerla, ya que no era *maría* lo que fumaban, sino tabaco de liar. Él, por supuesto, lo había sabido desde el principio, pero se trataba de una excusa tan buena como otra cualquiera para entablar conversación con la hermosa joven de melena rizada.

Una noche de miércoles, a las once aproximadamente, Alfred se disponía a regresar caminando a su piso, que tenía alquilado en el centro. Había pasado la velada en casa de Donna y acababan de decidir que se irían a vivir juntos en cuanto se lo comunicaran a los padres de ella. Aquella noche habían hecho el amor por primera vez en el sofá del salón de los Miller, aprovechando que estos se encontraban de viaje de placer.

Nada más abandonar la casa, el recién nombrado policía se volvió para mirar atrás. Tras la ventana del segundo piso vio el perfil de Donna alzando la mano por última vez, con una sonrisa de oreja a oreja y dando graciosos saltitos de felicidad. La perdió de vista cuando enfiló la Warneford Lane, una carretera amplia pero mal iluminada, y poco frecuentada a esa hora de la noche. No obstante, no conocía rutas de autobús en esa zona y no había visto a ningún taxi pasar en lo que llevaba de caminata, así que decidió ir a pie hasta su casa, que estaba a menos de dos millas.

Llevaba caminando poco más de diez minutos cuando le adelantó el primer coche. El halo de los faros iluminó un tramo de la carretera que, cercada por hileras de árboles, ofrecía un aspecto fantasmagórico. No lo vio venir. De súbito, el coche se subió a la acera por donde Alfred caminaba y se cruzó violentamente a pocos

metros de él, cerrándole el camino. El joven no reaccionó. Continuó avanzando y modificó el rumbo con el objetivo de cambiar de acera. No quería problemas y tampoco tenía otra alternativa. El corazón le bombeaba la sangre con más fuerza de lo habitual. Cuando pasó junto a la parte trasera del coche, Horner oyó cómo se abría la puerta del vehículo. El conductor portaba un puño americano en su mano izquierda y se estaba dirigiendo a él con decisión, dispuesto a partirle la cara. Alfred palideció y quedó bloqueado. Metió la mano dentro de la chupa de cuero en busca de su pistola, pero olvidó que no estaba de servicio y que no la llevaba encima. No tuvo tiempo más que para llevarse las manos a la cara y esperar a que el agresor se la destrozara.

El primer impacto fue el peor. Sintió como si todos los huesos de su cabeza cambiaran de sitio y se le nubló parcialmente la vista. Sin saber cómo, había llegado al suelo. Mientras le apaleaba los riñones, Alfred pudo adivinar que se trataba de un hombre mayor que él, y a pesar de la oscuridad, pudo hacerse una idea de cómo era su cara. Por lo demás, aquel misterioso hijo de perra no abrió la boca en ningún momento. Alfred empezó a perder la visión. Ya apenas sentía nada cuando el agresor cambió de objetivo y pasó a darle patadas en la cara con una violencia desmedida.

Lo encontró un taxista diez minutos más tarde, inconsciente, y lo llevó al hospital.

Después de un par de días en coma, Horner despertó con varios huesos de la cara rotos, además de cinco costillas. Le realizaron algunas cirugías y consiguieron devolverle a su apariencia natural. Pasó dos meses en el hospital. Se reincorporó al trabajo e invirtió todo su esfuerzo en cazar al cabrón. Pero no llegó a tener éxito, ni siquiera obtuvo una sola pista sobre quién pudo ser. Al cabo de siete meses, Donna, la única mujer a la que había querido no solamente por primitivo deseo sexual, lo abandonó. ¿Acaso podía reprochárselo? El carácter le había cambiado, y la veinteañera no tenía ninguna gana de aguantar de por vida a un policía atormentado y obsesionado con su trabajo. No quería un James Bond en su vida.

Después de aquel funesto acontecimiento, Horner necesitó varios meses para poder dormir de un tirón. Desde entonces, una

vez hubo mirado a la muerte a los ojos y salido indemne, no volvió a sentir el miedo. Hasta esa noche.

Todavía le quedaban algunas manzanas para llegar a la dirección que le habían comunicado, cuando ya se empezaba a ver bullicio en la calle. Algo sobrenatural para esas horas de la madrugada. Un par de coches de policía y decenas de vecinos en pijama invadían Cowley Road en torno al número 219. El agente detuvo el coche, se colocó la chaqueta donde guardaba la placa y la pistola, y salió al encuentro de Carroll, que le estaba esperando. Este le resumió la situación. Lo acompañó hacia el interior de la vivienda, donde Horner vio todo el pastel. Después le presentó a Carl y Amy, dos adorables ancianos que, entre nerviosos balbuceos, explicaron su versión: «Estábamos acostados y yo no podía conciliar el sueño —explicó Carl, temblando—. Entonces escuché un ruido muy seco, ¡como un petardo! Me levanté alarmado y entreabrí la puerta para asomarme a la calle. Pero no había nadie. Solo la puerta de este apartamento abierta. Me acerqué para fisgonear cuando vi... cuando vi esto...» Carl señaló el cuerpo inerte, pero no fue capaz de continuar.

La pareja de ancianos vivía en el portal 221. Fueron la segunda y tercera personas en acercarse al escenario del crimen.

Después Carroll dirigió a Horner hacia el otro lado de la calle, donde un grupo de tres policías tomaban declaración a una joven asustada. No debía de tener más de treinta años, según dedujo Horner mientras se acercaba. «Esta chica fue la primera en llegar. —Carroll le puso en antecedentes rápidamente—. Ya estaba en la casa cuando Carl acudió. Al menos eso es lo que me ha contado el viejo.»

Tras presentarse como agente de la policía de Oxford, Alfred rogó a los demás agentes, incluido su compañero, que le dejaran a solas con ella. Decidió sentarla en el asiento del copiloto del Alfa Romeo, donde comenzó un improvisado interrogatorio.

—¿Nombre y apellidos?

—Sara Mora.

Alfred asintió en silencio. «Primera conclusión: por el nombre y el acento, no es británica», apuntó mentalmente. Después le pidió ver su documentación. Ciudad de origen: Ámbar (Cantabria). País:

España. El agente se tomó un tiempo para observar a la joven. Parecía estar en otro mundo. Habían transcurrido ya algunas horas desde el atentado, pero su adrenalina parecía seguir por las nubes. A pesar de tener un rictus tenso y cansado y la melena mojada por la tormenta, parecía ser una chica atractiva. Y el hecho de que fuera española lo hacía todo mucho más interesante.

También se fijó en que tenía una casi imperceptible mancha de sangre en la mano derecha.

«Es la principal sospechosa en estos momentos», le había asegurado Carroll hacía un instante. «¿Por qué dices eso?» quiso saber Horner. «Porque, de todos los curiosos —le argumentó su compañero—, es la única que no vive aquí. Además, nadie la vio llegar.»

El policía dejó el documento de identidad de la chica sobre el salpicadero y volvió a dirigirse a ella, esta vez en español, idioma que dominaba bien.

—Quiero saber tu versión. ¿Qué fue lo que viste? No escatimes en detalles.

La joven se armó de valor y comenzó su relato:

—Llegué al anochecer. No —rectificó—, ya era totalmente de noche. Había estado recorriendo la ciudad andando, así que me encontraba cansada. Cuando pasé por delante de la puerta, la encontré abierta. Y la luz del recibidor encendida.

—¿No escuchaste ningún disparo?

—N...no... —balbuceó la interrogada.

—Los vecinos aseguran que oyeron un disparo. Además, no querría parecer precipitado, pero es bastante evidente que lo hubo —dijo el agente con sorna, haciendo referencia al incuestionable arma del delito.

—Estaba cansada y tenía los auriculares puestos. Iba escuchando música —aseguró ella.

Desde el interior del coche, la calle se veía como un túnel *flasheado* por los refulgentes focos de los otros dos vehículos policiales. Era como si todo el mundo hubiese desaparecido.

—De acuerdo. ¿Qué hiciste después? —prosiguió Horner.

—Me acerqué, y en seguida supe que pasaba algo. Vi a algunos vecinos saliendo de sus casas, alarmados, y me di cuenta

de que ellos también se dirigían a donde yo estaba. Les pregunté por lo ocurrido cuando estuvieron cerca, más por extrañeza que por preocupación. Entonces cuatro pares de ojos me rodearon. Dos hombres y dos mujeres en edad de cobrar la pensión. Los cuatro estaban en pijama, y una de las señoras llevaba los rulos puestos.

—¿Te dijeron algo?

—Aseguraron que habían escuchado un disparo. Ahí fue cuando me asusté de verdad.

—Vale. Prosiga.

—Me abrí camino entre ellos y llamé al timbre al mismo tiempo que entré en la vivienda. No sé por qué lo hice. —Se encogió de hombros sin dejar de mirar al infinito—. Supongo que para ahuyentar al miedo. En el interior olía a pólvora, y me entraron unas ganas incontenibles de vomitar. Luego me acerqué a la puerta del servicio, cuya luz también estaba encendida, y entonces vi... entonces vi...

Sara comenzó a convulsionar y a llorar sin control. Tapaba su cara con ambas manos, y se mantuvo en ese estado de crisis nerviosa durante varios minutos. El interrogatorio se vio automáticamente interrumpido, aunque Horner no necesitaba más detalles. Sabía a la perfección lo que Mora había visto.

«Prepárate», le había susurrado Carroll al oído cuando, algunos minutos antes, ambos policías entraron en la casa para analizar el cadáver. Junto a la puerta del lavabo del primer piso, un hombre yacía tendido boca arriba en medio de un enorme charco de sangre. Cuando Horner, más por instinto policial que por mera utilidad, se acercó para tomarle el pulso, descubrió un cráter del tamaño de una ciruela a la altura del pómulos derecho, entre la oreja y la boca. La bala había atravesado parte de la mandíbula y había salido por la nuca. La cuenca ocular derecha estaba hueca. El impacto había sido tan violento que las baldosas de la pared más cercanas al espejo quedaron salpicadas de lo que había sido parte de la masa encefálica del hombre. Algo aturdido, preguntó a su compañero por la identificación del cadáver. Según su documentación, se llamaba Miguel Lennard y tenía cuarenta y un años. Y eso fue exactamente lo que Sara había visto.

Cuando la interrogada se calmó un poco, el policía decidió que no perdería más tiempo, así que siguió con la ronda de preguntas:

—¿Qué hacías en este barrio? Y no me digas que dar un paseo —advirtió al punto—. Nadie viene a esta calle para dar un paseo.

—No. Venía a ver a alguien —fue la misteriosa respuesta de la joven.

—¿A quién? —insistió Horner.

—Preferiría no decirle eso, agente.

—¿Conocías a Miguel Lennard?

—No —respondió.

Alfred sabía que no estaba siendo sincera. Su expresión no era la de alguien que no sabe de quién se está hablando. Es esa clase de cosas las que a un buen policía no se le escapan. Además, los había visto juntos la otra tarde bajo el Puente de los Suspiros. No cabía la menor duda: la joven Mora conocía al fallecido.

«La sospechosa Sara Mora miente», apuntó a bolígrafo en su libreta personal.

Mientras lo hacía, ella aprovechó para mirarle con más detalle. Si algo definía al policía era la seguridad que parecía tener en sí mismo, aunque sus movimientos daban a entender hastío y mal humor. Los huesos de las mejillas, pobladas por una barba de diez días, se le marcaban dotando a la cara de un contorno muy masculino. Bajo la ceja derecha, una cicatriz de por lo menos cinco centímetros resaltaba por encima de todo lo demás. Aún no le había visto sonreír, aunque apostaba por que presumía de una dentadura perfecta. Los ojos, tristes y profundamente azules, eran su punto fuerte. Se trataba del tipo duro más guapo que había visto. Lo último que llamó su atención antes de volver la mirada fue una venda que le cubría la muñeca derecha por debajo de la chaqueta. No le dio la menor importancia, sin embargo. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

Horner se recostó de lado sobre el asiento de forma que pudo mirar de frente a los ojos de la interrogada, aunque esta, algo intimidada, volvió a fijar la vista en el salpicadero. Formuló la pregunta del millón:

—¿Quién crees que ha matado a Miguel Lennard?

—No lo sé. Yo no he visto absolutamente nada, ya se lo he dicho —respondió Sara, que seguía pareciendo muy confusa.

—Escucha, esto es muy importante —insistió el policía—. ¿No conoces a nadie que tuviera razones para asesinarle? ¿Alguien con quien tuviera alguna deuda pendiente?

A Mora parecían terminársele las respuestas.

—No lo sé, de verdad que no lo sé, ¡repito que no conocía a ese hombre! —Por primera vez, Sara miró a Horner a los ojos. Su cara era la viva imagen del desconcierto—. ¡No conocía a ese hombre...! —repitió.

Las palabras se fueron muriendo en su boca según fueron brotando las lágrimas de nuevo.

Horner suspiró, consciente de que poco más iba a sacar de la conversación. Leyó lo que acababa de anotar, «La sospechosa Sara Mora miente», y lo subrayó.

A eso de las 5:30 de la madrugada, Carroll invitó a su compañero a desayunar. Ya no quedaban más fotografías del crimen por sacar, ni tampoco testigos por interrogar. El cuerpo de Lennard había sido trasladado al depósito para que le realizaran la autopsia, y poco a poco la calle fue volviendo a la normalidad; no se veía a nadie ni hacia un lado ni hacia otro, a excepción de los vecinos más madrugadores, la mayoría de ellos paseando a sus respectivas mascotas. Aún era de noche, pero una cafetería cercana ya había abierto sus puertas. Los dos policías tomaron asiento en una mesa próxima a la entrada del pequeño establecimiento y pidieron un par de Donuts y un café solo para Carroll. Horner prefirió un *whisky on the rocks*.

Thomas Carroll había nacido en Escocia hacía treinta y seis años. Su padre era un granjero presbiteriano de Glasgow y su madre una atea de Liverpool que escribía novelas eróticas. Fue ella la que se encargó de su educación, de modo que, cuando una de sus trilogías más ardientes saltó a la fama, toda la familia se mudó a Londres. No se conoce si fue por error del registro o por una maquiavélica maniobra de su madre —alérgica a todo lo escocés—,

el caso es que el pasaporte de Thomas afirmaba que era ciudadano londinense. La foto mostraba un rostro alargado, con forma de calabacín y prominente barbilla, desprovisto de vello y con una palidez como la del más genuino de los anglosajones (en su círculo de confianza solían llamarle *Snowflake* (Copito de nieve). Sin embargo, tenía un cabello tan brillante y alborotado que los más ignorantes se atrevían a calificarlo despectivamente como *el albino*. Y lo detestaba.

Su aspecto cuando trabajaba de incógnito —o sea, casi siempre— recordaba al típico artista bohemio del París de Woody Allen. No obstante, no era ni escritor, ni pintor, ni poeta, sino un concienzudo policía que había empezado a trabajar como miembro del cuerpo de la policía de la City de Londres a principios de los años noventa, patrullando las calles del centro de la capital y cazando ladrones de bolsos. Casi una década después, le ofrecieron un puesto como detective en la CID (Departamento de Investigación Criminal) de la ciudad de Oxford. La CID tenía decenas de agentes en el cuerpo, pero a Carroll le tocó formar tándem con un joven recién llegado al equipo aunque demasiado receloso de hablar de su vida privada. Se llamaba Alfred Horner, y a pesar de su introversión, parecía un buen tipo. Y era un excelente policía. Al poco tiempo de empezar a trabajar juntos, Alfred le invitó a tomar unas birras en su barco nuevo, el cual utilizaba como segunda vivienda; un refugio anclado en el Támesis a donde iba cuando quería desconectar. Desde entonces, Thomas le había considerado su amigo. Hacían buena pareja, y con el paso de los años, Carroll aceptó de buena gana que Horner asumiera el rol de líder, a pesar de ser considerablemente menor que él en edad y experiencia. Alfred ejercía el rol de poli malo y Thomas era el poli bueno. Ambos se sentían cómodos con su papel.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Carroll al notar la tez de su compañero más pálida de lo normal—. Antes no he querido decirte nada delante de los demás, pero me he dado cuenta de que tienes el labio hinchado.

—No te preocupes, no tiene importancia. Tan solo un golpe.

Thomas le dedicó una mirada recelosa.

—No tienes buen aspecto, Fred.

—Estoy bien, de verdad —respondió Horner, acompañando el comentario con un gesto de mano para quitarle importancia—. Es solo que he dormido poco, y además me ha impresionado el aspecto de ese hombre.

—Sí, lo cierto es que ha sido bastante alucinante. —Carroll agitó la cabeza y dio un sorbo a su café—. ¿Qué opinas del caso?

—De momento tenemos muy poco.

—Por no decir nada. —Snowflake miró a los ojos de su compañero. Brillaban de forma especial—. Sigues pensando en la testigo, ¿no es así?

El cuestionado asintió con la cabeza, meditabundo.

—Vamos, Fred, tan solo es una joven turista que apenas habla nuestro idioma. ¡No sería capaz de matar a una mosca!

—Eh, eso no lo sabemos. —Horner, que no parecía estar de humor esa mañana, le señaló con el dedo índice—. Por ahora es la única a la que nadie vio llegar. Ya estaba allí cuando Carl y Amy salieron de su casa.

—Eso no la convierte en culpable —apuntó Carroll.

—Pero tampoco en lo contrario —contraatacó Alfred—. Además, me ha mentido.

Carroll frunció el ceño.

—¿Cómo que te ha mentido?

—Conocía a Miguel Lennard. —Horner se secó el sudor frío de la frente con la mano y culminó su teoría—. Yo mismo les vi juntos el otro día, bajo el puente de la Catte Street.

—No me jodas.

—Por otro lado, ¿no te ha llamado la atención el nombre del fiambre?

Thomas asoció ideas a toda velocidad.

—¿Miguel? —dijo.

—Exacto. —Horner asintió sombrío, aunque orgulloso de su sencilla conclusión—. Es un nombre español. *Crystal clear*... (más claro, el agua).

Carroll se mantuvo pensativo mientras terminaba de tomar su café. Después señaló el brazo derecho de Alfred con el mentón.

—¿Qué te ha pasado?

El aludido levantó la mano derecha y se remangó, mostrando una venda que iba desde la muñeca hasta el codo.

—¿Esto? Nada grave, ya te lo contaré en otro momento —contestó—. Y por cierto, volviendo a lo otro, la sospechosa tenía restos de sangre en una mano.

Tras dejarlo de piedra una vez más, Horner bebió su *whisky* de un solo trago, dejó un billete de veinte libras sobre la mesa, y se levantó.

—Vamos, ¡a trabajar!

Hasta que no estuvo segura de que no quedaba ningún policía merodeando por Cowley Road, Grifero no salió de su escondite. Había pasado toda la noche tiritando tras un contenedor situado en el callejón que separaba el 219 de la licorería. Eran las 5:35 y había dejado de llover. Salió corriendo como un gato callejero, y solo se detuvo cuando, nada más doblar la esquina, pateó sin querer un teléfono móvil abandonado. Lo recogió por simple intuición y se lo metió al bolsillo. No volvió a detenerse hasta que regresó a su hostel. Tardó más de lo normal, pues procuró evitar las avenidas principales; los oscuros callejones eran más seguros. Estaba sin aliento y congelada cuando cerró la habitación de un portazo y giró la llave desde dentro.

Respiró entrecortadamente con la espalda apoyada sobre la puerta.

Se sentía desgraciada, y las lágrimas inundaron sus párpados. «Alyssa Grifero no llora nunca», se abroncó. Después se enjugó las lágrimas.

Había cogido demasiado frío durante la noche, de modo que se desvistió y se metió bajo el edredón de su cama. Fue incapaz de conciliar el sueño. A las siete de la mañana, con los primeros rayos de sol invadiendo el dormitorio, se levantó y, desnuda, se dirigió al cuarto de baño. Se sentó dentro de la bañera, apoyó la cabeza contra los azulejos y activó la ducha. Se quedó un buen rato mirando al infinito bajo el chorro de agua ardiendo.

Se mantuvo en esa posición hasta las siete y media, cuando tuvo tanto calor que le costaba respirar y la piel le escocía. Luego rompió a llorar sin consuelo. No lo había hecho desde que tenía trece años.

Alyssa acababa de pasar una de las peores noches de su vida.

Capítulo 7

—Entonces, Salas, llego a la conclusión de que es usted un optimista redomado.

—No se confunda, amigo. La cruda realidad es que las malas noticias no vienen de dos en dos, sino que vienen a chorros, a hostias. De hecho, debe de haber una especie de mecanismo preparado para volcar kilos y kilos de mierda en un mismo sitio.

—¿Me toma usted el pelo, doctor?

—No, hablo muy en serio. Pero la experiencia me ha enseñado que por cada cosa mala, hay una buena a la que no estabas prestando atención. Por ejemplo, ahora estás aquí, filosofando sobre la vida con un amigo que jamás pensarías que tendrías. Y yo también. Segunda enseñanza.

Viernes 10 de noviembre de 2006

En la comisaría de policía de Torrelavega reinaba el caos. Los teléfonos sonaban sin cesar, los cuchicheos se sucedían de despacho a despacho y por los pasillos iban y venían agentes a la carrera con montones de papeles entre sus brazos. Documentos que, en su mayoría, contenían información sobre Charly. Las impresoras del edificio no daban abasto. Pronto el retrato de Carlos Rubial, delirante y salvaje, así como el de su hermano, más apaciguado, figuraban en las mesas de cada policía. También habían sido colgados en los tablonés. En la sala B52, gotas de café

descendían por la pared, y, esparcidos en el suelo, los trozos quebrados de lo que antes había sido una taza temática de los Rolling Stones.

La locura se había desatado una hora antes, cuando, a primera hora de la mañana, los periódicos británicos salían con la noticia del asesinato de un tal Mike Lennard. Nadie se hubiera detenido ni un segundo en la primicia, sin embargo, si Marcos Tena no hubiese realizado su habitual repaso a las webs de los periódicos internacionales más importantes. El novato estuvo a punto de escupir el primer café de la mañana cuando pinchó en la página de *The Sun*. El diario inglés amanecía con una impactante portada. «SHOCKING MURDER» (IMPACTANTE ASESINATO), decía el lapidario titular, y debajo, en grande, un primer plano de...

«¿Charly?», susurró el joven policía, absolutamente perplejo, sin dejar de observar la imagen. «Es imposible.»

Se levantó de su silla como un resorte y corrió por los pasillos de la planta ante la mirada sorprendida de los demás miembros del cuerpo, que no comprendían el porqué de tanta prisa a primera hora de la mañana. Julián Barreneche le esperaba de pie junto a su mesa, y cuando le vio llegar tan acelerado, gritó desde lejos:

—Me acabo de enterar, Tena. Venga, ¡reunión urgente echando leches!

Ambos se metieron en la sala de reuniones B52 con un taco de papeles cada uno.

La sala B52 era una estancia no muy grande utilizada por los policías como lugar de reuniones. Todo el espacio lo ocupaba una robusta mesa de madera rectangular y sus correspondientes sillas con ruedas. En las paredes no había cuadros, tan solo un corcho actualmente vacío y una pizarra blanca de rotuladores. Una pequeña televisión y su correspondiente reproductor de video cogían polvo en una de las esquinas, esperando a que algún detective los utilizase para buscar pistas en alguna misteriosa grabación. Por culpa de Internet, hacía tiempo que no ocurría nada de eso. En el centro de la mesa, una fotografía de Mike Lennard absorbía las miradas de los dos agentes. Había sido impresa a color y a tamaño A4. La instantánea constituía su foto de perfil de Facebook —fue lo poco que pudieron sacar de la red social, ya que

Lennard apenas actualizaba su perfil. Se trataba de lo que en el argot se conoce como una *cuenta cadáver*—. En ella, Lennard posaba sonriente con el Tower Bridge londinense de fondo. Había sido tomada en un día soleado, aunque el viento arrastraba su pelo hacia todas las direcciones. Era la fotografía de un tipo normal disfrutando de un día de turismo en la capital. La imagen no alcanzaba a mostrar el cuerpo entero, pero no hubiera desentonado ver al hombre con una guía de viajes en una mano y un helado de cookies con vainilla en la otra. Junto al primer plano de Lennard, la fotografía de archivo de Charly, que, tomada el día de su captura horas antes de su suicidio, hacía de contraste.

Ambos policías miraban las instantáneas y a su compañero alternativamente, en absoluto silencio.

—¿Qué opinas, Tena? —preguntó el superior mientras se masajeaba el mentón con los dedos.

—Joder, son exactos —respondió sin alzar mucho la voz, por miedo a meter la pata—. Es decir, Lennard y Rubial eran como dos gotas de agua.

Barreneche asintió.

—Venga, dilo tú primero. Te concedo el honor —dijo, como quien hace un favor a alguien.

—Eran... ¿hermanos?

El jefe de policía le miró a los ojos haciéndole ver que la situación era tan obvia que no merecía la pena ni contestar.

Marcos Tena se frotó las sienes y dejó caer su espalda contra el respaldo de la silla. «Joder, menudo marrón», se dijo, superado por las circunstancias.

Barreneche sacó su teléfono móvil del bolsillo y realizó algunas llamadas. En pocos minutos el edificio entró en efervescencia. La vida de Mike Lennard aterrizó en los ordenadores de la comisaría a borbotones y el rumor pronto se convirtió en realidad: Carlos Rubial tenía un hermano secreto que acababa de ser brutalmente asesinado en una vivienda de Oxford. Barreneche se encargó de ejecutar una orden de búsqueda contra Alyssa Grifero, y se aseguró de que su nombre y su imagen aparecieran en todos los noticieros del país. También contactó con la oficina de Interpol en Madrid, y éstos a su vez solicitaron ayuda a Interpol Inglaterra a través de la

División de Cooperación Internacional. Era urgente que no dejaran salir a ese joven monstruo del país. El caso se había convertido en un asunto que involucraba a dos naciones.

El jefe de policía gesticulaba y vociferaba cada vez más alto mientras caminaba de un lado a otro de la sala, siempre colgado del móvil. Marcos Tena le observaba con cierto temor.

—¿No nos estamos precipitando, jefe? No tenemos pruebas contra ella —dijo cuando su superior colgó el teléfono. El joven policía creyó necesario ofrecer su opinión al respecto.

Barreneche tomó un sorbo de café de su taza personal, decorada con la archiconocida lengua roja de los Stones, antes de contestar con superioridad:

—Carlos Rubial se lanza por un barranco y su única amiga, o lo que quiera que fuera esa zorrita, aterriza en Oxford unos días después. El mismo día que ella llega, el hermano gemelo de Rubial es encontrado en la misma ciudad con un balazo en su cabeza. Las coincidencias no existen en esta profesión, muchacho. Regla número uno.

Tena asintió con la cabeza, aunque su razón le pedía lo contrario.

—Habrá que informar al juez —propuso.

El jefe respondió de inmediato:

—Ni hablar. La próxima vez que hable con Callejo será para entregarle a esa niña en una bandeja de plata. ¿No quería remover el caso? Pues es lo que vamos a hacer.

—¿Y qué pasa con Sara Mora?

Barreneche arqueó una sola ceja, conformando una ácida expresión de dibujos animados.

—¿Qué pasa con Mora? —repitió casi con burla, mientras parecía replantearse la situación actual de la neurocirujana.

—La víctima es el hermano gemelo de su agresor —afirmó el más joven con un arrojo inaudito para el comisario—. Creo que deberíamos, como mínimo, seguirle el rastro.

En ese momento volvió a sonar el teléfono de Barreneche, lo que le permitió ignorar la demostración de perspicacia de su nuevo discípulo. Lo descolgó y se mantuvo a la escucha, abriendo la boca tan solo para pronunciar monosílabos. La llamada duró menos de un

minuto. Nada más colgar, Barreneche se recolocó las gafas en el puente de la nariz. Las manos le estaban temblando. Dio un nuevo sorbo a la taza y después, en un arrebató, la arrojó al aire con inapropiada violencia. El recipiente pasó a pocos centímetros de la oreja izquierda de Marcos Tena, escupiendo café antes de estamparse contra la pared y estallar en varios pedazos.

Julián Barreneche acababa de ser informado de que Alyssa Grifero había aterrizado en el aeropuerto de Madrid a primera hora de la mañana. Su paradero actual era totalmente desconocido.

En la ciudad de Oxford, Ms.Tallent se despertó con su propio gemido. Abrió de súbito los ojos y enseguida percibió que estaba empapada de un sudor cálido. Los pezones se le alzaban rígidos y sentía un agradable cosquilleo en su zona más íntima. Se tapó los pechos con la sábana y respiró con fuerza. La vergüenza experimentada al darse cuenta de que acababa de tener un sueño erótico se convirtió en amargura por recordar los detalles de la fantasía: una vez más, y con esta ya debía de haber superado algún tipo de récord, se había quitado la ropa para Brunet y habían hecho el amor salvajemente sobre la mesa del comedor.

Solo dedicó un par de minutos a revivir los detalles del sueño entre las sábanas. Cuando consideró que ya se había castigado lo suficiente, se aseó, se vistió con ropa de deporte, y fue al gimnasio a correr los cinco kilómetros diarios que se había impuesto para mantener el tobillo vivo.

«Debe de tratarse de una pesadilla.» Sara Mora no dejaba de repetirse estas cinco palabras. Estaba en estado de shock. Desde el edredón florido de su cama de Victoria Road ya se apreciaba el calor que entraba a través de la ventana. La mañana era espléndida. ¿Qué día era? No estaba del todo segura. Ya no estaba segura de nada.

La joven no había pegado ojo en toda la noche, aunque tampoco lo había intentado. Desde que volviera a casa de los Connor tras el incómodo interrogatorio, no había vivido. Simplemente entró con sigilo en su humilde habitación, posó el trasero sobre la cama y se mantuvo sentada con las manos sobre el regazo y sin siquiera cambiarse de ropa. Tenía el cabello lleno de nudos y los pómulos manchados de rímel corrido. Estaba hecha un asco.

Pasó el tiempo visualizando en su mente el cuerpo inerte de Mike Lennard. El orificio en mitad de su cara. La pared del baño tintada de rojo. El olor a muerte. Quiso vomitar en varias ocasiones, pero ya lo había hecho nada más salir del coche del agente Horner y no le quedaba más bilis por expulsar. «El agente Horner», pronunció en voz alta, y su miedo se acentuó. Ser cómplice de un secreto médico como lo había sido de Verónica Salas era una cosa, sobre todo tratándose de una buena obra, pero, ¿testigo principal de un asesinato a sangre fría? Aquello era demasiado. Si ese agente llegara a enterarse de que la víctima era el hermano gemelo de Charly (es decir, su violador), su vida se convertiría de inmediato en una película de Hitchcock: se servirían del deseo de venganza como móvil principal del delito, y por lo tanto, ella pasaría a ser la sospechosa número uno. Definitivamente se alegró de no haber dicho la verdad al respecto.

¿En qué clase de película de acción se había convertido su vida? Ella, cuya mayor aventura era ver películas románticas los viernes por la noche.

Todo se desarrollaba en torno a la figura de Mike Lennard, así que se esforzó en formar un esquema mental que tuviera sentido. El recién fallecido estaba en el centro de la composición, y a su alrededor Sara imaginó a todo aquel que tuviera relación con el asesinato: Carl, su esposa Amy, los agentes de policía Carroll y Horner, Charly... «¿Charly? No tiene ningún sentido. ¡Está muerto!», se abroncó. Una nueva arcada le sobrevino al recordar al asqueroso lisiado. Sara llegó a la conclusión de que algún secreto debía de guardar Lennard para que alguien quisiera acabar con su vida de esa manera. «¿Y si fuera millonario y el asesino solo ambicionara su

dinero?», se cuestionó, e inmediatamente desechó la idea al recordar el humilde aspecto de su vivienda.

La doctora agitó la cabeza y se avergonzó por jugar de nuevo a los detectives, ella, que hasta se había derrumbado como una niña frente a la policía cuando la tomaron como testigo. La policía. Esa a quien había mentido por ser una cobarde, en un hecho que, visto desde un punto de vista más calmado, bien podía costarle un disgusto. ¿Estaría perdiendo el juicio? Le entraron ganas de llorar, pero tampoco le quedaban lágrimas. No sabía qué hacer, ni a dónde ir, ni con quién hablar. Por un momento le tentó la idea de coger un avión y regresar a Ámbar, a su hospital, «de donde jamás debí haber salido.» Deseaba hablar con alguien, y entonces le vino a la cabeza un nombre que había estado ignorando por completo desde el caso de Alfonso Morales.

«¡Jaime! —susurró al aire entre gimoteos—. ¡Mi querido Jaime, perdóname...!»

Se lanzó de cabeza contra su bolso, que había dejado tirado en el suelo del dormitorio nada más entrar, y revolvió en su interior. Deseaba llamar a Jaime Vergara, su amigo de la facultad, y desahogarse con él, contarle todo lo sucedido. Seguro que el bueno de Jaime le sacaría una sonrisa como siempre hacía. Desafortunadamente, el teléfono móvil no estaba en el bolso. Inspeccionó luego los bolsillos de su abrigo y lo único que encontró fueron un par de monedas.

Se llevó la mano a la boca y palideció. En algún momento de la noche había perdido el teléfono y no tenía forma de recuperarlo. Sara se sintió sola en el mundo, tanto como nunca pensó que podía estar.

Esa mañana, en la recién inaugurada Terminal 4 del aeropuerto de Madrid, Alyssa supo con certeza que se había metido en un buen lío.

Acababa de bajar del avión que la había traído desde Londres y ya se encontraba en el área comercial cuando se detuvo en una cafetería con la intención de meter algo en el estómago. El

desconsuelo provocado por la tragedia de Cowley Road aún estaba reciente, y no había comido nada desde el trozo de kebab de la otra noche, momento desde el cual habían transcurrido ya más de doce horas. Estaba hambrienta y exhausta, aunque había aprovechado el vuelo para descansar los ojos.

Mientras devoraba un bollo, vio que la televisión del establecimiento retransmitía un programa matinal sobre las noticias del corazón. El bollo mantuvo toda la atención de Alyssa hasta que la emisión fue interrumpida por un avance informativo que abrió con las impactantes imágenes de un asesinato en Oxford. Un reportero español de gafas enormes, conocido a nivel nacional por poner voz y cara a los sucesos en el extranjero, explicaba con bastante detalle cómo un hombre llamado Miguel Lennard, ambareño residente en el país británico, había sido encontrado muerto en su vivienda durante la noche. Al fondo de la imagen, el número 219 de Cowley Road se veía precintado y custodiado por numerosos periodistas ingleses.

El bollo se hizo una pasta pesada dentro de la boca de Alyssa.

La noticia enlazó con las primeras conclusiones obtenidas por los departamentos criminales del Cuerpo Nacional de Policía y la policía de Oxford, que estaban trabajando conjuntamente en el caso. Según el reportero, «una joven española que mantenía una relación con el hermano de Lennard viajó a Oxford desde Santander el mismo día del crimen».

Alyssa se hizo pequeña en su silla. Comenzó a temblar.

«Según ha comentado el jefe de policía de la comisaría de Torrelavega, esta llevaba una vida basada en drogas y sexo junto con el hermano gemelo de Lennard, Carlos Rubial. Tras el suicidio de Rubial, todo hace indicar que Grifero, un alma demente, buscaba algún tipo de venganza familiar.» La exclusiva concluía con la imagen a pantalla completa del primer plano de Alyssa. Era la fotografía que constaba en su documento de identidad. Sobre ella, un sensacionalista rótulo en letras mayúsculas de color rojo ocupaba el monitor:

SE BUSCA

«Grifero se encuentra en paradero desconocido, aunque los últimos rumores la sitúan de vuelta en España. —El reportero de

gafas se disponía a cerrar el avance—. Más información, en el informativo de las tres.»

Alyssa no esperó a ver terminar la noticia. Se precipitó corriendo fuera del establecimiento, dejando los restos del bollo de mantequilla y medio café sin terminar. Tardó unos segundos en detectar el lavabo más próximo y se introdujo en él echando el pestillo. Allí actuó por instinto. Sacó del bolso sus gafas de sol y un pintalabios de color rojo intenso, los cuales utilizó para convertirse en otra persona. También se recogió la melena en una coleta, puesto que en la fotografía que estaba recorriendo los informativos de media Europa salía con el pelo suelto. Lo siguiente que hizo fue extraer un Nokia N80 de su bolsillo y encenderlo.

El teléfono móvil había llegado a sus manos de auténtica casualidad cuando huía del callejón que separaba la licorería y la vivienda de Lennard. Le había dado una patada sin querer, catapultándolo varios metros hacia delante, y después se lo había metido al bolsillo sin razón aparente. No volvió a pensar en él hasta que salió de la ducha esa misma mañana, una vez hubo abrasado a sus demonios internos. En aquel momento no tenía nada que hacer y no sabía cuál iba a ser su siguiente paso. Y las paredes del hostal la agobiaban. Simplemente, carecía de un plan.

El aparato resultó ser un Nokia N80 de color plateado. Lo conectó al cargador de su propio móvil, pues estaba seco de batería, y al cabo de unos segundos lo encendió. Se sorprendió de que no tuviera código PIN de acceso (por lo visto aún quedaba gente inocente en el mundo que no utilizaba contraseñas) y sobre todo de que el menú estuviera en español. «Es de ella», confirmó internamente. Una vez encendido, Alyssa no pudo evitar la tentación de curiosear. Entró al menú de MENSAJES, pero no encontró nada que le llamara la atención. Después probó suerte con el servidor de correo, el cual por fortuna tenía las *cookies* guardadas, por lo que, de nuevo, pudo acceder sin conocer el usuario y la contraseña. Entre decenas de mails de publicidad y suscripciones a revistas, supermercados y foros de medicina, había un factor que resaltaba en la bandeja de entrada: un tal Jaime Vergara le había escrito ocho mails... ¡en la última semana! Y todos carentes de respuesta. Tardó menos de diez minutos en leerlos todos, pareciéndole cada cual

más interesante que el anterior. Ese hombre hablaba, entre otras muchas cosas, de Alfonso Morales y su enfermedad. También citaba al pequeño Oli, lo que provocó una trémula sonrisa en su expresión. Al parecer, el tal Jaime era médico, al igual que la propietaria del móvil. Y estaba en problemas. Como ella.

Alyssa Grifero había dado con un plan.

En el cuarto de baño de mujeres de la Terminal 4 del aeropuerto de Madrid, la joven fugitiva miraba el Nokia con ansiedad. Su situación era desesperada. Casi se le detiene el corazón cuando de repente el móvil empezó a sonar al ritmo del *Pretty Woman*. Se trataba de una llamada entrante.

«Es una señal», se dijo a sí misma al comprobar la identidad de la fuente.

Jaime Vergara estaba tratando comunicarse con su amiga, solo que esta vez no era ella la que estaba tras el aparato. Alyssa aguardó a que sonara el último tono de la llamada y después contó hasta diez. Una excitación fuera de lo común invadió su cuerpo. Pulsó una tecla y comenzó a escribir un mensaje de texto.

María Vergara arqueó las cejas, casi al mediodía, al ver a su hermano salir de su habitación completamente despeinado y sin dejar de bostezar. El piso de Jaime se ubicaba en el barrio de Tetuán, a unos pasos de la glorieta de Cuzco y justo encima de una oficina de Correos. María había pasado la noche en el cuarto de invitados.

Ella miró de reojo el reloj digital del reproductor DVD del salón. Eran las once y veinte, y María lo estaba esperando para desayunar juntos. Él dio los buenos días, se desperezó y arrastró sus pies desnudos hacia el lavabo.

—¿Qué quieres desayunar? —preguntó al salir, algo más aseado. Inmediatamente se dio cuenta de que estaba siendo un maleducado—. Perdón, es que me apetecía estar en la cama holgazaneando y no tenía ganas de hablar.

—¡No seas tonto hermanito! Venga, desayunemos de una vez, que me muero de hambre.

María se levantó del sofá y se metió en la cocina.

—¿Te apetecen unas tostadas con tomate? —dijo mientras cogía dos tazas del armario—. ¿Café? —sugirió—. Está recién hecho.

Jaime asintió frotándose los ojos.

—Acaban de nombrar tu caso en la tele —le informó su hermana desde el mostrador.

—¿Y qué han dicho?

—Más o menos lo mismo que ayer, pero mucho más resumido. Que Juan Shapiro está muerto y que su hijo ha denunciado al médico que le trataba, o sea, tú. Pero esta vez no han dicho tu nombre. Tranquilo, en unos días tu historia se habrá volatilizado de los medios.

Jaime asintió con mirada perdida.

—¿Cómo estás? —quiso saber ella.

El pequeño de los hermanos se encogió de hombros y se dejó caer sobre su butacón personal, uno de cuero que se le había antojado nada más firmar el piso y desde el cual tenía vistas hacia la calle. El salón estaba decorado con simplicidad; contaba exclusivamente con una mesa de comedor, un alargado armario donde guardaba la vajilla y la cristalería, el butacón, un sofá y algunas prácticas estanterías. Un televisor de 42 pulgadas colgaba de la pared, y una barra americana dividía la estancia de la cocina. Jaime dirigió la mirada hacia el televisor, donde continuaba el programa de sucesos.

—Supongo que es cuestión de tiempo, pero ahora mismo me siento como si me hubieran torturado.

—De alguna manera eso es lo que ha pasado —apuntó María, y después depositó dos platos de tostadas y sendos cafés sobre la barra americana—. Venga, siéntate, esto ya está listo.

Él obedeció y se sentó en un taburete frente a ella.

—¿Sabes algo de mamá? —preguntó Jaime sin dejar de marear el café con la cucharilla.

—Ha llamado, está preocupada. Finalmente la he tranquilizado y he conseguido salvarte por esta vez. Pero tarde o temprano tendrás que enfrentarte a ella.

—¿Tú me crees? —preguntó lacónico.

Ella lo miró con incredulidad.

—Crees que soy inocente, ¿no? —insistió Jaime.

—Venga, Tato, no digas tonterías.

—Soy un buen tío, María. Yo no asesiné a Shapiro.

María Vergara sintió que su hermano estaba peor de lo que imaginaba. Era un hombre alegre, muy vital, y nunca lo había visto tan hundido y resignado como ahora, en el momento más crítico de su vida profesional. Rodeó la barra y lo abrazó por detrás.

—Tato, escucha. Los dos sabemos muy bien que no has matado a ese *millonetis*. Simplemente te la han jugado. Ahora toca apretar los dientes y bailar con la más fea.

—No hay nadie con quien bailar. La denuncia ha sido una cuchillada por la espalda. No puedo quedarme aquí a esperar a que esos periodistas llenos de demagogia me acribillen a preguntas.

A María le cambió la cara.

—¡No irás a marcharte!

—No será para siempre, no hay por qué dramatizar. Tendré que volver para el juicio. Tan solo debo ser inteligente y apartarme por ahora. Además, ni siquiera tengo trabajo.

—¿Y huir te parece una postura inteligente?

Jaime se encogió de hombros una vez más y se llevó el café al sofá, donde depositó el trasero. Ella lo acompañó. Tomó su mano con fraternidad y se la llevó al regazo.

En la televisión estaban hablando sobre una mujer española de menos de veinte años que había liquidado a un hombre a sangre fría. Había ocurrido en Inglaterra y media Europa la estaba buscando. Jaime cambió de canal con la mano que le quedaba libre de la protección de su hermana.

—¿Por qué no das una especie de rueda de prensa y explicas lo que pasó en realidad? —María se había girado hacia él y gesticulaba mientras hablaba—. Cuéntales a todos que no te acostaste con la nuera de Shapiro, sino que ella fue la que te acosó, y que, por supuesto, no mataste a nadie.

—Está bien, cuento la verdad, ¿y luego qué? ¿Qué crees que va a pasar?

—Eres médico, por el amor de Dios, ¡tienen que creerte!

—Y ellos pertenecen a una de las más poderosas familias del país, María. Tienen dinero para comprar a la prensa, la policía y la justicia si quieren. Y yo no puedo probar nada.

—Entonces, ¿vas a irte sin más, a esperar a que esto se solucione solo?

—Por ahora tan solo quiero descansar —dijo—. Estoy hasta arriba, no quiero pensar en el tema. Después ya veremos, ya habrá algo que se pueda hacer.

María posó la cabeza sobre el hombro de Jaime y le acarició el brazo como si así le transmitiera fuerzas.

Estuvieron charlando sobre sus cosas durante media hora más. Después se despidieron y Jaime se quedó solo en su piso. Metió un disco de Coldplay en el reproductor de DVD y se puso a fregar los platos. No dejaba de darle vueltas a la cabeza. El caso Shapiro no era el único motivo de su desánimo. Estaba Sara. ¿Por qué no respondía a sus emails ni a sus llamadas? Desde el pasado día 12, cuando recibió aquella misteriosa llamada que duró escasos diez segundos, no había sabido nada más de ella.

«¿Recuerdas el extraño caso del que te hablé en Madrid, aquel de la hija de mi mentor y su tumor cerebral? Pues tenía razón. ¡El caso entero estaba podrido! En cuanto lo haya comprobado te volveré a llamar. Ahora tengo que irme. Hasta luego, ¡y gracias!»

Esas habían sido sus únicas palabras, y él ni siquiera había tenido oportunidad de responder; Sara colgó al instante. Tras la extraña conversación (monólogo, más bien), y a pesar de habérselo prometido, ella no volvió a llamarle. Un día después, Jaime se enteró a través de las noticias de que el caso que Sara estaba llevando en Ámbar había dado un giro de ciento ochenta grados: Sara fue sabotada por su antiguo mentor, el doctor Salas del que con tanto amor y odio le hablaba, y todo concluyó con la sorprendente muerte de Alfonso Morales, marido de la paciente, sobre la arena de la playa. ¿Qué había sido de Sara después de todo eso? ¿Por qué demonios se negaba a comunicarse con él?

Cuando no quedaba ningún plato por fregar, se sentó frente a su ordenador portátil y revisó su correo electrónico. No tenía ningún mensaje nuevo, a excepción de propaganda y spam, que por supuesto eliminó sin leer. Abrió la carpeta de mails enviados. Los últimos ocho iban dirigidos a la misma persona, y ninguno había obtenido respuesta. «Sara, te echo de menos.» Le sorprendió experimentar esa sensación de nostalgia por una chica que hasta hacía unos días había estado fuera del mapa. Su hermana, antes de salir del piso, le había aconsejado hablar con gente, desahogarse, centrarse en otras cosas. Pero Jaime no necesitaba hablar con gente. Necesitaba hablar con Sara. Y punto.

Ahora Jaime sabía que, por algún motivo, el encuentro fortuito con su vieja amiga en la cafetería cercana al hotel Puerta de América había encendido una especie de mecha en su interior.

Se quedó varios minutos mirando la pantalla del ordenador, esperando. Cada pocos segundos presionaba la tecla de *refrescar pantalla* por si se había quedado algún correo encolado. Nada. ¿Estaría su amiga en peligro? ¿Le habría pasado algo grave? Eso sería demasiado para él.

Desesperado, cogió su teléfono móvil y decidió probar suerte por enésima vez. Buscó el nombre de ella en el menú y pulsó la tecla de llamada. Esperó a que dejara de dar tono. Nadie contestó. Jaime lanzó un suspiro entrecortado y la tristeza hizo que se contrajeran los músculos de su cara. Entonces surgió el milagro, y su sorpresa fue tal que casi se le deslizó el móvil de la mano. Sarita (así era como la guardaba en su lista de contactos) le acababa de enviar un mensaje de texto:

Estoy en Madrid y necesito verte. Es importante. Por favor, dime cuándo y dónde. Un beso. Sara.

Jaime creía que le iba a dar un infarto. Se quedó varios segundos mirando las letras sin saber qué contestar. Ella se encontraba en Madrid y quería verle con urgencia. ¿Qué estaba ocurriendo? El tono del mensaje no resultaba demasiado conveniente. Fuera lo que fuera, debía y deseaba reencontrarse con ella. Tomó aire y comenzó a escribir una respuesta.

Alyssa salió del cuarto de baño convertida en otra mujer. Sus hermosos ojos negros estaban escondidos tras unas gafas de sol que le cubrían casi toda la cara, y una camiseta oscura y ceñida casi dejaba entrever el ombligo por encima del botón del pantalón. También lucía nuevo color de labios, de un rojo tan intenso como el palpitar de su pecho al abandonar el aeropuerto y pisar suelo madrileño. Tenía una misión. Todo lo que necesitaba saber estaba ahora concentrado en el Nokia N80 que, por absoluta casualidad, había pateado la noche anterior.

Se subió al primer taxi libre que encontró e indicó al conductor una dirección muy concreta a donde dirigirse. Este perdió cinco segundos en admirar, a través del espejo retrovisor, la belleza de la jovencita que le observaba por encima de las gafas con peculiar sensualidad. Tan pasmado quedó que ni siquiera se percató de que en el asiento trasero de su Toyota tenía a la homicida con la que habían abierto todos los informativos de la mañana.

El vehículo arrancó y tomó dirección al centro de la capital. Alyssa se sentía radiante. No fue capaz de apartar la vista del Nokia en todo el trayecto.

¡Sara! ¡Me alegro tanto de saber de ti! Reúnete conmigo en mi piso. Calle Orense, número 53. Te esperaré aquí. Espero que estés bien. Un beso. Jaime.

Capítulo 8

—Me ha parecido entender que está usted casado, ¿no es así, Morgan?

—En efecto, soy un hombre con anillo.

—Entonces sabrá que hay mujeres que te inflaman el alma, ¿verdad? Mujeres que aparecen en el momento preciso y hasta el alcohol de la colonia del cuello arde con tan solo estar cerca. Aquí donde me ve, yo mismo me hice pequeño en su día, porque ella era enorme, y cuando menos me lo esperaba, esa mujer se convirtió en mi mundo, ¡no sabía cómo vivir sin ella! Deseaba sentir ese fuego hasta la eternidad, porque nunca me había sentido tan vivo. Y porque sarna con gusto no pica, dicen. Ella fue el dardo que se dirige al centro de la diana, la bola con el número premiado, el gol en el último segundo de partido. La vuelta a la triste realidad. Enseñanza número tres.

—Me he perdido, Salas. ¿Está hablando ahora de su mujer?

—Mi exmujer: Violeta. Si las personas fueran agua, yo sería barro, y ella, un tsunami.

Viernes 10 de noviembre de 2006

Nada más despertarse, Rafael Salas abandonó su angosto dormitorio y se dirigió en ayunas hacia la *habitación de los juegos*. Avanzó a través de los muchos corredores que se cruzaban en su camino y llegó a perderse en un par de ocasiones (aún no había

memorizado el trayecto), de modo que tuvo que rehacer sus pasos. Cuando por fin llegó a la puerta de entrada de la sala, se mantuvo inmóvil. Había quedado en la habitación de los juegos con el doctor Grau «a primerísima hora de la mañana». Al parecer, su concepto de madrugón difería con el del director del centro. Se apoyó de lado sobre el marco de madera vieja de la puerta y valoró muy seriamente si entrar o, por el contrario, dar media vuelta, esconderse tras alguna esquina de los laberínticos pasillos y esperar al doctor en silencio. Optó por la senda del valor y dio un paso al frente. Esa mañana llevaba puesta la camisa blanca con la que ingresó en el centro —solo que con los dos primeros botones desabrochados—, el pantalón del traje, y una bata de médico que el día anterior al fin le había proporcionado, tras gran insistencia por su parte, una de las enfermeras.

Al observar lo que se cocía en el interior de la sala experimentó la misma sensación de desazón que tuvo el primer día, cuando el doctor Grau entró en su habitáculo (sin llamar a la puerta), interrumpió su conversación con Saúl Morgan (sin pedir disculpas), y le acompañó a la misma sala donde se encontraba ahora con el propósito de presentarle a la legión de tarados. Si algún día tuviera la ocurrencia de redactar sus memorias, pensó Rafael entonces, no dejaría de describir lo mucho que le afectó lo que vio cuando formó una imagen de conjunto de la galería. ¿Qué había allí dentro, en la que todos llamaban *habitación de los juegos*, para que aterrorizase hasta tal punto al implacable doctor Salas? Ni siquiera podía explicárselo, pues en aquel primer momento no se atrevió a fijar su mirada directamente en ningún otro presente. Si hubiera sido un niño, de tratarse de Oli, por ejemplo, y no de un arrugado anciano, hubiera buscado cobijo bajo el brazo del doctor Grau y hubiera mantenido los ojos cerrados. «No —rectificó al instante—, Oli jamás se rebajaría a tal acto de cobardía.» No era la violencia física de las individualidades lo que le atemorizaba —no estaba en una cárcel de máxima seguridad, por el amor de Dios, sino en un centro psiquiátrico—. Pero la anarquía del grupo en su conjunto, los movimientos aleatorios y sonidos inconexos, le recordó a Salas a una guardería infantil. Se hallaba frente a un ejército de niños adultos, babeantes y llorones. Y a la vista enfermos. Lo primero que

advirtió mientras reprimía una arcada fue que todos eran diferentes a lo que se suponía que era lo normal. De un rápido vistazo comprobó que la mayoría de los reclusos padecían malformaciones en diferentes partes del cuerpo: los había jorobados, enanos, tetraplégicos que vivían en sillas de ruedas, tullidos y gigantes. Pero todos ellos no suponían ni el más mínimo trauma para él, que se había pasado la vida abriendo cráneos para evitar que acabaran precisamente como los que tenía enfrente. Los que daban el aire siniestro a la sala eran los otros. Tenían los rostros y los cuerpos bien configurados, y sin embargo no seguían un patrón de conducta lógico, eran fantasmas encerrados entre cuatro paredes. Al final hizo de tripas corazón y, mientras Grau le fue presentando uno a uno, se atrevió a mirarlos a la cara. Al fin y al cabo, ¿cómo iba a conocerlos, cómo iba a ayudarlos y cuidarlos, si ni siquiera se atrevía a acercarse a ellos?

El primero al que conoció era un hombre de unos cincuenta años, calvo y espigado, y tan físicamente normal que a Salas le vino a la mente el ferretero de su calle, en Ámbar. Su particularidad radicaba en que no paraba de hablar, casi en susurros, sobre el proceso de la fotosíntesis en las plantas. Y sin embargo no se dirigía hacia nadie en concreto. También asentía, e incluso en ocasiones alzaba la voz como si discutiera con alguien del mundo real, mas sus ojos simplemente miraban al infinito.

—Se llama Cándido, pero aquí se le conoce como *el tertuliano*, por su evidente afición por el debate —le había explicado Grau con la naturalidad de un guía del zoológico que dirige una excursión turística.

«El proceso conocido como fotosíntesis consiste en la fabricación de alimento para los vegetales por medio de la luz, a partir del agua, las sales minerales y el dióxido de carbono, desprendiendo oxígeno; la fotosíntesis se realiza durante el día porque es el único periodo en que hay luz solar; la fotosíntesis tiene lugar en las hojas; en la fotosíntesis, el tallo lleva a las hojas la savia bruta y recoge la savia elaborada.» Cándido exponía su conocimiento hacia nadie en concreto, haciéndose el interesante con el mentón alzado.

—¿Qué le ocurre? —quiso saber Salas, esforzándose por mantener su voz firme.

—Padece severas alucinaciones, aunque va mejorando.

—¿Mejorando? Este hombre está como una puta regadera. Ni siquiera es consciente de que estamos aquí, a su lado, hablando de él.

—Uy, debería haberle visto cuando ingresó, hace ya casi dos años: no dormía, apenas comía, y sus duelos verbales los hacía con voz en grito. —Tras la explicación, el director del centro endureció el rostro como si fuera a abroncar a un turista que ha dado de comer a los simios sin permiso—. Y no vuelva a faltarle al respeto de esa manera, ni a él, ni a ningún otro. Aunque no le mire, escucha todo lo que dice. Ya lo aprenderá.

Ese día le habían sido presentados todos los internos, y allí se hallaban de nuevo ahora, en la habitación de los juegos, mientras él esperaba su cita con el director. El habitáculo estaba desprovisto de muebles, a excepción de una tabla de madera que recorría todo el perímetro haciendo la vez de banco sin respaldo, y seis mesas colocadas en el centro que contenían sencillos juegos de mesa del estilo del *Tres en raya*. En una de las paredes, un par de ventanas proporcionaban un mínimo de luz natural. Según los cálculos mentales del antiguo doctor, la sala debía de rondar los cien metros cuadrados de superficie, lo cual, teniendo en cuenta el número de huéspedes que la ocupaban a diario, se le antojaba algo justo.

Le sobrevino a Salas una sensación de *deja vu* al comprobar que todos los reclusos se encontraban haciendo exactamente lo mismo que aquel primer día: absolutamente nada. Estaba Cándido el tertuliano, demostrándole a una cuchara de plástico que fue Coppola, y no Scorsese, el director de la trilogía de *El Padrino*. También Pedrito, alborotador sin remedio, que encontraba especial diversión en lanzar escupitajos a la cara de los demás enfermos, el *niño boxeador*, que ocupaba su tiempo estampando puñetazos contra la pared hasta que se le ponían los nudillos en carne viva (este captaba especialmente la atención de Salas por lo particular de su comportamiento), y Doña Maruja, entrañable viejecita que se encorbaba sobre su bastón de madera de roble para caminar, y que no presentaba ninguna discapacidad aparente. Hasta que Salas la

pilló pasando frente al espejo que cubría una de las paredes del comedor; entonces le cambió la expresión, se enfrentó a su propio reflejo con una energía que solo Dios sabía de dónde sacaba, y lo amenazó apuntándolo con el bastón. «¡No me mires! —gritó entonces, y siempre que se topaba con una superficie reflectora, hecha un basilisco— ¡Te he dicho mil veces que dejes de mirarme, bruja!»

Mientras analizaba a estos y al resto de enfermos desde el hueco de la puerta, Rafael observó con repugnancia cómo un joven *skinhead* de piel pálida, del cual no recordaba el nombre, se bajó los pantalones y, con la misma naturalidad con que se hace un globo de chicle con la boca, se situó de cuclillas y comenzó a defecar sobre el propio suelo. «*Mecagüenlaleche*, ¿pero qué coño hace este chico?» Salas no hubiera sabido decir si su estupor se debía a tal extremo acto de indecencia social, o por el contrario al hecho de que a ningún otro presente le hubiera llamado siquiera un mínimo la atención. ¿De qué clase de deshechos sociales le habían rodeado?

Formó una mueca de asco y sacó unas servilletas de papel del bolsillo de su bata. Después avanzó resoplando hondo para evitar concentrarse en la plasta, y justo cuando se disponía a agacharse para recogerla como si se tratase de la de un perrito, notó que alguien le daba un toque en la cintura con la punta de los dedos. Percibió un cosquilleo que le subió por toda la medula espinal y se irguió en un acto reflejo.

—Olvide ese pedazo de mierda, Salas, y sígame.

Rodolfo Grau acababa de llegar acompañado de su arrogancia para salvarle del mal trago.

—No pensarás dejar esa mina asquerosa ahí en medio —protestó Salas simplemente por el gusto de hacerlo, pues en realidad estaba encantado de haberse librado de la repulsiva tarea—. ¿Y si alguno de estos la pisa en un descuido?

—Ya la recogerá alguna de las auxiliares, Salas. —El director hablaba como si cada palabra le supusiese un enorme esfuerzo—. Sígame y deje que otros hagan su trabajo.

—Pero... trabajos socia... —el retirado doctor tenía en mente un discurso en pro de ganarse un poco el favor de su ahora

superior, pero este ya había abandonado la sala, dejándole como Cándido, el tertuliano: hablando al aire.

Apenas ocupó su asiento frente a la mesa de madera de roble de su despacho, Rodolfo Grau ofreció un cigarrillo al antiguo galeno. Salas miró el obsequio con suspicacia.

—No está permitido fumar aquí dentro, director —pronunció la última palabra con su sarcasmo característico.

Encogiéndose de hombros, abrió el mandamás el primer cajón de la mesa y sacó un vaso ancho de vidrio y una botella de Jameson. Vertió el licor en el recipiente y también se lo ofreció.

—Está usted conmigo, el director del centro, en mi lugar privado de trabajo —dijo mientras llenaba su propio vaso—. Si le ofrezco alcohol y nicotina, es porque puede aceptarlo.

Salas le respondió con una semisonrisa, como preguntándose si aquello era una muestra de hermanamiento o si, de lo contrario, se trataba de una trampa.

—Dejé de fumar hace años, así que voy a rechazarte al amiguito con filtro —dijo—, pero el trago de *whisky* sí me apetece.

El director Grau asintió sonriente. Acto seguido comenzó a hablar mientras encendía su cigarrillo con una cerilla.

—Don Rafael, dígame: ¿qué le han parecido sus primeras horas en el centro?

—¿Estás de broma, Rodolfo? Este sitio es un infierno.

El tuteado dibujó formas imprecisas con el humo mientras pensaba su siguiente frase.

—¿No se adapta? Venga, algún amigo habrá hecho.

—Solo Saúl Morgan. Si no fuera por las conversaciones que tengo con él, me cortarían las venas con el cortaúñas.

—Saúl Morgan —repitió Grau, como si quisiera guardar las dos palabras en su memoria durante el resto de su vida. Posó el cigarrillo en el cenicero y tecleó algo en su ordenador de sobremesa. Después continuó con el interrogatorio—: ¿Cómo se siente espiritualmente? —El anciano abrió tanto los ojos que su interlocutor se vio obligado a reformular la pregunta—. Quiero

decir... su objetivo. ¿No se ha planteado ninguna meta personal aquí dentro? Porque le aseguro que es elemental.

—He venido a cumplir mi condena, no a buscar respuestas ni justificaciones. Ahora bien, has tenido cojones con la pregunta, así que voy a abrirme un poco para ti —dijo Rafael mientras hacía bailar el hielo sumergido en *whisky*—: entre tú y yo, Rodolfo, he pensado que es posible que encuentre algo de Dios en el dolor. No quiero decir que recoger mierda del suelo o tratar con tarados sea una experiencia mística, pero si entendemos que cada día encerrado en el centro es una penitencia, entonces quizá pueda devolver parte de todo el dolor que he causado. Y así, con suerte, podré estar en paz.

—Le confieso que me cuesta entenderlo.

—A lo mejor es que a mí me cuesta explicarlo. Hacía décadas que no hablaba de mí mismo de esta manera.

—He notado que le cambia la expresión cada vez que se lleva ese vaso de *whisky* a la boca. ¿Suele beber muchos de éstos? —cambió Grau repentinamente de tema.

—Antes lo hacía, y prácticamente a todas horas. Tuve mi época de borracho sin remedio, ¿sabes? Ahora sigo sin tener remedio, pero por lo menos ando sobrio por la vida —explicó el viejo con sorna, y se lanzó a reír como un niño tonto.

—¿Qué pasó para que se diera a la bebida?

La pregunta hizo que las carcajadas cesaran hasta convertir sus labios en una fina línea inexpresiva en la cara del exdoctor.

—No nos conocemos ni mínimamente para que yo te conteste a esa pregunta, muchacho —respondió, de tal manera que Grau sintió de pronto como si estuviera hablando con un veterano de guerra al que le debe el máximo respeto.

—Entonces cuénteme cuál fue el motivo por el cual dejó de beber. Debió de ser una muy buena noticia para usted.

Salas se cruzó de piernas y emitió un suspiro de cansancio.

—¿Qué pretendes, Rodolfo? Me traes aquí, me ofreces *whisky* y cigarrillos, y empiezas a asediarme con preguntas sobre mi vida privada. ¿Por qué?

—Quiero que seamos amigos, eso es todo.

El anciano escupió una nueva carcajada.

—No soy yo una persona que se prodigue en amistades, así que, querido director, me temo que pierdes el tiempo.

—Sin embargo Saúl Morgan se ha hecho amigo suyo en menos que canta un gallo —dijo con misticismo, y después esparció sobre el cenicero la ceniza acumulada en la punta del pitillo.

—Me recuerda a mi yerno, supongo.

Grau arqueó las cejas. «¿Habré encontrado el orificio de entrada?»

—¿Le echa de menos?

—Mucho. Alfonso era un chico excepcional, y de hecho lo admiraba. Salió victorioso allá donde yo fracasé: hizo feliz a su mujer.

El doctor Grau sirvió más *whisky* en el vaso del anciano y continuó con la ronda de preguntas.

—Ahora que la ha nombrado, ¿tiene esperanzas de reconciliarse con su hija?

El jubilado miró al director con una capa de tristeza cubriéndole las córneas.

—Verónica me odia. Pero está embarazada, y reconozco que lo único que quiero ya en esta vida es ver la cara de mi nuevo nieto.

—¿Qué le parecen los chicos? —preguntó Grau, dando un sorbito al vaso de Jameson y un nuevo vuelco a la conversación.

—¿Los chicos?

—Sí, los que estaban en la habitación de los juegos. Por ejemplo, Nico, ¿qué opina de él?

—¿El niño boxeador? —Al anciano se le formó una mueca divertida en el rostro—. ¡Ese muchacho está muy jodido de la cabeza! Machacarse los nudillos contra una pared de hormigón... — argumentó entre dientes mientras negaba con la cabeza.

—Sí, es obvio que padece una enfermedad. —Grau se esforzaba por mantener la profesionalidad en la conversación—. Pero, ¿cuál cree que es su problema?

—No me preguntes a mí, Rodolfo, responder a esas preguntas os corresponde a vosotros, los expertos. Yo solo estoy aquí para recoger mierdas del suelo. Ya sabe...

—Sí, *trabajos sociales*.

Algo aporreó la puerta del despacho desde fuera que sobresaltó a Salas. Este se volvió alternativamente hacia el origen del sonido y el director Grau, reclamando una explicación.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó, confundido.

—Es Félix. No debe hacerle demasiado caso —respondió Grau con toda naturalidad mientras le acercaba una cartulina plastificada—. ¿Qué ve en este dibujo?

Salas la tomó desorientado como quien coge una carta cualquiera de la baraja de un mago, y la observó durante unos pocos segundos.

—Un tractor que está a punto de pasar por encima de un hombre con un solo brazo. A lo lejos hay una niña jugando a la pelota —fue su respuesta.

Félix aporreó la puerta una vez más, con tanta contundencia como si se ayudara de un tronco de madera.

—¿Puede decirme tres palabras que rimen con calor? —prosiguió el director con su encuesta.

—Tumor, dolor y triunfador. Oye, ¿por qué cojones me haces estas preguntas?

El director dio dos nuevas caladas consecutivas a su cigarrillo antes de contestar:

—Es un test de inteligencia que hacemos a los enfermos. No ponga esa cara de indignación, el test no está destinado a usted. Simplemente quiero que lo conozca para que en el futuro sea capaz de hacérselo a los nuevos inquilinos.

—¿Tanto tiempo crees que voy a estar aquí?

—Eso no me corresponde contestarlo a mí. No obstante, debo asegurarme de que conoce todos nuestros procedimientos y protocolos, pues ahora es uno de los nuestros —explicó Grau con exagerada profesionalidad—. Usted límitese a prestar atención y a responder. ¿Puede nombrarme los doce meses del año en orden inverso?

El anciano cerró los ojos e intentó la prueba:

—Diciembre, noviembre, octubre, septiembre...

—¡Está bien, no hace falta que siga! Le felicito: tiene usted mayor coeficiente mental que un niño de ocho años —comentó divertido—. Bien, ahora cíteme tres directores de cine.

—García, Amenábar y Pedro Almodóvar.

—¿Y que no sean españoles?

—Spielberg, Hitchcock y Woody Allen. ¿De verdad hay alguien en este centro que no sea capaz de realizar este examen correctamente?

—Son muchos los que son incapaces siquiera de decir su nombre y apellidos, mi nuevo amigo. Recuerde que son deficientes mentales; almas muertas, por así decirlo. Ahora tóquese la punta del pie izquierdo con la mano derecha, y después el derecho con la mano izquierda.

El examinado lo hizo a la perfección y sin rechistar.

La puerta fue golpeada en esta ocasión de manera continua desde el otro lado. Salas interrumpió su test.

—Oye, ¿no vas a dejarle entrar? ¿Cuánto tiempo va a estar ese Félix tocando las narices?

—Félix no tiene por qué entrar a este despacho. Sufre trastorno delirante, o lo que es lo mismo, paranoia. Se lo aseguro, no querrá charlar con él. Se marchará voluntariamente cuando encuentre otro entretenimiento que no sea mi puerta —dijo Grau con reconocida crueldad.

—Trastorno delirante... ¿quieres decir que es un neurótico? —quiso saber el viejo con creciente curiosidad.

—Psicótico, para ser más exacto. —Rodolfo Grau dio una nueva calada a su cigarrillo, e inmediatamente después se llevó el vaso con Jameson a la boca.

Salas frunció los labios. Como si pudiera leerle la mente, que en ese momento intentaba recordar la diferencia entre neurosis y psicosis, Grau pasó a explicarse mejor.

—Como ya sabrá, la neurosis es el diagnóstico delirante que viene precedido por vivencias traumáticas, es decir, por sucesos que el paciente sufrió en algún momento de su pasado. Dramas tan poderosos que modificaron la mente del sujeto. Un buen ejemplo de neurosis lo puede encontrar en doña Maruja. ¿Llegué a presentársela?

—¿La maniática que se lanza improperios a sí misma a través del espejo? —preguntó el mayor con retórica—. Sí, sé quién es.

—Esta peculiar ancianita, que siempre vivió como soltera, cometió una travesura que no se puede usted imaginar.

—¿Qué fue lo que hizo?

Al parecer, el ansia por saber era ya tan grande en el exdoctor que no se percató de que Félix había dejado de aporrear la puerta con sus puños.

—Doña Maruja tenía una hermana gemela a quien quería mucho, lo cual no fue impedimento para que cometiera con ella una de las mayores perrerías que se puede hacer a una hermana. Esta se iba a casar con un muchacho portugués muy atractivo, con mucho mundo a sus espaldas pero significativamente más joven que ella. Y un tanto mujeriego. Pues bien, el mismo día de la boda, mientras el resto de invitados bailaban, doña Maruja, que jamás había sido tocada por un hombre, se vio seducida por él. Y se dejó llevar. A partir de ese día, estando su hermana casada, Maruja se llevó a la cama a su cuñado y amante, no una, sino varias veces más.

—No me joda, ¿eso hizo? —Salas estaba tan intrigado que parecía que iba a saltar de la silla de un momento a otro.

—Sí, hasta que su hermana les pilló en plena faena. Y sucedió algo terrible. La gemela engañada, avergonzaba como estaba, salió corriendo y abandonó la casa sin mirar al automóvil que en ese momento pasaba por delante del portón principal y que la hizo saltar varios metros por el aire.

—Vaya por Dios.

—Doña Maruja provocó, con su nula fuerza de voluntad e infidelidad fraternal, la muerte de su querida hermana. Su cerebro no fue capaz de soportarlo, y mucho menos olvidarlo, de modo que modificó su propio sistema nervioso para eliminar el suceso de su mente. La culpa, el arrepentimiento y la vergüenza de haber provocado el fallecimiento de su hermana la trastornaron de tal modo que hoy es la tierna viejecita que discute consigo misma pensando que está viendo a su fallida gemela a través del espejo. Y, por todo esto, su diagnóstico es claramente neurosis.

—Entiendo. Y el tal Félix, ¿no sufrió ningún trauma?

—En absoluto, al menos que nosotros sepamos. Félix, a diferencia de Maruja, sufre de psicosis aguda. Su cerebro está

enfermo desde su nacimiento, aunque cada vez más grave. Vive por completo al margen de la realidad, como en otro mundo, pero no tiene motivos para ello. Como el que es ciego desde siempre, Félix nació con ligeros delirios que fueron agudizándose con el paso de los años. Hoy en día es un ser humano de difícil trato. Es inofensivo, de eso no me cabe la menor duda, pero tampoco le recomiendo que se junte con él.

—¿Por qué motivo?

El director Grau entornó los ojos y estos brillaron. Sin duda la conversación había tomado un camino tan imprevisto como interesante.

—Porque es un demente asocial que vive rodeado de seres y cosas que no existen para nosotros. Es como un monstruo, un perro rabioso, solo que Félix no se lanza al cuello de nadie. —Dejó de hablar, produciéndose un incómodo silencio en el despacho—. ¿Se siente satisfecho con la demostración científica? —preguntó luego con arrogancia mientras entrecruzaba los dedos de las manos.

El viejo médico asintió distraído, pues su mente parecía seguir dándole vueltas a los casos de Félix y doña Maruja.

Cuando, casi media hora más tarde, concluyeron los estúpidos test de inteligencia, el director del centro dio permiso a Salas para ausentarse y volver a su habitáculo.

—Hasta la vista, Rodolfo —se despidió con una chulería nada disimulada—. Disfruta de tu *whisky*.

—Se han derretido los hielos, ahora es más agua que alcohol.

En cuanto Salas abandonó el despacho y cerró la puerta, Grau apagó el cigarro contra el cenicero, alargó un brazo y alcanzó el teléfono fijo que reposaba sobre una esquina de la mesa de madera de roble. De memoria, marcó un número. El juez José Miguel Callejo descolgó al segundo tono.

El director se identificó como doctor Grau y, como si hubiera estado días esperando para realizar la llamada, lanzó el lapidario mensaje:

—Salas ya conoce la existencia de Félix.

—¿Tan pronto?

—Tan pronto.

—Pues ya sabe mi opinión: no deberían cruzarse ni un «hola». Es peligroso.

—Ya. Me temo que será difícil evitar eso.

Nadie habló durante segundos, y Grau pudo sentir a Callejo mordándose las uñas en una nube de inquietud al otro lado de la conexión.

—¿Ha hablado con él? —dijo el juez al fin.

—¿Con Salas? Sí, por supuesto.

—¿Y?

—Desconcertante.

—Bueno, mire, manténgame informado ante cualquier novedad.

—Al director, diestro en psicoanalizarlo todo, le dio la impresión de que Callejo intentaba mantenerse lo más al margen posible. En efecto, las siguientes palabras que escuchó fueron de despedida—: Le deseo buena suerte.

Nada más colgar, Rodolfo Grau se recostó sobre el respaldo de su butacón y, absorto en sus pensamientos, terminó con el hielo derretido entre restos de *whisky*.

Rafael Salas se encontraba cansado, como si durante la entrevista con el director le hubieran obligado a sostener una pila de libros sobre las palmas de sus manos. Dio unos pocos pasos siguiendo el pasillo que se alejaba del despacho del director, y cuando quiso prestar atención, se dio cuenta: había vuelto a perderse. Anduvo sin rumbo durante algunos minutos en los que no se cruzó con nadie. A través de las pocas ventanas que iluminaban el desamparado corredor, todavía se vislumbraba el sol entre las nubes oscuras. Al poco, alcanzó un tramo largo limitado por el muro que daba al exterior del edificio (a la derecha), y una pared gris con puertas metálicas a lo largo (a la izquierda). Se vio obligado a curiosear sobre lo que encerraban aquellas puertas. ¿Por qué metálicas? ¿Qué esconder o encerrar con tanta robustez? Las cejas del anciano se arqueaban más por cada puerta que alcanzaba:

todas estaban abiertas, y en su interior no había absolutamente nada. Las estancias eran réplicas unas de otras, y la palabra que mejor las definía era *zulo*. Desprovistas de ventanas y mobiliario, Salas exageró pensando que ni un insecto sobreviviría encerrado en tales condiciones.

El interés de Rafael se disparó de pronto cuando pasó junto al último de los portones: se encontraba cerrado. ¿Por qué motivo? ¿Habría alguien dentro? Aunque era lo que el cuerpo le pedía, no fue capaz de alargar el brazo y forzar la palanca que hacía de cerradura. Era la enésima vez en muy pocos días que el doctor Salas se sentía doblegado por el miedo.

Unas pisadas se oyeron a lo lejos, acercándose por el corredor, y la atmósfera turbadora se apaciguó de súbito en la mente del antiguo médico cuando vio que se trataba de una de las enfermeras (la misma que le había conseguido la bata blanca de médico). Tendría menos de treinta años y su permanente sonrisa, decorada con brackets, contagiaba dulzura. A Salas le venía a la mente la malograda protagonista de *Twin Peaks*, Laura Palmer, cada vez que la veía. Ella debió de verle muy perdido, pues sin intercambiar palabra lo cogió del brazo derecho y se dispuso a acompañarle hasta su habitación. El corazón del anciano sufrió un sobresalto cuando, justo antes de doblar la esquina, un contundente estruendo surgió de la única puerta cerrada... «como si alguien la hubiera golpeado con todas sus fuerzas desde dentro, ayudado de un tronco de madera...» El anciano quiso girarse en un acto instintivo, pero la enfermera Palmer, que actuaba como si no hubiera oído nada, lo obligó a seguir avanzando.

Unos minutos después, Salas se encontraba seguro entre las cuatro paredes de su habitáculo. A lo lejos se oía de vez en cuando algún grito desalmado, más propio de un animal que de un ser humano, y se preguntó si sería Nico, el niño boxeador, o quizá el chaval de cabeza rapada que tenía por costumbre defecar sobre los baldosines de la habitación de los juegos. En ese taciturno instante, Rafael cayó en la cuenta de que se cumplían 72 horas, tres días, de su ingreso en el centro.

Tras una larga ducha caliente y muchos minutos de reflexión, Sara Mora salió de su habitación y bajó las escaleras con un disfraz de heroína puesto bajo la piel. Sin detenerse a dar los buenos días a quienquiera que estuviera viendo la televisión en el salón, abandonó la vivienda con actitud decidida. El cielo había amanecido encapotado, aunque no había llovido desde la noche, y el asfalto de Victoria Road ya estaba prácticamente seco. Una ráfaga de viento la abofeteó sin embargo nada más abrir la puerta, lo que hizo que Sara se arrebuajara en su chaqueta y endureciera el gesto.

Avanzó a paso ligero, tomó Banbury Road y no se detuvo, ni siquiera desvió la mirada, hasta que encontró la primera cabina telefónica. Bien, estaba libre. Se deslizó en su interior, insertó una moneda de dos libras, y marcó un número de memoria. Al tercer tono, alguien descolgó.

—Centro de salud de Ámbar, ¿en qué puedo ayudarle?

Sara suspiró aliviada al escuchar una voz perteneciente a su zona de confort. Era posible que se tratara de Loreto, una becaria que había contratado el centro para atender la recepción y que todavía no la habían presentado. Decidió ir al grano:

—Mi nombre es Sara Mora, y soy médico en el centro, departamento de neurocirugía. Necesito hablar con el doctor Encinas, por favor —dijo, lo más educada y profesionalmente posible que su estado de ansiedad le permitía.

—¿El psicólogo?

—Sí, dígame que es urgente.

—Ahora mismo le pongo con usted —dijo la nueva recepcionista muy educada, como esforzándose por parecer profesional—. No se retire.

En el interior de la cabina, la joven se sentía como una presa fácil. «Qué sentimiento más absurdo» —pensó mientras vigilaba la calle a través del cristal—. ¿Por qué alguien iba a querer apresarla? Por suerte, una voz masculina surgió desde el otro lado de la conexión rescatándola de sus paranoicas fantasías.

—Sara, ¿de verdad eres tú?

El que hablaba era el doctor Luis María Encinas, el único psiquiatra en nómina con el que contaba la clínica de Ámbar. Le

quedaban tres años para jubilarse, y, aunque su despacho estaba tan solo un piso por encima del de Sara, hasta el 12 de octubre no habían intercambiado más que algún protocolario saludo al cruzarse en el ascensor o en los pasillos del edificio. Desde ese fatídico día, sin embargo, pasaron a verse a diario, aproximadamente una hora cada día, en la consulta del viejo psiquiatra.

—Luis, necesito tu ayuda. Estoy desesperada —suplicó la joven sin perder el tiempo.

—Tranquilízate Sara, y respira hondo. A ver, ¿desde dónde llamas? ¿Sigues en Oxford?

—Sí. Te llamo desde un teléfono público. Ha ocurrido algo terrible.

—Te escucho, Sara. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Ayer vi morir a un hombre. —Se detuvo un instante para respirar, era la primera vez que se oía a sí misma pronunciando una frase tan fuerte—. En su misma casa. Hubo un disparo que escuchó todo el vecindario, y yo fui la primera persona en socorrerle entre mis brazos. Pero ya estaba muerto Luis, ya estaba muerto...

Nueva pausa para respirar, rápida y entrecortadamente.

—Sara, estás sufriendo un ataque de ansiedad, tienes que tranquilizarte. Dime, ¿sabes quién era la víctima y por qué le dispararon?

En pleno desasosiego, Sara prefirió pasar por alto su relación con Lennard. Al fin y al cabo, no tenía tantas monedas para una historia tan larga. Decidió abordar el tema por el que había llamado:

—Luis, anoche un agente de policía me metió en el interior de su coche y me interrogó. ¡A mí! ¿Qué pasa últimamente conmigo? ¿Me estoy volviendo loca?

—No, no, nada de eso. A ver, ya te dije que la terapia estaba funcionando, cada día que pasaba te veía mejor, y cuando me comentaste lo de tomarte unos días libres para ir a Oxford, me pareció una idea fantástica. —La voz serena de Encinas le pareció a Sara el mejor de los reconstituyentes—. Ahora, simplemente has tenido la desgracia de estar en el lugar equivocado y en el momento erróneo. Has experimentado otro trauma, igual o más desagradable que el anterior, que ha hecho que la ansiedad se dispare en tu

cuerpo como un cohete. Al parecer, muchacha, tienes un don para meterte en líos, pero ni te estás volviendo loca, ni morirás por esto.

—Entiendo. Pero entonces, ¿qué hago?

—Bueno, tienes que hacer lo posible por tranquilizarte. ¿Sigues tomando las pastillas?

—No desde hace unos días. Tú me dijiste que las dejara.

Sara se aferraba al auricular con fuerza, como si fuera todo lo que le quedara en la vida.

—Sí, pero eso era antes de toda esta historia. Retómalas, por un tiempo al menos. Hasta que mejores.

—Entendido, hoy mismo vuelvo a medicarme.

—Otra cosa más: creo que deberías volver a Ámbar. Aquí reanudaríamos la terapia.

Sara se mordió las uñas mientras meditaba su respuesta en silencio.

—No puedo, al menos hasta que no haya hecho una cosa. — Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y comprobó que no le quedaban más monedas—. Luis, se me acaba el tiempo de la llamada. Una cosa más.

—Tú dirás.

—Tengo que pedirte un último favor. ¿Puedes llamar al hospital de La Paz, en Madrid, y preguntar por el neurocirujano Jaime Vergara? Es muy importante que lo localices.

—¿Jaime Vergara has dicho? Un momento, deja que lo apunte.

—Sara imaginó a su psiquiatra con sus redondas gafas de cristal ancho, inclinado sobre su viejo despacho y apuntando las indicaciones a lápiz y con una caligrafía exageradamente grande—. Ya está. ¿Cuál es el mensaje?

—Debes presentarte como mi psiquiatra, él me conoce bien. Dile que he perdido mi teléfono móvil con toda la agenda, pero que es muy importante que hablemos. Que se conecte a su cuenta de Skype esta tarde a las 18 horas, hora peninsular. Le estaré esperando online. ¿Lo tienes?

Luis María Encinas repetía las órdenes de su paciente mientras las anotaba con minuciosidad sobre su papel.

—Importante... que se conecte a la cuenta de Skype... hoy a las 18:00...

—¿Lo tienes? —En ese preciso momento el saldo de la llamada se quedó a cero, y la conexión se cortó—. ¿Luis? ¿Lo tienes? ¡Mierda!

Sara colgó el teléfono con un golpe de rabia. Esperando que su viejo psiquiatra hubiera anotado todo el mensaje, la joven abandonó la cabina y se dirigió al centro de la ciudad. Tenía una cita a las seis de la tarde, pero antes de eso quería pasar por un sitio a comprobar una cosa.

Capítulo 9

—Permítame que me entrometa, Morgan: su mujer y usted, ¿se aman?

—Claro, doctor. ¿A qué viene esa pregunta?

—No veo que le brillen los ojos al responder. Cuando amas a alguien, debe brillarte hasta el alma.

—Por supuesto que quiero a mi mujer, Salas, no sea rebuscado.

—No cometa el mismo error que cometí yo, amigo.

—Sea más concreto.

—Me refiero a que madrugar cuando todavía es de noche para ir a trabajar al hospital era un incordio de cojones, pero me costaba mucho menos cuando al otro lado de la cama había alguien haciendo lo mismo. A que dos tazas de café decoran más que una. Que cuando se desgasta el barniz que hacen los comienzos de las historias tan emocionantes, sale a la superficie la persona de verdad, y ahí es donde debes decidir si la petarda de las legañas es para ti o no. Que al final, ella siempre va a ser la petarda de las legañas, que además es rara de cojones, y tú el gilipollas de campeonato, solo que con una pequeña diferencia: ella será tu petarda, y tú, su gilipollas. Y es entonces cuando, con suerte, conseguirás construir un para toda la eternidad lo suficientemente rocoso para no terminar en el juzgado. Cuarta enseñanza.

Viernes 10 de noviembre de 2006

La extraña pareja de policías compuesta por Alfred Horner y Thomas Carroll aguardaba en la sala de autopsias a que el forense hiciera acto de presencia. Iban ambos vestidos con la misma ropa de la noche anterior, y sus miradas pesadas demostraban que el cansancio estaba empezando a hacer mella en ellos. Carroll había conseguido echar una cabezada de menos de dos horas en el asiento trasero del coche patrulla en un intento desesperado de reponer fuerzas tras la accidental noche. Horner, por el contrario, ni siquiera lo había intentado.

La sala de autopsias del anatómico forense de Oxford era pequeña, fría y tan meticulosamente limpia que casi la convertía en nauseabunda. Estaba situada en el sótano, de modo que no le alcanzaba la luz del sol. La *mazmorra* la ocupaban esqueléticas camillas de metal, todas libres excepto una, la que se encontraba frente a los policías. Sobre ella, en el interior de un saco de tela amarillenta y abrochado en su centro por una cremallera, se escondía la masa inerte de lo que hacía unas horas había sido el cuerpo vivo de Mike Lennard.

Los dos hombres hicieron una mueca, cada cual según su estilo, cuando el forense entró en la sala doce minutos tarde: Carroll lanzó un suspiro disimulado hacia un costado, mientras que Horner, menos dado a guardar las formas, dedicó al recién llegado su mirada más hosca. «Mierda, nos ha tocado el Buda», comentó por lo bajo a su compañero, que no pudo reprimir una risita infantil. El tal *Buda* (apodo que Horner se acababa de sacar de la manga tal y como hacía de vez en cuando) era Kurt Payne, el jefe de forenses de la Policía Científica de la ciudad de Oxford. Embutido en una bata blanca algunas tallas pequeña, se trataba de un hombre de facciones desproporcionadas. No podía decirse que fuera un monstruo, pues tenía ojos azules, labios carnosos y piel suave. Pero el hecho era que tanto los ojos como los labios ocupaban la mayor parte de la superficie facial, creando el extraño efecto de que algo no estaba en su sitio, como si hubieran calculado mal la escala de ciertos elementos en la hora de su concepción. Carroll solía decir de él que era un gigante en el cuerpo de un humano. Llevaba el pelo rapado (incluido el de las cejas), y aunque no perdió la ensayada

sonrisa desde que entró por la puerta hasta que tendió la mano a la pareja de policías, lo cierto era que no engañaba a nadie: Payne era un hombre muy extraño. Rara vez se relacionaba con los demás policías, coleccionaba armas impopulares (un día Carroll le vio sacar de su taquilla un puño americano y una colección de estrellas ninja), y desde hacía unos meses se le asociaba con algún tipo de secta budista (práctica que había conseguido suavizar su carácter bipolar a cambio de contribuir a agrandar su fama de bicho raro). A Horner y a Carroll, simplemente, no les caía bien.

No perdieron el tiempo en formalismos y fueron al grano: Horner solicitó ver el cuerpo, a lo que Payne obedeció sin rechistar abriendo la cremallera hasta el cuello.

—Joder... —soltó Snowflake de inmediato, como si fuese la primera vez que veía la masa amarillenta típica de un cadáver al que se acaba de realizar una autopsia. Alfred tragó saliva.

El forense comenzó a recitar las conclusiones de la autopsia como si estuviera en un examen oral y se las hubiera estudiado de memoria la noche anterior, todo con una voz sorprendentemente aguda («un gigante en el cuerpo de un humano y con voz de pito»):

—La víctima, a tenor de los elementos que tenía en torno al orificio que atravesaba el cráneo cuando le realizamos el análisis, fue abatida poco antes de la medianoche de ayer. Fue mediante un arma de fuego, eso es evidente, casi con toda seguridad de tamaño pequeño. Un único impacto de bala fue suficiente para dejarlo seco.

—Cuando dices elementos, ¿te refieres a...? —preguntó Horner, delatado por un sutil brillo de temor en los ojos.

—Larvas. —Se apresuró el forense a terminar la pregunta con la respuesta, con un tono que hacía pensar que estaba disfrutando con el mal trago de los dos policías—. No, es broma. Solo os tomaba el pelo. Esos bichitos tardan un mínimo de 48 horas en aparecer en un cuerpo en descomposición.

Los dos detectives se miraron de reojo para confirmar su irritación respecto al cáustico sentido del humor de Payne.

—De acuerdo, continúa —apremió Horner, encrespado.

—Como podéis ver, una vez limpiado el cuerpo de su propia sangre reseca, descubrimos un profundo surco en la garganta. —Acompañó el comentario señalando la zona dañada con el dedo

índice—. A pesar de ser una herida importante, no llega a alcanzar la tráquea, por lo que todo indica que el homicida intentó estrangular a la víctima antes de acertar con el arma de fuego.

—Deja que nosotros nos encarguemos de reconstruir la escena y tú dedícate a buscar *bichitos*, ¿quieres, Kurt? —Alfred aprovechó la primera oportunidad para saltar contra el forense.

Carroll rompió la tensión con filosofía policiaca:

—Joder... nosotros los policías vivimos los veinte peores minutos de las vidas de los demás —reflexionó en alto sin dejar de mirar hacia el boquete que casi dividía la cabeza de la víctima en dos.

Tras unos segundos de reflexión casi ceremonial, Horner formuló la pregunta habitual en los casos de asesinato por arma de fuego:

—¿Cuándo sabremos el modelo de la pistola?

—Me temo que no lo podemos saber con exactitud —respondió Kurt mecánicamente, como queriendo dejar claro que, en realidad, no le importaba lo más mínimo.

—¿Cómo que...? —Carroll estaba a micras de segundo de perder la paciencia (y las formas) cuando su compañero se le adelantó:

—Es porque no han encontrado la bala. —Alfred aseguró, más que preguntó, y luego buscó confirmación en los redondos ojos del forense.

—Exacto —afirmó el budista—. Sin la bala disparada no se puede conocer el modelo del arma con precisión. Los de balística no hacen milagros, ¿sabéis? —Dejó caer este último comentario con *rintintín*—. A ver, sabemos que fue un arma pequeña, como un revólver o una pistola de poco calibre. Además, por la forma del boquete, es muy probable que el tiro se produjese a poca distancia respecto al objetivo, puede que un metro y medio, o incluso menos. Es todo lo que puedo decir.

—Entonces buscaremos esa bala y daremos algo de trabajo a los de balística —prometió Carroll—. A veces nosotros sí que hacemos milagros, ¿sabes Kurt? —Tras la declaración de guerra verbal, un provocativo guiño de ojos del policía que el forense recibió sin el menor síntoma de ofensa en su expresión.

—Hay algo más —añadió este, con el clásico poder que tiene un empollón cuando el abusón de la clase le suplica por los deberes minutos antes de un examen sorpresa.

Horner achinó los ojos como si le ofendiera algún tipo de luz solar, y prestó máxima atención, pues algo le decía que el *caballo de batalla* del caso estaba a punto de ser revelado.

—Tú dirás, Kurt —apremió.

El aludido abrió más la cremallera, dejando a la vista el torso del cadáver al completo, y se abstuvo de comentar, pues la imagen hablaba por sí sola. Los dos agentes se dedicaron una mirada de complicidad. En mitad del pecho, en letras tan grandes que iban de un pezón a otro y marcadas en la misma carne como quien talla una inscripción en madera con un cincel, se podía leer un claro mensaje:

OJO x OJO

La caligrafía era irregular, temblorosa, como la de un niño que está aprendiendo a escribir. Los surcos, en este caso, no eran tan profundos como el ocasionado en el cuello. Todos llegaron a la conclusión de que el homicida, una vez había asesinado a su víctima, se había detenido unos segundos (pocos) para dejar el mensaje en su piel.

Horner dedicó a Carroll un gesto con la cabeza y ambos se volvieron para hablar algo más en privado.

—Está en español —se apresuró a comentar el rubio en un susurro.

—Lo sé.

—Estás pensando en Sara Mora, ¿me equivoco? —Bajó Thomas la voz un poco más. Sabía que, aunque Kurt Payne se hacía el despistado en torno al cadáver, en realidad no perdía detalle de la conversación entre ambos policías. Abrió sus enormes ojos de par en par cuando escuchó el nombre de Sara Mora, pero no dijo nada. Se dio la vuelta y siguió escuchando con disimulo.

—Bueno, está claro que es otra prueba más en su contra —valoró Horner con extrema cautela. Después miró de reojo por encima de su hombro hacia donde se encontraba el forense e hizo una mueca de incomodidad—. Hablaremos de esto luego, Thomas,

cuando estemos en privado —susurró el comentario con la fuerza justa para asegurarse que Payne escuchaba la indirecta.

La pareja se despidió de Kurt con protocolarios estrechar de manos y abandonaron la claustrofóbica sala, no antes de que Carroll hiciera algunas fotografías del cadáver centrandó la mayoría de los disparos en el misterioso mensaje del torso. Cuando salieron a la superficie, ambos cogieron aire y se desataron el primer botón de la camisa. Tanta carne muerta y duelo verbal les había revuelto el estómago.

Sentado en la última fila, Marcos Tena escuchaba casi sin pestañear todo lo que se decía en la rueda de prensa del juzgado de Torrelavega. El juez José Miguel Callejo llevaba la voz cantante; no era habitual que un juez compareciera ante la prensa, pero Callejo consideró que la excepcional situación lo requería. Explicó que la investigación concerniente al asesinato de Miguel Lennard, cometido aquella madrugada en Oxford y del cual no se conocía todavía el móvil, estaba dirigida íntegramente por una unidad de la policía de la ciudad británica. Sin embargo, el resto de la investigación, es decir, todo lo relativo a la búsqueda de Alyssa Grifero, sería gestionado por el propio Callejo, que informó que quien estaba llevando el caso era el jefe de policía Julián Barreneche (a su izquierda en el estrado), y su equipo. Grifero, por tanto, era la principal sospechosa del asesinato de Miguel Lennard, al menos desde el punto de vista de la justicia española. Nada se dijo, no obstante, sobre el suicidio de Carlos Rubial o la falsificación de información médica por parte de Don Rafael Salas, por considerarse ambos casos ya clasificados.

Mientras Callejo hablaba, Tena ojeó unos folios que llevaba archivados dentro de una carpeta corporativa. Se trataba de un informe de cinco páginas del que se había servido el juez para resumir los puntos importantes de la rueda de prensa. El joven policía avanzaba las páginas a gran velocidad por una razón muy simple: las había redactado él personalmente aquella misma mañana, y se conocía cada palabra de memoria. En él, había

explicado en orden cronológico el fraude cometido por el doctor Rafael Salas y dado cuenta de las circunstancias que llevaron a su yerno, Alfonso Morales, a desplomarse y fallecer sobre la arena de la playa. También había descrito cómo la policía encontró el cuerpo de Carlos Rubial sobre las rocas, al pie del acantilado, así como el misterioso asesinato de su hermano perdido, el *británico* Miguel Lennard. Había dedicado más de una página completa a explicar por qué Alyssa Grifero se convirtió en sospechosa, procurando omitir todo lo que la prensa había escrito sobre ella y su «adicción al sexo y las drogas», hecho que no estaba ni mínimamente contrastado. Orgulloso por el buen trabajo, cerró la carpeta y volvió a fijar todo su interés en el estrado.

El juez Callejo explicó a los presentes que, aunque no estaba acostumbrado a realizar esa clase de comparecencias, había decidido convocarlos a raíz de los sensacionalistas titulares con los que habían abierto los periódicos e informativos esa mañana. El motivo principal de la rueda de prensa no era otro que enfriar los ánimos de los periodistas y desmentir ciertas informaciones tratadas como irrefutables, a propósito de las cuales ya había recibido numerosas llamadas.

—Con lo que sabemos en este momento, me atrevo a afirmar que la joven Alyssa Grifero, quien, como ustedes ya saben, vivía bajo la protección de Carlos Rubial, está en búsqueda y captura por tratarse de una de las principales sospechosas del caso Lennard. Sin embargo, basándome en la información que obra en mi poder, no puedo afirmar con rotundidad nada más allá de la simple sospecha.

—¿Tiene la joven alguna relación con la muerte de Carlos Rubial? —gritó un reportero de Televisión Española.

—Vivía con él, pero no es sospechosa de esa muerte. Podemos asegurar que Rubial se quitó la vida sin la ayuda de nadie.

—¿Tiene algún vínculo con Miguel Lennard?

—No lo sabemos. Lennard era el hermano gemelo de Rubial, pero no tenemos pruebas de que Grifero y él se conocieran, pues ni siquiera los hermanos tenían relación desde que eran unos niños. En aquella época Alyssa Grifero ni siquiera había nacido, y por lo tanto, es improbable que coincidieran alguna vez.

—En ese caso, ¿cuáles son los motivos por los que es culpable?

—Sospechosa, repito, no culpable.

—¿Cuál es el motivo por el cual es sospechosa?

—La joven viajó a Oxford el mismo día del asesinato, y sabemos que ha regresado a España esta misma mañana. Por otro lado, si bien todavía no conocemos los detalles de su relación con Rubial, puede que quisiera vengarse del hermano de su compañero sentimental por razones que desconocemos, o quizá simplemente fue a visitarle por algún motivo y terminaron discutiendo. Estamos investigándolo.

—¿Se sabe algo de su pasado y su afición a la mala vida?

—Defina *mala vida*.

—Me refiero a los rumores que hablan de su desordenada vida sexual y su afición por las drogas y otras sustancias.

—Esos rumores son del todo infundados, y por favor, os pediría que os ciñerais a la verdad. La investigación será más sencilla sin detalles del mundo rosa.

—Denos algo más de información sobre los hermanos Rubial.

—Hay poca información interesante, pero si tenemos en cuenta la inesperada desaparición de su padre, el alcalde Rubial, hace ya algunas décadas, podemos deducir que se trata de una familia trágicamente resquebrajada.

Marcos Tena parecía pensativo. Advirtió que su jefe, Julián Barreneche, lo miraba desde el estrado con actitud contrariada. Se rascó la cabeza y esperó a que finalizara la comparecencia.

No habían pasado ni cinco minutos desde que concluyera la rueda de prensa de Callejo, cuando Barreneche le hizo un gesto a Marcos Tena desde la distancia, instándole a hablar en privado en su despacho personal.

—Siéntate —le ordenó imperturbable desde su silla, en su lado de la mesa.

Tena obedeció sin decir palabra.

—He estado interesándome por ti. Tengo entendido que estás con contrato en prácticas.

—Sí. Llevo un mes aquí, y me quedan cinco más.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—¿Quién te pidió que redactaras el informe para la rueda de prensa?

—El juez Callejo. Esta mañana me pidió que le resumiera un poco toda la situación de los últimos días. No me llevó más de un par de horas.

—¿Te llamó él a ti o acudiste tú a él?

—Él me llamó.

—¿Por qué crees que lo hizo?

Tena dudó. Llevaba muy poco tiempo ejerciendo como profesional para saber si aquel interrogatorio por parte de su oficial era normal o, por el contrario, se encontraba en una encrucijada. En cualquier caso, empezaba a sentirse incómodo en ese cubículo.

—Supongo que quería poner a prueba al becario —respondió, intentando parecer desahogado con una media sonrisa.

—Y sabe que tienes veinticinco años, que te mueres por entrar en la comisaría, y que te puede utilizar a su antojo para su causa.

—¿Su causa? Pensé que todos remábamos en la misma dirección.

—Callejo es un jodido blandengue. Todavía cree en ese rollo de la presunción de inocencia, y es por eso por lo que no quiere dar un paso en falso y condenar a Grifero sin estar completamente seguro.

—Entiendo. Pero yo...

—Tú eres igual de blando que él, cosa normal, por otra parte, al ser todavía un renacuajo. Pero si tuvieras los huevos pelados como yo, estarías de mi lado.

—Estoy de su lado.

—Hoy no lo has demostrado.

—¿Disculpe? —A Marcos Tena se le tensaron los músculos del cuello.

—Creía haberte dejado bien clarito que este no era asunto de Callejo, y que no le íbamos a contar ni un solo detalle hasta que

tuviéramos a Grifero esposada y camino del calabozo. Y vas tú y le redactas todo un informe, ¡de cinco páginas!

—Lo siento.

El joven entendió que se hallaba en medio de una conversación que podía afectar negativamente a su futuro.

—Me caes bien, Marcos, y te considero un excelente policía con mucho potencial. Eres aplicado y tienes buen ojo para las investigaciones, así que olvidaré lo que ha ocurrido hoy. Pero iré al grano y te lo resumiré en una sola frase: como vuelvas a desobedecer mis órdenes y actúes por tu cuenta, puedes ir olvidándote de tus prácticas. No entrarás jamás en esta comisaría.

—Entendido, jefe.

—He decidido echarme a un lado a partir de ahora.

—Vale.

—Te cedo el caso por completo. Quiero que lo lleves tú y que me traigas a Grifero. Sin investigaciones. Captúrala y punto. Hazlo bien, y tendrás muchas papeletas para superar tus prácticas.

—De acuerdo, gracias.

—Pero no hablarás con el juez sobre nada de lo que haces.

—No hay problema.

—Bueno, siempre que quieras que prolonguemos tu contrato.

—Por supuesto que sí.

—Tendrás la oportunidad de demostrar lo que vales, un policía de verdad, y no un lameculos. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo. —Tena, que llevaba un rato esforzándose por no perder la compostura, tuvo que lanzar una última pregunta—: ¿Qué hacemos con Sara Mora? Está en Oxford.

—Ya sé que está en Oxford —contestó el comisario demostrando pereza—. Yo mismo informé a la Interpol, así que ahora esa jovencita está en manos de los *Bobbies*. ¿Le parece bien al poli de guardería? —Remarcó la última frase para que pareciera ridícula.

—¡Muy bien! —respondió Marcos, muy firme.

—Pues ya está. Asunto aclarado.

Tras un gélido apretón de manos, Julián Barreneche le hizo una seña para que abandonara el cubículo.

Unas dos horas después de la visita a la sala de autopsias, tras revisar ciertos informes sobre la vida de Miguel Lennard y atender algunas llamadas, Alfred Horner y Thomas Carroll se encontraban apoyados sobre la barra del Eagle and Child y concentrados en su almuerzo, dos muffins de frambuesa y sendos *expresos*, tal y como hicieran J.R.R.Tolkien y C.S.Lewis medio siglo atrás. Se zamparon los bollos en silencio.

—Escucha Fred, no paro de darle vueltas al tema —dijo el rubio, lamiéndose los dedos después de dar cuenta del último pedazo de muffin—: supón que el asesino no mató a Lennard del disparo en la cabeza. Es decir, el corte en el cuello era bastante profundo. Supón que acabó con su vida estrangulándole con una cuerda, un cable, o similar, y después, una vez muerto, le asestó el tiro en la cara. A fin de cuentas, Kurt aseguró que debió de tratarse de un disparo casi a bocajarro, y, por otro lado, hay que tener mucha puntería para acertar en plena cara con el objetivo en movimiento. Si ya estuviese muerto, sin embargo, sería otro cantar.

—¿Pero qué dices? —Horner reaccionó como si le estuvieran intentando convencer que la Tierra es plana—. ¿Te refieres a que pudo dispararle una vez lo tenía en el suelo, sin vida? ¿Qué sentido tiene eso?

—Quizá lo hizo a propósito con el fin de confundirnos. Quizá todo forme parte de un montaje para volvernos locos, Dios sabe con qué motivo.

—Mira, supongamos que tu hipótesis tuviera algún sentido. —Horner enseguida sonrió sin ganas para suavizar la arrogancia de su comentario—. Habríamos encontrado la bala abollada entre el suelo del lavabo y la cabeza de Lennard. Además, en ese caso, los azulejos de la pared no estarían salpicados de sangre. Amigo mío, utiliza el cerebro.

—Mierda, tienes razón, estoy diciendo gilipolleces. —Carroll negó con la cabeza repetidas veces, avergonzado—. La bala es la clave de todo. Deberíamos rastrear el callejón que da a la ventana del cuarto de baño. Lo más probable es que se colara por allí tras el disparo.

Horner no dijo nada durante unos momentos, pero Carroll casi podía oír el engranaje de su mente evaluando y analizando el escenario en busca de puntos débiles.

—No hace falta, no está allí —dijo.

—¿Cómo coño puedes saber eso, Fred?

—La bala salió por la nuca de Lennard e impactó contra uno de los azulejos que había junto al espejo. Después cayó al suelo, dentro del habitáculo.

—Espera un momento. Pensaba que habías dicho que no había rastros de la bala.

—No los había. No tenía por qué haberlos. El asesino, conocedor de la importancia de la bala como prueba del delito, la recogió del suelo una vez realizado el trabajo y se la llevó consigo, pero eso hubiera sido imposible si la bala se encontrara entre los sesos de la víctima y el frío suelo ensangrentado. Imposible sin hurgar en el cadáver, quiero decir.

Carroll se preguntó cómo había podido ser tan torpe de no percatarse del boquete en los azulejos de la pared, y sintió cómo, una vez más, se quedaba rezagado respecto a su brillante compañero.

—¿Y el mensaje marcado en el pecho? —saltó de una prueba a otra con el fin de atar algún cabo y colgarse, aunque fuera, una medalla.

—Lo hace después de rescatar la bala. Sabe que tiene poco tiempo antes de que lleguen los primeros vecinos curiosos, pero no le llevará más de veinte segundos, al fin y al cabo se tratan de unos pocos arañazos sobre carne muerta. Sin duda formaba parte de un montaje premeditado. No solamente quería venganza contra Lennard, sino también dejarnos un mensaje, decirnos algo.

—Ya, pero lo que quiero decir es, ¿qué significa el jodido mensaje?

—¿Acaso no está claro?

—Pues no, la verdad. ¿Tengo que adivinar algo por el hecho de que sea un acertijo simétrico?

—No se trata de un acertijo, sino de un refrán español, y la simetría, si es que no se me escapa nada, es mera coincidencia.

Carroll miró atónito a su compañero y esperó a que continuara con su exhibición.

—*Ojo por ojo... diente por diente* —pronunció en un perfecto español de la península—, o lo que es lo mismo: venganza. Te lo he dicho hace un momento.

Se quedaron apoyados en la barra en silencio y mirando al infinito, uno al lado del otro, durante varios minutos. La mente de Carroll estaba más fija en el poderoso don que tenía Alfred para recolectar pistas y recomponer escenarios, que en el propio asesinato. Para él, Fred era como la típica nota desafinada que, sin embargo, gusta escuchar. Cuando estuvo seguro de que jamás alcanzaría la capacidad de su compañero para resolver casos, soltó una obviedad:

—El mensaje deja claro el móvil del asesino.

—No solamente eso. Deja claras dos cosas: el móvil del asesino era la venganza, y además quería que lo supiéramos.

—Pero, ¿con qué motivo?

—Eso es lo que desconocemos.

Carroll se encogió de hombros y, como si fuera un personaje de fantasía creado antaño por Tolkien en esa misma barra de madera, preguntó a Gandalf por su opinión.

—Pues, recopilando —dijo Horner, y desplegó una servilleta de papel sobre la barra—: tenemos la siguiente información. ¿Tienes un bolígrafo? —Se palpó la chaqueta por fuera y notó algo que no esperaba en el bolsillo interior—. ¡Espera! Yo tengo una pluma.

—No sabía que utilizaras pluma.

—Yo tampoco, la verdad —respondió Alfred, y enseguida se volcó en su hipótesis, que era lo único que le importaba en ese momento—. Veamos: sabemos que el homicida es español, o al menos domina el idioma lo suficientemente bien como para expresarse mediante refranes.

Escribió «hispano» en la servilleta.

—Además, el tipo parecía tenerlo todo controlado. Lo demuestra el tema de la bala, la rapidez para esfumarse a tiempo, y, por supuesto, la exquisita puntería con un arma de fuego.

Anotó «experto asesino».

—No te olvides del móvil, Fred, es importante —aportó el mayor de los dos agentes.

Horner añadió «venganza» a la lista de pistas. Sin plantear nada más en alto, como si sus dedos trabajaran más rápidos que su lengua, alargó la lista con dos hipótesis más, ambas entre signos de interrogación:

✓ *¿llamar la atención de la policía?*

✓ *¿simetría?*

Horner tenía una forma de trabajar en equipo que hacía sentir a Carroll muy inferior.

—¿Conclusiones? —planteó Snowflake, esforzándose por parecer necesario.

Alfred trazó una línea vertical que dividía la servilleta en dos, y de un modo enigmático que embelesó a su compañero, dedujo:

—De momento tenemos un firme candidato. —Y mientras hablaba, escribió «SARA MORA», en letras grandes, sobre la división izquierda del papel. Después, dado que el semblante de Thomas le decía que se estaba precipitando, pasó a argumentar—: es española, me mintió en el interrogatorio, y no tenía motivos para estar allí. Para colmo, esta mañana la Interpol nos ha informado de que el hermano gemelo de Lennard estuvo a punto de violarla hace unas semanas, antes de suicidarse. —Carroll suspiró agobiado al escuchar la sucesión de argumentos—. Además, no olvides que llevaba restos de sangre en la mano.

—Vale, pero debemos sopesar otras opciones. Recuerda que la Interpol asegura que los españoles tienen pruebas más que suficientes para inculpar a una chica, cuyo nombre ahora mismo no recuerdo, del asesinato de Lennard. —Pasó la lengua por las migas que se le habían quedado en la comisura de los labios, y continuó cavilando en voz alta—: Al parecer, la chica tenía una historia con el hermano gemelo, y además han descubierto que viajó de Madrid a Oxford ayer mismo, es decir, el día del crimen. Por Dios, este caso es de locos —dijo, mientras se masajaba sus cansados ojos con las yemas de los dedos.

—Precisamente por eso he dividido la servilleta en dos partes iguales. —Horner dijo esto como si acabara de realizar el movimiento final de un truco de magia, y acto seguido escribió «VIAJERA SOSPECHOSA» en la mitad derecha del papel.

—Joder, tío, eres acojonante. —Carroll no tuvo más remedio que rendirse ante la demostración de su colega—. A veces es como si fueses un paso por delante que el resto de los mortales. En fin, ¡ves cosas que nadie ve!

Horner se tomó el cumplido como algo que le convenía ignorar, de modo que tan solo mostró una media sonrisa y se levantó del taburete.

—Sin embargo... espera un momento. Hay una cosa que no me cuadra del todo. —El rubio se llevó la mano al mentón y se preparó para dar una nueva vuelta de tuerca al asunto—: ni esa joven de la que sospechan en España, ni por supuesto la Sara Mora con la que hablamos ayer, responden al perfil de *psicópata calculador*. ¡Si son prácticamente dos niñas!

—Ahí tienes toda la razón, Thomas, pero no podemos dejarnos engañar por las apariencias. En fin, cualquier ser humano es capaz de hacer algo terrible en un momento dado. Sé de lo que hablo.

Horner se quedó ensimismado por unas fracciones de segundo, hasta que por fin espabiló:

—Venga, tenemos mucho trabajo por delante todavía. Urge investigar sobre los antecedentes de estas dos chicas. También sobre el propio Lennard. Está claro que algo hizo en el pasado para enfadar a alguien hasta tal punto de querer pegarle un tiro y marcarle el cuerpo. Sin embargo, antes quiero volver al escenario del crimen.

—¿A la casa de Lennard en Cowley Road?

—Sí, ¿te apuntas?

Thomas Carroll asintió sin dudarlo.

Jaime Vergara no recordaba la última vez que había estado tan nervioso, y más aún siendo una mujer el motivo de su desconcierto. Desde que Sarita le enviara aquel mensaje de texto al teléfono

móvil, le había resultado imposible concentrarse en ninguna otra cosa. Se había limitado a dar vueltas por el salón, con el teléfono en la mano y leyendo el mensaje cada pocos segundos, como si se tratara de un tic nervioso que no podía controlar. Pensaba en lo surrealista que era el hecho de que el inminente encuentro con una mujer con la que casi había perdido toda relación, trasladara el desafortunado caso Shapiro a un segundo plano.

Y sin embargo, no podía pensar en otra cosa. ¿Qué pasaría cuando Sara llamara a la puerta y se encontraran, frente a frente, en el rellano? La invitaría a entrar al piso, por supuesto, y después, ¿qué? ¿En qué derivaría el encuentro? «¡Céntrate Jaime, joder! Sarita viene a contarte algo importante, no te comportes como un adolescente.» Incapaz de concentrarse en nada concreto, se acercó a la ventana del salón y se puso a contemplar el trasiego de gente que iba y venía por la calle Orense. Esa era una de las cosas que más le gustaban de su piso de soltero: Orense estaba llena de vida prácticamente las veinticuatro horas del día, y cuando se sentaba junto a la ventana nunca se sentía solo del todo.

De pronto el teléfono móvil sonó entre sus manos, y el corazón le dio un vuelco. Se trataba de un número largo que no estaba guardado en la agenda (eso descartaba a Sara). Pulsó el botón verde y se llevó el aparato a la oreja.

—Dígame.

—¿Hablo con el doctor Jaime Vergara, del hospital de La Paz?

—Mire, si llama de la prensa para hacerme preguntas incómodas, no estoy disponible, ¿queda claro?

—¿La prensa? No, no, nada de eso. Me llamo Luis María Encinas, y soy el psiquiatra de la clínica de Ámbar.

Algo se removió dentro de Jaime cuando escuchó la palabra *Ámbar*.

—¿La clínica de Ámbar? Le... le escucho.

—Tengo un mensaje para usted de parte de la doctora Sara Mora. ¿Le dice algo ese nombre?

«¿Qué está pasando aquí?»

—Sí, por supuesto. Es amiga mía. ¿Ocurre algo? —Alguien llamó en ese preciso instante a través del timbre del portal. «Ya está

aquí, ¡por fin!», gritó el alma de Jaime con entusiasmo—. Un segundo, por favor —dijo al teléfono—, tengo que ir a abrir la puerta.

El joven doctor, con el móvil todavía pegado a su oreja, se acercó al telefonillo que colgaba de una de las paredes del recibidor y pulsó el botón de abrir sin preguntar quién llamaba. Después retomó la conversación telefónica.

—Mire, tengo que dejarle, recibo una visita.

—Antes deje que le dé el mensaje, repito que es muy importante para Sara.

—Está bien, le escucho —aceptó Jaime con un resoplido, pensando que cualquier cosa que fuera lo que Sara tuviera que decirle, podría decírselo en persona en menos de un minuto.

—Según la doctora Mora, debe conectarse a su cuenta de Skype esta tarde a las 18 horas, hora española. Ella lo estará esperando.

—¿Qué me conecte a Skype para hablar con Sara? —«Esto debe de tratarse de un malentendido», pensó Jaime con lógica. El timbre de la puerta tintineó—. Mensaje recibido, señor. Ahora debo dejarle, acaba de llegar mi visita. Muchas gracias por la información. Adiós.

No dio tiempo a que el psiquiatra se despidiera. El joven neurocirujano colgó el teléfono mientras abría la puerta sin siquiera mirar por la mirilla para comprobar quién era (algo que, como iba a constatar, quizá debería haber hecho).

—¡Hola Sar...!

Lo que Jaime vio al otro lado de la puerta hizo que se le formara tal nudo en la garganta que le impidió terminar el saludo. Había reconocido perfectamente a la joven que el día anterior asesinó a un hombre a sangre fría en Inglaterra y que hoy era la imagen de cabecera de todos los informativos del país. Ahora estaba de pie frente a él con sonrisa circunstancial.

Capítulo 10

—Doctor Salas, hace algún rato que quiero preguntarle una cosa.

—Dispare, Morgan.

—¿Se arrepiente de su pasado?

—¿Cómo dice?

—Me explico: parece usted un hombre sabio, equilibrado y en paz consigo mismo. ¿Actuaría diferente de saber entonces lo que sabe ahora?

—¡Bingo! Ha dado en el clavo con ese tema. Verá, nunca somos felices cuando se supone que tenemos que serlo. Tendemos a pensar que nuestra vida será mejor cuando acabemos el curso, cuando llegue el verano, cuando aprobemos un examen que se nos ha enquistado, cuando encontremos una novia guapa, o un buen trabajo; cuando nos casemos, cuando nos compremos un coche (y en ese punto, ya ansiaremos un coche mejor), cuando dejemos de fumar, cuando tengamos hijos, cuando tengamos más dinero, cuando paguemos la hipoteca, cuando nos toque la lotería, cuando nos divorciemos, cuando consigamos un ascenso, cuando tengamos nietos, cuando nos jubilemos...

—Vale, vale, ya entiendo.

—En mi caso, me acostumbé a malgastar mis pequeños grandes logros generando la ilusión de que lo mejor estaba por llegar. Y mientras tanto, me quejaba. Regalaba más tiempo a la gente que está de paso que a la que se moría por mí. Las facturas e informes amontonados encima de la mesa acabaron enterrando cartas de amor, felicitaciones y dibujos, pero después no me explicaba por qué diablos me quedé solo. Y esta es la enseñanza número... sí, creo que es la número cinco.

Viernes 10 de noviembre de 2006

Jaime Vergara se encontró cara a cara con Alyssa Grifero y las rodillas comenzaron a flaquearle. En un acto reflejo, dio un paso hacia atrás.

Buen día, caballero —saludó la visitante, de un extraño buen humor—. Sé que esperabas a otra persona. Aun así, ¿puedo entrar?

Sin esperar la respuesta, Alyssa cruzó el umbral y cerró la puerta empujándola con el tacón de su bota. Observó con curiosidad una lámina enmarcada que ocupaba casi toda la pared del recibidor. En ella se superponían lemas positivistas del tipo «*to be inspired is great; to inspire is incredible*» (estar inspirado es genial; inspirar es increíble). Después echó un rápido vistazo a la cama aún sin hacer del pequeño dormitorio mientras el universo de Jaime se ponía patas arriba: «¿qué coño?, ¿qué hace ésta aquí?, ¿qué ha hecho con Sara?»

—¿Hay alguien más en el piso? —siguió hablando ella mientras entraba en la cocina *como Pedro por su casa*.

Vergara permaneció petrificado hasta que vio a Alyssa meterse en el cuarto de baño y mirar tras la mampara de la ducha. Se acercó a ella sin pensar.

—¿Qué estás haciendo? —gritó, e inmediatamente se dio cuenta de su elevado tono y bajó la voz.

Alyssa, que estaba comprobando que Jaime se encontraba en efecto solo, se detuvo, giró la cabeza, y enfrentó sus miradas.

—Tenemos que hablar —contestó con voz seca.

Sara notó que un fugaz escalofrío le subía por la espalda cuando se detuvo a una manzana de distancia del adosado de ladrillo que ocupaba el número 219 de Cowley Road. El aspecto de

la calle resultaba tranquilo, casi familiar. Los coches patrulla habían desaparecido, no había ni rastro de los vecinos y ningún hombre yacía en el suelo de su piso con la cabeza reventada. Tampoco quedaba ni huella del ejército periodístico, con el que sin duda temía encontrarse; al parecer a esas horas no les quedaba ya carroña por rebañar. A pesar de que las nubes grises estaban cediendo su espacio a irregulares claros de sol, la temperatura rondaba los 13 grados, lo cual, añadido a la típica humedad británica, provocaba en Sara una incómoda sensación de destemplanza.

Miró su reloj de muñeca por quinta vez desde que, menos de una hora antes, finalizara la conversación telefónica con su psiquiatra. Marcaba las dos y cuarenta de la tarde, lo que significaba que aún tenía más de dos horas para encontrar un cibercafé y acudir puntual a su cita virtual con Jaime. En ese tiempo también tenía planeado meterse en la primera farmacia que encontrara para comprar las pastillas que le había recetado Luis María Encinas.

Pero todo eso, las pastillas y el locutorio, serían después de que se metiera de nuevo en la boca del lobo.

Los dientes le chirriaron, no solo por el frío, sino por el estrés que le provocaba contemplar el escenario de su última pesadilla. Desde su posición, a unos pasos de la licorería, pudo constatar que una cinta de plástico amarillo precintaba la vivienda en todo su perímetro hasta desaparecer por el callejón que separaba la tienda de licores del propio chalé. El edificio se le antojó a Sara como una siniestra fortaleza, y en su mente incluso los ladrillos, antes rojizos, parecían haber oscurecido.

Reunió valor, susurró varias veces *solo es una casa*, y tomó aliento para dar el primer paso. No llegó a dar el segundo, sin embargo, pues detectó algo con el rabillo del ojo que la impulsó a esconderse tras la esquina de la licorería *como un delincuente*.

Un coche patrulla se acercaba a moderada velocidad y con las luces de emergencia apagadas desde el otro extremo de la carretera. Aminoró la marcha y estacionó frente a la vivienda. Sara sintió cómo la sangre le subía de golpe a la cabeza cuando vio a dos hombres bajarse del vehículo.

«¡Mierda, son ellos!», lamentó en su interior, al mismo tiempo que se ocultaba tras la fachada lateral del local. El corazón se le

estaba acelerando.

A Sara le bastó un fugaz vistazo para identificar a los dos policías de la otra noche: el rubio platino y el guaperas arrogante. «Bien, no me han descubierto.» Arriesgó con otro furtivo giro de cuello y consiguió ver a ambos agacharse para pasar bajo el precinto. Estaban a punto de entrar en la vivienda de Mike Lennard.

Se habían adelantado por segundos.

Vergara cerró los ojos con fuerza deseando que se tratara de una horrible pesadilla. Se encontraba en un estado de parálisis racional. La situación se le antojaba surrealista, casi paradójica, y su mente se negaba a funcionar. Jamás había estado cara a cara con una fugitiva. «¿Cómo es posible que sepa dónde vivo?», era lo único que acertaba a pensar. Entonces ella dijo algo que Jaime, de primeras, no entendió.

—Cachéame —le repitió.

Después Alyssa se plantó delante de él y levantó las manos con las palmas abiertas.

—¿Co... cómo dices?

—Por tu cara, deduzco que me has reconocido de las noticias. Es evidente que estás en pleno ataque de pánico. Sin embargo, necesito hablar contigo, y no puedo hacerlo si me tienes miedo. Venga, cachéame. No voy armada y soy inofensiva.

Se acercó un paso más, y Jaime retrocedió unos centímetros cuando notó el roce de la camiseta de ella contra su brazo. Se dio cuenta de que no le convenía discutir con una desconocida peligrosa y, por otra parte, no estaría de más asegurarse de que no llevaba armas encima, de modo que, sumiso, obedeció.

Procurando no mirarle fijamente a los ojos, se situó frente a ella. Nunca había cacheado a nadie, así que hizo memoria y visualizó en su mente alguna escena de su película policiaca preferida: *Arma Letal*. Empezó por arriba, agarrando las muñecas de Alyssa y descendiendo poco a poco por los brazos. Superó la zona pectoral con mucho cuidado de no rozar sus senos, movimiento que provocó una tonta y espontánea sonrisa en la joven. Él, no obstante,

mantenía la vista fija en la pared. Al llegar a la cintura, Jaime experimentó una contradictoria sensación: por primera vez fue consciente de que albergaba en su vestíbulo a una asesina despiadada, desarmada y totalmente a su merced, y le pareció de lo más morboso. Se sorprendió al tomarse unos segundos para palpar la zona de la cintura y examinar el cuerpo de Alyssa en su conjunto. En esa postura, con los brazos en alto, la camiseta se le ceñía a la piel moldeando su estrecha figura, en especial en la zona de los pechos. Se excitó. Inconscientemente bajó su mirada hacia los ojos de ella y, todavía con las manos sobre su cintura, dejó que sus pupilas africanas le absorbieran.

Carraspeó, y el tiempo volvió a correr.

—Comprobado. Estás limpia —tosió mientras daba un paso hacia atrás.

—Te has dejado las piernas.

Jaime se quedó mirándola como un bobo mientras meditaba una respuesta coherente, aunque la realidad era que no había nada de coherente en la situación en sí.

—Tía, ¿de qué vas? —Su espíritu de supervivencia había despertado de pronto. Una vez asegurado de que estaba desarmada, el miedo de Jaime dio paso al enfado—. ¿Sabes que puedo llamar a la policía ahora mismo y que te enchironen?

—No va a ser necesario —contestó ella al punto.

Mientras hablaban, él recorría con la mirada los rincones de su piso en busca de algún objeto que pudiera utilizar como arma si las cosas se ponían peligrosas.

—No vengo con malas intenciones, lo juro. Si quieres que me vaya, no tienes más que decírmelo. Pero te aseguro que tú me necesitas tanto como yo a ti.

—¿Pero qué dices? —Ahora fue Jaime quien dio un paso hacia ella hasta arrinconarla contra la esquina del recibidor. Se dio cuenta de que era mucho más baja que él—. ¿Qué has hecho con Sara? Has dicho que voy a necesitar tu ayuda, ¿cómo puede ser eso si ni siquiera te conozco? Estás loca.

Se llevó el dedo índice a la sien y empezó a darse golpecitos como si fuera un lunático.

—No te preocupes por Sara por ahora —dijo ella, ignorando el gesto de Jaime—. Mira, sé que no estás en tu mejor momento profesional, no es ningún secreto. Tienes problemas con la justicia y yo puedo ayudarte. Pero antes debemos hablar.

Se hizo el silencio.

Jaime estaba más que sorprendido. Tras un segundo de reflexión, decidió que aquella joven asesina le estaba diciendo la verdad, de modo que asintió con la cabeza. Balbuceando, le ofreció tomar una taza de café en la cafetería de abajo, «donde haya testigos».

—No, ni de coña. No puedo salir de casa, y menos meterme en un sitio público, tío. ¿Acaso no te has enterado? En estos momentos me busca media España. Tendrá que ser aquí.

Nada convencido, Jaime hizo un gesto con la mano invitándola a acomodarse en el sofá del salón. Después entró en la cocina, llenó la *Nespresso* de agua, y calentó dos cafés. Al cabo de unos segundos, ofreció una de las tazas a Alyssa y se sentó en el butacón, frente a ella, con actitud expectante.

«Está bien, lancémonos a la aventura y veamos a dónde nos lleva todo este disparate.»

Mientras Grifero se servía el azúcar y removía el café con la cucharilla, Jaime la examinó con detenimiento. Vestía como una mujer adulta y su cuerpo estaba totalmente desarrollado. Llevaba los labios pintados de un rojo intenso. Y a pesar de todo ello, era todavía una niña. No daba la impresión de ser capaz de matar a un hombre hecho y derecho, y mucho menos de apretar el gatillo de una pistola. No era, en definitiva, el prototipo de un asesino en serie. Sus ojos, sin embargo, eran los de un adulto: tranquilos e inexpresivos.

—¿Me tienes miedo? —dijo ella de pronto, rompiendo el hielo con solo tres palabras.

—No —contestó Vergara.

—Bien, porque no he venido a matarte, ni a hacerte daño, ni nada por el estilo. Al contrario, necesitamos ser amigos.

Se produjo un nuevo silencio.

—Perfecto, te doy un cuarto de hora para convencerme. Después de ese tiempo llamaré a la policía —soltó él, contundente.

—¿Un cuarto de hora? Te advierto que mi historia es compleja.

—Pues abrevia y simplifica, pareces una chica avispada. Catorce minutos.

Ella levantó las manos, haciendo ver que había captado la idea.

—Ahora empieza: ¿por qué estás aquí? —apremió él.

Grifero cambió su rostro y se puso serio. Su mirada reflejaba cansancio y tristeza. Toda la seguridad que había percibido Jaime en ella cuando entró al piso se había esfumado, y entendió que los preliminares habían terminado. No fue capaz de empezar a adivinar siquiera lo que iba a suceder a continuación, pero sintió que una nube gris inundaba el ambiente.

El agente Thomas Carroll contemplaba con admiración los azulejos agrietados de la pared del cuarto de baño de Mike Lennard, y se abroncó por haber sido tan torpe de no haberlos examinado la otra noche. Horner se mostraba imperturbable a su lado.

—Bueno, pues tenías razón: definitivamente hay todo un señor agujero de bala en la pared —reconoció Thomas con los brazos en jarra—. Eso descarta que el disparo se produjese con la víctima ya en el suelo.

La estancia se mostraba igual que como la habían dejado, a excepción del charco de sangre en el suelo, que había sido fregado (aunque todavía podían verse restos de coágulos en las juntas de las baldosas), y, como era natural, el fiambre, que a esas horas reposaba en la sala de autopsias del anatómico forense como ya habían comprobado. Por lo demás, se encontraban en el interior de un lavabo de hombre soltero normal y corriente, con su cepillo y pasta dentífrica, su solitario bote de champú y su desodorante de marca blanca.

Carroll lanzó un suspiro cansado, como si acabara de caer en la cuenta de lo complicada que iba a resultar la investigación.

—No veo ningún elemento afilado por aquí, así que las heridas en el pecho debió de hacerlas con un objeto que, o bien trajo consigo, o bien se llevó después —comentó mientras miraba a su alrededor.

—Apostaría a que fue con algo personal, una especie de abrecartas o algo por el estilo —apuntó Horner, y después se explicó—: Si hubiera utilizado un machete o un objeto muy afilado, las huellas serían más profundas y sangrientas, ¿no crees?

—En realidad pudo haber sido con cualquier cosa que se encontrara por la casa, como una navaja o una aguja.

—Lo dudo mucho. —Horner exponía su teoría con tal seguridad que aplastaba los argumentos de su compañero uno tras otro—. Es evidente que escribir ese mensaje en la piel de su víctima era la culminación de un plan muy meditado, de modo que lo normal es que la herramienta formara parte del ritual.

El rubio hizo una mueca. Esa palabra le producía escalofríos.
Ritual...

Cansado de quedar en evidencia, se acercó a la ventana y se asomó al inhóspito callejón. Constató que no había nada de interés y regresó a la estancia.

—Venga, inspeccionemos el resto de la casa —apremió Horner chocando las manos con entusiasmo—. Nos separaremos para ir más rápido, si te parece bien.

Snowflake asintió.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó.

—Cualquier cosa que nos dé algo de información extra sobre Lennard. Papeles, artículos, fotos, cintas de video... Alguien lo mató por venganza y tenemos que averiguar el motivo. Tú revisarás el bajo y yo el piso de arriba. ¡Andando!

Ese día prefería trabajar solo. A decir verdad, y a pesar de lo mucho que le agradaba su compañero, desde que interrumpiera su día libre con aquella llamada de madrugada, había sentido a Carroll como un constante grano en el culo.

Subió las escaleras, localizó el dormitorio de Lennard y se encerró en él. Miró la estancia con ojos desafiantes, como mira el empollón de la clase a las preguntas en blanco al comienzo de un examen.

No sabía lo que buscaba en concreto, pero el instinto le decía que entre tantos cajones y armarios encontraría algo que le diera más información sobre quién era Mike Lennard en realidad. No esperaba darse de bruces con la pista definitiva que le entregara en bandeja el nombre del asesino y sus motivos para cometer el salvaje crimen; eso suponía una utopía. Pero era consciente de que tenía muchas papeletas para encontrar algún documento interesante.

Lo primero que hizo fue curiosear bajo la cama (siguiendo más el instinto que la lógica), pero lo único que encontró fue una fina capa de pelusa. Abrir los armarios más grandes le sirvió para constatar que Lennard vestía a la moda, quizá algo moderno para su gusto, pero se lo imaginó, en definitiva, como un hombre coqueto.

Horner se movía con rapidez de mueble en mueble, lo que provocó que, cuando cerró con brusquedad la puerta de una caja de música que hacía las veces de relojero, se golpeará el brazo derecho con el borde de madera. Un profundo dolor invadió su extremidad, pues era la misma que había sido curada y vendada la madrugada del accidente.

Lanzó un gruñido hueco, mudo.

Inspeccionó el antebrazo y comprobó que no había sangre en el vendaje, lo que significaba que las heridas no se habían abierto. El dolor menguó hasta casi desaparecer; no obstante, la sombra que se había cernido sobre su figura cuando descubrió que alguien había entrado en su casa lo envolvió de nuevo. Lo que más le desconcertaba era tener la suposición de haber forcejeado con alguien (a razón de los surcos que habían aparecido en su antebrazo), y sin embargo no acordarse de nada. Parecía evidente que alguien estaba jugando con él, torturándolo y añadiendo nuevas piezas al rompecabezas cada vez. Sopesó la idea de que su agresor estuviera directamente relacionado con el asesinato de Mike Lennard. Sintió desazón.

Fue cuando abrió el primer cajón de la mesilla que descubrió algo que hizo que sus oscuros pensamientos volaran de su cabeza. Se trataba de la clase de pista que estaba buscando. Y resultó del todo desconcertante. Bajo algunos papeles correspondientes a

contratos y facturas viejas —los cuales no le dieron más información aparte de que Lennard vivía de alquiler y que gastaba muy poco en agua y luz—, dio con una caja azul de plástico repleta de cartas escritas a mano, en castellano y con una caligrafía exquisita. Lo que a Horner le pareció más peculiar fue que las cartas no iban dirigidas a Lennard. Toda la correspondencia contenida en la carpeta estaba afectuosamente dedicada a la misma persona:

«*Diana.*»

Tomó la primera misiva y observó que en realidad correspondía a la última en ser recibida. Había sido entregada el lunes 16 de octubre, es decir, hacía menos de un mes. Era un hecho irrefutable que en esa fecha Mike Lennard estaba viviendo en esa casa, lo cual abría un abanico de numerosas posibilidades: ¿había recibido Lennard todas esas cartas por error?, ¿acaso vivía con una mujer llamada Diana?, ¿dónde estaba ella ahora?

Intrigado, dedicó algunos minutos a leer la carta, que ocupaba una cara y media de folio. Le bastó con unas pocas líneas para ser consciente de estar ante un importante descubrimiento dentro de la investigación. La persona que había escrito la carta le contaba a la tal Diana con total confianza una serie de desgracias que le habían ocurrido en los últimos días. Hablaba de un intento de violación en su propia casa, de la resolución de un caso sobre una paciente que tenía un tumor (en ese punto asumió Horner que la remitente era una doctora), y de que al final resultó ser el marido de ella quien terminó muriendo. Era evidente que las líneas estaban escritas a modo de terapia y dedicadas a alguien muy especial. Alzó las cejas cuando leyó el siguiente párrafo:

«*Diana, lo que estoy a punto de contarte es muy fuerte: Charly, el cabrón que intentó violarme, se suicidó el otro día. Lo han encontrado sobre las rocas, en el acantilado. Estoy en shock ahora mismo.*»

Sintió un estremecimiento al reconocer el nombre del suicida. ¡El hermano gemelo de Lennard! ¿Podían darse más casualidades en tan pocos días? Entonces se preguntó si todo lo que había ocurrido en España podría estar relacionado con el asesinato de Cowley Road, e inmediatamente se materializó en su cabeza la figura de su principal sospechosa. Continuó leyendo:

«He tomado la decisión de viajar a Oxford la próxima semana. Creo que es lo que me conviene ahora mismo. En realidad, necesito verte.»

Alzó las cejas todavía más. Todo el orden anímico de su cuerpo se alteró, sin embargo, cuando terminó de leer la despedida y firma:

«Con todo mi cariño, Sara.»

El folio doblado le temblaba en las manos. Sara. Sara Mora. S-A-R-A-M-O-R-A. Un torrente de preguntas sin aparente repuesta se le amontonaron en la cabeza. «¿Quién demonios es Diana? ¿Por qué le escribió Sara toda esa correspondencia y por qué motivo las envió a la dirección de Lennard, si en realidad no iban destinadas a él?, ¿o sí?» La imagen de Sara y Lennard despidiéndose la otra tarde bajo el Puente de los Suspiros volvió a proyectarse en su cabeza.

Horner torció el gesto.

Después, el cuestionario mental del agente saltó a la noche del crimen. Sara Mora estaba allí, y no era una casualidad, como bien había intuido desde un principio. Había cierta conexión que se le escapaba entre Mora, Mike Lennard y la enigmática Diana. Ahora el puzle contenía otra pieza que lo dotaba de más complejidad. Pero a su vez, había encontrado un punto más donde investigar. Tenía que encontrar a Diana fuera como fuera.

Una voz familiar sonó de fondo en forma de grito, interrumpiendo a Alfred en sus elucubraciones. Era Carroll, que le informaba de que no había encontrado nada de interés en el piso de abajo y lo instaba a continuar con la investigación. Todavía temblando por la emoción, Alfred dobló todas las cartas dos veces por la mitad y las guardó en el bolsillo interior de su americana. Después cerró el cajón, salió de la habitación y se reunió con su compañero. No le comentó nada de lo que había descubierto.

Alyssa Grifero dejó su taza de café *Ristretto* sobre la mesita del salón y se dispuso a entablar una de las conversaciones más difíciles y determinantes de su vida.

—Tengo un problema de los gordos entre manos —comentó—, y la verdad es que no sé por dónde empezar. Creo que lo mejor será intentar convencerte de que no soy una asesina.

—No, primero explícame cómo has encontrado este piso y de qué me conoces —la corrigió Jaime, que parecía dispuesto a no perder el tiempo.

Ella le dirigió una sonrisa nerviosa. Esperaba esa reacción por su parte.

—Tu amiga, esa tal Sara, está en Oxford.

—¿Oxford? ¿Qué demonios hace allí?

—Eso no lo sé, la verdad es que ni siquiera la conozco —explicó Alyssa, que intentaba componer en su cabeza una serie de frases que resultaran convincentes—. Pero, por algún motivo, tu amiguita estuvo en el mismo lugar y a la misma hora en que se produjo el asesinato de Mike Lennard. Ese al que todos los noticieros me asocian.

—Pero del que tú no tienes nada que ver, supongo.

Alyssa notó puro sarcasmo en las palabras de Jaime, posiblemente destinado a hacerla entrar en el máximo detalle de la historia.

—Por supuesto que no.

—Y entonces, ¿quién mató a ese hombre?

—No lo sé —mintió ella sin el menor titubeo.

Él resopló.

—Está bien, continúa. Sara estaba en el lugar del crimen. ¿Y luego qué?

—Varios policías la retuvieron. Uno de ellos la metió en su coche y la mantuvo allí un rato largo. Supongo que la interrogó.

—Vale, y mientras tanto, ¿tú dónde estabas?

—Yo lo vi todo desde detrás de un contenedor de basura que había en un callejón junto a la casa. Nadie sabía que yo estaba allí, ni siquiera tu amiga. —En ese punto de la narración, Alyssa ya hablaba casi para ella misma, como si le costara esfuerzo recordar la escena. Luego se dirigió a Jaime con una nueva determinación en la voz—. Después, cuando todos se fueron, salí de mi escondite, y al cruzar la carretera pateé sin querer un teléfono móvil que alguien había perdido. Lo recogí y lo encendí. Resultó ser propiedad de

Sara Mora, la chica que acababa de ser interrogada y que había estado recibiendo insistentes emails de un tal Jaime Vergara, o sea, de ti. Casualidades de la vida, ese Jaime había sido noticia por supuesto intento de homicidio. Igual que yo. Y se me había brindado la oportunidad de conocerle.

Por primera vez, Jaime parecía impresionado. Muy a su pesar tuvo que reconocer que la historia le empezaba a interesar.

Alyssa le dedicó su mirada más frágil mientras se inclinaba hacia él.

—Jaime, ambos estamos igual de jodidos. Por eso debemos ayudarnos.

—Así que te hiciste pasar por Sara para conseguir mi dirección y venir hasta aquí —la acusó el anfitrión en voz alta.

—Sé que no fue lo más honrado, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? No sabía a dónde ir, ¡me persiguen!

Jaime hizo una mueca que ella interpretó como una muestra de recelo. Le iba a costar lo suyo ganarse la confianza de aquel hombre.

—Bien, supongamos que dices la verdad y que no tienes nada que ver con el asesinato de Oxford. ¿Por qué te persigue la policía entonces? —quiso saber él, perspicaz.

Alyssa invirtió casi todo el tiempo del que disponía en contarle los escabrosos detalles de su relación con Charly Rubial hasta el momento de su suicidio. No omitió nada.

También le habló de su viaje relámpago a Inglaterra, la inesperada muerte del hasta entonces desconocido hermano de Charly, y las razones por las cuáles la policía había relacionado dicha muerte con su viaje.

—¿Para qué viajaste a Inglaterra? ¿Y qué hacías en plena noche junto al apartamento del hermano de ese Charly? —Como ella había previsto, Jaime había llegado por sí solo a las mismas cuestiones que la policía.

Alyssa miró su reloj.

—Mis quince minutos se terminan, pero no me queda mucho para concluir. ¿Me concedes un tiempo extra?

Jaime asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero responde: ¿cuál fue el motivo de tu viaje y qué buscabas en ese apartamento?

—Vas a tener que confiar en mí en esto. La respuesta a tu pregunta es algo que preferiría mantener en secreto, al menos por ahora.

Vergara pareció sumergirse en sus propios pensamientos. El silencio duró tanto que Alyssa empezó a rebullir con impaciencia en el sofá. Finalmente él agitó los brazos contrariado.

—Sigo sin entender. ¿Qué pretendes viniendo a mi casa y contándome todo esto?

—Estamos llegando al punto clave de la cuestión. Para empezar, lo que necesito es que me des refugio en tu casa hasta que pase la tempestad.

Capítulo 11

—No ha respondido a mi pregunta: ¿se arrepiente de su comportamiento en el pasado, o no?

—Nunca se haga esa pregunta, Morgan, hágame caso, porque todos nos arrepentimos de todo por naturaleza. Y además, nos gusta.

—¿Cómo que nos gusta?

—Lo diré de otra manera: el ser humano ha encontrado la manera de hacerse daño a sí mismo para después experimentar el placer de curarse. Ahí va la sexta. Piense en ello.

Viernes 10 de noviembre de 2006

Los quince minutos fijados por Jaime Vergara ya habían expirado, y sin embargo la joven seguía en su sofá y nadie había llamado a la policía. Jaime se sentía tan desconcertado que tuvo que pedirle a Alyssa que repitiera lo que acababa de decir para asegurarse de que lo había entendido correctamente. «¿Proporcionar refugio a una fugitiva? ¡Por el amor de Dios!»

Se había levantado del butacón y estaba de pie delante de la ventana masajeándose el cuello mientras contemplaba el tráfico. Recopilando: una completa desconocida a la que buscaban por todo el país había encontrado el móvil de Sara en Inglaterra, había volado de regreso a España burlando la seguridad fronteriza, y se había plantado en su casa haciéndose pasar por su amiga y

pidiendo ayuda. Aseguraba no haber matado a nadie, aunque confesaba haber sido la compañera sexual de un loco suicida. El escepticismo había acabado de apoderarse de él cuando, al plantearle a la chica preguntas concretas sobre sus intenciones en el país anglosajón, ella decidió mantener sus secretos para sí. No obstante, la historia no había llegado al final, y para entonces Jaime estaba demasiado intrigado como para no escuchar el desenlace.

—Y tú, ¿qué ofreces a cambio de mi hospitalidad? —preguntó a Grifero cuando volvió a cruzar la mirada con ella.

La joven sonrió amargamente.

—Sara corre un grave peligro —dijo con voz seca.

Jaime arqueó las cejas ante tan rotunda afirmación.

—Vuelve a sentarte en tu butaca, anda —le sugirió Alyssa—. Mientras tanto, permite que me fume un cigarrillo.

Sara Mora no apartó la mirada de la casa desde que los dos policías entraron en ella. Habían transcurrido más de quince incómodos minutos y los detectives seguían sin dar señales de vida. Era como si se les hubiera tragado la tierra. Durante ese tiempo sopesó muy seriamente la opción de darse la vuelta y marcharse por donde había venido, ahora que ellos estaban ocupados, y evitar así que la descubrieran husmeando. Al final la curiosidad pudo más que el miedo, de modo que se mantuvo en su posición tras la esquina del local, expectante.

En algún sitio sonaba una banda de música callejera. A tenor de la intensidad con la que llegaba la melodía a sus oídos, supuso que el grupo se acercaba. En efecto, un conjunto de flautas, violines, guitarras y trompetas no tardó en surgir desde una calle perpendicular a Cowley Road, a un par de manzanas de la licorería. Los músicos giraron hacia su dirección con la intención de subir por la avenida, de manera que les tuvo de frente. El grupo estaba formado por alrededor de una docena de hombres y mujeres. Sara rotó su cuerpo con disimulo de forma que les diera la espalda (había decidido que cuanto menos gente la viera rondando esa casa, mejor le iría), y advirtió cómo la banda pasaba de largo. Cuando se

aseguró de que les separaban la suficiente distancia como para que no pudieran identificarla, volvió a centrarse en la casa precintada. Sufrió un sobresalto al comprobar que, en ese preciso momento, se abría la puerta principal.

Tensó su cuerpo y se refugió de nuevo tras la esquina como un gato asustadizo. Menos de ocho metros, exactamente los que medía de ancho la tienda de licores, la separaban ahora de los dos policías. Si uno de los dos giraba un mínimo el cuello hacia la derecha, la vería. Aguantó la respiración y contó hasta diez en silencio.

«1, 2, 3..., *porfavorporfavorporfavor...*, 4, 5, 6..., bien, parece que no me han visto..., 7, 8, 9..., ¡y diez!»

Ladeó ligeramente la cabeza para observar con el ojo derecho la actividad de los dos detectives: se estaban alejando del portón y esperaban impacientes a que la banda musical terminara de pasar para que pudieran cruzar la calzada. Parecían preocupados. Se expuso Sara un poco más para enfocar su mirada hacia la fachada delantera de la casa y hacer un descubrimiento.

«¡Han dejado la puerta abierta!»

Advirtió cómo, tras intercambiar los agentes unas pocas palabras en un inglés del todo ininteligible para ella desde esa distancia (y más aún con la charanga sonando todavía de fondo), el más rubio de los dos señalaba hacia el frente. Delante de ellos había un local en el que, según el rótulo que lucía sobre la entrada en alegres colores y el cartel de *Take Away* de la ventana, servían comida turca para llevar. Entraron en él y ambas figuras desaparecieron tras la puerta.

Sara volvió a quedarse a solas junto a la licorería. La pequeña orquesta había rebasado el número 219 y sus melodías populares eran ahora como susurros entre el rugido de los coches. Observó con recelo el hueco de la puerta de la vivienda y le asaltó una poderosa tentación. Si saliera corriendo hacia la casa, calculó, no tardaría más de cinco segundos en alcanzarla. Entonces podría esconderse dentro y campar a sus anchas. Sin embargo, corría el riesgo de que en esos cinco segundos uno de los dos policías mirara hacia esa dirección a través del cristal del local, detectara a una joven loca corriendo calle arriba, se fijara más atentamente en

ella, y la reconociera como la sospechosa que encontraron junto al cadáver de la víctima la noche del crimen.

No arriesgó. Miró a su alrededor para constatar que no estaba llamando la atención de nadie, pegó su cuerpo a la pared, y mantuvo su visión fija en la entrada del restaurante turco. En ese momento su reloj de muñeca marcaba las tres y diez.

Alfred Horner seguía con las cartas de Sara en la cabeza cuando atravesó el hueco de la puerta principal y se reunió con su compañero en el umbral de la vivienda de Mike Lennard. Se recolocó el vendaje del brazo antes de situarse a su altura. Ambos se quedaron mirando hacia la carretera, pensativos.

—Pues parece que hemos perdido el tiempo volviendo aquí —dijo Thomas sin desviar la mirada del frente.

Horner no habló.

—¿Qué hacemos ahora, Fred? ¿Alguna idea?

—Tocan bien —comentó ensimismado.

—¿Cómo?

—La banda de música. Son buenos.

Vio que Carroll se volvía hacia él y lo contemplaba como quien mira a alguien que acaba de soltar una soberana estupidez. Lo que su compañero ignoraba era el torbellino de ideas que tenía dando vueltas en la cabeza y que le impedía pensar en otra cosa. «S-A-R-A-M-O-R-A...»

Se encogió de hombros para disimular su distracción.

—No sé, volvamos a comisaría y continuemos la investigación. Rebuscaremos en el pasado de Lennard, ¿te parece? —Horner propuso la primera cosa con sentido que se le ocurrió, pues lo que el cuerpo le pedía en realidad era intimidad para reflexionar.

—Espera un momento. —Carroll alzó la mano asumiendo esta vez el papel de líder—. Antes vamos a fisgonear un poco más.

Acompañó la propuesta señalando hacia la calzada, que en ese momento estaba ocupada por los integrantes de la mencionada agrupación musical. Horner siguió la línea imaginaria que dibujaba el dedo de Carroll y miró por encima de los músicos, que avanzaban

a ritmo lento, ajenos a la conversación de los detectives. Al otro lado de la calle se encontraba el Ahmets, un pequeño local de aspecto humilde que parecía ofrecer comida turca.

—¿Tienes antojo de kebab, Tom? —preguntó, irónico.

—No, joder, pero es el restaurante más cercano a la casa de Lennard. Si era mínimamente amigo de la comida turca, seguro que el dueño del local lo conocía, y en ese caso podría darnos alguna información sobre él.

Horner dedicó a su compañero una sonrisa de admiración.

—Fantástica idea.

—Gracias. Además, podría incluso ser testigo del crimen. No perdemos nada por entrar a preguntar.

—Bien, aunque creo que pecas de optimista. El asesinato se produjo rondando la medianoche, y a esas horas seguro que ya estaba cerrado.

—Qué dices, ¡estos kebabs no cierran nunca!

Carroll dedicó a su socio un cariñoso puñetazo en el hombro y se dispuso a cruzar la calle, ahora libre tras el paso de la procesión musical. Horner lo siguió sin sospechar que la mujer que acaparaba todos sus pensamientos les estaba observando a unos pocos pasos de distancia.

El Ahmets estaba atendido por un hombre de mediana edad de pelo rizado, tez tostada y parco en palabras. Se identificó como Mirsad, y no pareció intimidarse cuando Thomas Carroll le mostró la placa que lo acreditaba como policía. Al contrario, dedicó a la pareja de detectives una sonrisa llena de prepotencia.

—No le robaremos mucho tiempo, Mirsad. Tan solo serán unas pocas preguntas.

Carroll hizo una pausa por si el hombre quería decir algo. Después carraspeó y comenzó un breve interrogatorio en el que Horner se mantuvo en segundo plano.

—Bien, ¿conocía usted al hombre que vivía en la casa de enfrente, en el número 219?

—No sé quién vive en esta calle. Yo me dedico a mi negocio y después me voy. —Mirsad hablaba con un marcado acento árabe.

—Se llamaba Mike Lennard. ¿Le suena ese nombre?

Mirsad se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Era un hombre caucásico, de pelo oscuro y de clase media alta. —Carroll acompañó la descripción mostrando una fotografía de Lennard que habían impreso esa mañana en la comisaría—. ¿Nunca lo ha visto en este local?

El interrogado ojeó la imagen durante menos de un segundo.

—No me suena, pero por aquí vienen decenas de clientes cada día. No sabría decir. ¿Por qué? ¿Qué ha hecho este tipo?

—Este hombre fue asesinado anoche en su propia casa. Justo enfrente de su local.

A Mirsad le cambió la cara. Volvió a mirar el retrato, esta vez con interés.

—No lo he visto en mi vida, lo juro.

—¿No vio ni oyó nada que le llamara la atención ayer por la noche?

—Cerramos por la noche. De estar abiertos, me hubiera enterado.

Thomas se giró para mirar a su compañero y le dedicó un gesto que reconocía que antes estaba en lo cierto respecto a los horarios de los restaurantes turcos en Oxford. Luego continuó:

—¿A qué hora cerró ayer?

—A las doce de la noche.

—A esa hora ya se había producido el disparo, según los testigos y la opinión del forense. «Aunque los coches de policía, o sea, el jaleo, no llegamos hasta por lo menos las doce y cuarto», calculó.

—Pues no sé qué decirle. Aquí dentro solemos tener la tele encendida, puede que la tuviéramos a un volumen tan alto que no nos dejó oír lo que pasó en esa casa.

Carroll miró de reojo al otro lado de la barra y constató que, efectivamente, había una televisión.

—Está bien, no se preocupe. No tenemos más preguntas para usted. —Guardó el primer plano de Lennard en el bolsillo de su chaqueta y extrajo una tarjeta de visita—. Si recuerda cualquier cosa

de utilidad sobre este hombre o algún suceso extraño que tuviera lugar ayer en el barrio, llámeme a este número.

Mirsad aceptó la tarjeta y asintió. Cuando Carroll estaba cruzando la puerta, Horner abrió la boca por primera vez desde que entraron en el local:

—¿Esa cámara está en funcionamiento?

En el techo, junto al marco de la puerta, una vieja cámara de seguridad apuntaba hacia la salida desde dentro del restaurante. Horner la había descubierto y, atendiendo a la posición del objetivo, estaba seguro de que registraba todo lo que ocurría en una importante superficie del exterior del local.

—Sí, por supuesto que funciona —respondió el turco, casi ofendido por la pregunta.

—En ese caso vamos a necesitar una copia de la cinta de ayer, Mirsad.

Sara atravesó el hueco de la puerta principal de la casa inmediatamente después de que el coche de los detectives desapareciese en el horizonte, calle abajo. Aunque el vehículo ya se encontraba fuera del alcance de su visión, había abandonado su escondite de un salto (empezaba a estar harta de la maldita esquina de la tienda de licores) y esprintado hasta el umbral. Se adentró en el número 219 entre jadeos, provocados en iguales proporciones por la emoción y el esfuerzo.

Mantener la mirada hacia el frente (en este caso particular, hacia un armario trastero que tenía Lennard emplazado en el recibidor) se convirtió en el primer desafío de Sara dentro de la casa. La razón era simple: la primera puerta a la izquierda que se encontraba nada más pisar el vestíbulo era la del cuarto de baño. La última persona en abandonarlo (posiblemente uno de los agentes de policía hacía unos pocos minutos) había dejado la puerta abierta. Si la doctora hubiera girado su cuello hacia esa dirección, se habría dado de bruces con el escenario del suceso que todavía no le había permitido pegar ojo.

«Mejor no torturarse —se impuso—. Sigamos.»

La abordó una singular nostalgia cuando puso sus pies en la estancia más grande de la vivienda, que hacía las veces de sala de estar. Se mantuvo absorta observando en silencio cada rincón, y sintió cómo viajaba en el tiempo. Descubrió que ya había estado allí antes, hacía muchos años que se le antojaron siglos. Y sin embargo, ahora era como si nunca hubiera salido de allí, como si todo lo vivido desde entonces careciera de la más mínima importancia.

Constató que muchos muebles habían sido cambiados de sitio, y algunos incluso reemplazados por otros más nuevos. Docenas de revistas, la mayoría de ellas especializadas en clases de baile y cursos de cocina, se amontonaban en el suelo, junto a un viejo sofá beige. Los cables de la televisión, de los altavoces de la minicadena y de los mandos de la videoconsola colgaban desde el mueble hasta la mesita como una futurista y arbitraria tela de araña que contribuía al profundo desorden general.

«No cabe duda de que ahora es el salón de un hombre», discurrió Sara, apretando los labios como haría la paciente madre que intenta aleccionar a su desobediente hijo.

Se fijó en el color de las paredes, gris claro, e hizo un esfuerzo por recordar la pintura que tenían antaño. No hizo falta que se estrujara los sesos, pues en la fina separación existente entre el rodapié y la pared, se podía percibir el color sobre el que seguramente Mike Lennard había decidido pintar su aburrido gris.

«Verde pistacho.»

Una nueva ola de recuerdos la golpeó en el pecho, y sonrió con tristeza en el rostro. Se visionó a sí misma recostada sobre el sofá beige mientras escuchaba a Paul Simon en la radio y siempre rodeada de aquel vivaz verde pistacho. Así pasaba sus tardes, en aquel paraíso terrenal que alguien había creado para ella.

«¡No, Sara, no! Céntrate.» Agitó la cabeza y regresó al mundo real: el 219 de Cowley Road, a 10 de noviembre de 2006.

El pistacho de antaño fue inmediatamente restituido en sus pensamientos por los tres semblantes que habían protagonizado sus pesadillas en las últimas horas: el meditabundo del agente "A" (así había decidido calificarlo, pues no recordaba su nombre), el de

su inquisitivo compañero semialbino, y el frágil y sosegado de Lennard.

Se dio la vuelta y ascendió la escalera, subiendo los enmoquetados peldaños de dos en dos. La razón por la que la noche del incidente se encontraba rondando el número 219 era que durante los últimos años había estado enviando correspondencia a esa misma dirección. No con la intención de que llegaran a las manos del por aquel entonces desconocido Mike Lennard, por supuesto, pero las cartas habían tenido que llegar, y, por consiguiente, Lennard debió de haberlas recibido y leído. «Eso explica que me conociera tan bien desde un principio, y también que supiera todos los detalles de mi historia, como por ejemplo, el embarazo de Verónica.» Fuera como fuere, concluyó Sara, las cartas estaban en la casa y tenía que recuperarlas, «si no las han encontrado esos policías primero». Llegó al razonamiento de que en ese caso, si los detectives hubieran descubierto que la testigo del crimen había invertido toda su juventud en enviar cartas a la vivienda donde se había cometido el asesinato, se convertiría en el acto en la principal sospechosa.

Tragó saliva.

«Tengo que encontrar esos papeles como sea», se dijo con una acumulación de angustia en la garganta.

Inspeccionó una por una todas las estancias del piso superior, y dedicó un mayor esfuerzo a husmear en el dormitorio de Lennard, que anteriormente había pertenecido a Diana. Con respiración acelerada recorrió la habitación abriendo los armarios y cajones. Allí no había ni rastro de las cartas. Era como si no hubiesen existido («o quizá estuvieran bajo llave en algún armario de la comisaría», pensó con creciente agobio). ¿Y si las había destruido Lennard? Esa era otra de las infinitas posibilidades. Tras algunos minutos de infructuosa búsqueda, abandonó rendida el piso superior.

Avanzaba directa hacia el exterior cuando se topó con algo que no esperaba. En el recibidor, junto a la puerta principal, una rústica mesa de pedestal sujetaba un teléfono fijo. Sara ni siquiera se había percatado de su existencia al entrar antes, pues estaba demasiado concentrada en no mirar hacia la zona del cuarto de baño. La doctora percibió la esquina de un papel que sobresalía por debajo

del aparato, y, según se fue acercando, la esquina del papel se convirtió en el borde de una carta que había sido escrita a mano. Algo le dio un vuelco en su interior. Alargó el brazo, levantó el teléfono y liberó el trozo de papel, que se acercó a la cara.

Solo el descubridor de la piedra Rosetta podría comprender la emoción de Sara al encontrar el papel escondido por Mike Lennard unas horas antes. Leyó en voz baja las primeras líneas del primer párrafo.

«Diana,

Escribo desde el autobús. Son las ocho y media de la tarde y ya es noche cerrada, creo que debo de estar a punto de llegar. Estoy agotada, pero el largo viaje ha merecido la pena, ¡qué bonito es esto! Siempre se dice que el clima en Inglaterra se basa en la lluvia, el frío y la niebla (deberías ver mi maleta, parece la de un esquimal), pero hoy hace un día espléndido. Era muy, muy temprano cuando he salido de Ámbar, y el tren que me ha llevado a Madrid ha tardado más de cinco horas. He aprovechado para desayunar en la cafetería...»

¡Era su última carta!

Reconoció con absoluta claridad las palabras que le había dedicado a Diana el otro día, sentada junto a Porky en el autobús que la llevó desde el aeropuerto hasta Oxford. Una lágrima aislada se liberó de sus párpados y corrió sobre su mejilla. Se la enjuagó rápidamente con el dorso de la mano y reflexionó. Ahora estaba claro: Mike Lennard había recibido la carta (de hecho, lo más probable era que hubiera recibido todas ellas, sin excepción), de modo que desde un principio sabía cuándo y cómo había llegado a la ciudad. Es decir, cuando la encontró en el interior del Turf Tavern dándole un susto de muerte no había sido una coincidencia. En verdad la estaba buscando. ¿Sufriría algún tipo de obsesión hacia ella? Después miró el teléfono y sintió un escalofrío.

«Desde aquí me telefoneó el otro día, horas antes de ser asesinado. Tenía mi carta en las manos mientras me hablaba.»

Hizo un esfuerzo por recordar la conversación telefónica con Lennard, y concluyó que aquello que Mike quería confesarle con tanta premura era que estaba en posesión de sus cartas, y que por

consiguiente, nunca habían llegado a su destinatario real, la antigua inquilina de la vivienda.

Una dulce puñalada trapera.

Sara se dio cuenta de que estaba envuelta en un sudor frío. Guardó en el bolsillo trasero de su pantalón el único recuerdo de Diana que había encontrado y abandonó la casa entre temblores y con tres claros pensamientos en la mente, cada cual más turbador que el anterior: el primero era que su viaje a Oxford había resultado en vano. El segundo, y más doloroso, que las cartas nunca llegaron a Diana y era muy posible que no volviera a verla nunca más. Y el tercero y a la vez más estremecedor, que a esas alturas una fotografía suya protagonizaba el panel de *sospechosos* en la jefatura de policía de la ciudad junto a un montón de cartas con su nombre.

Alyssa Grifero exhaló la primera calada de su cigarrillo y se preparó para todas las objeciones que Jaime, seguramente, iba a plantear. Mientras, él negaba con la cabeza, incrédulo.

—¡Esto es de locos! —exclamó Jaime—. ¿Por qué habría de estar Sara en peligro?

—Porque, al igual que yo, está involucrada de lleno en el asesinato de Mike Lennard, solo que su cara no ha salido en las noticias todavía. Eso es algo que sin duda juega en su contra.

—Alyssa, nada de esto tiene sentido. —Era la primera vez que Jaime la llamaba por su nombre, detalle que ella apreció—. Es imposible que Sara haya hecho daño a alguien.

—Yo tampoco, y sin embargo aquí estoy.

Alyssa había decidido pasar al ataque con toda la chulería de que era capaz.

—Jaime, puedo ayudarte a encontrarla y protegerla. Ella te necesita y tú me necesitas a mí.

Jaime suspiró.

—Ya he oído suficiente. Quiero que te marches ahora mismo de mi casa, o de lo contrario llamaré a la policía —volvió a exclamar él,

esta vez alzando un poco más la voz. Se incorporó y, a modo de amenaza, cogió el auricular del teléfono fijo.

—No creo que lo hagas. Al contrario, vas a trabajar conmigo en esta casa y formaremos un buen equipo.

Jaime negaba con la cabeza incesantemente.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque te voy a ofrecer algo que nadie más puede darte y que ni todo el dinero del mundo puede comprar.

Jaime quedó perplejo por un segundo.

—¿De qué estás hablando?

Los ojos de Alyssa brillaron como dos luciérnagas.

—Puedo entregarte a Shapiro en una bandeja de plata. Tengo al alcance de mi mano pruebas que demuestran que es un mentiroso y un manipulador. Ayúdame, escóndeme en tu casa sin hacer demasiadas preguntas, y harás que Ernesto Shapiro lamente el día en que decidió burlarse de ti.

A Jaime le temblaban tanto las piernas que tuvo que volver a sentarse. Cuando la miró boquiabierto, Alyssa le dedicó un travieso guiño de complicidad.

Capítulo 12

»Séptima enseñanza, Morgan: peleamos siempre hasta el final porque la victoria no sabe igual si no corremos el riesgo de la derrota. Porque ser conscientes de lo que podemos dejar de tener, lo hace mucho más excitante. Nos encanta la expresión de *por los pelos*, porque el calor de jugársela cerca del fuego nos hace sentir vivos. Por eso ayudé a mi nieto con su travieso plan, y por eso estoy aquí ahora mismo contigo, encerrado. Ale, ya me lo ha sonsacado. ¿Contento?

Viernes 10 de noviembre de 2006

Ms.Tallent observaba las estrellas a través del tragaluz del techo de su dormitorio y se dio cuenta de que hacía meses, quizá años, que no prestaba atención a tan bello espectáculo de la naturaleza. Tendida sobre su cama con las piernas extendidas, se sentía exhausta. Un cálido sudor empapaba su piel desnuda, y los cabellos pardos del flequillo se le habían pegado a la frente. Al girar el cuello sobre la almohada, contempló el letargo de su acompañante. Su respiración era reconfortante, moviéndose sus omoplatos al ritmo. Aquella noche habían hecho el amor hasta que no pudieron más.

Sonrió con toda la felicidad que creía poder experimentar y después se sumió en un estado de seminconsciencia.

Durante un periodo de tiempo que pudo oscilar entre unos segundos y varios minutos, su mente viajó a través de distintos parajes de su juventud, como en una sucesión de diapositivas que saltaban de una a otra de manera abrupta. Estas proyecciones mostraban, como en un sueño, estampas que inmortalizaban aquellos momentos que se le habían quedado incrustados en su corazón como restos de vidrio que quedan en el suelo durante días al quebrarse una copa. La mirada de Brunet el día en que se conocieron tras la barra del Red Lion conformó la primera visión. El mismo aura de paz que percibiera entonces a su alrededor se le apareció también ahora. Aquel mágico primer encuentro dio paso a la canción de Orbison, bajo la nieve y con el *Minifalcon* de testigo, que acompañaba al que resultó ser el baile de su vida. Después, la primera vez que sus pieles se rozaron bajo el edredón, que fue cuando sintió que el mundo se había creado para ella. La última imagen representaba, de forma algo imprecisa, la lesión de tobillo que sufrió el fatídico último día. El trance de Tallent culminó con un estruendo como el que realizan los motores de un avión al despegar.

Silencio.

Abrió los ojos con sosiego. Las estrellas continuaban brillando en la noche cerrada. Volvió a mirar a su izquierda y constató que todo había sido real. Brunet dormía junto a ella casi un lustro después. Justo ahora que ya empezaba a darse por vencida, a asumir que no volvería a mirar a sus vivaces ojos nunca más. Cogió el borde de la sábana con fuerza y se la llevó a la cabeza, donde cubrió avergonzada su estúpida expresión de alegría incontrolable.

Muchas horas antes de la mejor noche de su vida, Ms.Tallent estaba dando un cariñoso beso de despedida a su gato Vader. Acto seguido cogía la funda del violín y la bolsa de deporte, y salía por la puerta de su apartamento hacia el gimnasio local, del cual era socia. Eran las 10:30 de la mañana, y el día se antojaba, en aquel momento, oscuro.

Sara Mora parecía flotar cuando abandonó la vivienda de Mike Lennard con la última carta para Diana en el bolsillo de la chaqueta. Con la indecisión de quien sale de la cárcel tras un largo periodo entre rejas, miró hacia ambos lados de la carretera y optó por caminar hacia la dirección por la que había venido. Recorrió la distancia de una manzana, cambió de acera y se metió en una farmacia, donde pidió una caja de paroxetina. Tuvo que enseñar una receta que tenía firmada por el doctor Encinas para que la farmacéutica, una malhumorada chica negra, accediera a vendérsela.

Conseguida la medicación, pensó que ya era hora de reponer fuerzas, de modo que se detuvo en el primer Costa Cafe que encontró, eligió un bocadillo de pavo y pepino con salsa mahonesa, y lo devoró mientras miraba por la ventana. El cielo se le antojó apocalíptico, y no tardaría en anochecer. Cuando terminó de comer, ingirió la primera pastilla de paroxetina de la caja. Después retomó la marcha avanzando por Cowley Road hacia el centro, al cual llegó en algo más de media hora. Se plantó justo frente a la torre Carfax (popularmente conocida como el punto de encuentro de la ciudad), y preguntó en una caseta de información turística por el cibercafé más cercano. La suerte la sonrió esta vez: doblando la esquina, detrás de la torre, se encontraba el C-Work Cyber Cafe.

Nada más abrir la puerta del local, cuya penosa ambientación imitaba el vanguardismo de la película *Blade Runner*, constató que quedaba un puesto libre al fondo. «Como si alguien me lo estuviera reservando.» Atravesó la angosta estancia y se sentó en la única silla sin dueño. Tras conseguir conexión a Internet, accedió a Skype, se logueó con su cuenta, y comprobó en la lista de contactos que Jaime todavía no se había conectado. El reloj del ordenador marcaba las 16:50. Esperó.

Cuando salió del gimnasio, era otra mujer. Ms.Tallent había dedicado casi una hora y media a machacar su cuerpo. Además de los cuarenta y cinco minutos de la sesión de jogging rutinaria y

alguna que otra serie de pesas, había pasado por la máquina de tortura, que era como ella llamaba a las máquinas de pierna, para fortalecer el tobillo lesionado. Nada más salir por la puerta cogió una buena bocanada de aire frío y lo expulsó de golpe, provocando que una nube de vaho saliera de su boca. A pesar de que el día era gris, le invadía una reconfortante sensación de bienestar.

Después entró en un supermercado Tesco y compró galletas y un racimo de plátanos, dos de los cuales se comió en la misma calle de camino hacia el Exeter College. Pasó la mañana en el auditorio del Exeter, ensayando piezas a violín junto a la Orquesta Sinfónica de Oxford. Le extrañó que no estuviera lloviendo cuando, cuatro horas después, volvió a salir a la calle con el paraguas preparado. Hizo un nuevo paréntesis para llenar el estómago y después esperó de pie junto a la parada de autobús que estaba frente al museo Ashmolean. Había llegado la primera, aunque Mark, Jennifer y el resto de la banda no tardaron en unirse.

A la una y media comenzaron la marcha con una divertida versión del *In The Mood*, de Glenn Miller. Mark, el trompetista líder de la Orquesta, era buen amigo de uno de los concejales del ayuntamiento. Tres semanas antes, este le había pedido como favor que reuniera a los chicos más jóvenes del conjunto para formar una banda callejera de unos diez miembros. El motivo no era otro que el festival de música de otoño que el concejal en cuestión se había empeñado en organizar y promover, pues era un fanático de los conciertos al aire libre. A Mark la idea le pareció divertida, y el hecho de cobrar una paga extra por un trabajo que se le antojaba placentero terminó de convencerle. La banda simplemente tenía que dedicar dos horas al día, de lunes a viernes, a recorrer las calles de la ciudad interpretando algunos clásicos. Cada orquesta participante tenía asignada una zona de la ciudad, y a la de Mark y Tallent le habían adjudicado el barrio de Cowley.

El mecanismo que mueve las alas de la mariposa estaba a punto de entrar en funcionamiento.

A eso de las tres menos cuarto de la tarde, cuando la banda ya llevaba una hora callejeando en torno a Cowley Road, pasaron por delante de un edificio precintado en cuya puerta había aparcado un coche patrulla. A Ms. Tallent esto le impresionó tanto que estuvo muy

cerca de desafinar en un par de notas. Con el ceño fruncido, y sin dejar de mover el arco del violín al compás de la música, fijó su mirada en la fachada de la vivienda. En ese momento detectó por el rabillo del ojo la figura de una mujer que, a tenor de la silueta de su cuerpo, era joven. Estaba en la calle, de espaldas a la calzada y en una postura... antinatural. Parecía tensa, y algo había en ella que provocó que, ahora sí, se equivocara en una nota.

Nadie se percató del error (o al menos nadie lo demostró), y cuando la banda pasó por delante de la casa, dos hombres muy serios salieron por la puerta principal con la determinación de cruzar la calle. ¿Serían los policías del coche patrulla? Todos se hicieron la misma pregunta a excepción de la joven violinista, que seguía dándole vueltas al mismo asunto.

Algunas manzanas más tarde, cuando terminó la canción y se preparaban para empezar la siguiente, Tallent explicó a sus compañeros que se estaba encontrando mal y que necesitaba parar por un rato. Les convenció para que siguieran sin ella. Mark asintió sin hacer ninguna pregunta y la banda continuó interpretando sus temas mientras Tallent, que se sentía como una miserable por haber mentido a sus amigos, deshacía el camino andado por Cowley Road. En los minutos siguientes se cruzó con el coche de policía, que ya había terminado en el edificio precintado, y llegó al punto donde había visto a la mujer escondida tras la esquina. Una losa imaginaria cayó sobre Tallent cuando no vio ni rastro de ella junto al 219 de Cowley Road.

Se encogió de hombros y, maldiciendo su supina estupidez, salió corriendo a buscar a la banda de música. Cuando la encontró unas manzanas más adelante, puso su mejor cara de inocencia para explicar que solo había padecido un leve mareo y que ya se encontraba mucho mejor, así que reanudó la marcha con sus compañeros. El violín de Ms. Tallent volvió a sonar en las calles del sudeste de Oxford.

Unos minutos después comenzaron a caer las primeras gotas de lo que sería un buen aguacero, lo que obligó a la banda representante de la Orquesta Sinfónica de Oxford a suspender su paseo musical.

La mariposa batió sus alas.

Tallent, Mark, y los demás miembros guardaron sus respectivos instrumentos y pararon un autobús que los llevaría al centro de la ciudad. En concreto a la histórica torre Carfax. Eran cerca de las cinco de la tarde.

Jaime Vergara se sentía renacido tras la ducha caliente que acababa de disfrutar. Nada más salir del cuarto de baño fue presa de una reconfortante música soul que, estaba seguro, nunca antes había sonado en su apartamento. La música negra, simplemente, no la tenía catalogada. Miró a su alrededor con un despiste propio de quien acaba de despertar de una prolongada siesta. El piso se encontraba a oscuras, a excepción de la luz blanquecina que propagaba indirectamente el monitor de su ordenador, situado sobre una mesa dentro del dormitorio. Alyssa estaba sentada frente a la pantalla, de modo que el resplandor artificial iluminaba parte de su cara. Jaime se quedó mirando durante unos segundos y se preguntó a sí mismo si la estampa lo turbaba o, por el contrario, lo maravillaba.

«¿Te importa si utilizo tu ordenador durante un rato?», le había preguntado ella justo antes de que se encerrara en el baño. Él había asentido. Total, una vez aceptado que estaba dando asilo a una fugitiva perseguida por la ley, ¿qué más daba que utilizara sus cosas? «Puedes usarlo, siempre y cuando no sea con fines ilegales», había contestado él a modo de broma, aunque se le secara la garganta nada más pronunciar la frase. Por muy convincente que se mostrara la joven respecto a su historia, en el fondo Jaime no se terminaba de creer que tuviera poder para presentar pruebas contra Ernesto Shapiro. «¿Cómo podría ella ayudarme en ese tema? Es del todo imposible. ¡Por Dios, no es más que una niña!»

No obstante, algo había en la joven, una especie de brillo en su mirada, que sugería sinceridad y determinación. Se trataba de un ser humano peculiar, de eso no cabía la menor duda, pero de ahí a ser una criminal había un largo trecho. Y teniendo en cuenta que él se encontraba en un callejón sin salida, merecía la pena correr el

riesgo y probar suerte. Además, albergaban algo en común: los dos tenían problemas con la justicia. Así que: sí, podía utilizar su ordenador, podía dormir en su sofá, y podía ser su amiga.

—¿No te gusta Nina Simone? La quitaré si quieres —dijo ella desde la oscuridad cuando se dio cuenta de que Jaime la estaba mirando.

Él la observó con cara de circunstancias y se fijó en su despeinada melena, que refulgía junto al ordenador. Ignorando el comentario, entró en el dormitorio, pasó por detrás de Alyssa con cuidado de no rozarla y buscó una camisa y un jersey en el armario. Después se dirigió a ella.

—Voy a bajar al supermercado a comprar algo de comida. ¿Te gusta algo en especial?

La joven se volvió hacia él y su rostro se perdió en el contraluz.

—Eres muy amable, pero con un poco de queso me basta. Y, por supuesto, te lo pagaré todo cuando esto pase —dijo con un tono humilde que a Vergara le pareció cercano a la vergüenza.

—Apunto lo del queso entonces. Cenaremos fondue. Hasta ahora.

—¡Adiós!

—Por cierto, me gusta esa Nina Simone —añadió él desde la puerta principal.

Ella le dedicó una complacida sonrisa.

Eran las 18:15 cuando Jaime salió por la puerta de su casa dejando a Alyssa entretenida con su ordenador. Tuvo la fugaz sensación de que estaba pasando algo por alto. Agitó la cabeza y se metió en el ascensor con la fondue de queso en la mente.

Grifero navegaba sin rumbo a través de Internet cuando la puerta del baño se había abierto dejando escapar un torrente de luz cálida y, después, la correspondiente nube de vaho. Jaime había salido por la puerta frotándose el cabello con una toalla, y se había plantado en la zona iluminada como si fuera una isla en medio de la oscuridad del piso. Solo llevaba puestos unos pantalones vaqueros. Después, ambos se habían quedado mirando en silencio, y Alyssa

no había podido evitar fijarse en que todavía tenía los abdominales mojados. Él había dicho algo referido al hilo musical, y ella había aguantado la respiración cuando se acercó a la habitación y pasó, todavía con el pecho desnudo, a escasos centímetros de su espalda. Después de sentirse como una completa interesada cuando él le habló de hacer la compra para la cena, había observado a su nuevo compañero de piso salir por la puerta. Se había quedado sola de nuevo.

Volvió a centrarse en el ordenador. Inmediatamente se conectó a su cuenta de Skype y comenzó una videoconferencia con Jasper, que también estaba conectado. Le puso al día de los acontecimientos sucedidos en Oxford en menos de quince minutos. Aunque para Jasper fue todo un shock descubrir que Alyssa se había convertido en una hipotética criminal a ojos del resto del país, había otras cosas que la joven quería hacer antes de que Jaime regresara del supermercado.

Cuando cerró su cuenta de Skype y abrió la propia del foro, los ojos le chispeaban. Tardó menos de cinco minutos en redactar un mensaje privado:

Dorian, necesito que me hagas un favor. Apunta este nombre: Ernesto Shapiro. Averigua todo lo que puedas sobre él. Tengo la corazonada de que está de mierda hasta el cuello, así que no te costará demasiado trabajo. Te deberé una. Y ya sabes, sin rastro ni nombres. Todo anónimo.

Pulsó el botón de enviar y esperó. Dorian estaba online en ese momento, pues contestó inmediatamente:

Será pan comido. ¿Algo más?

Grifero estaba esperando esa pregunta. Se humedeció los labios mientras sopesaba la contestación:

Sí, hay una cosa más, y esta es un pelín excepcional. Tendrás que confiar en mí...

A Alyssa le temblaban las manos cuando terminó de escribir el último mensaje y lo envió. Acto seguido borró las cookies de la memoria del ordenador y lo apagó. Se desnudó y se metió en la ducha.

«*It's a new dawn, It's a new day, It's a new life for me... and I'm feeling good*», entonaba Nina Simone a través de los altavoces en el momento en que Alyssa sentía el cálido chorro de agua caer sobre su cuerpo.

El reloj digital del monitor marcaba las 16:59, lo que significaba que en la península estaban a punto de dar las seis de la tarde. Si el doctor Encinas había transmitido su mensaje correctamente, Jaime se conectaría en unos segundos —puede que minutos, pues siempre le había considerado un poco impuntual—, y hablaría por fin con alguien de confianza sobre todo lo que le estaba pasando. Volvería a tomar contacto con su mundo.

Los dígitos del reloj se movieron. 17:00. A Sara le abrazó un emocionante escalofrío que la llevó a contener la respiración. Llevaba ya unos minutos tamborileando la mesa con las uñas. No podía recordarlo con exactitud, pero hubiera jurado que nunca había tenido tantas ganas de hablar con alguien a través de un maldito ordenador. ¿Se había convertido Jaime en su mejor amigo, a pesar de que en los últimos años solamente habían coincidido unos minutos juntos? La pregunta se respondió sola cuando, durante algunos eternos minutos, Sara mantuvo su vista inmóvil sobre la nube que acompañaba al usuario *Jaime Vergara* en la pantalla. La nube debería estar pintada de color verde, lo que supondría que su amigo estaba conectado y podían empezar a hablar. Pero ya eran las 17:08 y la nube seguía siendo blanca. Las uñas de Sara dejaron de tamborilear la mesa. Con creciente desánimo, se marcó las cinco y cuarto como hora límite. Si a esa hora no se había conectado, entendería que Jaime había decidido pasar de ella y no conectarse. En ese caso ya no le consideraría nunca más su mejor amigo, sino un egoísta de mierda más en su larga lista de egoístas de mierda.

Esperó hasta las cinco y veinte, pero en ese preciso instante, a más de mil quinientos kilómetros de distancia, las alas de la mariposa estaban aleteando en el número 53 de la calle Orense de Madrid. Sara apagó el ordenador, apretó los dientes en un gesto de rabia, y salió por la puerta del cibercafé.

Estaba tan ensimismada en su propia desgracia que no se percató de que estaba lloviendo con fuerza hasta que llegó al pie de la torre Carfax, donde debía coger el autobús de vuelta a casa. Entonces sus ojos se toparon, porque algo hay que mirar si se tienen los párpados abiertos, con un grupo de jóvenes ingleses que se despedían bajo la protección de sus respectivos paraguas. Luego

los miró con más atención. Lo primero que pensó fue que, a lo mejor, en base a las fundas de instrumentos que portaban, se trataba de la banda de música que había pasado por su lado mientras se escondía de los dos agentes de policía junto a la licorería. La segunda cosa que le pasó por la cabeza le golpeó con una fuerza tan descomunal que no pudo evitar soltar un gemido.

«*Nopuedeserverdad... nopuedeserverdad...*»

Uno de los miembros de la banda era una chica joven de pelo corto y piel pálida que portaba la carcasa de lo que parecía ser un violín. La chica se estaba despidiendo de sus compañeros con un simpático gesto de mano y después continuó su camino bajo un paraguas verde pistacho.

Sara se quedó perpleja viendo cómo Diana se alejaba por Cornmarket Street bajo el mágico resplandor que creaba la luz de las farolas contra la lluvia. Ya era casi de noche.

Diane Tallent anduvo con las gotas de lluvia golpeando su paraguas hasta Walton Street y entró en su apartamento. Se descalzó las botas empapadas, se desnudó y disfrutó de una ducha. Al salir se abrigó con su albornoz y se dirigió a la cocina con el cabello todavía mojado. Cortó un generoso pedazo de una tarta casera de queso que la esperaba en la nevera y la completó con una capa de mermelada de frambuesa que esparció por encima. Acto seguido se sentó junto a la ventana y contempló la tormenta mientras saboreaba el pastel.

Llamaron a la puerta, hecho que la sobresaltó, pues rara vez recibía visita. Nada más abrir, una llama se le encendió por dentro. Se llevó la palma de la mano a la boca en un gesto intuitivo y sintió que las rodillas le flaqueaban.

—Diana. No contestaste a ninguna de mis cartas —soltó la visitante con un tono neutro que parecía fingir rencor.

A Tallent se le abrieron tanto los ojos que parecía que le iban a explotar. Tan solo había una persona en la faz de la tierra que le llamaba de esa forma.

—Me... me mudé —fue lo único sensato que acertó a articular.

—Ya sé que te mudaste, de lo contrario no estaría aquí, ¿no crees?

La violinista se encogió de hombros y su piel se sonrojó.

—En fin, ¿vas a dejarme entrar o no?

—¿Qué... qué haces aquí?

—Bueno, eres la única persona que conozco en esta maldita ciudad, y puesto que no leíste ninguna de mis cartas, me preguntaba si te apetecía que nos pusiéramos al día.

Una estúpida sonrisa de perplejidad se dibujó en la cara de Diana antes de dejar entrar a la visita y ofrecerle un trozo de tarta.

—¿Prefieres café o té? —la propuso mientras extraía dos tazas del armario.

—Café con leche, ya lo sabes.

Diana sonrió aún con más fuerza. Después se puso manos a la obra.

—Siento haberme mudado sin decirte nada —dijo sin dejar de mirar la cafetera—. Tenía ganas de cambiar un poco de vida y no me imaginé que me escribirías. ¿Cómo te ha ido?

Aunque la tenía de espaldas, sentía que Sara la observaba con ojos inexpresivos. *Esos ojos.*

—Diana, pensé que te había ocurrido algo —dijo por fin la visitante—. Cuando vi que no me respondías a las cartas creí que no volvería a verte jamás, o que a lo mejor habías decidido pasar de mí.

Hizo una pausa muy calculada.

—¿Decidiste pasar de mí?

La británica lanzó una rabiosa sonrisa.

—Ni lo sueñes —dijo.

—A pesar de todo yo continué escribiéndote cartas regularmente.

Tallent posó el café y el té sobre la mesa, y miró a Sara con algo que se parecía al temor en sus pupilas.

—¿Cuántas... cuántas me escribiste?

—Muchas, hace tiempo que perdí la cuenta. —Sara extrajo la última carta del interior de su chaqueta y la dejó sobre la madera—. Esta es la última, de hace unos días. La encontré en tu... bueno, en tu antigua casa.

—¿Sigue viviendo allí Mike?

—¿Te refieres a Lennard? Vivía, pero... —Sara hizo una pausa como si buscara alguna buena manera de anunciar una tragedia—. Acaban de asesinarle.

—Dios mío.

La anfitriona tragó saliva y se sentó a la mesa junto a su vieja amiga.

—¿Por qué iban a querer matar a Mike? —preguntó con voz temblorosa—. Era un tipo fenomenal.

Sara levantó la mirada y alzó la voz, inconsciente de que estaba adquiriendo un tono desafiante.

—No lo sé. ¿Le conocías?

—Coincidimos un par de días que salimos en grupo a beber cerveza, hace ya tiempo. Resulta que su profesora de tango estudió solfeo conmigo, y me lo presentó. Cuando quise cambiar de piso, me dijo que estaba interesado, así que lo hablamos y se quedó con el alquiler de Cowley Road. —De pronto una chispa se le encendió a Diana en la cabeza. Hizo una breve pausa para visualizarla y después llegó a una conclusión—: Espera un momento, ¡por eso estaba precintada la casa!

—Pues sí, la policía está investigando. Hasta me interrogaron y todo.

La cara de Diana se ensombreció tenuemente.

—¿Te interrogaron? —quiso saber la británica—. ¿Y por qué estabas tú allí?

—Porque quería verte.

La respuesta sonó en los tímpanos de Diana como el golpeo de un martillo contra un yunque.

—¿No vas a leer la carta? —insistió Sara, apuntando el papel con un ademán gris, neutro. Su tono de voz hostil del inicio se había rebajado, aunque seguía mostrándose en estado de alerta.

Diana asintió como quien obedece la orden de un hermano mayor, y pensó que algo había cambiado en ella en todo el tiempo que habían estado sin verse. Tomó el papel con respeto y lo leyó. Según avanzaba en los párrafos, una capa cada vez más gruesa de líquido lacrimal se le fue acumulando en los párpados. Tuvo que

tragar saliva un par de veces antes de continuar con la conversación.

—Esto que dices aquí —levantó el papel en alto. La mano le temblaba—, ¿es cierto? ¿De verdad estuvieron a punto de violarte?

Entonces Sara aproximó su silla a la de su amiga, cogió su mano en un acto de reconciliación, y le explicó hasta el más mínimo detalle de su vida en Ámbar: los duros inicios en la clínica junto a un médico cabrón apellidado Salas, el extraño caso del tumor de su hija, Verónica Salas, y la conspiración mediante la cual concluyó todo con la muerte del marido de Verónica. Tampoco omitió el ataque en su propia casa por parte de un lisiado hijo de perra (que resultó ser el hermano gemelo de Mike Lennard), así como su viaje a Oxford y el crimen de Cowley Road. En total, estuvo hablando cuarenta minutos sin descanso.

Cuando Sara terminó su historia, Diana estaba tan aturdida que se incorporó y echó a andar hacia el salón con las manos sobre la cara. Estaba temblando.

Sara la siguió.

—Lo siento tanto... —sollozó la violinista—. Mierda, ojalá nunca me hubiera mudado, así podría haber leído tus cartas. ¡Con gusto las hubiera contestado! Tú me necesitabas y yo desaparecí de tu vida como una miserable.

Se quedó una frente a la otra como una pareja de figuras de ajedrez de colores opuestos.

En ese momento Sara sonrió con júbilo, y Diana supo que cada segundo a partir de entonces sería un serio candidato a convertirse en un momento inolvidable. «Está bien, ya ha sufrido bastante», parecía sugerir la sonrisa pícara de Sara.

Se acercó a Diana hasta que les separaron unos pocos centímetros. Con suavidad le abrió el albornoz, aproximó una mano al pecho y acarició, más bien rozó, su clavícula izquierda con ternura.

La británica se dejó hacer, absolutamente perpleja y expectante. Cruzaron sus miradas.

Mientras la acariciaba, Sara se arrimó para besarle la comisura de los labios.

El tiempo se detuvo.

—Brunet... —exhaló Tallent con los ojos casi en blanco.

—Tú eres la razón por la que he vuelto a esta maldita ciudad, Mate —le susurró Sara al oído, y la volvió a besar.

—Cómo te he echado de menos —respondió Diana con un gemido, y acto seguido se subió de un salto a horcajadas sobre Sara. Se besaron con deseo.

Vader observaba desde la mesa de la cocina mientras se bebía el té de su dueña, que se había quedado frío.

El aleteo de la mariposa acababa de provocar un huracán.

Capítulo 13

—¿Puedo preguntarle algo, doctor?

—Está usted muy preguntón esta mañana. Dispare, Morgan.

—¿Cree usted en Dios?

—Lo cierto es que en mi dilatada carrera como cirujano he descubierto que las paredes de los hospitales escuchan oraciones más sinceras que las de las iglesias. Esto me lleva a pensar en los aeropuertos.

—¿Qué pasa con los aeropuertos?

—Que sin lugar a dudas son testigos de más sinceros abrazos que los altares de boda. Esta ha sido la octava. Espero que esté usted tomando apuntes, Morgan.

—Entiendo.

—Y mi respuesta es que ojalá.

—¿Disculpe?

—Ojalá fuera creyente de verdad. Envidio a esos tipos.

Sábado 11 de noviembre de 2006

Un banco de nubes densas, que se habían materializado como por arte de magia en el cielo azul, pasó gradualmente por delante del sol, lo que hizo que la temperatura en el exterior bajara algunos grados y que la sala de video de la comisaría de Oxford se quedara a media luz. Horner no pareció notarlo. Mientras meditaba, hacía tamborilear el dedo índice contra el canto de la cinta de video. Al

otro lado de la puerta, el habitual bullicio en los pasillos de una comisaría siempre en efervescencia no parecía alterar su relajada introspección.

Thomas Carroll abrió la puerta de un golpe justo en el momento en que Alfred se incorporaba para introducir la cinta en el reproductor de VHS. Parecía preocupado.

—Novedades —fue el escueto anuncio de bienvenida del rubio. La única cosa que traía consigo era un vaso de plástico que contenía la repugnante bebida caliente que algunos denominaban *café de máquina*.

Alfred arrugó el entrecejo como hiciera aquella vez, cuando Ania llamó a su puerta justo cuando estaba a punto de jugarse el *match ball* decisivo de la final de Wimbledon de 2005, entre Andy Roddick y Roger Federer.

—Espera un momento, Tom. Veamos esto y después me cuentas lo que sea —dijo, y sin aguardar respuesta metió la cinta y pulsó al *play*.

Carroll resopló arrugando el ceño y se sentó junto a su compañero, en una silla acolchada situada entre la mesa central y el equipo audiovisual. La oscuridad casi invadía la habitación. Dio un sorbo al amargo café y centró su atención en la pantalla.

La grabación empezaba con una toma estática —como no podía ser de otra manera, ya que había sido filmada por la cámara fijada en el techo del Ahmets—, que enfocaba directamente a la puerta del establecimiento, de modo que abarcaba la esquina del mostrador, la entrada del local al completo, y, tras el cristal de la puerta, también parte de la calle. La calidad de la imagen era, bajo un prisma optimista, mediocre, pero al menos tenía color. No contenía audio.

—No vamos a ver mucho con esta toma —opinó Thomas sin dejar de mirar al monitor. Por el tono empleado, a Alfred le quedó claro que Tom ansiaba terminar la sesión de cine para tener toda su atención y poder contarle así las novedades sobre el caso.

—Bueno, ya veremos —se limitó a responder.

Según el reloj digital que había superpuesto en una esquina de la grabación, la cámara había empezado a filmar a las 10:30 de la mañana, que era con toda probabilidad la hora de apertura del local.

Horner cogió el mando a distancia y apretó el botón de avance súper rápido hasta que el reloj marcó las 21:00, y a partir de ahí redujo la velocidad hasta X2, de forma que podían percibir si se producía algún tipo de movimiento sospechoso sin necesidad de perder demasiado tiempo. Estuvieron más de quince minutos viendo una película a cámara rápida cuyo único argumento era el trasiego continuo de ciudadanos (la mayoría de ellos jóvenes inmigrantes) que entraban al local, comían algo en tiempo récord, y se volvían a marchar. Para las 21:30, el Ahmets ya bullía de agitación. Cuando el reloj de la imagen dio las 21 horas, 37 minutos y 15 segundos, Alfred pulsó el botón de *pause*.

—Una chica con muy mala pinta —dijo en voz alta cuando la imagen congelada enfocó a una figura encapuchada y empapada que entraba por la puerta. Vestía esencialmente en tonos oscuros, y aunque no se veía ningún rincón de su cara desde el ángulo picado del objetivo, era evidente que se trataba de una mujer joven: no debía de medir más de ciento sesenta centímetros y sus piernas eran finas y estilizadas. Horner capturó la imagen mentalmente y la guardó junto con sus más irracionales recuerdos.

Pulsó de nuevo el botón y la imagen volvió a correr, esta vez a la velocidad normal.

—Ha pedido un kebab para llevar. Y parece intranquila. — Horner narraba con voz áspera todo lo que le iba llamando la atención.

—*What the fuck...* (¿qué coño?) —exclamó el rubio más para sí mismo—. ¿A quién, yendo calado de esa manera, se le ocurre pedir comida para llevar? ¿No sería mejor utilizar esas monedas en un paraguas? ¿O en un taxi que la lleve a casa?

—Extraño, ¿verdad? —Alfred, tras emplear un tono sarcástico, volvió la cabeza hacia Carroll por primera vez como en una declaración de «te lo dije».

Thomas asintió con timidez, como si le hubiera interpretado el gesto a la perfección y hubiera decidido dejarlo pasar.

—Se lo está comiendo en la calle, junto a la puerta —soltó Horner, señalando a la pantalla y mostrando algo más de emoción cuando la encapuchada salió del local con su cena y empezó a

engullirla allí mismo, bajo el toldo que protegía la fachada de la lluvia —. Espera... ¡lo ha tirado a la papelera!

—¿Por qué ha hecho eso? Le quedaba más de la mitad. ¿Tan mala está esa maldita comida tur...?

Lo que vieron a continuación impidió que Carroll acabara la frase y provocó que ambos policías se inclinaran hacia la pantalla con extrema intriga.

—¡Ha salido corriendo hacia la carretera! —dedujo el semialbino con más excitación en su voz de la que pretendía mostrar.

—Hacia el número 219.

Se miraron como dos chavales que acaban de encontrar un mapa del tesoro.

—Es ella —musitó Carroll algo eufórico.

Alfred se había quedado con la mirada perdida, como si detrás del monitor se hallara la respuesta al enigma.

—¡Es evidente que esa chica fue la que mató a Lennard! —insistió el rubio, que ahora lo veía todo demasiado claro—. Llegó a ese punto de la calle a propósito, y no le importaba la lluvia una mierda, porque su objetivo era dar con Lennard. —Recitaba su hipótesis mientras movía el dedo índice sobre un tablero imaginario—. Así que se detuvo frente a la vivienda y decidió zamparse un kebab mientras esperaba a que llegara su presa. En cuanto vio aparecer a Lennard, tiró la comida y se abalanzó sobre él. Lo fulminó en el cuarto de baño, que es la estancia más próxima a la entrada, y antes de que llegaran los vecinos le marcó el pecho con alguna herramienta terminada en punta. —Señaló la pantalla con los brazos estirados y sentenció satisfecho, con la pasión de un hombre que acaba de tener una revelación—: creo que estamos ante la asesina de Mike Lennard.

Horner asentía mientras repasaba la teoría de su colega en busca de fisuras. Entretanto, la cinta seguía reproduciendo imágenes que no contenían ningún interés.

—Tiene sentido —dijo—. No me atrevería a ser tan contundente como tú, pero, en cualquier caso, esa chica encapuchada debió de tener mucho que ver en el incidente, de eso no hay duda.

Carroll lo miró inquisitivamente.

—Fred, seamos claros.

—¿Qué quieres decir?

Thomas se incorporó y comenzó a andar sin rumbo por la oscura sala. Arrojó el vaso de café a la papelera antes de aportar tensión a la conversación.

—Estás empeñado en culpar a Sara Mora, ¿verdad? —Su tono de voz había aumentado.

—No, no es eso —aseguró Horner haciendo un gesto con la mano para rebajar la tirantez de su compañero.

Carroll encendió la luz, lo que provocó que los ojos de Horner se achinaran. Cuando se acostumbró a la nueva iluminación, se fijó en que el rictus de Thomas estaba más tenso de lo que se imaginaba.

—A ver Fred, pensemos con frialdad —propuso el rubio con los brazos en jarra—: sabemos por la Interpol que existe una chica llamada Alyssa Grifero, con un pasado problemático y que tiene motivos para vengarse de la familia de la víctima. También sabemos que el día de la muerte de Mike Lennard viajó en avión a Oxford, hizo algo que aún no sabemos y a la mañana siguiente regresó a Madrid. Ahora tenemos pruebas de que una joven con pinta de experta asesina estuvo en el escenario del crimen unos minutos antes de que sucediera.

Experta asesina. Horner entendió que Thomas había elegido esas dos palabras con el propósito de refrescar lo subrayado en la servilleta la otra tarde.

Carroll hizo una pausa para plantarse junto a él y concluyó:

—Creo que es momento de dejar a un lado a Mora y centrarnos en este nuevo objetivo.

Horner se preguntó si su compañero estaba de verdad molesto con él. O quizá todo viniera por un problema de autoestima, pues hacía tiempo que no le sonreía la suerte cuando se trataba de seguir una pista. ¿Debería hablar con él sobre ello? Echaba de menos disfrutar de un buen rato de cervezas juntos. Decidió que, en cuanto cerraran el caso, organizaría con él una barbacoa en la explanada que había junto a su barco, en la orilla del río. Después aparcó la idea y regresó al asunto del millón de libras.

—¿Cómo has dicho que se llama la sospechosa de la Interpol?

—Grifero —contestó Carroll—. Al parecer es una chica de 18 años.

Alfred experimentó un reflujo ácido y quedó pensativo, como si estuviera recordando los detalles de una pesadilla recurrente. Después habló:

—Tom, hazme caso. Lamentablemente, esta grabación no aporta ninguna prueba extra al caso, salvo que fue obra de una mujer, cosa que ya suponíamos. —En ese instante, una nueva idea aterrizó en su cabeza como por arte de magia—: Incluso puede que ambas mujeres, Mora y la encapuchada, estuvieran asociadas con el objetivo de mandar a Lennard al otro barrio. Al fin y al cabo las dos provienen del mismo pueblo. Quizá se conozcan.

Carroll se apoyó sobre una de las sillas y lanzó un prolongado suspiro.

—Fred, es hora de que te cuente lo que había venido a decirte.

Horner percibió un brillo especial en los ojos de su amigo semialbino, lo que le produjo una renovada curiosidad.

—Esta mañana he llamado a la compañía telefónica para que investigaran las llamadas realizadas desde el teléfono fijo de Mike Lennard el día del homicidio —explicó—. Bien, pues hace unos minutos me han devuelto la llamada con la respuesta.

—¿Y? —Alfred sabía con certeza que Tom estaba a punto de proporcionarle otra pieza del puzle.

—Solamente se hizo una llamada ese día. A las 19:32. El destino fue un número de móvil de origen español.

Al oír eso, Alfred dejó caer su espalda contra el respaldo de su silla y comenzó a masajearse los párpados con los dedos.

—Bueno, eso quiere decir que el pobre hombrecillo estuvo en contacto directo con una de nuestras dos españolas preferidas —resumió con una repentina seguridad en sí mismo—. Apuesto por Mora.

Thomas miró por la ventana y se sorprendió al comprobar que ya era de noche. Después ojeó su reloj de pulsera, que marcaba las siete y cuarenta. En ese momento se dio cuenta de lo cansado que estaba.

—Mañana a primera hora haré una llamada a Telefónica España, los propietarios de la línea —prometió, con un matiz más

dedicado a un jefe que a un compañero—. Entonces sabremos a quién llamó Mike Lennard.

Horner asintió en un cansado signo de conformidad. Se frotó la cara y bostezó con ganas. Cuando miró a los ojos de su colega, tuvo la sensación de que le estaba observando con preocupación fraternal.

—¿Cómo lo llevas? —quiso saber Thomas, confirmando con el comentario la sospecha de Horner.

—No te preocupes, estoy mejor —respondió con toda la naturalidad que fue capaz—. Anoche me quedé dormido en el sofá viendo un capítulo de *House*, y he dormido de un tirón. Cuando me he despertado ya era la hora de comer.

Carroll asentía a cada frase con el ceño demasiado fruncido como para no estar preocupado. Horner le pilló mirando de reojo el vendaje que aún cubría su antebrazo, pero ninguno de los dos comentó nada al respecto.

—Ni siquiera había puesto el despertador —prosiguió, adoptando una actitud despreocupada que no le pegaba nada—. Bah, creo que me merecía medio día de descanso tras el mogollón de horas que he metido en mis días libres, ¿no crees?

—Ay, Fredy, Fredy..., no tienes que darme explicaciones. Yo no soy tu superior.

Thomas propinó a Horner un cariñoso cachete en la mejilla que, según todos los códigos de amistad masculina, significaba una reconciliación. Después se incorporó, dando por concluida la conversación.

—Creo que ya es suficiente por hoy —dijo mirando la total oscuridad del exterior—. Mañana seguiremos con este maldito rompecabezas.

Horner estiró los músculos del cuerpo, cogió su chaqueta y siguió a su compañero hacia la salida.

—Venga, te llevo a casa —ofreció cuando ambos salían por la puerta.

Una ráfaga de viento gélido asaltó a Horner nada más pisar los primeros adoquines de la acera. Hizo una mueca provocada no solo por el frío, sino por el siniestro muro que se estaba formando entre la muerte de Lennard y su propia persona. Frente a él, entre las

sombras que invadían el pavimento de St. Aldate's, le esperaba una nueva piedra que agrandaría su siniestro muro. Alguien había cometido una desafortunada fechoría frente a la comisaría, delante de sus mismas narices. Los dos compañeros se acercaron al Alfa Romeo sin dar crédito a lo que estaban viendo. En letras grandes y goteantes, pintarrajeadas con un spray de color rojo y que abarcaban todo el lateral de la carrocería, se leía con absoluta claridad la siguiente amenaza:

¿QUIÉN PERSIGUE A QUIÉN? VIGILA TU ESPALDA

—Parece que a alguien no le gusta que trabajes en este caso —fue la lapidaria conclusión de Carroll.

Horner tragó saliva repetidamente.

Esa misma tarde, Diana estaba preparando café y tostadas mientras Sara yacía desnuda y despeinada entre las sábanas. La neurocirujana se incorporó y encendió un cigarrillo de una cajetilla que había encontrado abandonada en el cajón de la mesilla de noche (no fumaba desde la tarde lluviosa en que descubrió la mentira del puñetero doctor Salas). Contempló a Diana a través de la puerta abierta. Llevaba puesta únicamente una camiseta que utilizaba de pijama porque le quedaba algo grande. Sara jamás había tocado una piel tan suave como la de Diana, y, en su opinión, tenía una cintura fina que le hacía una figura impresionante. Y envidiaba su culo. No es que el suyo estuviera mal, pero el de Diana le parecía de diez: pequeño pero firme. Seguramente haría deporte con cierta rutina, pensó.

La madre de Diana era de Gales, mientras que su padre procedía de Francia. Sara sabía que ambos habían fallecido en un accidente cuando ella era una niña. Los genes británicos de la madre se apreciaban en casi todos sus rasgos: el color verde azulado de los ojos, las pecas que poblaban su piel pálida y, por supuesto, el peculiar gusto por el té con un chorrito de leche. El padre había contribuido con un pelo liso y elegante que le daba a Diana un aspecto muy particular. Tenía unos ojos enormes que no había heredado de ninguno de sus progenitores.

Se dio cuenta de que estaba enamorada de ella.

Un precioso gato negro de iris verdes y grandes como los de su dueña apareció dando saltitos por el pasillo y se posó de un brinco sobre las rodillas de Sara, interrumpiéndola en su análisis.

Diana regresó con una bandeja que contenía una taza de café, un zumo de naranja y un plato con varias tostadas de mantequilla y mermelada. Posó la bandeja en la mesilla, se metió de nuevo en la cama y la besó.

Se echaron a reír sin motivo, como harían dos niñas adolescentes que han besado a un chico por primera vez.

—Tengo que decírtelo, Brunet. Eres tan buena en la cama como recordaba.

Sara se ruborizó y estiró su cuerpo para alcanzar una tostada.

—Bueno, es un alivio —dijo con la boca llena del primer mordisco—. Pero por favor —hizo una pausa para tragar—, no me llames Brunet.

Diana ladeó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Han pasado cuatro años desde entonces, ahora soy una mujer completamente diferente. Brunet ya no existe —dijo, de una manera tan convincente que cualquiera hubiera dicho que lo había ensayado frente al espejo—. Además, me trae malos recuerdos.

—¿Malos recuerdos?

—Sí, en concreto al último día que nos vimos, ya sabes, cuando te lesionaste. —A Sara le cambió la expresión de repente, como si acabara de recordar algo—. Por cierto, ¿qué tal tu tobillo?

—Pues la verdad es que tuvieron que operarme —respondió Diana, que no pudo evitar echar una mirada a su pie.

—¿Y ya no te duele?

—Me dolía a diario —reconoció la inglesa—. Hasta ayer.

Los dos pares de ojos se cruzaron con ternura.

Diana —Sara hizo una pausa para formular bien la pregunta—: ¿has estado con alguien en estos cuatro años?

Antes de asentir, Diana dudó un instante.

—Una vez, hace ya mucho.

—¿Ya está olvidado? No quisiera meter las narices donde no me llaman.

—Tranquila, está más que olvidado.

—¿Mujer?

Sara, que estaba a punto de sacar un tema del que por fin podía hablar con libertad, se sentía como un inválido que ha recuperado la habilidad de caminar.

—Sí, fue una mujer —respondió Diana, escueta. Después le llegó el turno—: ¿Y tú?

Sara respondió de inmediato.

—No.

El semblante de Diana decía claramente que esperaba más información que un simple monosílabo.

—No le dije a nadie que soy...

—¿Lesbiana?

Sara asintió, mitad culpable y mitad avergonzada.

—Te eché mucho de menos, Diana. No sé si soy lesbiana, bisexual, o un simple bicho raro, pero el caso era que no quería estar con nadie que no fuera contigo.

Por la transformación repentina en el gesto de Diana, Sara supo que se le acababa de reblandecer el corazón.

—Tanto me echabas de menos que seguiste escribiéndome cartas a pesar de que no llegué a contestar a ninguna. —Diana confirmó, más que preguntó, con la mirada fija en las sábanas. Ninguna de las dos mujeres se reía ya. La atmósfera se notaba viciada.

Permanecieron un instante en silencio.

—Pienso recompensarte por cada una de las cartas no leídas ni respondidas.

Puso una mano entre la espalda de Sara y el colchón, y la hizo rodar hacia su lado de la cama. La besó de nuevo.

—Quiero que me toques algo de Orbison, como en los viejos tiempos —suplicó Sara con los ojos casi en blanco. Se le estaban endureciendo los pechos.

—Dentro de un ratito.

Se plantó sobre ella con tanto ímpetu que Sara se quedó sin aliento por un instante. Se miraron entre risas. Luego Sara se acomodó y besó a Diana ardientemente.

Al agarrar el pomo de la puerta con su mano empapada de sudor se detuvo a preguntarse qué demonios estaba haciendo. Alyssa todavía estaba plácidamente dormida en el sofá del salón cuando Jaime había salido a correr sus siete rutinarios kilómetros. Se dio cuenta de que no había asimilado la idea de albergar en su piso de soltero a una chiquilla perseguida por asesinato. En ese momento entendió que era un extraño en su propia casa, tanto como para sentirse incómodo al entrar por la puerta. No fue la primera vez que Jaime tuvo el pensamiento de telefonar a la policía y acabar con todo aquel embrollo. Desconectó su reproductor de música, deslizó los auriculares de sus oídos, y abrió la puerta con la respiración todavía fatigada por el esfuerzo.

Nada más entrar, una estampa entrañable lo cautivó. La belleza y la paz de la escena se combinaron con el aroma de estofado recién hecho para lograr que, por un momento, la vida pareciera simple y fundamentalmente buena. Alyssa estaba frente a los fuegos de la cocina, de pie, mansa, tarareando algo con gracia mientras cocinaba a menos de cuatro metros de él. Las ventanas del salón estaban abiertas de par en par, y tanto los rayos de sol otoñal como el canto de algunos pájaros habían dotado al piso, a pesar de encontrarse en pleno centro del Paseo de la Castellana, de una atmósfera bucólica. Jaime, consciente de que ella no se había percatado de su llegada, se detuvo impresionado por la calma de su pose. Parecía tan..., tan solitaria... y, a la vez, tan profundamente conectada con lo que estaba haciendo. Era como si no le importara lo más mínimo su situación, y se estuviera limitando a disfrutar de un periodo de bienestar.

Pillándolo desprevenido, sin ningún tipo de señal previa que avisara del sentimiento, la estampa le ablandó el corazón.

Cielo Santo, ¿estaba sufriendo algún tipo de colapso a causa del esfuerzo realizado? Sintiéndose mareado, se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y se apoyó en la pared para equilibrarse.

Puede que fuese ese sutil movimiento en el contorno de su campo de visión, o quizá el sonido de su entrecortada respiración, lo que causó que ella se volviera y dejara de tararear. Lo observó y

sonrió levemente, pero no dijo nada. Él tuvo la particular impresión de que Alyssa estaba intentando compensarle, con alimentos y gestos amables, el favor que él la estaba haciendo. Se situó junto a ella frente a la encimera y contempló el fabuloso aspecto que presentaban las piezas de pollo sumergidas en el caldo de verduras. Ella posó la mano derecha en su espalda y le dedicó un sincero «buenos días» que a Jaime le supo a gloria.

Jaime estudió su cara mientras ella removía el estofado en la cazuela. Se sintió conmovido. Era como si la belleza de la mañana se reflejara en su expresión, virgen y sin maquillar, y como si esta disfrutara con ello.

Al cabo de unos segundos, Jaime no estaba seguro de cuántos habrían pasado, ella le preguntó sin dejar de mirar a la cazuela.

—¿Querías decirme algo?

—No, nada en concreto. Solo que esto tiene una pinta espectacular.

—Me alegro. ¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre.

No volvieron a hablar hasta que Jaime salió del baño tras una revitalizante ducha rápida y coincidieron otra vez en el salón. Alyssa estaba preparando la mesa.

—Ayer compré una botella de vino —dijo él.

—¡Estupendo! Lo abriré.

Alyssa extrajo una botella de Rueda del frigorífico y un sacacorchos del armario que contenía los cubiertos.

—¿Qué? —Ella lo miró con curiosidad y rubor, con la punta de sacacorchos a punto de perforar la botella.

—Nada —dijo él—. Solo miraba.

Alyssa hizo fuerza, y la espiral metálica atravesó el corcho. Volvió a mirarlo.

—Sacaré las servilletas —dijo Jaime, que sintió la necesidad de hacer algo.

Volvió a la cocina y abrió el cajón donde estaban las servilletas, pero antes de cogerlas se detuvo y miró a los fogones. Con la mirada nublada, la imaginó tarareando con su voz dulce y bailando muy tímidamente mientras removía el caldo de verduras con el cucharón de madera. Un sentimiento intenso y lacerante se apoderó

de él. Luchó por identificar las causas del dolor. Se preguntó por qué una joven tan brillante, encantadora y atrayente había acabado ocultándose en el piso de un desconocido, cocinando para él y comportándose como si lo conociera de toda la vida. ¿Era en verdad un ángel que alguien había sacado del barro para salvarle, o por el contrario se trataba de una loba en la piel de una cordera que intentaba jugársela de la misma forma que hiciera Ernesto Shapiro? Un escalofrío le recorrió el cuerpo al sopesar tal posibilidad.

Regresó al salón con un par de servilletas. Alyssa lo esperaba de pie junto a la mesa, que ya estaba lista para empezar a comer. Jaime sonrió. El aroma del pollo a la cerveza había penetrado en sus sensores olfativos, interrumpiendo cualquier pensamiento opaco.

—¡La comida está servida! —exclamó ella reluciente mientras señalaba su obra con los brazos extendidos.

Para las ocho, Alfred Horner ya había acercado a Carroll a su portal y estaba en casa. Había dejado caer las llaves sobre la mesita que tenía junto a la puerta de su piso y, por enésima vez, había contemplado su plasma resquebrajado y sus estanterías abatidas. La sala de estar era un absoluto caos.

Tras rebuscar en el frigorífico y poner a descongelar un par de muslos de pollo, se desnudó y se metió en la ducha. Mientras se enjabonaba, la mente inquieta de Horner patinaba en torno a una serie de cuestiones capciosas: ¿Estaba de verdad en peligro? Quienquiera que fuera el que entró en su piso la otra noche y destrozó el salón, ¿era el mismo que le había dejado el cobarde mensaje en el lateral de su coche? ¿Cómo encajaba la mujer encapuchada en todo esto? ¿Qué ocurrió en realidad en ese pueblo del norte de España? ¿Debería invitar a Thomas a una cerveza para cerrar las posibles heridas abiertas? ¿Qué relación tenía Lennard con Sara Mora? ¿Y qué relación tenía Sara Mora con esa tal Diana? ¿Quién mató a Mike Lennard? ¿Y por qué?

Sentía una necesidad imperiosa de etiquetar y revisar, de recoger la ingente cantidad de información y posibilidades que se

agolpaban en su mente y ordenarla de una manera lógica. Un chorro de espuma resbaló por el tatuaje de su bíceps derecho y alcanzó los rasponazos que aún permanecían en su antebrazo. El escozor interrumpió sus cavilaciones. Tras lanzar un fugaz y ahogado gemido, miró a su alrededor y fue consciente de que llevaba demasiado tiempo en la ducha. Ahora era un hombre limpio con los mismos pensamientos turbios de hacía un rato.

Mientras se secaba, su mente viajó espontáneamente a una cuestión que acababa de pasar de refilón y se maldijo a sí mismo por haber estado a punto de ignorarla.

«¿Qué ocurrió en realidad en ese pueblo del norte de España?»

Mora era de allí, y también el hermano de Lennard, a quien habían encontrado muerto a los pies de un despeñadero. Además, la policía española aseguraba que la chica con quien vivía el suicida había viajado a Oxford el mismo día de la muerte de Lennard (¿la joven de la cinta de video?). De repente sintió una curiosidad incontenible por investigar sobre ello. Aunque el descubrimiento de una nueva puerta en el laberinto no desvelaba la salida de este, Horner se sentía como si hubiera adelantado un gran tramo del tortuoso camino en que se había convertido el caso.

Una vez vestido con ropa cómoda, se sirvió una copa de Four Roses con hielo y se acomodó en su sofá de cuero. Las cartas que Mora había dirigido a Diana estaban esparcidas por toda la mesita. Cogió una al azar y la leyó. Cuando terminó, rellenó el vaso vacío y leyó otra carta cualquiera. Su ahora ebria consciencia se había quedado atrapada en las mismas dos palabras:

«Sara Mora.»

«SARA MORA.»

«S-A-R-A-M-O-R-A.»

Cuatro *whiskies* después, arrojó al suelo el papel que tenía en ese momento en las manos y se quedó en blanco observando de nuevo las caóticas estanterías. Después de algunos incalculables minutos en los que no ocurrió absolutamente nada, alguien llamó a la puerta. Tras ella reconoció a Ania con dificultad. La despampanante y sensual Ania. La cogió de la mano sin más y la llevó hasta el dormitorio.

Los muslos de pollo iban a pudrirse en la encimera de la cocina.

Capítulo 14

—¿Cuánto tiempo llevamos con esta extraña conversación, Salas?

—No tengo ni idea. Reconozco que he perdido la noción del tiempo.

—Deberíamos regresar al interior, ya debe de ser la hora de la comida.

—Morgan, ¿nunca ha pensado en cometer una locura?

—¿Como qué?

—No lo sé, cualquier cosa: mudarse al extranjero, tirarse en paracaídas, o en mi caso, puede que fugarse de este centro...

—Es peligroso salir de la zona de confort, doctor.

—Peligroso, ¿eh? Dígame: ¿hace cuánto que no sale de la zona de confort con su mujer y sus hijos?

—Me pilla usted desprevenido, vaya. No sabría contestarle.

—Lo suponía. El caso es que si piensa que la aventura es peligrosa, no debería bordear el sendero de la rutina: es letal. Esta ha sido la novena, creo.

Domingo 12 y lunes 13 de noviembre de 2006

U nos minutos antes de que los acontecimientos en el centro psiquiátrico de Ámbar dieran un vuelco, Rafael Salas se encontraba sopesando la idea de mover el alfil o, por el contrario, avanzar con uno de sus caballos para comer el peón negro de Cándido e/

tertuliano. Optó por la segunda opción, y, tras ejecutar el movimiento, alzó la vista como diciendo a su oponente: «tu turno».

—Ainge, Maxwell, Bird, McHale, Parish —musitó Cándido en un hilo de voz y con las pupilas clavadas en sus figuras—. Suplentes: Archibald, Buckner, Henderson, Carr y Robey.

Salas lanzó un suspiro que representaba lo harto que estaba de escuchar siempre los mismos nombres.

Uno de los enfermeros más jóvenes del centro, uno que se peinaba con tal cantidad de gomina que lo alto de su cabeza parecía la bola negra de billar, se detuvo al pasar junto a la mesa donde se estaba jugando la partida de ajedrez. Esa mañana le tocaba turno de vigilancia en la habitación de los juegos.

—¿Qué está recitando esta vez? —preguntó a Salas con una mueca divertida, haciendo referencia al *tertuliano*.

—La plantilla de los Boston Celtics de algún año de la década de los ochenta —respondió seco, alzando la vista hacia el chico y con la barbilla posada sobre la mano, como si el aburrimiento hubiera provocado el aumento de peso de su cráneo.

El joven enfermero dejó escapar una sonrisa a la vez que dedicaba a Salas una mirada compasiva.

De pronto algo ocurrió en la sala que hizo que al chico del pelo brillante se le tensaran los músculos de la cara. Cuando Salas volvió la cabeza hacia donde él miraba, constató que la actividad de toda la estancia se había detenido para observar con cierto espanto al recién llegado. El antiguo neurocirujano no había visto antes a ese hombre, pues supo con certeza que, de haberlo hecho, se acordaría de tan grotesca descripción.

Un chimpancé. Esa fue la imagen que se le formó a Rafael en la mente cuando centró su interés en el visitante. Se trataba del perfecto ejemplo para demostrar la conocida hipótesis sobre la cual se sustenta la teoría de la evolución de Charles Darwin: el hombre proviene del simio (si es que aquello era de verdad un hombre). Aun encorvado como se desplazaba, Salas pudo deducir que su estatura real no superaba los ciento sesenta centímetros. No caminaba, sino que arrastraba los pies en un esperpéntico gesto que, de no ser por los detalles faciales del susodicho, hubiera resultado sin lugar a dudas su faceta más estremecedora. Pero era el gesto del rostro lo

que más escalofríos provocaba entre los que se encontraban a su alrededor. Unos redondos y enormes ojos verdes lo observaban todo con atención, como dos faros; y los párpados se antojaban antinaturales porque, entre otras cosas, estaban desprovistos de pestañas. Tenía el cráneo cubierto por una piel rugosa y viscosa, manchada y llena de cicatrices, aunque sin un solo cabello. Pelo que la criatura lucía en abundancia en la zona de la barbilla, construyendo una oscura y enredada barba. Salas tuvo la irónica e inoportuna ocurrencia de que, de tener la cabeza al revés, es decir, el mentón en el punto más alto y el cráneo donde el mentón, posiblemente el sujeto sería menos monstruoso.

Pero más que su aspecto físico, lo que a Salas le llamó la atención fue el efecto que provocaba en todos los presentes, tanto tarados como enfermeros. La sala de los juegos había sido súbitamente invadida por un gélido silencio, solo alterado por el casi imperceptible murmullo de Cándido.

«*Ainge, Maxwell, Bird, McHale, Parish. Suplentes: Archibald, Buckner, Henderson, Carr y Robey*», continuaba el tertuliano, ensimismado, como si todo lo que estuviera al margen del tablero de ajedrez no existiera.

Los segundos que continuaron fueron extraños. El demente — porque si algo tenía claro Rafael Salas en ese momento era que se trataba de otro enfermo— dio un repaso rápido a la sala con unos ojos vivaces aunque confusamente desalmados, y después se desplazó hacia donde se estaba jugando la partida de ajedrez. El joven enfermero se apartó por puro instinto cuando pasó por su lado. Rafael, por su parte, esperó expectante al siguiente movimiento de la criatura, que seguro que llegaría mucho antes que el del absorto Cándido.

—*Fíjate, Félix, qué sorpresa. ¡El loco tramposo senil!* —soltó de pronto el chimpancé, mirando hacia algún mundo solo existente en su cerebro.

Tan confusa le resultó a Salas la frase como el hecho de que se comunicara en voz alta consigo mismo (seguramente debido a que no tenía a nadie más con quien hablar). Pronto comprendió que cada uno de sus movimientos era como la lógica de una máquina tragaperras: totalmente impredecible. La criatura se giró sobre sí

misma al punto de terminar su frase y salió corriendo por donde había llegado.

—Es Félix —habló el enfermero por encima del profundo silencio. Había palidecido con el suceso—. Joder, no debería andar suelto.

Salas se volvió como un resorte, asociando enseguida el nombre de Félix con los violentos golpes producidos la otra tarde contra la puerta del despacho del director Grau. «Fuerzas como si se ayudara de un tronco de madera...»

Fueron necesarios algunos minutos para que la habitación volviera del todo a la normalidad, y casi media hora para que Rafael se hartara de esperar el siguiente movimiento de Cándido. El exdoctor se incorporó y salió por la puerta, sin mediar palabra y dejando la partida de ajedrez a medias.

«*Ainge, Maxwell, Bird, McHale, Parish. Suplentes: Archibald, Buckner, Henderson, Carr y Robey...*»

Caminaba solitario por los jardines del centro buscando a Saúl Morgan con la mirada, cuando un grito de otro mundo le erizó la piel.

—*¡Loco tramposo senil! ¡Loco tramposo senil!*

Al volver la cabeza, encontró a Félix sentado sobre uno de los fríos bancos de piedra que había en una esquina del jardín, junto al muro. Vestía un jersey de lana viejo y unas zapatillas blancas. Lo estaba mirando. La criatura vivía confinada en el interior de su oscura celda, lo que explicaba que casi ningún otro enfermo la hubiera visto antes. Esa mañana resultó ser una excepción en su rutina.

—Hola —dijo Salas con toda la naturalidad que su incertidumbre le permitió.

Se acercó muy lentamente sin apartar la mirada del esperpento y se detuvo a medio metro de él, de pie, junto al banco.

—*Félix está asustado* —gimió el discapacitado en voz muy baja.

—Me llamo Rafael, y no voy a hacerte daño. —El anciano extendió el brazo y tocó el hombro de Félix con la prudencia de

quien está a punto de alimentar a un tigre de bengala. Para su asombro y alivio, no se inmutó con el roce—. Te llamas Félix, ¿verdad?

—*El hierro guarda un secreto muy feo* —pronunció, sin prestar atención a las preguntas de Salas—. *Tras la música de campanas.*

Rafael frunció el ceño.

—¿Intentas decirme algo?

—*El incompleto protege el tubo férreo, Félix.*

—¿Puedo saber qué significan esas cosas? —preguntó Salas, que de repente sintió una profunda curiosidad por el enfermo.

—*Mira Félix, el loco tramposo senil quiere saber sobre la música de campanas* —continuó con su sinsentido—. *Y el incompleto protege el secreto con el tubo de hierro.*

—Veo que te gustan los acertijos, amiguito —tanteó el antiguo doctor, ganando en confianza. El tigre de bengala se estaba convirtiendo en un gatito.

—*El loco tramposo senil es listo, Félix.*

—¡De modo que son acertijos! —Salas elevó la voz, eufórico—. He acertado, ¿verdad? A ver... ¿quién es el loco tramposo senil? ¿Soy yo?

Excitado como un niño superdotado, Rafael probó suerte con el idioma que el otro practicaba.

—*El loco tramposo senil es listo* —repitió Félix.

—¡Soy yo! —exclamó Salas mientras daba fuertes palmadas.

«Este monstruo chiflado opina que yo estoy loco, hay que joderse», masculló, más con ironía que con indignación.

—Y, dime, ¿por qué dices que soy un loco tramposo senil?

—*El loco tramposo senil es listo. Pero Félix no le dirá lo que guarda el tubo de hierro. Es un secreto...*

—Félix, escúchame —agarró el brazo de la criatura, que seguía sin reaccionar—: ¿por qué soy un tramposo?

—*Es un loco tramposo, y además es peligroso, ¿verdad que sí, Félix?*

«*Mecagüen la leche...*»

—¡Deja de repetir lo mismo y respóndeme!

Dominado ahora por la exasperación, la mano de Rafael Salas se cerró con fuerza en torno a la muñeca de Félix y la agitó. De

pronto, este se revolvió gruñendo como un perro rabioso y arrojó a Salas con fuerza contra el césped.

—*¡Félix está en peligro!* —aulló para sí, como si no se hubiese dado cuenta de que el peligro era él mismo—. *¡Socorro!*

Aterrado, Salas vio desde el suelo cómo el enfermo se abalanzaba sobre él y aprisionaba su cuello con dos monstruosas manos. Más que apretarlo, lo atenazaban. Rafael recordaría para siempre el pavoroso vacío de aquellos ojos. Marcianos, mudos.

—*¡Félix, yo no quiero hacerte daño!* —suplicó el anciano entre gemidos. Estaba siendo estrangulado por un enfermo.

—*Félix va a aniquilar al loco tramposo senil. ¡Sí, lo hará!*

El anciano, que empezaba a notar la falta de aire, buscó desesperadamente la ayuda de alguien con el rabillo del ojo, pero desde su posición solo pudo ver briznas de hierba. Intentó gritar, pero no acertó más que a escupir un agónico hilo de voz.

—*¡Félix lo aniquilará!* —repetía el engendro una y otra vez.

Justo cuando Salas estaba a punto de perder el conocimiento, alguien llegó corriendo y apartó a Félix de un empujón. El oxígeno volvió a alimentar sus pulmones. Una vez libre, el anciano se palpó la zona de la nuez y se recompuso. Cuando recuperó el sentido de la vista, vio al enfermero repeinado esposando a Félix por detrás de la espalda. Después varios enfermeros condujeron a la criatura a su celda.

Rafael Salas no habló con nadie de lo ocurrido; ni siquiera dio las gracias por haber sido salvado. Accedió directamente a su angosta habitación y se quedó reflexionando toda la tarde. Supo que estaba muerto de miedo. Echaba de menos ser el Yayo de Oli.

Permaneció en vela durante gran parte de la noche.

La mañana era luminosa y agradable en la urbe madrileña cuando Alyssa entró en la cocina y tomó una lata de refresco de la nevera. Ya estaba empezando a sentir que las paredes de aquel piso la comían, así que tenía que encontrar el modo de distraerse sin necesidad de salir a la calle (se lo había prohibido tajantemente a sí misma desde que llegó a la casa, pues la policía acechaba por

toda la ciudad). Para matar el tiempo hasta que Jaime volviera de sus recados matinales, había hecho algunas series de abdominales utilizando un cojín como tatami. Después del ejercicio y de recorrer todos los canales de la televisión varias veces, ya no se le ocurría nada más que hacer salvo atacar el frigorífico. Por fortuna, Jaime entró en el piso portando varias bolsas llenas de comida. Saludó en voz alta, y, cuando se reunió con ella en la cocina, sacó un periódico de una de las bolsas y lo dejó caer sobre la encimera.

—¡Buenas noticias! Parece que ya se van olvidando de nosotros.

Alyssa tomó el noticiero y fue pasando las hojas con rapidez; solo leía los titulares.

—He dejado de ser noticia —murmuró para sí misma, tan felizmente sorprendida que no se acordó de dedicar ni un minuto a comprobar que él también había dejado de ser novedad para la *calaña periodística*.

Sin dar importancia al descuido, Jaime abrió la puerta de la nevera y se unió a Alyssa con un botellín de cerveza. Después extrajo de las bolsas de la compra una lata de aceitunas rellenas.

—¡Celebrémoslo! —exclamó, eufórico, y Alyssa imaginó que estaba exagerando a propósito. Le agradeció el optimismo con una dulce sonrisa.

—Sigues preguntándote qué es lo que hice en Oxford, ¿verdad? —preguntó Alyssa con guasa, sentada ya en una silla del salón, mientras se llevaba una aceituna a la boca. La masticó lentamente al tiempo que los dos pares de ojos se analizaban con gusto.

Jaime había preparado una mesita baja con dos posavasos, las aceitunas y un cuenco con patatas fritas. El equipo de música reproducía, con el volumen muy bajo, un disco de Van Morrison. Tras unos segundos en los que solo se escuchaba la cálida voz del autor norirlandés, Jaime respondió con la misma chulería y con los ojos muy brillantes.

—¡Para nada! A decir verdad, lo que pasaba por mi cabeza era cómo te las vas a arreglar para demostrar mi inocencia y

devolverme mi empleo.

—Bueno, tú ten paciencia. Cada cosa a su tiempo. —Alyssa pronunció la última frase sílaba a sílaba mientras le daba cómplices toques con la mano en la rodilla—. Venga, cómete la patata de la vergüenza.

Cada frase que pronunciaban era como si intentaran, por un lado intimar, y al mismo tiempo sonsacar información el uno sobre el otro. Para Jaime, las conversaciones con Alyssa se habían convertido en apasionantes juegos de estrategia, y estaba convencido de que ella opinaba de igual manera.

Consagraron el resto del día a acostumbrarse a convivir como buenos compañeros de piso. Después de comer, mientras él fregaba los platos, Alyssa abrió el mueble donde Jaime guardaba los DVD y propuso en voz alta una sesión de cine para la sobremesa. Él, como buen cinéfilo, aceptó encantado.

Aproximadamente a media sesión de *El fugitivo* —ambos la habían visto ya con anterioridad, pero estuvieron de acuerdo en que sería una elección salvajemente irónica, debido a su situación personal—, sonó el teléfono fijo. Se trataba de María Vergara interesándose por el estado anímico de su hermano. Inesperadamente, comenzó a hablar con manifiesta frialdad al enterarse de que Jaime había empezado a compartir piso con una jovencita.

—Era mi hermana —informó él nada más colgar, incitando a Alyssa a que lo hablara por primera vez de su familia.

No hubo suerte. Todo lo que respondió ella fue un asentimiento con la barbilla y un «venga, volvamos a la peli».

A medida que pasaban los minutos, Jaime la iba encontrando más enigmática. A pesar de que su trato era normal, incluso bastante agradable dadas las circunstancias, tenía la sensación de que le estaba mostrando un ínfimo porcentaje de su verdadera vida. Solamente la punta del iceberg. Ni siquiera sabía a qué se dedicaba cuando no estaba escondiéndose de la policía, o qué quería ser en un futuro, por ejemplo. Bastaba con hacerle una pregunta:

—¿Vas a la universidad?

—No. Estudio por mi cuenta lo que considero interesante.

«¿Por qué será que no me sorprende?», pensó Jaime.

—¿Y qué consideras interesante?

—Las ciencias políticas.

—Pues, si quieres un consejo, vas a tener que inscribirte en la universidad para poder ganarte la vida. Así es cómo funciona el mundo —dijo él, que realmente no sabía adónde quería ir a parar.

«¿Intento ser su amigo o su padre?»

—Hay muchas cosas que todavía tengo que cambiar para que mi mundo funcione —respondió Alyssa más mordaz de lo que pretendía. Después dirigió su atención hacia la pantalla dando por concluido el tema.

Terminaron de ver la película en silencio y después estuvieron conversando en el sofá hasta que anocheció. Hablaron de muchas cosas que nada tenían que ver con el pasado de Alyssa, ni con sus estudios, ni tampoco con el caso Shapiro ni el misterio de Lennard. Jaime se dio cuenta de que estaba congeniando mejor con una chavala de 18 años que con la gente de su entorno.

—Tengo que ir a ducharme —exclamó Alyssa de pronto, como si llegara tarde a algún sitio. Obsequió a su compañero con una última mirada de complicidad y se levantó en dirección al cuarto de baño.

—OK, mientras tanto haré la cena.

Jaime cocinó unas lubinas al horno con una vinagreta de cebolla y pimienta verde. Mientras Alyssa se duchaba y se secaba el pelo, preparó la mesa del salón y corrió parcialmente las cortinas del ventanal, de manera que se podían ver las luces de aquellos oficinistas que aún trabajaban en los edificios de la zona financiera. Ella salió del cuarto de baño en chancletas, con una camiseta de tirantes blanca y unos shorts vaqueros bastante desgastados. Él le preguntó en broma si no tendría frío con tan poca ropa, a lo que ella simplemente se encogió de hombros. La cena olía de maravilla, así que Alyssa se zampó su lubina sin pronunciar una sola palabra. Jaime, preocupado, miraba una fea cicatriz que tenía ella en el hombro. Cuando ambos terminaron, la joven le dio las gracias por la cena y brindaron con vino blanco.

Un par de horas más tarde, tras haber estado trasteando con el ordenador de Jaime —siempre con su permiso—, Alyssa se preparaba para dormir. Cuando se metió entre las sábanas del sofá cama del salón, se dio cuenta de que estaba irritada. Y su estado se debía a Jaime. Hacía muchos años desde la última vez que estuvo enamorada de un hombre, si es que lo había estado algún día. Había aprendido a desconfiar de ellos, por muy buena carcasa que presentaran. Charly la trató de manera aceptable durante años. Se acostaron un número incontable de veces, y hasta que se suicidó, nunca le había puesto la mano encima (aunque estuvo cerca alguna que otra vez). A él le debía el haberse convertido en una mujer adulta con tan tierna edad, pero desde luego nunca llegó a amar a ese puerco sin escrúpulos.

Jaime tenía el tan irritante gesto masculino de mirarle el culo y las piernas antes que la cara. En cambio, no reaccionaba como los demás hombres que había conocido. Cuando Alyssa se acercaba voluntariamente con alguna excusa para poder rozarlo, él miraba para otro lado y se alejaba. Inaudito. No podía haber sido más amable con ella desde que aceptó darle cobijo. Se comportaba como un caballero, se ofrecía a todo con una sonrisa y siempre le preguntaba su opinión sobre cualquier tema que estuvieran hablando.

Lo primero que había hecho ella esa mañana cuando Jaime salió a correr fue husmear en sus cajones y armarios con la intención de encontrar alguna prueba, como una foto o una carta, que demostrase que salía con alguna chica. Incluso entró sin éxito en sus ficheros privados que guardaba en el ordenador. Aquel hombre daba la impresión de ser todo un solitario. «Como yo.» Luego, cuando él regresó, lo había provocado intencionadamente confesándole lo que había estado haciendo, e incluso le preguntó por su vida sentimental. En lugar de recibir una indignada bronca por su parte, la pregunta pareció sorprenderle positivamente. Murmuró algo irónico y se metió en la ducha mientras gritaba: «¡ninguna mujer me soporta, Aly!»

Así que estaba irritada con él. Maldita sea, Jaime la había tratado en dos días mejor que nadie en toda su vida.

Permaneció tumbada mientras escuchaba cómo Jaime se lavaba los dientes y salía del baño. Para agravar su enojo, él se acababa de encerrar en su habitación sin siquiera darle las buenas noches. Lo último que oyó fue el golpe hueco que hizo el colchón cuando Jaime se dejó caer encima, a dos metros de ella al otro lado de la pared. Se levantó inquieta, se acercó a la ventana, y contempló la oscuridad donde un rato antes estaban las oficinas iluminadas. Permaneció en ese estado unos minutos antes de tomar una decisión.

Jaime Vergara leía en la cama una novela de Stephen King cuando oyó un crujido en la zona de la puerta. Al alzar la mirada por puro acto reflejo, vio a Alyssa plantada bajo el marco de la puerta. Estaba completamente desnuda.

—¿Qué..., qué haces? —preguntó, inquieto como si un zombi putrefacto acabara de entrar en su habitación.

Se revolvió bajo las sábanas y se tapó hasta el cuello, como si fuese él quien estaba en cueros.

Ella se encogió de hombros muy melosa. Después se acercó a él, le quitó el libro de las manos y lo besó en los labios. Jaime tragó saliva mientras la apartaba para mirarle a los ojos, sedientos y sumisos. Tuvo una erección. Como no se quejó, Alyssa se subió a la cama y se colocó a horcajadas sobre él. Volvió a besarle y le acarició la erección. Jaime estaba perplejo. La apartó de su cuerpo.

—Aly..., esto no está bien. Eres una niña.

—¿Una niña? —respondió ella, que de repente parecía ofendida—. Pues no piensa lo mismo tu entropierna. Yo quiero acostarme contigo y es evidente que tú quieres acostarte conmigo. ¿Cuál es el problema?

—Pues que apenas nos conocemos, Aly. No sé nada de tu vida y... —las palabras se le atascaron en la boca—, y te acabas de meter desnuda en mi cama, por el amor de Dios.

—Pues no seas tonto y aprovéchate de que me tienes desnuda dentro de tu cama, toda para ti —contraatacó ella, que esta vez había decidido abordar con la lengua la zona de la oreja.

Jaime volvió a apartarla con el brazo, con tanta fuerza esta vez que la desplazó fuera de la cama hasta la tarima del dormitorio.

—Yo no soy de los que follan con cualquiera a las primeras de cambio —espetó Jaime, de repente irritado, e inmediatamente fue abordado por un terrible sentimiento de culpa.

—¿Cualquiera? —repitió Alyssa desde la posición de un simple perro de compañía. Estaba en el suelo, desnuda, humillada—. Muy bien. —Se incorporó y se dirigió a la puerta, muy digna—. Buenas noches.

Jaime recibió el «buenas noches» como un dardo envenenado directo a su corazón.

En los siguientes segundos, que se convirtieron en un momento francamente embarazoso, Jaime presenció cómo Alyssa desaparecía de su vista dejando tras ella un doloroso portazo. Cuando por fin se quedó solo y a oscuras, le costó más de dos horas conciliar el sueño.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de un detalle aparentemente sin importancia: esa noche, Alyssa se había olvidado de apagar el ordenador de Jaime, dejando abiertos los programas informáticos que ella había utilizado. Uno de ellos era la aplicación de chat, cuya *webcam* apuntaba al centro de la habitación, justo donde estaba la cama de Jaime. En el momento en que Alyssa se metió desnuda entre sus sábanas, había un usuario conectado al chat. A casi 500 kilómetros de distancia hacia el norte, en su habitación empapelada con pósteres de jugadores de fútbol, un niño de diez años que adoptaba en Internet el seudónimo de *Jasper* acababa de presenciarlo todo.

Cuando Jaime salió de su habitación con las primeras luces de la mañana siguiente, Alyssa todavía dormía plácidamente en el salón. Desayunó un fugaz zumo de naranja procurando hacer el menor ruido posible, se duchó a toda prisa y salió por la puerta con la intención de ir a comprar sellos e invertir en un décimo de lotería. A decir verdad no se trataba más que de una excusa barata para evitar el irremediable momento de encontrarse de nuevo con Alyssa

(hacía años que Jaime no enviaba una carta por correo, y rara vez apostaba). Y era irremediable porque, le gustara o no, ella vivía en su casa y no podía salir, de modo que, si no quería darse a la fuga como un miserable —no llegó a considerarlo como una opción—, no le quedaba otra que enfrentarse a ella. *Enfrentarse* a ella. Una expresión demasiado hostil para el aprecio que le había cogido.

Durante toda la noche había intentado olvidar la imagen de ella sin ropa y mirándole con su particular gesto dócil desde el umbral de su habitación. En varias ocasiones dibujó en su mente la silueta del cuerpo frágil debajo de la camiseta blanca de tirantes, caminando impasible con el contoneo tan sexy que provocaba el andar de sus botas negras con unos tacones más oscuros que el propio abismo. Era una imagen que provocaba deseo. Había llegado a la conclusión de que lo que de verdad le aterraba era que su instinto más carnal tomara las riendas de sus decisiones en el momento en que la volviera a tener frente a frente. De que simplemente no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar cuando volvieran a encontrarse en la misma habitación.

Después de casi dos horas caminando por las calles del barrio en las que intentó clasificar sin éxito lo que le decían su cerebro y su corazón, decidió enfrentarse a la cruda realidad: tenía que volver a casa y hablar con Alyssa. Pedirle disculpas.

Experimentó una extraña euforia que creció a medida que se fue acercando a su edificio. Accedió al portal y subió las escaleras de dos en dos.

—¡Aly! —gritó desde el recibidor al constatar que Alyssa ya se había levantado. El sofá cama del salón había retornado a su forma original y las cortinas ondeaban con la brisa otoñal que entraba por el hueco de la ventana, ahora completamente abierta.

Jaime se acercó a la cocina y después al dormitorio. La calma era absoluta.

—¿Alyssa? —insistió, ahora con un hilo de preocupación en su voz.

«¿Dónde demonios te has metido?», musitó mientras miraba hacia todos los rincones de la casa. A Alyssa se le había tragado la tierra.

Sobre la mesa del salón encontró un papel de cuaderno que, a bolígrafo azul y caligrafía irregular, decía lo siguiente:

Querido Jaime. Siento desaparecer como por arte de magia y sin avisar. Tengo que hacer una cosa con urgencia y sería peligroso que me acompañaras.

No encuentro la forma de agradecerte todo lo que has hecho por mí estos días. Sin embargo, mereces conocer toda mi verdad. Ahora no tengo tiempo, y además no quiero que te enteres a través de una carta, pero si sigues interesado en mí y en mi historia, está en tu mano conocerla. Viaja al pueblo de Ámbar, en Cantabria, y pregunta por Óliver Morales. Vive en una bonita casa delimitada por una valla blanca que hay junto a la playa. Él te dará respuestas.

Cuídate mucho, espero volver a verte.

Te quiere,

Aly

PD: Detesto la lubina...

A Jaime le vinieron a la cabeza tres pensamientos muy definidos y en un orden muy concreto. Lo primero que lamentó inmediatamente después de leer la nota fue la desaparición de Alyssa de su vida. Se había esfumado «como por arte de magia», como ella misma había expresado. De pronto se sintió solo en su propia casa, y experimentó un incómodo malestar en la zona del corazón.

El segundo sentimiento reemplazó ese dolor por rabia e impotencia. Se dio cuenta de que Alyssa había roto su parte del trato. No solo había desaparecido sin dejar rastro, sino que no había movido un dedo para ayudarle en el caso Shapiro, tal y como le había prometido. Se sintió como un estúpido integral.

Para el tercer pensamiento necesitó tomarse algunos segundos de reflexión, pues lo que acababa de ocurrir dentro de su cabeza lo requería. Subconscientemente había lamentado antes, y con más fuerza, la pérdida de Alyssa que su traición. Y eso era preocupante. Supo que el caso Shapiro, su pérdida de empleo y su más que posible condena habían sido relegados a un segundo plano, pues, por increíble que pareciera, la sensación de soledad tras la marcha

de la joven le había invadido más de lo que hubiera llegado a pensar.

Sin saber muy bien cuál iba a ser su siguiente paso, se sentó en el sofá. La añoraba. Quería volver a verla, y deseó regresar atrás en el tiempo para tenerla de nuevo entre sus sábanas.

¿Le había abandonado, dolida y avergonzada, por lo ocurrido la otra noche? Era lo más probable. Lamentó haberse referido a ella como *una cualquiera*, y utilizar la fuerza para echarla de la cama había sido la gota que terminó por colmar el vaso. Le invadió el arrepentimiento más profundo, y después la culpa. Él la había expulsado, esa era la única realidad.

Agitó la cabeza para ahuyentar las ideas que solamente podían dañarlo, y leyó la nota por segunda vez.

«Ámbar.»

¿Dónde había escuchado ese nombre antes? ¿No era el pueblo de Sara? Una implacable chispa ardió en su cerebro. ¡Sara! Recordó en ese instante la llamada del psiquiatra la otra tarde informándole de la citación en *Skype*. Lo había tomado por estúpido, y después... después llegó Alyssa y...

«¡Maldición!», gritó una y otra vez al aire, como si fuese el *hooligan* de un equipo al que acaban de meter el gol decisivo en una final. «¡Mierda, mierda, mierda!»

Cuando se serenó y trató de pensar, comprendió que no tenía forma de establecer contacto con Sara, salvo viajando a Oxford y buscándola allí. Imposible. Por otro lado, podía viajar a ese pueblo del norte, encontrar a Óliver Morales, y descubrir el gran secreto de Alyssa, que era lo que de verdad le pedía el cuerpo. Si salía ahora, estaría allí antes del atardecer.

Tardó menos de quince minutos en preparar una mochila con algunos artículos esenciales de higiene y alimentación. Bajó al garaje, donde arrancó el Porsche, y tomó la autovía del norte ignorando los límites de velocidad que le marcaba la ley.

Capítulo 15

—Voy a hacerle una pregunta, Morgan, y quiero que sea dolorosamente sincero.

—Está bien, lo intentaré.

—¿Le parece que soy un cascarrabias?

—Dolorosamente cascarrabias.

—Muy agudo, ¡no ha tardado ni medio segundo en contestar! Lo cierto es que debería de tener el pie izquierdo lesionado de lo cascarrabias que he sido.

—¿A qué ha venido la pregunta?

—Mi exmujer siempre lo decía. También opinaba que no la quería lo suficiente, que estaba siempre de mal humor. Pero lo que ocurría era que a veces fingía que no la quería solo para descubrir lo que se siente cuando en mitad de la noche me daba cuenta de que en realidad no quería vivir sin ella. Me inventaba motivos para ser un borde de mierda porque llegué a encontrar el punto de placer en el dolor.

—Doctor, perdone que le moleste, pero mire hacia allí.

—¿Qué quiere que mire?

Domingo 12 y lunes 13 de noviembre de 2006

Alyssa nunca había deseado tan intensamente que le tragara la tierra. En cuanto percibió en los ojos de Jaime lo terrible que había resultado la idea de asaltar su cama, todo se había precipitado en

una serie de acciones por parte de ambos que habían derivado en un escenario emocionalmente complicado. Durante los segundos que siguieron al bochornoso espectáculo y al posterior portazo, Alyssa quedó petrificada y en silencio junto a la puerta del dormitorio, quizá con la esperanza de que el tiempo se congelara y desaparecer sin más. Recompuso en su mente las palabras pronunciadas y los gestos realizados desde que ella entró a la habitación hasta que él la echó de la cama como a un perro desobediente. ¿Lo había mandado todo a la mierda? Aquella fue la segunda vez en pocos días que se le humedecieron los ojos.

«Maldita sea —se repitió en voz muy baja, llena de ira contenida—, ¡piensa que soy una puta!»

Se dio cuenta de que seguía desnuda, así que volvió a ponerse las bragas y su camiseta de tirantes al tiempo que continuaba maldiciendo su estupidez.

Después se hundió entre las sábanas del sofá cama y dejó que un intenso dolor, de esos que se sienten en lo más profundo del pecho, la invadiera. A lo largo de su existencia, Alyssa había sido violada, utilizada, humillada, perseguida y amenazada, pero aquella fue la primera vez que el desamor se cebaba con ella. Permanecer desnuda sobre Jaime, piel con piel y con las miradas enfrentadas, había constituido el momento más bonito y emocionante de su vida. Un momento que había terminado con una derrota a los pies de la cama. Acabó durmiéndose con una huella de lágrima seca en su mejilla, sin saber que aquella iba a ser su última noche en esa casa.

Abrió los ojos, como a cámara lenta, casi nueve horas después. Tras la reconfortante sensación inicial de despertar a las tantas de la mañana y de forma natural, su rictus se contrajo al regresar Jaime a sus pensamientos; el subconsciente solo le había concedido un par de segundos. El piso estaba en calma, aunque con el ambiente algo viciado, y la otoñal luz del sol entraba en el salón componiendo un despertar idílico.

Tenía miedo a encontrarse con Jaime en algún rincón de la casa y tener así que dedicarle un simple «buenos días» (¿qué cara

iba a ponerle?), así que agudizó el oído. A excepción del rugir de los motores de los vehículos en el exterior, no oyó el más mínimo sonido. Se levantó, dobló y guardó las sábanas, y entró en la cocina, donde tampoco había nadie. Se encogió de hombros y se sirvió un zumo de naranja, que bebió de un trago. Después se acercó a la puerta del dormitorio (estaba abierta), y confirmó que se encontraba sola. La habitación estaba perfectamente limpia y ordenada, pero no había rastro de vida.

Justo en el momento en que iba a darse la vuelta para ir al cuarto de baño, detectó una singularidad con el rabillo del ojo. La luz azul de un led brillaba en el canto del ordenador portátil de Jaime, que estaba abierto sobre la mesa tal y como recordaba haberlo dejado ella la otra noche. Un mal presentimiento le recorrió la médula espinal. Cuando se acercó al aparato, comprobó algunas cosas, y todas eran malas: el ordenador estaba encendido, la aplicación de chat abierta y la webcam activada. Seguía filmando, en realidad. En una esquina del monitor, una conversación que no había sido cerrada.

Usuario: Jasper.

Hora de la desconexión: 01:23

La joven palideció de súbito. Había olvidado cerrar el chat la otra noche, con la correspondiente conversación, y justo antes de...

«¡Mierda!»

La vergüenza experimentada al haber sido rechazada en plena cama y en cueros, acababa de ser duplicada. No solo había quedado como una zorra caprichosa delante del hombre que estaba empezado a amar, sino que Oli, el único amigo que tenía en el planeta, lo había presenciado todo.

Se dejó caer sobre el edredón y se acercó la mano a la boca de manera instintiva.

Si Oli de verdad sentía por ella el cariño que imaginaba, ahora mismo debía de estar profundamente cabreado y abochornado. Y eso era lo que menos quería en un momento como aquel. Estuvo un rato dando vueltas al más que posible estado de ánimo de su jovencísimo amigo, y llegó a la conclusión de que la palabra más adecuada era *celoso*. Se le antojó tan tierno como disparatado.

El agente en prácticas Marcos Tena detuvo el coche de alquiler en doble fila y continuó caminando hasta la calle que cruzaba la avenida, dos manzanas más adelante. Iba de incógnito y lo que menos quería era llamar la atención, de modo que cuando llegó al portal, esperó a que alguien entrara o saliera del edificio para colarse en el vestíbulo con disimulo. Para matar el tiempo mientras esperaba, extrajo del bolsillo un paquete de chicles y se metió uno a la boca. Aprovechó también para valorar su trabajo en solitario desde que Barreneche le diera plena responsabilidad.

Se sentía bien consigo mismo. No satisfecho, pero básicamente bien. No es que no estuviera cumpliendo las órdenes de su jefe a rajatabla. En realidad ahí radicaba el problema: no eran unas órdenes cuyo cumplimiento provocara en alguien la más mínima satisfacción. Pero a fin de cuentas era su cometido y, a decir verdad, lo estaba ejecutando como un profesional experimentado. Se había pasado los dos últimos días trabajando por su cuenta. Su labor consistía en seguir un rastro, la pista de una jovencita desaparecida y escondida en algún lugar de Madrid. Lo que vulgarmente solía denominarse *una aguja en un pajar*.

Lo primero que había hecho fue volver al Sensations, el bar de Maximiliano, donde fue muy mal recibido. Max no solo no proporcionó ningún detalle extra sobre la fugitiva, sino que no tardó en echarle del garito entre mordaces amenazas. Tena, malhumorado, pensó mientras abandonaba el bar que a lo mejor bañarlo en alcohol (el intimidatorio abuso de la placa, en definitiva), era la única manera de conseguir un trato amable.

En realidad no guardaba grandes esperanzas de sonsacar más información de esa fuente, de modo que no perdió más tiempo y pasó de inmediato al siguiente escalón: el aeropuerto. Al mediodía del domingo 12 estaba cogiendo un avión con destino a Madrid. Conocía la fecha y la hora en que ella había aterrizado procedente de Oxford, además del vuelo y la compañía aérea. Supuso, por otro lado, que alguien a quien persigue la policía no se atrevería a tomar el transporte público colectivo. Eso limitaba todo a la opción de los taxis. Dedicó más de dos horas a preguntar a los muchos taxistas que se encontraban estacionados en el aeropuerto si reconocían a

la «chica de la fotografía». Estaba a punto de desistir cuando un hombre parco en palabras que conducía un Toyota y que gozaba de buena memoria fotográfica recordó el destino de su «cliente más peculiar del día», según dijo. Esa información llevó a Tena a su siguiente punto: el número 53 de la calle Orense. Alquiló un coche en el aeropuerto y condujo hasta ese punto de la ciudad. Llegó al atardecer.

Pero no tenía ni la más mínima idea del piso donde ella se escondía —suponiendo que siguiera allí—. Podía haber probado suerte llamando una por una a todas las puertas del edificio, pero eso habría llamado la atención en exceso, dándole a ella la oportunidad de escapar. No quería perder el factor sorpresa. Decidió pagar una habitación en un hotel cercano y continuar el día siguiente. Ya se le ocurriría algo.

Esa noche, mientras se estaba lavando los dientes antes de acostarse, Julián Barreneche lo llamó al móvil.

—Dime que tienes a la puta.

—Todavía no. Pero estoy muy cerca.

—¿Qué significa que estás muy cerca? Joder, no estamos hablando del Osama Bin Laden de los cojones.

—Significa que estoy muy, muy cerca. Le llamaré mañana con buenas noticias.

—Tena, no me toque las pelot... (biiiiip).

Marcos había decidido cortar la conversación colgando el teléfono. Acto seguido, lo apagó. Terminó de lavarse los dientes y se acostó con restos de adrenalina todavía corriéndole por el cuerpo.

A la mañana siguiente regresó al portal número 53, y como no se le había ocurrido nada inteligente, se quedó mirando a la puerta como un pasmarote esperando a que se produjera algún milagro. Entonces, cuando estaba a punto de renunciar a su factor sorpresa en favor de ir preguntando en cada piso, un hombre joven entró en el edificio asiendo dos bolsas del supermercado y un periódico. Algo le dijo a Tena que debía seguir a ese tipo, de modo que sujetó la puerta en el instante en que iba a cerrarse y se escurrió hacia dentro con sigilo. Siguió al hombre a una distancia prudencial y de puntillas mientras subía por las escaleras. Durante el ascenso se fijó en que una de las bolsas contenía dos piezas de lubina. No una, sino dos.

Cuando llegaron a su destino, guardó en la memoria el piso y la letra donde se había metido el tipo de las bolsas (2°C), y regresó al bajo. Se acercó a la zona de los buzones y comprobó su identidad. Dr. Jaime Vergara. No constaban en el cartel más nombres que el suyo. Con creciente excitación, corrió al segundo piso y pegó la oreja a la puerta C. Percibió una conversación ininteligible entre un hombre (el tal Jaime Vergara) y una mujer (¿ella?). Marcos sabía que eso no tenía por qué significar nada, pues bien podía tratarse de un hombre soltero saliendo a comprar pescado para comer con su ligue, o quizá la voz femenina correspondiera a su novia, que no vivía con él y por eso no constaba su nombre en el buzón. O incluso podía ser su hermana, o una simple amiga con la que había quedado esa mañana. Pero, en cualquier caso, las opciones de que se tratara de ella eran ahora mayores que hacía unos minutos. Reflexionó sobre su siguiente acción. Entendió que no tenía nada que hacer allí por el momento. Regresó al hotel y elaboró con calma un plan de ataque. No encendió el teléfono en todo el día.

A eso de las diez de la mañana siguiente se encontraba Marcos mascando chicle frente al portal 53 cuando la misma cara del día anterior, el tal doctor Jaime Vergara, salió por la puerta. Tena aprovechó para entrar y subir de nuevo al segundo piso. Se detuvo frente a la puerta C y extrajo su revólver de la funda que le colgaba del interior de la chaqueta. Quitó el seguro con suavidad y contuvo la respiración. Nunca había empuñado un arma contra alguien de carne y hueso, y por ello las extremidades le temblaban. Empleó algunos minutos en relajarse, en dejar que el sudor de las manos se secara en torno a la empuñadura del arma. En sentirse cómodo con ella.

¿Estaba seguro de lo que estaba a punto de hacer? ¿Y si la chica era inocente? En ese caso, podía meterse en un buen lío judicial.

Experimentó un retortijón en el estómago.

«Maldita sea, mi carrera en el cuerpo está en juego —masculló entre dientes—. ¡Te odio, Barreneche...!»

Se armó de valor, respiró hondo y golpeó la puerta con todas sus fuerzas.

—¡Policía! ¡Abra la puerta inmediatamente! —voceó.

Alyssa oyó un golpe seco al otro lado de la casa, seguido de voces crudas e inconexas que estaban siendo escupidas por un hombre desde la lejanía.

Se puso en estado de alerta.

Anduvo con suma cautela hasta el recibidor, donde escuchó la voz masculina de nuevo, esta vez mucho más nítida, pronunciada desde el otro lado de la puerta de entrada.

—¡Abra la puerta, no volveré a repetirlo!

«No es Jaime.»

—¡Policía!

«Maldita sea.»

Procurando no hacer crujir la tarima con sus movimientos, giró la mirilla y observó a través de ella. Vio a un varón joven, quizá demasiado para ser policía. Sus manos sostenían un revólver, y su expresión corporal era tan rígida que Alyssa pudo imaginarse su piel facial cubierta de sudor frío. Se preguntó quién de los dos estaría más acojonado.

Analizó la situación en cuestión de milisegundos. No tenía alternativa.

Tac.

Se mordió el labio inferior con fuerza, encomendó su suerte a algún Dios que quisiera escucharla, y abrió la puerta de golpe.

Inmediatamente se vio enfrentada a un pequeño punto oscuro que se le antojó el vacío umbral de la muerte. Era la primera vez que la apuntaban a la cara con el cañón de un arma. Tras el sobresalto, un ronco imperativo:

—¡Queda usted detenida! ¡Póngase contra la pared y cruce las manos por detrás de la espalda, señorita!

«No te dejes intimidar, Alyssa, este es tu momento», se dijo en clave de automotivación.

Decidió desobedecer y, tal y como solo ella sabía actuar, fue al ataque con todo:

—Yo no maté a Mike Lennard —musitó con la voz quebrada, rugosa. Alzó las manos con las palmas abiertas y tragó saliva con dificultad.

—¿No eres Alyssa Grifero? —preguntó el policía sin apartar el cañón de su cabeza. En efecto, las primeras gotas de sudor empezaban a caerle por la frente.

—Soy Alyssa Grifero, y no asesiné a Mike Lennard. —Elevó la voz, que se había transformado hasta sonar casi ceremonial. Miró por detrás del agente de policía hacia el descansillo del edificio, asegurándose de que Jaime seguía sin aparecer. Dadas las circunstancias, concluyó que era lo mejor.

—Señorita, por favor —insistió el policía mientras daba un paso más al frente—, no lo ponga más difícil. Sabemos lo de su viaje de ida y vuelta a Oxford el mismo día del crimen. Va a acompañarme a comisaría, por las buenas o por las malas.

Alyssa hubiera apostado un buen dinero a que ese hombre no había disparado un arma contra un ser humano en su vida.

Contra toda lógica, dio un paso hacia delante hasta que su frente quedó en contacto con la punta del revólver. Estaba helado.

—Soy Alyssa Grifero, y sí, el pasado 9 de noviembre viajé a Oxford. Estuve en la casa de Mike Lennard y vi cómo le metían una bala en el cráneo, aproximadamente a la misma altura de la cara a la que me estás apuntando tú ahora.

Las manos del policía, y por tanto el arma, empezaron a temblar contra la cabeza de ella. Alyssa detectó la duda en sus pupilas.

«Estás a punto de conseguirlo, nena.»

—Mientes —dijo él, cuyo dedo índice continuaba tenso contra el gatillo.

—Sabes que no —replicó Alyssa, que podía notar la adrenalina corriendo por sus venas. En ese instante se sentía como una superheroína—. Y si ahora me detienes o me disparas, habrá más muertes. —Hizo una pausa para saborear el momento—. Y habrá sido culpa tuya —susurró.

—En... entonces, según tú, ¿quién mató a Lennard? — preguntó el agente. A tenor del temblor en su voz, cualquiera hubiera dicho que lo que blandía era en realidad una pistola de agua.

—Te lo diré si me acompañas a Oxford ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde.

—¿Que te acompañe a Oxford? Estás loca...

El joven policía sujetó con fuerza el hombro de ella y la empujó de cara a la pared. Con un rápido movimiento, guardó el arma en su empuñadura y atenazó sus muñecas por detrás de la espalda.

—¿Me tomas por imbécil? —gruñó, con la boca pegada a su nuca. Por la furia de su voz, parecía querer decir algo así como «esta niña no va a torearne a mí, un policía».

A Alyssa, el hecho de que un hombre la forzara y la maniatara le trajo recuerdos que provocaron un enorme escalofrío. A pesar de ello, luchó por no perder el control, pues en el fondo sabía que la batalla verbal sí la estaba ganando.

—Escúchame, por favor —dijo con asombrosa serenidad—: si me llevas a Inglaterra y me aseguras protección, yo te conduciré hasta la persona que asesinó a Mike Lennard. Juntos lo detendremos, y serás un héroe. Saldrás en las noticias.

Alyssa notó que se redujo la presión que ejercían las manos del policía.

«Don Perfecto acabará soltándome.»

—Y si resulta que miento y al final fui yo la que de verdad disparó esa arma contra su cabeza, entonces me detienes. No tienes nada que perder, en ambos escenarios quedas como el policía que capturó al autor del *crimen de Oxford*.

Podía imaginar el cerebro del hombre trabajando a las máximas revoluciones por detrás de su nuca. No pudo evitar esbozar una ligera e inapropiada sonrisa.

De repente, el agente liberó sus manos y la ordenó volverse hacia él, de manera que pudiera verle la cara. Volvía a señalarle con el revólver, esta vez a la pierna derecha.

—Espero que no se trate de algún truco, porque te aseguro que no vas a escapar de ningún modo —dijo, tenso, como quien acaba de darse cuenta de que ha sido víctima de un estúpido timo—.

Vamos a irnos al aeropuerto ahora mismo. Pasarás el control de seguridad bajo mi protección, pero no te perderé de vista ni un segundo. Si necesitas ir al servicio, tendrás que hacerlo esposada y en menos de un minuto. ¿Ha quedado claro?

Alyssa sonrió, tal y como sonríe una adolescente a la que sus padres han dado permiso para ir a la fiesta de fin de curso.

—¡Muy claro, agente! —exclamó—. Vas a ser el jodido héroe del país, te lo garantizo.

El policía hizo una mueca de disconformidad.

—Venga, vámonos. Tienes cinco minutos para recoger aquello que consideres esencial. Después, te esposaré.

Entonces Alyssa pensó en Jaime, y después en Oli, dos nombres que irremediabilmente iban a pasar a un segundo plano en las próximas horas, dadas las circunstancias. Tenía que despedirse de ellos, contárselo todo. Pedirles disculpas.

Se dirigió al cuarto de baño, siempre bajo la estricta supervisión de Don Perfecto, y se encerró en él. De los cinco minutos concedidos, dedicó solo uno a llenar una bolsa con jabón y ropa interior, y los otros cuatro para redactar una nota que firmó, besó, y depositó con disimulo sobre la misma mesa de comedor. Después cedió sus manos al policía y dejó que la esposara. Salieron del piso dos minutos antes de que Jaime volviera. No dejaron más rastro que la nota sobre la mesa.

Capítulo 16

—Mire a aquel tipo con el brazo amoratado. ¿Quién es?

—¡Olvídelo! ¡Ni lo salude! Cuanto menos se acerque a él, mejor le irá.

—¿Acaso lo conoce?

—Sí, está herido por testarudo y por mal paciente.

—¿Le ha tratado usted?

—Hace un rato. Justo antes de empezar esta conversación.

—¿Pero qué le hizo?

—Mejor no quiera saberlo.

—Al menos dígame su nombre.

—Se llama Félix. Y es muy peligroso.

—Pues ya llega la ambulancia a por él.

Domingo 12 y lunes 13 de noviembre de 2006

Eran poco más de las cuatro de la tarde cuando Alfred Horner se levantó de su silla en la comisaría. Había dedicado todo el día a leer informes sobre los sucesos acaecidos durante las últimas semanas en esa villa pesquera del norte de España llamada Ámbar. Se puso las gafas de sol (a pesar de que el día era gris), y al doblar por St. Aldate's para dirigirse a su coche, descubrió a primera vista un Volkswagen negro aparcado a unos diez metros, junto al muro de piedra que hacía de fachada frontal del Christ Church. Pasó por su lado sin aminorar el ritmo ni desviar la mirada, y comprobó que, en

efecto, se trataba de la misma matrícula. El vehículo estaba desocupado.

Era la tercera vez que lo veía en los últimos dos días. No podía saber durante cuánto tiempo había estado el coche rondándole, pues el hecho de que captara su atención había sido fruto de la casualidad. La primera vez que se fijó en él fue la tarde del día anterior, unos minutos antes de que él y Carroll visualizaran la grabación del Ahmets en la sala de videoconferencia. Entonces, mientras miraba a través de la ventana sin fijarse en nada concreto, lo vio aparcado junto a la comisaría. El Volkswagen no hubiera quedado grabado en la mente de Horner si no hubiera sido por la matrícula. LA08 081. Amante de los deportes en general y de la NBA en particular, para el policía ese código le conducía de inmediato a la ciudad de Los Ángeles (LA), donde el dorsal número 8 de sus Lakers, Kobe Bryant, había logrado la histórica marca de 81 puntos en un partido. Había ocurrido el pasado enero, y a Alfred no se le había ido de la cabeza tal proeza. Aquello hubiera quedado simplemente como una divertida curiosidad si no fuera porque a la mañana siguiente, o sea, esa misma mañana, vio el mismo coche mientras desayunaba un café solo y una rebanada de pan con mermelada junto a su casa, en Kidlington. En esa ocasión, el Volkswagen estaba estacionado en una calle que daba a la entrada de la cafetería y a menos de cincuenta metros de su piso. Se preguntó si no se estaba volviendo un paranoico, pero cuando salió de su comisaría a eso de las cuatro de la tarde con sus gafas de sol puestas, el vehículo de curiosa matrícula volvió a cruzarse en su camino. Demasiada casualidad.

En ninguna de las tres ocasiones vio a ningún ocupante dentro del coche, pero esa era una cuestión que pensaba resolver de inmediato. Sin dejar de caminar, y una vez hubo dejado el Volkswagen atrás, marcó en su teléfono móvil el número del registro de coches, se identificó como policía, y preguntó por el propietario del Volkswagen. Según la matrícula, el vehículo pertenecía a una empresa de alquiler. Tras un malhumorado chasquido, colgó e inmediatamente telefoneó a la compañía de alquiler de coches. El turismo había sido alquilado para toda una semana por un tal Henry Millward, de treinta y un años y domiciliado en Camden, Londres.

Continuó tirando del hilo y descubrió que Henry Millward estaba licenciado en informática por la universidad de Oxford, aunque en la actualidad regentaba su propio bar en la capital británica. Millward tenía un disparatado currículum. A pesar de terminar la carrera con matrícula de honor, nada más acabar los estudios se había dedicado a vivir la vida. Recorrió media Europa trabajando en prácticas, casi siempre como barman en garitos de dudosa reputación. Milán, Copenhague, Cascaís, Sevilla, Ámbar... (Horner dejó de pestañear cuando fue revelada la última localización). «¿Otra pieza del puzle?» Siguió investigando. En 2004, Henry Millward fue detenido por hackear la web de la Agencia Tributaria, y en 2005 estuvo a punto de ir a la cárcel por alteración del orden público. Estaba ante todo un personaje.

Horner se humedeció los labios con su propia saliva. Llegó a la básica conclusión de que estaba siendo sometido a algún tipo de vigilancia. Pero, ¿por qué motivo? Después se percató de lo fácil que le había resultado darse cuenta. Lo sencillo era pensar que Millward era un pésimo espía, lo cual le alivió algo. Luego recordó que, si no llega a ser por la coincidencia de la matrícula, no habría reparado en LA08 081.

¿Era Henry Millward el hombre que había entrado en su piso la otra noche, destrozándole el salón y provocándole algunas heridas superficiales? ¿El mismo que había dejado aquel lapidario mensaje en el lateral de su coche? El pensamiento se transformó en una gélida sensación que le puso la piel de gallina, y dio paso a una cuestión mucho más general: ¿Fue entonces Henry Millward quien disparó a Mike Lennard?

Horner no volvió a ver el Volkswagen negro en todo el día. Una amenaza mucho más real, sin embargo, le estaba esperando en su casa de Kidlington.

Instantáneamente después de que Horner abandonara la comisaría, Thomas Carroll, camuflado en una mesa tras la cristalera de la cafetería situada en la acera contraria a donde estaba parado el Volkswagen, cogió su cámara réflex y disparó una serie de

fotografías a discreción. Fotografió a un hombre que se levantó de la parada de autobús de Christ Church y que siguió el mismo trayecto que Alfred hasta que este se montó en su coche.

El sujeto era castaño, con una melena fina que le llegaba a los hombros. Desde la distancia a la que se encontraba era difícil de precisar su edad, pero Thomas intuyó que se trataba de alguien entre los treinta y los cuarenta años. Vestía vaqueros, cazadora de cuero con las solapas levantadas, y gafas de sol. Era la viva imagen de un macarra de bar.

El extraño se había quedado mirando el Alfa Romeo de Alfred como si estuviera memorizando algo (por ejemplo, ¿la matrícula?), hasta que este arrancó y dobló la primera esquina. Después, el sujeto se giró despreocupadamente y caminó hasta el Volkswagen.

Thomas bajó la réflex y suspiró. Esa mañana Alfred le había explicado la extraña coincidencia del vehículo negro. Le había pedido el favor de que rondara los alrededores de la comisaría en busca de un Volkswagen con matrícula LA08 081 y, en caso de encontrarlo, que se escondiera y sacara algunas fotos. Thomas se había preguntado si su compañero se estaba volviendo loco, pero ahora que comprobaba la existencia del vehículo y del hombre que estaba vigilando sus pasos, comprendió que Alfred estaba en peligro de verdad.

Al volver a dirigir la mirada hacia el sujeto, se dio cuenta de que este le estaba mirando. Durante el instante en que los dos pares de ojos estuvieron enfrentados desde ambos lados del cristal, Carroll no supo cómo actuar. Fue el sujeto, al entender por la cámara de fotos que estaba siendo vigilado, quien movió ficha primero. Su expresión se tensó en una fea mueca, e inmediatamente después salió corriendo hacia su coche, se montó en el asiento del conductor, y arrancó el motor. Carroll, que había dejado su refresco pagado, se cargó la réflex alrededor del cuello y salió tras él. Para cuando salió del café y empezó a cruzar la calle, el Volkswagen ya estaba en marcha.

«¡Maldita sea!»

Se subió a su coche patrulla y aceleró. Al final de la calle vio al sujeto girar a la derecha hacia High Street. «Una avenida con muchos carriles para adelantar y esfumarse con facilidad», pensó

Thomas. Antes de alcanzar la torre Carfax para tomar High Street, a Carroll le dio tiempo a activar la alarma y llamar a Horner por el manos libres del coche.

—¡Tengo a tu tipo a tiro! —dijo, nada más su compañero descolgó—. Está a la altura del Covered Market y se dirige hacia el este en su coche.

—¿Tienes a ese cabrón? —Horner, que también hablaba desde el manos libres de su automóvil, sonaba preocupado.

—He podido fotografiarle, pero me ha pillado y ha salido corriendo. Estoy en plena persecución.

—De acuerdo. Mantén la distancia para que piense que te ha perdido de vista y se confíe. Enseguida voy a echarte un cable.

—Hay bastante tráfico. Joder Alfred, ¿en qué rollo te has metido? Ese tipo es muy chungo.

Durante unos segundos no se oyó más que la sirena del coche patrulla de Thomas.

—El sujeto avanza rápido a unos doscientos metros por delante de mí —anunció Carroll.

—Thomas, escúchame —habló Horner—: el tipo se llama Henry Millward. No he podido averiguar lo que quiere de mí, pero su pasado da miedo. Si me dices tu posición exacta, me uno a la caza.

—Déjalo Fred, vete a casa.

Carroll hizo un adelantamiento ilegal en High Street y pitó a un par de peatones adolescentes que intentaban cruzar la avenida con el semáforo en rojo.

—Estoy en camino, Tom. —La voz masculina de Horner se escuchaba metalizada a través del altavoz.

En ese momento, un camión salió irresponsablemente de un almacén y Carroll tuvo que frenar de golpe y dar un volantazo para no acabar estampado contra la carrocería. Cuando recuperó el aliento y volvió a enfilarse la calle, vislumbró cómo el Volkswagen giraba hacia la izquierda más allá del Queen's College, probablemente en Longwall Street.

—¡Joder! —exclamó, como si necesitara gritar para deshacerse del susto del camión.

—¿Tom? ¿Estás bien? —se oyó decir a Horner.

—Sí, estoy bien... pero le estoy perdiendo —dijo—. Alfred, escúchame con atención: tenemos su nombre, su matrícula y fotografías tuyas. Voy a pillar a este cabrón, si no es ahora será mañana, y cuando lo haga comprobaré lo que quiere de ti. Tú vete a casa.

El coche patrulla levantó una nube de polvo cuando derrapó al girar en Longwall Street. Thomas escudriñó el final de la calle, pero el automóvil negro había volado. Condujo hasta que la calle cambió de nombre, y entonces se detuvo. Apagó la alarma.

—Mierda.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Horner.

—Lo he perdido.

—Tom, reúnete conmigo ahora. Tenemos que planificar nuestro siguiente movimiento.

—Fred, joder, deja los movimientos para tus partidas de ajedrez. Yo investigaré todo lo que pueda sobre Millward y te llamaré para informarte. Tú vete a casa y tómate unos días libres. Es una orden. —Carroll veía ahora a su compañero como alguien sobre quien mandar.

—Tom, esto es asunto mío.

—Tío, no seas capullo. No eres John McClane y esto no es *La jungla de cristal*, ¿vale? Vete a casa y enciértrate allí hasta que esto termine. Déjame trabajar por ti por una vez en la vida.

Era la primera vez que Carroll hablaba a su compañero con la autoridad que se le presupone a un hombre de su experiencia. Probablemente se debía a la excitación de la persecución. En cualquier caso, nunca se había sentido tan vivo. Tan policía.

—Está bien, te haré caso —prometió Horner, en una actitud sorprendente sumisa—. Pero Tom, hazme un favor.

—Soy todo oídos.

—Remueve también un poco todo lo que ocurrió en Ámbar, ese pueblo del norte de España.

—¿Un matón te está acosando y te preocupa un pueblecito del extranjero? Has perdido el juicio.

—Tengo el presentimiento de que en Ámbar está la clave de todo. Recuerda que todo esto empezó cuando nuestras dos sospechosas vinieron de allí.

- Está bien, investigaré un poco.
- Prométemelo, Tom.
- Lo haré, Fred, no te preocupes. Ahora vete a casa de una maldita vez.

Horner se sentía como si acabaran de atropellarlo cuando entró en el portal de su edificio con la intención de descansar. Hacía días que no disfrutaba de un sueño de calidad, y a cada paso que daba en la dirección que le llevaría a resolver el caso Lennard (y el suyo propio), más tenía la sensación de estar viviendo en el infierno.

Lo que descubrió en su buzón no iba a ayudar a tranquilizarlo.

Junto a un par de panfletos de comida rápida, había un CD envuelto en una bolsita de plástico transparente. Sobre la cara delantera, escrito a rotulador permanente, un perturbador mensaje:

SI QUIERES SABER LO QUE TE ESPERA, REPRODÚCEME

Alfred experimentó un repentino deseo de salir corriendo y no detenerse hasta cruzar la frontera de Escocia. En lugar de eso, entró en su casa con un áspero nudo en la garganta y accedió a su despacho. El ordenador portátil que tenía sobre la mesa de escritorio tardó en encenderse lo suficiente para que diera tiempo a que su respiración se acelerase. Finalmente introdujo el disco compacto en la ranura y exploró su interior. Constaba de un solo fichero de video que ocupaba unos pocos megabytes. Todavía de pie, Horner pinchó en *reproducir* y contuvo la respiración.

El video duraba cincuenta y tres segundos, los cuales comenzaron con una imagen codificada a pantalla completa y acompañada de un ruido irritante. Horner, molesto por el estrépito, arrugó el gesto mientras mantenía el ceño fruncido. A los pocos segundos, el ruido codificado dio un radical cambio hacia lo que parecía una grabación casera, como realizada con una cámara personal barata que estaba posada sobre alguna superficie lisa. Silencio. La resolución era baja y los colores oscuros. El objetivo enfocaba una estancia cerrada, tan lóbrega que no se percibían sus

límites... «¡Joder!» Una cabeza de zombi surgió de repente desde la derecha del marco, en primer plano, y el pecho de Horner sufrió un vuelco. Tras el sobresalto, reconoció a la figura como una máscara barata de Halloween, probablemente adquirida en una tienda de suvenires por menos de veinte libras. Alfred resopló con fuerza.

«Pero qué cojones...»

El zombi de goma, iluminado por la luz del foco del aparato, comenzó a hablar con una voz pausada y sin inflexiones, neutra. Era una voz distorsionada, perfectamente situada a medio camino entre lo masculino y lo femenino.

Alfred Horner... menuda sorpresa... Te confiaré un secreto, Alfred Horner. En esta historia tú no eres el cazador. Eres el cazado. Y da igual lo que hagas, lo rápido que pienses o actúes. Las pistas que sigas o lo bueno que seas. Vas a pagar por tus pecados.

A pesar del contenido amenazante de las palabras, el tono de voz no presentaba ningún estado de ánimo. Tampoco la máscara, cuyas curvas de goma permanecían inmóviles con el habla. Dos pupilas negras tras dos orificios que hacían de ojos constituían la única distinción humana en la imagen. No proporcionaron a Alfred, sin embargo, ninguna pista sobre la fuente del mensaje.

Cuanto más me persigas, Alfred Horner, más cerca estaré de encontrarte. Y cuando eso ocurra, te mataré. Esto no es un trato. Tampoco una amenaza. Va a ocurrir, hagas lo que hagas. Solo es un anuncio de tu muerte. Disfruta de lo que te queda, Alfred Horner.

La grabación terminó bruscamente. Silencio.

Horner se mordió el labio inferior y se obligó a mantener la calma. Se sentó en su silla y reprodujo la grabación tres veces más con máxima atención. Cuando terminaba, lo volvía a visualizar desde el principio. A pesar del mecanizado tono de voz de su enemigo, algo había en él que se le antojaba familiar. Durante los cincuenta segundos que había durado el mensaje, el autor de la amenaza había repetido su nombre y apellido cuatro veces, y en cada una de ellas, Alfred había tenido la sensación de estar perdiendo una apuesta. Volvieron a su mente las dos chicas cuya imagen tenía sobre la mesa, Sara Mora y la joven de la capucha

frente al garito de los kebabs, y buscó una razón por la cual una de ellas tuviera motivos para despacharlo. «Asumiendo que el zombi del video es el mismo que asesinó a Lennard, es decir, una de las dos únicas sospechosas —reflexionó en voz baja—, significa que la voz era la de una mujer. En ese caso, ¿tendría sentido que tuviera tantas ganas de quitarme de en medio? ¿Por qué molestarse en grabar un video y enviármelo? Vale, para asustarme, pero... ¿solamente por ser el investigador de la muerte de Mike Lennard? No —se respondió al punto—. Algún otro motivo debe de tener para desearme tanto mal.» Sus pensamientos viajaron entonces a la noche del crimen, cuando interrogó a una asustada Sara Mora en el interior de su automóvil. ¿Tenía aspecto en ese momento de estar ante su mayor enemigo? Desde luego, si así era, lo había disimulado muy bien entre tantas lágrimas y ataques de ansiedad.

Por mucho que le costara aceptarlo, Henry Millward acababa de adelantar a las dos jóvenes como principal sospechoso. Se dio cuenta de que ese día había ampliado la lista de potenciales culpables, y, no obstante, no había obtenido ni una pista extra. Un jodido desastre.

Se retiró de su escritorio y se alejó de la pantalla del ordenador. Algo había en el caso que no conseguía ensamblar, como si hubiera un rinoceronte en la habitación y sin embargo no fuera capaz de verlo. Cruzó los brazos y miró por la ventana que daba al este. En principio sin prestar atención al paisaje. Cuando empezó a reparar en una pareja de novios besándose bajo la lluvia, al inicio le pareció una escena algo perturbadora. Luego se dio cuenta de que estaba recordando una fiesta universitaria, una piscina dentro de la cual un chulo intentaba abusar sexualmente de una adolescente. Una vida quebrada, inconsciente, sobre barro seco. Un tiempo atrás, su primer caso.

Nacho Conde. Era julio y ese violador se escapó con vida.

¿Qué había hecho con su existencia desde entonces? ¿Se había convertido en un policía mejor? Alfred tenía lagunas en sus recuerdos, le ocurría desde antes de ingresar en el cuerpo. Así que intentar descubrir si alguien tenía motivos para buscarlo y matarlo podía volverle literalmente loco.

Trató entonces de recordar cómo se llamaba la chica encapuchada y descubrió que se le había olvidado, Dios sabía por qué. ¿Por el zombi que acababa de amenazarle con acabar con su vida? ¿Por Henry Millward y su Volkswagen alquilado? ¿Por el significado del ultrajante mensaje que alguien había trazado en el lateral de su Alfa Romeo? ¿Por el torso tallado de Mike Lennard la noche de su muerte? ¿Por la presencia de Mora en la escena del crimen? ¿Por las cartas de amor entre Mora y esa tal Diana que guardaba Lennard en su casa? ¿Por el ataque que él mismo había sufrido en su propia casa, mientras estaba él dentro? Lo cierto es que eran muchas las cosas que podrían haber apartado de su memoria el nombre de la sospechosa de la capucha gris.

Se incorporó y se sirvió un vaso de *whisky* hasta arriba. Estuvo dándole vueltas a todos los enigmas hasta que se emborrachó y se metió entre las sábanas. Se durmió a las tres de la madrugada con un nombre propio rondándole el subconsciente.

Nacho Conde.

Al día siguiente, durante su último paseo hacia la casa de los Connor, Sara se dedicaba a disfrutar de su nueva vida. Se sentía profundamente feliz. Acababa de tomar una serie de decisiones estratégicas que cambiarían —y sin duda mejorarían— su existencia más próxima. La primera de ellas consistía en quedarse a vivir en casa de Diana, al menos temporalmente; después ya pensarían dónde vivir. La segunda decisión resultó una consecuencia de la primera: ese mismo día abandonaría la residencia de los Connor. No le importaba pagarles el importe correspondiente al alquiler de lo que restaba del mes, pero, una vez encontrado el amor de su vida, ya no tenía sentido quedarse en esa casa de locos. Estaba deseando perder de vista a aquellos lunáticos, empezando por Rolly, el chucho aspiradora, y siguiendo por las arañas colgantes de la ducha.

Visualizó mentalmente su futuro cercano y no pudo evitar sonreír de oreja a oreja.

Continuó atravesando el norte de la ciudad bajo un cielo plomizo próximo al anochecer, y durante el trayecto llegó a la conclusión de que, después de todo, su viaje había sido un éxito. Había encontrado aquello por lo que voló en realidad a Inglaterra y, por alguna razón cercana a ese hipnótico sentimiento de estar enamorada, no pensó ni un segundo en Mike Lennard, ni en el agente Horner, ni en Charly, ni tampoco en el doctor Salas de las narices.

Cruzó la esquina que daba a Victoria Road y se le antojó la calle más deprimente que había visto jamás. En realidad se trataba de una tremenda exageración, pero el cielo encapotado por las pesadas nubes del momento, sumado a las experiencias traumáticas que había experimentado durante los pocos días que había vivido allí, hacían que Victoria Road ocupara un puesto destacado en la lista de lugares a los cuales no regresaría jamás.

Desde el exterior de la vivienda no se veía luz en el interior, y tampoco se oían los habituales berridos que Alice Connor solía dedicar a su perro. La joven se encogió de hombros. Tenía pensado despedirse formalmente, de Alice al menos, pero tampoco se iba a acabar el mundo si se llevaba sus cosas sin avisar. Ya regresaría al día siguiente para decir adiós.

Abrió la puerta con llave y se dirigió hacia las escaleras. Constató por la silenciosa oscuridad que se encontraba sola. Cuando llegó a su habitación, llenó la maleta en tiempo récord. Dio un rápido vistazo para asegurarse de que no se dejaba nada y afrontó de nuevo las escaleras, esta vez en sentido descendente. Se dio un susto de muerte cuando, antes de que llegara a completar el primer paso, percibió la silueta de un hombre entre las sombras, junto al primer peldaño.

«No estoy sola...»

La figura, que parecía estar mirándola, dio un paso al frente. El extremo izquierdo de su cara quedó visible gracias a la apagada luz del ocaso que entraba por la ventana. Con la respiración contenida, Sara reconoció a un hombre de envergadura, sin pelo y con las facciones desproporcionadas. Identificó al hombre de la casa.

—Niña, te estaba esperando —habló Kurt Payne, el misterioso forense budista, con una voz sorprendentemente aguda. Como si

fuese un gigante con voz de pito.

Capítulo 17

—Todas las cosas empiezan y acaban en las personas, capaces de lo mejor y de lo peor.

—¿Qué dice?

—Que dentro de pocos minutos, los enfermeros se acercarán muy cabreados y me amonestarán por lo que le he hecho a Félix. Ellos creen que soy un monstruo por haberle atacado, pero mi intención no podía haber sido más honesta.

—Pero, ¿qué le ocurrirá?

—Dios lo sabe. Capaces de lo mejor y de lo peor, recuerde.

Lunes 13 de noviembre de 2006

—¡Kurt! No sabía que estabas en casa. ¿Me... me estabas esperando? He venido a despedirme.

Las palabras de Sara pretendían resultar naturales, pero como se acababa de llevar un susto de muerte, en su lugar temblaron de miedo.

Los ojos azules y ovalados del forense, como dos perlas, se clavaron imperturbables en sus pupilas.

—Corres peligro, niña —anunció en inglés con su particular timbre de voz—. Ándate con mil ojos.

Sara miró de reojo hacia ambos lados alternativamente, como si buscara una cámara oculta en el rellano. No sabía si reírle la broma o echarse a temblar. Ocurrió lo segundo.

—Escucha, niña: tengo que avisarte de que ese policía que se hace llamar Alfred Horner no parará hasta detenerte —explicó Payne con burlesca seriedad—. Y cuando lo haga, será despiadado.

Sara estuvo cerca de derrumbarse al escuchar por boca de ese bicho raro que su pesadilla no había terminado.

—¿Horner? ¿El poli?

—Sí. Ese cabrón arrogante cree que puede mirar siempre por encima del hombro. Tratar a la gente como a la más pura mierda. Pues que le den por el culo.

—Pe... pero, no entiendo. ¿Por qué me ayudas? —dijo, haciendo un esfuerzo por obtener información del forense oculto entre las sombras.

—Porque Alfred Horner es una mala persona. Quiero verle sufrir, que pague por todo. ¡Que pague! —exclamó, ahora sin control — Ay, niña, eres tan joven y guapa...

Sara creyó percibir un brillo lascivo en su mirada mientras hablaba. Entonces le sobrevino el recuerdo de Charly Rubial pillándola indefensa en su piso y maniatándola contra la cama, de modo que, cuando Kurt dio un paso al frente, ella dio otro hacia atrás, y cuando el budista la acorraló contra la esquina del descansillo, no dudó en sacar su navaja del bolso. En cualquier otro momento, uno en el que Sara pudiera analizar la situación con la objetividad que solía caracterizarle, el movimiento del forense hubiera sido interpretado como un inocente gesto de protección paternal. O quizá no. Lo que sencillamente ocurrió, en definitiva, fue que Sara lo apuntó con el filo de la navaja.

—*What the fuck, honey?* (¿Qué coño, cielo?) —escupió Payne, que apenas reaccionó ante el repentino ataque.

—¡Cállate, monstruo! ¡No te atrevas a rozarme o te rebano el cuello!

—*Stop, Sara, stop!* —continuó vociferando el forense, con una voz, si cabe, más aguda de lo normal.

Ocurrió en menos de un segundo. En el preciso momento en que Kurt adelantó la mano, Sara hizo un rápido movimiento con la muñeca y le rajó gran parte de la palma. La sangre empezó a fluir a borbotones, y un aberrante aullido invadió la planta superior de la vivienda. Entonces una fuerza interior empujó a Sara a salir

corriendo escaleras abajo, abrir la puerta principal y escapar de aquella casa de locos lo más rápido que le permitieron sus piernas. Se había dejado la maleta junto a la puerta de su habitación, pero eso ya no importaba. Tenía que reunirse con Diana y abandonar Oxford de una vez por todas. No dejó de oír el grito del budista hasta que dobló la esquina.

Esa tarde de lunes, mientras Sara huía despavorida de Kurt Payne, su colega de facultad, Jaime Vergara, atravesaba con su Porsche el límite territorial de Ámbar. Desprovisto de mapa, se vio obligado a callejear a través de los paseos interiores de la villa, fiándose más de su instinto que de su capacidad de orientación. Celebró atisbar el mar tras cruzar una plazoleta adoquinada, pues significaba que la travesía por fin había concluido. Ahora solo tenía que recorrer la costa en busca de la casita con la valla pintada de blanco que Aly le había indicado en su carta de despedida, de modo que aparcó el deportivo en el primer hueco libre que encontró y se dispuso a continuar a pie.

La zapatilla gastada de Jaime pisó por primera vez suelo ambareño, y un olor mezcla de musgo y agua salada impregnó rápidamente sus fosas nasales. Caminó luego hacia el este, muy atento a las viviendas unifamiliares que flanqueaban el paseo, y entonces supo que estaba siendo víctima de una paradoja: tantos años de amistad con Sara, y la única vez que rondaba las calles de su pueblo natal no era para verla a ella (como muchas veces le había prometido), sino para buscar a un extraño al que una chica a la que acababa de conocer le había derivado. Optó Jaime por tomarse la búsqueda de Óliver Morales como una surrealista experiencia que seguramente recordaría durante el resto de su vida. A su izquierda, la marea se agitaba enrabiada por lo que parecía una galerna, y por un segundo borró de su cerebro Madrid, el caso Shapiro y todo lo relacionado con su vida en la capital. Exhaló todo el aire que pudo y permitió que el mar lo guiara hacia el siguiente episodio de la aventura.

Cuando llevaba unos diez minutos caminando en solitario y luchando contra la creciente ventisca, atisbó a su derecha con el rabillo del ojo la primera manifestación de carácter humano desde que llegara a Ámbar; una muy poco reconfortante: a un lado de la calzada, allí donde esta se ensanchaba para bifurcarse en un camino salvaje que alcanzaba a lo lejos la cima de una colina, una mujer lloraba sin consuelo, inmóvil, y plantada sobre la hierba como si fuera un árbol más entre otros. Hasta su cabello, de un color rojo apagado, se mimetizaba con las hojas caducas del otoño. Al fijarse Jaime con muy poca delicadeza, constató que la mujer sostenía una fotografía antigua entre sus consumidas manos. Consumidas como también lo estaba su rictus, que Jaime pudo contemplar al volverse ella en un impulso. Pillada *in fraganti*, enjugó los ojos con los puños y se apresuró a guardar la fotografía en el bolsillo de su abrigo. Tenía las mejillas empapadas, y el fondo limpio de sus ojos mostraba que su edad era menor de lo que su piel arrugada y su gesto sombrío hacían creer.

—¿Está usted bien? ¿Necesita ayuda? —preguntó Jaime, que sentía la necesidad de calmar el dolor de la mujer. Parecía que fuera a desmayarse de un momento a otro.

—No te preocupes y sigue tu camino.

La mujer hablaba todavía entre ahogados sollozos. Fuera lo que fuera la causa de su pesar, Jaime entendió que se trataba de algo grave, por lo que ignoró el tono cáustico con el que su amabilidad había sido respondida y continuó hablando como si nadie estuviera llorando.

—A decir verdad, ojalá supiera cuál es mi camino —dijo mientras se rascaba la cabeza—. Estoy perdido.

—¿Adónde vas? —se interesó la afligida con la misma neutralidad.

Jaime dudó. ¿Cómo explicarlo, si ni siquiera él conocía su destino?

—Busco una casa en primera línea de playa, con un patio delimitado por una valla de color blanco. —Jaime reparó en que la mujer fruncía el ceño, como si su comentario le hubiera sugerido algo. Continuó—: Necesito encontrar a Óliver Morales, dueño de dicha casa.

Por primera vez, la consternada mostró sus hermosos dientes en una sonrisa tan dulce como su pena.

—¿Para qué quieres encontrarle? —dijo.

—Creo que tenemos una amiga en común, y sospecho que esa amiga está en peligro. Necesito que me aclare algunas dudas sobre ella.

La mujer abrió los ojos en un gesto de fascinación. Era como si cada palabra que él dijera fuese una noticia para ella.

—¿Cómo se llama esa amiga en común?

—Alyssa Grifero —aseveró Jaime.

Ella dio un paso hacia atrás y Jaime vio cómo tragaba saliva. Carraspeó antes de responder, pues ahora era ella la que iba a lanzar el anuncio inesperado.

—Verás, Óliver Morales no es el propietario de la casa esa que dices de la valla, que, dicho sea de paso, ya no es blanca, sino azul.

—¿Está usted segura de eso?

—Tan segura como que la casa es mía, y Óliver Morales tan solo vive allí. Es mi único hijo. —Jaime palideció de súbito—. Anda, no pongas esa cara de tonto y ven conmigo, que está a punto de llover. Él está en casa.

Le cogió del brazo de una manera entrañable, nada que ver con lo áspero de sus primeras respuestas, y Jaime entendió que había caído en manos de una buena persona. Continuaron el camino hacia el este con mucho cuidado de no ser abatidos por ninguna ráfaga de viento.

—Por cierto —añadió ella—, nadie le llama Óliver. Cuando lo veas, llámale Oli.

La mujer se detuvo tras el último escalón, frente a una puerta cerrada.

—Está aquí dentro, en su habitación. Apenas sale desde ayer, no sé qué mosca le ha picado —explicó ella, que durante el camino se había presentado como Verónica. Llamó a la puerta de su hijo con los nudillos.

Una voz infantil, aunque tajante, contestó desde el otro extremo de la puerta:

—Adelante.

Jaime y Verónica accedieron al dormitorio del pequeño, al que encontraron sentado sobre la cama con las piernas cruzadas. Sostenía en las manos un cómic de *El señor de los anillos*, y cuando desvió la mirada hacia la puerta y vio la figura de Jaime, no pudo evitar demostrar sorpresa, rabia y pudor con su expresión. Solo dedicó al recién llegado medio segundo; después continuó devorando su cómic como si el hombre que acababa de entrar en su habitación tuviera la misma importancia que una pelusa.

—Hijo, este hombre quiere hablar contigo —dijo Verónica—. Asegura conocer a Alyssa.

Oli le lanzó a Jaime una mirada de repugnancia cuando su madre pronunció el nombre de su amiga. Jaime sonrió como si no se hubiera dado cuenta y se sentó en el borde de la cama, muy próximo al niño.

—Encantado de conocerte, Oli. Tienes una habitación muy bonita, ¿sabes? —Jaime, que inconscientemente había adoptado una extraña voz infantil, le tendió la mano. Como su saludo no fue correspondido por el crío, disimuló removiéndole el pelo. Después se dirigió a la madre—: Disculpe, ¿podemos hablar a solas Óliver y yo?

Cruzada de brazos junto a la puerta, su respuesta fue contundente:

—Prefiero que no. Espero que lo comprendas, pero nos acabamos de conocer.

Jaime hizo un gesto comprensivo con la cabeza. Después se enfrentó al niño:

—Oli, he venido a preguntarte por Alyssa. ¿La conoces, verdad?

—Sí, aunque creo que no tan bien como tú —respondió Oli Morales, con tal belicismo que sorprendió a ambos adultos.

—Sea como fuere, parece que tú sabes cosas de ella que necesito conocer. ¿Me ayudarás?

—Psé... —Oli se encogió de hombros y arrojó el cómic sobre la almohada.

Jaime interpretó el gesto como un *sí*.

—Veamos, sabes que Alyssa viajó a Oxford hace unos días, ¿no?

—Sí.

—¿Y sabes por qué lo hizo?

Oli lo observó con desconfianza. Después hizo un chasquido con la boca e inmediatamente, surgido de la nada, el pastor alemán más grande que Jaime había visto nunca se subió a la cama. El perro se acurrucó junto al niño sin apartar la mirada del visitante.

—¿Eres policía? —preguntó el chaval.

—No. —A Jaime se le había quebrado la voz, puede que por la pregunta, o puede que por la presencia del animal. «¿Por qué me intimida tanto hablar con este crío?», se preguntó—. Soy médico. Y también amigo de Alyssa, así que estoy intentando ayudarla —explicó.

—Vale, te creo —asintió el niño con creciente superioridad. Verónica, por su parte, disimuló una maliciosa sonrisa de madre—. Alyssa se fue a Inglaterra para cobrar un premio.

—Una herencia —corrigió ella.

—¿Una herencia? ¿De quién? —quiso saber Jaime.

—De Charly —contestó el niño.

—¿Quién es Charly? —preguntó Jaime, contento por haber encendido por fin la mecha del interrogatorio.

—Da igual, no lo conoces —aseguró Oli, que ahora rascaba la tripa del pastor alemán con mimo—. Lo importante es que Charly murió, y como Alyssa era una de sus dos mejores amigas, le dio la mitad de su herencia.

—¿Y la otra mitad se la dejó a su otra mejor amiga?

—Sí, el resto era para mamá.

Jaime miró a Verónica de reojo, advirtiendo que su blanquecina tez se había sonrojado de repente. Miraba hacia el suelo, como si no quisiera darle explicaciones sobre la última respuesta de su hijo.

—Vale, y entonces —Jaime continuó la charla con el menor—, ¿fue a Oxford a cobrar la herencia? ¿Por qué?

El doctor notó que Oli pedía permiso con la mirada a su madre para contestar. Ella asintió, también en ceremonial silencio.

—El testamento de Charly decía que tenía un hermano viviendo allí, y que para cobrar la herencia había que ir a conocerle y preguntarle por una caja de música.

Jaime se rascó la coronilla mientras reflexionaba el contenido de esta última respuesta. «¡Por fin algo de información interesante!» Se levantó y comenzó a rondar el dormitorio en silencio; necesitaba ordenar sus ideas. «Una caja de música... ¿qué puede significar?» Las paredes de la habitación estaban cubiertas por diversos pósteres de futbolistas que le recordaban a su propia niñez. A decir verdad, por alguna razón se sentía a gusto en esa casa. Junto a la puerta donde Verónica seguía de pie, había un pequeño escritorio de madera que sostenía un ordenador personal. Estaba equipado de altavoces, una impresora y una webcam. Y en la pared blanca, justo encima del monitor, un cuadro de un bello paisaje montañoso que no lograba reconocer. El pie de la imagen decía: «JASPER NATIONAL PARK, CANADA».

De modo que la versión de los hechos del *equipo Alyssa*, concluyó para sí mismo, era que esta había viajado en solitario a Oxford para visitar al hermano de ese tal Charly y recibir así su parte de la herencia, con la mala suerte de que cuando llegó, este ya había sido brutalmente asesinado. ¿Por qué entonces tenía a media Europa buscándola? ¿Por qué no se lo explicó ella desde un principio, en lugar de arriesgarse a que llamara a la policía? Seguía habiendo huecos sin completar en el rompecabezas, y sin los cuales no podía continuar el montaje. Alyssa Grifero continuaba siendo tan misteriosa como sensualmente adictiva.

Se volvió para enfrentarse de nuevo a madre e hijo, y puso los brazos en jarra.

—¿Qué hay de vuestra parte de la herencia?

Cuando Verónica estaba a punto de hablar, Oli se le adelantó:

—No nos apetecía ir a ninguna parte, así que dejamos que Alyssa recogiera lo que nos correspondía.

—Vaya, sí que confiáis en esa chica. —Jaime habló para la habitación en general.

—¡Pues sí! Confiamos mucho en ella, ¡más que tú!

A Jaime le pareció extraño el nivel de tensión que acababa de adquirir la conversación, tanto que hasta el perro se había

incorporado sobre la cama. ¿Había dicho algo inapropiado?

—Está bien, no pasa nada. —Se volvió hacia Verónica—. ¿Y qué hay de su marido?

La reacción de la mujer hizo saber enseguida a Jaime que acababa de formular una pregunta desafortunada. Verónica se encogió y palideció. Sus ojos habían empezado a brillar.

—Enterramos a mi marido hace catorce días —replicó caustica, de la misma manera que le había contestado hacía un rato, junto a la calzada.

A Jaime se le hizo un nudo en el estómago y entonces recordó que Sara le había hablado del caso de una familia, ¿la familia Morales?, en la que uno de sus miembros padecía de un tumor cerebral. ¿Se trataba de la familia en cuya casa se encontraba él en ese preciso instante? Hubiera jurado que Sara le había dicho que era la mujer la que tenía el tumor, y no el hombre, pero en fin, era posible que no la estuviera prestando demasiada atención. Esa era la clase de cosas de las que se arrepentía con respecto a Sara.

Tuvo la tentación de preguntar y disipar así sus dudas, pero el luto en los ojos de Verónica le dijo que quizá era mejor pasarlo por alto. Ahora entendía que era por eso por lo que la mujer se lamentaba en mitad de la ventisca antes de que él apareciera con sus incómodas preguntas, y, posiblemente, la foto a la que lloraba era un retrato de su recién difunto marido. «¡Seré idiota!», se fustigó.

Tragó saliva y se disculpó por el desafortunado comentario. Después miró a Oli y comprobó que estaba con la cabeza gacha, conteniendo el llanto en silencio. Colgando de su cuello brillaba una extraña llave metálica y de aspecto cilíndrico, captando la atención de Jaime. ¿Cuántas llaves había visto con esa forma? Era evidente que ninguna. Se quedó tan absorto contemplando el objeto que Oli se dio cuenta de que estaba siendo analizado. Tomó el niño la llave como si se tratara de un objeto normal y se lo introdujo por dentro de la camiseta. Luego dedicó a Jaime una mirada que este no supo descifrar.

Jaime se llevó las manos a la cara y se preparó para continuar. No tenía aún todas las respuestas por las cuales había atravesado medio país, y el ambiente en la habitación del niño se había tornado incómodo. Suspiró con fuerza y se dirigió a la señora de la casa:

—¿Puedo ver ese testamento?

El testamento que Charly había escrito antes de morir ocupaba menos de una cara de folio. Para ganarse el derecho a ojearlo, Jaime se había visto obligado a explicarle a Verónica por qué Alyssa era la principal sospechosa del asesinato del hermano desaparecido de Charly, y cómo había terminado la joven cobijada en su piso. Añadió que era doctor en La Paz cuando Verónica le preguntó, pero omitió la parte en la que había sido suspendido del cargo y denunciado tras la muerte de un empresario multimillonario. Ella parecía no estar al corriente de la noticia, de modo que vio innecesario manchar su imagen. Finalmente, Verónica lo invitó a tomar asiento en el sofá del salón, y desapareció en la cocina para regresar unos segundos más tarde con una bandeja que sujetaba dos tazas de café recién hecho. Entre ellas, el testamento bailaba como si fuera una simple servilleta. Se sentó en el sillón de enfrente, y Oli, por su parte, quedó de pie junto a la librería, allá donde unos meses antes había descubierto el significado de la palabra *tumor*. Prestaba atención a cada gesto o movimiento que Jaime hacía mientras leía el texto de la herencia.

Charly comenzaba su escrito con un escueto mensaje de agradecimiento a las dos únicas personas que había amado: Vero y Alyssa. A continuación fue al grano. Con un estilo neutral, lejos del que alguien normal adoptaría para desvelar un secreto como el que estaba a punto de ser revelado, explicaba en la carta que tenía un hermano gemelo viviendo en Inglaterra, el cual hacía décadas que no veía. Se llamaba Miguel Rubial (aunque al parecer adoptaba el apellido de Lennard), y poseía una bonita caja musical que un día él le había enviado por correo postal. Aunque Lennard no lo sabía, la caja escondía las más preciadas pertenencias de Charly («la verdadera herencia»), y, según su testamento, lo mejor de todo era que no podía ser abierta hasta después de su muerte. Jaime releyó varias veces el contenido de la última línea:

«Lo que hay en el interior de la caja será repartido entre ambas partes por igual: la mitad para Vero, y la otra mitad para

Alyssa. Y después, una divertida sorpresa adicional...»

De ese indefinido modo terminaba el testamento. El fallecido no había reservado ni una sola palabra para la despedida. Jaime dejó caer la hoja sobre la mesa y dio un buen sorbo de café. El sabor lo reconfortó.

—Le confieso que no entiendo nada de nada —dijo.

Verónica dejó escapar una breve carcajada.

—¡Sería raro que lo hubieras hecho! Hay muchas cosas sin sentido en todo esto.

—Sí, pero... —Jaime se inclinó hacia la anfitriona en un intento de dotar a la conversación de energía más positiva—, por ejemplo, ¿de qué murió el autor del testamento?

—¿Charly? Se suicidó.

—Dios Santo —bajó la voz—. ¿Por qué lo hizo?

—Era una mala persona y lo perdió todo a base de engaños y manipulaciones —resumió Verónica—. Supongo que fue demasiado lejos.

Jaime quedó unos segundos en silencio, como si buscara el sentido de la carta ahora que tenía nueva información. A pesar de la naturalidad con la que tanto madre como hijo explicaban el devenir de los acontecimientos que hicieron que Aly terminara en casa de Mike Lennard, lo cierto es que ahora tenía más dudas que nunca respecto a su inocencia. ¡Cualquier cosa podría haber pasado en el momento en que ella llamó a la puerta de Lennard! ¿Se negaría este a entregarle la dichosa caja de música y por eso ella lo mató? En ese caso, ¿tendría ya en su poder el contenido de la herencia al completo? Jaime recordó que Alyssa había mencionado que Sara estaba en peligro. ¿Les había utilizado a ambos, escondiéndose en casa de él, y desviando al mismo tiempo la atención hacia Sara? Se frotó los párpados y regresó al mundo real. Necesitaba más datos.

—Perdone que le pregunte esto, pero, ¿cómo una preciosa viuda y madre de familia, y una chica de dieciocho años terminan recibiendo la herencia de una persona tan horrible?

Jaime entendió enseguida que acababa de formular una pregunta incómoda, pues la mujer quiso ganar algo de tiempo dando un largo trago de café. Su hijo pasó a mirarla con cautela. «A ver qué cuentas», parecían decir sus ojos.

—Charly era mi hermanastro, y estaba locamente enamorado de mí —musitó tras unos segundos de espera—. En cuanto a Alyssa, poco sé.

Jaime miró entonces a Oli de reojo. Algo le decía que el niño conocía más que su madre respecto a Aly. Le apartó la mirada.

—Llegó al pueblo hace unos años, cuando todavía era una chiquilla —intentó recordar Verónica—. Estaba sola y Charly la adoptó. En aquella época a todos nos pareció que aquello estaba fuera de lugar, teniendo en cuenta la mala vida que llevaba mi hermanastro, pero si tenemos en cuenta la violación que había sufrido la pobre cría, puede decirse que él le salvó la vida.

Jaime tragó saliva y de pronto sintió lástima. Se dio cuenta de que se estaba enamorando de una joven con una vida demasiado distinta a la suya, una vida que ni remotamente se podía llegar a imaginar.

—¿Se acostaban juntos? —La conversación estaba empezando a implicarle un potente daño sentimental, pero no podía parar ahora: algo le decía que estaba a punto de llegar a la pieza clave en el rompecabezas que suponía la vida de Alyssa Grifero.

—A eso no te puedo responder —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—Sí que lo hacían, ¡yo mismo los vi! —La voz de Oli había sonado como un relámpago. El niño escapó corriendo por las escaleras. Después, desde lo alto, añadió entre lágrimas—: y a ti también.

Jaime vio cómo el niño desaparecía entre la penumbra del descansillo. ¿Qué había querido decir con ese comentario? Aly y él no se habían llegado a acostar, y aunque lo hubieran hecho, ¿cómo podía él saberlo? El joven doctor había aglutinado en su interior un cóctel de sensaciones que derivaban en algo parecido al miedo, la rabia y la expectación, y que no sabía cómo interpretar. Decidió continuar robándole el tiempo a la propietaria de la casa. Cuando estaba a punto de hablar, sin embargo, algo que antes había pasado de largo se le encendió en su cabeza. ¿Cómo había podido ser tan estúpido?

—¡Espere un momento! ¿Qué ha dicho hace un instante? —Las pupilas de Jaime temblaban dentro de sus párpados.

—¿A qué te refieres? —preguntó Verónica, desconcertada.

—Antes ha dicho que Alyssa sufrió una... ¿violación?

—Sí, así es. Cuando era una niña. Poca gente lo sabe. A mí me lo contó mi hermanastro una tarde que vino a casa borracho como una cuba. ¿Qué importancia tiene eso ahora?

Jaime posó la taza vacía de café sobre la mesa y dejó que su espalda se hundiera en los cojines del sofá.

—Señora, necesito imperiosamente que me cuente todo lo que sepa sobre el pasado de Alyssa Grifero —suplicó con voz firme.

Capítulo 18

—Morgan, me cae usted especialmente bien.

—Vaya, se lo agradezco.

—Me cae tan bien que voy a confiarle mi gran secreto.

—Soy todo oídos.

—¿Conoce el Mundo de las Segundas Oportunidades?

—No sé a qué se refiere.

—¡Por supuesto que no! Porque es mi secreto.

—Entonces dígame: ¿qué mundo es ese?

—¡El Mundo de las Segundas Oportunidades! Un lugar adonde puedes viajar siempre que quieras, e imaginarte una vida alternativa en la que algo que nunca quisiste que ocurriera, desaparece.

—¿Por ejemplo?

—¿Nunca ha perdido a su gato? ¿O a su perro? Pues imagine que sigue vivo. ¿No sería hermoso? Imagine que Violeta siguiera enamorada de mí, y que Verónica todavía me dirigiera la palabra. Imagine que Alfonso siguiese vivo.

—Ánimo doctor, no llore...

Lunes 13 de noviembre de 2006

Poco después de mediodía, el agente Thomas Carroll descolgó el teléfono de su escritorio para hacer una llamada internacional. Respondió al primer tono una voz cansada que hablaba castellano.

—José Miguel Callejo al habla. Dígame.

El policía anglosajón, haciendo un esfuerzo por que su acento fuera lo más comprensible posible, se presentó como miembro de la brigada de Oxford. Después preguntó directamente por Alyssa Grifero.

—¿A qué viene esa pregunta ahora? —El nivel de inglés del juez sorprendió al policía, que no esperaba poder comunicarse con un veterano magistrado español de una manera tan fluida.

—Mi compañero y yo estamos investigando el asesinato de...

—Sí, de ese tal Lennard, lo sé —interrumpió el juez, que al parecer no atravesaba uno de sus mejores días.

—Exacto. El caso es que Grifero es una de nuestras principales sospechosas, y somos conscientes de que ustedes le están siguiendo la pista, allá en su país —explicó Carroll.

—Acá en nuestro país... —A Carroll le pareció percibir al otro lado de la conexión el típico sonido que realiza la boca de alguien cuando genera una mueca de desagrado—. Se refiere a España.

—Exactamente.

—¿Cómo ha dicho que se llama su compañero?

—No se lo he dicho, señor. Su nombre es Alfred Horner.

—Bien, pues el caso está de la siguiente manera: no tenemos ni la más remota idea de dónde está en estos momentos la dichosa Alyssa Grifero. Creemos que está en la península, pero es como si se lo hubiera tragado la maldita tierra.

—¿Nada más?

—Tengo a dos agentes trabajando a tiempo completo en el caso, pero por ahora no hay noticias.

—Entiendo.

—Lamento no poder darle más información, pero estamos trabajando a toda máquina para dar con ella.

—Hágame un favor, Mr. Callejo: al menor indicio de pista que encuentren, por aparente que sea, llámeme a este número. Tengo el convencimiento de que si trabajamos juntos daremos con el lobo de una vez por todas.

—Querrá decir la loba.

—Lo que sea.

Cuando colgó el auricular, Thomas tuvo la sensación de haber quemado otro cartucho, uno de los últimos que le quedaban,

errando el tiro de nuevo. Observó las nubes negras a través de la ventana y se preguntó qué estaría haciendo Alfred en ese momento. ¿Le habría hecho caso en lo referente a tomarse un par de días libres? Aquello no era propio de un culo inquieto como su compañero. Se sirvió un té con un chorrito de leche templada y esperó.

Rafael Salas esperaba agazapado entre las sombras del pasillo a que el auxiliar de pelo engominado terminara de vendar la mano del niño boxeador en la sala de consultas. Desde que Félix, el hombre con aspecto de simio, le atacara la otra tarde, no había podido borrar el incidente de su mente. No es que albergara algún tipo de rencor hacia él (al fin y al cabo no era más que un pobre loco), pero sentía la necesidad, como médico, de ayudarlo en la medida de lo posible. El problema era que el centro no le proporcionaba medicamentos, pero ese era un tema que pensaba subsanar. El anciano tenía un plan.

Retrocedió un paso cuando oyó un violento golpe en el interior de la sala, como si un yunque hubiera arremetido contra un muro de piedra. Inmediatamente después, el niño boxeador salió del cuartito con las vendas de la mano ensangrentadas y propinando continuos ganchos y reveses al aire. Lo seguía el enfermero, moviendo la cabeza en claro gesto de resignación. Cuando ambos desaparecieron tras la esquina, Salas ocupó el hueco de la puerta con el pie antes de que esta volviera a cerrarse, y se coló en la estancia. Tras un rápido vistazo, tomó prestados una jeringuilla y un bote de cristal que guardaba un líquido transparente. Con eso sería suficiente. Escondió el material en los bolsillos de su bata y se alejó por el corredor como un torpe carterista.

Cuando llegó a la jaula de Félix, contó hasta tres antes de girar la palanca que hacía de manilla en el portón metálico. Estaba abierta, para su sorpresa. Un estridente chirrido acompañó al movimiento hasta que la pieza completó un ángulo de noventa grados. La puerta cedió.

Lo que vio Salas a continuación hizo que le sobreviniera una arcada. Aguantó la respiración y logró contener el tipo. En la pared del fondo del zulo, mimetizado entre la opacidad, el monstruo se hallaba anclado a la piedra mediante gruesas cadenas metálicas que le sostenían las cuatro extremidades. A su alrededor, en las sombras, pudo distinguir manchas de orina y excrementos. El olor que desprendía el habitáculo le recordó al de una alcantarilla, pero multiplicado. El preso mantenía una actitud dócil, no obstante.

«¿A qué diantres viene esto? —se preguntó el antiguo médico, estupefacto—. ¿Por qué mantienen a este ser en unas condiciones tan inmundas?» Decidió que más tarde hablaría muy seriamente del tema con el director Grau. Dio un par de pasos al frente hasta situarse en el interior de la jaula. Félix alzó la vista y cruzó sus marcianos ojos con los suyos. Eran sumisos, como los de un perro abandonado que se ha acostumbrado a recibir palizas.

—*El incompleto protege el tubo férreo* —musitó.

—Hola, Félix. —La voz de Rafael rezumaba compasión—. El viejo tramposo ha venido a ayudarte.

—*El incompleto odia al viejo tramposo senil, ¿verdad, Félix? ¿Verdad que lo odia?*

El anciano apartó el faldón de la bata y se arrodilló a un metro del hombre chimpancé. Agradeció la nueva postura, pues las piernas le habían empezado a temblar. Se le endureció la expresión.

—¿Quién me odia, Félix? —inquirió—. ¿Tú me odias?

El enjaulado respondió con un chillido siniestro que podía interpretarse como una carcajada.

—*Félix no odia al viejo tramposo senil* —matizó entre gorgoteos—. *¡El incompleto lo hace!*

El doctor Salas se llevó la mano a la frente y procuró encontrar la solución al nuevo acertijo. ¿Quién era ese incompleto que tanto lo odiaba? La respuesta le vino a la cabeza como una estrella fugaz.

—¡Pues claro! —exclamó, eufórico—. ¡El incompleto es Charly Rubial! ¡El jodido tullido de las pelotas!

El contrahecho lanzó un grito agudo mientras asentía con la cabeza. Estaba sonriendo.

—Y dime, Félix, ¿de qué conoces tú al incompleto? —quiso saber, ahora con ahínco.

—*Viejo amigo* —fue la escueta respuesta.

—¿Eres de Ámbar?

El enfermo volvió a asentir, mostrando su amorfa dentadura. Salas pensó que lo único que le faltaba era ponerse a aullar como un macaco. Acarició la jeringuilla con su mano, dentro del bolsillo de la bata.

—Por eso me conocías entonces. —El antiguo neurocirujano hablaba ahora al aire, ensimismado—. Charly te dijo que yo era un tramposo y un loco, ¿verdad?

—*Incompleto muy bueno con Félix* —fue todo lo que detalló.

Un sonido muy sutil le llegó a Salas proveniente del corredor. Hacía unos minutos que había sido consciente de que estaba siendo espiado. No le dio mayor importancia, sin embargo, y continuó con el juego de acertijos.

—Cuéntame, Félix: ¿hace mucho que no ves al incompleto?

—*Desde que pegó al chico que hablaba raro. El viejo tramposo senil hace unas preguntas muy aburridas a Félix* —se dijo.

—¿Quién es el chico que hablaba raro? —Salas estaba tan intrigado que se había olvidado absolutamente de todo lo demás. No pensaba irse de allí sin obtener información de aquel monstruo—. ¿Por qué le pegó el tullido?

—*Una paliza de muerte.*

El anciano resopló con fuerza.

—Sí, Félix. ¿Por qué pegó el incompleto una paliza de muerte al hombre que hablaba raro?

—*No lo sé* —respondió Félix, muy seco. A continuación, una inocente revelación—: *puede que por su acento.* —Y después otra —: *O porque vivía en una isla...* —Terminó la frase de tal manera que hizo que la persona que estaba en el pasillo espiando la conversación se alejara corriendo de inmediato—: *¡Policía! ¡El incompleto odiaba al policía que hablaba raro!*

Rafael frunció los labios, ignorante de lo que Félix había decidido contarle sobre Charly. No conocía a ningún policía con acento al que el tullido cabrón quisiera partir la cara, aunque, a decir verdad, Charly nunca necesitó un motivo para joderle la vida a alguien.

Una consecución de pasos que se desvanecían progresivamente se escuchó desde dentro, lo que significaba que el espía había decidido abandonar su puesto tras la puerta. Salas, por lo tanto, volvía a estar a solas con el chimpancé. Se puso de pie y sacó la jeringuilla del bolsillo, que rellenoó con mucho cuidado del líquido transparente que había tomado prestado hacía unos minutos. Los ojos enfermos de Félix se clavaron en la aguja, y en ese momento comenzó a aullar. Las cadenas repiquetearon agresivas con el pataleo impotente del enfermo y la pared retumbó. La criatura inspiraba terror, pero Salas, decidido como estaba, asió la jeringuilla como un cincel, elevó la mano por encima del hombro para coger impulso, y clavó su aguijón con fuerza. El instrumento se incrustó en el tríceps del monstruo, y cuando el doctor presionó el émbolo para inyectar el medicamento, un hilo de sangre comenzó a brotar del brazo perforado. Félix giró la cabeza y el antiguo galeno vio en él la mirada del desconcierto más absoluto.

Transcurrió un segundo hasta que el enfermo volvió a pedir socorro con su timbre irritante. El bramido se escuchó en todo el edificio, y era más propio de un animal salvaje que de un ser humano.

—Esto te ayudará a mejorar, Félix —prometió Rafael en un extraño susurro que nadie oyó.

Muy frío y calculador, sabedor de que los gritos atraerían a toda una legión de médicos y auxiliares, Rafael Salas se giró sobre sus talones, arrojó la jeringuilla al suelo, y abandonó el agujero. Cuando ya había recorrido los metros suficientes como para no percibir el hedor de Félix, oyó una serie de voces que se acercaban hacia su posición. Después se detuvieron, y él hizo lo propio. Agudizó el oído y prestó atención:

—¡Félix! ¿Quién te ha cortado? —dijo una voz.

—*Co... cortado...* —respondió el deforme con su particular defecto de afonía.

—¿Te has cortado tú solo?

—*Co... cortado so... solo.*

—Es muy extraño. No tienes acceso a cuchillos o navajas aquí, están prohibidas. Y no es posible que te hayas hecho esta herida con las manos o los dientes.

—*Manos o dientes...* —repitió como un eco el hombre simio.

Rafael sacudió la cabeza, parpadeó repetidamente, y reanudó la huida. No se detuvo hasta que salió al exterior. En el jardín, bajo un roble, Saúl Morgan lo estaba esperando para empezar lo que iba a terminar resultando un interesantísimo coloquio.

Rodolfo Grau recorría los pasillos del centro psiquiátrico con la respiración entrecortada. No prestó atención al jaleo que se estaba montando en la zona de las jaulas de máxima seguridad; decidió que más tarde preguntaría por lo sucedido. Entró en su despacho y marcó un número de teléfono mientras se aflojaba el cuello de la camisa.

—José Miguel, hoy es su día de suerte —dijo nada más escuchar descolgar al otro lado de la comunicación.

—¿Grau? —respondió la voz cansada del juez Callejo—. ¿Tiene algo?

—Tengo mucho —afirmó contundente el director, como si las palabras se le agolparan en la boca ansiosas por ser pronunciadas—. Dejé abierta la celda de Félix y Salas ha caído en el anzuelo. Por fin han tenido tiempo para hablar de sus cosas.

—Madre mía. —Callejo se expresó entre susurros—. ¿Y bien?

Durante el siguiente cuarto de hora, el doctor Rodolfo Grau le estuvo describiendo a su nuevo confidente, el juez José Miguel Callejo, la singular conversación entre Rafael y Félix. No omitió detalles sobre los acertijos. Cuando terminó, se creó tal prolongado silencio que Grau creyó que se había cortado la llamada. El juez fue el primero en volver a hablar:

—Acláreme una duda: ¿cómo sabía usted que Salas iba a buscar, encontrar y entablar conversación con Félix?

La respuesta cayó como el primer trueno de una tormenta:

—Se lo prohibí. No hay mayor atractivo que lo prohibido, Callejo.

Nada más terminar la conversación telefónica, y sin llegar a posar el auricular, el juez revisó el histórico de llamadas en su

teléfono y pulsó la tecla de *devolver* cuando el cursor se detuvo sobre el número del policía inglés.

—Deseo hablar con el policía Thomas Carroll —dijo.

—Soy Carroll. —Una pausa—. Mr.Callejo, ¿es usted?

—Agente, necesito que me ponga ahora mismo con su compañero Alfred Horner. —Según hablaba, pensó que también debía llamar a Julián Barreneche para comunicarle las novedades del caso. Odiaba hablar con ese idiota, pero no podía dejarlo al margen. La voz anglosajona del policía de Oxford apartó la grotesca figura de Barreneche de su mente.

—Alfred está de permiso, se cogió unos días libres. ¿Por qué? ¿Alguna novedad?

José Miguel Callejo apartó el auricular de su cara y propinó un rabioso golpe en la mesa con la palma de la mano. «¡Mierda!», farfulló.

—¿Mr.Callejo? —La voz de Carroll llegaba robotizada a través del altavoz.

—Agente Carroll, es preciso que encontremos a su compañero —dijo implacable, procurando que sus palabras sonaran como una orden—. Es urgente.

Snowflake esperó a que saltara el buzón de voz de Alfred para cortar la llamada.

«Mierda, no contesta», maldijo entre dientes.

No le olía bien todo este asunto. ¿A qué demonios había venido la última llamada del juez? Era evidente que algo había ocurrido en España que había precipitado la investigación, pero, ¿a santo de qué era tan urgente Fred? ¿Tenía él alguna información relevante que le estaba ocultando? En lo más profundo de su ser, Carroll sabía que Alfred era capaz absolutamente de cualquier cosa. Por ello, asumió, podía ser verosímil que la policía de un pequeño pueblo de España viera en él la clave para resolver el misterio que les estaba volviendo locos a todos.

Dedicó al mundo un impropio, cogió su cazadora y salió de la comisaría.

Unos minutos después se encontraba en el barrio de Kidlington llamando al timbre de la casa de Alfred. El vecindario era tranquilo, como la mayoría en Oxford. Allí era costumbre moverse en bicicleta, de modo que Thomas encontró un hueco para aparcar justo en la puerta, detrás de un Mini Cooper de color rojo. Horner vivía en un pequeño chalé adosado de una altura que se asomaba tras un desatendido jardín frontal. Las cortinas de las ventanas que daban a la carretera estaban corridas, y no se distinguía el menor indicio de vida en el interior. Insistió llamando una segunda vez. Nadie contestó.

Carroll emitió su segundo impropio de la mañana, esta vez con un matiz de preocupación. Tras unos minutos de espera, regresó al coche y arrancó. Mientras circulaba por las calles de Kidlington, marcó el número internacional del juez Callejo en su teléfono móvil.

—No consigo dar con Horner —informó, con un horrible presentimiento. Si Fred hubiera decidido dar cualquier paso, seguro que se lo habría comunicado a él primero. ¿Le habría pasado algo?

—No podemos permitirnos perder más tiempo, agente —respondió el juez, cáustico—. Quiero que viaje ahora mismo a Torrelavega y se reúna conmigo.

La oferta, si es que lo era, le cayó a Thomas como un jarro de agua fría.

—¿Le he entendido bien? ¿Quiere que coja un avión ahora y me reúna con usted en su lugar de trabajo?

—Me ha entendido perfectamente, agente. De hecho, ya estamos demorándonos demasiado. Voy a colgar. Le espero en mi despacho. Adiós.

El *Bluetooth* del coche de Snowflake comenzó a emitir tonos de forma periódica, lo que significaba que el juez le había colgado. Con suavidad, detuvo el vehículo en una gasolinera y se quedó mirando al salpicadero, ensimismado. ¿Estaba ante la situación más surrealista de su carrera? Se escudriñó a través del espejo retrovisor interior. Había palidecido más aún de lo normal, su expresión albina parecía la de un extraterrestre. Guardó el teléfono en el bolsillo y tragó saliva. Reanudó la marcha y cambió de sentido

en cuanto pudo. Marcó en el navegador la dirección del aeropuerto de Heathrow.

Estaba empezando a caer la tarde cuando bajó del taxi sin equipaje. El edificio del juzgado de Torrelavega daba la impresión de ser un antiguo hostel que acababa de ser reformado por dentro. Erigido junto a una céntrica plaza, la piedra rojiza de la fachada se veía ennegrecida por medio siglo de lluvia y humedad. El interior era igualmente insulso, por la razón contraria. La reforma había teñido las paredes de blanco nuclear que casi resplandecían con los fluorescentes del techo. Carroll se acercó a la garita de seguridad, donde un gordinflón de cabello naranja y amplios mofletes le requirió identificarse. Una chapita metálica en la que habían tallado «Toño» le colgaba del uniforme a la altura del pecho.

—Soy Thomas Carroll. Tengo una cita con el juez José Miguel Callejo.

Alguien exclamó algo al otro lado de los tornos de seguridad antes de que Toño pudiera comprobar la cita de Thomas.

—¡Agente Carroll! Increíble, auténtica puntualidad inglesa.

El enfático recibimiento venía de un hombre de mediana edad, de pelo frondoso y pálido de piel, cuya aburrida descripción física no concordaba con su entusiasmo. Todo en él parecía artificial. Hizo un gesto a Toño y el pelirrojo abrió uno de los tornos.

—Es usted el juez Callejo, supongo —dijo Carroll, mientras era conducido por unos pasillos tan anodinos como el traje de su acompañante.

—No, no, yo soy el doctor Rodolfo Grau —respondió—. Disculpe mi torpeza por no presentarme. José Miguel llegará enseguida.

Entraron en una sala de conferencias sin ventanas. Carroll era un poco claustrofóbico, y detestaba los espacios sin ventanas. ¿Qué necesidad había de montar una sala de reuniones en un piso subterráneo?

Tres asientos de la mesa estaban reservados. Había chaquetas colgadas en los respaldos de dos de ellos, y Thomas supuso que el

tercer puesto sería para él. Se quitó la cazadora y la colocó en el respaldo de la silla que le habían asignado. El doctor Grau fue derecho a la cafetera del rincón.

—¿Le apetece un café o un té mientras esperamos? —le ofreció.

—Un café, gracias.

—¡Esta sí que es buena! Un británico que bebe café —bromeó—. ¿Es usted de fútbol o tenis?

—De fútbol, supongo.

—¡Lo sabía! Siempre he pensado que los bebedores de té son más de jugar al tenis, ¿no le parece?

Carroll se encogió de hombros y miró hacia otro lado. No tenía intención de perder el tiempo reflexionando sobre esa estupidez.

—Disculpe, ¿me ha parecido entenderle que es médico? —La desorientación de Carroll no dejaba de crecer. ¿Qué pintaba un médico en una investigación policial secreta?

—En efecto, soy el director del centro psiquiátrico de Ámbar —informó el doctor con un puntito de arrogancia en la mirada—. Colaboro con el juez en este caso.

Pero, ¿cuál era el caso exactamente? Thomas decidió ser cauto e ir averiguándolo sobre la marcha.

Se abrió la puerta y entró un hombre serio con gafas, diligente aunque con cierto toque campechano. Se presentó muy cordial como el juez José Miguel Callejo. Acto seguido, los tres hombres ocuparon sus respectivos asientos en torno al extremo de la mesa.

—Se estará preguntando qué hace aquí. —El juez había comenzado la reunión por lo más importante.

A decir verdad, Thomas había estado dándole vueltas al tema durante la mayor parte del vuelo. La imprevista desaparición de Alfred lo incomodaba. Habría deseado que estuviera a su lado en aquel momento, defendiendo la investigación y haciendo frente a los dos hombres que tenía delante. Se sentía solo y fuera de lugar en una ciudad extraña. Ni siquiera le había dado tiempo a darse una ducha, pues el taxi le había dejado directamente en la puerta del juzgado. Alzó la vista y se enfrentó a los dos pares de ojos. No tenía ni idea de cómo iba a enfocar la conversación. Optó por ir

contestando pregunta a pregunta y ver hacia dónde le llevaba la reunión.

—Estoy aquí por el caso Lennard —dijo, casi convencido.

—No exactamente —le contradijo el juez. Grau, por su parte, lo observaba con la inequívoca sonrisa del sabedor de que se aproximan fuegos artificiales. Solo le faltaba frotarse las manos.

A Carroll se le dibujó una arruga entre las cejas.

—Empezaré por el principio. —Callejo apoyó los antebrazos en la mesa y juntó las yemas de los dedos en forma de campana—. Hace algunos días, el doctor Rafael Salas, un viejo neurocirujano de la comarca, entró en el centro psiquiátrico que dirige el señor que tengo sentado a mi lado. —Rodolfo Grau asintió con la cabeza, como si no hubiera quedado perfectamente clara la referencia del juez—. Allí conoció a Félix.

El teléfono de la sala de reuniones comenzó a sonar, y Callejo detuvo su discurso para prestar atención a la pantalla del aparato.

—Vale, es Julián Barreneche, el policía que lleva algunos de mis casos. Le dije que se apuntara a la reunión —dijo, mientras el teléfono continuaba timbrando. Pulsó dos teclas y se dirigió al altavoz.

—Julián, estás en manos libres. Conmigo están el doctor Grau, del centro psiquiátrico, y el agente de la CID, Thomas Carroll —explicó, con un volumen de voz algo elevado—. Acabamos de comenzar.

—De acuerdo —contestó una voz árida desde el aparato.

—Como decía, Salas llegó a conocer a Félix en el centro —continuó el juez—. Para que os hagáis una idea, este Félix es como una mezcla entre el monstruo Frankenstein y un perro abandonado. Se trata, con toda seguridad, del paciente más grave que tiene Grau en estos momentos. —Carroll vio que el director del centro asentía con una crudeza algo fingida—. Pues bien, según hemos sabido, Félix mantuvo algún tipo de relación amistosa con Charly Rubial en el pasado.

Carroll alzó la mano.

—Espere un segundo —dijo—. Charly Rubial es el hermano gemelo de Lennard, ¿verdad? La pareja sentimental de Grifero, vuestra principal sospechosa. ¿Me equivoco?

Thomas supo, por cómo se miraban los dos hombres que compartían mesa con él, que traía los deberes bien hechos.

—Sí, exacto —respondió Callejo, que parecían agradarle las interrupciones siempre y cuando aportaran luz a su explicación—. Sabemos desde hace días que Alyssa Grifero y Charly eran más que amigos, hasta que él se suicidó. Desde ese fatídico doce de octubre, el equipo de Julián ha estado siguiendo la pista de la chica.

La voz árida del altavoz participó por primera vez:

—Efectivamente, el chaval que trabaja para mí lleva días buscándola por todo el país.

—¿Alguna noticia de Tena, por cierto? —Callejo aprovechó el inciso para ponerse al día.

—Ninguna. Ese niño me rechaza las llamadas. Voy a darle su merecido por incompetente, y después le abriré un expediente de despido.

El juez lanzó una mirada al teléfono y su mandíbula se tensó. Era evidente que el hombre al otro lado del altavoz estaba meando fuera del tiesto. Crispado, Callejo respiró hondo un par de veces y continuó con la historia.

—En fin, que así llegamos al día en que Mike Lennard, el hermano gemelo y hasta entonces desconocido de Rubial, aparece asesinado en su cuarto de baño a varios cientos de kilómetros de aquí. Es en ese punto donde usted —apuntó con el dedo a Carroll— y su socio entran en escena.

Se hizo un silencio que Thomas aprovechó para dirigirse a sus compañeros de mesa.

—Vale, entiendo que me han llamado porque necesitan información extra sobre el asesinato que pueda ayudarles en la búsqueda de Grifero. ¿Por qué no ir al grano?

José Miguel Callejo hizo caso omiso del desafío y miró a Grau como cediéndole la palabra.

—Tranquilo, chico, que ya llegamos al final.

El tono del doctor le sonó a Thomas como una muy poco sutil falta de respeto. Era como el típico profesor autoritario del colegio que utiliza su poder como parte de su diversión personal. Además, el tictac del reloj de la pared lo exasperaba. Todo en la maldita habitación lo hacía.

—Tal y como decía antes José Miguel, el doctor Rafael Salas mantuvo conversaciones interesantes con nuestro querido Félix. — Una de cada dos palabras de Grau era sarcástica—. En concreto, el deforme le confesó a Salas un secreto que nos descolocó a todos. —Se inclinó en la mesa y desafió a Thomas con la mirada—: según se ve, hace unos años Charly Rubial viajó a Inglaterra con el único objetivo de encontrar a cierto policía. Cuando lo consiguió, le propinó tal paliza que casi lo mata. Ocurrió de noche en pleno Oxford.

Los ojos de Rodolfo Grau brillaron de triunfo. Se recostó de nuevo sobre su respaldo y dejó transcurrir unos segundos para que el policía británico atara cabos. No tardó demasiado.

—Esperen... ¿están deduciendo de todo esto que fue Alfred quien recibió esa agresión? —exclamó, al borde de la confusión—. Me van a perdonar, pero yo no veo más que una simple casualidad.

—Estamos deduciendo mucho más —habló ahora el juez con autoridad—. Thomas, usted no está aquí por el caso Lennard, como antes sugería; está aquí porque su compañero, Alfred Horner, es un asesino.

Thomas Carroll experimentó un principio de mareo. Aun así, tuvo fuerzas para saltar de la silla hecho una furia.

—¡Han perdido el juicio, ustedes dos! —vociferó, y señaló a ambos hombres con violencia—. ¿Fred asesino? ¿De verdad me están diciendo que pudo matar a alguien por el simple hecho de tratarse del hermano gemelo de un tipo que, según ustedes, lo agredió hace años? —Mientras gritaba, se aflojó el nudo de la moderna corbata y tiró de ella con saña—. No conocéis a Fred, joder. Él es un policía honrado. ¡Un brillante policía! Jamás se rebajaría por venganza.

Cuando terminó de desahogarse, se fijó en que los dos hombres lo observaban tranquilos, confiados.

—¿Qué pasa con Alyssa Grifero entonces? —Carroll intentó reconducir la conversación hacia un punto donde su amigo no quedara como el malo de la película—. ¿Qué ocurre con Sara Mora?

—La joven Sara fue la última víctima de Charly Rubial antes de que este se suicidara —explicó, implacable, José Miguel Callejo—.

Aparte de eso, me consta que disfruta de unas merecidas vacaciones en Inglaterra.

A Carroll se le habían acabado los recursos.

—¿Sabéis qué? —dijo, indignado, como si empezara a asumir la verdad—. Me parece increíble que me hayáis hecho viajar hasta esta ciudad de mierda para poner en entredicho el honor de mi amigo. Me largo de aquí.

—Solo le pido un minuto más, agente —suplicó Callejo desde su asiento—. Aún no hemos terminado.

Sin dar opción a la réplica, el juez pulsó un botón en el teléfono que conectaba con el interfono de la garita de seguridad.

—Toño, haz pasar al invitado.

Después, mientras esperaban, volvió a dirigirse a Carroll.

—¿No se ha preguntado por qué motivo decidió Charly Rubial viajar a otro país expresamente para machacar a un policía novato? —Callejo hizo que la pregunta sonara como una trampa.

La puerta de la sala de reuniones se abrió antes de que Thomas pudiera plantearse la respuesta, y un hombre joven, de unos treinta años, apareció tras ella acompañado del guardia. Vestía ropa de sport, aunque de marca, y una cuidada barba de tres días le decía a Carroll que no era un hombre de un estatus social bajo. No parecía policía, sin embargo. Su mirada vagó por la sala posándose un segundo en la figura de cada uno de los allí presentes. A tenor de la inquietud en sus ojos, era la primera vez que pisaba un juzgado.

—Le presento al doctor Jaime Vergara, neurocirujano madrileño que *no tiene nada que ver con Horner, Lennard ni Rubial*. —Callejo matizó las últimas palabras como quien establece las reglas dictatoriales de un juego—. Jaime es simplemente un amigo de Sara Mora que hace un par de horas ha acudido a comisaría asegurando tener información útil acerca del caso. —Se dirigió al recién llegado—. Por favor, Jaime, tome asiento.

Carroll presenció atónito cómo aquel hombre, que había surgido de la nada, acaparaba toda la atención.

—Agente Carroll, usted también. Se lo ruego.

La voz del juez sonó piadosa en esta ocasión. Thomas obedeció.

El juez instó a hablar al recién llegado, que comenzó como si fuera el narrador de un cuento:

—Esta misma tarde he visitado la casa de la hermanastra de Charly Rubial, Verónica Salas. He estado un rato charlado con ella y con su hijo de diez años.

Rodolfo Grau se arrimó al hombro de Carroll y le susurró al oído:

—Esa Verónica es la hija del doctor Salas del que le hemos hablado antes.

Thomas asintió sin interés, y continuó prestando atención al joven médico.

—El motivo de mi visita ha sido mi creciente apego por Alyssa Grifero, antigua canguro de la familia y vuestra principal sospechosa. —Carroll alzó las cejas al oír ese nombre.

—¿Y ha obtenido la información que buscaba, doctor? —inquirió Callejo, aunque algo le decía a Carroll que ya conocía la respuesta.

—Más que eso. Resulta que el pasado de Alyssa es más trágico de lo que nunca llegué a imaginar. Una noche del verano de 2002, fue salvajemente violada durante una fiesta universitaria en la costa de Málaga. Tan solo era una virgen de catorce años. —Thomas tragó saliva, abrumado—. El cabrón que la forzó, con perdón, era un chico llamado Alfredo. —Hizo una pausa que se antojó eterna—. Todos lo conocían como Fredy.

El tono del médico había crecido tanto como su determinación. Se encaró con Carroll:

—Con todos mis respetos, agente, todo este tiempo ha estado persiguiendo a la víctima mientras compartía mesa con el verdadero homicida. Tengo todo el testimonio de Verónica grabado.

Vergara extrajo un *smartphone* del bolsillo de la chaqueta y lo alzó en alto en el mismo momento en que Thomas Carroll sentía la tierra abrirse bajo sus pies.

Capítulo 19

—Doctor...

—¿Sí, Morgan?

—Hace unos minutos me ha comentado que seguramente vendrían unos enfermeros cabreados a amonestarle por lo que le hizo a Félix.

—Ajam...

—Pues ya los veo. Solo que no son enfermeros, sino los de seguridad. Y vienen armados.

Lunes 13 de noviembre de 2006

El reloj digital del despertador marcaba las 13:10. «¿Qué... qué día es? Lunes. Sí, debe de ser lunes.»

Alfred Horner había dormido durante más de diez horas seguidas. Recordaba haberse puesto hasta las cejas de *whisky* y quedarse dormido en el sofá con un disco de jazz reproduciéndose en el estéreo. No, definitivamente no había sido una buena noche. Ahora, no obstante, se sentía como nuevo, con la cabeza limpia de malos augurios y energía corriendo otra vez por sus músculos. «¿La pistola? —Ladeó la cabeza hasta la cómoda del recibidor—. Bien, está ahí.»

Se desperezó estirando todo su cuerpo. Después, todavía en ropa interior, se preparó un batido de frutas y una tostada de pan de semillas que bañó en miel. Desayunó a la una y media del mediodía

mientras escuchaba la radio. De vuelta en el salón, realizó cinco series de veinte flexiones y otras tantas abdominales. Por último, se dio una ducha fría y se vistió con una camiseta, pantalones chinos y sandalias. Horner había realizado todas esas actividades mundanas y rutinarias sin pensar, ni siquiera por un segundo, en el video amenazador que había recibido la otra tarde, ni en Henry Millward, ni en nada de lo que le había perturbado desde que Mike Lennard murió. Incluso se había acostumbrado a observar el plasma del salón resquebrajado y las estanterías hechas una mierda.

Entonces oyó un coche que frenaba en el exterior y lo recordó: Ania. Al dirigirse a la ventana de la cocina para comprobarlo, el teléfono móvil sonó en el escritorio del estudio, detrás de él.

THOMAS CALLING... (THOMAS LLAMANDO)

Ignoró la llamada y desactivó el vibrador.

«Estoy en mi día libre, joder.»

Volvió a mirar por la ventana y vio a una rubia de metro ochenta saliendo de un Mini Cooper rojo. Andaba como una modelo, vestía como una modelo y tenía las tetas de una modelo. Sonrió. Entre todas las cosas que había olvidado, una era que hoy era día de visita. Acudió a abrir.

—¿Te apetece algo diferente? —soltó la despampanante mujer desde la puerta. Sujetaba unas esposas de cuero entre las manos.

Ania era parca en palabras, y cuando hablaba, solía hacerlo con el objetivo de poner caliente a Alfred. Pero al menos tenía por costumbre saludar. Esta vez le había bastado con pronunciar cuatro palabras con su sensual acento del este para ponerle cachondo. Se abalanzó sobre ella y la empujó contra la puerta, que se cerró dando un portazo. No tenía intención de perder el tiempo. Mientras se besaban, Horner palpó el cuerpo de Ania por debajo del abrigo. «Joder, viene solamente en ropa interior.» Muy caliente, se deshizo del abrigo y después del sujetador. Dejó de besarla para conducirla al dormitorio, donde ella se bajó las bragas. Tenía un cuerpo de cojones. El tiempo en la habitación se había ralentizado, y en menos de un minuto él ya la había esposado a uno de los barrotes del

cabecero de la cama. El sexo con Ania y el *whisky*: los únicos antidepresivos eficaces que conocía.

Ella estaba gritando de placer. Le encantaba cuando hacía eso.

El timbre del telefonillo sonó en toda la casa. Nadie le hizo caso.

A Horner se le nubló la vista del gusto. El telefonillo volvió a sonar.

«No te pares, joder, sigue...»

El cuerpo de Ania se había encorvado en una postura antinatural.

—Me estás haciendo daño... —gimió la encadenada.

Algo iba mal.

Pero Alfred no podía parar. Procuró enfocar la vista. ¿Por qué estaban sangrando las muñecas de Ania? La miró a los ojos y vio pánico en ellos. Se sintió extrañamente poderoso.

Los gritos eran ahora de auténtico dolor.

Viernes 5 de julio de 2002

Cuatro años antes de que aconteciesen los hechos relacionados con la muerte de los hermanos Rubial, Nacho y Alfredo se encontraban bebiendo sendos botellines de Heineken. Estaban apoyados sobre el alfeizar de la ventana de la cocina, en la casa de los padres de Nacho —quienes estarían fuera durante toda la semana—, mirando hacia la piscina de la mansión con aire despreocupado. Estaban en un complejo de chalés en las afueras de Marbella, donde vivían, además de Nacho y su familia, el mayordomo, la doncella y también la cocinera.

La atmósfera era bochornosa, y la luna, casi llena, brillaba especialmente. Era el primer viernes después de los exámenes de todos los cursos de la facultad de derecho. Nacho, aprovechando que sus padres habían abandonado la nave, había decidido potenciar su popularidad entre el resto de universitarios celebrando una multitudinaria fiesta en el jardín.

Los dos jóvenes bebedores de cerveza estudiaban en la misma clase, aunque no eran amigos. Alfredo, al que todos llamaban Fredy, acababa de cumplir veinticuatro años. Nacho ya tenía los veinticinco. El primero, que vestía una chupa de cuero negra, era el guaperas de la clase, el motorista, el chulo. El otro era repetidor, y lucía una americana azul de Armani que ya por sí sola despertaba admiración. Aquel casual encuentro de machos alfa en el marco de la ventana resultó fatídico para el menor de ellos. Nacho Conde pertenecía a la clase de tío que en la facultad se conocía como *sucio ligón de mierda*. Las razones de la ofensiva discriminación no carecían de cierto peso. Desde que comenzara el curso en su nueva clase, Nacho ya había roto tres parejas y había conquistado a varias chicas más, para, después de pasar con ellas algunos buenos ratos en el asiento trasero de su coche, aplicar el *si te he visto, no me acuerdo*. Para Fredy, que siempre había sido considerado como el triunfador de la clase, Nacho era una amenaza.

Aquella noche cayó en la trampa del repetidor al sacar este un tema delicado: la nueva chica de Fredy. Era una chiquilla de catorce años que simplemente había desarrollado su feminidad antes que las demás niñas y que, por tanto, causaba furor entre los universitarios más ávidos de amor adolescente. A pesar de su juventud, ya miraba con ese estilo tan práctico para seducir a un hombre, y su pálida piel tenía el suave tacto propio de las niñas de su edad. Era un secreto a voces: la chica prometía.

—Está buena la niña, te felicito —dijo Nacho mirando hacia el borde de la piscina, donde la joven, visiblemente afectada por los efectos del ron, se movía como pez en el agua entre chicos hasta diez años mayor que ella.

Fredy detectó un evidente tono provocativo en la voz de Nacho, que seguramente ni siquiera había intentado disimular.

—No te pases.

Sabía muy bien adónde quería llegar aquel pijo. Apretó los dientes y no dijo más. Dio un nuevo sorbo a la cerveza.

—Vamos Fredy, no me jodas que te estás picando. ¡Estamos de buen rollo! Dime, ¿te la has tirado?

El provocado miró a Nacho por primera vez con una expresión que decía a todas luces «no me toques los cojones». Pasaba de

explicarle que su chica era virgen, y que ella le había pedido un tiempo antes de dar el gran paso. Dios, se sentía ridículo con tan solo pensarlo.

—Bah, eres un maricón —soltó como si nada el anfitrión de la fiesta, que no dejaba de llevarse a la boca el botellín verde—. Como sigas haciendo el gilipollas y no te des prisa, en cualquier momento te enterarás de que se la está follando otro.

—Que te den por el culo —increpó Fredy, muy crispado por ponerse en duda su hombría.

El ofendido posó el botellín vacío sobre el alfeizar y sin despedirse se internó en el salón, donde se reunió con sus colegas.

Lugo de un buen rato, cuando hubo consumido tantos cubatas que había perdido la cuenta, Fredy decidió salir a tomar el aire. Avanzó sin rumbo fijo alrededor del jardín, dando tumbos mientras la música reverberaba a todo volumen dentro de su cabeza. Entonces advirtió algo a menos de cincuenta metros, y sintió un pequeño vahído. En el interior de la piscina y aún con la ropa puesta, Nacho Conde se estaba comiendo a besos a una joven que sonreía como una boba mareada. Bajo el agua, algunas de sus partes íntimas estaban siendo sobadas. Varios invitados, la mayor parte mujeres, atendían al bochornoso espectáculo con repugnancia. Fredy, que estaba temiéndose lo peor, inclinó la cabeza para distinguir la cara de la chica, y entonces sus sospechas se confirmaron. La ira le subió desde los pies y salió en una explosión incontrolable.

La visión de su dulce niña restregándose contra el cuerpo de su mayor enemigo le había provocado tanta rabia como excitación.

Avanzó hacia el borde de la piscina dando grandes zancadas. Retiró de un empujón a una señorita que estaba observando el espectáculo desde primera fila del bordillo y alargó el brazo hasta que consiguió atrapar la axila de la adolescente, que parecía estar al borde del coma etílico. Tiró de la empapada blusa y sacó el cuerpo, prácticamente inmóvil, del interior de la piscina. Se hizo un corro en torno a ambos, quizá esperando a que Fredy le practicara los primeros auxilios a la joven, o puede que ansiosos por que se abalanzara de cabeza contra el repugnante sobón, que seguía dentro de la piscina mofándose como un pasmarote, y comenzara así una apasionante pelea. Todos habrían deseado que ocurriera

una de las dos cosas. En lugar de eso, tomó a la chica entre sus brazos y se la llevó de la fiesta.

Ya en el exterior del complejo, bajo la mirada de unos pocos curiosos que lo habían seguido, la acomodó en el asiento de su moto, una Kawasaki Z 750 negra, y se sentó detrás de ella, asegurándose de que la tenía bien sujeta entre él y el manillar. Arrancó.

Algo se le había cruzado en lo más profundo de su cabeza. Estaba borracho y también había probado varios porros de marihuana durante la fiesta. Pero no se trataba de eso. La imagen de ella, su niña que tantas veces le había negado, refregándose como una furcia contra Nacho Conde delante de todo el mundo, había provocado un completo cortocircuito en su cerebro. No podía razonar, simplemente se encontraba fuera de sí. Condujo con rumbo hacia ninguna parte, siguiendo un camino que a algún lugar debía de conducir. La melena negra de ella se agitaba con el viento y se le metía en la nariz y la boca, irritándole. Tan solo tenía una cosa en mente: provocarle daño. Se había convertido en una extraña obsesión.

El camino se perdió en el interior de un bosque y unos frondosos árboles cerraron su paso. Se detuvo. Miró a su alrededor, pero no se veía nada, ni siquiera las estrellas. La profunda oscuridad era solo comparable con el más absoluto de los silencios. Perfecto para lo que tenía pensado hacer.

Mientras Fredy, a la vista desorientado, examinaba el terreno, el peso de ella, libre de sujeción, hizo que cayera al suelo desde el asiento de la Kawasaki. El golpe la despertó, aunque su nivel de alcohol era tan alto que no parecía ser consciente de lo que le iba a ocurrir en los siguientes segundos. Él la arrastró hasta la base de un árbol. La colocó boca arriba como un tronco sin vida. Después arrancó con sus molares la todavía húmeda blusa, y comenzó a recorrer el torso con la lengua.

«Fredy...», no acertaba más que a vocalizar la inocente cría con una sonrisa sin vida. Al parecer, todavía seguía locamente enamorada de él. Fue al quitarle los pantalones como si desvistiera a una muñeca de plástico, y justo después las bragas, cuando pareció percatarse de dónde estaba y del peligro que corría. El

instinto de supervivencia hizo que empezara a bramar como una loca, pero el motero sabía que estaban a varios kilómetros de la civilización. Nadie la iba a escuchar. Poseído por un mal nunca conocido en él, Fredy la calló tapándole la boca con su mano. Después lo pensó mejor; iba a necesitar las dos extremidades. Aferró pues las frágiles muñecas y las forzó de forma que rodearan el tronco del árbol. Se sirvió del cinturón para inmovilizarlas. La cría gimió como si se le hubiera dislocado el hombro, parecía al borde del desmayo. Después, Fredy le metió su propia blusa en la boca y se desabrochó la cremallera del pantalón.

Una vez estuvo a su merced, la violó, en medio de la oscuridad, durante más de una hora. Solo una cosa competía con los gritos apagados que la niña dejaba escapar a través de la tela húmeda que cubría su boca: durante el acto, en repetidas ocasiones, Fredy le susurraba directamente al oído dos palabras que quedarían grabadas en su cerebro para siempre: «eres mía...»

Cuando terminó, al alba, Fredy seguía fuera de sí. Sin reparar en que dejaba a una adolescente de catorce años desnuda, herida e inconsciente en mitad de la nada, se subió de nuevo a la moto y se alejó. Ya era de día cuando llegó a su casa y se metió en la cama. Se sumió en un profundo sueño y durmió más de quince horas seguidas. Una vez despierto, al atardecer del día siguiente, no recordaba casi nada de lo ocurrido la noche anterior (y absolutamente nada del abuso cometido).

Después de ese día, Fredy no volvió a ver a la chica, que no era otra que Alyssa Grifero. Viajó a Inglaterra para practicar el inglés durante el verano, y así evitar cruzarse con su infiel exnovia. Fue una precaución innecesaria, pues la adolescente no salió de casa durante semanas, y cuando lo hizo, fue para abandonar la costa malagueña y desaparecer del mapa.

Cuando estaban a punto de concluir las vacaciones, Fredy se enteró, por medio de un amigo en España, de que la niña había quedado embarazada ese verano; corrían rumores de que había sido víctima de una violación. Al parecer había abortado. Fredy, que

seguía en Inglaterra atendiendo a sus clases, quedó espantado al oír esto, y una terrible duda le asaltó en el acto. ¿Había sido él el causante de la violación? ¿Qué demonios había pasado esa noche? Lo cierto era que estaba tan borracho aquel día, tan fuera de sí, que no recordaba nada. ¿Y si el niño era suyo? ¿Qué sería ahora de esa chiquilla? Optó por rechazarlo todo. Lo más probable era que el cabrón de Nacho Conde estuviera saliendo con ella durante un tiempo y se sobrepasara en algún momento puntual.

El joven decidió entonces empezar una nueva vida en Oxford, Inglaterra, donde le picó el gusanillo policial, de modo que opositó y aprobó. Se cambió el nombre y pasó a ser el agente Alfred Horner (huérfano de padre desde su nacimiento, utilizó el apellido de su familia de acogida durante ese verano). Conoció a una bella joven llamada Donna, y no volvió a pensar en Alyssa, la borró literalmente de su memoria, hasta la noche que, cuatro años después, se encontró con la despampanante Ania esposada de manos y abierta de piernas, a su disposición.

Lunes 13 de noviembre de 2006

Todo se volvió cristalino. Una puerta se había abierto en lo más profundo de su subconsciente. Clavado sobre la cintura de aquel monumento rubio, vio como la última pieza de un puzle volaba por delante de sus ojos como una pluma y se posaba suavemente en un hueco con su misma forma. El complejo rompecabezas había sido completado. Ahora sabía con certeza quién había liquidado a Mike Lennard.

Nada más deshacerse de Ania, el agente Horner se vistió y consiguió de comisaría la dirección de Diane Tallent en pocos segundos. Recogió su placa y la Hekler Koch Compact antes de salir por la puerta.

Alguien llamó a la puerta de Diane Tallent. La joven británica, que acababa de darse una ducha caliente, apagó el secador, se cubrió con un jersey de algodón, y corrió a abrir. El trasero mullido de Vader se posó en la tarima, junto a sus pies, cuando la figura de un hombre de más o menos la edad de ella y con aspecto de haber pasado un mal día se vislumbró al otro lado de la madera exhibiendo la cara brillante de una placa identificativa.

—¿Diane Tallent? —preguntó con voz áspera.

La mencionada asintió con ceño mientras se acariciaba las puntas del cabello, todavía húmedo.

—Soy el agente de policía Alfred Horner —se identificó—. Queda usted detenida.

«*Oh, my God...*» (Dios mío.)

No tuvo opción más que a forcejear, pues cuando quiso reaccionar, los brazos de aquel hombre ya la tenían inmovilizada contra la pared. Un frío metálico le aprisionaba las muñecas. Bramó y pataleó con todas sus fuerzas con la esperanza de que algún vecino la escuchase, pero el viento era intenso y probablemente no habría nadie en la calle en ese momento. Lo último que guardó su memoria fue que era arrastrada hasta el asiento trasero de un coche. Todo se desvaneció cuando el canto de algo rígido impactó sobre su nuca.

Eran las 18:50 y había empezado a llover.

Sara estrujó sus dedos entre sí mientras corría y notó un líquido viscoso. La sangre que había brotado de la mano del budista se estaba coagulando en su piel.

«¿Qué voy a hacer ahora?»

Quería acudir a la policía y contarles su encuentro con Kurt Payne. Cómo la había acorralado en el rellano, no dejándole más remedio que utilizar su navaja en defensa propia. Porque había sido defensa propia, ¿verdad? ¿La creerían? Tenía que estar tranquila. Al fin y al cabo, no había matado a nadie.

El viento soplaba con fuerza contra su cara, dificultándole la carrera y aportando caos a la situación.

«Por otra parte —se dijo—, probablemente la policía guarda las cartas que me relacionan con Diana, y lo que es peor, con Lennard.» Francamente estaba haciendo méritos para ganarse un sitio en el panel de *Se busca* de la comisaría, si tal cosa existía.

Deja vu.

Al igual que el pasado 12 de octubre, cuando desveló el engaño del doctor Salas de las narices, se encontraba de nuevo corriendo sin aliento bajo la tormenta. En aquella ocasión lo había hecho para tratar de salvar la vida de Alfonso Morales. Resultó en vano. Ahora, sin embargo, huía del miedo. Y al igual que aquel día, parecía que el corazón le iba a estallar. «¿Por qué siempre te metes en estos líos, Sara?» Las primeras gotas de lluvia ya habían limpiado su mano de sangre seca, y mientras decidía si debía acudir o no a la policía, ya había llegado a casa de Diana.

Vader esperaba sentado junto a la valla de entrada al jardín, y la puerta del edificio estaba entreabierta.

Sara se internó con sigilo en el recibidor, totalmente silencioso. En el fregadero de la cocina había dos platos sucios, una copa con restos de vino, una sartén y algunos cubiertos, todo sin fregar.

—¿Diana? —exclamó, pero no obtuvo más respuesta que el eco de su propia voz.

La puerta del baño estaba abierta, y desde el pasillo podía verse la cortina de la ducha corrida y una toalla húmeda tirada por el suelo. Las planchas de pelo de Diana estaban conectadas a la corriente. Sara se acercó con ceño y extrajo el enchufe.

—¡Diana! —repitió, esta vez con un molesto nudo en la garganta.

La última habitación que recorrió fue el dormitorio. La cama estaba hecha y olía bien, pero no había ni rastro de su amante.

Un maullido proveniente de la puerta principal provocó un estremecimiento en Sara, e inmediatamente después, Vader se coló en la habitación con el pelo encrespado y el rabo alzado. Se escondió tras las piernas de ella.

«¿Qué te ocurre, bolita de pelo?»

Se oyó un fuerte portazo. Alguien acababa de entrar en casa, y Vader le estaba intentando comunicar que no se trataba de su dueña.

Sara echó un rápido vistazo hacia el pasillo a través de la rendija entre el marco y la puerta. Tuvo que contar mentalmente hasta tres para que su cuerpo reaccionara ante el terror de ver a ese policía arrogante avanzando como a cámara lenta hacia su posición. Fue capaz de identificar un arma colgando de su mano derecha. Iba a por ella.

«¡Mierda, mierda, mierda!»

Para mayor desesperación, Vader soltó un segundo maullido, lo que eliminó cualquier posibilidad de pasar inadvertida. Se giró y analizó la situación. Solo tenía una opción. Corrió hacia la ventana, la abrió de par en par, y saltó al césped trasero justo en el instante en que las botas de cuero de la figura masculina pisaban el suelo del dormitorio.

Estuvo a punto de tropezarse dos veces antes de salir del jardín a la carretera. Corrió empleando toda su energía, y mientras luchaba por salvar su vida, dejó que las lágrimas brotaran, nublando su visión. Tuvo la idea de evitar las avenidas principales, así que continuó la fuga a través de los angostos callejones del centro de la ciudad. El suelo resbalaba como cantos bañados en aceite, y la luz de las farolas dibujaba formas fantasmales sobre los muros de piedra. Sin saber cómo, Sara había terminado en el centro de una horrible pesadilla.

El pasaje que une High Street con Catte Street, también conocido como Queen's Lane, es un estrecho y serpenteante camino de piedra por el cual parece no haber pasado el tiempo. De obligado recorrido para los estudiantes del New College, durante el día la Catte Street es uno de los más encantadores atractivos turísticos de la ciudad. Por la noche, lúgubre y solitario, se convierte en el típico sitio por donde nadie desea pasear a solas. Al torcer Sara las dos primeras esquinas del pasaje, se cruzó con un chico que paseaba en bicicleta. Hizo ademán de pararle para suplicar su ayuda, pero el ciclista no se detuvo; ni siquiera la miró. Torció el último recoveco entre espasmos y vislumbró el Puente de los Suspiros, que hacía de salida hacia la ciudad abierta. Esperanzada,

incrementó el ritmo en el instante en que un coche de policía derrapaba con violencia y se detenía bajo del puente. El conductor se apeó del vehículo.

Aquel giro inesperado en la persecución provocó en Sara un vuelco en el corazón primero, y un traspié después. Había intentado frenar de golpe, pero la piedra mojada era como una pista de hielo para semejante acrobacia. Aterrizó de bruces contra un charco. Aguantó la respiración y cerró los ojos. Los músculos de su cuerpo no le respondían, y no estaba segura de si se había roto algún hueso. Su perseguidor ya debía de estar cerca. La única cosa que se escuchaba en todo el callejón era el contundente tacón que las suelas de sus botas producían al pisar contra el húmedo suelo. Se acercaban con lentitud.

Sara Mora se preparó para ser arrestada. El taconeo cesó a su lado, y Sara, rendida del todo, relajó su cuerpo para ponerle las cosas fáciles a su captor. No tenía intención de resistirse más. Esperaba un breve zarandeo y un fuerte tirón para colocar sus muñecas por detrás de su espalda. Lo había visto en infinidad de películas. En lugar de eso, fue volteada hasta quedar boca arriba. Se topó con la cara del policía que le había estado persiguiendo desde la muerte de Mike. Las gotas de lluvia caían desde el flequillo de este hasta sus ojos, cegándola. Y el resplandor cálido de los farolillos no le permitía centrarse en nada en concreto. No vio la culata de la pistola golpear violentamente contra su frente.

Capítulo 20

—Como me queda poco tiempo, creo que es el momento de la última lección, y es una que he aprendido en las últimas semanas.

—Vale, pero dese prisa. Los de seguridad ya están aquí.

—La última lección es que cuanto más se empecina uno en no amar, Morgan, más gente te pone la vida en el camino para que quieras.

—Vaya, lo tomaré como el mejor cumplido que pueda salir de su boca.

—Querido Saúl, ha sido un verdadero placer conversar con usted.

—El placer ha sido todo

Lunes 13 de noviembre de 2006

Es curioso cómo el simple tacto de la suave piel de una embarazada puede dotar de valor a toda una vida. Rafael se hacía esta reflexión mientras deslizaba la mano por el vientre de su hija. No se atrevía más que a rozarlo. Estaba conmovido ante la posibilidad que le brindaba la vida de conocer a su segundo nieto.

Verónica alzó la mirada y cruzó los ojos con los suyos. *Mecaguenlaleche*, ya casi no recordaba lo hermosos que eran. ¿Le había perdonado su hija? La futura madre se inclinó hacia él y lo besó en la frente. Rafael no quería que Verónica le viera llorar de la emoción, así que se frotó los ojos para disimular.

Cuando volvió a abrirlos, todo se había esfumado como por arte de magia. Un color blanco muy puro invadía su campo de visión, y una luz intensa lo atacaba intermitentemente a los ojos. Lo siguiente que percibió fue que todo se movía a su alrededor, a pesar de que sus piernas estaban inmóviles. Su cuerpo entero lo estaba. Sufrió un repentino vahído y estuvo a punto de vomitar. «Verónica...» ¿Dónde se había metido?

El universo se detuvo de nuevo, y ahora la luz cegadora ya no parpadeaba, sino que permanecía inmóvil frente a sus pupilas, ensañándose con él. Ofendido, tuvo que mirar hacia un costado, y descubrió una puerta abierta con una particularidad: estaba en horizontal. Fue entonces cuando supo que estaba tumbado boca arriba. ¿Una camilla? No se podía mover porque, según comprobó, se encontraba atado de piernas y manos por medio de correas. Y sin embargo, sentía que la paz más reconfortante lo invadía paulatinamente.

Su mundo volvió a moverse, solo que ya no era el mundo, sino la camilla a la que lo habían atado. ¿Adónde lo llevaban? Intentó hablar, pero no le salían las palabras. Era evidente que le estaban castigando por algo. ¿Le habían pillado pinchando ese medicamento a Félix? ¡No podían hacer eso! Al fin y al cabo, había actuado siempre por el bien de la criatura. Además, él era un médico mucho más cualificado que todos los niños en nómina que atendían a los enfermos. ¿Qué sabían ellos? Recordó haber visto a varios enfermeros llevarse a Félix a la sala de curas. El pobre chimpancé llevaba el brazo colgando, y la sangre le goteaba desde la parte superior del brazo. Pensándolo bien, era posible que se hubiera pasado de la raya. Quizá se mereciera un pequeño castigo; puede que un simbólico tirón de orejas.

Seguía avanzando por pasillos radiantes e interminables cuando se cruzó con Saúl. Su menudo y afroamericano amigo levantó el pulgar cuando la camilla pasó junto a él y le guiñó el ojo acompañando a una singular sonrisa que parecía decir: «todo va a salir bien».

Saúl Morgan desapareció de su campo de visión tal y como había aparecido, y entonces la camilla volvió a detenerse. Una

puerta metálica se deslizó tras sus pies. Ya no se iba a mover de allí.

Un dolor exasperante le recorría todo el cuerpo. Diana apretó los dientes mientras se llevaba la mano a la nuca, donde había crecido un importante chichón. Hizo una mueca de dolor y cayó al suelo. Había perdido el equilibrio, no por el dolor, que en sí era ya mayúsculo, pero el suelo se había deslizado sin avisar. «¿Qué me ha pasado? ¿Dónde narices estoy?»

Fue recordando poco a poco. La visita del policía, el haber sido detenida, y después... un vacío indescriptible. Tenía la vaga sensación de haber sido secuestrada, más que apresada. Intentó dibujar mentalmente la cara de su captor, pero le resultó imposible. Le dolía demasiado la cabeza.

Miró a su alrededor. Casi todo era penumbra y olía a humedad. Se puso de pie a pesar de los pinchazos en la nuca que la acompañaban en cada movimiento, y empezó a palpar las paredes. Estaba encerrada en un lugar pequeño, puede que en un trastero, ya que carecía de ventanas. La pared era de madera vieja, aunque de vez en cuando Diana tocaba superficies metálicas, siempre situadas a media altura.

Tenía que salir de allí, eso lo tenía claro. Había una puerta, pero era de hierro, y estaba cerrada con llave. «Si tan solo pudiera romper la cerradura...» Buscó a su alrededor en busca de un elemento punzante, y... ¡gracias a Dios! En una esquina del zulo encontró un objeto de unos cinco kilos de peso con un filo alargado y un mango de madera. ¿Un hacha pequeña? Serviría, sin duda.

Se dirigió a la puerta y comenzó a propinar hachazos a la cerradura con un movimiento que iba de arriba abajo. Primera embestida... y nada. Un segundo intento un poco más fuerte... y la puerta se mantuvo intacta. Probó suerte una tercera vez, esta vez tomando algo de carrerilla. Diana asestó un golpe tan brutal que el hacha rebotó en la lámina de metal e impactó contra el suelo. El filo del arma había originado una grieta en la madera y... «¿pero qué pasa ahora?» Un surco de agua comenzó a surgir entre las astillas,

originando un charco. Ahora entendía Diana por qué antes se había deslizado el suelo: se encontraba en el interior de un barco. Y había empezado a hundirse. No tenía mucho tiempo.

La existencia de Rafael Salas había sido una montaña rusa. Se había regido por unos principios muy extremos en los que, o se estaba con él, o se estaba en contra. Le había gustado vivir al límite, siempre en la cuerda floja, y tanto personal como profesionalmente, eso le había pasado factura. No fue un hombre violento, al menos de acción, y a pesar de haber infringido el código profesional en un par de ocasiones y de haber convertido su matrimonio en una pesadilla, iba a ser recordado por la mayoría como un ser humano fuera de lo común. Su yerno, Alfonso, le había admirado por encima de todas las cosas. En cuanto a su hija Verónica, y Sara, su pupila, si bien le habían traicionado al presentar una denuncia contra él, sabía que en el fondo lo amaban. Y Oli, joder... había sido un auténtico placer pertenecer a este mundo solo por sentir el cálido amor de su pequeño nieto.

Estaba empezando a perder la noción del tiempo en el momento en que recibió una grata sorpresa: Oli acababa de aproximarse a la camilla y se le había quedado mirando con expresión contrariada. Al parecer, no entendía lo que estaba sucediendo. Y él tampoco. Ya no sabía qué día era ni cuánto tiempo llevaba tumbado en esa tabla con ruedas y grilletes. ¿Cuándo había sido la última vez que se había enfrentado a esos ojazos azules? No fue capaz de hacer memoria. Se sintió reconfortado cuando oyó su voz.

«Hola, Yayo.»

A Rafael le llegaban las palabras atenuadas, como si le estuvieran hablando desde otra habitación. Albergaba la certeza de que era su nieto el que hablaba porque le veía mover los labios. Quiso contestar, entablar una nueva conversación inteligente con él, pero no fue capaz. Se limitó a observar. A Oli le había crecido el pelo, y al parecer su madre le había vestido otra vez con esa horrible camisa rosa. Sobre ella, un colgante sujeto al cuello con una

forma curiosa: era un cilindro metálico que el paso del tiempo había cubierto de óxido. Por algún motivo, Salas supo que Oli estaba triste.

«Gracias por ayudarme con mamá y papá, Yayo. Sí que lo conseguimos.»

¿Estaba hablando Oli entre sollozos? Todo se estaba volviendo tan deprimente...

«Te quiero, Yayo.»

Rafael Salas creyó perder el conocimiento, y cuando volvió a despertar, se encontraba solo. En la habitación de al lado alguien estaba manteniendo una conversación. Diferenció dos voces, una de hombre y otra de mujer. Y un llanto constante de fondo. La voz rasgada del hombre era inconfundible: el estirado de Rodolfo Grau. La voz de mujer era la de su hija Verónica, tampoco había duda. Adivinó que el llanto era, pues, de Oli.

—No hay alternativa. Esto es necesario —dijo la voz masculina.

—Pero, ¿tan mal está?

—Cuando internó en el centro presentaba leves síntomas de neurosis, seguramente debido a todo el estrés sufrido en los últimos meses. Seguía siendo un brillante doctor, y hasta logró batirme en cierto duelo verbal. Para que me entienda, no se le escapaba una. —Rafael parecía tener mil años mientras escuchaba desde la camilla la desoladora revelación del director—. Pero seguía creyéndose el antiguo doctor Salas, la leyenda. No entendía por qué estaba aquí ni la gravedad de sus actos en el exterior. De modo que no tuve otro remedio que realizarle los test psicológicos. Tuve que emplear escurridizas tretas para que no sospechara, y hasta le proporcionamos una bata de médico para que se siguiera creyendo su propia mentira.

—¿Y después? ¿Qué cambio?

—Conoció a Félix. Y a Saúl. Félix es el enfermo en estado más grave que tenemos, y Rafael se obsesionó con él. Llegó a robar medicamentos (o lo que él creía que eran medicamentos), colarse en su celda, y pincharle con una jeringuilla. Lo que para él era un remedio, resultó ser un ataque bestial. Si no llega a ser por nuestros auxiliares, a saber lo que habría acabado haciendo.

—¿Y qué fue lo que le inyectó?

—Suero. Simple suero. ¡Imagínese que en lugar de eso llega a darle algo más fuerte! Ahora mismo Félix estaría dentro de una bolsa.

Salas atendía desde su camilla como si estuvieran hablando de otra persona. Escuchó cómo su hija rompía a llorar. Era un lamento de pena y remordimiento.

—¿Y quién es Saúl?

—Saúl Morgan. No es absolutamente nadie.

Un silencio.

—Me está usted queriendo decir que...

—Que no existe. Saúl Morgan no es médico en este centro porque directamente no es una persona real. —Salas creyó morir al escuchar esto—. Fue un producto inventado por la imaginación de su padre, quizá para tener a alguien con quien hablar. Un amigo a quien contarle sus pecados, con quien desahogarse. Saúl fue la prueba fehaciente de que Rafael Salas padecía de esquizofrenia aguda.

Las voces se debilitaron hasta dejar de percibirse. Todo se ralentizó a su alrededor, se volvió borroso, y, por último, negro.

Capítulo 21

Lunes 13 de noviembre de 2006

«Era una emboscada. El policía estaba esperando a que volviera a casa de Diana para perseguirme, acorralarme y atraparme. Siempre fui su objetivo. Por alguna razón, ese cerdo estaba obsesionado conmigo.»

Sara abrió los ojos deseando que todo hubiera sido una pesadilla. En realidad ya sabía que no era así, pues el hedor allí abajo era mareante. *Allí abajo*. El espacio era tan limitado que Sara podía tocar la pared de piedra con ambas manos si abría los brazos en forma de cruz. Sobre su cabeza, varios metros por encima, un círculo oscuro escupía gotas de agua. Sí, efectivamente estaba atrapada en un pozo seco. Y empapada hasta los huesos.

El margen derecho de su campo de visión estaba emborronado por una mancha roja. El ojo le escocía. De manera intuitiva se llevó la mano a la zona y se impregnó de sangre. La sustancia procedía de la frente, donde una brecha no dejaba de manar sangre. «Mierda.» Quizá por el efecto del descubrimiento, la sien le comenzó a palpar intensamente. La sangre brotaba sin parar, y enseguida tiñó su mano de rojo. Tenía que cerrar la herida o pronto se desmayaría.

—¡Socorro! —gritó hacia el agujero, y la llamada de auxilio reverberó en las paredes durante algunos segundos. Cualquier murmullo que saliera hacia la superficie quedó camuflado por el sonido de la tormenta.

—¡Que alguien me ayude!

Sara tuvo la desafortunada ocurrencia de que, si un policía quisiera mantener a alguien encerrado y en secreto, no la escondería en un lugar donde se pudieran oír sus gritos. Había sido

secuestrada por un profesional, y no podía hacer nada para escapar. ¿Qué habría sido de Diana? ¿Estaría también encerrada? ¿Torturada? ¿Muerta...? La idea era invasiva e insoportable, y la joven neurocirujana sufrió un estremecimiento al sopesarla. Se dejó caer sobre el suelo húmedo y apoyó la espalda en la piedra. Dejó que la lluvia limpiara la herida y dedicó toda su energía a controlar los espasmos de terror que habían empezado a dominar su cuerpo.

El agente de policía Thomas Carroll estaba cometiendo una insensatez. Tras ser informado en el despacho del juez Callejo sobre las inesperadas *fechorías* de su compañero, todo se había precipitado hasta alcanzar un ritmo frenético. La acción más urgente era encontrar y detener a Alfred Horner, y, como no podía ser de otra manera, todos los focos se habían centrado en él para desempeñar la tarea.

Durante el vuelo de vuelta a Oxford, empezó a asumir el hecho de que llevaba días compartiendo los detalles de la investigación con el propio asesino. Carroll era abstemio, pero vio más que conveniente pedir un vodka con hielo en uno de los bares de la terminal antes de embarcar. La situación le desbordaba por todos los costados.

A su lado viajaba su nuevo e improvisado socio, el doctor Jaime Vergara. De él le llamó la atención que no abrió la boca en todo el vuelo. Se dedicó a rebullirse en la butaca con la mirada perdida mientras se castigaba mordiéndose las uñas. Carroll aún no había decidido si le caía bien o mal. Parecía un buen tipo, pero no era policía, y era obvio que la situación le afectaba personalmente. Ese había sido el motivo por el cual se había empeñado en viajar con él y ayudarlo a dar caza a Horner. Pero, ¿sería una ayuda o un estorbo? Pronto se vería.

Snowflake había arriesgado regalándose una noche en solitario para resolver el caso. No pensaba telefonar a la comisaría para informar al capitán. Desde luego, no llevaba semanas trabajando veinticuatro horas diarias con Alfred, ganándose su confianza y aprendiendo de él, para que en el último momento el capitán enviara

una patrulla especial y él quedara relegado a un segundo plano. Se encontraba ante la historia de su vida. Era consciente de que estaba desobedeciendo el código, pero tenía claro que, cuando tuviera que llamar a su jefe, sería para informar de que ha capturado al asesino de Mike Lennard, y no antes. Toda una insensatez que le conduciría a su primera medalla, o bien a un expediente para expulsarle del cuerpo. Y su único cómplice era un jovencísimo médico que parecía estar a punto de sufrir un ataque de ansiedad. *Estupendo*.

Pasaban las diez de la noche cuando el taxi les dejó en una calle residencial de Kidlington. Diluviaba en Oxford. Un ambiente apropiado para el humor de Thomas. Pasaron junto a un Mini de color rojo —«este coche ya estaba aquí hace unas horas», advirtió —, y atravesaron el jardín delantero. Carroll iba en primer lugar con el cañón de su arma preparado para disparar, y Jaime, un par de metros más atrás. El pobre chico ni pestañeaba. Llamaron al timbre, pero no hubo respuesta. El policía ordenó a Vergara echarse a un lado y acto seguido disparó contra la cerradura. No podía permitirse actuar con inteligencia, el tiempo apremiaba. El cerrojo explotó y la vivienda de Horner quedó accesible.

El salón, estancia a la que se accedía directamente desde la puerta principal, estaba hecho un desastre. Carroll se plantó en medio de la habitación y giró sobre sí mismo para crear una visión panorámica que resumiera el estado de aquel desorden. Las estanterías se habían caído de la pared, había restos de un jarrón en el parque, y un carísimo televisor último modelo había quedado hecho añicos. «¿En qué condiciones vive Fred, por al amor de Dios?» El sofá de cuero estaba intacto, aunque manchado de algunas gotas reseca. Gotas que seguramente fueran de *whisky*, a tenor de las cuatro botellas vacías de Four Roses que *decoraban* la mesita. Bajo la mesa, esparcidas por el suelo, más de una docena de hojas de papel escritas a mano. Las recogió todas formando un taco y ojeó la primera con ceño. Era una carta manuscrita dedicada a una tal Diana de parte de... ¿Sara? «¡Maldito hijo de puta, esto son pistas sobre el caso que me ha estado ocultando!»

Ahora sabía Thomas que en todo momento estaba jugando en desventaja. No es que Alfred fuera un detective excepcional, sino que él tenía todas las claves desde el principio. *Él* era la clave.

—¡Agente, tiene que ver esto! ¡Deprisa!

Era la voz temblorosa del doctor Vergara ¿Dónde se había metido? La llamada provenía del cuarto adjunto, que resultó ser el dormitorio. Thomas encontró a Jaime recostado sobre la cama y presionando con los dedos las arterias del cuello de una mujer abatida. Una visión dantesca. Era joven, de unos veinte años, y estaba desnuda e inconsciente sobre la cama. Había sido encadenada al cabecero, y las piernas, ligeramente abiertas, permitían ver a simple vista un pequeño reguero de sangre coagulada que salía de la zona púbica. «*Shit...*»

—Su pulso es muy débil, pero está viva —anunció el doctor, e instó a Carroll a que llamara a urgencias.

Asombrado por la inesperada diligencia de su compañero, el policía obedeció.

—Ha sido violada —continuó Jaime, una vez se aseguró de que una ambulancia estaba en camino. Se movía con determinación y su voz era firme—. Si los sanitarios no se demoran, sobrevivirá.

—Bien.

—¿Qué es eso que llevas bajo el brazo? —Jaime apuntó con el mentón el taco de folios.

Carroll se los tendió enseguida como quien se libera de un niño llorón.

—Toma, te va a interesar —escupió.

El policía abandonó el dormitorio (dejaba a la chica en buenas manos y al médico entretenido con varias horas de lectura) y regresó al salón. Necesitaba encontrar algo que le dijera el paradero actual de su antiguo compañero. Optó por rebuscar entre los escombros que anteriormente fueron unos bonitos muebles, y tardó menos de un minuto en distinguir un objeto familiar. En el suelo, junto al rodapié y bajo un tablón de madera, se había colado un bolígrafo. No, se trataba de una pluma —advirtió Carroll cuando le quitó el capuchón—. El suelo estaba ligeramente inclinado y había llegado allí, con probabilidad, desde la zona del sofá. Y no era una pluma cualquiera. Era con la que Horner había pintado con tanta brillantez en la servilleta la otra mañana en el café, y... «joder...» tenía rastros de sangre seca en la punta. «Tuve la pluma manchada delante de mis narices y no me di cuenta... ¡seré imbécil!»

Con delicadeza, metió el objeto en una bolsa de plástico y continuó buscando. Su mirada se concentró en el televisor rajado, en cuya parte trasera, escondido entre los cables, divisó una cajita de aspecto indio, ideal para que una mujer guardara un par de pendientes, por ejemplo. Lo que Carroll encontró en su interior le provocó un intenso cosquilleo. Una bala usada reposaba sobre una capa de gomaespuma, como si la cajita fuera un ataúd en miniatura. Fue entonces cuando asumió la devastadora verdad.

«Tenían razón: Alfred asesinó a Mike Lennard.»

La bala y la pluma constituían dos elementos suficientemente importantes como para que Thomas reconstruyera la escena del crimen sin necesidad de pensar demasiado: el pasado 7 de noviembre, Alfred Horner se topó con el que fue su agresor, Charly Rubial, en algún lugar de Oxford. O al menos es lo que él creía, pues en realidad se trataba de su hermano gemelo, Mike Lennard. Descubrió su domicilio en el 219 de Cowley Road, y se dirigió allí para vengarse. Forcejeando, terminaron en el cuarto de baño. Una lucha encarnizada, a vida o muerte, aunque desequilibrada, pues Horner era mucho más corpulento que el enclenque de Lennard. Al principio intentaría estrangularlo con una cuerda, y por eso el cadáver de Lennard lucía surcos en el cuello. Seguramente este solo tenía una pluma para defenderse, así que la utilizó para zafarse con desesperación —«de ahí que Fred apareciera con esas heridas en el antebrazo, por supuesto»—. Al final, Horner, mucho más experimentado, logró dar un paso hacia atrás, creando un espacio de un metro respecto a Lennard. Lo justo para desenfundar su arma y asestarle un balazo en la frente. Una vez acabó con él, tomó la pluma y la utilizó para grabar en su pecho un mensaje de venganza. «En un perfecto castellano, ¡claro!, pues Horner es de origen español.» Después recogió la bala para eliminar pruebas, guardó la pluma en el bolsillo interior de su chaqueta, y volvió a su apartamento. Una vez dentro debió de emborracharse hasta olvidar todo lo que había hecho, y en su pasajero estado de locura, dirigió su ira contra el mobiliario.

A Carroll le temblaban las piernas. Aclarada la escena del crimen, la pregunta que le asaltaba era patente: ¿había sido consciente Alfred de su horrible crimen durante toda la

investigación? Se dio cuenta de que cualquiera de las dos respuestas posibles era traumática. Le sobrevino una arcada y sintió náuseas. Corrió hacia el cuarto de baño y allí vomitó hasta que no quedó más biles en su estómago. Un sudor frío le recorría el cuerpo. De pronto, de nuevo la voz de Jaime Vergara, que empezaba a antojársele inoportuna e irritante:

—Agente, estas cartas están todas escritas por mi amiga Sara.

El doctor estaba de pie bajo el marco de la puerta del baño con semblante taciturno. Carroll lo observaba arrodillado desde el suelo con la boca pastosa y la garganta irritada.

—Tenemos que encontrar a Horner enseguida, o me temo que Sara será la siguiente.

«Encontrar a Horner, muy sencillo...»

A Thomas le quedaba lo más difícil. Dar con su antiguo colega y acabar con él. Pero, ¿por dónde empezar? Alfred no tenía amigos, y la única persona con la que se había relacionado en el último mes, además de la desgraciada chica que seguía esperando a la ambulancia, era él. Y si él no sabía dónde estaba, ¿quién podría saberlo?

«Piensa Tom, piensa... ¿por dónde empezar?»

Optó por rebobinar la investigación del caso desde el hoy hasta la noche del crimen, repasando cada momento con Alfred, cada diálogo. Por ejemplo, cuando le aconsejó tomarse unos días libres. Cuando descubrieron que alguien le había dejado un mensaje amenazante en el coche, o cuando entrevistaron a aquel musulmán en el Ahmets. Una chispa. «¡Espera un momento!» El otro día habían estado persiguiendo a un Volkswagen por toda la ciudad. Un coche negro con el que Alfred parecía obsesionado. Carroll recordó a la única persona que seguramente conocía el paradero de Horner, porque llevaba días siguiendo todos sus movimientos: se llamaba Henry Millward y conducía un Volkswagen negro.

Sin embargo, el paradero de Millward era tan desconocido como el de Alfred. La chispa de su mente se apagó tan rápido como había surgido, y entonces, en ese punto de la reflexión y con el sabor amargo del vómito todavía en su boca, Thomas se quedó absorto mirando una fotografía enmarcada que colgaba de la pared. En ella se veía a Alfred posando orgulloso junto al río y un barco

amarrado a la orilla. La embarcación estaba reluciente, y Carroll supuso que la foto fue sacada el día de su compra. Conocía aquel barco-vivienda. Sobre su cubierta había disfrutado de unas cervezas con Alfred al poco de conocerse. Realmente lo apreciaba más que a su propia casa. Las pupilas de Thomas se contrajeron de súbito. Si Horner no estaba en su casa, aquel barco era el segundo sitio más probable donde podía estar.

Marcos Tena dio un respingo cuando, viajando en el autobús interurbano, sonó el teléfono móvil de Alyssa Grifero. La sospechosa había conseguido convencerle para coger el primer avión a Londres, y desde allí, un par de autobuses hasta el barrio de Kidlington, situado en las inmediaciones de Oxford. En un principio había aceptado su oferta, e incluso había llegado a creerse esa cantinela de que juntos iban a detener al verdadero asesino, y de que se iba a convertir en un héroe y demás gilipolces. Sin embargo, la realidad era que desde que abandonaron Madrid, no había dejado de palpar su teléfono móvil apagado por dentro del pantalón. Imaginaba al cabrón de Barreneche llamándole sin cesar y escuchando el buzón de voz una y otra vez, hasta que se le hincharan las pelotas y procediera a abrir un expediente de despido.

Grifero extrajo su teléfono móvil de la chaqueta sin solicitarle siquiera permiso, y ambos miraron al unísono la identidad del autor de la llamada. **HENRY MILLWARD.**

—Es él. Es mi contacto —dijo ella con sumisión en la voz pero con un brillo en la mirada que denotaba euforia.

Marcos Tena era un policía con cualidades prometedoras, pero de haber tenido más experiencia, no habría dejado que Alyssa contestara sin activar el manos libres. Asintió con la cabeza y desvió la mirada hacia la ventana del autobús. Le estaba costando respirar.

Rápidamente, Alyssa descolgó el teléfono y se lo llevó a la oreja con las dos manos esposadas. Apenas soltaba un monosílabo de vez en cuando, y mientras su interlocutor hablaba a través del auricular, las miradas de Tena y Grifero permanecían enfrentadas. El

policía era incapaz de deshacerse de la incómoda sensación de que estaba siendo manipulado por una niña muy lista.

Cuando finalizó la conversación y Alyssa colgó, a Tena le pareció distinguir cierta palidez en el rostro de ella.

—¿Y bien? —dijo él.

—¡Lo tenemos! —La joven pareció dudar—. Henry dice que lo ha visto subirse a su coche con una mujer inconsciente.

—¿Una mujer? Dios santo...

—Sí. Dice que lo ha seguido hasta un descampado situado entre el restaurante The Perch y la autopista A34. Asegura... eh... haberle visto bajarse del coche con ella y arrojarla a un pozo abandonado. No está muy lejos.

Tena se llevó las manos a la frente. Era demasiada presión. ¿Una mujer se hallaba inconsciente dentro de un pozo? Ni siquiera sabía si podía fiarse de ese Henry Millward. Alyssa le había asegurado que era un tío legal que había conocido hacía muchos años y que se había convertido en una de las pocas personas en quien podía confiar. Pero, dejando a Millward a un lado, ¿era la propia Alyssa fiable? Hasta hacía unas horas era una asesina a la que estaba buscando para capturarla y llevarla a juicio...

«¡Maldita sea!»

—Dime al menos el nombre de quien estamos buscando, joder.

—Todavía no puedo, lo juro. Confía en mí unos minutos más, es todo lo que te pido.

El autobús se detuvo en la siguiente parada, abriendo sus puertas correderas. Alyssa las miró, y después a Tena. Una vez más, le estaba obligando a decidir.

Bajaron del autobús, y ella comenzó a buscar un taxi de inmediato. Ya era totalmente de noche, pero casi no llovía.

—Alyssa, espera un momento —dijo él, y la agarró del brazo—.

¿Estamos seguros de que el objetivo sigue allí, en el pozo?

Por la forma en que Alyssa desvió la mirada al suelo, Marcos supo que estaba sopesando bien la respuesta.

—Al menos, hace dos minutos lo estaba —contestó con firmeza.

Marcos apretó el brazo de ella un poco más, como exigiendo atención.

—Está bien, te creo.

La joven asintió satisfecha y, por un instante, Tena creyó que habían formado una especie de alianza. Se subieron al primer taxi que pasó por la calle y Alyssa pronunció el nombre de su nuevo destino: The Perch.

A Alyssa le habían flaqueado las rodillas cuando recibió la llamada de Henry. Le bastaron unas pocas palabras y una mirada un poco conseguida para hacer que a Don Perfecto le pareciese buena idea atender la llamada. Todavía no se podía creer la buena suerte que había tenido al dar con un agente tan magnánimo como Marcos Tena. Debía de tratarse de algún tipo de señal.

Estaba congelada cuando pulsó el botón verde y aguardó el saludo de Henry. Fuera, la ventisca era tan intensa que el frío llegaba hasta el interior del autobús.

—Aly, soy Dorian. Sé exactamente dónde está tu hombre.

—Ok.

—Deduzco por tu respuesta neutra que no puedes hablar. No pasa nada, tengo una noticia buena y una mala.

—Vale.

Mientras el acento anglosajón de Henry llegaba a su oído a través del auricular, Alyssa miraba fijamente al policía rezando porque no se estuviera enterando de nada.

—La buena noticia es que está en el canal, en un barco de color granate justo enfrente de los campos de fútbol. ¿Dónde estás ahora?

—Kidlington.

—Vale, no está lejos de tu ubicación actual. Además, he visto cómo encerraba a una chica en la embarcación de al lado. Desconozco lo que pretende.

—Sí.

—¿Ese *sí* significa que ahora quieres la noticia mala?

—Sí.

—Bien... Pues antes de ir al canal, tu hombre ha dado un rodeo por los campos que están detrás del restaurante The Perch, justo

antes de la autopista A34. Allí hay un pozo abandonado. No te lo vas a creer, pero ha tirado a otra chica al fondo del pozo.

—Entiendo.

Las neuronas de Alyssa se habían puesto a trabajar con más rapidez de lo que nunca lo habían hecho antes. Todavía no había terminado de escuchar a Henry, y la fugitiva ya estaba elaborando el plan de ataque.

—Hay que hacer algo —continuó el espía—. ¿Quieres que me ocupe de la chica del pozo para que puedas encargarte de él? —se ofreció.

—No.

—Aly, ¿estás segura?

—Por supuesto.

—Tramas algo, ¿verdad?

—Sí. Muchas gracias... Henry.

Colgó, y pasó a enfrentarse con las pupilas de Marcos Tena. Se concedió un segundo para formular una mentira creíble. Anunció, con un gesto lo más neutro posible, que el objetivo se encontraba junto a un pozo perdido en la parte trasera de The Perch. Omitió por completo toda la parte de los barcos del canal, lugar donde en realidad esperaba su presa. El inexperto policía dudó en un principio, pero en cuanto el autobús se detuvo en la siguiente parada, ella aprovechó para ejercer más presión. Bajó a la calle de un salto, y, cómo no, él la siguió como un perrito faldero.

«Bien, Don Perfecto se lo ha tragado.»

Capítulo 22

Lunes 13 de noviembre de 2006

*«Más allá de la noche que me cubre,
negra como el abismo insondable,
doy gracias al dios que fuere
por mi alma inconquistable.
»En las garras de las circunstancias
no he gemido ni llorado.
Sometido a los golpes del destino
mi cabeza sangra, pero está erguida.»
»Más allá de este lugar de ira y llantos
donde yace el horror de la sombra,
la amenaza de los años
me halla, y me hallará sin temor.»
»No importa cuán estrecho sea el camino,
ni cuán cargada de castigos la sentencia,
soy el amo de mi destino,
soy el capitán de mi alma.»^[1]*

En el fondo del pozo, Sara recitaba versos entre murmullos, y cuando finalizaba el poema, volvía a empezar de nuevo. Era la manera más eficaz que se le había ocurrido para mantener la mente despierta. La profunda herida que tenía en la frente no se había cerrado, y ya ni siquiera era capaz de ponerse en pie. Tenía la espalda y el trasero empapados, aunque más preocupante era el hecho de haber dejado de sentir las extremidades a causa del frío.

No sabía dónde estaba. No sabía la hora que era. No sabía cuánto tiempo pasaría hasta desvanecerse y fallecer. Las gotas

caían ahora con fuerza desde la boca del pozo, lo cual le proporcionaba, al menos, una mínima ración de agua potable. A juzgar por los silbidos del viento, la tormenta había arreciado, y con cada relámpago, el cielo se iluminaba un instante en un blanco eléctrico. Rayos y truenos; esos iban a ser los últimos recuerdos de su vida. Se estremeció al abrir los ojos de golpe. «¿Ya estoy muerta?» Le sobrevino una arcada y su cuerpo sufrió un espasmo. «Mierda, todavía no.» Vomitó bilis por tercera vez desde que se despertó allí abajo.

«Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma.»

Un nuevo trueno interrumpió su llanto, pero esta vez había sonado diferente; no había sido provocado por la tormenta. Era más seco, menos apocalíptico. «¿Qué?» Algo había sucedido allí arriba, como si se hubiera producido, «bingo...», un disparo con un arma de fuego. «Sara, estúpida, has empezado a delirar», se dijo. Prestó atención y creyó percibir una serie de exclamaciones. ¡Y parecían cercanas!

—¡Socorro! —exclamó con todas las fuerzas que le quedaban en las entrañas. Sonó como un rugido en medio de la tempestad.

Cuando el taxi dejó a Grifero y a Tena en The Perch, el temporal era casi insoportable. Había empezado a llover en serio, y el viento hacía que las finas gotas pincharan en horizontal, como si fueran dardos diminutos. Alyssa tenía la sensación de haber estado con la piel de gallina desde que aterrizaron en Londres. Además, ahora sus dientes castañeaban por el frío. ¿O era a causa del miedo? «Aguanta, nena, ya queda poco...»

Bordearon los arbustos que delimitaban el jardín del restaurante por el exterior, y accedieron a la parte trasera, desde donde se atisbaba una desoladora pradera. Tena caminaba delante de ella, con una mano en la cintura, permanentemente en contacto con la empuñadura de su pistola, y el cuerpo tensionado. Alyssa percibió de pronto una silueta a lo lejos, entre la penumbra. Era una estructura de piedra, como de un metro de alto y en mitad de la nada. Un pozo. No dijo nada. Miró de reojo al policía y esperó a que

lo descubriera por sí mismo. Ahora fue ella la que tensó los músculos. Estaba ante el momento más delicado de su precioso plan. Mantuvo la respiración y rezó porque Tena no hubiera sido de los polis destacados en las pruebas de velocidad de acceso al cuerpo.

—¡Mira, ahí hay algo! —exclamó él, y, emocionado, liberó la empuñadura de la pistola para señalar con el dedo la estructura de piedra.

«¡Ahora!»

Con la rapidez de un leopardo que ha saltado a correr tras una gacela, Alyssa aprovechó la euforia del policía para alargar los brazos esposados hacia su cintura y arrebatarse el arma. Para cuando él se dio cuenta, ella ya estaba a dos metros de distancia, apuntándole a un pie.

—¿Qué...? —La cara de estúpido del policía habría provocado en Alyssa una buena carcajada si no se estuviera jugando la vida—. ¡Detente, Alyssa!

Alyssa disparó, y la bala impactó a unos centímetros de la bota de él. No había errado el tiro, pues todo lo que necesitaba eran unas décimas de confusión para darse la vuelta y huir. No es fácil para una mujer congelada ganar a un policía en una carrera, pero menos aún con las manos atadas y un arma entre ellas.

Las dos figuras emprendieron una feroz carrera bajo la nocturna tempestad.

—¡Detente, joder! —gritó él. Por la voz, debía de estar a unos dos metros de ella. Alyssa no podía, ni quería, mirar hacia atrás.

«No duraré ni diez segundos antes de que me coja —se dijo aterrada—. Necesito un milagro.»

Los arbustos que rodeaban The Perch se le estaban antojando interminables, y las gotas de agua que se le colaban en los ojos no le permitían enfocar con claridad. Tropezó. Cubierta de barro, se ayudó de los puños para incorporarse y continuó la huida. Su perseguidor debía de estar casi rozándole...

Tac.

Ya se había preparado mentalmente para un violento placaje cuando algo horrible se oyó en la lejanía; un mensaje traído por el viento. Tena también debió de percibirlo, pues Alyssa sintió cómo se

detenía a sus espaldas. Dejó de pensar y siguió corriendo empujada por la adrenalina.

—¡Que alguien me ayude...! —se volvió a oír entre los silbidos del vendaval. Era un estrangulado y desgarrador llanto femenino. Y provenía del interior del pozo.

¿Iba Marcos Tena a dejar a su suerte a una joven moribunda con tal de no dejar escapar a su presa?

«Por supuesto que no, Don Perfecto. Eres demasiado honrado», exclamó el alma de Alyssa, exultante. Había dejado al poli atrás, pero no se detuvo hasta que, muchos metros después, llegó al canal. Su plan había dado resultado, y ahora quedaba lo mejor. Su euforia creció cuando supo que ya nada le impediría culminar su venganza.

«¡Que alguien me ayude!»

Sara no podía dejar de gritar. Ahora no. No importaba el qué, pero era importante que la oyeran, que supiesen que estaba ahí. Se retorció en el mugriento suelo de tanto forzar la garganta, y mientras observaba la boca del pozo esperando alguna señal divina, un relámpago la deslumbró. Tuvo que retirar la mirada, cegada, y a medida que su vista fue acostumbrándose de nuevo a la oscuridad, supo que había vislumbrado algo en el borde del pozo. «Espera un momento...» Volvió a alzar la mirada y, como un segundo toque de atención, estalló otro relámpago. A Sara le dio la vuelta el corazón. La explosión de luz había iluminado la silueta de alguien asomado al interior del pozo.

—¡Policía! —Una voz masculina se apoderó del interior del pozo—. ¡La sacaré de ahí! ¿Está usted bien?

La expresión de Sara se contrajo en un llanto de alivio, y, agotada, se dejó caer sobre el suelo.

«Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma.»

Sin desviar la mirada de los barcos, Grifero estiró los dos brazos para coger un cigarrillo de su bolsillo y llevárselo a la boca. Después repitió el movimiento para sacar un mechero y encender el cigarrillo. Saboreó cada calada como si fuese la última. Estaba apostada tras el tronco de un árbol, justo en el borde del canal. Tenía la ropa completamente calada y el flequillo le goteaba. Pero ya no tenía frío. Al parecer, la adrenalina que corría por su sangre estaba equilibrando su temperatura corporal.

El río Támesis, en su sinuoso recorrido por Oxford, se ensanchaba y se estrechaba caprichosamente. En los tramos más angostos y próximos al núcleo urbano, algunos ciudadanos habían decidido transformar sus barcos en viviendas. Los habían amarrado y habían adoptado como mascotas a los patos que, desde siempre y hasta ahora, habían recorrido esas aguas como amos y señores del canal. El barco granate al que se había referido Dorian se hallaba a unos veinte metros de Alyssa, en la orilla opuesta. Se trataba de una embarcación de tamaño medio, de aspecto antiguo aunque recién pintado. Junto a este, otro barco mucho más viejo; casi podría decirse que abandonado. Desde su posición, Alyssa observó que todas las puertas y ventanas estaban cubiertas por láminas de metal. Era una celda flotante. Le llamó la atención que este barco estuviera más hundido que todos los demás.

«Ahí es donde está la rehén, y no tengo mucho tiempo.»

Esperó inmóvil en su posición. Desde que se instalara allí, hacía ya unos diez minutos, no había ocurrido absolutamente nada. Las ventanas de la embarcación granate estaban cubiertas por cortinas blancas, pero no se detectaba el más mínimo rastro humano. No le quedaba más remedio que tomar la iniciativa.

De repente, alrededor de medianoche, la luz del barco se encendió. Alyssa vislumbró una silueta a través de las cortinas; no obstante, no pudo distinguir su rostro. La sombra corrió una de las telas y se asomó a la ventana. A través de la torrencial lluvia, ahora sí, Alyssa distinguió a un hombre con las facciones muy marcadas, flequillo engominado, y un ceñido jersey de color oscuro que le recalca los músculos. El hombre observaba el temporal con mirada distante mientras sostenía un vaso ancho de cristal con una

mano. La noche era demasiado oscura como para percibir su fisonomía con nitidez, pero Alyssa sintió como la ira penetraba por cada poro de su piel.

«Cariño, te encontré...»

Cuando el hombre se alejó de la ventana, Alyssa permaneció inmóvil durante algunos minutos. Dirigió la mirada hacia el barco-jaula. Había descendido unos centímetros más respecto al nivel del agua. Encendió otro pitillo y empezó a darle caladas a un ritmo normal. El tiempo que tardara el cigarrillo en consumirse era el que se iba a conceder antes de tomar una decisión. No apartó la vista del barco granate en todo ese tiempo. Tristemente, se sumió en sus recuerdos. En concreto, a los del sábado 6 de julio de 2002.

Capítulo 23

Sábado 6 de julio de 2002

Una madrugada del verano de 2002, más de cuatro años antes de que se encontrara vigilando los dos barcos anclados en el río, Alyssa Grifero se despertó percibiendo un olor a alcohol y un sabor a vómito. Era como si todo el ron del mundo se estuviera evaporando por los poros de su piel. Sintió cosquillas en la mejilla, las que le provocaba un atrevido gorrión que se había acercado a curiosear, y dedujo que había sido él quien la había despertado.

Sufría de un impreciso y desagradable dolor de cabeza. Intentó tragar, pero tenía la boca seca y pastosa. Quiso abrir los ojos, pero el sol se hallaba situado justo sobre ella, más allá de lo que parecían las ramas de unos árboles, y el haz de luz la ofendía sobremanera. Al girarse sobre su propio cuerpo para escupir en el suelo, experimentó un intenso dolor en su musculatura, muy especialmente en la zona vaginal. El único sonido que se percibía era el del viento ondeando las ramas de los árboles. Y el cántico del atrevido gorrión. Cerró los ojos.

«Estoy en un bosque —pensó—. ¿Qué hago aquí?»

La adolescente se sentía sumamente agotada. Al principio le costó concentrarse, pero luego una serie de imágenes acudieron a su memoria como flashes. El pánico la invadió cuando afluyó a su mente un torrente de recuerdos en los que se vio pataleando con violencia por salvar su vida. No se acordaba con precisión de lo sucedido, pero en su cabeza guardaba una visión difusa de una piscina y de sus besos con Nacho Conde. Tenía la vaga sensación de haberse enrollado con él y que eso provocó algún tipo de pelea, pero no adivinaba porqué. De pronto recordó, de una forma

aterradoramente concisa, cómo su novio le tapaba la boca con un trozo de tela antes de desnudarla y...

«Dios mío.»

Hizo un esfuerzo por incorporarse y quedó sentada; abrió los ojos del todo. Era como si estuviera padeciendo la mayor resaca de su vida. En parte, y solo en parte, así era. Al principio, hasta que logró enfocar la vista, solo vio que estaba sentada sobre la maleza. Después sus ojos descendieron hasta la zona de la cadera y las piernas, y sintió como si se le detuviese el corazón. A excepción de los pies, que seguían abrigados por los calcetines rosas de Hello Kitty que llevaba puestos la noche anterior, todo su cuerpo estaba desnudo. Las piernas, la cintura... y los pechos. De repente empezó a temblar. ¿Qué demonios le había pasado? Echó un desesperado vistazo a su alrededor y localizó su ropa. La blusa blanca (el trozo de tela) estaba mojada y en parte manchada de vómito seco. Los pantalones vaqueros se encontraban a un par de metros de distancia, como si alguien los hubiese arrojado allí, y en su interior encontró sus braguitas. Ambas prendas seguían húmedas. De lo que no cabía duda era que estaba herida, pues cada movimiento de piernas suponía un verdadero suplicio. Se llevó dos dedos a la superficie vaginal y sintió un punzante dolor que le llegó hasta el estómago.

Alyssa supo entonces que había sido violada.

No hizo nada más que llorar durante los siguientes cuarenta minutos. Su frágil aspecto físico era un fiel reflejo de su alma: desnuda y manchada. Tras un tiempo deseando morir, por fin se activó. Enjugó sus lágrimas y decidió concentrarse en el presente. Lo primero era vestirse. El roce de la ropa contra su piel le irritaba, y a pesar de que el sol ya calentaba con fuerza, seguía congelada.

Empezó a caminar hacia una dirección cualquiera. Apretó los dientes y se concentró en la respiración. Cada paso que daba significaba una tortura para su entepierna. Apenas le quedaba energía para mantenerse en pie, pero en su cabeza había algo que no paraba de girar, una idea que no la dejaba en paz y que le impedía pensar en otra cosa. «Fredy...» Lo que en un principio había sido miedo, progresivamente se fue convirtiendo en el sentimiento de odio más fuerte que sentiría jamás. No tenía

intención de volver a cruzarse con él, y por algún motivo ni siquiera se le pasó por la cabeza la posibilidad de denunciarle, pero se juró a sí misma que, si en el futuro se volvieron a ver, no pensaba dejarle escapar.

Tras varias horas entre lágrimas y tiritonas, abandonó el bosque y se topó con una carretera. Supuso que la llevaría a Estepona, donde estaba su casa, de modo que la siguió. No quería que nadie la viera en ese estado, así que lo hizo en paralelo, caminando a varios metros de distancia de la carretera. Cuanto más se aproximaba a su casa, más fuerte se formulaba en su cabeza la pregunta del millón: ¿qué le iba a contar a su familia?

Después de algunos rodeos que tenían como objetivo evitar la civilización, llegó por fin a su hogar. Por suerte estaba vacío, lo cual le daba algo de tiempo para asearse lo justo para disimular su lamentable estado. Cuando se desvistió en el cuarto de baño y se escudriñó frente al espejo, comprendió que ya no volvería a ser una niña de catorce años. Avergonzada, se tapó los pechos y la entrepierna con las manos y soltó un sollozo entrecortado. Después se metió en la ducha y dejó que el chorro de agua caliente camuflara sus lágrimas.

Lunes 13 de noviembre de 2006

Alyssa arrojó el filtro del cigarrillo consumido al suelo y lo aplastó con la suela de la zapatilla. Después cogió la pistola que le había robado a Marcos Tena y comprobó que el seguro no estaba echado. Agarró con fuerza la culata y empezó la maniobra de aproximación al barco con el dedo índice sobre el gatillo. Bordeó el canal hasta que encontró una pasarela de madera lo suficientemente alejada como para no ser vista desde el barco. La cruzó y recorrió la distancia que había entre la pasarela y su objetivo. Debido al temporal, no había vecinos paseando por los lindes del río a esas horas. Junto a la embarcación granate había aparcado un Alfa Romeo con un mensaje amenazante pintarrajeado sobre la carrocería. Alyssa sonrió al reconocerlo.

Tras un momento de duda, corrió hacia el barco en medio de la penumbra nocturna y apoyó la espalda contra la pared. Percibió una música tenue que salía del interior. Era jazz clásico.

A Alyssa no le agradaba la situación. Había vivido los últimos cuatro años de su existencia acompañada de un trauma constante por culpa del hombre que ahora se hallaba en ese barco. Durante ese tiempo, a la vez que intentaba olvidarle, había fantaseado con el momento en que él apareciera de nuevo en su vida. Y cuando eso ocurrió, en el callejón colindante a la casa de Mike Lennard, se prometió no dejar pasar la oportunidad. Esta vez no pensaba cometer ningún error. Sin embargo, él era un policía bien entrenado, nutrido y descansado, y seguramente armado. Ella, por su parte, estaba congelada y con las muñecas unidas por unas incómodas esposas.

Además, debía tener en cuenta a la rehén que se estaba hundiendo con el otro barco.

Habría preferido matar a Fredy de un tiro por sorpresa, por ejemplo, con un rifle de francotirador. No le apetecía lo más mínimo tener que enfrentarse con él, hablar con él. Para bien o para mal, esa noche acabaría todo. Pensó en Jaime y en Oli. Y en Charly.

Alyssa se mordió el labio inferior mientras la lluvia seguía cayéndole sobre el cabello y los hombros. Tenía que entrar en el barco por sorpresa y disparar a bocajarro según se le presentara la ocasión. También podía esperar a que él saliera del barco, y entonces dispararle desde el flanco sin posibilidad de error. Esa opción significaría, con seguridad, esperar toda la noche, lo que podría suponer que muriera congelada, o que algún vecino curioso se acercara a primera hora de la mañana estropeándole el ataque. Y, seguro, significaría el hundimiento del barco de al lado con la rehén dentro. ¿Qué alternativas tenía?

Se decidió. Elevó la pistola hasta tener el visor del cañón delante de sus ojos y se situó frente a la puerta de la embarcación. Fue al bajar la manivela cuando se detuvo en seco y frunció el ceño. La puerta estaba ligeramente abierta.

Un frío gélido le recorrió la nuca. Algo no cuadraba.

Dio un paso adelante y entró. La embarcación se balanceaba a causa del viento. A la derecha, incrustada en la proa, vio una cocina

con aspecto de no haber sido utilizada en bastante tiempo. Un vaso de *whisky* reposaba sobre la encimera con un hielo dentro en proceso de derretimiento. El barco se extendía a lo largo como una estrechísima casa móvil en miniatura. En la popa había una cama deshecha, y entre las sombras se distinguían cojines y sábanas viejas por encima. El resto no era más que un vestidor pequeño, una puerta que debía de dar acceso al retrete, y un mueble multiusos que sostenía, entre otros muchos cachivaches, una radio antigua que reproducía jazz. Sin embargo, no había ni rastro de Fredy.

Alyssa se quedó quieta, escuchando. Echó un vistazo a través de las cortinas y vio la lluvia caer sobre el agua del río. Luego oyó crujir el suelo tras de sí y se volvió como un gato asustado. Justo cuando intentaba levantar la pistola para disparar, una mano musculosa se cerró en torno a su cuello mientras otra golpeó su brazo a la altura de la muñeca. La pistola de Alyssa salió despedida hacia el otro extremo del barco.

El nivel del agua había alcanzado ya más de la mitad de la altura de la embarcación. A pesar de que Diana había arrastrado un mueble pesado sobre la hendidura del suelo, era imposible impedir que el agua penetrara a través de la madera. Según sus cálculos, habían transcurrido unos quince minutos desde que provocara la grieta con el hacha, lo que significaba que, en menos de diez minutos, el agua habría alcanzado sus fosas nasales. En otras palabras: estaba sentenciada.

El agua del canal estaba tan fría que ya no sentía las piernas. Su último y desesperado movimiento había sido subirse al mueble que hacía de tapón, con el fin de ganar altura. Una vez allí, cerró los ojos y pensó en las dos únicas cosas que le hacían feliz de verdad: su Brunet, y ella misma interpretando un hermoso *adagio* con su violín. Diana Tallent estaba esperando a la muerte.

A Alyssa se le había empezado a nublar la vista con la mano de Fredy aprisionando su tráquea. Pataleó como pudo sus espinillas, hasta que él le propinó una bofetada con el dorso de la mano que la catapultó hasta un viejo sillón situado frente a la zona de la radio. El impacto hizo que se le agolpara la sangre en la cabeza. Decidió quedarse quieta sobre el sillón; resistirse solo empeoraría las cosas.

Alzó la mirada y contempló su cara. Hacía cuatro años que no lo miraba así, pero era como si hubieran pasado quince. Lo recordaba como un chico atractivo, con facciones suaves aunque masculinas. Ahora, unas horribles ojeras resaltaban aún más la palidez de su rostro. Los brillantes ojos azules de antaño ahora eran grises, desalmados, y la sonrisa de aquel motero seductor se había transformado en una mueca torcida y desagradable. Aunque durante los últimos cuatro años lo había odiado con toda su alma, siempre lo recordó como un hombre muy cautivador. Ahora, estaba simplemente demacrado.

—Hola, Fredy —dijo Alyssa con un tono inexpresivo, aunque en el fondo le estaba costando contener las lágrimas.

Alfred Horner observó a su víctima con el mismo gesto ausente.

—Hola, Aly —dijo con voz áspera—. Volvemos a encontrarnos.

Alyssa observó que la puerta del barco seguía abierta, e hizo amago de levantarse.

—No te muevas del sillón —ordenó Horner con autoridad. Después sacó una pistola de la parte trasera del cinturón y apuntó a las esposas de ella con hastío—. ¡Vaya, parece que alguien ha hecho el trabajo sucio por mí!

Una sonrisa fría se ensanchó en su rostro como un gusano que se estira para contraerse enseguida.

Quería provocarla, divertirse con ella. De lo contrario, dedujo Alyssa, ya la habría matado. Intentó relajarse para pensar con más frialdad. Estaba en absoluta inferioridad de condiciones, así que lo único que podía hacer era esperar y forzar un error. ¿Llegaría la policía antes de que se hundiera el barco de al lado? ¿Antes de que

la matara? No podía contar con ello, pues probablemente Henry se habría alejado y no participaría en nada más. En tales circunstancias, no obstante, confiar en el instinto de su viejo amigo era su única alternativa.

—¡Joder, qué bien te has desarrollado! —comentó Horner, dibujando círculos con la punta del cañón en torno al pecho de Alyssa—. Ojalá recordara algún detalle de cuando te follé.

Alyssa le clavó la mirada.

—Aunque todavía estoy a tiempo de repetirlo. —Horner hablaba con la misma naturalidad que si estuviera valorando tomarse una cerveza en el bar de la esquina—. ¿Tú que dices?

Sin dejar de apuntarla, el agente de policía se dirigió a la ventana más próxima y observó el exterior, en concreto el otro barco. Desde donde ella se encontraba no podía ver la embarcación, pero no advirtió ninguna contrariedad en su gesto. Una de dos: o Fredy no se había dado cuenta de que había empezado a hundirse, o era justo lo que quería que pasara. Alyssa se preguntó si el hombre estaba lo bastante distraído para permitir un salto desde el sillón hasta su cuello. Probablemente no. ¿Dispondría más adelante de otra oportunidad? Cuando Horner volvió a correr la cortina y regresó a su sitio inicial, Alyssa se dirigió a él:

—Voy a matarte.

Él se rio, y ella no dijo nada más. Miró la punta de la pistola con la esperanza de que él desviara la atención un instante.

—Fue muy astuto enviarme ese video amenazador, cielo —dijo Horner, y dio dos pasos hacia el sillón—. El disfraz de zombi estaba muy conseguido. Reconozco que lograste acojonarme un poco, aunque el hecho de que pintaras mi coche... joder, eso no me hizo ni puta gracia.

«Eso es, enfádate y lánzate a por mí. Comete un error.»

—Dime una cosa, ¿de verdad estabas ahí cuando maté a ese pringado en Cowley Road?

Alyssa no contestó.

—Joder, qué pequeño es el mundo —dijo él, con progresiva euforia—. Y supongo que también eras la puta que se estaba comiendo un kebab frente a la casa, ¿no? —Con cada balanceo del

barco, Horner se movía torpemente hacia delante y hacia atrás, y Alyssa valoró si podría alcanzarle en uno de sus acercamientos—. He leído en el periódico que eres una drogata adicta al sexo. No puedo decir que me sorprenda.

Los ojos de Alyssa brillaron negros como el petróleo.

—¿Qué hacías en Oxford esa noche, cielo?

Ella continuó en silencio. Pensó que cualquier cosa que contestara la perjudicaría.

El diluvio que estaba cayendo fuera resonaba en el interior del barco con un matiz metálico que dificultaba la comprensión del murmullo con el que Horner se expresaba.

—Aclárame una cosa que llevo preguntándome desde hace días —se atrevió a decir Alyssa al fin, pues había cosas que todavía no le cuadraban—. ¿Por qué estuviste días investigando un asesinato que tú mismo habías cometido?

—*Good question!* (¡Buena pregunta!) —exclamó, como si la presa hubiera llegado al punto de la conversación exacto que él estaba esperando—. La respuesta es que la parte superficial de mi complejo cerebro no guardó un solo recuerdo de esa noche.

Alyssa arqueó las cejas como un dibujo animado.

—¿Estás diciendo que no te acordabas de haber matado a Lennard?

La sutil locura que dominaba los ojos de Horner desapareció, y fue sustituida por una bruma gris.

—Yo ni siquiera sabía su nombre... Venga, te lo voy a explicar —dijo con la pereza de alguien que tiene que bajar a pasear al perro en plena tormenta de nieve—. Hace tres años fui asaltado y apaleado de noche mientras caminaba por Headington. Fue una maldita pesadilla. Aquel tipo me rompió varios huesos, pero estoy seguro de que su objetivo era matarme. Desapareció como un fantasma, y no volví a saber de él hasta el otro día. Lo sentí como un fogonazo. Estaba disfrutando de mi día de permiso por el centro de la ciudad, cuando lo vi. Iba acompañado de una joven, lo reconocí en el acto. Mi camino se había vuelto a cruzar con el de ese cabrón. Sentí un torbellino de furia tan idéntico a aquel que experimenté hace cuatro años, cuando perdí los estribos y te hice lo que te hice, que imaginé que *ahora* era *entonces*, y que a quien

había visto no era mi agresor, sino Nacho Conde; y que yo no estaba junto a la librería Bodleian, sino en un lujoso chalet de Marbella donde se estaba celebrando una fiesta universitaria, y que aquel hombre no estaba acompañado por una joven, sino por mi novia de catorce años...

El corazón de Alyssa se hundió como un yunque en el pecho en cuanto comprendió las palabras de Fredy. El hombre al que en realidad quería matar no era Lennard, sino alguien idéntico a él. Todo cuadraba. «Charly, ¿pero qué hiciste...?» Al parecer, unos años atrás, muy enfadado de que su niña bonita hubiera sido violada, Charly había buscado a Fredy y le había dejado la cara como papel de aluminio usado. Por lo tanto, cuando Fredy vio a Lennard, en realidad debió de creer que era Charly, su verdadero agresor, y se vengó.

Alyssa había encontrado la conexión, y era una que no esperaba. Si los trágicos acontecimientos sucedidos en Marbella hubieran tenido un final diferente, Mike Lennard todavía seguiría con vida.

—Esa sensación de rabia me duró muy poco —continuó Horner—, justamente el tiempo que tardé en localizar la vivienda de ese hijo de puta y plantarle un tiro en la frente. Después me emborraché, y al día siguiente no me acordaba de nada de lo que había hecho, así que viví persiguiendo al asesino de ese pobre chico (o sea, a mí mismo), hasta que me volvió a pasar.

Los incómodos intervalos entre frase y frase estaban extrañamente acompañados por el murmullo de la lluvia y el monótono piano interpretando jazz a través de la radio.

—Esta vez estaba en la cama con Ania. Quería follármela, así de claro. No iba a ser difícil, pues estaba maniatada y era del todo inofensiva. —Se mordió el labio inferior mientras revivía el caliente momento—. ¡No!, me dije; quien estaba maniatada y borracha hasta las cejas era mi novia de la universidad, es decir, tú —dijo, y dirigió los ojos muy abiertos hacia donde estaba Alyssa, como si acabara de descubrir que estaba allí sentada— ¡De pronto lo supe todo! Ese pensamiento de provocar daño indiscriminado por vengar el dolor causado por otros lo había sentido ya, lo estaba sintiendo igual que entonces.

Alyssa asintió con aire apesadumbrado.

—Comprendí que, si la violaba, Ania quizá quedaría embarazada y por siempre desgraciada, del mismo modo que habías quedado tú. No me dijeron que había sido yo quien te había dejado embarazada, pero ahora estoy seguro de que fue así. ¡Del mismo modo que estoy seguro de que fui yo quien mató a Lennard!

La tormenta provocó un fuerte balanceo que obligó a Horner a alejarse del sillón y sujetarse contra la ventana.

—Mi naturaleza enfermiza se defendía del horror de saber que había violado y preñado a mi novia de catorce años. Mi consciente se negaba a aceptar la evidencia, pero el subconsciente lo sabía. —Frunció el ceño y se concentró en esa palabra—. *El subconsciente*.

—Pero, ¿cómo es posible que vivieses ignorante hasta hoy, y que, de pronto, la verdad estallase dentro de tu cabeza como una bomba? —preguntó Alyssa, que, pese al interés por el funcionamiento neuronal de su captor, no le quitaba ojo al revólver.

—Supongo que el secreto que guardaba mi interior era como un árbol que extiende sus raíces bajo tierra y que no puede surgir al exterior porque algo se lo impide —respondió—. Estos cuatro años me empeñé en olvidar, en no volver a pensar en esa noche, pero esas raíces seguían presionando para surgir a zona visible. Tal vez, cuando vi por la calle al que yo creía que era mi agresor y logré vengarme, estuve a punto de descubrir la verdad, y entonces mi angustia surgió como una defensa. Una amenaza (la de creer que alguien había entrado en mi casa y me estaba amenazando de muerte con pintadas y grabaciones), sustituía a otra amenaza aún mayor: la de saber que había violado y matado a personas inocentes.

Horner tenía aspecto de haber entrado en un universo alternativo, donde las sopas comían personas con cuchara.

—Mi consciente se había acostumbrado a ocultar ese tipo de acciones, ¡joder, no quería saberlo!, y se alió con un cómplice, el puto miedo, para mantener el engaño. No sé hasta qué punto es científica mi explicación, pero solo sé que he descubierto que la sensación de placer que aporta la venganza es lo único que me hace sentir vivo. —Al terminar la frase, levantó el revólver hasta apuntar a la garganta de Alyssa—. Es obvio que soy un maldito

neurótico, y como tal, lo admito. Hay que aprender a aceptarse tal y como se es, cielo.

—Entiendo —dijo ella, fingiendo una sobriedad que empezaba a acabársele, pues ahora tenía claro que no solo estaba en manos de un violador, sino también de un chiflado. Horner estaba actuando con ella como un gato que vigila a un ratón que no tiene ninguna posibilidad de escapar.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Alyssa.

—A que termine el disco. —Horner señaló la radio con el mentón—. Jamás dejo un disco de jazz sin acabar. Entonces, cuando haya sonado la última canción, te mataré. —Ella lo miró perpleja, como si contemplara a un monstruo de tres cabezas—. Después, una vez la señorita del barco de al lado haya muerto ahogada, desapareceré.

Alyssa sintió cómo las pulsaciones se le hacían más intensas en la zona de la sien.

—Por cierto, ¿cómo me has encontrado? —quiso saber el policía.

La joven se encogió de hombros. Las esposas tintineaban en torno a sus muñecas a causa del temblor.

—Ha sido gracias al tipo del Volkswagen, ¿verdad? Espiarme fue una muy mala idea, cielo.

«Mierda, lo sabe.»

—¡Henry sabe dónde estamos, capullo! —escupió Alyssa. Incluso antes de terminar la frase se preguntó si no había cometido el error fatal. En ese caso, cada segundo a partir de ese instante podría ser el último—. Está a punto de llegar, y puedes apostar a que acabará contigo.

La sonrisa de gusano se extendió de nuevo, y esta vez no se encogió.

—¡Por supuesto que sí! —Horner reaccionó con un tono divertido que erizó la piel de Alyssa—. De hecho, ya ha venido. Dile «hola», está sobre la cama.

«¿Cómo?»

Sin dejar de apuntarla, Horner se deslizó hacia un lado con la chulería propia del jugador de póker que muestra una escalera de

color en respuesta a un full. Lo suficiente para dejar libre la línea de visión entre ella y la cama.

Cuando Alyssa entornó los ojos y observó con detalle, supo que lo que había sobre el colchón no eran cojines y sábanas usadas, sino un cuerpo sin vida. Henry *Dorian* Millward estaba boca arriba y tenía el jersey cubierto de sangre a la altura del pecho.

Un sonido más propio de un animal salvaje que de una joven de dieciocho años surgió del estómago de Alyssa, una explosión de rabia.

—Sorpresa, Aly. —Alyssa sintió que, al pronunciar su nombre, lo que en realidad estaba diciendo era «jódete». En ese momento valoró seriamente si compensaba recibir un balazo con tal de poner sus manos en torno a la garganta de ese cabrón.

Le sobrevino una arcada.

En el exterior, la calle permanecía en completa quietud. No había ninguna indicación de que ningún policía, o ciudadano, hubiera reparado en el barco contiguo hundiéndose, o de que, si alguien lo había hecho, se hubiera dado cuenta de lo que implicaba. No se escuchaba más que el torrente de lluvia golpeando el asfalto y el caudal del río, y, de vez en cuando, algún trueno. Todo ello significaba que salvar su vida probablemente dependería de lo que pudiera ocurrírsele en los siguientes minutos.

Fue entonces cuando se dio cuenta de lo que tenía que hacer. Era una locura y un riesgo inmenso. Incluso un suicidio si no funcionaba. Pero tenía que funcionar.

—Eres gilipollas —dijo sin más.

Hubo un momento de incompreensión en el que Horner parecía asimilar lo que acababa de escuchar, tal como un ladrido debajo del mar.

—¿Cómo dices?

El hecho de seguir todavía con vida convenció a Alyssa de que estaba en el camino correcto, pese a que no estaba segura de qué camino era exactamente.

—Que eres una mierda de ser humano, *cielo*. —Expresó esta última palabra con marcado recochineo—. Aprovechas tu rango de policía para raptar a dos chicas inocentes, matar a otros dos hombres a sangre fría, y atraerme a tu sucio barco para torturarme,

pero en realidad tú mismo has reconocido no tener ni puta idea de quién eres o qué es lo que haces. Ni siquiera me has cacheado, podría estar fingiendo y tener en realidad las esposas abiertas. Podría hasta tener un arma por dentro del pantalón.

La dirección del cañón se detuvo con lentitud en la frente de Alyssa como la vara de la ruleta de la suerte que se detiene en una casilla perdedora. Nunca, ni siquiera cuando aquel mismo hombre la violó hacía cuatro años, se había sentido tan cerca de la muerte.

«Venga, un poco más cerca...»

—No puedes ni ir al baño sin después estar seguro de si has cagado o te has sonado los mocos. Fíjate si eres patético que has estado persiguiéndote a ti mismo y has tardado más de una semana en darte cuenta.

Incomprensiblemente para el policía, la joven soltó una estrepitosa carcajada.

Alyssa percibió un leve movimiento en la piel del antebrazo de Horner, lo cual significaba que su dedo se estaba tensando sobre el gatillo. Mientras rezaba por que el balazo que iba a recibir no fuese mortal, lanzó su última daga venenosa:

—En el fondo estás tan atormentado por haber violado a una pobre niña, que no te atreves a tocarla de nuevo, ahora que la tienes a tu disposición. —Estuvo tentada de guiñarle un ojo, pero pensó que eso sería pasarse de la raya—. ¡Vamos, fóllame otra vez si tienes huevos!

Cuando el dedo de Horner se curvaba sobre el gatillo, dos sombras se movieron tras las cortinas. Horner ya había modificado la dirección del punto de mira de su revólver cuando un hombre apareció por el hueco de la puerta. Un estruendo seco envolvió la cabina de madera.

Alfred Horner atisbó con horror a su última víctima a través de la humareda que expulsaba el cañón. Era lo último que esperaba.

«Oh, no...»

Los músculos del brazo se le bloquearon, y la pistola bailó en torno a sus dedos.

La bala había impactado en el corazón de un hombre que lo miraba sin vida a través de sus clarísimos ojos. Parecían gritar «¿por qué?».

El pálido cuerpo de Thomas Carroll cayó al suelo como un saco de arena. Tras él venía otro hombre que Horner no reconoció. Parecía confuso, bloqueado. Alfred elevó el arma e insertó el dedo índice en el gatillo. Justo cuando estaba ejerciendo presión, sintió por el rabillo del ojo que algo saltaba hacia él desde la derecha. Rotó el cuerpo y disparó.

Capítulo 24

Lunes 13 de noviembre de 2006

Tac.

Alyssa Grifero se abalanzó sobre él y aterrizó en el suelo con el rostro de Horner contra su pecho. El revólver descargó una nueva bala debajo del cuerpo de Alyssa, y ocupó el espacio que lo rodeaba de aire caliente. La bala rozó su vientre y salió disparada en dirección al sillón donde había estado sentada. Grifero movió el cuerpo lo justo para pasar los brazos por encima de la cabeza del policía, y se transportó al pasado. Se visualizó a sí misma siendo arrastrada hasta un árbol, indefensa, y después sintió que le despojaban de sus pantalones y sus bragas como si lo estuviera viviendo en ese momento.

Pero ahora no estaba indefensa; ya no era una niña. Apretó con todas sus fuerzas. La cadena de las esposas se incrustó en la garganta de Horner mientras él, cuatro años antes y dentro de su cabeza, la forzaba. Lágrimas de dolor brotaron por sus mejillas, y de la boca le empezó a salir saliva a causa del esfuerzo. Él pataleaba impotente de la misma manera que hiciera ella en el bosque de las inmediaciones de Marbella.

Alyssa aún continuó apretando varios segundos después de que el corazón de Horner dejara de latir. En ese momento, la radio dejó de reproducir el disco de jazz.

Los músculos de sus extremidades comenzaron a sufrir fuertes espasmos cuando Alyssa dejó de ejercer presión contra la garganta de Fredy. Había perdido el control de su cuerpo, era como si estuviera habitado por otra persona; por una asesina de dieciocho años. En contra de lo que había pensado durante todo ese tiempo,

no se sentía aliviada por haberse vengado de su violador. La sensación de haberle quitado la vida a una persona no era agradable.

Con el cuerpo caliente de Horner todavía tendido sobre el suyo, le costaba respirar, y las manos le bailaban descontroladas frente a sus ojos. Un fuerte ataque de ansiedad. Entonces alzó la mirada y vislumbró entre lágrimas la sombra de un hombre que se le antojaba, a pesar del shock, familiar. Unos incrédulos ojos se la habían quedado mirando como si estuvieran ante un extraterrestre. Presa del pánico, Alyssa cogió la pistola de las manos de Horner y apuntó hacia el hombre, que se estaba acercando a ella. No podía dejar que la atraparan, tenía que sobrevivir.

Intentó apuntar a su frente, pero los espasmos eran fuertes y difícilmente controlables. Además, nunca había disparado una pistola.

Antes de que llegara a posar el dedo sobre el gatillo, su vista se aclaró, y con ella, su raciocinio. Las manos dejaron de ejercer fuerza y la pistola resbaló y cayó al suelo. Su cuerpo entero se relajó, y entonces tuvo la sensación de que siempre había pensado tener al ver a un ángel de la guarda.

Jaime parecía horrorizado por el macabro escenario ante el que se encontraba. Cuando se agachó para cobijarla entre sus brazos, Alyssa recibió de golpe todo su calor. Los temblores cesaron, y también el terrible pensamiento de creerse una asesina. Quiso acariciar sus labios, besarlos.

Jamás recordaría la sensación que experimentó cuando Jaime la besó, pues para ese momento ya había perdido el conocimiento.

Viernes 17 de noviembre de 2006

El televisor de una de las habitaciones que albergaba el hospital Churchill de Oxford estaba proyectando una imagen insólita: en la ciudad española de Torrelavega, un jovencísimo policía estaba siendo homenajeado en directo por su valentía durante una operación de rescate a las afueras de Oxford. La presentadora del

informativo explicaba cómo un agente de la península llamado Marcos Tena había arriesgado su vida para auxiliar a una joven que había sido encontrada con vida en el interior de un pozo seco.

Cuando la mujer pasó a la siguiente noticia, Sara apagó el televisor con el mando a distancia y se acomodó bajo las sábanas. Miró hacia el techo de la habitación y resopló satisfecha. Si no hubiese sido por la milagrosa aparición *in extremis* de ese chico, ahora estaría muerta. Se llevó la mano buena a la sien, donde un aparatoso vendaje le cubría la mitad superior del cráneo. Por lo menos ya no le dolía. La mano mala, sin embargo, sí lo hacía. Resultó que el impacto contra el suelo del pozo le había roto varios huesos en torno a la muñeca, de modo que se la habían tenido que reconstruir en gran parte. Ahora estaba escayolada, y un analgésico suministrado por vía intravenosa paliaba parcialmente el dolor insoportable del primer día.

Con el rabillo del ojo percibió a través de la ventana que algo se movía abajo, en la calle, y reaccionó como si hubiera visto a un gato con alas. ¿Jaime? Era la última persona que esperaba encontrar en un hospital de Oxford. ¿Venía a verla a ella? ¿Cómo se había enterado?

Caminaba con rapidez. Iba hablando por el móvil y con la otra mano sujetaba un ramo de flores. Parecía contento. A los pocos segundos, su imagen se perdió cuando entró en el edificio.

Sara arqueó las cejas y evaluó la situación. Jaime no había acudido a su llamada cuando le había necesitado, y eso le habría evitado algunos problemas. Sin embargo, continuaba siendo su único amigo. Se alegró al darse cuenta de que todavía quería verle, y se sintió especial.

Si Jaime era su único amigo, Diana era el amor de su vida; ahora lo sabía con certeza. Se estremeció cuando recordó la espantosa imagen de verla llegar a la habitación en una camilla en la madrugada del domingo. Estaba inconsciente y pálida. En un primer momento había creído que estaba muerta, pero entonces cayó en la cuenta de que ningún cadáver sería llevado a una habitación de hospital. Los enfermeros pronto le explicaron en un inglés muy básico que su pareja (*pareja*, qué bien sonaba eso) sufría de hipotermia y había tragado mucha agua, pero que ya se

encontraba fuera de peligro. Al parecer, la habían salvado de morir ahogada en el último momento. Lo primero que pidió cuando despertó, según dijeron, fue ver a su Brunet.

Fue, por lo tanto, trasladada a la misma habitación que ella, y allí seguía. Sara observó el ritmo de su respiración mientras dormía plácidamente en la cama de al lado. Los moratones de su cara ya casi habían desaparecido, y sus labios volvían a tener un color cálido.

¿Por qué a ellas? Ninguna de las dos había hecho nada para provocar la ira de ese policía chiflado. ¿Eran dos víctimas más de una sociedad enferma? En la atmósfera silenciosa y casi ceremonial que se había impuesto en la habitación, Sara viajó sin querer al Mundo de las Segundas Oportunidades. Llegó a la cuenta de que si no hubiera estado en el 219 de Cowley Road en la precisa noche en que mataron a Lennard, ella no estaría en esa cama con la mano hecha pedazos. Pero fue más allá: si nunca hubiera viajado a Oxford para comenzar una nueva vida junto a Diana, no habría pasado jamás por esa maldita calle. Además, era muy probable que hubiese seguido con su tranquila vida de neurocirujana en Ámbar si Charly Rubial no la hubiera atacado en su casa aquella tarde de domingo. Por lo tanto, la conclusión era la siguiente: si el doctor Salas no hubiera metido las narices en los resultados médicos de su yerno, nada de lo sucedido a continuación habría tenido lugar.

¿Habría sido más feliz en ese mundo alternativo donde ese viejo cerdo nunca modificó los resultados? A Sara se le escapó una lágrima de felicidad al conocer tan claramente la respuesta. Se concentró de nuevo en la serena respiración de Diana y dio gracias porque la mariposa batiera sus alas ese día de principios de verano.

Un golpeteo de nudillos sonó tras la puerta, y Sara se enjuagó la lágrima antes de gritar «¡adelante!» y recibir a su viejo amigo. Tenía muchas cosas que contarle.

Jaime Vergara sonrió con amabilidad a la joven y pecosa dependienta cuando esta le entregó un ramo de flores variadas. Pagó, cruzó hacia la otra acera y anduvo en dirección al hospital

Churchill. En ese momento, el teléfono móvil vibró en el bolsillo de su pantalón. Tuvo una sensación extraña, como si por el hecho de estar en otro país fuera imposible que alguien lo contactara. Extrajo el aparato del bolsillo y observó que tenía un mensaje nuevo. El remitente era su jefe en La Paz, el doctor Fuenmayor, y el contenido del mensaje hizo que Jaime se detuviera en mitad de la calle con la frente fruncida.

Supongo que ya te has enterado. Ven a verme al despacho en cuanto puedas.

¿Enterado de qué? Algo que le concernía había sucedido en España, era evidente. ¿Se habría adelantado el juicio por el caso Shapiro? Jaime todavía miraba el contenido del mensaje cuando el teléfono empezó a vibrar en su mano y a emitir el clásico y estridente sonido de llamada entrante. Era su hermana. ¿Qué coño estaba pasando?

Descolgó.

—María, ¿qué ocurre?

—¿Dónde leches estás? ¡No me digas que no te has enterado!

Su hermana gritaba con excitación a través del teléfono, y Jaime no supo distinguir si lo hacía como si les hubiese tocado la lotería, o más bien como si hubiera fallecido algún familiar.

—Tranquilízate, María —dijo con serenidad, para intentar sacar algo en claro—. Estoy en Inglaterra, ya te contaré.

—¿En Inglaterra? ¿Estás loco? ¡Ven a casa ahora mismo!

—Pero, ¿qué ha pasado?

Jaime estaba confuso. Empezaba a temerse lo peor.

—¡Acaban de decir por la tele que han detenido a Ernesto Shapiro por el asesinato de su padre, cabeza de chorlito!

Jaime dio un respingo.

—¿Ernesto mató a su padre? ¿Qué estás diciendo? —dijo, y mientras hablaba, reanudó su marcha hacia el hospital.

—Al parecer, así es. Por lo visto, un hacker accedió a su ordenador. La policía ha recibido una serie de pruebas y documentos anónimos que demuestran que el matrimonio Shapiro conspiró para asesinar al padre de él. —Jaime atendía incrédulo a lo que su hermana le estaba contando—. El plan pasaba por

involucrarte a ti hasta el punto de hacerte parecer culpable. Te la habían jugado bien, hermanito.

«¡Maldito cabrón!»

—Vale, María, tú relájate. Esta misma tarde volaré a Madrid y nos veremos. Entonces podremos enterarnos de todos los detalles —dijo—. Además, mi jefe también quiere verme, supongo que para hablar de lo mismo.

—¿Sí? Joder, ¡es que es muy fuerte todo esto!

—Te dejo, hermanita, que tengo un asunto que arreglar antes de volver. En cuanto desembarque del avión te doy un toque. Adiós, y gracias.

Jaime suspiró nada más colgar el teléfono, y automáticamente se le puso la piel de gallina. ¿Un anónimo había enviado pruebas a la policía? Sabía a la perfección quién estaba detrás de todo. Al final, Aly había cumplido su palabra.

Resplandeciente, Jaime accedió al hospital y preguntó por la habitación donde descansaba Sara Mora. No pudo aguantar más, así que desde el mismo ascensor redactó un mensaje corto para Alyssa a través del móvil. Cuando pulsó el botón de enviar, se dio cuenta de que le temblaban las manos, y se recriminó su actitud infantil.

Alcanzó la habitación de Sara, y antes de llamar echó un vistazo a las flores. ¿Lo perdonaría por no haber acudido a su ayuda cuando se la reclamó? Esperaba que sí. Los amigos hacen eso. «Amigos...» Definitivamente, esa era la palabra. Golpeó la puerta con los nudillos y se preparó para que Sara le contara toda su historia de principio a fin. Prometía ser fascinante.

Desde el día de la muerte de Dorian, Carroll y Horner, Alyssa Grifero estuvo desconectada del mundo. Después de que Jaime y Tena testificaran en favor de ella y en contra de Horner, el propio Marcos Tena le había liberado de las esposas, y había quedado libre y sin cargos. La policía de Oxford le había pedido que se mantuviera disponible hasta que se hubieran celebrado todos los juicios del caso Lennard-Horner. Dedicó así los primeros días de libertad a

lavar la ropa y descansar en un hotel de lujo con el que había sido recompensada.

También acudió al funeral de Dorian y estuvo atenta a la televisión cuando hablaron del «héroe español que había salvado a una joven de morir en un pozo». Se sorprendió al enternecerse cuando vio a Tena recibir su primera medalla.

«Bien, Don Perfecto. Me alegro por ti.»

Era como si estuviese disfrutando de sus últimas horas como Alyssa Grifero, al menos tal y como la conocía todo el mundo, y se hubiese decidido a empezar una nueva vida.

Un pitido del móvil la sobresaltó, para su inmensa irritación, mientras gozaba de un baño con espuma en la habitación del hotel. Se cubrió con una toalla y avanzó descalza hasta coger el teléfono y descubrir el contenido del mensaje:

De «JAIME»

Lo hiciste. No sé cómo, pero lo hiciste. Déjame recompensarte. Me apetece verte... Te echo de menos.

Se quedó pensativa. Nunca antes en su vida se habían interesado por ella de esa forma, y menos alguien tan... especial. Jaime quería verla, ¿y luego qué? ¿Se encerrarían en su suite a hacer el amor durante una semana entera? ¿Serían simples amigos? En realidad, ella también lo añoraba. Quería que la quisieran por ser quien era. Que no la juzgasen sin conocerla, ser especial para alguien. Y ese alguien era Jaime, lo había decidido sin saberlo la tarde que se presentó en su piso sin avisar, como una fugitiva salvaje y peligrosa.

Alyssa Grifero se sentía excepcionalmente bien.

Fue entonces cuando tomó una decisión. Viajaría a Madrid y se reencontraría con Jaime. Hablarían un largo rato sobre su futuro y, si todo salía bien, harían el amor, comprarían un gato y desayunarían todos los días junto al ventanal que daba a aquella avenida tan concurrida.

Cualquier otra opción le resultaba inconcebible.

Pero antes de abandonar Inglaterra, debía hacer una última cosa. La razón por la que había viajado a Oxford en un principio había sido la herencia que Charly les había dejado tanto a ella como

a Verónica Salas. Debido al luto por la pérdida de su marido y al embarazo, Verónica le había pedido que acudiera ella en representación de ambas a conocer a Miguel *Rubial* Lennard, y preguntarle por la misteriosa caja de música que se suponía que contenía la herencia. Ese había sido el sencillo plan desde el principio, y Oli, que se hacía llamar Jasper en el mundo de Internet, la iba a acompañar desde la distancia. Pero Alfred Horner se cruzó en su camino esa precisa noche, y todo se volvió un infierno.

Ahora ya nada le impedía abrir la caja de música, cobrar su parte de la herencia, e iniciar una nueva vida junto a Jaime.

Se puso unos pantalones rojos y una camiseta blanca que había adquirido en GAP, así como su cazadora de cuero negro, y salió del hotel. Hacía un día soleado, espléndido. Nada que ver con la tormenta de aquella noche del demonio.

Avanzó por las calles de la ciudad sintiéndose una heroína. Era como si las calles, los edificios, las farolas... la reverenciaran. En menos de una semana había matado a un violador, raptor y asesino, había colaborado en enjaular al corrupto de Ernesto Shapiro, y había conquistado al hombre más bueno de la tierra. Por el camino, además, había ayudado a numerosas personas buenas a salir de sus correspondientes aprietos. No estaba mal para la apestosa Alyssa Grifero.

La casa que constituyó el hogar de Mike Lennard en el 219 de Cowley Road albergaba una calma inusual desde la calle, como si ella también necesitara un tiempo de calma después de tanto ajetreo policial, asesinatos, pruebas, y demás. Mantenía la cinta de seguridad en su perímetro, pero para Alyssa no iba a resultar difícil cruzarla e internarse en el edificio: la ventana del cuarto de baño que daba al callejón estaba ligeramente abierta.

Nunca había estado dentro, así que no pudo comparar, pero el ambiente de la casa se le antojó apagado, triste. No perdió el tiempo en morbosos vistazos al cuarto de baño, y con creciente nerviosismo ascendió al piso superior. La madera se quejaba como la de una casa vieja y abandonada, y a Alyssa le pareció difícil de creer que hasta hacía unos días allí viviera alguien normal.

El dormitorio de Lennard no contenía nada fuera de lo común, y tampoco lo era una encantadora caja musical con aspecto de cofre

que adornaba la cómoda bajo la ventana. Los pocos rayos de sol que se colaban por entre las cortinas iluminaban la caja directamente, como si guiasen a la visitante hacia su recompensa final.

Alyssa se acercó con cautela, consciente de que podía estar ante uno de los momentos más determinantes de su vida, y levantó la tapa con delicadeza. Una irritante melodía comenzó a sonar mientras Alyssa observaba la colección de relojes que Lennard guardaba en la caja musical.

«Es solo una tapa. Tiene que tratarse de un falso fondo.»

Para su enorme satisfacción, la sección de los relojes se podía levantar, y bajo ella se escondía otro nivel, donde Lennard mantenía todo tipo de cables viejos, enchufes y recuerdos que no valían para nada. Era como un cajón de sastre.

Alyssa revolvió esos objetos con las manos mientras su nerviosismo se acentuaba. No entendía nada. ¿Dónde estaba? ¿Le habría tomado el pelo el cabrón de Charly? No, él no haría eso. Es decir, a ella era posible que sí, eso no lo dudaba, pero era impensable que le pudiera gastar tan macabra broma a su dulce Verónica.

Entonces, ¿dónde diablos estaba su herencia?

«Espera, he tocado algo.»

La caja contenía un tercer nivel debajo del de los relojes y el de los cachivaches. No obstante, este era inaccesible de manera directa. Lo que Alyssa había palpado con sus dedos era una cerradura de metal. Pero... ¡ella no tenía ninguna llave! ¿Qué abría la dichosa caja? Desesperada, rebuscó por los cajones de la habitación, los armarios y entre las sábanas. No encontró nada que no fuera polvo y pelusa. Entonces se percató de que no estaba ante una cerradura normal. La llave que abriría el tercer nivel de la caja musical debía de ser más grande que cualquier llave convencional. Debía de tener estructura cilíndrica, y hueca.

¿Dónde había visto ella un objeto de esas características? Estaba segura de que esa descripción le era familiar.

Entonces cayó en la cuenta, y el dolor fue inmediato y detestable. Una parte de ella quiso quemar la caja, hacerla pedazos. Quería coger el cadáver de Charly y aplastar su cráneo contra la

maldita caja de música. Pero eso era una estupidez. Los pensamientos se arremolinaron en su mente, y al final se tranquilizó.

«La madre que me parió», se dijo en voz alta. Después sonrió, y la risa dio paso a una estrepitosa carcajada.

Cargó con la caja, abandonó la casa y se dirigió al aeropuerto, previo paso por el hotel para recoger sus cosas. Dedicó todo el vuelo a estudiar una manera correcta de disculparse con Oli. Explicarle que lo que vio a través de la webcam fue un completo error, y que el hecho de que Jaime y ella fueran más que amigos no iba a cambiar nada en su amistad. Pero, por encima de todo, y esto tenía que ocurrir costara lo que costara, tenía que convencerle de que necesitaban la llave cilíndrica que llevaba siempre colgando del cuello para cobrar la herencia de Charly Rubial.

Rafael Salas despertó en mitad de una nueva luz blanca que le ofendió los ojos. Un ejército de médicos iba y venía en torno a la camilla como en una imprecisa y futurista secuencia a cámara lenta. Puso los ojos en blanco y permitió que su mente divagara por su subconsciente.

Una serie de visiones se materializaron, ahora de manera muy nítida, una detrás de otra. La primera fue el cuerpo ensangrentado de una niña sobre el suelo, junto a un tractor. Dolor y llanto. A esa imagen le siguió una mucho más tierna: un bebé recién nacido con los ojos muy despiertos llegaba a sus brazos. Alguien le había dicho que se llamaba Óliver, pero a él le parecía más simpático llamarlo Oli, a secas. Acto seguido, un moribundo Alfonso corriendo a abrazar a Verónica rebotante de amor. Muchos lo habían vilipendiado por intercambiar el diagnóstico del tumor, pero para él, aquella mentira había sido su mayor contribución al mundo. La hermosa imagen dio paso a la figura de Saúl Morgan despidiéndose de él. Su único amigo.

Una voz incorpórea retumbó de repente, lapidaria, en lo más hondo de su cerebro: «el incompleto protege el secreto con el tubo férreo.» Los acertijos de Félix. La última visión había tenido lugar en esa misma sala hacía un rato. Oli se estaba despidiendo de él y

llevaba colgado al cuello un objeto... una especie de cilindro metálico... oh, no... «¡EL TUBO FÉRREO!»

Ahora lo comprendía todo. El incompleto al que se refería Félix en sus acertijos no era otro que Charly. ¡Por supuesto que se trataba del manco! Y el secreto que protegía la llave cilíndrica, el maldito tubo férreo, era...

«Dios mío, tengo que avisar a Oli.»

Volvió a abrir los ojos, regresando de golpe al mundo real. Intentó liberarse, pero no se movió ni un milímetro; las correas estaban fuertemente ajustadas. Tampoco pudo hablar ni gritar, pues tenía la boca cubierta por algún tipo de mecanismo que le habían anclado entre los dientes. Rafael sintió el frío de dos cuerpos metálicos sobre sus sienes, y de repente le entró miedo.

«¡No, ahora no! —Algo terrible estaba a punto de suceder—. ¿Qué me están haciendo? ¡Necesito advertir a Oli del peligro que corre!»

Una potente descarga eléctrica le atravesó el cerebro de lado a lado, y entonces todo se apagó.

«Amelia... mi niña...»

Parte 3

Veinte
VEINTITRÉS

Luis A. Santamaría

Prólogo

Ya no recordaba cuándo se registró por primera vez bajo el seudónimo de Lando Calrissian. Debió de ser poco después del Suceso, en algún momento de 2018. En esos cinco años, el mundo se había convertido en un lugar peligroso, lleno de codicia desmedida y adoración por la superioridad.

Él se había divertido lo suyo, no obstante. La *tribu* había dado por el culo a esos empresarios, que no eran otra cosa que dictadores camuflados, y Lando lo había presenciado todo desde primera fila.

El reloj de la pantalla marcaba las 20:23 a la luz del flexo, lo que significaba que todavía faltaban treinta y siete minutos para que Jasper se conectara. Las últimas horas habían sido determinantes de cara al último objetivo estratégico de la *tribu*, y, según lo que se decía en el foro, Jasper guardaba información de gran interés.

Aprovecharía para poner algo de orden hasta que diera la hora. Mientras la plancha se calentaba, alargó el brazo por encima del teclado inalámbrico y acercó a sus labios la jarra de cerveza. Ese movimiento hizo que el gato, que estaba dormido al abrigo de sus michelines, se despreczara con un indolente bostezo.

El cuadrúpedo saltó de su regazo y corrió hacia el oscuro pasillo. Había oído un ruido en esa zona, más concretamente el del bombín de la puerta principal. Un chasquido que Lando no percibió por estar sumido en la estridente música que escupían sus auriculares.

El animal, en su camino hacia la puerta, tropezó con una feliz sorpresa: un rastro de granos de pienso lo conducía a lo largo del pasillo hasta un cuenco colmado de sobras de pescado. No era aquel el lugar donde su amo solía depositar el cuenco de comida, y además, él nunca le daba pescado. Un relamido fue todo lo que necesitó para comenzar a devorar la comida.

Hubo otro ruido. Al final del corredor. Con las orejas en punta, el gato levantó el hocico. Sus pupilas se dilataron.

Una figura apareció tras la esquina que el animal estaba observando, y lo hizo tan súbita y discretamente que se podría pensar que había surgido de la nada. La cola del animal se encrespó y sus ojos se entornaron.

En Ámbar no solían verse hombres así. Era esbelto y en apariencia joven, a juzgar por el brillo de su flequillo. Sus movimientos, eléctricos pero sutiles, recordaban a los de una serpiente en actitud de ataque. Llevaba un abrigo de color ceniza que casi barría el suelo, unos guantes de cuero marrón y botas del mismo color acabadas en punta. Sus pequeños ojos centelleaban detrás de unas gafas sin montura y de cristal ligero. Tenía una boca muy grande, y tan fina que daba la impresión de que se le iba a quebrar la piel al sonreír.

Cuando desapareció tras la esquina, el gato bajó la mirada y continuó con su particular banquete.

Una vez rebañada la última raspa de pescado, el felino se deslizó hasta el salón. Antes de saltar de nuevo sobre los voluminosos muslos de su amo, dio unos cuantos

sorbos de un líquido espumoso que encontró esparcido en el suelo. Sabía amargo. Se acomodó al calor de la carne humana y cerró los ojos entre ronroneos.

Lando se hallaba dormido en su silla de trabajo, frente al monitor y con la cabeza apoyada sobre su hombro izquierdo. Si alguien hubiera observado desde la puerta, sin embargo, habría visto un charco de cerveza en el suelo, junto a una jarra de cristal rota. Y si hubiera forzado el olfato, habría percibido un fuerte olor a carne quemada.

De la pantalla del monitor, pegado con cinta adhesiva, colgaba un papel. Éste mostraba tres líneas dispuestas en distintas orientaciones y levemente separadas entre sí. Habían sido trazadas a mano:



«Cuando se hace daño, es menester hacerlo de tal modo que sea imposible la venganza.»

Maquiavelo

Capítulo 1

Miércoles 20 de septiembre de 2023

La boca de Óliver Morales se abrió en un indiscreto bostezo en el que nadie reparó, porque nadie quedaba ya en torno a su mesa de trabajo.

El diseño gráfico de la NRET (Nueva Red Eléctrica de Transporte) era, objetivamente, la fase más sencilla del proyecto. Tan solo había que asegurarse de que las doscientas catorce estaciones quedaran repartidas por toda la pantalla, de forma que el plano resultara lo más interpretable posible.

Óliver examinó la plantilla de estaciones que tenía abierta en su tableta, integrada en la superficie de la mesa, y después alzó la mirada hacia el proyector, que era donde había diseñado el plano de la Nueva Red. Movi6 una de las herramientas de control hasta el icono que representaba la estaci6n de Postdamer Platz y dio un toque sutil al *touchpad* de la mesa. La estaci6n se desplaz6 unos mil6metros. Se recost6 en la silla y examin6 el peque6o efecto del cambio que hab6a creado mientras se masajeaba las palmas de las manos.

Mucho mejor.

Óliver hab6a estado meses pele6ndose con las dimensiones y capacidad de carga de las estaciones. Muchas noches sin dormir y fines de semana sin salir, hasta que consigui6 algo lo bastante bueno para enseñ6rselo al jefe de proyecto. O para sentirse satisfecho consigo mismo.

Mientras se enorgullec6a de su limpio trabajo con el plano, una voz conocida lo interrumpi6 desde la retaguardia.

—¿Es que no vas a tomarte un respiro ni siquiera el d6a de tu cumplea6os, chaval?

No necesit6 girarse para saber a qui6n ten6a a su espalda. No conoc6a a un ser humano que pronunciara la palabra «chaval» (en castellano, pero con acento b6varo) de un modo tan fastidioso como Sebastian Hoss.

Óliver acarici6 el *touchpad* y el proyector se fundi6 en negro.

—¡Chssss...! No tan alto, Sebastian —murmur6, mientras hac6a girar la silla. El alem6n aguardaba de pie, con las manos dentro de los bolsillos de su pantal6n ca6do y la imborrable sonrisa que siempre llevaba dibujada tras su rizosa barba vikinga. Lo m6s seguro era que tramara algo, pues rara vez se quedaba en la oficina hasta m6s tarde de la hora. Cora estaba con 6l—. No quiero que toda la compa6a se entere de que hoy cumplo veintisiete.

El barbudo espec6men gir6 sobre s6 mismo con estudiada lentitud.

—¿Sabes la hora que es? —dijo—. Aqu6 ya solo quedamos la secretaria y el *pringao* del becario, chaval. ¿Tendremos el honor de que el genio se digne acompa6arnos a tomar unas birras en su gran d6a?

Óliver sonri6 sin ganas y dirigi6 su mirada hacia Cora. No le salieron las palabras.

—Feliz cumpleaños, Óliver —dijo ella con una voz que a cualquiera le habría sonado neutra, pero que a él le pareció forzada—. Toma, esto es para ti.

El falso techo de la oficina se abrió y una luz dorada iluminó a la joven, que en ese momento estaba descubriendo la mano que tenía tras la espalda. Sujetaba un paquete engalanado con un lazo azul. Por la forma, un libro. Si Óliver se hubiera atrevido a mirar a Cora a la cara, habría detectado un tic de inquietud en la comisura de sus labios.

Ella nunca le había regalado nada.

Cuando lo desenvolvió (con cuidado de no romper el papel), notó una inyección de emoción que lo pilló desprevenido. Se trataba de la versión en castellano de *El niño del pijama de rayas*, su novela favorita. Hacía ya años que se la había olvidado en casa de mamá, en Ámbar, y no había podido regresar a por ella. Ya se había dado por vencido tras recorrer sin éxito las librerías de medio Berlín. Una vez, en mitad de un descanso frente a la máquina de café de la oficina, se lo había comentado a Cora, pero no se imaginaba que ella todavía se acordaría de aquella conversación. Al parecer, la secretaria había buscado en el medio Berlín restante.

—No sé qué decir —musitó sin levantar los ojos del libro—. Te debo una, aviso.

Un aviso sonoro fue precisamente lo que surgió de una esquina de la tableta, interrumpiendo el incómodo momento. Venía acompañado de una ventana emergente. El mensaje anunciaba que había llegado a la empresa un envío a su nombre. Al verlo, Óliver torció el gesto, aunque Cora y Sebastian no parecieron advertirlo.

—Antes de que se me olvide —comentó Sebastian—. Ya es oficial: la semana que viene van a venir esos blogueros de tu país para grabar *Exiliados*. Eres el único *spanier* de la empresa, así que no vas a poder librarte.

—Español. Se dice español. —Óliver resopló sin ganas y dejó el libro sobre la mesa—. Mierda, había olvidado lo del programa. ¿Realmente es necesario?

—Parece que sí. —Cora se retiró el mechón azul de la cara y se cruzó de brazos—. Falta concretar la hora de grabación, pero el contrato está firmado. El programa comenzará aquí y te acompañará por algunos lugares de la ciudad.

—Me lo pensaré. No prometo nada.

Se produjo un silencio extraño, que fue interrumpido por la animosa e insistente forma de hablar de Sebastian.

—Estas cosas podríamos estar discutiéndolas junto a la barra de un bar. Vamos, chaval, deja para mañana lo que sea que estés haciendo y ven con nosotros. Hoy invito yo, por ser un día especial.

—Otro día me apunto, lo prometo —sentenció Óliver, dando por concluida la conversación—. Esta tarde no estoy para fiestas.

Era consciente de que emborracharse a cervezas el día de su cumpleaños con las dos únicas personas que le agradaban en toda la ciudad, teniendo en cuenta lo duro que había trabajado los últimos meses y la espléndida tarde que hacía en el exterior, no era para nada un mal plan. También sabía que protagonizar un programa en Internet tan popular como *Exiliados* podría resultar incluso divertido. ¿Cuál era el problema? Detestaba que lo obligaran. Reaccionar como lo acababa de hacer era consecuencia de su carácter antisocial; su inseguridad hacia los demás, especialmente aquellos que más afecto le demostraban; su miedo a relacionarse. Pero también era el fruto de su gran virtud: la mente fría y cuadrículada que lo había convertido en una máquina de resolver problemas mucho mejor que la gran mayoría de seres humanos.

Había sido así desde que era niño.

Sebastian miró por encima de su hombro y observó el proyector en negro que antes reproducía el plano de estaciones.

—De la semana que viene no pasa —dijo, y sin que nadie más mediara palabra, se dieron la vuelta y dejaron a Óliver de nuevo a solas con la Nueva Red.

El cumpleaños recogió los papeles de la mesa, apagó el equipo y abandonó su puesto con cierto sentimiento de culpa.

Nada más cruzar el torno de seguridad del vestíbulo, Óliver se dirigió a la máquina de mensajería. Acercó su iris al detector óptico, y uno de los cajones de los que constaba la máquina se abrió. Recogió el envío, que no era otra cosa que un sobre de color arena del tamaño de una cuartilla, y se dirigió a la estación de metro.

Con la cabeza apoyada en la ventanilla del vagón, observaba adormilado los barrios de Berlín pasando ante sus ojos como si se tratara de un rapidísimo carrusel. Fuera, a pesar de la luminosidad del día y un cielo intensamente azul, el mundo parecía frío. Óliver pensaba en ello mientras tamborileaba sus dedos llenos de piel levantada contra el sobre que acababa de recoger. Tenía que dejar de morderse las uñas de una puñetera vez. Era una odiosa costumbre que había adoptado al poco tiempo de ingresar en la empresa.

Todo empezó cuando su madre lo convenció para que se matriculara en una facultad de un país próspero como Alemania. Allí, según decía ella, se forjaría un futuro acorde con su valía, «cosa difícil en España, donde la chusma parece reproducirse como las células en un cáncer».

Había otra razón. Mamá estaba empeñada en sacarlo de casa. Deseaba que se moldeara una vida social como hacían los demás chicos. Simplemente quería que abandonara la monotonía gris en que se había convertido su vida: cuando no estaba en clase o estudiando en su habitación, compraba un libro de diseño, o de informática, o de electrónica, y se ponía a aprender por su cuenta. Lo que más dolía a mamá era que aprovechara la menor ocasión para acercarse a la casa del Yayo y compartir su tiempo con él.

Después del *electroshock*, el Yayo se había convertido en un hombre completamente diferente. Su conducta, buena y sumisa, le había servido para abandonar el centro psiquiátrico de Ámbar en 2008, es decir, menos de dos años después de la intervención. Ahora vivía en su casa de divorciado en compañía de Ghâlib, un joven tunecino que se encargaba de los quehaceres de la casa por cuatro duros. Según lo que Óliver sabía, no era que mamá no se alegrara de que él y el Yayo siguieran manteniendo una relación estrecha, pero esa no era vida para un adolescente, sencillamente.

Él había asumido que la mejor manera de superar el miedo a salir de su zona de confort era enfrentarse a él. De modo que hizo caso a las recomendaciones de su madre y se matriculó en la TUB (Universidad Técnica de Berlín). Aunque temía la perspectiva de morirse de soledad, esperaba que esta decisión le inmunizara contra su pánico a relacionarse. No es que fuera un bicho raro, ni mucho menos. Era solo que no le gustaba mucho salir y hablar con otros seres humanos.

El cambio de aires resultó sorprendente para Óliver. Tres acontecimientos tan significativos como inesperados sucedieron desde que empezara su nueva vida berlinesa. En primer lugar, a pesar de que había supuesto que sería una etapa pasajera de su vida y, por lo tanto, no merecía la pena hacer grandes amistades, Sebastian y Cora habían calado en él más hondo que ninguna otra persona de su edad. Cora, en concreto, le pareció fascinante. No era hermosa de un modo convencional, al menos no según los estándares españoles. Su rostro nórdico, terminado en una gran frente, contrastaba con el rojo intenso que solía lucir pintado en sus finos labios y que recordaba a una mancha de sangre sobre

la nieve. Sus extravagancias, como la media melena oscura salpicada de cobalto eléctrico, inspiraban atracción, gracias en parte a una sonrisa que seducía aun cuando la timidez de ella invitaba a lo contrario; esta era una característica que se le antojaba a Óliver enigmática, casi sensual. No había muchas mujeres en su departamento, solo doce contando a las que ya hacía años que habían superado la menopausia, pero Cora era, con diferencia, la más interesante. Y había una cosa más: del orificio izquierdo de la nariz le colgaba un pendiente de aro que le hacía, en fin, fantasear.

En lo más profundo de su ser, no obstante, la detestaba. En ocasiones creía que se sentiría reconfortado si le diera bofetadas hasta borrar su belleza por completo. La ataría a un árbol y la observaría suplicar clemencia. Se acostaría con ella y en el momento del clímax, la estrangularía. Deseaba no haberla conocido nunca, y algo en su interior se retorció de ira cada vez que ella lo miraba tras sus enormes ojos claros. Eran sentimientos ficticios, en realidad, y siempre terminaba por asumir la razón de su odio hacia ella. La odiaba porque era especial, preciosa e inalcanzable; porque quería hacer el amor con ella y no lo haría nunca; porque alrededor de su delicado cuello, que parecía suplicar que lo besaran, un detestable pañuelo rosa se burlaba de él. Era el severo símbolo de castidad alemán. Cora era virgen y lo sería siempre, pues esa había sido su propia voluntad.

El segundo gran acontecimiento se produjo a los cuatro años de que Óliver se mudara a Berlín, cuando todavía no se había licenciado. El 19 de marzo de 2018, la democracia española sufrió una severa derrota. Al igual que sucediera en 2016, tras dos fracasos electorales consecutivos en los que ningún partido político consiguió la mayoría absoluta de votos, el país quedó huérfano de gobierno durante casi un año. Pero esta vez, al contrario que entonces, no llegó a alcanzarse ningún acuerdo entre los líderes políticos de distinta ideología. Los empresarios más poderosos del país, nerviosos ante la inestabilidad social, política, y sobre todo económica que se presentaba, dieron un golpe sobre la mesa y asumieron el control. Cansados de políticos sin capacidad de negociación, una asociación de ocho directivos que más tarde se conocería como El Grupo firmó el *pacto por España*. En él, prometían hacerse con el control del país hasta que terminara la crisis gubernamental en la que éste se encontraba.

Según el pacto, no había nadie más capacitado que ellos para acometer tal tarea. Aquellos insólitos hechos, recibidos positivamente por los desencantados ciudadanos, fueron denominados más tarde como El Suceso. La prensa lo vendió como un golpe de estado pacifista y necesario en el que todos, salvo los miserables políticos ávidos de poder, saldrían beneficiados.

Óliver lo contempló todo con terror desde su habitación de la residencia de estudiantes donde vivía entonces, pues sabía con certeza que su país acababa de entrar en una dictadura silenciosa. Las lágrimas se agolparon en los recovecos de su cara cuando, al día siguiente de la firma del *pacto por España*, escuchó atónito la primera gran medida del nuevo gobierno: las fronteras quedaban cerradas hasta nueva orden para todos aquellos insurgentes contra el actual régimen, por considerarlos «alborotadores» y «antipacifistas». Durante los últimos meses, su popularidad en Twitter, YouTube y otras redes sociales se había multiplicado debido a sus constantes comentarios beligerantes hacia los nuevos absolutistas que querían hacerse con el timón del país, de modo que, cuando escuchó la noticia respecto al cierre de fronteras, supo de inmediato que él figuraría en la lista de exiliados. Cinco años después del Suceso, no se habían celebrado nuevas elecciones en España, y Óliver seguía sin poder pisar el país.

El tercer acontecimiento había surgido por casualidad, hacía dos semanas, cuando Sebastian interrumpió su partida en Maximilium abriendo una sesión de chat. Su excéntrico compañero era un fanático de los juegos de rol. Esa noche, Sebastian traspasó la línea existente entre el juego y la temeridad:

—¡No te lo vas a creer! —le había dicho, eufórico, a través de la pantalla.

Óliver estaba seguro de que, de estar frente a él en ese momento, le estaría rociando con gotas de saliva que solían escapársele entre los huecos de los dientes. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, y cuando estaba muy emocionado, como ese día, o malhumorado, un mechón de su cabello se liberaba de la gomina y caía en cascada sobre su ceja, tal como el de Elvis Presley cuando rompía sus caderas sobre el escenario.

—¿Qué ocurre? Es tarde.

—¡Vengo de la mejor partida de mi vida! —explicó el germano—. La prueba consistía en hacerse pasar por miembro de la embajada china y colarse en la fiesta que daba hoy Müller, ese pez gordo del Parlamento, en el hotel Waldorf Astoria. Era tan arriesgado que, si me hubieran pillado, me habría metido en un buen lío, pero qué demonios. ¡Adivina quién ha ganado!

—Algún día vas a terminar en el calabozo. —Óliver se fijó mejor en la piel de Sebastian—. Oye, ¿qué te pasa en la cara?

—¡Maquillaje, chaval! La leche, ¿verdad?

—Muy bueno... Aclárame una cosa: ¿no te han pedido ninguna identificación?

Sebastian acercó al objetivo una tarjeta plastificada, de manera que Óliver pudo ver lo que parecía un pasaporte chino con una fotografía de su amigo *orientalizado*. Era una magnífica réplica. Al analizarlo con detalle, se le ocurrió que quizá podría sacar partido de la destreza de su amigo para el arte del disfraz y la suplantación de identidad. La idea era emocionante. Lo último que esperaba de una llamada de Sebastian a esas horas de la noche era que fuera emocionante.

Una vez madurada, la idea de disfrazarse, adoptar otras identidades y falsificar documentos le cautivó, en especial con un objetivo muy conciso en la mente: cruzar la frontera española. Pensaba en ello con más frecuencia de lo que estaba dispuesto a reconocer. Al fin y al cabo, era una persona capaz de sacrificar el amor y la cercanía de los pocos seres queridos que tenía con tal de no meterse en problemas y sobreproteger su brillante futuro.

Se había quedado adormilado contra el cristal. Abrió un solo ojo cuando el tren se detuvo y anunciaron su estación por megafonía: Friedenau. Alcanzó a abandonar el vagón por poco.

Nada más llegar a su *cueva*, se dio una ducha rápida y preparó un batido antioxidante compuesto por naranjas, kiwis, lima y limón. Se lo bebió de un trago, como si se lo hubieran recetado. Después abrió el sobre que había recibido esa tarde, cuyo contenido le costó asimilar.

Eran las siete y media de la tarde, y de haber tenido una ventana en su estudio, Óliver habría podido ver que estaba anocheciendo. Se tumbó en la cama, que seguía deshecha tal y como la había dejado esa mañana, y encendió el portátil sobre sus piernas. Activó el cronómetro y dedicó los siguientes sesenta minutos a jugar al póker online. La séptima sinfonía de Beethoven le ayudaba a concentrarse a través de los auriculares.

Una hora después, el cronómetro pitó. Óliver dejó de jugar inmediatamente y retiró de su cuenta el dinero ganado. Trescientos cincuenta y dos euros. No estaba mal. Ganaba casi siempre, pero esa noche se le había dado especialmente bien. Sin perder un segundo, abrió la aplicación de su banco y realizó una transferencia a una cuenta española por ese mismo valor.

Justo cuando el reloj marcaba las nueve en punto, se conectó al foro. Lando estaba *online*, tal y como habían quedado. Abrió el chat privado y comenzó una conversación que duró poco más de cinco minutos.

Nunca se encontraba demasiado bien consigo mismo cuando colaboraba con *ellos*. Echaría una partida en Maximilium para limpiarse por dentro y pensar en otras cosas.

Estaba a punto de adentrarse en la realidad virtual cuando una nueva imagen surgió de súbito en la pantalla de pared, mitigando la penumbra con su resplandor. La estampa de una mujer que conocía de sobra hizo que se le dibujara una sonrisa en el rostro. «Ha tardado, pero se ha acordado.»

Aceptó la videollamada dando un ligero toque a su reloj, de forma que él también apareciera en la pantalla de la llamante.

—¡Feliz cumpleaños, bichito!

—Hola, Aly.

Óliver contempló la imagen de Alyssa con veneración. A sus treinta y cinco años, ya habían empezado a salirle las primeras arrugas en torno a los ojos, y se le veían canas en la zona de la sien cuando estaba días sin teñirse, como ahora. Vestía un jersey ancho y se había cortado el pelo. Su tono de voz se había ido apagando con el tiempo. Después de todos estos años, a él se le seguía acelerando el corazón cada vez que la observaba, aunque fuera a través de una pantalla de pared.

Absorto como estaba en mirar a su vieja amiga, no reparó en que ella lo observaba con el mismo interés. ¿Cómo lo vería ella? Seguramente como un bicho raro, empedregado y ojeroso. Con los pómulos marcados y el cabello enmarañado por culpa de los gorros de lana. Un pulso tembloroso a causa de la ansiedad y el insomnio que le hacía temer parecerse al Yayo; o peor, a Charly Rubial. ¿Estaría ella viendo todo eso?

—Qué mal te han sentado los veintisiete. ¡Tienes una cara horrible!

—Hum... ¿Horrible del tipo Steve Buscemi en *Reservoir Dogs*?

—No, más rollo Christian Bale en *El Maquinista*.

—¡Qué horror! A propósito, ¿eso de tu nariz es un grano nuevo? —contraatacó él con una seriedad demasiado fingida como para resultar creíble.

Alyssa sonrió con la boca, pero sus ojos tenían ganas de llorar.

—¿Sabes algo de Jaime? —quiso saber Óliver con un tono más confidente. Había detectado en ella la necesidad de desahogarse con alguien.

—Nada nuevo.

Bajando la voz, Óliver insistió:

—¿Sigue... desaparecido?

—Así es. Nadie consigue encontrarlo. —Por la expresión de su cara, a Óliver le dio la sensación de que había algo más—. Estoy empezando a tirar la toalla, ¿sabes?

Ahora que su amiga se estaba derrumbando frente a él, Óliver sintió unas ganas insoportables de atravesar la pantalla y abrazarla. De confesarle que llevaba tiempo colaborando en secreto con una organización peligrosa para encontrar a su marido.

—Todo irá bien —dijo, aunque hasta a sí mismo le resultaron vacuas sus palabras.

Alyssa se secó una lágrima del pómulo y formuló su siguiente pregunta con dificultad.

—¿Crees que estará muerto?

—Ni lo pienses.

Óliver se había puesto en pie casi sin darse cuenta, y se encontraba tan cerca de la pantalla que por un instante tuvo la sensación de apreciar el olor a vainilla de su perfume. No existía en el estudio nada más que él y la representación de su antigua canguro.

—Todo empezó a irse a la mierda tras el Suceso, Oli.

—Lo sé. A mí me lo vas a decir.

—Ojalá estuvieras aquí —dijo con una fragilidad en la voz que a Óliver le era del todo desconocida.

—Algún día iré, te lo prometo. Todavía no sé cómo, pero encontraré la manera.

Ella sonrió sin convencimiento.

—¿Qué tal está mi hermana? —quiso saber él, en quien irrumpía una enorme responsabilidad cuando se trataba de ella.

—No te preocupes, está a buen recaudo.
—Asegúrate de que se toma las pastillas, ¿de acuerdo?
—Que sí, pesado.

—Y a ver cuándo te mudas a una casa más grande. ¿Qué diablos hiciste con el dinero de la herencia de Charly? —Hizo la pregunta mientras buscaba algo tras la figura de Alyssa. Sabía que en algún rincón guardaba el cofre de Mike Lennard que ella misma rescató en Oxford cuando él tenía diez años. Diecisiete años después, nadie había sido capaz de abrirlo.

—No me fastidies, tío, eso sí que no ha tenido gracia. ¡Si no hubieras perdido la maldita llave!

Óliver estuvo tentado de recordarle que el cofre no era más que una caja musical hecha de madera, que cualquiera podría abrirlo con un martillo, o alguna que otra herramienta contundente. Desistió. Ya se lo había mencionado muchas veces en el pasado, y en todas había recibido la misma respuesta. Ese cofre pertenecía a Charly Rubial, y Alyssa sabía mejor que nadie cómo funcionaba la mente de ese. En su testamento, Charly había asegurado que el cofre contenía toda su herencia, la cual repartirían entre Alyssa y mamá. Pero Alyssa no terminaba de fiarse. Por lo que a ella respectaba, la caja podría contener una última venganza. Una bomba que se activaría al intentar abrirla con violencia, o cualquier otra idea horrible. Alyssa se había mantenido firme todos estos años: nadie iba a abrir el cofre de Charly Rubial por la fuerza.

Los dos se quedaron sin palabras durante unos segundos. De pronto, como si todo lo hablado hasta ese momento careciera en realidad de importancia, Alyssa cambió su tono de voz y formuló la pregunta que él había estado esperando.

—¿Te ha llegado el sobre?
—Sí. Como de costumbre.
—¿De qué se trata este año?
—No te lo vas a creer.

Dejó que la imagen respondiera por sí misma. Cogió aquello que contenía el sobre que había recogido en mensajería, y lo elevó hasta que la parte frontal estuvo situada frente a la pantalla. Óliver vio cómo el gesto de Alyssa cambió en cuestión de décimas de segundo.

—Es desesperante —dijo él, por acompañar el bombazo.
—¡Joder! ¡Es la llave! ¡La llave que te robaron!
Óliver sonrió. Era una sonrisa de desesperanza.
—Que *nos* robaron.

Alyssa alargó el brazo hacia la cámara como si pudiera atravesarla y materializarse en el dormitorio de Óliver.

—Esta vez se ve una mano sujetando el objeto —dijo.
—Lo sé.

Ella achinó los ojos mientras analizaba lo que estaba viendo.
—Parece una mano pequeña y de piel suave, como la de un niño.
—Y bastante bronceada.
—¿Tienes idea de a quién puede pertenecer? Me da escalofríos.
—Es imposible saberlo.

Permanecieron callados durante un buen rato, pues en realidad había poco más que decir. Alyssa se reclinó en su silla y encendió un cigarrillo, que se fumó en pocos minutos. Cuando lo terminó, encendió un segundo.

Óliver dio un paso hacia su escritorio y abrió un cajón. En su interior había amontonadas cuatro fotografías impresas en colores apagados.

La imagen de la llave sostenida en el aire por la mano de un niño de piel morena no era más que la quinta broma de una serie que había comenzado el 20 de septiembre de 2018. Desde entonces, el día de su cumpleaños había venido acompañado de un sobre proveniente de la mensajería de correo. La fotografía variaba cada año, pero siempre tenía el formato estándar de las antiguas Polaroid; no demasiado grande.

El primer regalo le había llegado a Óliver como una bofetada en la cara. La fotografía presentaba una palabra de seis letras cincelada toscamente sobre una superficie de madera que recordaba al parqué usado de una vivienda vieja. Las dos vocales y cuatro consonantes conformaban un nombre que muy pocos asociaban a él: JASPER. En el interior del sobre, un dispositivo de almacenamiento del tamaño de un botón acompañaba a la fotografía. Cuando Óliver lo conectó al ordenador para comprobar su contenido, se encontró con un único fichero. Un simple y decepcionante documento de texto cuyas únicas palabras decían: **FELIZ CUMPLEAÑOS.**

Al año siguiente recibió la instantánea de un objeto bastante singular: colgado de una pared pintada en verde botella, un calendario de papel ocupaba casi la totalidad de la foto. Era del año 2023, y el mes en que estaba dispuesto era septiembre (en castellano). El sábado 23 había sido marcado en rojo. Tres días después de su veintisiete cumpleaños, o lo que era decir lo mismo, ese sábado.

Ese año no encontró ningún dispositivo dentro del sobre, y tampoco en ninguno de los años posteriores.

Después de la recepción de la segunda imagen, cuando el misterio había pasado a ser una broma sin ninguna gracia, Óliver se había tomado la molestia de realizar un análisis dactilar a cada regalo. Fue así como supo que el remitente había usado guantes para manipular las fotografías.

Si la segunda Polaroid fijaba una fecha, la tercera estableció una hora. ¿Una hora para qué? La toma encuadraba un despertador digital posado sobre una bonita mesilla de coleccionista. Eran dos elementos que no combinaban, y aunque por separado no sugerían nada, en conjunto inspiraban inquietud. Los dígitos, de color verde alienígena, marcaban las 20:23.

El cuarto año, es decir, el año pasado, el bromista misterioso cambió de patrón. Esta vez no se trató de nada que fijara un momento en el tiempo. En lugar de eso, le obsequió con la imagen de un teléfono fijo. Era de los de principios de milenio: blanco, con numeración digital, y capacitado para grabar mensajes de voz y guardar la agenda. Se mostraba apoyado en una superficie lisa que Óliver no fue capaz de identificar. Y guardaba una peculiaridad: estaba destrozado, como si hubiese sido golpeado con un martillo. Óliver había sentido un escalofrío al reconocer el teléfono que habían tenido en casa papá y mamá. Aquel que intercambió como parte del plan para esconderles la enfermedad de papá.

Los sobres venían sin remitente, y el sello de correos variaba cada año. En definitiva, no había manera de conocer quién y por qué le estaba enviando esas fotografías el día de su cumpleaños.

Tras despedirse de Alyssa, Óliver se quedó de pie, contemplando la imagen de la llave durante un largo rato. Cilíndrica, vieja, oxidada y con forma de cruz. Desprovista de valor para cualquiera, menos para dos personas.

Ahora, diecisiete años después, sabía con certeza que alguien la tenía en su poder.

Por primera vez desde que recibiera el primer regalo, ocurrió algo diferente. Inesperadamente, Óliver rompió a reír. De todas las bromas macabras que alguien podía gastarle el día de su cumpleaños, la llave cilíndrica era la más rebuscada de todas.

El monitor de trece pulgadas del MacBook se tiñó de negro al mismo tiempo que Óliver apagaba las luces de su estudio. Hasta ese momento, había reproducido con una aceptable resolución todo lo que había captado la pantalla del ordenador del joven emigrante: el primer plano de su rostro imperturbable mientras llevaba a cabo una fructífera partida de póker, una interesante conversación con Alyssa Grifero en la que habían dialogado sobre ciertos asuntos importantes (por supuesto, el MacBook también reproducía el audio en tiempo real), y el súbito ataque de angustia que acababa de experimentar al procurar analizar el motivo escondido tras la fotografía de la enigmática llave.

—Se está volviendo loco —dijo aquel que estaba manipulando el ordenador.

—Lo soportará —respondió otro hombre, algo más alejado pero proveniente de la misma estancia, y que parecía tener cierta ascendencia sobre el otro.

—Y ahora, ¿qué?

—Este ha sido el último regalo. Ya solo queda que muerda el anzuelo y acuda a mí.

—El chico es demasiado inteligente. ¿Lo morderá?

—No me cabe la menor duda.

Miércoles. 21:00.

En línea: Lando Calrissian; Jasper.

JASPER: Hola, Lando.

LANDO CALRISSIAN: Hola.

J: Tengo información que quizá os interese.

LC: ¿A quiénes te refieres?

J: A ti y a los miembros activos de la tribu. Los que actuáis.

LC: OK. Tú dirás.

J: He oído que alguien ha fotografiado a ciertos miembros del Grupo.

LC: ¿Qué muestran esas fotos exactamente?

J: No lo sé, pero por lo que dicen, podría ser un bombazo de los gordos.

LC: ¿Piensa hundirlos?

J: No, no es de la tribu. Creo que solo quiere forrarse.

LC: ¿Sabes quién es?

J: De oídas.

LC: ¿Su nombre?

J: Roberto Mancuso. Es una especie de paparazzi freelance.

Buzz Lightyear se ha unido a la conversación.

LC: ¿Chantaje?

J: Eso parece.

BUZZ LIGHTYEAR: Jasper.

J: Hola, Buzz.

BL: Mañana seguiré peinando la sierra de Ámbar.

J: OK. ¿Alguna novedad?

BL: Voy a rastrear la zona de la que me habló Neil.

LC: ¿Qué zona?

BL: Shapiro es propietario de una parcela en la sierra. Iré con mi perro a primera hora.

LC: Bien pensado.

J: Gracias, Buzz. Estamos en contacto.

BL: Sí. Adiós.

LC: Adiós.

Buzz Lightyear ha abandonado la conversación.

Lando Calrissian ha abandonado la conversación.

Jasper ha abandonado la conversación.

Capítulo 2

La alianza brilló cuando el jefe de policía Marcos Tena levantó la mano para aflojarse el cuello de la camisa. Observó su reflejo en el cristal del portal: una figura delgada y atlética, con nariz redondeada y bolsas en los ojos. Deseándose suerte —una estúpida manía—, entró en el edificio detrás de Lucas, que se le había adelantado.

Según le había informado el comisario Mayoral, la Guardia Civil había encontrado el cadáver en lastimosas condiciones. Juraban no haber tocado nada en la escena, de modo que ninguna posible prueba había sido alterada. Esto a Tena le resultó sorprendente; los Civiles de la zona no estaban acostumbrados a lidiar con crímenes de semejantes características, y por lo tanto, habría sido más que comprensible que hubieran ensuciado todo con sus manazas. Ámbar era una villa tranquila, de las pocas que habían sido capaces de mantenerse un poco al margen del maldito Suceso, y donde ningún crimen extraordinario se había cometido desde...

A Tena se le formó un nudo en la garganta. Acababa de tomar consciencia de que ya hacía diecisiete años de aquellas semanas de pesadilla. El caso de Charly Rubial y la búsqueda de Alyssa Grifero le habían pillado muy joven. Recordaba estar todavía con contrato en prácticas cuando fue condecorado por salvar a la doctora Sara Mora de morir en el fondo de aquel pozo, en Oxford. Fueron unos días traumáticos que le sirvieron para formarse un nombre dentro del cuerpo.

Se alegraba de que Mayoral hubiera confiado en él para llevar el caso de hoy. Para este primer reconocimiento, se había llevado consigo a Lucas y a Gabi. Lucas tenía treinta y ocho años, cuatro menos que él, y lo conocía profesionalmente por haberle tenido bajo sus órdenes durante el último año y medio. Gabi, por otro lado, era nueva en el cuerpo. Solo su marido la llamaba por su nombre completo: Gabriela. Era una chica reservada y, por lo que había podido investigar, un cerebritito. Cuando Tena preguntó por su expediente académico, la respuesta que obtuvo fue de lo más insólita: la policía había sido la número uno respondiendo preguntas de derecho, biología, química e informática. Las pruebas físicas, por el contrario, casi hicieron que suspendiera la oposición. Su edad debía de rondar los treinta, aunque Tena no recordaba la cifra que decía el expediente.

La víctima se llamaba Teodoro Simón, y el hedor que atufaba nada más entrar por la puerta de su piso proporcionó el primer dato sobre él: no era amigo de la higiene personal. Una mezcla de olores a cerrado, sudor y quemado, a los que se sumó el que caracteriza a la carne en descomposición, provocó un primer reflujo en Tena.

El aspecto de la habitación donde se encontraba el cuerpo era desconcertante. Ignorando la fetidez que flotaba en el aire, no había nada que llamara la atención, a excepción de una vieja tabla de planchar extendida en una esquina, y un sándwich sin terminar sobre la mesa del ordenador. Ni siquiera el propio cadáver, que se había mantenido sentado sobre su butaca y de espaldas a la puerta desde donde Tena observaba, se antojaba sospechoso.

Cuando se acercaron para examinar los detalles, empezaron a entrever la dificultad que iba a entrañar el caso. El color de piel de la víctima era amarillento, cerúleo. El olor a chamusquina provenía del pecho. Cuando Tena levantó la camiseta ayudándose de un bolígrafo, una horripilante imagen apareció ante él. En el espacio que iba desde el grasiento ombligo de Teodoro hasta su diafragma, alguien había marcado un triángulo isósceles perfecto. La carne comprendida en el interior del triángulo había sido abrasada hasta alcanzar aproximadamente una uña de grosor, y en torno a ella, el sistema sanguíneo se dibujaba en la piel como un delicado tatuaje. El torso del hombre era ahora una amalgama de piel, carne y grasa apestosa y ennegrecida.

Sin bajar el bolígrafo que mantenía visible el desolador espectáculo, Tena levantó la mirada. Lucas prestaba atención junto a la ventana, sosteniendo en sus brazos un gato negro al que, a juzgar por su calmado ronroneo, poco importaba la muerte de su amo. Al otro lado de la habitación, Gabi se esforzaba por no vomitar.

—La forma de una plancha —dijo Lucas sin dejar de acariciar al felino, posiblemente para aplacar su propia inquietud.

Tena asintió. Liberó la camiseta del fallecido y seguidamente giró el cuello hacia la pantalla que ocupaba el centro del escritorio. Con delicadeza, despegó las tiras de adhesivo que sostenían las esquinas superiores de un papel de cuaderno que encontró pegado a la pantalla. Los tres compañeros se arrejuntaron para observar los tres trazos dibujados a rotulador en el papel: uno horizontal, seguido de otro vertical (este segundo unos milímetros más largo), y por último, una línea ascendente en diagonal que se inclinaba hacia la derecha.

¿Qué podía significar? ¿Era un código que pertenecía a la víctima, o se trataba de un mensaje que había dejado el asesino? Hasta ese momento, Tena nunca se había topado con un asesino que dejara migas de pan después de sus actuaciones. Se imaginaba que eran situaciones que solo se daban en las películas y libros de suspense. Y como aficionado a las novelas de Agatha Christie, tenía claro lo que significaban las migas de pan: el asesino quería jugar con ellos.

Miró por la ventana para contemplar el mar. Desde allí se veía inmenso, sobrecogedor. Una vasta extensión de ondulante agua azul bajo los tenues rayos del sol que se hacían hueco entre las nubes grises.

El trío de policías encontró una mesa libre en una taberna de la misma calle de la casa de Teodoro Simón, de esas con aire típico irlandés que a Tena tanto le gustaban y que cada vez eran más difíciles de encontrar. La cocina desprendía un olor a carne a la brasa. En la pared del fondo, un panel de proyectores que ocupaba todo el ancho del establecimiento estaba emitiendo imágenes en bucle. Los mismos enormes rostros una y otra vez. Hombres en edad adulta, serios y con facciones endurecidas. Philippe, Enrich, Florín, Chang... Los tipos más poderosos del país parecían observar sin tregua a la clientela, a pesar de la nula atención que ésta prestaba a la descarada propaganda.

Esperaron a que el camarero les sirviese tres jarras de medio litro de cerveza, y cuando se encontraron al abrigo de oídos indiscretos, Tena comenzó a hablar:

—Teodoro Simón —dijo, dejando claro cuál iba a ser el tema de conversación—. ¿Alguno de vosotros había oído hablar de él?

—No me suena —respondió Gabi.

Lucas negó con la cabeza.

—Investigaré sobre él, todo esto parece un ajuste de cuentas —se ofreció la más joven.

Tena asintió pensativo. Luego dio un largo sorbo que manchó de espuma su labio superior.

—Sí, hazlo, por favor. —Se pasó el dorso de la mano por la zona húmeda—. Apuesto a que guarda más de un trapo sucio. A nadie le planchan el cuerpo por nada.

—Eso está hecho.

Lucas se llevó una patata frita a la boca y expuso su opinión mientras la masticaba.

—Curioso lo del gato.

Tena parpadeó.

—¿Qué pasa con el gato?

—Había restos de comida para gato por toda la casa, y el comedero apestaba a pescado.

—Ya. ¿Y qué? —preguntó el jefe.

Lucas se permitió una larga y lenta sonrisa desprovista de gracia. Una de las cosas que más odiaba Tena de él era su afición por impregnar sus teorías con ese aire de misticismo.

—Nadie da de comer a su mascota arrojando la comida por el suelo del pasillo. A no ser que sea la típica vieja chiflada, claro. Y tampoco desperdicia pescado cuando ha comprado pienso específico para gatos.

Mientras Lucas hablaba, Gabi observaba a su nuevo compañero con un tenue brillo de aprobación en los ojos. Un gesto humilde que a Tena se le antojó encantador.

—Me juego un cojón a que esa comida fue dejada ahí por el asesino, a propósito, para distraer al animal. Eso demostraría que...

Tena terminó la frase por él:

—Que conocía a la víctima lo suficiente como para saber que tenía un gato de mascota.

—¡Bingo! —Lucas acompañó la expresión con un golpe seco contra la mesa.

El jefe de policía apuntó la hipótesis en su tableta. Cuando terminó, pasó a elaborar un plan de investigación.

—Los científicos aún tardarán unos días en obtener los resultados de las pruebas de ADN y las huellas encontradas en la casa. También se han llevado la plancha como prueba principal del delito, así como el papel con el símbolo. Por nuestra parte, comenzaremos por investigar el círculo social más cercano a Teodoro, e iremos abriendo ese círculo progresivamente. Para mañana a primera hora quiero nombres y direcciones. —Hizo una pausa para humedecerse la boca con cerveza y continuó dando órdenes—. Ya sabéis: madre, padre, hermanos, novia, amigos, trabajo... Por su aspecto y las condiciones en que vivía, me temo que estamos ante un ermitaño con escasa vida social, pero hasta el más solitario se relaciona mínimamente con alguien.

Ambos policías escucharon atentos, y cuando Tena terminó, asintieron a la vez. Durante el breve silencio que se produjo después, Lucas miró de reojo a Gabi, como si estuvieran pensando en lo mismo.

—¿Y el mensaje? —preguntó Lucas al final.

—Como he dicho, se han llevado el papel para analizarlo. Antes de eso, lo he fotografiado para imprimirlo, por si se me ocurre algo. Sin duda es inquietante, no lo niego, pero hasta que no sepamos más sobre Simón, no tiene sentido que nos volvamos demasiado locos con el mensaje. ¿Alguien me presta un cigarrillo?

Lucas le tendió el paquete que llevaba en la chaqueta.

—¿No lo estabas dejando?

Tena dibujó un gesto con la mano.

—Es imposible, me doy por vencido —dijo, y escogió un pitillo del arrugado paquete. La conversación fue interrumpida por el tintineo de una campana proveniente de la barra.

—¡Ley Saludable, caballeros! —anunció el camarero a voz en grito—. ¡Cerramos en diez minutos! ¡Ley Saludable!

Lucas hizo un chasquido con la boca y se bebió de un solo trago lo que le quedaba de cerveza.

—Maldito Suceso —dijo Gabi mientras se ponía en pie para pagar la ronda—. Antes al menos se podía beber a gusto. Si el ejército hubiera puesto freno a esos ladrones en su momento, ahora no estaríamos en esta situación.

—No. Malditos empresarios —gruñó Lucas—. Son esos cabrones los que tienen la culpa de todo. Punto.

Cuando se dio la vuelta para ponerse el abrigo, la falda de éste empujó una de las jarras, que se estrelló contra el suelo de madera fragmentándose en diminutos cristales afilados.

Si Tena hubiera sido una persona supersticiosa, habría dicho que aquella jarra hecha añicos era una señal de toda la devastación que se avecinaba.

El jefe de policía fue el último en abandonar el bar. Por alguna estúpida razón, le seguía incomodando que su equipo le viera cojear, así que, cuando se aseguró de que Gabi y Lucas ya estaban camino de sus respectivos vehículos, dejó la mesa y bajó lentamente las cuatro escaleras que daban a la salida. Cada peldaño le ocasionó un punzante dolor en el tobillo que le hizo torcer el gesto. Aunque dentro del local hacía una temperatura agradable, el incómodo viento y la humedad que habían azotado la costa en las últimas semanas no le estaban ayudando con su cojera. Levantó el cuello de la gabardina, se enfundó los guantes de piel, pateó el suelo con la pierna débil como si la estuviera preparando para la caminata, y salió al exterior.

Arrebuñado en la gabardina mientras se dirigía hacia el coche, repasó mentalmente todos los elementos importantes del asesinato, pero enseguida agitó la cabeza como si con ello quisiera borrar todo eso de su cabeza.

Un calor agradable lo abrigó nada más entrar en el Lexus.

Un cuarto de hora más tarde, todavía seguía ahí, con el vehículo parado, observando cómo las ramas de los árboles resistían el vendaval. No había fumado desde primera hora de la mañana. Tenía un paquete de cigarrillos vacío en el bolsillo interior de la gabardina, y el pitillo que le había pasado Lucas, sujeto entre la parte superior de la oreja y la canosa sien. Lo guardó en la cartera y puso el vehículo en marcha. En casa lo esperaba Emma, y ella lo necesitaba más que nadie en el mundo.

Capítulo 3

Viernes 22 de septiembre de 2023

El número de mamones que podía aguantar en un día estaba llegando a su límite.

—No puedo cambiarle los tomates por otros si no me trae el *tique* de compra, señor.

La voz de Alyssa era serena y firme, a pesar de lo mucho que le aburría su actual trabajo y de que siempre tenía los nervios a flor de piel. Desde su posición tras la caja del supermercado, despachaba a un nuevo cliente insatisfecho mientras intentaba controlar su deseo de mandarle a la mierda.

—Estos tomates están demasiado maduros, ¿no lo ve? —El mamón de turno, a quien no parecía afectarle la cola que se estaba formando tras él, sacó medio tomate de la bolsa y se lo mostró—. ¿Usted se comería esto?

—Si me apeteciera un tomate maduro, definitivamente sí. Mire, señor, este tomate está en perfecto estado. Si los quería más verdes, debió cogerlos así cuando vino a por ellos. Y si guardaba la sospecha de que a lo mejor querría cambiarlos, debió conservar el *tique* de compra. Ponga una hoja de reclamaciones si le da la gana, pero, por favor, deje de hacer perder el tiempo a toda esta gente.

Los ojos de Alyssa se clavaron en los del hombre como dos cañones a punto de disparar.

—¡Siguiente!

El mamón del turno de tarde se dio la vuelta y se marchó indignado con su bolsa de tomates maduros. La caja volvió a trabajar a su velocidad normal.

¡Pip! «Ese maldito sonido.»

El pitido de la caja registradora y el monótono trabajo de cajera tenía una única cosa buena: le ayudaban a pensar en Jaime lo menos posible.

¡Pip!

Ya había pasado casi un año desde que se lo habían llevado, y su estado de nervios no había menguado. Al contrario, cada día que pasaba sin que lo encontraran, disminuía la probabilidad de que volviera a verle. Lo había buscado por todos los rincones de la comarca. Conocía a mucha gente en Ámbar, gente que sin duda estaría encantada de ayudarla, pero nadie parecía haberle visto. Tampoco la policía, cuyo esfuerzo por resolver el misterio de Jaime Vergara había sido máximo al principio, aunque con nulos resultados. Después de tres meses de investigaciones, el caso estaba poco menos que archivado, y en la actualidad, un año más tarde, apenas se hablaba de ello. Era como si el mundo hubiera aceptado que Jaime Vergara había desaparecido de la faz de la tierra.

¡Pip!

Hubo un tiempo de especial desánimo en el que Alyssa había pensado en huir de Ámbar, empezar una nueva vida. Si no lo hizo fue porque, de alguna manera, sabía que su marido seguía vivo y la necesitaba. Jamás se perdonaría si resultase muerto por no

haberse esforzado lo suficiente. Por no haberlo buscado lo suficiente. Su sitio estaba en Ámbar, al menos hasta que le encontraran, vivo o... muerto.

La parte mala era la consciencia de que cualquier insignificante brizna de hierba de ese pueblo le recordaría a él.

A los pocos meses de conocerse, tras los turbulentos acontecimientos sucedidos en Oxford y una vez conseguido el traslado de Jaime desde Madrid, se compraron una casa en la playa. La opinión social fue unánime: se estaban precipitando. Un médico aburguesado de la capital y una gatita callejera no durarían, decían. Pero diecisiete años después, aún continuaban orgullosamente casados. Ahora, añoraba la vida en común que habían construido juntos.

—Disculpe, estos artículos no son míos.

Alyssa regresó a la realidad. Estaba a punto de cobrar a un cliente la pasta de dientes de la señora que iba detrás de él.

Nada más terminar su jornada, salió del supermercado apresuradamente, montó en su Yamaha y abrió gas. Le gustaba conducir al atardecer, en dirección sur y rozando los límites de velocidad permitidos, con el faro delantero iluminando las rayas blancas de la carretera hasta convertirlas en una única línea continua. Pocas veces se sentía tan en paz con la vida como cuando forzaba su vieja moto. Se había convertido en una especie de ritual: dejar atrás la villa, atravesar el bosque, y detenerse en un semáforo después de ignorar la curva de la gasolinera, donde una vez le cambió la vida.

Se subió la cremallera de la chupa y notó el tacón de la bota sobre el caliente y vibrante tubo de escape. El semáforo cambió a verde, y la carretera crepitó bajo sus pies mientras sorteaba los pequeños baches de la autopista, grietas irregulares allí donde el asfalto se había deformado.

Enfiló la salida de la autovía y desapareció entre los viejos edificios de Torrelavega.

Ahora mantenía una velocidad prudencial, y cada vez que un semáforo la retenía, no podía evitar mirar por el espejo retrovisor, a pesar de que a esas horas la calle estaba casi desierta.

Cuando llegó a un parque infantil, se detuvo, miró una última vez por el retrovisor, y aparcó junto a un contenedor de vidrio. Se escondió en el lugar acostumbrado, detrás de un murete de menos de un metro de alto que había frente a una residencia de estudiantes, y esperó. Era en ese momento cuando solía asaltarle la duda de si estaba haciendo lo correcto, pero sabía que no tenía alternativa. Agachada en las sombras, echó un vistazo a su reloj de pulsera: eran las 21:05, y la luna, atisbada fugazmente en el reflejo de una ventana, había desaparecido tras una densa masa nubosa.

Los minutos pasaban con lentitud, y la piel de Alyssa empezaba a erizarse a causa del frío. «Estúpida, esta absurda obsesión va a costarte una neumonía.»

De repente, el tiempo se aceleró. Una luz cálida se había encendido en el vestíbulo de la residencia, y poco después, una sombra femenina fue creciendo hasta abrirse la puerta. Alyssa se agazapó un poco más a la vez que se puso en estado de alerta. Sus oscuras pupilas siguieron a Ana desde que salió del edificio hasta que cruzó el parque.

Acababa de pasar a pocos metros de ella mascando chicle exageradamente, pero no se había percatado de su presencia al estar hablando por el teléfono móvil. Cuando abandonó el parque y tomó una calle que bajaba, Alyssa se incorporó y comenzó a seguirla.

Con diecisiete años, era una belleza tristemente empeñada en parecer vulgar. Vestida de negro, con la cara llena de *piercings* y las puntas de una larga y rubia melena teñidas de fucsia, era como si le dieran puntos por ser diferente. Esa apariencia hizo que Alyssa sonriera, pues en parte la recordaba a ella misma cuando tenía su edad.

La adolescente se detuvo en el portal de una calle estrecha, donde la esperaba un chico algo mayor que ella, pero de arreglo similar. Se daba un aire al Tom Cruise de *Top Gun*. Alyssa ya los había visto juntos en otras ocasiones, y la opinión que guardaba sobre él era tajante: no le gustaba ni un pelo. El joven la saludó metiéndole la lengua hasta la campanilla, y le susurró algo al oído. Después, ambos echaron a andar dando grandes zancadas.

Alyssa, que no había perdido detalle apostada tras la esquina de la misma manzana, esperó unos segundos, y cuando consideró que estaba a una distancia prudencial, los siguió.

La pareja alcanzó una calle empedrada y llena de bares cerrados, aunque atestada de gente. El ambiente en la calle estaba cargado y olía a porro y orín. El barullo permitió a Alyssa mezclarse entre la multitud para pasar inadvertida. Aceleró el paso, no quería perder de vista a la pareja.

En una plaza pequeña que había al final de la calle, bajo el techado de un tiovivo abandonado, los dos jóvenes se unieron a un grupo de chavales de apariencia sospechosa. En total, eran cinco. Siete, contando a los recién llegados. Alyssa permaneció oculta detrás de un cartel publicitario, y sintió un escalofrío cuando uno de los muchachos extrajo una pistola del bolsillo de su chupa. Los ojos de Grifero se centraron entonces en Ana, que había sido su único interés desde el principio, detectando un incuestionable matiz de miedo en su mirada.

¿Qué estaba pasando?

Durante los siguientes minutos se sucedieron una serie de acciones de las que fue testigo una petrificada Alyssa.

Como imitando a una versión reducida de una sección militar de infantería, el grupo marchó hacia un punto concreto de una calle principal. Se detuvieron frente a un estanco cerrado. En ese momento, el clan se dividió. Dos jóvenes salieron corriendo calle abajo. Otro se había plantado estratégicamente en una esquina de la avenida, desde donde se podía avistar la llegada de cualquier vehículo a varios cientos de metros de distancia. Un muchacho pelirrojo que hacía pensar en Irlanda dobló la otra esquina, perdiéndose tras el bloque de pisos. Pero la atención de Alyssa estaba centrada en una única persona. Ana esperaba impaciente frente al estanco junto a los dos macarras que quedaban: Tom Cruise y el portador del arma.

Los dos jóvenes que habían salido corriendo primero regresaron un par de minutos después, montados en un Seat León negro que detuvieron frente al local; dejaron el motor en marcha. La llegada del vehículo significó la señal para que comenzara la acción. Cuando Ana y los dos muchachos que estaban con ella sacaron tres pasamontañas de los bolsillos y se cubrieron la cabeza con ellos, Alyssa se preparó para una tragedia. El que parecía líder de la banda levantó el brazo formando un ángulo de noventa grados con su cuerpo, y disparó tres veces consecutivas contra el cristal del escaparate, que estalló en mil pedazos.

Alyssa dejó escapar un gemido sordo que se perdió entre el aullido metálico de la alarma de seguridad.

¿En qué clase de lío se había metido esa niña?

En el interior de su coche, el agente Lucas Redondo estaba dando el primer mordisco a una hamburguesa de trescientos cincuenta gramos. La noche era fresca y calmada en el centro de Torrelavega.

La mayoría de los policías de la comisaría detestaban los trabajos nocturnos. Eran solitarios y aburridos, argumentaban. Lo que Lucas no soportaba, por el contrario, era quedarse en casa cenando cualquier basura precocinada mientras miraba la televisión sin ganas. Así que, al terminar su jornada laboral, solía conducir su Mazda por las inhóspitas calles de la ciudad, y cuando le entraba el hambre, paraba para cenar con la radio del vehículo puesta. Algunos días, como aquel, encendía el transmisor y encontraba a Sasha despierta.

—Agente Redondo al habla —dijo con los labios pegados al aparato que sostenía con la mano que no estaba ocupada con la hamburguesa—. Sasha, ¿me recibes?

—¡Le recibo, agente!

Una dulce risa se escuchó al otro lado del altavoz e inundó el interior del vehículo. Lucas recibió el entusiasmo con una sonrisa muda.

—¿Alguna novedad en la quinta planta? —dijo, forzando una voz grave que le hacía parecer más duro, puede que parecida a la de Clint Eastwood.

—Muchas novedades. La enfermera Dolores ha robado galletas de la taquilla de una de sus compañeras.

—¿De verdad? ¡Eso es delito! ¿Has podido identificar a la víctima del robo?

—Todavía no, pero tengo a Mari Carmen en el bolsillo. Creo que puede ser una buena fuente de información.

—¿Quién es Mari Carmen?

—La mujer que limpia mi habitación. Es muy agradable, pero no es capaz de guardar un secreto, la muy cotilla.

Ambos se echaron a reír. Por un momento, la atmósfera en el coche de policía se asemejó al de un día festivo en la playa.

—Oye, ¿y cómo te encuentras? —quiso saber Lucas, poniéndose un poco serio.

—Bueno, hoy mejor que ayer. Por lo menos no me ha dado ningún ataque. Y la enfermera Dolores me ha leído un par de capítulos de Harry Potter.

—¿Dolores? ¿La ladrona?

—Sí, y me ha dado una galleta también.

—¡Una galleta! ¡Serás tramposa! Sabes que ahora eres la cómplice de una delincuente, ¿verdad?

—Lo sé, pero... ¡es que están tan ricas!

El día en la playa se desvaneció de repente en el interior del vehículo, cuando un estallido lejano dio paso al sonido de una alarma.

—Te tengo que dejar, cariño. Ha pasado algo —dijo el policía mientras dejaba la hamburguesa sobre el asiento del copiloto y se chupaba los restos de salsa de los dedos.

—¿Estás en peligro? —La voz dulce se había agudizado—. Ten cuidado, papi.

—No te preocupes. Te quiero.

Nada más despedirse, Lucas guardó el transmisor y encendió la baliza de emergencia. La radio enseguida le puso en antecedentes:

Asalto a un estanco en la avenida Cantabria. Las cámaras de seguridad confirman que se trata de un robo. Sujetos armados.

Arrancó y se dirigió a toda velocidad hacia el lugar donde se habían producido los hechos.

Alyssa estaba en cuclillas, detrás de un coche estacionado en la avenida Cantabria, sin apartar la mirada del estanco. Los tres delincuentes, incluida aquella que le

preocupaba, habían atravesado el resquebrajado cristal, imposibilitando que Alyssa pudiera verlos desde su posición; tan solo se veía alguna sombra de vez en cuando.

A unos quince metros de ella, los ocupantes del Seat León esperaban dentro del vehículo, atentos para darse a la fuga en cuanto sus socios terminaran el trabajo.

El aullido de la sirena del coche de policía, que desde que naciera a lo lejos no había dejado de crecer, se había mezclado con la del propio estanco, conformando un batiburrillo insoportable. Antes de que Alyssa pudiera siquiera pensar en actuar, el vehículo ya había hecho acto de presencia. Descendía a toda velocidad desde lo alto de la avenida.

El chico que vigilaba tras la esquina puso las manos alrededor de su boca para que su grito llegara a todos los miembros del clan. «¡LA PASMA!» Inmediatamente después de dar el aviso, se adentró en los callejones y no volvió a ser visto.

Casi al mismo tiempo, Alyssa detectó con el rabillo del ojo una figura que se alejaba corriendo desde la esquina opuesta. «¿El irlandés? Otra rata que abandona el barco.»

A su vez, las ruedas del Seat León chirriaron contra el asfalto, y el coche salió escopetado en el momento en que los tres atracadores salían del local. Sus caras eran el fiel reflejo de la desesperación. «¡Malditos cobardes!»

Alyssa se puso en pie sin pensar muy bien lo que hacía y gritó con todas sus fuerzas: —¡Ana, corre!

Pero Ana no se movió, pues la voz de Alyssa era imperceptible en mitad del caos sonoro que se había generado en la zona. El coche patrulla derrapó frente al estanco y un hombre salió de su interior blandiendo una pistola. Era joven. Delgado, y aparentemente en forma. Había algo en él, puede que los movimientos violentos o la voz ronca, que la intimidaba.

—¡Contra la pared! —gruñó, y se abalanzó contra el trío con el dedo índice apoyado sobre el gatillo.

El policía estaba situado justo en la línea imaginaria que la separaba de Ana, lo que provocó que la joven, al mirar al oficial, se percatara de la presencia de Alyssa al otro lado de la carretera. Alyssa tuvo un extraño presentimiento cuando Ana se la quedó mirando a los ojos.

El cañón de la pistola apuntaba a la pierna del hombre armado. Este debió de sentir que su vida estaba siendo amenazada, pues los nervios le hicieron cometer un error fatal: en un movimiento fugaz, levantó el brazo que portaba la pistola y disparó contra el policía.

Alyssa cerró los ojos y se agachó todo lo que pudo. No vio el espectáculo de humo y fuego que los disparos habían despertado, pero sí oyó los tres estruendos.

«Tres. Dios mío...»

—¡Tú, te he dicho que contra la pared! —La voz fiera del policía resonaba con eco en el aire.

Cuando Alyssa abrió los ojos, descubrió un panorama que no esperaba: el agente había acorralado a Tom Cruise y le estaba poniendo las esposas. Junto a ellos, el líder del grupo había sido derribado, y yacía boca arriba sobre un charco de sangre. Las pupilas de Alyssa vibraban descontroladas, aterradas. Faltaba una persona. «¿Dónde te has metido?» Sus ojos la encontraron cuando se incorporó para ampliar su campo de visión. Ana estaba en la acera, algunos metros alejada del conflicto, tendida y con la cara contra el asfalto. Inmóvil.

Alyssa sintió que las rodillas le flaqueaban.

Una vez más, había fallado a Oli.

Un sentimiento de culpabilidad se le clavó en el cerebro como las dos siniestras sirenas que, con su sonido ensordecedor, parecían empeñadas en subrayar la catástrofe.

Capítulo 4

Sábado 23 de septiembre de 2023

Ya era de día cuando sonó el despertador. El piso se encontraba en absoluto silencio, como era lo habitual. Todavía recostado, miró a su izquierda, donde Emma permanecía inmóvil, que no dormida, pues tenía los ojos abiertos y fijos contra el techo; de vez en cuando, además, pestañeaba. Ese era uno de los pocos gestos que le quedaban.

Antes del accidente, verla a su lado nada más despertar era algo que le animaba, pero esa mañana se notó sin fuerzas para empezar el día. La sensación de impotencia lo abrumó sin piedad.

—Buenos días, mi amor —musitó, y se inclinó para besar a su mujer en los labios. Fue lo único que ocurrió. Era como besar un grabado en piedra.

—Buenos días, Marcos —respondió ella como un autómatas.

Detestaba que le llamara por el nombre de pila, más aún cuando, hasta el accidente, siempre se había referido a él como «cielo».

Reunió ánimos suficientes para incorporarse y arrastrarse hasta el cuarto de baño, donde tomó una ducha y se preparó para un nuevo día de trabajo. Cuando regresó al dormitorio, Emma seguía exactamente en la misma posición. Era algo a lo que se había acostumbrado en los últimos seis meses. Miró hacia la mesilla mientras se vestía. Allí estaba el viejo ejemplar de *El señor de los anillos*, en el mismo sitio donde lo había dejado. La noche anterior le había leído dos capítulos y medio antes de que a ella se le cerraran los ojos. «Supongo que esta noche tendremos que retroceder algunas páginas», pensó, algo más animado. Leer a su mujer se había convertido en el mejor momento del día.

Se sintió muy sensible de repente, decepcionado con la vida por tener que contratar a una cuidadora para que se hiciera cargo de Emma mientras él estaba trabajando. ¿Le convertía eso en un mal marido? Por supuesto que no, pero no podía evitar sentirse mal consigo mismo cada vez que la cuidadora le tomaba el relevo.

El teléfono móvil tintineó, alterando el molesto silencio. Cuando estaba sacando el terminal del bolsillo, volvió a sonar. Era un mensaje de texto de Gabi, lo que levantó su estado de ánimo: «Te he mandado un correo con un archivo adjunto. Es info interesante sobre Teodoro Simón. Estamos ante una buena pieza».

Todavía quedaban algunos minutos hasta que la cuidadora llegara, de modo que se sentó en el borde de la cama y aprovechó para adelantar trabajo. La vida (y muerte) de Simón le haría pensar en otra cosa que no fuese el bienestar de su frágil mujer. Abrió el documento adjunto y lo leyó lentamente.

Era un breve informe de dos páginas, redactado por la propia Gabi, con los detalles que había podido recopilar en un día. Se trataba de un extraordinario trabajo de investigación:

La víctima, cuyo nombre completo es Teodoro Manuel Simón Gayo, era un hombre de cuarenta y un años con estudios universitarios en periodismo. Hasta ayer, había estado ejerciendo como freelance.

La víctima vivía sola en el apartamento donde fue encontrado (sola con matices, pues en realidad tenía un gato). Su padre vive actualmente en una residencia, y su madre falleció hace ocho años de un ataque al corazón. Tampoco tenía hermanos ni hermanas. La víctima nunca estuvo casada ni se le conoce pareja.

Según la base de datos de su ordenador y el historial de navegación, la víctima era aficionada a los foros de Internet, donde se la conocía por generar intensos debates sobre política bajo el alias de «Lando Calrissian». Su opinión era muy crítica con el actual sistema de gobierno de nuestro país, al que solía calificar de «casa de putas».

La investigación en la que estaba ocupado era, bajo mi humilde punto de vista, tan descabellada como sensacionalista: descubrir el paradero de Ernesto Shapiro.

Tena, cuyo interés iba creciendo a medida que avanzaba los párrafos, levantó una ceja al leer el nombre del polémico empresario. Por lo que él sabía, Ernesto Shapiro había sido encarcelado en 2006 por el asesinato de su propio padre, el fundador de la multinacional textil. Desconocía que ya hubiera cumplido su condena (al parecer, así era), y, por supuesto, que hubiera desaparecido del mapa. Era algo que pensaba averiguar, aunque fuera por simple curiosidad.

El siguiente punto del documento hizo que le sobreviniera un ligero malestar:

En 2012, la víctima fue condenada a ocho años de cárcel por violación. Una vez puesta en libertad, hace casi dos años y siete meses en el momento en que se escriben estas líneas, no volvió a delinquir.

El primer análisis de los forenses confirma lo que ya sospechábamos: la víctima murió por un fallo cardíaco provocado por la abrasión de la plancha contra su pecho. No se han encontrado más indicios de violencia en su cuerpo ni en la vivienda. Tampoco huellas anómalas en la plancha utilizada como arma. Aparte de la nota adherida sobre la pantalla del ordenador, no había más pistas.

Justo cuando el documento llegó a su fin, el sonido metálico de un manojito de llaves hizo volver a Tena de su abstracción. La cuidadora ya estaba en casa. Se incorporó con pereza, acarició el cabello de su mujer, la besó en la frente y después abandonó la habitación con su caminar desigual.

—Aquí te espero.

Él se detuvo un segundo bajo el marco de la puerta y reanudó su marcha sin dedicarle a su mujer una última mirada. Al principio, esa forma de despedirse por parte de ella le había parecido una costumbre de muy mal gusto. Ahora sabía que no era sarcasmo, sino una manera de expresar «aquí estoy, sigo viva, y quiero que sepas que mi día va a ser una auténtica mierda».

Incluso ahora, seis meses después del accidente, el hecho de dejarla aún le partía el corazón. Saludó a la cuidadora con amabilidad y abandonó la casa con el mensaje de Gabi todavía en la mente. El sol ya brillaba unos centímetros por encima de los tejados más bajos del vecindario. Solo deseaba que el día transcurriera deprisa para regresar y leer con ella algunos capítulos más.

Cuando llegó a comisaría, Lucas y Gabi estaban sentados en torno a una de las mesitas de la zona acondicionada para el café. Los pilló hablando sobre Simón. Tena se fijó en que una aparatosa gasa cubría el pómulo de Lucas, quien además lucía unas ojeras propias de alguien que no ha dormido demasiado.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó nada más entrar al habitáculo, y se acercó a la máquina de café mientras sacaba una moneda del bolsillo.

—Una noche movidita, Boss —respondió el magullado. Al principio, Tena odiaba que se refiriera a él de esa forma, pero, con el tiempo, había aprendido a apreciar la manera que tenía Lucas de respetarlo—. Hubo un tiroteo. Casi me dejan el bolo como un donut.

Acto seguido, Lucas resumió el asalto al estanco de la otra noche, y explicó cómo se había visto obligado a disparar al líder de la banda en defensa propia.

—¿Está muerto? —quiso saber Tena, que ya se encontraba junto a la mesa, aunque prefirió quedarse de pie.

—Frito como una patata brava.

—Bueno, supongo que tendrás que declarar. Y no hables así aquí dentro, maldita sea. ¿Había testigos?

—Ni idea.

Tena hizo un chasquido con la boca.

—Pues más te vale encontrar a alguno. ¿Algún detenido?

—Dos detenidos: un mocoso de veintidós y una cría de diecisiete. Están en el calabozo, por si tienes curiosidad.

Sentía de veras curiosidad por conocer a esos dos macarras de tres al cuarto que casi le dejan sin su mejor hombre, pero tenía otras cosas más serias en qué pensar. Arrastró una silla y se sentó con sus policías.

—Además del informe que me has enviado hace un rato (por cierto, muy buen trabajo) —se dirigió a Gabi como el maestro que aplaude a su estudiante predilecta—, ¿tenéis alguna sugerencia sobre qué paso deberíamos dar ahora?

La policía, visiblemente complacida, se pasó la media melena por detrás de las orejas y comenzó a hablar como si ya se esperara la pregunta.

—Como he escrito en el informe, el tipo se pasaba el día en foros de Internet. Tenía toda la pinta de ser un friki de la informática.

Tena asintió, dando a entender que había leído el informe completo, mientras daba el último trago del café de máquina con toda su atención puesta en ella.

—Normalmente escribía para todo el foro en general. Lanzaba sus opiniones como dardos envenenados y esperaba a que la discusión prendiera. Pero no trataba a todos los foreros por igual. Había uno, cuyo divertido alias era *Buzz Lightyear*, al que se dirigía con especial frecuencia.

—¿En qué tono?

—En uno amistoso. Se podría decir que, más que dos foreros, eran un dúo en sí mismo.

—¿Cuál has dicho que era el seudónimo del otro?

—Buzz Lightyear.

—¿Cómo el de esa película de dibujos?

—Sí. Es el famoso juguete espacial de *Toy Story* —explicó ella.

Tena alzó las cejas. Cada vez comprendía menos cómo funcionaba el mundo.

—Vale, volvamos al tema: ¿tenían las mismas opiniones políticas?

—¿Buzz y Lando?

—Sí.

—Políticas y de todo tipo —respondió Gabi con seguridad—. Compartían gusto musical, seguían al mismo equipo de fútbol, y lo más sorprendente de todo: Buzz Lightyear también parece andar tras la pista de Ernesto Shapiro.

Tena se recostó sobre el respaldo. Iba a decir algo cuando Lucas se le adelantó:

—¿Has considerado el hecho de que posiblemente se trate de la misma persona con dos cuentas de usuario distintas?

Gabi lo miró con una sonrisa astuta dibujada en el rostro.

—Lo he considerado, y también comprobado: Buzz Lightyear es en realidad Eukene Goiria, de cuarenta y cinco años. Vive en Castro Urdiales, a menos de una hora de aquí.

Lucas arqueó una ceja, su habitual gesto antes de pronunciar un comentario que él consideraba ingenioso.

—¿Eukene? ¿Es un extraterrestre o qué? ¿Qué clase de nombre es ese para un hombre?

—El nombre es femenino —aclaró Tena mientras se frotaba los fatigados ojos con las yemas de los dedos—. Es vasco.

La conversación fue interrumpida por las voces de una discusión que estaba teniendo lugar en la zona de recepción. La voz más excitada provenía de una mujer, y a Tena se le antojó vagamente familiar.

—Ahora vuelvo —dijo, levantándose para ver lo que estaba sucediendo ahí fuera.

Cuando accedió a recepción y se dio de bruces con la alborotadora, se quedó sin habla. La mujer, al verlo llegar, también cesó su queja, de modo que la comisaría quedó en silencio durante unos segundos.

Estaba muy cambiada, y vestía diferente. Quizá fuera por la ausencia de maquillaje, o por el simple paso de los años, pero a él ya no le parecía la *femme fatale* de antaño. No obstante, continuaba manteniendo cierto atractivo; uno más maduro, menos carnal. De lo que no había duda era de que se trataba de ella. Tena nunca llegó a olvidar la mirada de la jovencita que lo engañó para llevarla a Oxford, la que le arrebató la pistola y consiguió escapar de él bajo la tormenta. La culpable de que ahora fuera un jodido héroe por rescatar a Sara Mora del fondo del pozo.

La maldita Alyssa Grifero había vuelto.

—¿Don Perfecto? —dijo ella, que parecía estar viendo a un fantasma.

«Odio que me llame así.»

—Volvemos a encontrarnos —dijo Tena, procurando no demostrar ningún sentimiento.

Grifero le dedicó una mirada comedida, como si la sorpresa de reencontrarse con él hubiera apaciguado su exasperación. Se encontraban frente a frente en mitad de la insulsa área de recepción de la comisaría, que en ese momento estaba vacía —a excepción del joven policía de guardia, que no perdía detalle—. Vestía unos *shorts* vaqueros y una blusa amplia de tela blanca que transparentaba ciertas zonas de su piel. No lucía reloj ni joyas. El cabello, del mismo color negro que recordaba, lo llevaba recogido en una coleta. Sus ojos oscuros estaban fijos en él.

—Recuerdo haberte visto en las noticias —dijo—. Al final salvaste a la chica de aquel pozo.

—Gracias a ti.

—Todos salimos ganando. Ahora eres un héroe.

La conversación podría haberse deteriorado a partir de ahí si Tena no hubiese mantenido la calma. Sonrió.

—Y tú conseguiste tu sangrienta venganza. Sí, supongo que todos salimos ganando.

El supuesto golpe bajo pareció pillarla desprevenida, ya que no contestó.

—¿Qué tal te ha ido? —quiso saber él.

—¿Qué?

—Ha pasado mucho tiempo desde entonces. ¿Qué tal te ha ido?

—Podría haberme ido mejor.

—¿Problemas?

—Es una larga historia y no quiero aburrirte.

Tena puso los brazos en jarra y la miró de arriba abajo.

—¿Qué haces aquí, Alyssa? —preguntó, forzando un gesto arisco con el fin de mantener el rigor en la conversación.

La temperatura parecía haber disminuido diez grados en el interior de la comisaría.

—Esta noche habéis detenido a una chica inocente y vengo a por ella.

Tena, que inmediatamente fue consciente de que se avecinaban problemas, torció el gesto y miró al policía de guardia por encima del hombro de Grifero. Éste le devolvió la mirada con un encogimiento de hombros. «Es tu marrón ahora», parecía querer decir. Apretó los dientes y la instó a hablar en el pasillo, donde encontrarían algo más de privacidad.

—De modo que vienes a por la adolescente —dijo, mientras se rascaba la sien.

—Así es. No debería estar detenida, es una niña.

—Una niña que ha estado a punto de matar a uno de mis policías —replicó, sintiéndose más molesto de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Eso es falso, y lo sabes.

Habían pasado muchos años, pero Grifero todavía guardaba esa rebeldía incontrolable que le hacía parecer capaz de conseguir lo que quisiera.

—¿Acaso eres su ángel de la guarda? —ironizó Tena.

Ella pestañeó.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No es mi intención, pero si alguien entra en mi comisaría montando un escándalo y alterando nuestra tranquilidad, me gusta conocer el motivo. Así que, dime: ¿por qué es tan importante esa chica para ti?

—Eso es irrelevante —contestó ella, que al parecer deseaba ocultar su relación con la detenida—. Mira, Marcos, ella ni siquiera portaba ningún arma. Fue ese policía quien la disparó, yo lo presencié todo. Unos centímetros hacia un lado y la bala habría...

Grifero no terminó la frase. ¿Estaba conteniendo las lágrimas? Lágrimas de cocodrilo, seguramente. No podía volver a caer en los juegos de esa chica, maldita sea. «Marcos, mantente firme, joder.»

—Esta conversación no nos está conduciendo a ninguna parte —dijo Tena, meciendo las palmas de las manos para rebajar la tensión con la que había empezado la conversación—. Comencemos de nuevo, ¿qué es lo que quieres?

Grifero ladeó la cabeza como si creyera que estaba siendo tomada por estúpida.

—Ya te lo he dicho: llevarme a la chica conmigo.

—La chica es cómplice de un intento de robo, alteración del orden y ataque a la autoridad, de modo que estará dos noches en el calabozo. Después pasará a disposición de un fiscal de menores. Me gustaría ayudarte, Alyssa. Aunque no te lo creas, llegué a cogerte cariño. Pero la ley es la ley.

—¡Dos noches! —Grifero resopló. Su mirada cristalina reflejaba un extraño cóctel de impotencia y rabia que lo estremeció—. No me lo puedo creer. Se trata de una menor, joder.

Había empezado a desfilarse de un lado a otro del pasillo.

—Las leyes y las penas se han endurecido últimamente —explicó Tena—. Ya sabes, desde El Suceso.

«¿Me estoy justificando? No tengo por qué dar explicaciones.»

—Tú no lo entiendes, tengo que darle sus pastillas. —De pronto, parecía con la urgencia de estar desactivando una bomba que está a punto de estallar.

—¿Pastillas?

—Para su hipotiroidismo. Si no toma su ración diaria de medicamentos, su vida podría correr peligro. Dios mío, ¿hace cuánto que no toma sus pastillas?

Tena cerró los ojos, como si la paciencia se encontrara mejor en la oscuridad.

—Vamos a hacer una cosa —dijo, con toda la serenidad que pudo disimular—: te dejaré ver a la chica, ahora, y una vez al día hasta que se la lleven de aquí. Además, nos traerás una receta del médico con la medicación que debe tomar, así como las dosis...

Fue interrumpido por un extraño sonido, a mitad de camino entre el alivio y el entusiasmo, salido de la boca de ella.

—No tan rápido —se apresuró Tena a terminar de dictar su decisión—. Todo esto a cambio de que testifiques ante un jurado a favor de mi agente.

Grifero parpadeó.

—¿Cómo?

—Hace un momento has dicho que fuiste testigo del tiroteo.

—Sí...

—Entonces habrás visto cómo el policía disparó al hombre en defensa propia, y, sobre todo, después de ser disparado él primero, ¿me equivoco?

Ella cruzó los brazos negando con la mirada hacia un costado.

—¿Es un chantaje?

—Es un intercambio de favores. Tú haces lo que tienes que hacer para ayudar a la policía, y yo te doy un trato de favor como amiga mía que eres. —Tena alargó el brazo hacia Grifero con la mano extendida—. ¿Hecho?

Ella observó su extremidad como si fuese un chiste.

—¿Como amiga tuya? —Se echó a reír—. Desconocía tu faceta cómica, Don Perfecto.

Pese a la irritación extrema, Tena mantuvo el brazo rígido, obligándola a darle una respuesta.

Grifero resopló con impaciencia.

—Está bien, como quieras —aceptó ella, aunque no hizo ademán de sellar el trato con un apretón de manos. En lugar de eso, se encaminó hacia el fondo del pasillo como si diera por hecho que él la iba a acompañar hacia la celda.

Tena habló a su espalda:

—Estamos condenados a ser amigos, lo quieras o no.

Una cruel carcajada resonó en las paredes. Él, perplejo, se dio la vuelta y descubrió a Lucas y Gabi asomados a la puerta. Se dirigió a su hombre de más confianza:

—Puede que me debas una —refunfuñó, antes de coger aire y darse la vuelta para acompañar a Grifero hacia la celda de su protegida.

—Es esa.

Marcos Tena señaló una celda que estaba a mitad del corredor, y se mantuvo observando desde el umbral del pasillo mientras ella se aproximaba a la celda.

Una luz blanca y tenue brillaba intermitentemente desde un plafón situado en el techo, dotando de un mínimo de luz la zona de los calabozos y provocando un irritante zumbido. En la celda que Marcos había indicado, la silueta de una mujer se escondía entre las sombras de una de las esquinas. Una ocurrencia le pasó fulminante por la mente: ¿era la misma celda en la que encerraron a Charly antes de que se suicidara, diecisiete años atrás? Agitó la cabeza para mitigar el absurdo recuerdo.

—¿Ana Morales?

La susodicha dio un paso al frente y la luz del plafón permitió a Alyssa escudriñar su rostro. Llevaba la desconfianza escrita en él. Tuvo una ocurrencia extraña: la joven había heredado la boca y la mirada de su madre, pero tenerla delante era como mirar a través de una máquina del tiempo que parecía devolverle una imagen afeminada del pequeño Oli.

—Soy una vieja amiga de tu hermano —dijo Grifero, levantando las palmas de las manos en son de paz—. ¿Podemos hablar un momento?

Se encogió de hombros. Aunque no abrió la boca, Alyssa pareció detectar un microscópico brillo en su mirada.

Estaban una frente a la otra, separadas por aproximadamente un metro de distancia y con los barrotes metálicos como única barrera física.

—Quiero que me cuentes lo que sucedió anoche.

La joven le dedicó una mirada escéptica.

—¿De verdad eres amiga de mi hermano?

Alyssa cogió aire con impaciencia, y después lo soltó en un torrente de información:

—Su nombre completo es Óliver Morales Salas, y en la actualidad vive solo en un apartamento de Berlín, aunque creció en Ámbar con vosotras hasta que se matriculó. Le fascinan la tecnología y las historias de ficción; más que el mundo real, en realidad, al cual tiene pánico (no le digas nunca que te he dicho esto último). Siente predilección por los coches, aunque no tiene carné de conducir. Es más maduro que su propia madre, a la que venera. Hace diecisiete años murió su... bueno... vuestro padre, de un tumor cerebral, tragedia que no llegó a superar del todo. Su mejor amigo era un pastor alemán gigante, llamado Aquiles. Su segundo mejor amigo es vuestro abuelo, al que solía llamar cariñosamente Yayo...

Fue interrumpida abruptamente.

—¡Vale, vale! Ya me habías convencido con lo de Berlín.

—Fui su canguro hace tiempo, Ana. —Alyssa añadió ese dato gratuitamente, y de inmediato se preguntó por qué lo había hecho. ¿Por añoranza? ¿Nostalgia, quizá?— Hace tanto tiempo que parece que fue en otra vida.

Hubo un largo silencio hasta que la adolescente habló de nuevo.

—Fue idea de Micky.

—¿Perdona?

—Lo del estanco. Siempre son las putas ideas de Micky. Y luego está Jonathan, que siempre hace lo que Micky dice.

—Y tú siempre haces lo que quiere Jonathan.

Ana la miró como si Alyssa se hubiera colado en su cabeza para saber exactamente lo que iba a decir a continuación.

—Jonathan es tu novio, ¿me equivoco?

—No es mi novio, ¿vale?

Lo había dicho de manera desafiante, pero Alyssa pudo ver que estaba aterrada y arrepentida.

—Solo follamos de vez en cuando —explicó—, pero es gilipollas.

—Entonces, ¿por qué arriesgas tu futuro por él?

Ana dudó.

—¿Sabe mi madre que estoy aquí? —cambió repentinamente de tema.

—No lo sé.

—¿Y mi hermano?

—Lo dudo mucho, aunque se lo diré pronto.

La joven rompió a llorar tan rápidamente que Alyssa se preguntó si estaba sobreactuando.

—¿Qué haces con el dinero que te envía tu hermano todas las semanas?

Ana se escudó en su propio lamento para parecer más desgraciada. Era una táctica, Alyssa era consciente de ello, pero no la culpó y dejó que hablara.

—Me lo gasto, supongo.

—¿En qué te lo gastas?

—No sé...

—Ana, ¿en qué te lo gastas? —Alyssa había elevado la voz más de lo que se había propuesto. La joven respondió entonces como un resorte.

—En cigarrillos, fiestas y esas movidas, ¡yo que sé!

Grifero decidió cambiar de estrategia.

—Eres una buena chica, Ana. Tu familia es decente y todos te quieren. Tu hermano renuncia a gran parte de su dinero para que tengas un porvenir, y no puedes despilfarrarlo así como así. Si te aferras a algo que te haga sentir bien, merecerá la pena, te lo juro. — Dio un paso hasta tocar los barrotos. Agarró con suavidad la mano de la chica—. Te voy a proponer una cosa. Dejarás de ver a Jonathan y el resto de la pandilla, e intentarás llevar una vida honesta. Tienes que entender que en un par de meses dejarás de ser menor de edad, y ya no podré hacer nada para ayudarte.

—¿Micky está muerto?

—Está muerto.

Lejos de sorprenderle, la respuesta pareció aliviarle.

—¿Vas a sacarme de aquí? —preguntó, entusiasmada. Su rostro estaba empapado, pero ninguna lágrima le salía ya de los ojos.

—Tendrás que estar dos días más encerrada, pero...

—¡No!

—¡Pero...! —Alyssa la instó, gritando más que ella, a que la dejara terminar—. Voy a ayudar a la policía en el juicio —dijo esto mientras buscaba con la mirada la confirmación de Marcos, que asintió satisfecho—, lo cual te beneficiará a la hora de juzgar tu caso.

Ana asintió, disconforme, aunque algo más calmada.

—Esto es una segunda oportunidad. Me la estoy jugando por ti, así que no me jodas, Ana.

Pudo ver gratitud reflejada en sus pupilas.

—Mañana volveré y te traeré tus pastillas para el hipotiroidismo.

Ana la observó confusa, como si le extrañara que lo supiera todo de su vida.

—Puedes considerarme tu ángel de la guarda. —¿Acababa de pronunciar las mismas palabras que había utilizado Marcos hacía unos minutos para referirse a ella? Sonrió al pensarlo—. Te he estado vigilando durante años a petición de tu hermano, así que, si me fallas a mí, le estás fallando a él.

Tras la advertencia, Ana Morales hizo ademán de protestar, pero Alyssa ya se había dado la vuelta, dando por concluido el vis a vis.

—Gracias. —Fue la única palabra que dedicó a Marcos cuando pasó por su lado. Eso, y el eco del taconeo provocado por su temperamental caminar.

Estaba a punto de abandonar la comisaría cuando el sonido de unas pisadas aceleradas se le acercó por la espalda. Era el caminar poderoso de un hombre que terminó cortándole el paso. Llevaba placa y una pistola colgaba de su cinturón. Estaba jadeando.

«Es el poli que disparó a Ana» —reconoció.

—¿Señorita Grifero? Disculpe que la aborde así. Deje que me presente: soy el agente Lucas Redondo.

—Váyase a tomar por el culo.

—¿Perdón?

Unos achinados ojos azules se la quedaron mirando, perplejos de su hostil respuesta. Físicamente hablando, el policía no tenía nada que ver con Jaime. Para empezar, sus rasgos marcados, casi cadavéricos, contrastaban con su fibrosa constitución. Ya lo había percibido la otra noche desde su posición tras el coche aparcado, y ahora lo confirmaba: todo en él era de algún modo antinatural, y era en eso en lo que más se diferenciaba con Jaime. Siempre había visto a su desaparecido marido como la normalidad

más reconfortante. Era una de las cosas que más había aprendido a apreciar de su vida en común; con Jaime nunca había sorpresas desagradables. Pero, ¿por qué se estaba empeñando en compararlos? ¿Qué tenía ese policía que le recordaba tanto al amor de su vida?

—Usted disparó a una adolescente que estaba alejándose de un tiroteo —dijo, empleando su tono más acusador.

—¡Já! —Casi escupió la breve carcajada—. Yo más bien utilizaría la palabra *huyendo* del tiroteo, señorita. Un tiroteo que, a propósito, sus colegas provocaron.

El hombre dio un paso adelante para poder mirarla desde arriba. Se sintió intimidada. Alyssa podía notar su agresividad en el temblor de los músculos de su mandíbula.

—Es... es solo una niña asustada a la que casi quitas la vida.

«Joder, Alyssa, ¿pero qué te pasa? No tartamudees.»

—En ningún momento quise matarla. ¿Crees que fallo un tiro desde tan poca distancia? Si la acierto, se me cae el puto pelo.

—¿Y qué pasa con el que sí acertaste? Está muerto.

—Ese cabrón me disparó primero —dijo, mientras se señalaba la venda de la cara con rabia. Después, como si algo le hubiera venido a la cabeza en ese instante, torció el cuello y entornó los ojos—. ¿Así que lo viste todo?

Una pregunta simple, pensó Alyssa, que trató de responder con la misma concreción.

—Sí... básicamente todo.

—¿Y qué hacías ahí a esas horas de la noche?

¿Debería explicarle a ese tipo que estaba vigilando a la hermana pequeña de su mejor amigo para asegurar su bienestar? No veía por qué no, pero, por otro lado, era una información que no había compartido ni siquiera con el propio Marcos.

—No tengo por qué contestar a eso ahora —respondió muy firme, aunque incapaz de mirarle a los ojos—. Si me preguntan en un juicio, lo explicaré gustosa.

El policía tragó saliva.

—Un juicio en el que supongo que contarás la verdad respecto a lo que sucedió anoche, ¿correcto? Espero que no me jodas.

Alyssa dibujó con esfuerzo una irónica sonrisa en su rostro.

—Claro, porque eso es lo que me gusta hacer: salvar el culo a los policías que se creen por encima del bien y del mal.

Tras la ironía, no vio cómo al agente Redondo se le enrojecía la tez de las mejillas, pues nada más hablar se giró y cruzó la puerta de salida con una sonrisa.

Había conseguido ganar la primera batalla contra ese chulo tan intrigante.

Capítulo 5

Óliver estaba tumbado en su cama, con las gafas de realidad virtual puestas y Maximilium encendido. Eran poco más de la seis de la tarde, y ese sábado se lo había pasado entero en casa. Quizá porque era el 23 de septiembre de 2023 (la fecha que especificaban las fotografías número dos y tres), o porque no tenía otra cosa mejor que hacer, el caso era que solo se sentía con ganas de jugar a ser otra persona.

El planeta Maximilium era un lugar ficticio de altísima resolución que cambiaba aleatoriamente. El procesador generaba situaciones nuevas continuamente, componiendo un mundo alternativo que uno podía explorar. Mirando a través de las gafas, se podía ser quien o lo que quisieras; desde una estrella del rock, hasta una hormiga, pasando por un mendigo, una cebra o un dinosaurio. Algunas veces era divertido. Otras veces, excitante, ya que, por supuesto, el resto de jugadores también eran libres de ser o hacer lo que quisieran, y, al igual que en la vida real, había mucho demente peligroso en Maximilium. Óliver había muerto muchas veces, pero no importaba; cuando perdías a tu personaje (ya fuera por asesinato o accidente), volvías a nacer con un personaje nuevo. ¿El objetivo del juego? El mismo que el de la vida real: sobrevivir. Conocer gente, progresar y evitar los peligros.

La figura que lo representaba ahora era un zorro adulto, con mullidas almohadillas bajo sus garras, brillante pelaje y ágiles patas.

Óliver hizo correr su figura por una enorme explanada de color verde muy intenso. Pronto pasó por debajo del elevado de una autopista. Había jugado mucho con el zorro, atacando a jugadores más débiles y huyendo de los grandes depredadores o cazadores. Pero ahora se aburría. Lo único que le motivaba para seguir jugando con ese personaje era *ella*.

Hacía semanas que había conocido a una lince de enormes ojos verdes en una celebración conmemorativa del quinto aniversario de la fundación de Maximilium. Había sido en el bosque, bajo la luz de la luna, allí donde los jugadores cazadores no se tomarían la molestia de celebrar nada. Desde esa noche, él había acudido siempre a la pradera donde ella vivía, convirtiéndose el encuentro en el mejor momento del día (incluyendo la vida real).

«No pasaré por la pradera esta vez —se dijo para sí—. Estoy haciendo el ridículo enamorándome de un personaje virtual. Es un juego estúpido, y no avanzo. Además, ella podría tratarse de cualquier persona, desde una medallista olímpica en halterofilia hasta... ¿Cora?» No podía evitar pensar en esa posibilidad, así que pasó por la zona de las jirafas y por el bosque de los castores. Evitó el coto de caza y a las avispas mordedoras; había intentado jugar con ellas, pero eran unas cabronas, siempre yendo a destruir el personaje de otro. A menudo se preguntaba qué clase de personas disfrutaban siendo avispas mordedoras.

Como siempre desde hacía unos días, se encontró escalando hacia la pradera de los lince. Allí estaba ella, esperándole. Según lo vio, se acercó a él, y cuando estaba a poca

distancia, apareció su nombre, Audrey, en letras doradas sobre su cabeza, lo que significaba que estaba escribiendo un mensaje; quería dialogar con él. A Óliver se le aceleraba el corazón cada vez que eso ocurría. Nunca habían tenido sexo virtual (era algo que se podía hacer en Maximilium), ni siquiera se habían besado. Por lo que él sabía, Audrey podía ser cualquier mujer de cualquier parte del mundo. Él había configurado Maximilium en castellano, de forma que, escribiera ella en el idioma que escribiera, a él le aparecía en pantalla en su idioma.

El alias tampoco le decía mucho: Audrey era un nombre anglosajón, pero Óliver sabía que la jugadora se lo había puesto en homenaje a Audrey Hepburn, actriz popular en el mundo entero, de modo que eso tampoco le daba ninguna pista.

Tras algunos minutos de líneas de diálogo destinadas a tantear el terreno, Óliver decidió pasar a la acción:

—Quiero que nos conozcamos —escribió.

La expresión de la lince se transformó en una bella sonrisa.

—Ya nos conocemos.

—Olvida Maximilium. Quiero que nos conozcamos en la vida real.

—Quizá más adelante. Soy feliz así, de momento.

—Yo también, pero es solo que...

—Tengo que desconectarme.

—¿Qué? ¡Espera!

—Volveremos a hablar muy pronto.

La recreación de Audrey desapareció de la pradera, lo que significaba que ella se había desconectado.

Óliver resopló desanimado y se desconectó también. Tras dejar las gafas de realidad virtual sobre la mesilla, miró el edredón. Sobre él, estaban desperdigadas las cinco Polaroid. Su mirada se detuvo en la penúltima: un teléfono de la década anterior, de color marfil, destrozado y con el auricular unido al aparato por un cable en espiral. Hubo algo en esa imagen que le mareó un poco.

Como si la sensación hubiera sido la chispa que incendiara un recuerdo rociado en gasolina, se acordó de algo que le ocurrió cuando era niño. Tenía diez años. Hacía pocos días que papá había fallecido, y el Yayo todavía no había sido enclaustrado en el centro psiquiátrico. Esa semana, Oli se había quedado a dormir con él, en su casa. Fuera reinaba la oscuridad. Mamá estaba en la casa de la playa llorando por papá, y para ello le gustaba estar sola. El Yayo permanecía en el dormitorio, balbuceando algo en sueños. Él estaba en la habitación que había sido el dormitorio de su madre cuando era joven, y Aquiles, como siempre, lo acompañaba.

En un momento dado, la tentación encontró al niño con la guardia baja. Sin saber muy bien con qué intención, conectó el teléfono fijo a la clavija y marcó muy lentamente el número personal de papá. Cuando pulsó la novena cifra, saltó el contestador automático. Lo normal habría sido que el número de papá ya no existiera, o que perteneciera a otra persona. Pero nadie se había tomado la molestia de dar de baja la línea. Cuando Oli escuchó la voz grabada de papá, deseó estar muerto. Escuchó el mensaje, con las mejillas empapadas en lágrimas, seis veces consecutivas: *«¡Hola! Si no contesto es porque estoy disfrutando de mi maravillosa vida. Por favor, inténtalo más tarde. En caso de que no sea urgente, no seas tonto y ven a contármelo en persona; te invitaré a una cerveza.»*

Esa fue la primera vez que asumió que su padre, irremediablemente, se había ido para no volver. Tras la sexta demostración de masoquismo, colgó el auricular. Después, abrió la ventana. El aire era frío y olía a sal. Tenía el teléfono en la mano, previamente desconectado. El cuerpo le temblaba. ¿De frío? ¿De rabia? Estaba de pie delante del hueco de la ventana, notando el viento gélido en la cara. Levantó el brazo que sujetaba el

teléfono y, guiado por un extraño subidón de adrenalina, lo arrojó hacia el cielo negro, dibujando un arco con el brazo como si fuera una catapulta. Junto al esfuerzo, emitió un gemido de ira. El aparato se perdió entre las hojas de los árboles, de modo que aguzó el oído. Esperó el sonido del impacto —el susurro que producen las ramas de los árboles al rozar violentamente las unas con las otras, o un ruido metálico en el chasis de un coche aparcado, o el impacto sordo de un objeto sólido contra el pavimento—, pero no oyó nada en absoluto.

El inesperado silencio le atenazó el corazón.

¿Podía un objeto de ese peso y densidad matar a una persona al impactarle en la cabeza desde esa distancia?

Durante el resto de la noche no fue capaz de dormir. Le carcomía por dentro la misma pregunta que diecisiete años después todavía se planteaba: ¿cómo había sido tan irresponsable?

Óliver miró otra vez las fotografías, y se preguntó si la instantánea del teléfono que había recibido hacía justo un año y tres días tenía algo que ver con aquello. ¿Acaso alguien conocía su secreto? Negó con la cabeza, como para sacudirse una niebla interior.

Se acurrucó en el butacón de cuero y se quedó dormido.

—¡Oli!

—¿Eh...?

—¿Estás ahí? —La voz de Alyssa, en alguna parte.

Óliver parpadeó, miró al techo adormilado y le pareció ver un par de moscas que bailaban en la superficie blanca. Un defecto visual. Parpadeó otra vez, se frotó los ojos y las moscas desaparecieron. Le dolían la cabeza y el cuello, y se notó el paladar pastoso por haber estado durmiendo con la boca abierta.

—¿Al... Aly?

Óliver pulsó algo en la esfera de su reloj y la pantalla de pared se encendió.

—¿Dónde demonios estabas? —La cara de Alyssa ocupaba la pantalla en su totalidad. Parecía preocupada.

—Mierda. —Se incorporó en el butacón y se masajeó las sienes—. Me he quedado dormido.

En ese momento, las gafas de realidad virtual emitieron un pitido agudo, el sonido típico de las notificaciones en Maximilium.

—¿Qué quieres? —preguntó, dirigiéndose a Alyssa mientras a su vez atendía la notificación.

—Ha ocurrido algo —anunció ella con la voz algo quebrada—. Algo terrible.

Óliver se inclinó hacia delante y concentró la mirada en los profundos ojos de su amiga. Sin hablar, la estaba diciendo «te escucho».

—Han detenido a Ana.

—¿Qué?

—Ha sido esta noche. Ella y su pandilla han intentado atracar un estanco y los han pillado con las manos en la masa. Lo he presenciado todo.

Estuvo a punto de cometer el error de echarle la culpa por no poder evitarlo, pero logró contenerse. ¿Su hermana detenida? «¡Joder, Ana, si eres una cría!» Centró la mirada en las gafas de realidad virtual, cuya luz amarilla estaba parpadeando. Se las llevó a los ojos sin ajustar la correa al cráneo y vio que tenía un mensaje de texto de Audrey: «*Apuesto a que no te esperabas el regalo de este año*», decían unas letras verdes sobre fondo negro, y a continuación, dos números con muchos decimales. «¿Qué está pasando?» Coordenadas. Fue lo primero que le vino a la mente.

Instintivamente, volvió a desviar la mirada hacia el edredón. Se centró en la segunda fotografía: el calendario con el 23 de septiembre de 2023 marcado en rojo.

Debajo de ella, en el montón, la tercera imagen: las 20:23.

Miró su reloj de muñeca, cuya hora coincidía con la de la foto.

«Es él. Es ahora.»

Empezó a sudar. ¿Audrey era el mensajero misterioso? Nada tenía sentido.

Como si necesitara ganar tiempo para responder a Alyssa, Óliver dividió la pantalla en dos: en la mitad de la izquierda mantuvo la videollamada con su amiga, y en la de la derecha, abrió el mapa. Insertó los dos números y la representación tridimensional del planeta Tierra comenzó a girar a mucha velocidad. Cuando la imagen se centró en el área septentrional de España, descendió en un efecto zoom muy conseguido. Como había supuesto, el último mensaje de Audrey le estaba dando unas coordenadas.

—¿Sigues ahí? —dijo Alyssa, que parecía no entender lo que ocurría en el estudio de Óliver.

—Sí, lo siento, es que estoy en estado de shock —fue lo único que acertó a responder.

La parte derecha de la pantalla se había detenido en la playa de Ámbar, aproximadamente a cincuenta metros de su casa. La imagen era tan nítida que casi podía apreciar el olor a salitre. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Quién llevaba cinco años gastándole una broma macabra que le conducía a Ámbar de nuevo? Sintió un escalofrío.

—¿Qué... qué tal está ella? —preguntó a la mitad izquierda—. ¿Has podido verla?

—Está asustada, pero no corre peligro.

—¿Se ha extrañado al verte?

—Hemos estado hablando y le he explicado algunas cosas.

—¿Qué pasa con su enfermedad?

—He acordado con la policía que podré llevarle sus pastillas a diario.

—¿A diario? ¿Cuánto tiempo la van a retener?

—Dos días, y después pasará a disposición de un fiscal de menores. Oli, esto es serio. Ana está metida en un buen lío.

Óliver desvió la mirada y la centró en un punto muerto de la sala. Necesitaba concentrarse, pensar con claridad. Se percató de que antes había dejado el portátil encendido, aunque sin el volumen activado. Se concentró en la imagen. Estaban repitiendo el último programa de *Exiliados* en Internet.

¿Una señal?

Se sentía como si le estuviesen hablando miles de personas a la vez y se viera obligado a prestar atención a todas. Era como si todas las piezas importantes de su vida se hubiesen puesto de acuerdo para desplazarse. Se le estaba empezando a formar una idea en la cabeza.

—Escúchame —dijo, atendiendo de nuevo a la pantalla—, tengo que cortar. Necesito hacer algo importante.

—¿Cortar? ¿De qué hablas?

—Hablamos en un rato, te lo prometo.

—¿Estás de coña?

—Aly —hizo una pausa para coger aire—: voy a volver a Ámbar.

La tez de su amiga palideció sobre la pared.

—Pronto tendrás noticias más.

Alyssa desapareció y la imagen de la playa ocupó la pantalla al completo. Después, Óliver, tocando de nuevo la pantallita de su reloj de muñeca, buscó a alguien en el directorio. La imagen de Cora se manifestó ahora sobre la pared, sustituyendo a la de la playa.

—¿Oli? ¿Sucede algo?

Tragó saliva. Estaba a punto de dar el paso definitivo hacia el vacío. Miró al portátil una última vez y apretó los dientes. Después habló:

—Cora, ¿el programa que quieren grabarme se emite en diferido?

—Sí, en diferido. ¿Por qué?

—Ok, prepáralo todo con los blogueros. Que sea antes del miércoles. Voy a ser el próximo protagonista de *Exiliados*.

—Tenías razón. Mordió el anzuelo.

—Te lo dije.

Se produjo un silencio en torno al MacBook, mientras éste continuaba reproduciendo el ir y venir de Óliver en su pequeño piso.

—Ahora solo falta que logre cruzar la frontera.

—Es la parte más delicada. Recemos para que lo logre.

—¿Estabas al tanto de lo de la hermana?

—No, y me preocupa.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Poco puedo hacer. Tan solo esperar a que él venga a mí.

Capítulo 6

Domingo 24 de septiembre de 2023

La mañana siguiente, cuarto día de otoño, la comarca cantábrica amaneció fría y cubierta de nubes. Esporádicas gotas de agua caían de refilón al otro lado de la ventana de la habitación del hotel.

«Esta situación es insostenible.»

Gabi apartó las sábanas de un fuerte tirón, se levantó para ponerse la ropa interior y cogió la goma del pelo que había dejado en la mesilla la noche anterior, la cual utilizó para hacerse una coleta. Después se quedó ensimismada observando los tejados de Torrelavega a través del cristal. Su estado de ánimo era un reflejo bastante fiel del tiempo que hacía fuera.

«Debo decírselo. ¿Cómo se afronta una decisión así?»

Solo pensaba en los gemelos.

«Ellos no merecen esto. Me adoran. Y yo a ellos, demonios. Son lo mejor de mi vida.»

Se giró hacia la cama y le observó dormir. Desnudo, pétreo, atlético. Perfecto.

«Es irreal. Pura atracción sexual. Un instinto de lo más primitivo. Pero eso no significa que siga amando a Javier. Es decir, lo quiero, cómo no iba a quererlo, si es mi esposo. Pero ya no lo amo. ¿Es justo vivir así? ¿Es justo para ambos?»

Él movió el codo derecho, y luego el cuello. Estaba despierto. Se la quedó mirando con los ojos entreabiertos y profirió un sutil gemido para desperezarse.

Ella respondió con una sonrisa. Y después con una caricia, y un beso de buenos días. El beso se convirtió en mordisco al aumentar la temperatura, lo que hizo que se le endurecieran los pezones.

Cuando sus cuerpos estaban en contacto, casi podía olvidar quién era ese hombre y lo que había hecho.

Mientras se besaban, Gabi miró de soslayo el reloj de la mesilla. Eran las 10:35. Los gemelos estaban en casa de su madre. Tenía tiempo de recogerlos y llevarlos a casa antes de que Javier llegara y empezara a hacer preguntas. Después ella tenía trabajo, así que no tendría que enfrentarse a él hasta la noche, y para entonces, seguramente ya estaría dormido.

Lo acarició en la parte de su cuerpo que más le gustaba, y enseguida se puso a cien por hora.

«Instinto primitivo. Sexo animal. Tengo que hablar con Javier.»

Él hizo un movimiento para situarse entre las piernas de ella. Estaban haciéndolo otra vez.

«Los gemelos...»

Cuando Marcos Tena dobló la curva y reconoció el Mazda de Lucas junto a una señal de tráfico, procedió a aparcar delante del vehículo de su compañero. Nada más bajar del coche, le recibió el sonoro zumbido del viento azotando las ramas de los árboles. Descubrió a Lucas inspeccionando el jardín de Goiria. El flequillo le bailaba en todas las direcciones a causa del vendaval. Estaba entretenido con un chupachups.

—¿Llego tarde? —Fue más un saludo que una pregunta. Todos decían de él que era de una puntualidad enfermiza.

Lucas se sacó el caramelo de la boca para hablar.

—Menos mal que has llegado, está a punto de caer una buena —dijo, mirando al cielo—. No perdamos el tiempo y conozcamos a esa tal Okene, o como narices se llame.

Tena escupió una carcajada.

—Vamos a esperar a Gabi cinco minutos. Estará a punto de llegar.

El ruido de un motor aminorando la velocidad le dio la razón. Lucas se volvió hacia el origen del sonido.

—Aquí está.

La recién llegada se apeó de su monovolumen y se unió al equipo dando una palmada intensa, como dejando claro que estaba lista para el trabajo. Tena la recibió con una sonrisa. Después, los tres atravesaron el césped en dirección a la puerta principal.

Eukene Goiria vivía en un antiguo caserón a las afueras de Castro. La imponente edificación de piedra tenía los marcos de madera de puertas y ventanas desgastados y carcomidos, lo que hacía inevitable remontarse a muchas décadas atrás para imaginar la fecha de construcción. Una vasta extensión de hierba rodeaba la parcela, extendiéndose hasta un granero abandonado, junto al cual se adivinaban los restos de lo que alguna vez había sido un huerto. El tejado tampoco gozaba de buena salud: la mayoría de las tejas estaban quebradas o ausentes. Mientras caminaban, Tena se fijó en una marca en la hierba; una huella amorfa y alargada de unos dos metros cuadrados en donde las briznas estaban aplastadas.

—¿Esa no es la blusa que llevabas ayer? —preguntó Lucas a Gabi mientras la analizaba de arriba abajo.

Hubo un minúsculo movimiento en la comisura de la boca de la aludida, pero no llegó a contestar. Se limitó a encogerse de hombros de un modo que parecía más una evasiva que una respuesta.

Algo se interpuso en el camino de Tena cuando pisaron el suelo de cemento que hacía de umbral de la casa. Se trataba de una pelota de plástico con forma de melón, uno de esos juguetes que producen un molesto pitido cuando se les ejerce presión. El jardín estaba lleno de estos objetos: muñecos de peluche, una pelota de tenis y un par de donuts de plástico.

El jefe de policía asió la aldaba y llamó hasta tres veces. Al ver que nadie acudía a abrir, retrocedió un paso y observó la entrada con perspectiva, como si el encuadre de la puerta le permitiera un mejor razonamiento.

—Insistid vosotros —ordenó—. Yo voy a comprobar si la casa tiene alguna ventana abierta a través de la cual podamos ver algo.

Pero las ventanas no solamente estaban cerradas, sino que todo intento de husmear en el interior a través de los cristales fue frustrado por opacas cortinas.

Cuando Tena llegó a la parte trasera del edificio, vio algo. A lo lejos, en el granero, le pareció distinguir una robusta cadena metálica que estaba incrustada en la pared de piedra. El otro extremo del oxidado amarre descansaba en el suelo. Decidió acercarse a echar un vistazo. Cuando estaba a medio camino, comenzaron a caer las primeras gotas.

Eran finas, como pequeños dardos atacando en horizontal. Se subió el cuello de la gabardina en su esfuerzo por burlar la molesta climatología y apuró el ritmo.

El granero no era otra cosa que un almacén muy poco cuidado. Junto a la cadena que había visto desde lejos, estaba lo que sospechaba que era la entrada. Dentro estaba oscuro. Tuvo que ajustar la vista para formarse una idea del interior. El suelo era de piedra. La poca claridad que entraba por un par de sucias claraboyas le permitió reconocer una mesa de herramientas sobre la cual había colgados todo tipo de instrumentos: sierras, martillos, brocas... y un par de escopetas. Al fondo se distinguía la silueta de un vehículo abandonado. La capa de polvo no permitía ver el modelo, pero cuando Tena se acercó y lo enfocó con la linterna de su dispositivo móvil, vio que se trataba de un cinco puertas de gama media.

El aire entraba en sus pulmones con cierta dificultad. Era como si las enfermas paredes se estrecharan muy lentamente, hasta llegar a aplastarlo. Miró de reojo el hueco por el que había entrado. A pesar de estar abierto, Tena sintió que le faltaba oxígeno. Conocía esa incómoda sensación.

Necesitaba salir de esa jaula.

De repente, un gruñido le sorprendió desde su flanco derecho.

Gggggrrrrrrr...

No era un sonido que pudiera producir una persona. Cuando giró la linterna, se topó con la mandíbula de un galgo adulto, a unos dos metros de él. Tena dio un respingo y retrocedió por instinto, asustado, aunque en ningún momento dejó de enfocar al animal, que estaba tensamente encadenado a la pared —gracias a ello, él todavía seguía con vida—. El perro rugía con desesperación. Ante la luz blanca de la linterna, sus intensos ojos brillaban sin juicio, irracionales, como los de un ciervo cegado por los farolillos de un coche. Los colmillos sarrosos refulgían amenazantes. «Aquí tenemos al perro de caza», dedujo Tena, acompañando el pensamiento de un resoplido de alivio.

Una segunda inspección le bastó para comprobar que el animal padecía sarna, además de notársele las costillas por la extrema delgadez. Y olía a mil demonios, todo el almacén lo hacía. Como vio que el galgo no tenía pensado reducir el nivel de sus amenazantes ladridos, Tena se dispuso a abandonar la escalofriante estancia. Fue iluminando el camino para evitar tropezar, lo que le permitió descubrir, bajo la mesa de herramientas, lo que parecían manchas de sangre seca. Aquello se estaba volviendo siniestro a cada segundo. Corrió renqueante hacia el exterior, y no se detuvo hasta que alcanzó a su equipo, que seguía golpeando la madera con perseverancia.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó Lucas al verle llegar sin aliento—. Cualquiera diría que has visto a un fantasma.

Tena les contó con la respiración entrecortada lo que había encontrado en el granero, pero Lucas y Gabi quisieron verlo con sus propios ojos.

Un cuarto de hora más tarde, los tres policías se habían enfrentado al galgo infecto, la sangre y todo lo decrepito que rodeaba a la construcción.

—Esto no me gusta —dijo Lucas, cuyo ceño estaba más arrugado por momentos—. Entraremos a esa casa por la fuerza.

Tena dio su aprobación. La vieja cerradura saltó por los aires cuando Lucas realizó dos disparos consecutivos con su revólver. Con un chirrido cansado, quejumbroso, la puerta se entornó unos centímetros, y el jefe de policía hizo un gesto con la cabeza indicando que a continuación entrarían en la casa.

Con cautela, trasladó la madera con el cañón de su propia arma. Algo la estaba bloqueando a mitad del recorrido. Volvió a mirar a Lucas y a Gabi como si estuviera pidiendo opinión, y después observó más allá de la rendija de la puerta: estaba oscuro, y lo

único que se oía en la lejanía era un zumbido metálico y constante. No parecía haber nadie en casa.

Empujó con más fuerza y la puerta comenzó a ceder; era como si hubiera un saco de trigo apoyado contra la madera. En cualquier caso, la apertura era lo suficientemente gruesa como para que un hombre más o menos en forma pudiera atravesarla, por lo que Tena se deslizó en el interior realizando un desplazamiento lateral.

Lo primero que hizo fue comprobar qué era aquello que estaba impidiendo que la puerta realizara el recorrido completo.

—Joder.

La palabra se le escapó de los labios, dejando una sensación desagradable entre todos.

Los otros dos se sumaron a él y compartieron su grosería.

Una mujer que rondaba los cincuenta se hallaba muerta sobre la moqueta del recibidor. A la espera de la autopsia, Eukene Goiria había sido asesinada de un disparo al corazón. La mitad derecha de su cuerpo estaba vuelta hacia el tronco en una posición antinatural, pero eso era debido al empuje de la puerta; el impacto de la bala la había dejado totalmente boca arriba.

—El caso se complica —fue lo único que acertó a decir Tena, concentrado en analizar el cadáver y las condiciones en las que vivía.

Un primer análisis visual dejaba patente que la fallecida no era una mujer que se preocupara demasiado por su aspecto. La expresión de pánico con la que había exhalado su último aliento no ayudaba, pero tampoco lo hacían sus mechones de cabello grasientos, lacios y canos. Unos ojos azules y sin vida miraban hacia el infinito, rodeados por unas patas de gallo algo exageradas para una mujer de su edad. Por las fotos que decoraban un viejo aparador que había junto a la puerta del pasillo, la mujer había gozado de una tez brillante y bronceada; una tez que se acababa de vaciar de sangre en la moqueta de su recibidor. El día de su muerte, había vestido un pantalón de chándal y una camiseta holgada con manchas de grasa. No era lo que se decía una mujer apetecible, por lo que Tena, instintivamente, relegó en sus pensamientos el móvil sexual a un segundo plano.

El zumbido que habían percibido provenía del comedor. La dueña de la casa, al morir, había dejado encendido un viejo radiador.

—¡Mirad! —Gabi estaba señalando la cara interior de la puerta principal—. ¡Han dejado otro!

Pegado con cinta adhesiva contra la madera, un papel de cuaderno de similares características al que encontraron en el monitor de Teodoro Simón había llamado la atención de la agente.

Tena acercó mucho su cara al papel, como si no creyera lo que estaba viendo. Sus ojos, horrorizados, parecían estar recorriendo un terreno peligroso. Habían dejado otro mensaje:

15

Una barra inclinada y el número cinco. ¿Qué podía significar?, se preguntó para sí mientras observaba el papel, boquiabierto. Una cosa estaba clara: el criminal que buscaban era un asesino en serie, y por alguna razón, había elegido víctimas que se conocían entre sí.

«El criminal que buscaban...»

Tena emitió un chasquido de rabia. La realidad era que no estaban buscando a nadie. La investigación apenas había comenzado, ellos no habían movido ni un solo

músculo, y ese cabrón ya se había cobrado dos víctimas. Tuvo la repentina sensación de que les llevaba kilómetros de ventaja.

Se dirigió a Gabi:

—Voy a pedirte lo mismo que el otro día: investiga sobre la vida de esta mujer. Alguien está matando a foreros traviesos y no sabemos por qué. Sea quien sea, tiene que tener un motivo.

—De acuerdo. —La policía había palidecido.

—Podemos empezar por ese granero de ahí fuera. ¿Qué clase de actividades practicaba Goiria en su interior? ¿Por qué tiene a su perro en tan malas condiciones? ¿De qué, o de quién, son esas manchas de sangre?

—Pediré un análisis de las manchas, por supuesto —confirmó ella antes de que Tena se lo ordenase.

En ese momento, el dispositivo móvil de Lucas emitió un pitido. Éste lo extrajo de su bolsillo y su rostro dibujó una mueca traviesa cuando descubrió el motivo de la notificación. Reprodujo un suspicaz «hum» procedente de la laringe, al tiempo que leía el contenido de la pantalla.

Tena lo miró con ceño.

—¿Qué pasa?

—Antes de venir, he escrito al departamento de redes sociales para que husmearan un poco en los perfiles de esta mujer. Me acaban de contestar. —Lucas levantó el brazo de manera que Tena y Gabi pudieran ver el terminal—: Eukene Goiria mantenía un blog, por lo que parece, bastante reivindicativo. La última actualización es justamente de ayer a las 20:16. Resulta que era una mujer un tanto desagradable, ¿sabéis? En fin, la publicación en cuestión dice lo siguiente (se acercó el dispositivo a la cara y leyó en voz alta):

«La puta sociedad está definitivamente enferma. El Grupo nos aseguró civismo y seguridad en las calles, pero los clanes, la mafia y los freaks están invadiendo las ciudades como si fueran una plaga de insectos.

Una plaga silenciosa e implacable.

El Grupo nos prometió un mundo ideal, pero esto se va a la mierda. ¡Hay que actuar!

Contaré aquí mi última experiencia como ejemplo latente de que lo que digo es cierto:

Hace tan solo un rato he recibido la visita de un hombre. Ha llamado a mi puerta con los nudillos, y cuando he abierto, no ha dicho nada. Se ha limitado a reír de manera irracional y sin motivo. Ahí es cuando he caído en que seguramente tenía un problema mental, así que le he dado con la puerta en las narices. ¡Que se joda el tarado! No sé qué quería, pero espero no volver a verle. Tenía un aspecto triste. Era joven, diría que a punto de cumplir los cuarenta, calvo, con piercings en las orejas y los brazos llenos de tatuajes. Amorfo como una caricatura. Auténtica escoria humana. A decir verdad, puede que esté exagerando, al fin y al cabo, ya sabéis que me gusta recordar las cosas a mi manera, no necesariamente como hayan pasado. Pero eso es lo de menos. Lo importante es que no estamos seguros. El Grupo es el culpable de toda esta mierda y tenemos que pararles los pies.»

Lucas bajó la voz y aumentó el ritmo de lectura cuando el texto pasó a tratar otros temas menos intrigantes (aunque desde un punto de vista igualmente dogmático): la crisis financiera, el reciente asesinato a balazos de la vicepresidenta de un poderoso banco, etc. Todo aderezado con inadecuadas injurias. Cuando llegó al final, Lucas elevó el tono de nuevo:

«¡Ahí está otra vez! Dios mío, el tarado ha vuelto. Acaba de aparcar su moto en mi jardín... Luego os cuento.»

Lucas, Gabi y Tena se miraron los unos a los otros en torno al móvil. Tena leyó la publicación otra vez, en silencio, antes de extraer su terminal de la chaqueta y marcar el número del comisario Mayoral.

—Tenemos a ese cabrón —dijo al aire, mientras sonaban los tonos de la llamada. Lucas y Gabi parecían entusiasmados.

El comisario no tardó en responder.

—Estamos muy cerca de pillarle, comisario —anunció Tena lo más disciplinadamente que su ansia le permitía.

—¿De quién habla, Tena?

—Del asesino en serie, el de los mensajes encriptados sobre papel de cuaderno.

Tras un breve silencio, Mayoral elevó su tono de voz:

—¿Asesino en serie? ¿Está diciendo que ha vuelto a matar?

Tena cerró los párpados preguntándose cómo podía haber sido tan estúpido de no haberle puesto al día antes de nada.

—Sí, señor. Justo ahora acabamos de encontrar un nuevo cadáver. Se trata de una mujer de mediana edad llamada Eukene Goiria. Era amiga íntima de Simón.

—Joder. ¿Y dice que lo han pillado?

—Lo haremos muy pronto.

—Explíquese.

A continuación, Tena describió al comisario el texto que Eukene había escrito en su blog justo antes de morir.

—Le pido autorización para organizar una operación de búsqueda y captura de ese hombre —dijo—. Conocemos su aspecto, que se mueve en moto y que está en la comarca.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Va a crimen diario, señor. Si no lo pillamos en menos de... (hizo un rápido cálculo mental) unas quince horas, es probable que mañana estemos hablando de un tercer crimen.

—Eso no pasará. Lanzaré inmediatamente la orden de buscarlo. Envíeme por mail ese texto donde aparece la descripción y deja esto en mis manos.

Tena alzó el dedo pulgar hacia sus dos agentes, que asintieron satisfechos.

—Gracias, señor.

—Buen trabajo, Tena —dijo el comisario. Fue su forma de despedirse.

—Gracias.

Nada más colgar, pidió a Lucas que le enviara el enlace del blog por mensajería directa. En cuanto lo tuvo, procedió a reenviárselo al comisario, tal y como le había pedido. Si había suerte con la búsqueda, mañana el caso estaría cerrado.

Aproximadamente un cuarto de hora después, una ambulancia esperaba en el jardín, preparada para llevar el cuerpo sin vida de Goiria al anatómico forense. En un visto y no visto, la parcela de la mujer se había visto invadida por un equipo de sanitarios, dos vehículos de la Guardia Civil y un juez. Llovía copiosamente cuando Tena, Lucas y Gabi abandonaron el lugar del crimen. Una vez comunicado el parte de lo que se habían encontrado al llegar, ya no había más trabajo que hacer allí.

Nada más cerrar el coche desde dentro, Marcos Tena arrancó el motor, se sacudió la gabardina mojada y subió la temperatura del climatizador. Enseguida experimentó el cálido confort de estar a cubierto. Observó la vivienda, enmarcada por el parabrisas. Era como estar en un refugio antibombas en mitad de un ataque aéreo. Los limpiaparabrisas iban y venían a máxima velocidad, arrastrando con ellos el agua que, incesantemente, caía ahora sobre el cristal. Con la mirada fija en el infinito, visualizó en su mente la imagen de la mujer abatida sobre el charco de su propia sangre. Una forma trágica de abandonar este mundo. Después pensó en el galgo sarnoso, y se sinceró consigo mismo admitiendo que, en

realidad, no sentía ninguna pena por aquella mujer. Metió primera y se alejó de ese horrible lugar.

Menos de dos horas más tarde, se encontraba mirando por la ventana de su dormitorio con una taza de café muy caliente en las manos. Se sentía como nuevo después de salir de la ducha. Desde la habitación, procedente de la cocina, se oía el repiqueteo de utensilios de cocina chocando entre sí. Le había dado permiso a la cuidadora para irse a su casa en cuanto terminara de fregar. Entonces correría las cortinas, se sentaría en la cama junto a Emma, y le leería algunos capítulos de *El señor de los anillos*. Eso terminaría de disipar las malas sensaciones experimentadas durante el día.

Dio un sorbo al café y se enredó el pelo, todavía húmedo, con la mano.

Había pegado en la ventana las fotocopias de las dos hojas de cuaderno que Hermes les había dejado en forma de mensajes. El apelativo era de cosecha propia; bautizarle le parecía la manera más práctica de aceptar que se enfrentaba a alguien de carne y hueso, y no se le había ocurrido un nombre mejor que el del dios mensajero de la mitología griega.

¿Qué les estaba queriendo decir con esos trazos irregulares? ¿Qué habían hecho Simón y Goiria para enfadarlo? Tena sabía que lo habitual en los asesinos en serie era que actuaran guiados por un instinto primitivo imposible de dominar. Solía tratarse de enfermos mentales que mataban, bien por deseo sexual, o bien por el simple placer de quitarle la vida a otro ser humano.

Pero algo le decía que en este caso era diferente. Para empezar, el *modus operandi* había sido distinto en ambos crímenes, y ninguno requería una metodología minuciosamente preparada. Esto le decía a Tena una cosa: Hermes no disfrutaba con el proceso de asesinar. Era posible que se deleitara con el fin de ver muertas a sus víctimas, pero no con el procedimiento en sí mismo. Esa hipótesis descartaría por tanto la opción del fanático del arte de matar.

Por otro lado, tomando como base una primera inspección visual básica, podía decirse que las partes íntimas de las víctimas no habían sido manipuladas.

Y luego estaban los papeles de cuaderno. Tan meditados, tan provocadores. En resumen, era como si Hermes estuviera ajustando cuentas y deseara construir un mensaje con todos los asesinatos. En ese caso, las hojas de cuaderno no eran más que piezas de puzle, lo que significaba que tenía pensado seguir matando hasta completar el rompecabezas. Pero, ¿con qué motivo?

Decidió centrarse en cosas más agradables. Mientras removía el café con la cucharilla, sus pensamientos viajaron a Gabi. La joven estaba ganando puntos a un ritmo endiablado. No solo era lista, profesional y aplicada. También se hacía agradable trabajar junto a ella. Lucas era un buen policía, e incluso podía hablar de él como un amigo, pero su lado sarcástico, en permanente tensión, lo irritaba sobremanera. Gabi, por el contrario, se había convertido en algo así como su antídoto. Pasar el día con ella era fácil, y su compañía, placentera. Además de una prometedor policía, estaba demostrando ser una fabulosa mujer.

—Van a dejar marca —habló de pronto Emma. Tena dio un respingo. Casi se había olvidado de que estaba allí.

—¿Qué?

—Esos dos papeles que has pegado en el cristal. Dejarán marca.

—Lo sé, cariño. Ahora mismo los quito.

—No me refiero al cristal. Van a dejar marca en tu corazón.

Tena expulsó un largo suspiro. Sentía que su mente funcionaba lenta, desconcentrada, inquieta. Necesitaba enfocar el asunto desde un punto de vista más concreto, centrarse en las víctimas. ¿Fueron escogidas al azar (y en ese caso sí entraría Hermes en el perfil del asesino en serie clásico), o formaban Eukene y Teodoro parte de

algo? El foro no era algo que le sirviera: cada día, millones de personas escribían en foros de Internet en España, y un gran porcentaje de ellas (entre las que se encontraban las dos víctimas) respondían al perfil de meros *trolls* que se escondían tras un teclado para descargar su frustración con el mundo. Podía ser una práctica más o menos reprochable, pero no era motivo para matar a nadie.

De modo que tenía que haber algo más.

Siendo honestos, los dos foreros eran fracasos de la sociedad; dos ermitaños que vivían en la inmundicia. Pero, ¿qué importancia podía tener eso para Hermes? Si querían pudrirse en su propia mierda, ¿qué derecho tenía él para impedirselo? Entonces, una respuesta le vino a Tena como una especie de estrella fugaz, un cabo del que quizá podían tirar en busca de respuestas.

Posó la taza en la cómoda y se secó el pelo con la toalla que llevaba colgada al cuello. Después la arrojó sobre el edredón.

Cogió el teléfono de la mesilla y marcó el número de Lucas. Descolgó al cuarto tono.

—Dime, Boss.

—Lucas, mañana estate preparado a las nueve de la mañana. Pasaré por tu casa a recogerte.

—De acuerdo. ¿Adónde me llevas, cariño?

En ese momento, el humor ácido de Lucas le sentó a Tena como un puñetazo en el estómago.

—Haremos una visita a Bobby Florín.

—¿Quién es Bobby Florín?

Tena desvió la mirada hacia el rostro de su esposa, que lo estaba observando desde la almohada. Por cómo se movían sus pupilas, Tena sabía que estaba preocupada por él.

—Es el actual director ejecutivo de Price&CO —informó.

—¿Price&CO? ¿Esa no era la empresa de...?

No dejó que terminara la frase.

—De la familia Shapiro, correcto. Quiero que nos conteste a algunas preguntas.

Domingo. 21:00.

En línea: Neil Armstrong; Jasper.

NEIL ARMSTRONG: Voy a matar a esos cabrones.

JASPER: Hola, Neil. ¿Qué te ocurre?

NA: Se la han cargado.

J: ¿Qué dices?

NA: Buzz. Ha aparecido muerta en su casa.

J: Mierda.

NA: Hijos de puta. Se había acercado demasiado a Shapiro y se la han quitado de en medio.

J: Quizá deberíais rendiros. Se está poniendo peligroso.

NA: ¡Eso nunca!

J: Neil, soy el primer interesado en encontrar a Shapiro, pero no si hay vidas en juego.

NA: No vamos a abandonar ahora.

Lando Calrissian se ha unido a la conversación.

Neil Armstrong ha abandonado la conversación.

J: Lando.

LC: ¿Ya te has enterado de la noticia?

J: Sí.

LC: La caza de Shapiro se complica.

J: Voy a volver a España.

LA: ¿Qué? ¿Cuándo?

J: Muy pronto. Es posible que necesite tu ayuda. Mantente en contacto.

Capítulo 7

Lunes 25 de septiembre de 2023

A las ocho y cincuenta y cinco de la mañana, Marcos Tena estaba llamando al timbre de casa de Lucas, que salió diez minutos tarde. Con casi un cuarto de hora de retraso, los dos detectives emprendieron el camino hacia la mansión de Bobby Florín, con la consiguiente irritación que le suponía a Tena demorar su planificación.

Cogieron el Mazda de Lucas, lo que le permitió a Tena dedicar el viaje a telefonar a Gabi, que se había quedado en comisaría recopilando información sobre Eukene Goiria. Las últimas noticias decían que la Guardia Civil de Castro se había comprometido a tener los resultados del análisis de la sangre descubierta en el granero a lo largo del día siguiente. También iban a buscar huellas anómalas en el interior de la vivienda. En cuanto a los dos «regalos» dejados por el asesino, habían sido escritos con tinta de bolígrafo convencional sobre dos hojas del mismo cuaderno: el típico que se puede comprar en cualquier papelería. Tampoco se encontraron huellas dactilares. No había nada que rascar ahí.

Una vez terminó de hablar con ella, a Tena le sobró tiempo para reflexionar acerca de cómo iba a enfocar la entrevista con el multimillonario Florín.

En la mayoría de los asesinatos, descubrir el móvil podía conducirte al culpable. Si los asesinatos eran en serie, la probabilidad de que esto ocurriera se duplicaba. Tal y como había deducido el día anterior, la única cosa a la que podían agarrarse por el momento era la obsesión que las dos víctimas sentían respecto a Ernesto Shapiro.

Pero el empresario se encontraba desaparecido desde hacía meses, y ahora, el hombre que lo había sucedido constituía la única esperanza para obtener respuestas. ¿Realmente esperaba que Florín les ayudara a encontrar a Shapiro? Eso suponiendo que el propio Florín supiera algo.

Tan ensimismado estaba que Lucas tuvo que avisarle de que ya estaban en Villa Morenti, la mansión de Florín.

—Boss.

—¿Sí, Lucas?

—Será mejor que no me dejes intervenir demasiado ahí dentro.

—¿Lo dices por algo en especial? —contestó él vagamente, como si no le hubiera sorprendido la petición.

—Sí. Odio a los hombres como Florín. Se creen los putos amos de España —argumentó Lucas, con la vista fija en el imponente arco que hacía de entrada de la mansión. Había algo extraño en su voz, como si estuviera furioso y tratara de disimularlo.

—¿Tienes miedo a perder los papeles ahí dentro?

Antes de que Lucas contestara, un agente de seguridad salió de una garita situada junto a la barrera levadiza que cerraba el paso a los vehículos, y les solicitó el motivo de la

visita. Tras mostrar sus correspondientes placas y responder a alguna que otra pregunta, la barrera se levantó y los dos policías accedieron a la parcela.

El Mazda atravesó un extenso jardín escrupulosamente cuidado, y rodeó una pequeña rotonda de adoquines, en cuyo centro se alzaba una esplendorosa fuente. Tras ella estaba la mansión de Bobby Florín, una construcción vanguardista de cristal y aluminio de aspecto muy poco confortable.

Lucas aparcó en el sitio reservado para las visitas, una explanada de hormigón situada en un lateral del edificio principal. El motor del Mazda rugió con fuerza cuando su conductor lo revolucionó antes de apagarlo.

Al salir del coche, los recibió el monótono *tac tac tac* de los aspersores, que cortaba el silencio de aquella primera hora de la mañana. Más allá de los manzanos que delimitaban la finca, el sol estaba suspendido sobre el horizonte, detrás de la bruma que le permitía ser observado como una nítida y perfecta esfera de color huevo. Subieron por la escalinata y llamaron al timbre.

Después de esperar e insistir varias veces, cuando ya estaban a punto de volverse para pedir explicaciones al tipo de seguridad, el portón se abrió.

Los párpados caídos del hombre que los recibió se contrajeron en un intento fallido de expresar entusiasmo ante la inesperada visita. Bobby Florín era un hombre corpulento y pulcro, de labios carnosos, pelo negro con entradas, y hombros caídos. Iba ataviado con una camisa de seda negra metida por dentro de un pantalón del mismo color. Olía a colonia cara. En la mano sostenía un vaso ancho medio lleno de un líquido casi incoloro (seguramente whisky), que había sido rebajado con dos hielos. A Tena le evocó a un personaje de *Los Soprano*.

—Eh, pasen, por favor, pasen —dijo, como si esa fuera la décima visita por parte de una pareja de agentes que recibía esa mañana—. Me acaban de poner al día por el telefonillo. Son policías, ¿verdad?

Retrocedió, haciendo un gesto hacia la casa con el vaso, y cerró el portón una vez Tena y Lucas accedieron al recibidor. El interior del caserón era moderno, decorado con muebles de mármol y metal que Tena no solía ver a menudo. El suelo, de baldosas negras y blancas, recordaba a un tablero de ajedrez.

—Soy el jefe de policía Marcos Tena, y este es mi compañero Lucas Redondo —dijo, señalando a Lucas.

—Bien, bien. Me gusta la policía.

Florín chasqueó los dedos y señaló un sofá de cuero blanco y un par de sillones en el centro del salón, junto a una mesita de cristal, frente a un ventanal con vistas a la extensa explanada, y, más allá, a la inmensidad del mar. Con cada gesto, era como si estuviera haciéndole un favor al mundo, y a su vez, proyectaba una imagen de poder y control absoluto sobre todo lo que sucedía a su alrededor. Se sentó en medio del sofá. Tena y Lucas ocuparon los sillones.

—Hablemos. Pero antes, es hora de tomar otra copa. Me encanta el whisky escocés. Siempre digo que un hombre que se precie debe beber whisky escocés, ¿ustedes no?

Ambos policías se encogieron de hombros.

Antes de que ninguno dijera nada, Florín dio una palmada. Casi de inmediato, una mujer joven que vestía un ceñido modelo blanco entró y se plantó frente a los tres hombres.

—Yo solo tomaré un vaso de agua —dijo Tena.

—Agua —repitió Florín, como si fuese la primera vez que escuchaba esa palabra—. ¿Y usted, agente Redondo?

—Yo paso.

El multimillonario puso cara de extrañeza y señaló con el vaso a la joven, que interpretó que quería repetir el trago. Al cabo de unos segundos, la camarera modelo regresó con el whisky y el vaso de agua. Dejó también sobre la mesa unos aperitivos de plancton y volvió a desaparecer tras la puerta.

—¿Quién es? —se atrevió a preguntar Tena.

—Adriana. —Florín pasó los brazos por detrás del sofá, como si se enorgulleciera—. Es una camarera rumana, está de prueba—. Terminó la frase con un guiño de ojo.

Tena asintió sin saber muy bien qué añadir.

Florín dio un sorbo a su recién preparado whisky y sonrió.

—Espectacular —dijo—. Pero bueno, no perdamos más tiempo. ¿En qué puedo ayudarles?

—Estamos aquí en relación a una serie de muertes que han venido ocurriendo desde anteayer —explicó Tena, y esperó algún tipo de respuesta por parte del propietario de la mansión—. No sé si se ha enterado de la muerte de Teodoro Simón.

—Oh, sí —reaccionó Florín, más afligido de lo que cabía esperar—. Lo escuché por televisión, una noticia terrible.

—Sí que lo es —Tena fijó la mirada en los ojos del hombre—. Ayer encontramos un segundo cadáver.

—Cielos... ¿de quién se trató esta vez?

—Una muj...

—¿Importa eso? —interrumpió Lucas, alzando la voz.

Bobby Florín ladeó la cabeza hacia el policía y le dedicó una mirada evaluadora. Parecía decepcionado.

—¿A qué han venido a mi casa, agentes? —preguntó, volviéndose de nuevo hacia Tena. Tenía los dedos entrelazados en torno al vaso de whisky.

—Por trabajo, señor Florín. Tenemos pruebas de que ambas víctimas estaban inmersas en una operación de búsqueda de Ernesto Shapiro, el hombre al que usted sucedió. Digamos que Ernesto no era santo de su devoción.

El multimillonario aguantó la mirada del jefe de policía como si la noticia le hubiera pillado de todo menos desprevenido.

—¿Usted era consciente de este movimiento? —quiso saber Tena.

—Oh, por supuesto.

—¿A qué cree que es debido?

—Ernesto se creó muchos enemigos a raíz del Suceso. —Florín se acarició el cabello engominado con la palma de la mano, movimiento que aprovechó para secarse el sudor de la frente—. Ya le precedía una pésima fama tras su ingreso en prisión por el asesinato de su padre, pero si además le sumamos las radicales medidas que tuvo el valor de adoptar para levantar el país, pues no es de extrañar que algunos quisieran verle bajo tierra.

—Habla de él como si fuese un héroe —intervino Lucas, atónito.

—¿Cómo si fuese un héroe? Es usted gracioso.

—¿Gracioso?

Florín carraspeó con repulsivo entusiasmo.

—Sí, gracioso. ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Agente Redondo.

—Ah, sí, lo había olvidado. —Florín le guiñó un ojo, acompañando el gesto de un ordinario chasquido con la boca.

El temblor en el párpado de Lucas era de sobra conocido por Tena. En la mayoría de las ocasiones, era el gesto que precedía a una pelea.

—¿Sigue vivo? —preguntó Tena, casi más por el deseo de evitar una trifulca en Villa Morenti que por interés real.

—¿Que si Ernesto está vivo? Pueden inspeccionar mi bodega, a ver si tengo a Ernesto escondido allí. —La expresión que se dibujó en la cara de los policías debió de ser un poema, pues Florín liberó una desagradable carcajada—. ¡Yo qué sé si está vivo o muerto!

Los miró con repugnancia y escupió groseramente dentro del vaso, ahora vacío. Tena no se ofendió. La vida le había tratado mucho peor que ese ricachón engreído.

—Señor Florín, ¿se está riendo de nosotros?

—Son ustedes los que han venido sin avisar y con una actitud digamos... —giró el cuello hacia Lucas y sonrió, sarcástico— hostil.

Lejos de amilanarse, Florín parecía dispuesto a aguantar la mirada del joven policía.

—Hablemos claro —dijo mientras se encendía un habano—. Dejen que les cuente algunas cosas sobre Ernesto Shapiro.

—¿Está insinuando que sigue vivo? —interrumpió Tena de nuevo.

—Por favor, déjeme hablar. Si no me dejan explicarme, no puedo hacer que se marchen de mi casa con un buen sabor de boca. —Hizo una pausa para expulsar una gran bocanada de humo—. Como decía, hay cosas de Ernesto que quizá no sepan. Por ejemplo, ¿sabían en qué estado estaba el país antes de que él y el resto de empresarios firmaran el *pacto por España*?

—Ahórrese la demagogia. —La vena en la frente de Lucas había empezado a dilatarse.

—No, esto es importante. ¿Sabían que, antes del Suceso, España estuvo a punto de ser rescatada por Europa? En 2018, el rango de suicidios por habitante había alcanzado el máximo histórico. Cada día, el número de desahucios, maltratos y asesinatos a manos de bandas callejeras de inmigrantes superaba al del día anterior.

—No me importa.

—Quizá le importe que, desde que Ernesto y su grupo accedieron al poder, el grifo de la inmigración está seco, lo que ha provocado un inmediato e incesante crecimiento en la economía y en la calidad de vida de los españoles. Otro ejemplo: la Ley Saludable. Gracias a nosotros, los *cabrones de los empresarios*, no verán a nadie bebiendo ni drogándose en la calle más tarde de las nueve, hecho que ha erradicado los actos criminales nocturnos.

Tena se inclinó hacia delante, desafiante.

—Lo que me importa en estos momentos es que dos personas han sido asesinadas en sus casas por enredar en la vida de uno de los suyos.

—Solo dos.

—¿Cómo dice?

—Han muerto dos personas. ¿Debería lamentarlo? Agente, seamos pragmáticos. ¿Sabe cuántas personas morían cada día en este país antes de nuestra llegada? Cientos. Miles. —Hizo un silencio que provocó que a Tena se le encrespase el vello del antebrazo—. Dos muertos no significan absolutamente nada.

Los puños de Lucas se cerraron hasta que sus nudillos perdieron el color.

—He oído suficiente. Vámonos —dijo, y sin aguardar la respuesta, se levantó del sillón.

—No fastidie, si ni siquiera ha probado los aperitivos —protestó Florín, socarrón.

—Se me ha cerrado el estómago.

Lucas empezó a caminar en dirección a la puerta. Tena se levantó sin hacer ningún comentario más y lo siguió. Florín se mantuvo inmóvil en el sofá de cuero. Habló en voz alta cuando Tena y Lucas ya estaban en la puerta:

—Antes de que se vayan, me gustaría que oyeran algo. Pregúntense quién es el verdadero enemigo, y después piensen si en realidad el asesino de esos traidores está haciendo o no un favor a este país.

Negando con la cabeza, Lucas abrió la puerta y salió al exterior.

—Hijo de puta —musitó.

Marcos Tena miró al hombre, que seguía sentado tras la mesa de cristal. Estaba planchando con la mano una arruga minúscula de su pantalón de seda negro.

Estaba de los nervios. Había estado crispado toda la mañana por culpa de ese cabrón de Bobby Florín, y necesitaba desconectar. En lugar de salir a comer con Marcos y Gabi como de costumbre (esta última, además, había estado toda la mañana ausente), Lucas decidió dedicar su hora libre a su hija. No era habitual que él fuera a verla a esas horas, así que supuso que su presencia significaría una gran sorpresa para Sasha.

En el convento, las monjas le comunicaron muy amablemente que la niña se hallaba dormida y no convenía despertarla. De un modo egoísta, Lucas se sintió decepcionado. Necesitaba a Sasha para olvidar a Florín, para volver a sentir una pizca de fe en la humanidad.

Desobedeció la recomendación de las monjas y accedió a la habitación donde descansaba su hija. Hizo una recopilación visual de lo que vio:

Un radiador eléctrico en una esquina, en el suelo.

Una caja de madera con la etiqueta de una frutería haciendo la función de mesita de noche.

Una pila de libros y tebeos amontonados al pie de la cama, junto al viejo transmisor cuya pareja guardaba él en el coche.

Un botiquín del tamaño de un neceser de viaje corriente.

Muchas telarañas.

A pesar del radiador, la temperatura era baja, pero al menos ya no había humedades en las paredes. O, mejor dicho, ya no se veían. Sasha había empapelado la habitación con sus dibujos. Eran caricaturas en lápiz de superhéroes hasta la fecha inéditos. Con cuidado de no despertarla, Lucas recorrió la estancia observando los dibujos uno por uno. El que más le gustó fue el de un hombre de uniforme en cuya mano derecha portaba una pistola, y en la izquierda, una especie de *walkie talkie*. En letras grandes y redondas, había escrito «SUPERPOLI».

Miró a través de la ventana, no más ancha que la de un cuarto de baño, y contempló las infinitas ventanas del complejo de viviendas que había al otro lado de la calle. Imaginando las vidas que se escondían tras esos cristales, se preguntó cuántas de ellas podrían calificarse como plenas. Cuántos hombres descansarían esa noche con su mujer en el sofá, puede que con un bebé durmiendo en la cuna, o quizá con un perrito juguetero sobre la alfombra. Muchos de esos hombres echarían un polvo antes de poner el despertador y apagar la luz, y al día siguiente madrugarían con una sonrisa de oreja a oreja. Vidas normales, rutinarias, cómodas. Vidas exitosas. Como la que él quiso tener, pero que vio volatilizarse a las primeras de cambio. Como a la que ya nunca jamás podría optar.

Cabizbajo, abandonó el edificio. Todavía le sobraban más de cuarenta minutos y no le apetecía volver a comisaría antes de la hora. Pillaría cualquier cosa en el primer supermercado que encontrara y se lo comería en algún banco al aire libre.

Depositó un par de sándwiches precocinados, una bolsa de patatas fritas y una lata de cerveza en la cinta transportadora de la caja. Se le hizo un nudo en la garganta cuando alzó la vista.

—¿Tú?

La joven cajera lo observó con la misma gélida despreocupación que dedicaba a todos los clientes. Actuando como si él no se la hubiera quedado mirando como un memo, se puso a pasar los artículos por el lector de código de barras.

¡Pip!

—¿Desea una bolsa?

—Em... no. Gracias.

—Nueve con cuarenta y cinco —anunció cuando pasó el último artículo.

Lucas le entregó un billete de diez euros.

—Quédate con el cambio.

Ella aceptó el billete y lo insertó en la caja sin levantar la mirada.

—Gracias —dijo. Su única respuesta facial resultó un fugaz abultamiento en el músculo de la mandíbula—. ¡Siguiente!

Una señora de mediana edad, que arrastraba un carro tan colmado de productos como para alimentar a una familia numerosa durante un mes, comenzó a posar cartones de leche en la cinta. Entonces, Lucas lanzó un estúpido órdago a la inflexible cajera.

—¿A qué hora sales de trabajar?

Por primera vez, con un paquete de macarrones en la mano, ella lo miró. Tenía un gesto fabuloso, místico. No se había percatado de ello el otro día, cuando discutieron en el vestíbulo de comisaría.

—¿Es a mí?

—Mira, quiero disculparme por lo del sábado —dijo—. Ambos estábamos muy nerviosos por lo que sucedió en el estanco y dije cosas de las que me arrepiento. ¿Puedo invitarte a un trago?

Ella se le quedó mirando con los ojos muy abiertos. Se encogió ligeramente de hombros con un atisbo de sonrisa. Lucas sintió aquel gesto como un empujoncito.

—¿Eso es un sí?

La mujer del carro ya había terminado de descargar sus provisiones y estaba observando la escena con gusto.

—Salgo en cinco minutos. Te concedo media hora.

—Perfecto, es justo el tiempo que tengo. —Él le dedicó una sonrisa afable—. Me llamo Lucas Redondo.

Le tendió la mano por encima de la caja. Ella le correspondió el saludo sin mostrar ningún tipo de sentimiento.

—Alyssa Grifero.

Se sentaron uno enfrente del otro, en una mesita de madera situada justo en el centro del local. A su alrededor, aproximadamente una docena de mesas eran testigo de diferentes momentos: una pareja de sudamericanos que hablaba sin cesar mientras bebían mojitos, un grupo de estudiantes celebrando algo, o una joven solitaria que degustaba vino rosado mientras jugueteaba con su móvil. En las paredes, numerosos carteles que anunciaban bebidas espirituosas y productos portugueses dotaban de personalidad al bar, y en una esquina, dos ancianos interpretaban con guitarras un clásico de Buena Vista Social Club con excelente gusto. El camarero, un simpático hombre negro que aseguraba

tener los papeles en regla, les había recomendado un plato típico basado en gambas, arroz, leche de coco y cilantro. Lucas y Alyssa no tenían pensado comer nada, pero el plato les pareció tan apetecible que decidieron compartir.

—Bueno, tú dirás. ¿De qué quieres hablar? —preguntó Alyssa, cortante, mientras jugaba con el arroz.

—¿De qué conoces a Marcos?

Ella arrugó la frente sin dejar de mirar el cubierto.

—¿Quién?

—Marcos Tena, mi jefe.

—Ah... Es una larga historia.

—Me encantan las largas historias.

—Pero a mí no. Y además no tengo tiempo.

Había logrado despegarla de su silla tras la cinta transportadora del supermercado, pero, al parecer, todavía seguía en guerra con ella. Era hora de sacar los tanques a la calle.

—¿Por qué es Ana Morales tan importante para ti?

Al escuchar aquello, Alyssa alzó la mirada.

—Esa joven es lo único que me queda —dijo.

—No alcanzo a entenderlo. ¿Qué relación os une?

—Técnicamente, ninguna. Ella casi no me conoce. En realidad, el otro día en comisaría hablamos por primera vez.

Lucas se cruzó de brazos y dejó que ella continuara hablando.

—Verás, es la hermana pequeña de mi mejor amigo. —Alyssa agitó la cabeza y matizó—: de mi único amigo.

—Entiendo —dijo él, examinando su rostro, enmarcado en un cabello negro y brillante que llevaba peinado con una raya a un lado, no muy bien definida.

—Vive en Berlín desde hace años y no se le permite regresar a España, por motivos que te puedes figurar. Un día me confió la tarea de vigilar y cuidar de su hermana. A Óliver y a mí nos une un pasado intenso, le considero un hermano—. Se detuvo durante un par de segundos, superada por alguna imagen que su propio discurso estaba evocando—. De modo que, por supuesto, acepté su petición, y desde entonces me encargo de velar por la seguridad de Ana en secreto. Pero, como ves, he fracasado.

Mientras ella hablaba, Lucas se fijó en que su dedo anular derecho estaba engalanado con una joya lisa y dorada.

—¿Qué pasa con tu marido?

La pregunta pareció pillarle por sorpresa, pues se contrajo inmediatamente como un papel al quemarse.

—Mi marido no está aquí —respondió con los ojos brillantes.

—¿M-muerto? —inquirió Lucas, temeroso.

—Desaparecido.

Lucas entornó los ojos.

—Hace unos meses se esfumó. Simplemente, desapareció. Le buscaron por toda la comarca, pero resultó inútil. Por lo que yo sé, podría estar muerto, encerrado en el camarote de un barco, o abducido por una nave alienígena.

—Espera un momento —dijo Lucas, que de pronto había perdido el apetito—. ¿Tu marido es Jaime Vergara?

Hubo un destello de rabia en los ojos llorosos de Alyssa antes de contestar.

—Sí.

Una gamba revoltosa patinó en la boca del esófago de Lucas, a punto de colarse por el conducto equivocado.

Tosió abruptamente.

—No tenía ni idea —reaccionó al cabo de unos segundos para inclinarse y acariciarle la mano que portaba el anillo.

Ella se cubrió la cara con las manos, que temblaban al intentar evitar el llanto. Lucas, por su parte, se recostó pensativo contra su silla. Se sentía como si estuviera observando el álbum de fotos familiar de una persona, oliendo el aroma de su café, escuchando su música en su salón mientras compartía sus fracasos, sus triunfos... Se estremeció.

—No importa.

Se enjugó los mocos. Sus mejillas estaban rojas y brillantes; sus ojos, hinchados.

—No le va a pasar nada a la hermana de tu amigo, pero tenemos que ayudarnos mutuamente, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—¿Amigos? —Lucas hizo la pregunta con la mejor de sus sonrisas.

Ella volvió a asentir, algo más animada. La luz de la lámpara que colgaba del techo incidió en la esfera metálica de su Lotus, indicando que les quedaban diez minutos.

—Ahora te toca a ti —dijo, pinchando un par de gambas con el tenedor—. ¿Estás casado?

La pregunta le cortó como un cuchillo. Negó con la cabeza.

—Murió.

—Lo siento. ¿Puedo preguntar cómo?

—Prefiero no hablar de ello, si no te importa —respondió, deseando ahora que pasara el tiempo—. Pero tengo una hija.

Alyssa masticó reflexivamente y tragó antes de hablar.

—¿Cómo se llama?

—Sasha. Tiene ocho años.

Ambos se llevaron sus respectivos vasos de agua a la boca y bebieron, lo que originó un extraño silencio en la mesa.

—Está enferma —añadió Lucas cuando posó de nuevo el vaso en la mesa.

—¿Qué le ocurre?

—Leucemia.

Alyssa dejó caer el tenedor sobre el plato y se quedó mirándolo fijamente. Lucas casi pudo sentir el alma de ella cayendo sobre sus pies.

—¿Tiene... ya sabes... cura?

Lucas negó con la cabeza, de pronto le había sobrevenido tal mezcla de rabia y pena que se vio incapaz de articular una sílaba.

—Las monjas dicen que no hay remedio posible —pudo decir al fin—. Puede durar meses, semanas, días...

—¿Las monjas?

—Sí. Gracias a Dios que esas amables señoras aceptaron hacerse cargo de Sasha, ya que por culpa del gobierno no la aceptan en ningún hospital —explicó Lucas mientras asentía con ceño—. Ya sabes, por ser de origen ucraniano. Ahora, las prioridades sanitarias son los españoles, de modo que, incluso una niña de ocho años con cáncer que ha vivido toda su vida aquí, tiene que esperar a que otros niños de origen español se curen de un simple sarampión. De coña.

El dispositivo móvil vibró encima de la mesa, y él se alegró de ello; los ojos se le habían llenado de lágrimas.

Era Marcos.

—¿Qué pasa, Boss?

—Lucas, ¿dónde estás?

—Terminando de comer. ¿Qué coño ocurre?

—Ven aquí echando leches. Han atrapado a ese tipo.
Lucas tragó saliva al oír eso.

—¿Cómo?

—El tipo que coincide con la descripción en el blog de Eukene Goiria. Lo tenemos.

Capítulo 8

La sala de interrogatorios estaba pintada de un blanco intenso tan luminoso que, si se observaba desde la oscuridad de la sala colindante, que era donde se encontraba Tena, el contraste hacía que se necesitaran algunos segundos para acostumbrar la vista. Era alargada, de unos diez metros cuadrados, y desprovista de ventanas. En una de las dos paredes laterales había un espejo de una sola dirección; desde el interior, la luz se reflejaba como en un espejo convencional, mientras que, desde la «sala oscura», podía verse lo que sucedía en el interior debido a las propiedades transmisoras y reflectantes del cristal.

La sala estaba ocupada por una mesa sencilla de metal con dos sillas enfrentadas. En una de ellas esperaba el sospechoso, David Fálagan. En la otra acababa de sentarse Lucas, con las manos vacías y el rictus arrugado.

David Fálagan no era como Tena se lo había imaginado a raíz de la descripción que Eukene Goiria había publicado en su blog, aunque cada rasgo mencionado era efectivamente cierto. El sospechoso recordaba a un gorrino tatuado y con las muñecas esposadas. A sus treinta y seis años, tenía ya una buena cantidad de grasa en el cuello y en la cintura, y, aunque sabía que era imposible, a Tena le pareció detectar un incómodo hedor a sudor a través de la pared. Incluso desde la sala oscura, se le distinguía cierto enrojecimiento en el blanco de los ojos, como ocurriría con un borracho o con alguien que ha estado llorando.

A Tena le había empezado a doler el tobillo. Cambió con dificultad el peso del cuerpo de un pie al otro y pateó dos veces el suelo para calmar el pinchazo. Después, algo más aliviado, pulsó un botón de la mesa y empezó a hablar con voz plana y burocrática.

—Jefe de policía Marcos Tena, comisaría de Torrelavega. Interrogatorio iniciado a las cuatro horas y cincuenta minutos del veinticinco de septiembre de dos mil veintitrés por el detective Lucas Redondo. El interrogado es David Fálagan. Interrogatorio desarrollado en la sala especializada de la comisaría. El propósito del interrogatorio es recopilar información relacionada con el asesinato de Eukene Goiria en su propio domicilio. Además, se estudiará una posible vinculación del interrogado con el asesinato de Teodoro Simón, también en su domicilio, un día antes.

Se inclinó hacia el micrófono y miró a Lucas a través del cristal.

—Cuando quieras —dijo.

Al escuchar a su jefe a través del altavoz, Lucas asintió, carraspeó y lanzó a Fálagan una mirada tan incolora como su tono de voz.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y seis.

—¿Dónde vive?

—En Santander.

—¿En qué trabaja?

—Fontanería.

—¿Dónde estuvo el pasado sábado?

El interrogado tardó más tiempo en responder que en las anteriores preguntas.

—Dando una vuelta con la moto.

—Hay quien lo vio cerca de Castro.

—¿Quién? —dudó—, ¿quién me vio?

—Un testigo.

La poca concreción en la respuesta de Lucas estaba alineada con lo que expresaba su rostro.

—Me gusta perderme por las carreteras secundarias de la costa y recorrer la comarca.

—¿Conoce a Eukene Goiria?

—No.

—Ella sí le conoce a usted.

Fálagan abrió un poco la boca, tragó saliva, y volvió a abrirla.

—¿Les contó algo?

Desde la sala oscura, se vio cómo las pupilas de Lucas brillaban ahora de excitación. Su boca dibujó una mueca burlona antes de asestar el primer golpe:

—¿Por qué habla de ella en pasado?

—¿Qué? —reaccionó el esposado, perplejo—. ¿Mi mujer sabe algo?

—¿Qué debería saber?

—No lo sé... Algo que les dijera Eukene a ustedes.

—De modo que reconoce haber mentado.

—¿Respecto a qué?

—Cuando le pregunté si la conocía.

El policía fue acorralando al sujeto mediante preguntas que exigían una respuesta comprometida, hasta que decidió que ya estaba listo para claudicar.

—¿Asesinó usted a Eukene Goiria?

—¡No!

—¿Está seguro?

Los ojos saltones de Fálagan, a la vez tristes y burlones, parecían buscar continuamente algo dentro de su interlocutor. Se mantuvo en silencio.

—¿También acabó usted con la vida de Teodoro Simón?

—¿Qué? —Ahora sí, Fálagan reaccionó como si le acabaran de acusar de matar al mismísimo Papa.

—Interesante. —Desde la sala, Tena advirtió que Lucas sonreía ante la ausencia de respuesta—. ¿Qué moto tiene?

—¿Moto?

—Sí, coño. Antes ha dicho que le gustaba montar en moto, ¿no?

—Una Honda Twister. Es bastante vieja.

—¿La utilizó para ir a casa de Eukene el sábado?

—La utilizo para todo.

—Antes ha dicho que tiene mujer.

—Sí.

—¿Hijos?

La rojiza cara de Fálagan estaba perlada de gotitas de sudor.

—Dos niños de 4 y 8 años. Me estoy divorciando de mi mujer.

Tena prestaba atención al interrogatorio con los brazos en jarra, murmurando: «¿a qué esperas para sacar el tema de los mensajes cifrados? Vamos, Lucas, no me jodas.» A su derecha, junto a la puerta, le acompañaba un fornido hombre de seguridad que siempre le había recordado a Bud Spencer.

—¿Equipo de fútbol?

—¿Cómo?

—¿A qué equipo sigue?

—No me gusta el fútbol.

—¿Cómo se llama su mujer? —preguntó Lucas.

La enrojecida mirada azul del hombre recorrió la sala como si fuera allí donde estaba su cónyuge.

—Raquel Esteva —respondió—. ¡Me prometieron que no les pasaría nada!

Inmediatamente, la cabeza maciza de Fálagan comenzó a agitarse para evitar el llanto, como quien intenta vencer a un estornudo. Se enjuagó los mocos un par de veces.

—¿Quién le prometió eso? —quiso saber Lucas.

Tena se fijó en que el puerco tatuado estaba hurgando con la uña en la cutícula de su dedo pulgar, tratando de arrancarse trocitos de piel.

—¿Fue Ernesto Shapiro? —insistió Lucas.

El hombre negó con la cabeza de un modo que parecía más un desprecio a la pregunta que una respuesta.

—No sé dónde narices está ese hombre, yo solo soy un fontanero.

—No se haga el estúpido. ¿Sabía que Goiria conspiraba para encontrar a Shapiro? Joder, claro que lo sabía. Por eso la mató.

—¡Yo no sabía una mierda!

—Así que admite que acabó con ella.

—Que no les hagan nada, por el amor de Dios.

Los párpados de Fálagan estaban temblando sin llegar a pestañear.

De repente hubo un estallido. En cuestión de un instante, la sala de interrogatorios quedó a oscuras, mientras que en la habitación contigua se había encendido la luz de seguridad. Tena entornó los ojos, ofendido, y se inclinó hacia el micrófono.

—Lucas, ¿me oyes?

El micrófono no funcionaba, y el ordenador de la esquina estaba apagado. Se acababa de producir un corte de luz.

Con un gesto, Tena pidió explicaciones al hombre de seguridad. Justo entonces comenzaron a escucharse ruidos al otro lado de la pared. Eran murmullos. Tena pegó la oreja al cristal, que ahora, con los cambios de luz, provocaba el efecto inverso, pasando a actuar como un espejo. Entonces reconoció el inconfundible chirrido de una silla corriéndose. Y acto seguido, un grito. ¿Lucas? Señaló al doble de Bud Spencer: «¡entra ahí ahora mismo!», exclamó.

Justo acabó la frase, una explosión seca hizo temblar la puerta que comunicaba ambas salas. Un fogonazo iluminó de manera fugaz la sala de interrogatorios. A Tena no le dio tiempo a girar la cabeza para distinguir algo, pero sabía perfectamente la clase de instrumento que había provocado el estallido.

La puerta se abrió desde el exterior, y Tena se topó con la expresión cadavérica de Lucas. Salpicaduras de sangre resaltaban, por contraste, en la pálida piel que rodeaba su oreja izquierda. Estaba temblando y tenía la mirada perdida. En un primer reconocimiento visual, Tena no detectó ninguna herida en su cuerpo.

La funda de su revólver, sin embargo, estaba vacía.

—Él... él... —Lucas no acertaba a pronunciar dos palabras seguidas. Estaba en estado de shock.

Tena sentó rápidamente a su compañero en una silla y ordenó al fortachón de seguridad que encendiese la linterna. Después cruzaron el hueco de la puerta.

Un fuerte olor a pólvora inundaba la sala. Todo estaba en silencio. En el suelo, junto a la mesa, Tena detectó una sombra irregular, como una mancha. Cuando Bud Spencer

dirigió el haz de luz hacia la zona, tuvo que reprimir una arcada.

El cráneo calvo de Fálagan era ahora un cráter que se abría desde el interior. La boca esbozaba una grotesca mueca que todavía desprendía humo, como si estuviera fumando. Un charco de sangre ejercía de almohada del muerto sobre el blanco nuclear de las baldosas, y en la zona perimetral del círculo de luz de la linterna, donde todo empezaba a ser más sombrío, se adivinaba el comienzo del reguero de una masa compuesta por sangre y restos de sesos. Tena agradeció que el fortachón no siguiese el reguero con la linterna.

Fálagan había muerto con las dos manos esposadas sobre su regazo. Todavía sujetaba el revólver de Lucas entre ellas.

Tena tuvo que salir de la sala inmediatamente. El tobillo le había empezado a doler demasiado. Y tenía ganas de vomitar.

Capítulo 9

La conversación se desarrollaba en el despacho de Marcos Tena en comisaría. Era igual de plomizo y aséptico que el resto del edificio, y de no estar las paredes empapeladas con mapas antiguos y pósteres de jugadores de la NBA, las voces de los dos hombres habrían generado eco. Hablaban hombro con hombro, apoyados sobre el borde de la mesa, frente al hueco de la puerta.

—Dos asesinatos y un suicidio —dijo Lucas, que parecía estar resolviendo una ecuación matemática.

—¿Qué opinas de él? —preguntó Tena, sin desviar la mirada de la fotografía a gran tamaño que estaba sosteniendo con la mano. Era una de las muchas que mostraban el cuerpo de David Fálagan sobre la camilla donde le habían practicado la autopsia. El orificio que había quedado en el cráneo del suicida le hacía sentir agarrotado, como si acabara de salir del asiento trasero de un coche pequeño en el cual ha estado durante muchas horas.

—No lo sé. Ojalá me hubiera dado tiempo a preguntarle más cosas.

Tena se echó la mano al paquete de tabaco que guardaba en el bolsillo del vaquero. Inmediatamente recordó que no podía fumar dentro de comisaría, así que se llevó a la boca un chicle que masticó con disgusto.

—En esta comarca nunca pasa nada emocionante y de golpe nos han llegado tres muertos, maldita sea —protestó entre dientes—. ¿Por qué crees que se ha quitado la vida?

—Sería un chiflado de esos.

—He visto a muchos locos y este no me parecía uno de ellos.

Con el rabillo del ojo, vio que Lucas lo miraba. Quizá se estuviera preguntando qué pasaba por su cabeza. Era una buena pregunta, ni siquiera él lo tenía claro.

—Quizás no estaba loco, pero le habíamos trincado como culpable de doble asesinato. No todos aguantan penas de cárcel tan duras como la que le esperaba.

—Lucas, ¿sabes a cuántos asesinos he atrapado en toda mi carrera? A muchos. Y ninguno de ellos se ha disparado en la boca.

—¿Qué quieres que te diga, Boss? ¿Crees que tengo la culpa? ¿Me estás acusando de algo?

Lucas había elevado la voz. ¿Acaso se sentía acorralado? No era su intención.

—Para nada. Estoy igual de perdido que tú. Lo siento. —Por primera vez en la conversación, Tena giró la cabeza hacia su compañero—. ¿Te encuentras mejor? Estás recuperando el color.

—Estoy bien, simplemente ha sido el susto del momento. Cuando me ha robado la pistola creía que...

Se detuvo, como si no fuese necesario terminar la frase. Cambió de tema:

—¿Sabes que Fálagan dijo algo sobre una promesa? Era como si alguien le hubiera amenazado con ir a por su familia si cantaba más de la cuenta.

—Lo sé, lo escuché todo. —Tena escupió el chicle dentro del cubo de basura—. Es raro.

—¿Una secta?

—Valdría algo más simple, como una organización criminal. Debía de estar metido en algo muy gordo, porque, insisto, nadie se vuela la tapa de los sesos por ir a la cárcel.

Por alguna razón, Tena se imaginó el blog antisistema de Eukene. La publicación que escribió justo antes de morir, en la que incluía la descripción de Fálagan, estaba escrita de tal manera que parecía habitual en ella esa forma de airear sus opiniones y principios más personales a través de una red social. Desde luego, no iba a ganar Eukene el premio a la persona del año. Tena no se había parado a pensar en ello hasta ese momento. ¿Qué clase de ser humano guarda a un galgo maltratado en un granero decrepito? Pensó en el pobre animal que, hambriento y abandonado, por poco se lanzó a su cuello. Alguien que trata así a su pobre animal, ¿en qué otros asuntos podía estar metido?

De pronto se acordó de algo. Extrajo el terminal móvil del cinturón y accedió al menú.

—¿Qué haces? —quiso saber Lucas.

—Telefonar a Gabi. Ya debe tener preparado el informe sobre Goiria.

Tras varios tonos de espera, saltó el buzón de voz; no tuvo tiempo de dejar ningún mensaje. Alguien golpeó la puerta abierta con los nudillos, dándoles a los dos un susto de muerte. Era el policía de guardia.

—Disculpad. Una mujer viene a por la chica.

Tena recorrió el pasillo con toda la premura que su tobillo le permitía. Quería quitarse ese marrón de encima. Cuando llegó al vestíbulo, se llevó una pequeña decepción al no ver a Alyssa Grifero. En su lugar, una mujer de mediana edad esperaba pacientemente en la esquina del mostrador. Le estrechó la mano con tanta fuerza que los huesos de Tena casi crujieron.

—Soy Verónica Salas, la madre de Ana —dijo—. He venido a recoger a mi hija.

Frente a comisaría, al otro lado de una carretera de doble sentido, había un pequeño parque con columpios. Junto a una estructura con tobogán, había un banco de madera, y sentada en él, con las piernas cruzadas y las gafas de sol puestas, estaba Alyssa Grifero.

Si alguien le hubiera preguntado, Alyssa habría asegurado que estaba allí velando por el bienestar de la hermana menor de su amigo. La verdad era que se había trasladado a comisaría para cruzarse con ese policía en el que no había podido dejar de pensar desde la hora de la comida.

No se inmutó cuando vio salir por la puerta a Ana acompañada de su madre. Hacía años que no se cruzaba con Verónica Salas. La última vez que eso ocurrió, Verónica todavía no había experimentado el sabor amargo de lo que significaba ser una mujer viuda, y Alyssa seguía siendo la canguro de su hijo Oli. Muchas cosas terribles habían sucedido desde entonces. Verónica mantenía su atractivo natural, pero la melena naranja ya no brillaba, sus andares saltarines no eran comparables a pasos de baile, y sus hermosos dientes blancos veían poco la luz. Por lo que Alyssa sabía, no había vuelto a casarse. Vivía sola en la misma casita de la playa de siempre.

Madre e hija se subieron a un coche familiar sin intercambiar palabra. Desde su posición en el banco, Alyssa no supo descifrar la expresión de Ana. ¿Estaba enfadada o avergonzada? Daba igual. Lo que verdaderamente importaba era que Ana Morales iba a estar a salvo en su casa de Ámbar. Oli podía estar tranquilo.

El coche familiar arrancó, y nada más desaparecer tras la esquina de la calle, el agente Lucas Redondo salió de comisaría. Alyssa se puso de pie. Los músculos de las piernas se le tensaron. Lucas estaba pálido y caminaba con el cuello tenso, dando grandes

zancadas con las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta. Era como si estuviera ansioso por llegar a alguna parte. Esto hizo que Alyssa no se acercara ni le llamara con un grito, que es lo que seguramente habría hecho de haberlo visto más relajado. Decepcionada, dejó que Lucas se metiera en un Mazda metalizado y volvió a sentarse en el banco de madera. El motor del Mazda rugió y el vehículo se esfumó.

Alyssa estaba tan atenta al movimiento del coche de Lucas, que no se dio cuenta de que Marcos Tena también había salido de comisaría hasta que volvió la cabeza y lo vio cruzando la carretera. La había visto, y se aproximaba al banco con parsimonia, seguramente para disimular su cojera. Le ofreció la cajetilla de tabaco a modo de saludo. Ella aceptó un cigarrillo, que se llevó a la boca. Marcos cogió otro para él, guardó la cajetilla en el bolsillo del pantalón, y acercó un encendedor a la punta del cigarro que ella tenía entre los labios. Alyssa sintió que su boca se llenaba de humo y sus pulmones de nicotina. Podía notar la calma recorriendo su sistema respiratorio.

—Ahora pasará a disposición de un fiscal de menores —dijo Marcos, de pronto.

—¿Qué?

—Ana Morales. Se va a casa de su madre hasta que se celebre el juicio.

—¿Y podrá hacer vida normal?

—Perfectamente normal. Solo tendrá que ir a firmar al juzgado una vez al día. Es sencillo.

—¿Y qué pasará en el juicio?

—Es menor de edad y no ha matado a nadie. —Hizo una pausa para dar una larga calada—. Como mucho, le caerá una multa a la familia. Nada serio, supongo.

Ninguno de los dos habló durante algunos segundos que ambos aprovecharon para fumar.

—Estoy pensando en dejarlo —dijo Marcos, señalando el pitillo que tenía sujeto entre los dedos.

¿Estaba Don Perfecto intentando entablar una conversación amistosa?

—Me parece perfecto. —La respuesta sonó más hastiada de lo que pretendía.

—Joder, Alyssa, ¿sabes las veces que pensé en ti después de lo de Oxford? —Se había girado hacia ella y sonaba más cercano—. Esa noche me la jugaste.

—Hice lo que tenía que hacer.

—¿Para vengarte?

—Exacto.

—Maldita sea, me robaste la pistola y me mentiste. Jugaste con mi confianza. Yo te creí y me traicionaste. Había dos vidas en juego.

—¿Qué quieres que te diga, tío? Salvaste a una de ellas y te convertiste en un héroe, ¿no? Déjame en paz, han pasado diecisiete años.

Alyssa no miraba a Marcos directamente, pero supo por el rabillo del ojo que la estaba psicoanalizando.

—Ahora debes cumplir tu parte del trato —dijo él. Sus palabras sonaron dubitativas, temerosas.

—¿Acaso no te fías de mi palabra? Por supuesto que voy a cumplir con el maldito trato.

Ella sabía que el nuevo silencio era debido a que el policía estaba tratando de elegir las palabras correctas.

—Alyssa... ¿por qué eres así? —Lo dijo en un tono que la enfureció, idéntico al que usaría alguien para regañar a un niño. El atardecer estaba nublado, pero de repente ella sintió un calor agobiante. Las sienes le palpitaban. Se giró hacia él.

—Cuando era una adolescente, prácticamente una niña, me violaron. Quedé embarazada de ese cerdo y mi familia me echó de casa por ello. Fui acogida a mil

kilómetros de mi hogar por un manco sin escrúpulos que me trataba como un objeto sexual. Después tuve la oportunidad de matar al cabrón que me violó, pero el hecho de acabar con la vida de un ser humano me cambió como persona. Caí en depresión. Cuando por fin lo superé y conseguí empezar de cero junto a un hombre bueno que amaba y me amaba de verdad, va y desaparece sin dejar rastro. No tengo forma de saber si está muerto o simplemente secuestrado. Tengo un trabajo de mierda en un supermercado, y lo único que me queda es un amigo que lleva nueve años exiliado en Berlín, y su hermana pequeña, una yonqui problemática. ¿Y me preguntas que por qué soy así?

Pronunció la última palabra como si estuviera escupiendo.

Marcos se la quedó mirando con los músculos de la mandíbula en tensión. Había tragado saliva en un par de ocasiones mientras ella pronunciaba su discurso. Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisoteó como a una cucaracha.

—Todos tenemos problemas —dijo secamente. A Alyssa le pareció que estaba conteniendo el llanto—. Madura de una vez.

La respuesta la golpeó como una bofetada en la cara.

Sin decir nada más, Marcos se dio la vuelta y se alejó. Cuando su silueta se perdía entre los árboles que había en una esquina del parque, Alyssa gritó sin pensar:

—¡Marcos! Gra-gracias por el cigarro.

Era la primera vez que se dirigía a él por su nombre pila.

Él no se giró. En lugar de eso, levantó una mano como señal de que lo había oído y dejó una premonición en el aire:

—No te preocupes. Volveremos a vernos.

De pronto, Alyssa se sintió profundamente desgraciada.

Capítulo 10

Martes 26 de septiembre de 2023

En retrospectiva, ese martes supuso el gran punto de inflexión en la vida de Óliver Morales.

Aquella mañana el cielo estaba tan azul que parecía que lo habían pintado. La caravana de los blogueros aparcó en un lateral de la Plaza de París, junto a la Puerta de Brandeburgo. Llegaban cinco minutos tarde. Desde el banco donde esperaba sentado, Óliver vio bajarse del vehículo a dos mujeres (una de mediana edad y la otra más joven) y un hombre calvo. Éste llevaba un trípode al hombro y una cámara GoPro en una mano.

La mujer de más edad se presentó como la productora de *Exiliados*, y en un visto y no visto, le colocó a Óliver un pequeño micrófono acolchado entre los botones de la camisa. Con sus ojos azules y vivarachos, el protagonista del programa juzgó a la mujer. Se habría podido leer en ellos esta opinión: «Buena profesional, lo tiene todo bajo control. Pero hay en ella algo que me desagrade».

Como si tuviera una prisa especial, la productora le explicó rápidamente en qué consistiría la grabación. Recorrerían el centro de la ciudad, desde la Puerta de Brandeburgo hasta Alexanderplatz, atravesando la avenida Unter der Linden y deteniéndose en puntos monumentales como la catedral o la Isla de los Museos. Durante el trayecto, que sería a pie, Óliver debía mostrarse abierto y simpático frente a la cámara. Podía salirse del guion y contar alguna anécdota divertida en algún momento puntual, pero básicamente tenía que ir contestando a las preguntas que la presentadora (la mujer más joven) le iría haciendo respecto a la vida fuera de España y la aclimatación de Óliver a un nuevo país. En total, estarían grabando alrededor de dos horas, aunque la emisión final, tras pasar por el corte del proceso de edición, se vería reducida a menos de media hora.

Para Óliver, esa parte del plan era sencilla. Solo necesitaba no salirse del guion y seguirle el rollo a Vicky. Vicky resultó ser una presentadora agradable y a la vista inexperta. Eso lo beneficiaba, pues le iba a permitir introducir a Cora a mitad de programa. La secretaria aún no lo sabía, pero su presencia iba a resultar determinante.

—Disculpa si se me nota excitado, Vicky —dijo con toda naturalidad al poco de comenzar la grabación—, pero es que he avisado a todos mis amigos de que iba a salir en el programa y espero que me estén viendo.

Tras el comentario, dedicó a la cámara una sonrisa encantadora, y continuaron el trayecto por Unter der Linden. Vicky le preguntó por su trabajo, y él se recreó explicando cada detalle de la Nueva Red Eléctrica de Berlín. Cuantas menos cosas interesantes dijera hasta que llegaran al punto donde se encontraba Cora, más posibilidades había de que cortaran esa parte durante el proceso de edición, y no las posteriores, que eran las verdaderamente importantes para su plan.

Para cuando alcanzaron la Isla de los Museos, ya había hecho buenas migas con Vicky y con el hombre calvo. Se había permitido el lujo de contar un par de vivencias divertidas que le sucedieron al poco de mudarse a Berlín, y todo parecía desarrollarse según lo previsto. La productora se mantuvo todo el trayecto en la caravana, siguiéndoles siempre algunos metros por detrás, atenta seguramente a todo lo que se decía a través de los micrófonos.

La Isla de los Museos era la penúltima parada, y Óliver supo que había llegado su momento. No era ni mucho menos un espectador frecuente del programa, pero Cora, que sí lo era, le había explicado que lo habitual en *Exiliados* era que en mitad de la grabación se presentara a alguien que el protagonista había conocido en la ciudad en cuestión. La mayoría de las veces era, o bien la pareja, o bien un amigo, a quien la presentadora solía aprovechar para preguntar cómo se habían conocido. Ese fragmento del programa, según le había contado Cora, nunca lo cortaban, pues era el más divertido. Perfecto para los intereses de Óliver.

—Por aquí llega mi amiga Cora. Es alemana, pero habla un poquito nuestro idioma.

El cámara se giró sobre sí mismo para enfocar la GoPro hacia donde había señalado Óliver. Desde la Antigua Galería Nacional, Cora se aproximaba a paso ligero contra el viento.

—Encantados de recibirte en *Exiliados*, Cora. —Vicky se expresaba casi a gritos y pronunciaba más lento de lo normal, estirando un tanto las sílabas—. Cuéntanos, ¿desde cuándo conoces a Óliver?

—Nos conocemos desde su primer día en la empresa. Soy la secretaria del departamento donde trabaja.

La joven se dirigía alternativamente a la cámara y a Vicky. Óliver estaba a su lado.

—¿Vivís juntos?

Las mejillas de Cora adquirieron un tono rosáceo.

—¿Qué? No, no... solo somos amigos.

—La vida de Cora es asombrosa —intervino Óliver, que no quería dejar pasar la oportunidad—. ¿Veis el pañuelo rosa que lleva al cuello? Casi nadie en España conoce el motivo.

Señaló la prenda.

—Cuéntanos, Cora, ¿cuál es la historia de ese pañuelo rosa?

A Óliver le llamó la atención el hecho de que Vicky utilizara tanto la coletilla «cuéntanos».

—Pues, a ver... resulta que en los últimos años se han multiplicado los casos de violencia machista en Alemania —explicó Cora, ahora con semblante serio—. No solamente asesinatos cometidos por hombres a sus respectivas mujeres, sino también violaciones. Niñas menores de edad que son asaltadas por bandas callejeras, casi siempre de origen eslavo, y son violadas incluso a plena luz del día. Ser mujer en este país se ha convertido en un peligro de muerte.

El cámara acercó la GoPro a la cara de la joven, y Óliver se imaginó cómo quedaría a través de la pantalla de un ordenador: un primer plano de lo más conmovedor. El testimonio de Cora iba a convertirse en un éxito de audiencia.

—El Ministerio de Defensa está tomando medidas, pero no son suficientes. Por cada asesino o violador que entra en prisión, aparecen tres más. Además, las penas son muy cortas. A los diez años, como mucho, esos cerdos volverán a salir y continuarán su acoso al género femenino. —Cora se agarró el nudo del pañuelo con fuerza—. Esta prenda es un símbolo de castidad que muchas mujeres hemos elegido llevar voluntariamente para demostrar nuestro odio hacia los hombres. Preferimos seguir una vida sin placeres sexuales antes que aceptar vivir con el miedo a ser maltratadas por nuestros propios

maridos. Quiero dejar claro que no somos una secta, ni tampoco un grupo revolucionario, ni nada de eso. No hacemos daño a nadie ni exigimos nada. Simplemente somos un sector social que, por su propio bien, ha tomado un camino distinto al de la mayoría.

—Pero, ¿no es el pañuelo una provocación para esos violadores que andan sueltos por las calles?

—Toda reivindicación conlleva riesgos —aseguró Cora con la barbilla en alto.

—Entiendo —dijo Vicky, que no parecía estar dispuesta a soltar el tema de conversación—. Pero Óliver es un hombre.

La joven titubeó.

—No entiendo.

—¿A él también lo odias?

Cora se rio. Óliver la observó con expectación.

—Óliver no es como los demás hombres —dijo ella—. El hecho de portar este pañuelo no significa que tenga que detestar a todos los tíos del planeta.

Tras el comentario, agarró a Óliver del brazo y lo acarició por encima de la camisa.

—Ya son cientos las mujeres que pertenecen a la asociación del pañuelo rosa —añadió él, e inmediatamente el objetivo regresó a su rostro—. De hecho, esta misma semana, una pequeña delegación viajará en avión a Madrid para dar una conferencia sobre su iniciativa, ¿verdad Cora?

La miró, como cediéndole el testigo.

—Así es —continuó ella—. El viernes tengo previsto viajar con algunas compañeras. Es el primer viaje que hacemos al extranjero, estoy muy emocionada.

—Saldrán del aeropuerto de Schönefeld a las tres y media de la tarde. —Óliver acompañó la frase llevándose la mano derecha al pecho—. Lo destaco por si alguien en España desea ir a recibirlas al Adolfo Suárez.

Nada más terminar la frase, Óliver se pasó la palma de la mano por la boca con disimulo. Se aseguró de que la GoPro enfocaba sus uñas. Tenía pintadas de color verde las de los dedos anular y corazón.

Casi un cuarto de hora más tarde, los cuatro habían llegado a Alexanderplatz, siempre seguidos de cerca por la caravana del equipo de grabación.

—En esta famosa plaza nos despedimos de nuestro protagonista de hoy —anunció Vicky dirigiéndose a la cámara—. Hemos aprendido mucho contigo, Óliver. Y muchas gracias a ti también, Cora. Ha sido un placer conocer tu historia.

Ella asintió con una sonrisa.

Óliver, por su parte, se volvió hacia Vicky, que se había situado tras la cámara, de forma que, al hablarla, era como si se dirigiera a los espectadores. Se imaginó a todos los miembros de la *tribu* escuchándole tras la lente de la GoPro.

—Ha sido una experiencia fantástica.

—¿Te gustaría volver a España algún día? —le preguntó Vicky. Cora le había explicado que siempre terminaban los programas con la misma cuestión.

—En absoluto —dijo—. Me he aclimatado del todo a este país. Aquí tengo trabajo, amigos y un estilo de vida que me gusta. —Se amasó el lóbulo de la oreja derecha—. En España pueden estar tranquilos, no tengo pensado volver.

Acto seguido, Vicky pasó a despedirse de los espectadores y cerró el programa. En cuanto el cámara cortó, la productora salió de la caravana, que estaba estacionada a pocos metros de ellos. ¿De dónde demonios había salido?

—Un programa fantástico. —La mujer ya le estaba quitando el micrófono de la camisa.

—¿Cuándo se emitirá? —quiso saber Óliver.

—Mañana por la noche en nuestra web.

Asintió conforme.

—Esto ha sido todo. Muchas gracias por aceptar participar, Óliver.

Cuando el vehículo desapareció tras un gran hotel que delimitaba la plaza, Óliver y Cora se metieron en una cafetería que había en los bajos de un centro comercial. El sitio era moderno y amplio. En una mesa situada al fondo, Sebastian los estaba esperando mientras tomaba café y tarta.

—Te he traído lo que me pediste. La verdad, chaval, me tienes desconcertado —le dijo Sebastian mientras le tendía una mochila y una funda de portátil por encima de la mesa.

Óliver, ignorando sus palabras, inspeccionó el interior de la mochila. Giró el cuello para dedicarle a Sebastian una sonrisa traviesa. En la mochila había un kit completo de maquillaje profesional, varias pelucas muy realistas, y un espejo. También encontró el pasaporte falso de una mujer de cuarenta y seis años llamada Gerda Kauffmann.

—Joder, es perfecto. Gracias.

—Te tiembla la voz —dijo Cora.

—Ya lo sé. Estoy... nervioso.

Cora y Sebastian se miraron contrariados.

Óliver extrajo su viejo ordenador portátil de la funda y se conectó a la wifi gratuita del local. Se deslizó hacia una esquina de la mesa de forma que sus amigos no pudieran ver la pantalla del ordenador, e introdujo las credenciales para acceder al foro convertido en Jasper. Nadie de su vida *normal*, ni siquiera Cora y Sebastian, podían conocer sus secretos en la red.

Escribió un mensaje público y lo envió.

Amigos de España: mañana por la noche saldré en un programa de Internet llamado *Exiliados*. Para mí es MUY IMPORTANTE que dediquéis unos minutos a verlo. POR FAVOR.

Óliver suspiró. Estaba tan ensimismado que no vio cómo Cora y Sebastian se miraban de reojo, seguramente preguntándose si todo iba bien.

Después dejó programada una alarma a las 21:00 de esa misma tarde. Necesitaba contactar con Lando Calrissian. Como pasaba con el resto de la *tribu*, no lo conocía en persona, pero era de los pocos de quien se fiaba. Se había ganado su confianza a base de actuar en el foro durante los últimos años.

Resopló, vaciando sus pulmones de aire. En el otro lado de la mesa, Cora y Sebastian bebían café como dos adictos.

Bloqueó el ordenador y se dirigió a la barra a pedir un zumo. A su regreso, la pequeña mesa de cafetería parecía la de una sala de interrogatorios.

—Necesitamos saber lo que estás tramando —dijo Cora. Lo observaba con el entrecejo arrugado.

Óliver bebió el zumo de dos largos tragos.

—¿Para qué me has hecho reunir lo que hay en esa mochila? —Ahora era Sebastian quien le acorralaba—. ¿Quieres contarnos algo?

—En realidad, sí.

Cora lo observaba con los ojos muy abiertos.

—¿Y bien?

¿Debía decírselo? No tenía elección, en realidad. Se inclinó sobre la mesa para ser entendido sin necesidad de hablar en voz alta.

—El viernes voy a montarme en el avión que os llevará a ti y al resto de Pañuelos Rosa a España.

Sebastian dio una sonora palmada que acompañó con un «¡JÁ!» Algo en esa carcajada rezumaba euforia.

Los ojos de Cora se habían quedado clavados en los suyos. Unos ojos inmensos, coloridos y, en ese instante, colmados de sentimientos.

—No puedes entrar en España sin ser arrestado —dijo—. ¿Cómo piensas hacerlo?

Si tuviera que contestar a su pregunta, la respuesta sería demasiado complicada. Estarían allí hasta que cerrara la cafetería. Empezó con una certeza que le había rondado la cabeza desde que terminara la grabación del programa:

—Si te digo la verdad, no tengo ni la más remota idea.

Martes. 21:00.

En línea: Jasper; Lando Calrissian.

LANDO CALRISSIAN: Hola. He leído tu mensaje. ¿Vas a salir en Internet?

JASPER: Sí, ya verás las señales.

LC: ¿Qué señales?

J: Ya las verás. Voy a necesitar tu ayuda.

LC: ¿Para qué?

J: Para volver a España. Cuando veas el programa, lo entenderás todo.

LC: OK. ¿Qué necesitas?

J: Que contactes con todo miembro de la tribu que resida en Berlín y alrededores. Especialmente trabajadores del aeropuerto.

LC: ¿Qué quieres que les diga?

J: Solo asegúrate de que ven el programa de mañana. Si lo necesitas, ofréceles pasta. Pago bien.

LC: Espero que sepas lo que estás haciendo.

J: Yo también.

Capítulo 11

Al día siguiente del incidente en la sala de interrogatorios de comisaría, Lucas había organizado una comida en su casa. Tena le había dado el día libre para olvidar lo sucedido con Fálagan, y, al parecer, Lucas quería corresponder a su detalle. Tena y Gabi, que habían quedado para acudir juntos, se disponían a llamar al timbre.

La vivienda de Lucas se encontraba a las afueras de Torrelavega, en la carretera que conducía a la costa. Era de una sola planta, con garaje adosado, y una chimenea que asomaba por el tejado con su correspondiente hogar en el salón. Solamente un columpio destacaba en las hectáreas de vegetación que rodeaban la casa.

—Cojonudo, habéis traído cervezas —dijo el anfitrión tras abrir la puerta y fijar su mirada en las latas que sujetaba Gabi.

—Y costillas. —Tena levantó una bolsa de plástico con el logotipo de una carnicería—. ¿Te apetece carne?

Lucas sonrió, como si el gesto fuera respuesta suficiente. Se había afeitado, se le veía aseado, y su cara no presentaba muestras de cansancio, como Tena esperaba. Parecía de buen humor.

Les invitó a pasar y los tres se colocaron en torno a la barra americana que separaba la cocina, moderna y funcional, del salón, que tenía el aspecto de una exposición de antigüedades.

—Vaya, no hay pantalla de pared —se le escapó a Gabi en voz baja nada más entrar.

Lucas era uno de los pocos que quedaban sin pantalla de pared. En su lugar, conservaba su televisor de treinta y dos pulgadas de siempre, que en ese momento estaba emitiendo un documental sobre los neutrinos. El salón estaba vigilado por la persistente mirada de Sasha, cuyo retrato reinaba sobre la habitación proyectando un aire fantasmal. Era un retrato sencillo, en tonos apagados, de una niña pequeña cuyo cabello rubio, casi plateado, constituía el marco perfecto para unos ojazos que seducían a través del cristal. Una auténtica preciosidad, tal y como lo había sido su madre. Su mirada pálida, engañosamente dulce, parecía querer decir: «Tened cuidado. El mundo es un lugar despiadado que te cobija en sus brazos para, al poco tiempo, infectar tu cuerpo de muerte y sumirlo en la más endiablada oscuridad.» A Tena siempre le había llamado la atención la cantidad de fotografías que había distribuidas por el piso. Sasha era la protagonista de todas ellas. Era una niña muy fotogénica, lo había sido desde bebé. Tena recordaba la primera vez que Lucas lo invitó a su casa en la fiesta de inauguración, aproximadamente hacía un año. Le sorprendió el hecho de que la madre de Sasha no figurara en ninguna fotografía. Después de muchas otras visitas, había llegado a la conclusión de que seguramente Lucas no quería revivir el dolor de su muerte en su propia casa. Nunca se lo había preguntado.

Enseguida se pusieron a hablar sobre lo sucedido el día anterior en comisaría. Fue el propio Lucas quien sacó el tema.

—Fue algo inesperado, Gabi. Una puta locura —explicó mientras buscaba un cuenco grande entre los armarios de la cocina. Cuando lo encontró, lo llenó de patatas fritas y lo dejó sobre la barra.

—Entonces, ¿ese hombre te quitó la pistola y se suicidó, así, sin más? —quiso saber la policía, que había cogido un puñado de patatas.

—Fue cuestión de un segundo. Como un relámpago. ¡Pam! —Lucas golpeó la encimera con la palma de la mano—. Se fue la luz, y entonces aprovechó que yo no lo veía para levantarse, sacar mi pistola de su funda, y pegarse un tiro en la boca. Supongo que tuvo suerte —hizo el gesto de entrecomillado con las manos— de que se produjera el apagón, pero el tío lo tenía todo muy bien pensado.

Tena y Lucas se quedaron mirando la reacción de Gabi, que parecía pensativa. Se dirigió a Tena:

—¿Tú no viste nada?

—Todo se volvió oscuro. Tan solo podíamos escuchar lo que pasaba en el interior. Sucedió todo muy rápido, de todas formas.

—¿Se sabe qué leches produjo el apagón? —preguntó Lucas.

Tena se encogió de hombros.

—Es muy raro que en una comisaría se vaya la luz así como así —dijo—. En mi opinión, alguien lo provocó.

—¿Quién haría eso?

—Lo están mirando. El comisario ha abierto una investigación. Esta mañana iban los de la compañía eléctrica. Supongo que pronto tendremos noticias.

Lucas asintió lentamente, como si estuviera tratando de asimilar una idea profunda. Después se dirigió al armario y cogió tres patatas y una fuente de cristal grande. Mientras el horno se precalentaba, echó un chorro de aceite en la fuente, peló y troceó las patatas en forma de cubos, y los esparció sobre el aceite con una pizca de perejil por encima. Añadió un chorro de vino blanco, incorporó las costillas que había traído Tena, y metió la fuente al horno. Durante la espera, se sentaron en el sofá, de cara a la televisión, cada uno con su lata de cerveza. A través del ventanal, podía verse la verde llanura que se extendía hasta un pinar que dominaba la subida de la sierra. En el límite del valle se divisaba otra edificación aislada, solo que ésta tenía toda la pinta de estar abandonada. Aparte de eso, el paisaje no ofrecía nada que llevara la firma del ser humano.

Cuando Lucas hizo crepitar los troncos de la chimenea, fue como estar de repente en un caserón del siglo diecinueve.

Algo maulló cuando Gabi se fue a sentar. Sobresaltada, ésta se quedó mirando el cojín, debajo del cual un gato salió disparado. El felino se esfumó por el pasillo y no volvió a dejarse ver en toda la tarde.

—¿Y ese gato? —preguntó Gabi, con una entonación que parecía añadir «me suena».

—Es el de Teodoro Simón —explicó Lucas—. Un animal estupendo. El pobre no tenía dónde vivir, así que lo he acogido.

—Me parece muy bien —apuntó Tena.

—Hablando de Simón. —Gabi dio un trago a la lata de cerveza—. Esta mañana me han pasado los resultados de los análisis de huellas y ADN de su casa.

—Bien, la sustancia —dijo Lucas, relamiéndose los labios.

—No han encontrado nada, más allá que alguna que otra evidencia de nuestros zapatos, claro, además de pelos y pisadas de gato.

Tena y Lucas la observaron decepcionados.

—Por otro lado —continuó—, también tengo los resultados del ADN encontrado en casa de Goiria.

—Dispara —instó Tena.

—La sangre seca que encontraste en el granero es de perro.

Lucas se levantó del sofá con los brazos en jarra.

—Maldita hija de p...

—Tranquilo. —Con un gesto, Tena interrumpió al anfitrión—. Continúa, Gabi.

—Los de balística están casi seguros de que el disparo fue realizado con una nueve milímetros.

—Un clásico. ¿Algo más?

—Por ahora, nada más.

Tena dio el último trago de su lata, que quedó vacía, y cambió de postura en el sofá. Minutos antes, durante el trayecto en coche, Gabi le había puesto al día sobre lo último que había recopilado sobre Goiria. Una divorciada solitaria que se refugiaba en aquel viejo caserón. Se ganaba la vida como dependienta en una carnicería del pueblo, aunque lo que más le gustaba era la caza; según los vecinos de la zona, todos los fines de semana metía a su perro en el maletero y se perdía en el monte. Eso explicaba los rifles de caza que guardaba en el granero, así como la necesidad de tener siempre perros rastreadores en casa. Ahora que sabían que la sangre del granero era de perro, dudaba mucho que Goiria fuera una amante de los animales. Los utilizaba como meras herramientas, y después, cuando ya no le servían, seguramente los mataba.

En general era muy activa en internet, como ya sabían. Una mujer bastante agresiva que, al igual que ocurría con Simón, odiaba al Grupo y a Shapiro de manera irracional. Las últimas semanas, en concreto, se la había visto rondando la sierra de Ámbar acompañada de su galgo. Dato más que curioso, teniendo en cuenta que vivía a más de media hora de distancia en coche de allí. ¿Estaban estas excursiones vinculadas a la obsesión de Goiria y Simón con el paradero de Shapiro?

Aparte de eso, Gabi no había podido averiguar nada más. Al parecer, no era ese foro un sitio donde se aireara la vida privada o las motivaciones de cada uno.

El policía tenía la sensación de que, entre toda la información de última hora, había algo que se le estaba escapando. Atribuyó a la cerveza el mérito de su incapacidad para razonar, y se propuso darle una vuelta cuando estuviera más sereno.

El dispositivo móvil de Gabi vibró sobre la mesita. Los tres se quedaron mirando la pantalla. «Tito», ponía, y al nombre del llamante le acompañaba un corazón rojo. Gabi se apresuró a rechazar la llamada, y su tono de piel se volvió rosáceo, a la vez que sus ojos evitaban cruzarse con los de sus compañeros. Tena, extrañamente sorprendido por un fuerte e incómodo palpar, se fijó en que los orificios de la nariz de Lucas se habían ensanchado. A juzgar por su mirada, podía adivinar lo que su compañero estaba pensando: «joder, Gabi, estás casada.»

—Eh, mirad qué películón está empezando —dijo ella, como ansiosa por cambiar de tema.

El documental sobre los neutrinos había concluido, y lo que se estaba emitiendo ahora eran las primeras escenas de *El Padrino*.

—Nunca llegué a ver esta película —dijo Tena.

—Es una película brillante, en especial la escena final. —El color de Gabi estaba volviendo a su palidez habitual.

—¿Qué pasa al final?

—Es una escena muy rápida que plasma la transformación completa de Michael Corleone como Don de la Mafia. Durante el bautismo de su sobrino, Michael, como nuevo Don, ordena la muerte de los líderes de las demás familias, que se encuentran en guerra. Lo hace para demostrar su poder, pero sobre todo por venganza, pues unas escenas antes habían estado a punto de asesinar a su padre. Entonces, mientras transcurre el bautizo, se

van preparando cada uno de los asesinatos. Así es como, en un fabuloso juego de imágenes, se muestra a Michael Corleone ganando la guerra de mafias mientras renuncia a toda maldad. Acepta el sacramento del bautismo como la purificación de los pecados, a la vez que el bebé, Michael Rizzi Corleone, se convierte en su ahijado. Vemos la inocencia del bebé y la violencia de los asesinatos a sangre fría a manos de matones a sueldo. El bautismo, la renuncia de todo lo malo, y al mismo tiempo, el poder de acabar con varias vidas con solo esbozar una mueca. La escena se vuelve bastante impactante. —Gabi se incorporó y se puso a recitar con cierta gracia—: «Michael Francis Rizzi, ¿renuncias a Satanás?», «renuncio a él», «¿y a todos sus trabajos?», «¡renuncio a ellos!» —Imitaba el delicado susurro de Al Pacino como Corleone—. Se me pone la piel de gallina.

—¿Y después? —quiso saber Tena, fascinado por la imprevista demostración de desvergüenza de su compañera.

—Michael Corleone se afianza como líder de una de las familias más poderosas de la Mafia y culmina su ansiada venganza. Es un final perfecto para una película perfecta, en mi opinión.

El horno emitió un pitido.

—Las costillas están listas —anunció Lucas con aire ausente—. Comamos.

Un par de horas más tarde, una vez acabaron con las costillas, Marcos Tena estaba en el estudio de su casa, revisando el mensaje de correo electrónico sobre Teo Simón que había recibido de Gabi. También aprovechó para actualizar la recopilación de datos con las últimas noticias que les había avanzado Gabi en la comida. Albergaba la esperanza de descubrir algo significativo que se le hubiera pasado por alto hasta entonces.

La luz anaranjada del viejo flexo iluminaba los dos papeles de cuaderno con los símbolos trazados:

—1/\5

Era evidente que ambos recortes pertenecían al mismo mensaje, o al menos, los había escrito y dejado la misma persona: Hermes. Dicha afirmación conducía a una conclusión que dejaba dudas: si David Fálagan era el asesino de Eukene Goiria, entonces también lo era de Teodoro Simón. En ese caso, estando Fálagan muerto como estaba, ¿podía decirse que la sucesión de asesinatos había concluido? ¿Estaba el caso cerrado?

Negó con la cabeza.

Había cosas que seguían sin cuadrar. Si Fálagan asesinó a Goiria, ¿cuál era su móvil? ¿Tenía alguna razón para acabar con la vida de Simón? Y la pregunta que más le seguía atormentando: ¿qué demonios significaban los mensajes?

Se frotó las sienes con las yemas de los dedos y contempló embobado el póster acristalado que tenía colgado en la pared; los británicos Benedict Cumberbatch y Martin Freeman —con quien más de una vez le habían encontrado cierto parecido físico— posaban en una actitud muy promocional para la que era su serie de detectives favorita de todos los tiempos. Podía sentir cómo el alcohol de las cervezas todavía corría por su organismo, así que lo mejor sería despejarse y pensar en otra cosa. Encendió su portátil, accedió a la página de películas bajo demanda y pagó dos euros y noventa y nueve céntimos por *El Padrino*. No le apetecía dedicar más de dos horas a ver el metraje completo, de modo que avanzó hasta la escena final: el bautizo de Michael Francis Rizzi.

La toma era impactante, pero Tena no entendía casi nada. Durante la escena, pensó en Gabi. Se le dibujó una sonrisa al recordarla recitando los diálogos, que efectivamente se sabía de memoria, de esa manera tan graciosa. Se dio cuenta de que había empezado a apreciarla. Quizá más de lo que un hombre casado debería apreciar a otra mujer. La sonrisa se le borró de súbito, siendo sustituida por una línea inexpressiva que terminaba con arrugas en las comisuras de los labios. Acababa de asimilar que estaba casado con una mujer que no podía darle ni la mitad de felicidad que un hombre necesita. ¿Iba a ser así toda la vida? ¿Se esforzaría por seguir amando a Emma cuando, en realidad, cada día que pasaba se hacía más difícil volver a casa? Su ánimo se derrumbó todavía más al argumentar que, de acuerdo, ahora podía ser Gabi la chica del momento, pero en el futuro habría muchas otras mujeres tan interesantes como para seducirle. ¿Podía estar toda una vida evitando ese tipo de tentaciones? Y de ser así, ¿era esa una actitud inteligente?

Estos dañinos pensamientos dieron paso a la llamada que Gabi había recibido de ese tal Tito. Ella se había quedado totalmente avergonzada. Tena no conocía a su marido, pero, a los pocos días de entrar en comisaría, ella les había contado que se llamaba Javier y que tenían dos gemelos de cinco años.

«¿En qué lío te estás metiendo, niña?»

La idea de imaginarse a Gabi con otro hombre a espaldas de su marido, aunque dolorosa, hizo que prendiera una mecha en su cerebro.

¿Cómo había sido tan estúpido?

Su primera reacción fue ir a hablar con Lucas para explicarle su nueva teoría, pero entonces pensó que debería visitar otro lugar previamente. Buscó en el ordenador la ficha de Fálagan y apuntó su dirección postal en la tableta. Acto seguido apagó el flexo, comprobó que Emma continuaba dormida, y salió de casa.

El viento había cambiado y era más fresco. Aparcó el Lexus frente al portal donde vivían los Fálagan. Le pillaba a unas pocas calles de su casa y de camino hacia el chalet de Lucas, de modo que no necesitó desviarse. Tomó el ascensor para acceder al quinto piso y llamó a la puerta.

Una mujer de mediana edad, vestida con ropa de andar por casa, tardó en abrir.

—¿Qué quiere? —Su voz cansada complementaba su imagen.

—¿Es usted la señora de Fálagan?

—Sí.

—Mi nombre es Marcos Tena y soy agente de policía. Quisiera robarle cinco minutos para hacerle algunas preguntas, si no le importa.

La mujer lo estudió de la cabeza a los pies con la pereza de quien recibe la visita de un vendedor de enciclopedias.

—Adelante —dijo, y cuando Tena había dado dos pasos, volvió a cerrar la puerta con desmesurada delicadeza.

Se quedaron de pie en medio del salón. Al fondo de la habitación, haciendo punto en una mesa que estaba sumida en la penumbra, se hallaba una anciana con aspecto de escarabajo arrugado.

—En primer lugar, siento lo de su marido —dijo Tena, que acababa de encender su tableta.

Ella asintió automáticamente con la cabeza, como si fuese la milésima vez que le daban el pésame.

—¿Le importa que registre la conversación?

—Como quiera.

—Bien. Hábleme de él.

—¿Qué quiere saber?

Tena se detuvo un segundo para pensar la pregunta.

—¿Era un buen padre?

—Sí, bastante bueno. A veces demasiado entregado a sus cosas, pero, en fin, se trata de un hombre, ¿no? Supongo que es normal.

Tena esbozó una media sonrisa, pues no tenía muy claro cómo debía responder a ese comentario.

—¿A qué clase de cosas se refiere?

—Ya sabe. Fútbol, amigos... esas cosas.

El tono de la mujer era plano, pero había cierta tirantez en las arrugas de sus ojos.

—¿Le consideraría un hombre violento?

—No le habría hecho daño ni a una mosca.

Tena asintió. Necesitaba más preguntas, algún hilo del que tirar para obtener la información que buscaba.

—Trabajaba como fontanero, ¿correcto?

—Sí.

—¿Qué tal le iba?

—No nos podíamos quejar. Le dedicaba muchas horas, pero el negocio iba bien.

—¿Sabe si estaba metido en algún asunto político?

—Nunca me comentó nada. A decir verdad, pasaba bastante de todo eso.

—¿Era bueno con usted?

Tena se fijó en que el escarabajo arrugado interrumpió el punto para levantar la cabeza.

—Fue de más a menos —respondió la mujer de Fálagan con sequedad.

—¿Puede explicarse mejor?

—Durante los primeros años de casados era muy atento, fueron tiempos muy felices.

Después, de un día para otro, David dejó de prestarme atención. Coincidió con sus malditos viajes a Castro. —Hubo un destello de rabia en sus ojos—. Él me decía que eran por trabajo, pero a mí no me engañó ni siquiera la primera vez: siempre supe que me la estaba pegando con otra. Sin embargo, nunca me puso la mano encima, si es a donde usted quiere llegar.

Tena miró la tableta para comprobar que se estaba grabando todo.

—¿El señor Fálagan tenía despacho?

—No, solamente una mesa de escritorio en nuestro dormitorio.

—¿Podría verla?

Ella lo acompañó hasta la habitación y se quedó en la puerta mientras Tena inspeccionaba los muebles. La mesa de escritorio era muy simple, comprada en Ikea y con dos pequeños cajones. En ellos, Fálagan guardaba revistas de coches, unidades de almacenamiento externas para conectar al ordenador, y algún que otro disco *Blu-ray*. No encontró ningún cuaderno ni rotulador con el que hubiera podido escribir dos mensajes como los que él guardaba ahora en su propio escritorio. Tampoco se topó con ninguna pistola de nueve milímetros de calibre. Estaba en el dormitorio de un matrimonio perfectamente convencional.

Ya era de noche cuando abandonó el piso de los Fálagan y tomó la carretera comarcal que pasaba por casa de Lucas. Realizó el trayecto con el pie presionando el acelerador. Seguía sin cuadrarle el misterio de los mensajes cifrados, pero al menos había obtenido ciertas respuestas. Tenía ganas de compartirlas con su compañero.

Dejó el coche mal aparcado junto al límite de la parcela y llamó a la puerta. Probó una segunda vez, pero era como si a Lucas se lo hubiera tragado la tierra. «Vamos, tío, ¿dónde te has metido a estas horas?» Como el tercer intento resultó ser otro fracaso, optó por echar un ojo alrededor de la casa.

La oscuridad reinaba frente a él. Donde hacía unas pocas horas había un pinar y una casa abandonada, ahora no se veía más que una mancha negra. Palpando a ciegas, encontró el columpio. Se sentó en él y cerró los ojos mientras el balanceo lo transportaba a otro lugar. La brisa de la noche le acariciaba el rostro. Volvió a pensar en Gabi. Y en Alyssa. Sentía cierta lástima por ella, deseaba que las cosas le empezaran a ir mejor. Una luz se había encendido en una de las ventanas de la casa abandonada. ¿Seguía teniendo los ojos cerrados? Después, su mente dibujó las figuras muertas de Simón y Goiria. Cada uno asesinado a su manera, sin ningún patrón ni semejanza. La sangrienta marca con forma de plancha en el torso de Simón se estaba convirtiendo en el rostro de Ernesto Shapiro, cuando se oyó un crujido. Alguien había pisado una rama vieja. Abrió los ojos de golpe y regresó a la realidad. A su alrededor, todo continuaba a oscuras, así como la casa abandonada, que seguía oculta en la lejanía. Algo lo deslumbró desde un costado.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz.

A Tena le dio un vuelco el corazón. Sus pulsaciones bajaron cuando reconoció a Lucas con una linterna en la mano.

—Joder, Boss, ¿estás loco? Te habría disparado de llevar mi pistola encima.

Tena se levantó del columpio y trastabilló al pisar tierra firme. Se sentía un poco aturdido.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Dando un paseo. Oye, ¿va todo bien?

Tena esbozó una sonrisa pícaro.

—He averiguado cosas.

Ya en el interior de la vivienda, Lucas abrió la nevera y sacó dos latas de cerveza. Le ofreció una a Tena.

—No, no, gracias. Basta de alcohol por hoy.

—Como quieras.

Se sentaron en la barra americana, uno frente al otro.

—He estado en casa de los Fálagan —explicó Tena.

—Hay que ver la moral que tienes. ¿Qué tal su mujer?

—Es una casa algo deprimente. Según he cruzado la puerta ya estaba deseando irme.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que David Fálagan iba a Castro con regularidad. Su mujer sabía que se la estaba pegando con otra.

Lucas lo miró de soslayo.

—¿Con Eukene?

—Premio.

El más joven se llevó la lata a la boca. En su delgada garganta, la nuez puntiaguda hizo un movimiento de sorprendente rapidez arriba y abajo y la cerveza desapareció.

—¿Puedes demostrar eso?

—Hay más pruebas que avalan la teoría.

Lucas se inclinó sobre la barra como diciendo «te escucho».

—El otro día, cuando visitamos la casa de Eukene, me fijé en que había una huella en la hierba, cerca de la puerta, del tamaño de una persona. Opino que ella, al verlo llegar desde la ventana, salió de su casa para recibirlo. Entonces, él la mató allí mismo, en el patio, haciéndola caer sobre el césped, y después la trasladó hasta el vestíbulo para que

nadie viera el cadáver. O puede que la dejara sin conocimiento y la disparara a bocajarro una vez dentro de la casa. No importa. El caso es que Eukene salió a recibirlo, es decir, se conocían.

Lucas se quedó callado, mirando a diferentes puntos de la encimera y a ninguno en particular. Se aseguró las gafas sobre la nariz antes de hablar.

—Impresionante.

Tena no respondió al halago.

—Entonces —resumió Lucas—, si Fálagan se la beneficiaba, ¿por qué quería matarla?

Casi no había terminado la frase cuando le cambió la expresión. Se le habían quedado los párpados completamente abiertos.

—El texto del blog... —reflexionó al aire.

Tena sonrió como un profesor que observa que, por fin, su alumno ha llegado al fondo de la cuestión.

—No lo escribió Eukene. —Tena terminó la frase que había comenzado su colega.

Lucas se apeó del taburete y corrió a por su móvil con la cerveza aferrada. Buscó el mensaje y lo releyó en voz alta:

«La puta sociedad está definitivamente enferma. El Grupo nos aseguró civismo y seguridad en las calles, pero los clanes, la mafia y los freaks están invadiendo las ciudades como si fueran una plaga de insectos.

Una plaga silenciosa e implacable.

El Grupo nos prometió un mundo ideal, pero esto se va a la mierda. ¡Hay que actuar!

Contaré aquí mi última experiencia como ejemplo latente de que lo que digo es cierto:

Hace tan solo un rato he recibido la visita de un hombre. Ha llamado a mi puerta con los nudillos, y cuando he abierto, no ha dicho nada. Se ha limitado a reír de manera irracional y sin motivo. Ahí es cuando he caído en que seguramente tenía un problema mental, así que le he dado con la puta puerta en las narices. ¡Que se joda el tarado! No sé qué quería, pero espero no volver a verle. Tenía un aspecto triste. Era joven, diría que a punto de cumplir los cuarenta, calvo, con piercings en las orejas y los brazos llenos de tatuajes. Amorfo como una caricatura. Auténtica escoria humana. A decir verdad, puede que esté exagerando, al fin y al cabo, ya sabéis que me gusta recordar las cosas a mi manera, no necesariamente como hayan pasado. Pero eso es lo de menos. Lo importante es que no estamos seguros. El Grupo es el culpable de toda esta mierda y tenemos que pararles los pies.

¡Ahí está otra vez! Dios mío, el tarado ha vuelto. Acaba de aparcar su moto en mi jardín... Luego os cuento.»

Los dos hombres se quedaron mirando en silencio.

—¡Todo era una farsa!

—Exacto —dijo Tena, encantado de que su colega entendiera su teoría—. Eukene no pudo escribir ese texto, porque era la amante de ese tipo al que califica como «amorfo», «tarado», «escoria humana» y demás lindeces. Además, aunque realmente pensara eso de él, cosa que la convertiría en la amante más desagradecida de la historia, se refiere a Fálagan como si no lo hubiera visto nunca. —Se levantó e introdujo las manos en los bolsillos del pantalón—. No sé quién escribiría eso en el blog, pero es obvio que no fue Eukene.

—¿Es posible que fuera el propio Fálagan? Quizá supiera las contraseñas de Goiria, o puede que simplemente ésta tuviera su blog abierto en el momento de su muerte.

—Es una posibilidad.

—Pero, ¿con qué motivo haría algo así? —se preguntó Lucas—. El mensaje es un puto retrato robot de Fálagan. ¿Quería que le cogiéramos?

—Has llegado al mismo punto que yo. A partir de aquí, no sé continuar.

Lucas se plantó a medio metro de él y bajó su tono de voz, que pasó a ser neutro, casi impersonal.

—¿Y si no la mató Fálagan, y el verdadero asesino quiso hacernos creer que así fue?

—Pronto lo sabremos —fue la concisa respuesta.

—Joder, explícate.

Tena tragó saliva.

—Es muy sencillo. Si David Fálagan era de verdad Hermes, no tendremos más noticias del caso y todo habrá acabado aquí. Si es como dices y Fálagan era solo una marioneta, me temo que en unas horas aparecerá un nuevo cadáver.

Lucas se terminó la lata de cerveza de un largo trago. Las respuestas habían traído consigo nuevas y oscuras preguntas.

Nada más entrar en casa y escuchar el silencio acusador, reparó en que había dejado a Emma demasiado tiempo sola.

Subió los peldaños de dos en dos maldiciendo su maltrecho tobillo, que le hizo rechinar los dientes en un par de ocasiones. Jadeaba de dolor cuando alcanzó el marco del dormitorio.

—Has estado todo el día fuera, llegas muy tarde —dijo Emma al verlo. El nórdico le llegaba a la altura del cuello. Tenía los ojos rosáceos, como siempre que se pasaba el día llorando.

Tena quería decirle que no tenía derecho a hablarle en ese tono, que él no era el culpable de su desgraciado accidente, y que no comprendía lo duro que resultaba para él amar a una mujer que, no solamente estaba incapacitada, sino que ya no mostraba ningún tipo de afecto hacia su marido; que lo justo, lo que de verdad necesitaba, era poder salir a cenar con su mujer y, ¿por qué no?, también a bailar. Quería decirle que esa noche no le apetecía una mierda sentarse a leer *El señor de los anillos*, sino que se moría por encerrarse en su escritorio para lamerse las heridas y beberse un reserva que guardaba en la bodega, porque lo único que tenía en la cabeza en esos momentos era la sonrisa de Gabi, en la cual se había prohibido pensar. Eran las líneas del blog, el cráneo humeante de Fálagan y los odiosos papeles de cuaderno. Era el rompecabezas en que se había convertido su vida.

En lugar de decirle todo eso, se puso el pijama, cogió la novela de la mesilla y se sentó en su lado de la cama.

—*Gimli estaba apoyado contra el parapeto del muro. Legolas, sentado a sus pies, jugueteaba con el arco y escudriñaba la oscuridad.*

Después de ganar la batalla del Abismo de Helm, a Emma se le empezaron a cerrar los ojos. Tena estaba a punto de apagar la luz cuando ella lo miró muy fijamente. No lo hacía a menudo.

—¿Todavía me amas, Marcos?

Los labios de Tena se curvaron y comenzaron a temblar. Esas palabras acababan de mitigar todos los problemas por un instante.

—Claro. Nunca dejaré de amarte.

Ella sonrió, cerró los ojos y su respiración se fue ralentizando. Tena le dio un suave beso en la frente, apagó la luz de la mesita de noche y se metió entre las sábanas.

—Marcos.

—¿Sí?

—Lo siento, cielo.

—Duérmete, cariño.

Capítulo 12

Jueves 28 de septiembre de 2023

Esa noche, las estrellas estaban oscurecidas por un velo de bruma y la humedad se notaba hasta en los huesos.

Kiko Valbuena nunca había dejado el edificio desatendido en los cuatro meses que llevaba trabajando allí. «Será cosa de unos minutos», se aseguró para sí, mientras ponía tres candados en la cerca metálica. Era muy consciente de que, si surgiera el mínimo problema durante su ausencia, Paquito y Fernando harían que se le cayera el pelo.

Paquito era un buen hombre, quizá demasiado para tratarse del responsable de seguridad de la compañía de textiles más prestigiosa del país. Si se enterara de que la empresa había quedado desatendida, quizá se llevaría una decepción. Aun así, no lo despediría. Ese pringado no era capaz de poner a su mujer y sus hijos en vereda, así que mucho menos de despedir a un hombre por un simple *descuido*.

Valbuena zarandeo la cerca para cerciorarse de que estaba bien cerrada. Después se acercó a su coche, un viejo Citroën que había dejado aparcado cerca de la entrada trasera del complejo empresarial, y extrajo del maletero la pistola que había comprado esa semana en el mercado negro. Estaba cubierta por una manta de lana. La guardó en su funda de cuero, bajo el michelín, y se alejó del edificio.

A diferencia de Paquito, Fernando era un cabronazo. Su queridísimo agente de la condicional. Ese pijo hijo de puta lo odiaba. El mismo día que lo conoció, recién salido Kiko de la cárcel, Fernando se aseguró de dejar clara su postura respecto a su libertad: no le gustaba que revolucionarios como él, que quemaban contenedores de basura para que su mensaje sectario y revolucionario fuera escuchado, anduvieran sueltos por la calle. Nunca se lo había dicho —en realidad casi nunca hablaban—, pero Valbuena se habría jugado un brazo a que Fernando era un afiliado del Grupo que deseaba su reingreso en prisión.

La calzada brillaba por la lluvia que había caído durante la tarde. Doblando la segunda esquina, había una cabina telefónica. La única que quedaba ya en Ámbar. Valbuena se metió en ella y acercó el auricular a la oreja. Cada vez que los faros resplandecientes de algún coche se acercaban e iluminaban la zona donde se encontraba, contenía la respiración. ¿Estaría todo en orden en Price&CO?

Una voz masculina, neutral, habló por el auricular.

—Eres muy puntual.

—Gracias —dijo Valbuena, que de pronto no supo cómo hablar a alguien que no había visto nunca—. ¿Eres Lando?

—Así es.

—¿Qué quieres?

—Buzz Lightyear te conocía personalmente.

—Sí.

—Dijo que sabes dónde se esconde Ernesto Shapiro.

—Sé que tiene una casa a su nombre en la sierra.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace unos años coincidí con Shapiro en la cárcel. No nos veíamos a menudo, pues él tenía dinero y se movía por sectores de la prisión más... privilegiados. Pero le escuché hablar con un guardia. Presumía de ser el propietario de una casa vieja en el monte. Decía que no la quería para nada. Creo que intentaba chantajearlo.

—¿Qué hiciste para entrar en prisión?

—Me acusaron de maltrato. Esa zorra...

—¿Dijo dónde estaba esa casa?

—¿Qué?

—Shapiro. ¿Mencionó la ubicación de esa casa?

—Sí, recuerdo todos los detalles.

—Esta conversación no es segura —dijo Lando de pronto—. ¿Puedes ausentarte quince minutos más?

Giró la cabeza para observar la empresa. La esquina de ladrillo se interponía entre él y el edificio.

—Em... claro.

—Bien. Nos veremos dentro de cinco minutos junto al almacén de Bimbo, fachada oeste. Es la única calle de este complejo donde no hay cámaras y nunca pasa nadie.

—¿Vamos a hacerlo de una vez por todas?

—¿A qué te refieres?

Valbuena pronunció las siguientes frases en un tono cada vez más alto que, al final, se convirtió en un gimoteo, un susurro agresivo de pura furia:

—Encontrar a Shapiro. Secuestrarlo y utilizarlo de rehén. Declarar la guerra a esos cabrones. ¡Acabar con la dictadura!

Lando tardó tanto tiempo en responder que Valbuena creyó que se había cortado la llamada.

—Pronto acabará todo.

Los tonos regulares del teléfono indicaban que ya no había nadie al otro lado. Kiko estaba aferrado al auricular, con los nudillos sobresaliéndole como canicas, e inconsciente de que su frente estaba bañada en sudor.

Un par de minutos después, un rayo de luz de luna cruzaba el ancho de un callejón, proyectando su propia sombra en la pared del almacén de Bimbo.

El viento había enfriado su sudor, provocándole leves tiritonas. Justo cuando centraba la mirada en las agujas de su reloj, oyó unos pasos que chapoteaban en los charcos del otro extremo del callejón. A lo lejos se intuía una figura solitaria. Un hombre alto y encorvado.

El guardia de seguridad carraspeó y se preparó para conocer a Lando Calrissian en persona.

El aparecido caminaba lenta y torpemente, como si fuera a perder el equilibrio de un momento a otro.

Cuando la sombra se internó en el haz de luna, se detuvo. El corazón de Valbuena comenzó a latir con fuerza.

Ese no era Lando.

—¿Malick? —dijo en voz baja, aunque en mitad de ese silencio era como si gritara. Algo en el tono de su voz quería insinuar, «¿qué haces aquí, pedazo de idiota?»

Malick no contestó. Cuando se fijó mejor, Valbuena vio que tenía los pómulos brillantes y los ojos rojos. Las manos le temblaban.

—¿Qué te ocurre, chico? —Valbuena dio un paso adelante—. No puedes estar aquí. Escucha, tienes que irte, estoy esperando a una persona.

Como si se tratara de un muerto viviente, Malick continuó acercándose a él con la mirada vidriosa. Se detuvo cuando pudo contemplarlo desde arriba.

—Malick... ¿estás bien? —insistió Valbuena.

El lado izquierdo de la cara de aquel hombre se contrajo de pronto en una especie de espasmo. Esto se repitió unos segundos después.

Valbuena miró a su alrededor angustiado. Lando no podía verlo acompañado. Respiró hondo y se dio la vuelta.

El revés le golpeó en la nariz, con tal fuerza que lo proyectó contra la pared de hormigón antes de caer. Con la vista borrosa, se arrastró por el suelo intentando escapar, pero una patada casi le dejó sin conocimiento. Su cabeza se había convertido en un saco de boxeo.

Estaba bloqueado. Por su profesión, ya había lidiado antes con mendigos, alcohólicos y drogadictos en busca de problemas, pero siempre con la ayuda de su porra, y nunca pillado por sorpresa como ahora.

Las enormes manos de Malick estaban ahora encajadas en su cuello como dos tenazas.

—¿Qué cojones hac...?

Concluyó la frase con un gorgoteo. Las manos ejercieron fuerza hasta que un dolor intenso en la tráquea le impidió respirar. Intentó estirar los brazos para atacarle a la cara, quizá meterle los dedos en las cuencas de los ojos, pero Malick era demasiado corpulento; estaba fuera de su alcance. Latidos de sangre se le estaban agolpando en la yugular, impidiendo que el oxígeno le alcanzara el cerebro. ¡Aggghh...! Al procurar fijar la mirada en un punto, distinguió el rostro de un Malick fuera de sí; desprendía saliva por la boca y gimoteaba como un niño.

A la desesperada, agitó los brazos en molinillo, pero no impactó en ningún punto del cuerpo de Malick. A punto de morir como se encontraba, no pensó que, de haberlo hecho, no habría servido para nada; el tamaño de Malick y la poca fuerza que le quedaba jugaban en su contra. Tampoco pensó en la pistola que guardaba en la funda de cuero debajo de su michelín.

Kiko Valbuena ya estaba tendido sobre un charco, lívido y sin pulso, cuando el gigante Malick salió corriendo callejón abajo.

Si los ojos de Valbuena hubieran guardado algo de vida, habrían visto cómo alguien se agachaba para depositar un trozo de papel en el bolsillo de su uniforme oficial de guardia de seguridad.

Marcos Tena estaba distraído con un cubo de Rubik segundos antes de que ese tipo entrara por la puerta y barrieran la calma en comisaría, como haría una aspiradora con unos granos de azúcar. Era tarde y no quedaba casi nadie en el edificio, pero esa noche no tenía prisa por volver a casa; la cuidadora se estaba ocupando de Emma. Prefirió quedarse en la recepción jugando con el artilugio cúbico de colores.

El cubo de Rubik le había fascinado desde que era un niño. Le enseñaba que, al igual que ocurría con un caso, a veces es necesario retroceder, deshacer algo que parece evidente, para encontrar el verdadero camino hacia la solución del problema. Además, rotar caras de colores le permitía mantener la mente ocupada sin necesidad de pensar en su trabajo. Ni en el accidente de su mujer. Ni en Gabi.

Estaba recostado, con el cubo bailando entre sus manos y los pies apoyados en el mostrador. La puerta se abrió violentamente. Un golpe de aire frío se coló por el hueco por el que acababa de entrar ese muchacho tan alto. Vestía un jersey blanco de cuello de cisne y un pantalón negro igualmente sofisticado. La montura de las gafas, el reloj de oro y los zapatos brillaban por igual. Su rostro era la viva imagen del espanto.

Tena se incorporó dejando caer su juguete al suelo. No se llevó la mano a la pistola que siempre tenía ajustada en el tobillo.

—¿Está usted bien? —preguntó con tono conciliador mientras aproximaba la mano hacia el Ken de dos metros—. No tiene buen aspecto.

El joven se derrumbó. Rompiendo a llorar, se dejó caer en el mismo suelo de la recepción. Respiraba profundamente entre gimoteo y gimoteo, como si le estuviera costando decir algo.

—Acabo...

Tena rodeó el mostrador para hincar una rodilla en la baldosa y acercarse a aquel hombre. Le cogió la mano. Estaba caliente, blanda y desagradablemente húmeda.

—Tranquilo —dijo—. Dime, ¿cómo puedo ayudarte?

El gigantón levantó la vista hasta fijar sus inflamados ojos en los suyos. Parecía estar diciéndole con la mirada la misma fatalidad que iba a pronunciar a continuación:

—Acabo de matar a un hombre.

Una conocida sensación le recorrió a Tena el cuerpo de arriba abajo. Era la seguridad de que su instinto, una vez más, no le fallaba.

«Si David Fálagan no es el verdadero asesino, en unas horas aparecerá un nuevo cadáver», le había dicho a Lucas el otro día.

Hermes estaba vivo, y había vuelto a actuar.

Capítulo 13

Viernes 29 de septiembre de 2023

El murmullo constante de los motores del Airbus iba a volverle loco. Si miraba a su izquierda, la alfombra dorada que conformaban las nubes le impedía ver la tierra, escondida allá abajo; si giraba el cuello hacia la derecha, veía a Cora resolviendo un crucigrama. Como era habitual, la joven llevaba puesto su pañuelo rosa; la prenda se había convertido en un concepto inusual, casi perturbador. A excepción de Sebastian, que roncaba en el asiento más cercano al pasillo, todos los pasajeros de las filas de alrededor eran mujeres alemanas, de diferentes edades y estatus social, cuyos cuellos lucían el mismo tono fucsia.

Esa característica lo incluía también a él.

La aventura había comenzado un par de horas antes, en el aeropuerto de Schönefeld. Óliver hacía cola frente al control de seguridad esperando a que algo ocurriese. Estaba acompañado de Sebastian y la delegación completa del pañuelo rosa. Para ese momento, ya no era Óliver Morales, ambareño de veintisiete años empadronado en Berlín, sino que respondía al nombre de Gerda Kauffmann, muniquesa divorciada y en una recién estrenada cuarentena que viajaba a Madrid para divulgar la palabra de las Pañuelos Rosa. El arte de Sebastian con el maquillaje había provocado un resultado fantástico en su rostro, hasta el punto de convertirlo en alguien irreconocible, aunque Óliver no dejaba de preguntarse si las medias y los tacones eran realmente necesarios.

El verdadero motivo de su inquietud era lograr subirse al avión sin que le detuvieran. Desde que ocurrió el Suceso, la identidad de cualquier pasajero de un vuelo internacional con destino a España era comprobada mediante huella dactilar. Este test lo realizaba una azafata en el mismo momento de entrar en el avión. El disfraz y el pasaporte falso quizá podían burlar las puertas de seguridad y darle acceso a la terminal, pero nadie podía sustituir su piel por la de otra persona.

Asumiendo el plan como una subdivisión de pequeñas pruebas que debía superar, había pasado la primera sin demasiados problemas. El detector de metales había jugado en su favor al no pitar cuando atravesó el marco de seguridad, y, por supuesto, ningún agente lo había cacheado. A Óliver le pareció detectar un brillo singular en los ojos de la mujer de piel rosácea que había comprobado su pasaporte antes de dejarlo pasar. ¿Estaría aquella mujerzuela al tanto de todo? En ese caso, ¿qué miembro de la *tribu* habría contactado con ella?

«Bravo, Lando.»

Lo único que importaba ahora era cómo demonios iba a superar la segunda prueba: el lector de huellas dactilares.

Quedaba media hora para que abrieran la puerta de embarque. Si no ocurría nada inesperado en ese tiempo, podía dar su plan por fracasado. Si hacía caso a un parco

mensaje privado que había recibido de Lando justo antes de salir de casa, se suponía que ese «algo inesperado» tenía que ocurrir en el aseo más cercano a la puerta de embarque del vuelo a Madrid.

Las medias le estaban empezando a picar.

En cuanto se acercó al aseo para rascarse los muslos, alguien apareció de la nada y le colocó una bolsa en la mano. Cuando alzó la vista al espejo, descubrió que detrás de él había un hombre vestido como los trabajadores de pista del aeropuerto. Un rubio corpulento de cara ancha y ojos diminutos. «Ponte esto y sígueme», pronunció, en alemán cerrado, como si estuviera escupiendo la cáscara de una pipa. Después, el teutón abandonó el cuarto de baño sin volver la mirada. Óliver obedeció a aquello que en realidad no era una petición, y se encerró en un compartimento privado para ponerse lo que resultó ser el segundo disfraz del día: un uniforme similar al que llevaba puesto el desconocido. Guardó la ropa de Gerda en la bolsa y suspiró aliviado por dos motivos: el primero era que alguien, posiblemente Lando Calrissian, había convencido (o pagado) al adusto alemán para que lo ayudara; el segundo era que podía continuar por un tiempo sin las medias ni los tacones.

Al regresar a la zona de embarque, atisbó al germano entre la multitud; estaba esperándole junto a una puerta de emergencia. Óliver caminó lo más despreocupadamente que pudo fingir y se reunió con él.

La puerta de emergencia daba a unas escaleras metálicas de seguridad que descendían dos pisos. Cuando atravesaron una segunda puerta de emergencia que había en el piso inferior, el viento los abofeteó.

Se encontraban en la zona de estacionamiento de aviones del aeropuerto.

Aquello se parecía a las películas de guerras espaciales que había visto cuando era adolescente. Pequeños vehículos monoplane iban y venían por la pista entre los monstruosos contenedores metálicos con alas que eran los aviones. A lo lejos, los motores de las aeronaves que despegaban y aterrizaban colmaban el ambiente de un ruido ensordecedor.

El alemán estaba a su lado mirándolo todo con especial atención, hasta que pestañeó y gritó:

—¡Deprisa, por aquí!

Óliver lo siguió por la pista contra el viento. Tenía las manos heladas y los ojos acuosos. Mientras se esforzaba por no quedarse atrás, se preguntó si la gente lo estaría viendo a través de los ventanales de la terminal. ¿Estaba llamando demasiado la atención?

Trastabilló y cayó de bruces dando un grito de dolor. «¡Vamos!», le gritó su guía, a quien no parecía importarle el sufrimiento de Óliver. Cuando éste levantó la mirada desde la pista, vio al alemán de cara cuadrada al volante de un vehículo monoplane que arrastraba un remolque lleno de maletas. Se incorporó y corrió hasta aproximarse al vehículo, que ya había comenzado a moverse.

—Pon el pie aquí y apóyate en el chasis para no caerte —le ordenó el teutón sobre la marcha, señalando la carrocería.

Óliver obedeció y se aupó contra el exterior del vehículo. El viento en contra le echaba el pelo hacia atrás y le hacía lagrimear. Estaban recorriendo la pista a toda velocidad.

—Relájate y actúa con normalidad —lo abroncó el alemán desde el interior—. Ahora mismo eres un trabajador más.

Óliver tragó saliva. Su único afán era mantenerse agarrado a la frágil carrocería de ese chisme.

De repente, fue consciente de hacia dónde se estaban dirigiendo. Frente a ellos se alzaba un imponente supositorio blanco con el símbolo de Lufthansa. Óliver no pudo evitar

soltar un grito de euforia. Esa preciosidad iba a llevarlo a casa.

Se detuvieron junto a una escalera móvil que ascendía hasta una de las entradas traseras del avión. Cuando pisó la pista de nuevo, Óliver sintió un leve mareo que casi hizo que perdiera el equilibrio.

—Encontrarás el avión vacío salvo la cabina, donde ya están los pilotos —explicó el alemán mientras descargaba las maletas a una velocidad increíble—. Pero no te verán. Sube estas escaleras y entra por esa puerta. Cuando estés dentro, busca tu asiento y mantente en silencio. En unos minutos entrarán las azafatas, que tampoco te verán, y poco después empezarán a llegar los pasajeros. En ese momento, serás uno más.

No le deseó buena suerte.

Óliver sí le dio las gracias y corrió escaleras arriba.

Cuando vio el avión completamente vacío, se sintió poderoso. Él, Óliver Morales, acababa de burlar la seguridad de todo un aeropuerto internacional. Deseó que su Yayo estuviese allí para verlo, y experimentó una súbita nostalgia. Sin perder el tiempo, se encerró en el aseo más cercano y giró la llave. Allí volvió a adoptar la identidad de Gerda Kauffmann. Se miró al espejo mientras se anudaba el pañuelo fucsia al cuello; el maquillaje se había corrido un poco, pero seguía pareciendo una cuarentona. Por algún motivo, el rímel corrido y las lentillas de colores provocaron que algo en su mente viajara a Charly Rubial. Ver al hermanastro de su madre en su propio reflejo le obligó a desviar la mirada del cristal.

Todavía no había entrado nadie en el avión cuando salió del baño. Localizó su asiento, guardó debajo de él la bolsa con el traje de trabajador del aeropuerto, y se acurrucó para mantenerse oculto.

Habría sido presa de un estado de pánico absoluto de no ser porque, subiendo las escaleras, se había hecho una especie de promesa mental a sí mismo. «Todo va a salir bien —se dijo—. Lando lo tiene todo controlado. Si esto funciona, en unos minutos estaré sobrevolando espacio internacional, y en un par de horas habré regresado a casa.»

Algo así como un cuarto de hora más tarde, Cora y Sebastian lo observaban perplejos desde sus respectivos asientos, y pasados veinte minutos más, ya sobrevolaban el cielo de Berlín.

El plan estaba dando resultado. El programa de *Exiliados* había sido emitido el día antes, y, tal y como él había rogado en su mensaje al foro, un sector de la *tribu* lo había visto. No sabía cuántos miembros estaban con él, ni cuáles eran sus nombres reales. No conocía a ninguno en persona, y, de los que se habían ganado su confianza en el foro, solo conocía su pseudónimo. Era el ejemplo de Buzz Lightyear, que ahora estaba muerta. O de Lando Calrissian, forero que apreciaba especialmente.

«*He avisado a todos mis amigos de que iba a salir en el programa* —había dicho a la cámara al poco de comenzar la grabación—, *y espero que me estén viendo.*» Con estas palabras había pretendido mantener a sus espectadores pegados a la pantalla.

Después, cuando detalló la hora de despegue y el aeropuerto del vuelo en el que iban a viajar las Pañuelos Rosa, se había llevado la mano al pecho. Así, esperaba que, quien quisiera que le estuviera viendo a través de la pantalla, entendiera que se estaba refiriendo a sí mismo. Él iba a volar con la delegación. Desde ese día, ese gesto le volvía una y otra vez como una esperanza a la que aferrarse para no caer al vacío.

La clave era el movimiento que había dedicado a la cámara justo a continuación. La unión de los dedos anular y corazón representaba algo muy específico para cualquier miembro de la *tribu*. Era el código de «ayuda». El verde, por otro lado, era el color de la cofradía. El hecho de que Óliver se pasara la mano por la boca mientras mostraba las uñas de los dedos anular y corazón pintadas de verde, era como gritar a la cámara: «estoy en apuros y os necesito».

En sus gestos ocultos, así como en la breve conversación privada que había mantenido con Lando Calrissian después de grabar el programa, había depositado Óliver toda su confianza para pisar España. No sabía quién, cómo, cuándo, ni dónde lo ayudarían, pero los mensajes ocultos en el programa de ese blog y los mensajes privados intercambiados con Lando eran la única manera de pedir ayuda sin destapar sospechas.

Hasta el momento todo había salido según lo previsto, lo que significaba que, por lo menos, algunas personas habían decidido ayudarlo. Alguien tuvo que contactar con el tipo de las maletas para que le proporcionara acceso directo al avión, de eso no le cabía la menor duda. Cuando pensaba en la *tribu*, la cabeza de Óliver viajaba directamente al nombre de Lando Calrissian.

A menudo se preguntaba qué pensaría papá, de seguir vivo, respecto a todo el asunto de la *tribu*. Seguramente habría argumentado, con su particular manera de exponer su opinión sobre las cosas, que se trataba de la clásica organización revolucionaria que acogería a tipos como Charly Rubial. Era un concepto que Óliver no podía quitarse de la cabeza, como la afirmación de una verdad mística y de un absurdo palpable.

Su mente regresó al aseo del avión, donde había visto a Rubial en su propio reflejo. Estaba convencido, al igual que lo habría estado papá, de que Charly Rubial fue la clase de persona que habría hecho carrera en la *tribu*. No en vano, la cofradía era un movimiento social que había surgido de la ira, de las mismas entrañas de miles de ciudadanos españoles descontentos con el Grupo. No contaba con un líder conocido, ni un emblema, ni tampoco un himno. Sus miembros en raras ocasiones se conocían entre sí, hasta el punto de cruzarse por la calle sin reconocerse. Era en la red, más concretamente en el foro, donde los miembros más radicales de la *tribu* contactaban unos con otros escondidos tras divertidos alias. El foro era un sitio abierto en Internet, y en él conspiraban y exponían su descontento sobre absolutamente todo. Solo había una norma: no mencionar en público nada relacionado con la *consGrup*.

ConsGrup era la abreviatura de «conspiración contra el Grupo». Se trataba de un concepto intangible que aglutinaba cualquier tipo de código, símbolo o palabra clave que permitiera a los miembros de la tribu organizar manifestaciones, actos reivindicativos o vandalismo contra el Grupo sin ser descubiertos por la policía.

Óliver no se enorgullecía de pertenecer a la *tribu*, a pesar de que conocía cada secreto de la *consGrup*. Necesitaba encontrar a Shapiro para dar con Jaime Vergara, y eso solo podía conseguirlo desde dentro de la organización. Además, si el Grupo caía, quizá podría volver a vivir en España como un ciudadano reconocido por la ley. Todo esto, sin embargo, no implicaba que apoyara las violentas salidas a la calle y la toma de armas. El fin, simplemente, no justificaba los medios.

Asociar la agrupación con Charly Rubial no ayudaba. Desde que tenía diez años, el nombre de Rubial había representado al mismísimo Satanás. Durante su adolescencia, se le había aparecido en sus pesadillas tantas veces que mamá se vio obligada a llevarlo a un psicólogo. En ocasiones, se le presentaba con forma de serpiente y lo estrangulaba mientras dormía. Otras veces simplemente eran sus espantosos ojos dispares los que recorrían su subconsciente en la oscuridad, atormentándolo.

Óliver tenía recuerdos difusos de la existencia de Charly Rubial. Se había suicidado en el año dos mil seis, el mismo día de la muerte de papá. Según le había contado el Yayo, se quedó manco tras un brutal accidente de coche en el que conducía papá; estaban peleándose en el momento del impacto. Más tarde, Óliver descubrió por sí mismo que Charly había estado acosando a mamá, que a su vez era su hermanastra, durante casi toda la adolescencia. Y luego estaba Alyssa, una convivencia basada en insultos, amenazas y agresiones. Charly Rubial había creado un trauma en Óliver que lo acompañaría durante el resto de su vida.

Los dedos de Cora rozaron su mano derecha, interrumpiendo sus pensamientos. Ella seguía completando el crucigrama como si no se hubiera dado cuenta del contacto. ¿Había sido consciente y estaba disimulando para evitar un cruce de miradas embarazoso? Una vez, Óliver soñó que Cora posaba su mano sobre la suya. Una palma fría. Con el transcurrir del tiempo, había olvidado si se había tratado de un sueño profundo o de un simple ensueño. La contempló sin disimulo. Su blusa desprendía un aroma a cítricos, y Óliver se preguntó si su piel olería igual. También se preguntó qué haría si ella se volviera en ese preciso instante y le pillara mirándola con cara de bobo. Sebastian continuaba dormido. Todo el avión parecía hacerlo. Imaginó una escena en la cual él se aproximaba a su mejilla muy lentamente y, al girar ella su cuello hacia él, se besarían en un húmedo y largo momento.

El pañuelo rosa se interpuso en su fantasía propinándole un duro chute de realidad. El maldito pañuelo de la ridícula castidad.

Cora seguía inmersa en el crucigrama, ajena a todo lo que ocurría en el interior de la cabeza de Óliver. Éste resopló y volvió a centrarse en el manto dorado que resplandecía tras la ventanilla.

En el sector de seguridad del aeropuerto Adolfo Suárez, todos los agentes que esperaban a la salida del vuelo procedente de Berlín se volvieron sorprendidos ante la aparición del insólito grupo de mujeres portadoras de una tela rosa anudada al cuello. Poco a poco, estas mujeres fueron formando una fila delante del arco de seguridad con el fin de someterse al rutinario control. El primero fue Sebastian, que aseguró de una forma ciertamente creíble que había viajado a Madrid como organizador de la expedición de las Pañuelos Rosa.

La espalda de Óliver desprendía un sudor frío. Tras la repentina euforia experimentada por pisar suelo español nueve años después, todo se había venido abajo. El motivo era que una mujer de figura curvilínea y vestida con el uniforme de la policía acababa de extraer del bolsillo de su pantalón un dispositivo del tamaño de una cajetilla de tabaco. Estaba ordenando a Sebastian que aproximase su dedo índice contra la pantalla.

Una luz verde iluminó el dispositivo y la policía le permitió el paso.

«¿Control de huella también aquí?»

Entre él y Sebastian, un buen número de mujeres alemanas fueron pasando el control de una en una. A su espalda, Cora le cogió de la mano. Ella también se había dado cuenta del problema.

Regueros de sudor caían ya por su espalda bajo el vestido de mujer. El reloj de muñeca emitió un pitido agudo. Mierda. Se trataba del medidor de ritmo cardíaco. Un pitido significaba que las pulsaciones por minuto habían alcanzado un umbral peligroso, y cuanto menor era la frecuencia entre pitidos, mayor era el riesgo de sufrir un paro cardíaco. Aquella era la segunda vez que el reloj de Óliver emitía un sonido de esas características. La primera, la vez en la que Cora se le presentó en persona.

Llegó su turno. Óliver miró desesperadamente hacia diferentes puntos del recinto, pero no reconoció a nadie que pudiera ser un miembro infiltrado de la *tribu*. Estaba sentenciado.

—Su mano y su pasaporte, señora.

La exuberante policía estaba frente a él con semblante impaciente. Sujetaba el detector de huellas dactilares con las dos manos.

Óliver estaba demasiado abstraído para interpretar correctamente la expresión de la agente al comprobar la identidad que figuraba en el pasaporte, pero sí se dio cuenta de su mirada de asombro.

—Ahora su mano —repitió. Seguía manteniendo el mismo rigor, pero algo en su rictus había cambiado; ya no parecía ansiosa.

Óliver obedeció entre titubeos, y cuando la señorita cogió su mano y la acercó al lector digital, sucedió algo muy extraño. Con un fugaz movimiento que parecía ensayado, y del cual nadie, salvo Óliver y ella misma, fueron conscientes, la agente deslizó su dedo índice por debajo del suyo y el lector se iluminó de un color verde eléctrico.

—Bienvenida a Madrid, señora Kauffmann —le dijo, dedicándole una sonrisa. Uno de sus incisivos lucía un brillante verde. Concluyó el saludo con un disimulado guiño.

«Es una de ellos.»

Gerda Kauffmann atravesó el marco de seguridad flotando sobre una nube, y accedió, junto con el resto de la delegación, a la Terminal 4 del aeropuerto. Hicieron una parada en un puesto de bocadillos mientras Sebastian formalizaba el alquiler de algún medio de transporte.

Óliver no habló con nadie hasta que el alemán regresó y se unió al grupo. Cora se levantó de su asiento para recibirlo.

—¡Fantástico! He conseguido un minibús a precio de turismo —le oyó decir a Sebastian, que estaba a un metro de él. Parecía entusiasmado con el resultado de la negociación.

—Estupendo. —Cora echó un vistazo a su reloj de pulsera—. No tenemos mucho tiempo.

—¿A qué hora es tu convención?

—Dentro de dos horas en el Paseo de la Castellana, en el centro de Madrid.

—¿Y el hotel?

—Está justo enfrente.

Sebastian miró a Óliver, y al ver que estaba prestando atención a la conversación, retiró la mirada como si no se esperara estar siendo escuchado.

—¿Y después? ¿Cuál es el plan?

Volvió a centrar su atención en Óliver, que a su vez se quedó mirando a Cora. Lo habían hablado todo antes del viaje.

—Nada más terminar la convención, recogeremos a Óliver, que estará esperando en la habitación del hotel —explicó Cora en voz muy baja—. Entonces emprenderemos el viaje hacia el norte.

—¿Por la noche? —quiso saber Sebastian, más por confirmarlo que por parecer en desacuerdo.

—Sí, cuanto menos gente haya por la calle, mejor.

Se acarició la barba en un gesto reflexivo.

—¿Y tus amigas de rosa?

A Cora no pareció afectarle el tono sátiro que su amigo había utilizado para referirse a la delegación.

—Ellas se quedan en el hotel y mañana por la mañana regresan a Berlín —dijo—. No tienen nada que ver con nuestro viaje.

—¿Conocemos el trayecto que debemos seguir?

Cora señaló a Óliver, que era ya uno más en la conversación.

—Él lo sabe —dijo.

Óliver asintió.

—Circularemos por carreteras secundarias, así evitaremos los peajes —añadió Cora—. En esos sitios suelen realizar controles policiales.

Óliver se levantó y se incorporó al dúo.

—No tenéis por qué venir a Ámbar, ya habéis hecho más que suficiente por mí —dijo.

Cora sonrió como quien reacciona ante una divertida estupidez. Las mejillas le habían cogido color.

—No te he vestido de Mrs.Doubtfire para irme ahora —replicó Sebastian en ese tono que hacía preguntarse si alguna vez se tomaba algo en serio en la vida—. Además, así hago algo de turismo, que no conozco el norte de España. —Se llevó dos dedos a la boca, dedicó un fuerte silbido al grupo de alemanas con pañuelo, y balanceó el brazo de atrás hacia delante—. ¡En marcha!

Nada más arrancó el minibús, Óliver se recostó en su asiento y extrajo del bolso de mano una cajita de puros. En su interior había guardado las cinco fotografías recibidas en sus cinco últimos cumpleaños. Desde el asiento de al lado, Cora estudió su delicado perfil y preguntó:

—¿Qué tal estás?

—Estoy bien —respondió él, llevándose una mano al muslo—. Salvo por estas medias del demonio, ¡me están matando!

Cuando los dos dejaron de reírse del incómodo disfraz, Cora se acomodó y cerró los ojos con la intención de descansar la vista. Óliver aprovechó para abrir la caja de puros y extraer las instantáneas. Se quedó ensimismado con la primera de ellas.

Sentía que por fin estaba acercándose a esa maldita llave cilíndrica.

Capítulo 14

Dudó un momento antes de teclear. ¿Estaba haciendo lo correcto?

Hola, Lucas. Quería pedirte perdón por mi comportamiento...

No, no pensaba disculparse.

Hola, Lucas. Soy Alyssa. El otro día no estuvo del todo mal. ¿Te apetecería que nos viéramos para continuar con la conversación?

Aceptable. Alyssa aguantó la respiración y envió el mensaje. Se dejó caer sobre el colchón, todavía nerviosa por el paso que acababa de dar. ¿Qué estaba haciendo realmente? Se dispuso a apagar el ordenador, pero, cuando fue a hacerlo, saltó una respuesta.

Hola, me parece estupendo. ¿Cuándo quieres que quedemos?

Alyssa se pensó la respuesta.

¿Esta noche?

¿A qué hora?, respondió él.

Estaba improvisando, no contaba con que aceptaría tan rápido.

Te invito a cenar en mi piso, si te atreves.

¿Estaba bromeando con ese poli?

Me atrevo. Llevaré el vino. ¿Dónde vives?

Te envío mi ubicación. Estoy en casa ahora mismo.

Perfecto. Nos vemos luego, Alyssa.

Hasta la noche. Un beso.

Besos.

Alyssa se sorprendió a sí misma sonriendo. Estaba en su cama, intercambiando mensajitos con un hombre como una adolescente. Con la diferencia de que ella estaba casada con un fantasma, y él era un maldito poli.

Apagó el ordenador. No tenía nada que hacer hasta la tarde, que era cuando empezaba su turno en el supermercado. Al cabo de unos pocos minutos, se quedó dormida pensando en el menú que prepararía para la gran cena.

Marcos Tena se encontraba tan cansado que le parecía estar convirtiéndose en la ceniza a punto de caer del extremo de un cigarro. Esa noche, nada más recomponerse de

las escalofrías palabras de Edward Malick, en las que aseguraba acabar de matar a un hombre, le había puesto las esposas y lo había interrogado allí mismo, junto al mostrador de la recepción. También había telefonado al comisario Mayoral para que diera la orden de peinar los alrededores de la fábrica de Bimbo en busca del cadáver de un hombre. El comisario no parecía de muy buen humor. Después del interrogatorio, acompañó a Malick al calabozo, donde le liberó de las esposas y lo dejó encerrado.

Era casi medianoche cuando se fue a casa, donde Emma ya dormía. Ella se despertó al sentirlo entrar en el dormitorio y, sin reprocharle su demora, le pidió que le leyera unas cuantas páginas del libro.

Cuando se volvió a dormir, Tena se quedó reflexionando. No pudo pegar ojo en toda la noche. A las cinco y media de la mañana, envió un mensaje común a Lucas y Gabi. Ambos debían llegar a comisaría media hora antes de lo habitual. «Pasad directamente a mi despacho, os estaré esperando dentro», había escrito. Era urgente.

Ahora tenía a sus dos agentes sentados al otro lado de su mesa. Las primeras luces de la mañana prometían un día soleado, y, de haber habido alguna ventana en el cubículo de Tena, habría levantado los ánimos de los tres policías.

—Ya van tres en menos de una semana —musitó Gabi negando con la cabeza. Tena les acababa de contar la inesperada visita de Edward Malick, el gigantón. La noticia había caído como un jarro de agua fría en los dos jóvenes policías.

—Son un jodido ejército —dijo Lucas, sentado con las piernas cruzadas en dirección a la mesa—. Son como esos yihadistas hijos de puta que se inmolan sin importarles una mierda sus vidas, solo que, en este caso, matan y después se suicidan delante de nuestras caras.

Tena dio un sorbo a su café de máquina mientras observaba con atención sus reacciones. Lucas acababa de hacer una apreciación muy interesante. Fálagan y Malick habían actuado como esos locos que están dispuestos a perder la vida por una misión. En el caso de Fálagan, había sido exactamente eso lo que había ocurrido. En cuanto a Malick, se había entregado, que era otra manera de entender el suicidio. En ese momento, Tena fue consciente de que en realidad desconocían la identidad del asesino de Teodoro Simón. Hasta ese momento habían dado por hecho que se trataba de Fálagan, pero ahora ya no podían darlo por seguro. El crimen de la plancha, por lo tanto, continuaba abierto. Dio otro trago y terminó el café. Era el cuarto que se tomaba en las últimas cinco horas.

—¿Queréis oírlo? —dijo, y situó su tableta sobre la mesa con la pantalla mirando al techo.

Lucas y Gabi se inclinaron sobre el dispositivo.

—¿Lo has grabado? —preguntó Lucas con sorpresa en la mirada.

—Por supuesto —contestó Tena, y acompañó el comentario dando un toque a la pantalla. Inmediatamente comenzó a reproducirse el audio de la conversación que había tenido lugar en recepción hacía unas horas. La voz de Tena fue la primera en escucharse:

—¿Nombre completo?

—Edward Malick.

—¿Confirmas que hoy, jueves veintiocho de septiembre, a las veinte horas aproximadamente, has denunciado en comisaría un asesinato que tú mismo has cometido?

—Ssssi... Lo confirmo.

Tocó la pantalla de nuevo para detener la reproducción. Se los quedó mirando recostado en su silla.

—No lo pares, Boss, joder —espetó Lucas, ávido de más información.

Gabi miraba la tableta como si se tratara de un huevo de dinosaurio.

Reanudó el audio. Las voces metálicas dominaron el cuartucho.

—¿Cómo se llama la víctima?

—Francisco Valbuena. Todos le llamábamos Kiko.

—¿De qué lo conocías?

—A veces jugábamos al pádel.

—¿Pádel? ¿Dónde jugabais?

—En una competición que organizaba la comunidad de vecinos.

La voz de Malick se apreciaba mocosa, pero ya no estaba llorando. Antes de comenzar la grabación, Tena había conseguido tranquilizarle lo suficiente para que dejara de actuar como un niño enrabietado.

—¿Erais vecinos?

—Sí.

—¿Eras amigo de Valbuena?

—No. Era un gilipollas. Siempre se estaba cachondeando de mí.

—¿Por qué motivo?

—Por mi torpeza, mi estatura, yo que sé... Era el típico que necesitaba demostrar su superioridad frente a los demás usando la violencia y la agresividad.

—¿Era Valbuena agresivo?

—Sí, era un gilipollas.

—¿Alguna vez te pegó?

—No, que yo recuerde.

Volvió a detener la grabación.

—Si tuvieran quince años, te diría que este tipo ha sido víctima de *bullying* por parte del muerto. Menudo *pringao* —comentó Lucas.

—Chsssss... ahora viene lo mejor —interrumpió Tena. Tras crear la expectación que quería, volvió a pulsar la pantalla.

—¿Por qué te has entregado?

—Porque soy una buena persona. No podía soportar el remordimiento de ser el autor de un crimen. Merezco ser castigado.

—En ese caso, ¿por qué mataste a Valbuena?

Malick tardó tanto en contestar que parecía que el dispositivo se había bloqueado.

—Porque me amenazaron con matar a mi mujer y mi hija si no lo hacía.

Tena no detuvo el audio esta vez. En su lugar, se quedó mirando las reacciones al último comentario. Los ojos de Lucas estaban muy abiertos. Gabi, por su parte, se llevó las manos a la boca.

—¿Estás casado?

—Sí. ¿Qué importa eso?

—Todo importa. ¿Quién te hizo esa amenaza?

En la grabación, la voz del jefe de policía se había tensado de repente.

—No lo sé, no llegué a hablar con él.

—Cuéntamelo todo al detalle.

—No tiene demasiado misterio. Al llegar a mi casa, abrí el buzón. Tenía una carta anónima.

—¿Qué decía la carta?

—Que tenía que matar a Kiko Valbuena. Que no me costaría demasiado porque era un ser humano repugnante que merecía morir. Y que no importaba cómo lo hiciera, pero que, si no lo mataba, mi mujer y mi hija morirían.

Era la novena vez que Tena escuchaba el testimonio de Malick. Podía relacionar el temblor en sus palabras con la cara de terror que se le había dibujado al describirle la carta anónima en persona.

—Esa carta, ¿estaba redactada a mano?

—No, a ordenador. Un formato de lo más estándar.

—¿No pensaste que podía tratarse de una broma?
—Sí. Pero daba información personal sobre mí, y además conocía los nombres de ellas. De alguna manera me hizo saber que iba muy en serio.
—¿Cuándo recibiste la carta?
—Esta misma mañana.
—No te ha llevado demasiado tiempo planificar el asesinato.
—Bueno, sabía que Kiko trabajaba como segurata en un polígono industrial, así que estaba seguro de que lo encontraría a solas. Además, soy mucho más fuerte que él, podía matarlo con mis propias manos sin necesidad de armas.
—¿Podría leer la carta?
—La escaneé y quemé el original. El documento está guardado en el disco duro del ordenador de mi casa. No tengo clave de acceso y se accede al disco sin necesidad de contraseña. Pero se lo suplico: no permita que mi mujer lea el contenido.
—No te preocupes. Una cosa más: ¿te suenan los nombres de David Fálagan, Eukene Goiria o Teodoro Simón?
—No los he oído en mi vida.
—¿Y si te hablo de Ernesto Shapiro?
—¿No es ese político que está al frente del Grupo?
—Bien, hemos terminado. Ahora tienes que acompañarme.

El testimonio había concluido. Tena detuvo la reproducción y dejó la tableta encima de la mesa.

—Estamos apañados —dejó caer Gabi al aire.

Lucas cogió el cubo de Rubik que había sobre el escritorio y se puso a jugar con él, lanzándolo al aire una y otra vez como si se tratara de una pelota de hacer malabarismos.

—Tres cadáveres, tres asesinatos y dos chantajes —dijo, antes de dejar caer el colorido cubo de nuevo sobre la mesa. En ese momento, su terminal móvil vibró, y cuando lo sacó para comprobar lo que pasaba, Tena vio que se le alzaban las cejas. Tecleó algo en silencio. Mientras lo hacía, un ademán de semisonrisa se le dibujó en los labios.

Ese lapso fue aprovechado por Tena para lanzar un rápido vistazo a Gabi y descubrir que ella también lo estaba mirando. Era la clase de conexión que hace que el estómago de uno se dé la vuelta.

Cuando terminó de chatear, Lucas volvió a centrarse en el problema.

—¿Han encontrado el cadáver? —quiso saber Gabi muy rápido.

A Tena le escocían los ojos. Llevaba muchas horas sin dormir y la presencia de Gabi le ponía nervioso.

—Sí —dijo—. Un claro caso de estrangulamiento.

Gabi miró hacia ambos hombres con el miedo de estar a punto de decir una obviedad.

—¿Y el mensaje?

Tena sonrió con la condescendencia de un viejo profesor.

—Pensaba que no ibais a preguntar por él. En efecto, nos han dejado un regalo nuevo. Lo han encontrado en uno de los bolsillos del uniforme de Valbuena.

Encendió la tableta de nuevo y la giró de manera que ambos policías pudieran verla de frente. Era una fotografía tomada en el mismo lugar del crimen. El papel de cuaderno estaba alumbrado por una linterna, y en él habían sido dibujados dos símbolos y un número entero:

113

—Ahora, por favor, dejadme solo —dijo, balanceando la palma de la mano en dirección a la puerta—. Necesito descansar.

Capítulo 15

Ya habían pasado varias horas, pero la cabeza de Gabi todavía daba vueltas. El corazón le latía con fuerza, alimentado por una mezcla de arrepentimiento, adrenalina y excitación. No se sentía así desde hacía muchos años, y con todo, una vocecita dentro de ella la gritaba, la insultaba y la avergonzaba. ¿En quién se había convertido? No reconocía a esa Gabi. Siempre había sido una esposa ejemplar. Nunca había engañado a su marido, ni siquiera había flirteado a sus espaldas. Javier, desde luego, confiaba en ella. Esa idea hizo que algo se quejara dentro del pecho. ¿Qué pensaría su marido si supiera lo que acababa de hacer?

Habían recorrido el solitario pasillo en silencio, con el aroma de su fragancia impregnando el espacio por donde pasaban. Justo detrás de ella, Tito le había posado sus manos en la cintura. Era mucho más maduro de lo que correspondía a su edad. Unas piernas fuertes y depiladas enfundadas en unos vaqueros caros, un trasero prieto, los primeros botones de la camisa mostrando el bronceado pectoral, todo complementado con un rostro gamberro e infantil que le hacía olvidar lo que había hecho en el pasado.

La había recogido con el coche en el aparcamiento subterráneo que había junto a la pista de monopatín, un lugar, al este de la ciudad, que solo transitaban adolescentes que a esas horas deberían estar en clase. Tito había conducido en silencio hasta una pensión de bajas pretensiones que no hacía preguntas acerca del origen y las intenciones de sus huéspedes. Gabi había pagado por adelantado y les habían dado una habitación con vistas a un muro de piedra plagado de grafitis. De camino a la habitación, se habían cruzado con un hombre de mediana edad que iba acompañado por una chica de aspecto balcánico, con muy poca ropa y el pintalabios corrido. La chica había mirado fijamente a Gabi, que había bajado los ojos por vergüenza, negándose a una evidente comparación entre ella y esa prostituta barata.

Pronto estuvieron en la habitación número 49. Gabi dejó el abrigo en una silla coja y se sentó en la cama. Después se quitó los zapatos de tacón y esperó.

Tito traía consigo una botella de ron, dos latas de coca cola y el mismo número de vasos de plástico. Se tomaron una copa para relajarse. Estaba templada y no sabía muy bien, pero, poco a poco, el efecto anestésico del alcohol fue reduciendo su ansiedad.

Todo había pasado muy rápido.

La primera vez fue hacía un mes, durante la despedida de soltera de una amiga del colegio. Conoció a Tito en la penumbra de una discoteca a las tantas de la madrugada. No se acordaba de nada de lo sucedido esa noche. Y tampoco había sido consciente de quién era ese chico en realidad. Después, él había vuelto a llamar y habían continuado viéndose.

Con esta era ya la tercera vez, y Gabi no había sopesado las consecuencias. Le ponía verse con Tito en secretas habitaciones de hostales de mala muerte. Esa noche lo había abrazado con fuerza, disfrutando del calor de otro cuerpo junto al suyo, y después él la había atraído contra sí. Sus labios lo habían buscado con deseo. En esos momentos de pasión, Gabi no había vacilado, no había pensado en Javier ni en los gemelos. Minutos

después, estaban en la cama, y ni siquiera se había parado para hacer caso a su conciencia. Más adelante, sin embargo, Gabi no daría crédito a su propia insensatez.

A su lado, Tito se dio la vuelta mientras dormía. Contempló su espalda desnuda. Morena, fibrosa y adornada con tatuajes que iban de un costado a otro del dorsal. Los ojos de Gabi se desviaron hacia las cortinas de la habitación, comprobando por enésima vez que estuvieran corridas. Fuera, en la calle, había empezado a granizar. Ya era de noche. «Tengo que ir a casa, Javier debe de estar al llegar», pensó.

¿Cómo acabaría todo esto? Tarde o temprano tendría que tomar una decisión.

Capítulo 16

El suelo crujió cuando Alyssa empujó la puerta con la rodilla allí donde siempre se encajaba, y se deslizó dentro de su apartamento. Tenía los nudillos blancos por el peso de las bolsas de la compra. Las depositó sobre la mesa del salón y se frotó las palmas de las manos, que se le habían quedado rojas. Miró el reloj de la cocina y se puso a guardar la comida. Si hacía cosas, se olvidaba de lo nerviosa que estaba.

Se duchó a toda velocidad, aguantando la respiración y frotando su piel con la esponja hasta que se volvía rosácea. Para no morir congelada, pensó en otras cosas, como en la urgencia de hablar con el casero para que arreglase el termostato. Este año no podía permitir que sucediese lo del invierno pasado. Ni hablar. Cierto que podía calentarse bajo una manta o abrigarse con calcetines de lana gorda, pero poder verse el aliento cada mañana al despertar resultaba fastidioso.

Con una toalla anudada a la cabeza a modo de turbante y la piel perlada de gotas de agua, cogió el móvil y abrió Spotify. Siempre le costaba decidirse entre los cientos de listas de reproducción que tenía archivadas, pero esa noche necesitaba lo mejor de lo mejor, de modo que fue directa a la lista que ella misma había titulado como *Bruce, baladas*. El lamento desgarrado del Jefe, acompañado de la palpitante batería de Max Weinberg, conformaban la ambientación perfecta para una cita que la tenía en vilo. No dejaba de resultar irónico, no obstante, que fuera Jaime quien la había introducido en la religión *springstiana*.

Se plantó frente al armario y se probó hasta tres conjuntos diferentes. Tras descartar un vestido negro de tirantes y falda corta por no querer parecer una buscona, y una camiseta amarilla sobre unos vaqueros rotos por el motivo contrario, se decantó por un conjunto azul de una única pieza y generoso escote, pero cuyo pantalón, largo y ancho, parecía expresar: «vale, divirtámonos, pero no te pases de la raya.» De nuevo en el baño, enrojeció sus labios, se pintó la raya de los ojos y se aplicó una pizca de maquillaje claro.

Volvió a mirar el reloj. Lucas llegaba tarde.

Apuró con el perfume de vainilla y regresó al salón-cocina, donde, antes de ponerse con la cena, encendió algunas velas para disimular el frío y escondió un marco en el interior del cajón de la mesa que sostenía la lámpara. Era una de las dos fotografías que había en toda la casa en las que aparecía junto a Jaime. La otra estaba en la mesilla del dormitorio.

Cuando Lucas llamó a la puerta, lo recibió con dos besos en la mejilla. Tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar su rostro y percibir el agradable olor a loción de afeitado que desprendía su cuello.

—¿Tienes hambre? Voy a ponerme con la cena —dijo, nada más colgar su chaqueta en un feo colgador de plástico rosa que no había podido vender por Internet.

—¿Todavía no está preparada?

—No, el *risotto* debe servirse recién hecho.

—De acuerdo, en ese caso te ayudaré.

«Qué raro, él no parece nervioso».

—No, tranquilo. Siéntate y tómate algo. —Le ofreció un taburete que había junto a la isla—. ¿Quieres una cerveza mientras esperas?

—De acuerdo.

Alyssa abrió el frigorífico y sacó dos botellines de cerveza y un buen número de espárragos trigueros. Después de servir los botellines, puso la radio a través de la pantalla del salón. Detestaba los silencios incómodos.

Peló y troceó los trigueros para marcarlos en la sartén. Después vertió caldo de verduras en una cazuela y lo calentó a fuego medio. Incorporó las pieles y los tallos sobrantes de los trigueros para darle sabor. Lucas prestaba atención a sus movimientos.

—Tienes una casa interesante —dijo tras un largo rato sin hablar.

Alyssa sonrió, por primera vez con sinceridad, sin dejar de picar cebolla.

—Estás mintiendo. Esta casa es horrible.

—Tienes razón, me has pillado. Es terrible, maldita sea.

Los dos rieron, y a continuación dieron un largo y acompasado sorbo a sus respectivos botellines de cerveza.

—Así que vives en Ámbar. —Lucas habló con un tono filosófico, como si la cerveza le hubiera dulcificado.

—Aham.

—Muy cerca de la casa de Ana Morales.

—Así es. Siempre he vivido en este barrio.

Alyssa fue a la nevera, sacó un bol de setas y hongos troceados, y un diente de ajo. Seguramente, el hecho de estar siendo observada por un hombre atractivo con el que había quedado por primera vez en su hogar de casada, provocó que calculara mal uno de los cortes en el ajo, alcanzando el filo del cuchillo la punta de su pulgar. Le dolió poco, pero aquello sangraba a borbotones.

—Mierda. Deja que te ayude.

Él corrió a su lado y colocó la mano ensangrentada debajo del grifo. Después la secó bien y, con mucha delicadeza, cubrió el dedo con una de las tiritas que ella guardaba en el botiquín del altillo de la cocina.

—Ya está. En unos días, la herida estará curada —dijo con la sonrisa puesta en sus ojos.

Alyssa tardó en darse cuenta de que tenía sus manos abrazadas por las de Lucas. Eran cálidas y suaves, protectoras. De repente se le ocurrió que entre Lucas y su marido había cierto parecido. Lucas era Jaime llevado al límite. La idea, extrañamente, le hizo sentirse más y menos cómoda a la vez.

—Supongo que sabrás que Ana Morales ya está en su casa con su madre —dijo Lucas una vez hubo regresado a su lado de la isla.

—Sí, menos mal.

Alyssa subió el fuego, colocó de nuevo la sartén sobre la inducción, vertió las verduras, y revolvió vigorosamente con la espátula.

—Espero que no me guardes rencor por lo que sucedió esa noche.

—No te preocupes, está olvidado. Solo hacías tu trabajo.

Fue al armario y volvió con una botella de vino blanco y pimienta molida, que esparció en la sartén. Subió la potencia del fuego, echó un par de puñados de arroz, una pizca de sal y lo removió todo. Después añadió un chorrito de vino, lo dejó rebajar, y fue añadiendo el caldo de verduras progresivamente hasta que el arroz quedó meloso. Delicioso. Antes de servir, esparció una pizca de queso parmesano rallado en cada plato.

—¡La cena está lista!

Cruzó el umbral de la cocina con los dos humeantes platos de risotto y una sonrisa para Lucas.

Algo menos de dos horas más tarde, Alyssa lloraba, sola, sentada en el suelo del salón, con la espalda apoyada en el bajo del sofá y un antiguo jersey de Jaime entre sus manos.

La cena había transcurrido con mayor complicidad de lo que cabía esperar. Lucas se sintió fascinado por el arroz, y de postre comieron unos pasteles que él había comprado de camino. Después, mientras se filtraba el café, él se había levantado para observar por la ventana. Ella lo acompañó. Se quedaron mirando por la cristalera en silencio. El viejo faro, al final de la costa, proyectaba su potente rayo inclinado sobre el mar. Sin saber quién tomó la iniciativa, habían acabado con las manos entrelazadas.

Durante el café, ya en el sofá, Alyssa había estado tentada de preguntarle por su exmujer. Ya le había hablado de su hija Sasha y su terrible enfermedad, pero Alyssa sentía una curiosidad malsana acerca de cómo afrontaba Lucas las relaciones sentimentales. Era un hombre tan agradable y a su vez tan misterioso.

Alyssa había fregado los platos mientras él estuvo en el aseo, y cuando fue al salón y se sentó a ojear una revista de decoración, Lucas regresó del cuarto de baño y se sentó a su lado.

—Voy a acercarme un poco, ¿de acuerdo? —Había sonado como una advertencia.

A ella se le había desbocado el corazón mientras asentía. Era como si algún tipo de partículas misteriosas estuvieran bailando bajo su piel y fuertes chispazos iluminaran sus terminaciones nerviosas.

Entonces empezó una fabulosa batalla entre ambos. Alyssa ignoraba lo que iba a pasar, pero sabía que estaba inmersa en algo muy fuerte. Por momentos, él se acercaba mucho, y entonces ella le ponía un dedo en los labios y le pedía que parase. Más tarde era el cuerpo de ella el que lo atraía para sí. La temperatura había aumentado. Él le había propuesto ir al dormitorio, pero ella prefirió quedarse y apagar las luces. A pesar de la penumbra, Alyssa podía entrever sus propias manos acariciando los pectorales de su marido y los brazos de él sujetándola por la cintura, atrayéndola.

«Te he echado de menos», pensó mientras lo besaba con delirio.

En la oscuridad habían escuchado, rendidos al deseo, a Springsteen cantando *Racing in the Street*, mientras se entregaban el uno al otro sobre los cojines del sofá, que terminaron húmedos de su sudor.

Todo se había ido a la mierda cuando el suelo del salón se agrietó y dejó escapar una luz que terminó transformándose en la figura de Jaime. Estaba en el centro de la estancia, muy cerca de sus cuerpos desnudos. Parecía triste. Alyssa notó la aparición tan real, tan candente, que tensó su cuerpo y se separó unos milímetros del hombre que en realidad tenía a su lado.

Sintió que las lágrimas acudían a sus ojos y no supo qué hacer. No dijo nada.

Lucas, que parecía haber notado que algo iba mal, decidió que ya era momento de irse a su casa. Recogió la ropa que tenía esparcida en torno al sofá, se vistió y recuperó su chaqueta del colgador. Le dio un último y cariñoso beso en la mejilla y se despidió con un sencillo «gracias por la cena, ya te llamaré».

Alyssa estaba en lo más profundo del lodo. Pensaba que estaba preparada para pasar página, y ahora que había dado el primer paso, se sentía como si le hubiera sido infiel a su marido. Jaime tenía que estar vivo, no podía haber otra razón.

Los ojos se le nublaron mientras inspiraba, con la nuca apoyada sobre el extremo del cojín, el aroma que todavía conservaba el tejido del jersey. Esa fragancia, muy varonil y que no le pegaba nada a su marido, le hacía recordar el día en que ella se plantó en su piso de Madrid y lo convenció para que le diera cobijo. Gracias a eso, había logrado

sobrevivir a una persecución policial a nivel europeo. Jaime había aparecido en un momento de su vida gris y lleno de rencor, cuando la ira y la sed de venganza de ella movían sus actos, y había colmado sus días de amor hasta que llegaron los fantasmas para llevárselo. Por mucho tiempo que pasara, por muchos hombres que conociera y amara bajo sus sábanas, siempre tendría la pasión de Jaime tejida a su piel. Extrañaba encontrarse la cama alborotada, el crujido de sus tostadas. Ahora, esa dichosa prenda era lo poco que le quedaba de él.

Se quitó la tirita del dedo y se quedó embobada mirando la piel pálida y la sangre reseca que se había quedado en la cutícula de la uña. Presionó el corte con el índice de la misma mano hasta que el dolor se hizo intenso, punzante. Quizá esa tortura mitigara el remordimiento de conciencia que estaba padeciendo por haber hecho el amor con otro hombre. ¿Le estaba empezando a gustar? ¿Acabaría olvidando a su marido? Contuvo el aliento mientras la sangre volvía a cubrir el dedo y el fluido rojo adoptaba la forma de una gasolinera, de noche, en los lindes de la curva de una carretera comarcal.

Habían parado para repostar. Esa noche conducía ella porque Jaime no se encontraba demasiado bien del estómago. Ella había insistido en que no hacía falta que fueran a cenar a casa de su jefe, y que, si se encontraba indispuesto, él lo entendería. Pero Jaime se había mostrado firme. Irían a la cena, picaría un poco, y quedaría bien delante del señor Campo y su adinerada familia. Jaime le había explicado mil veces que el señor Campo no era un simple jefe, sino que se trataba del director del hospital. Para Jaime, el hecho de haber sido invitado a su casa era síntoma de que pensaba en él para un posible ascenso, de modo que era importante dar buena impresión. Además, era viernes. Tendría todo el fin de semana para vomitar y quedarse hecho un muñeco viejo debajo del edredón.

La gasolinera era del tipo pospago y autoservicio, lo que significaba que debía servirse uno mismo y, después, acudir a la caja para pagar. Mientras sostenía la manguera dentro del depósito, Alyssa se percató de que estaban solos. Tenía lógica: era tarde y a esas horas no solía haber demasiada circulación en las carreteras secundarias.

Cuando el depósito quedó lleno, Alyssa se metió en el cubículo donde se encontraba la caja. Jaime se había quedado en el coche escuchando a los U2 por la radio. El dependiente era un chico obeso y con la cara granuda llamado Mikel. Un panel de revistas obstruía el campo de visión entre Alyssa y el coche, un dato que Alyssa recordaría más tarde infinidad de veces hasta volverse loca.

Tardó poco en pagar con tarjeta. No fue al aseo ni se detuvo a curiosear entre las revistas. Habían quedado en casa de los Campo en diez minutos y Jaime no quería llegar tarde. No oyó ningún ruido de motor acelerando ni de goma de neumático derrapando. Tampoco gritos de auxilio ni impactos de ninguna clase. Cuando salió al exterior, se dio cuenta. El coche, simplemente, no estaba allí. Lo primero que pasó por su cabeza era que Jaime le estaba gastando una broma. Después recordó que a su marido no se le daba bien hacer ese tipo de inocentadas. Fue consciente de que estaba sola en una gasolinera en medio de la nada, y entró en pánico. Dio el aviso a Mikel, que estaba viendo porno en su iPad y no se había enterado de nada, y llamó a la policía indicando la identidad de su marido y la matrícula del coche. Alyssa pasó la mitad de la noche en la gasolinera y la otra mitad en comisaría. Esa fue la última vez que vio a Jaime.

Se durmió en el suelo, con la mano y el vestido manchados de sangre seca y utilizando el jersey a modo de almohada, soñando con el día en que él volvería a por ella.

Capítulo 17

Sábado 30 de septiembre de 2023

Había corrido desbocado, evitando la amenaza de las avispas mordedoras y cualquier intento de conversación con los otros seres que se le habían aproximado. Había atravesado una ciudad medieval y cruzado el puente de piedra que daba acceso al yermo desierto, único y tortuoso camino hacia la pradera de los escaladores, donde siempre estaba ella. No la encontró en esta ocasión.

Llevaba ya un rato esperando y estaba empezando a perder la esperanza de verla. Algunos lince se le habían acercado, curiosos, intentando entablar conversación. Pero ninguno de ellos era Audrey, ni siquiera les sonaba ese nombre. Él los había ignorado sin ningún tipo de reparo, y el más grande de la manada, cuyo alias era Charly (desagradable coincidencia), había intentado provocar una pelea mostrando su afilada dentadura. Escapó, no quería más problemas.

Lo que necesitaba era respuestas.

¡Qué demonios! La echaba de menos. Añoraba a un puñetero avatar.

No podía dejar de pensar en sus últimas palabras: *«apuesto a que no te esperabas el regalo de este año.»* Alguien que conocía los secretos que guardaba con más hermetismo había estado enviándole fotografías durante cinco años, cultivando en su mente una creciente curiosidad hasta que, un día, decidió manifestarse en un juego de realidad virtual bajo la figura de un animal de montaña llamado Audrey.

Era atractiva de una manera irreal.

La amaba.

Resultaba más sencillo asumir que Audrey era en realidad Cora. Enamorarse de ella era, de esta forma, natural. Saciaba su sed de romanticismo sin necesidad de culparse por flirtear con un muñeco pixelado. El hecho de que Cora fuese miembro de la hermandad de los Pañuelos Rosa constituía un impedimento, pero, al menos, así sabía con qué cartas jugaba.

Todo se había puesto patas arriba cuando Audrey le había enviado las coordenadas de un punto concreto de la playa de Ámbar, acompañadas de...

«Apuesto a que no te esperabas el regalo de este año.»

La llave perdida.

Ahora estaba claro que Audrey y Cora eran personas distintas.

La boca del estómago le bailó desagradablemente. Estaban aminorando la velocidad.

Se quitó las gafas de realidad virtual y cerró la sesión en Maximilium.

—¿Hemos llegado? —preguntó a Sebastian desde los asientos traseros. En el asiento del copiloto, Cora dormía profundamente.

—No. Vamos a recargar. Tápate.

—¿Cuánto falta?

—No demasiado.

Con las articulaciones entumecidas por el largo viaje, Óliver se recostó y se cubrió con una manta de cuadros. Tembló de emoción al pensar en volver a pisar suelo ambareño y desvelar la incógnita de Audrey y su llave. En reencontrarse con Aly. Con mamá. Y con Ana. Se dio cuenta de que, desde que hablara del tema con Alyssa, nadie le había vuelto a hablar de su hermana, su detención y su enfermedad.

Por fin volvía a casa.

Estaba amaneciendo y el cielo amenazaba tormenta.

Capítulo 18

Tena estaba soñando con Emma. Estaba embarazada de dos meses cuando ocurrió. Era una mujer atlética, desgarbada y vivaracha, de piel tostada y magnífico cabello ondulado.

Se vio a sí mismo abriendo la puerta de casa, y en el sueño, el contraste del calor del interior con el frescor de fuera era idéntico al de aquel día. Había estado en comisaría toda la noche, revisando papeles atrasados y terminando algunos documentos relacionados con el último caso.

Había luz en alguna parte, y eso era extraño, pues Emma ya debería estar en la cama. Tuvo una primera reacción de peligro, el sentimiento exacto que su subconsciente estaba reproduciendo a raíz de lo que sintió esa noche, y que desapareció cuando vio los pedazos de cristal de la ensaladera esparcidos por el suelo de la cocina. Entonces el peligro fue relevado por el miedo más extremo.

Junto a la encimera, debajo del altillo donde guardaban la ensaladera, había una banqueta abatida. Nunca la colocaban ahí. Y a su lado... «¡Dios mío, no!»

Al lado de la banqueta estaba Emma.

Unas horas antes, cuando se encontraba a punto de salir por la puerta, ella le había propuesto salir a cenar juntos. Él lo había descartado de inmediato. Tenía mucho trabajo atrasado en comisaría y no iba a poder dormir esa noche si no se ponía al día. Ella había insistido. ¡Ya nunca hacemos nada juntos!, le había acusado al borde del llanto. No era amigo de las discusiones previas a una despedida, de modo que solventó la situación prometiéndole salir fuera el próximo fin de semana. Se metió en el Lexus con los documentos del caso clavados en la mente, sin pensar siquiera en que acababa de dejar a su mujer llorando en casa.

Ahora ella estaba en el suelo, con el cuerpo boca arriba y los ojos cerrados. Una brecha que iba desde la ceja hasta el nacimiento del cabello había manchado de sangre seca el lado izquierdo de su rostro.

Pero no era la brecha lo que la iba a mantener inmóvil durante el resto de su vida.

El sueño le mostraba ahora lo que aquel día tuvieron que explicarle los médicos porque él no se encontraba en casa cuando sucedió: el traspié había hecho que Emma saliera despedida de espaldas contra el borde de la mesa del desayuno. El violento impacto le había dañado una de las primeras vértebras, privándole de sensibilidad de cuello para abajo.

Si Marcos hubiera dejado aparcado su trabajo por una maldita vez, si hubiera hecho caso a su mujer y hubieran salido juntos a disfrutar de una agradable cena, ella no se habría visto obligada a hacerse la cena, y por lo tanto, no se habría subido a una inestable banqueta para intentar alcanzar la ensaladera que guardaban en el altillo.

A las nueve y media de la mañana, cuando se despertó, estaba lloviendo. Era la clase de lluvia pesada que suena como un redoble al impactar contra el suelo. Como de costumbre, la ventana estaba semiabierta, y las cortinas oscilaban con el viento. El aire del dormitorio era húmedo y cargado. Había amanecido hacía casi dos horas; sin embargo,

desde la almohada donde yacía recostado, solo pudo ver un cielo gris que se le antojó como un algodón sucio y mojado.

Emma se había despertado antes que él. No se dieron los buenos días, se habían acostumbrado a no hacerlo. Tena se frotó los ojos y bostezó de manera prolongada. No quería seguir durmiendo. En su último sueño, turbulento, había visto un bebé recién nacido flotando en la oscuridad. Lloraba debido a las gotas de agua que le caían, sin cesar, en la cara. Cuando el niño abrió los ojos, su rostro arrugado se convirtió en la cabeza con sombrero de un hombre despiadado. Un villano. De la silueta del hombre surgieron cuatro extremidades en forma de revólver, y el lamento del bebé se transformó en una serie de ladridos que, si se afinaba el oído, se asemejaban a disparos. Y entonces, a través de la lógica incomprensible e ilimitada de la que se sirven los sueños, los disparos pasaron a ser los truenos de una tormenta de verano; era su implacable gruñido el que lo había despertado.

Se levantó para escapar de ese sueño tan extraño. Se dio una ducha de agua caliente que le despejó la mente. Mientras se afeitaba, se fumó un cigarrillo. No sería el último del día. Luego se enceró el flequillo y fue a la cocina para tomarse un café.

Mientras administraba cafeína a su organismo, telefoneó a Gabi.

—He soñado con el bautizo de *El Padrino*.

—Buenos días, Marcos. ¿Qué tal? ¿Has descansado?

—Más o menos. Anda, cuéntame cómo sigue la película.

Se acercó a la nevera y sirvió un zumo de naranja.

—Lo que os conté el otro día resume el final de la historia.

—Describiste la escena con gran detalle: el tipo que quería vengar a su padre, el juramento que hace en presencia de Dios, los matones que trabajaban para él, la representación de un hombre bueno y puro que está bautizando a su sobrino a la vez que fulmina a sus rivales de manera sangrienta, y el protagonista, que al final alcanza el máximo poder. ¿Qué pasa en las siguientes películas?

—Michael Corleone se convierte en una figura temible, poderosa y terriblemente infeliz. Su obsesión por proteger a su familia acaba con todos y con todo.

—Ya.

—¿Qué te ocurre?

—Supón que esos matones conocían de alguna manera a sus víctimas.

—No lo hacían. Eran simples asesinos a sueldo que obedecían órdenes de su capo.

—Pero imaginemos que sí. Supón que cada hombre asesinado había sido previamente vinculado con su verdugo. Y supón que luego llegó la policía y se encontró con todos esos cadáveres por toda la ciudad. ¿Qué habrían pensado al investigar un poco?

—¿Qué habría pensado la policía? No lo sé. Se trata de una película.

Tena dio un nuevo sorbo caliente de café.

—Te estoy pidiendo que hagas un esfuerzo.

—¿Marcos, por qué estás enfadado?

Aquello le pilló a contrapié. Gabi tenía razón. Estaba enfadado. Sería fácil responder que acababa de revivir el accidente de su mujer y no estaba de humor para nada; que estaba cansado de aparentar rectitud en el trabajo cuando en casa tenía que librar una guerra todavía mayor de la que había en las calles; que empezar el día deseando que todo cambiara en su vida no era agradable. También podía responderle que últimamente tenía fantasías sexuales con ella. Pero se conocía lo suficiente a sí mismo para saber que había algo más en su interior. Era ese maldito caso. Hermes le estaba absorbiendo el cerebro.

—Lo siento —dijo—. Venga, solo quiero saber tu opinión.

—Pues supongo que la policía creería que los sicarios tenían una razón personal para matar a esos hombres.

Tena asintió con la taza rozando sus labios.

—Exactamente. Sobre todo, si después descubren que los asesinos no están vinculados entre sí, y que su modus operandi, estilo de vida y estatus social es completamente diferente.

—Espera un momento. —Por el tono de voz, Gabi parecía haberse perdido—. ¿Estás sugiriendo que alguien, un solo individuo, escogió a esas personas para que mataran a ciertos tipos, siempre pertenecientes a su entorno? ¿Qué los asesinos ni siquiera se conocían entre sí? ¿Y que sigue matando a gente desde la distancia mientras la policía, o sea, nosotros, perseguimos e interrogamos a esos pobres verdugos?

—Incluso podría estar orquestándolo todo desde el altar de la iglesia donde se está celebrando el bautizo de su sobrino.

—¿Qué dices?

—Nada. Solo era una analogía. Pero, ¿sabes?, empiezo a sentir que por fin estamos en el camino correcto, aunque no estoy seguro de a qué guarida nos estamos dirigiendo.

Nada más colgar, le llevó el zumo de naranja a Emma y la ayudó a beberse.

—Cariño, ¿alguna vez has visto *El Padrino*? —le preguntó.

—Sé que ganó muchos premios, pero nunca la he visto.

Le contó la escena final. Terminó con un resumen del caso de los papeles de cuaderno, y con lo que le había contado a Gabi en relación a los asesinos como concepto individual y orquestado.

Después de un largo silencio, Emma fue un poco más allá de lo que había ido la joven policía.

—¿Así que alguien, una especie de *Padrino* del mundo real, está utilizando a ciertos asesinos concretos para matar a foreros solitarios?

—Algo así.

—¿Es el mismo que ha escrito los símbolos en esas hojas de cuaderno que traes a casa y que no dejas de mirar?

—Seguramente.

—Ayúdame a entenderlo. Quiero decir, según me acabas de explicar, esos tipos no tienen aspecto de despiadados asesinos. Uno de ellos hasta se ha entregado. ¿Por qué elegirlos a ellos entonces? Es difícil de creer.

—Porque conocían a las víctimas y, por algún motivo u otro, estaban unidos mediante fuertes vínculos.

—¿Y qué, Marcos?

—Pues que, de ese modo, Hermes se aseguraba de que la policía daría con ellos rápidamente y no seguiría investigando.

—¿Hermes?

—Así me gusta llamarlo. Como el dios griego, ya sabes.

—Ya. Pero si ese Hermes quería que no tirarais de la madeja, ¿por qué dejar esos mensajes? Al fin y al cabo, son como su firma.

Emma tenía razón. Todas las conclusiones a las que había llegado habían sido gracias a Hermes y sus hojas de cuaderno. Sin ellas, habrían asociado cada muerte a su asesino, y no estaría ahora en la cama con dolor de cabeza y compartiendo hipótesis con su inválida mujer.

—Tengo otra pregunta —dijo Emma desde su posición, permanentemente mirando al techo.

—A ver.

—¿Cómo convenció ese tipo a los diferentes asesinos para que mataran?

—Los chantajeó —respondió, mientras se preguntaba a dónde se dirigía ella.

—Todo chantaje implica un secreto inconfesable.

Tena se quedó pensativo y no dijo nada.

—¿Guardaban esos asesinos algún secreto cuyo descubrimiento pudiera arruinar sus vidas?

Tena elaboró una lista mental de los tres asesinatos. Del caso de Teodoro Simón todavía no se conocía culpable, de modo que lo dejó a un lado. A Eukene Goiria la había matado Fálagan, con quien mantenía una relación sentimental secreta. Su mujer estaba al tanto de todo, pero él lo desconocía. En cuanto a Kiko Valbuena, el mismo Malick había manifestado que Hermes le había amenazado con matar a su mujer y su hijo. No había, por lo tanto, ningún trapo sucio que destapar en ese caso; bastó con una simple amenaza de muerte.

A las 10:45, llegó la cuidadora para cambiar a Emma y limpiar la casa. Todavía estaba lloviendo.

Tena fue a su escritorio y se obligó a reflexionar sobre su complicada situación, que bien podría concentrarse en una única palabra: Hermes. Sacó un folio en blanco y anotó todo lo que acababa de hablar, con Gabi por teléfono primero, y con Emma después. Sostenía el bolígrafo con los dedos muy próximos a la punta, de manera que se le mancharon de tinta azul. Repasó lo que había escrito. Se detuvo en la frase que había dicho su mujer: «si ese Hermes quería que no tirarais de la madeja, ¿por qué dejar esos mensajes?». Cuanto más seguro estaba de que los asesinatos habían sido orquestados por una sola persona, más significativo se hacía el concepto de los símbolos trazados sobre los papeles de cuaderno.

—Agente Lucas Redondo solicita información sobre el caso «Caja de galletas». Cambio.

Lucas sostenía el transmisor pegado a los labios al mismo tiempo que observaba el retrato de su hija en la pared. Como el aparato se mantuvo mudo, probó de nuevo.

—Agente Redondo al habla. ¿Me recibes? Cambio.

Hizo un nuevo intento, esta vez con nuevas arrugas en el entrecejo:

—Sasha, cariño, ¿me recibes?

Pasaron algunos silenciosos segundos hasta que el policía arrojó el transmisor al sillón y salió corriendo por la puerta.

Aproximadamente media hora después, el Mazda frenaba con violencia frente a la puerta vallada que daba al jardín de entrada al convento de Torrelavega. La tormenta eléctrica era un fiel reflejo de la lucha que se estaba desarrollando en el interior de Lucas. Salió del vehículo sosteniendo entre las manos el peluche de un tigre que había comprado por el camino, y accedió al complejo.

Dos mujeres, una en edad de jubilación y la otra considerablemente más joven, ataviadas ambas con sus uniformes grises, le cerraron el paso cuando iba a entrar en la habitación de su hija.

—La niña ha empeorado —dijo la monja de más edad, con el tono de voz de quien presagia el fin del mundo.

—¿Por qué coño no me han avisado?

Lejos de intentar ser amable, Lucas se había esforzado por parecer enfadado.

—Ha sido de repente, esta mañana se encontraba bien.

Valiéndose de su fuerza, el policía se hizo paso entre las dos mujeres y se abalanzó hacia el camastro de Sasha. El corazón le dio un vuelco cuando vio a su pequeña. Se mostraba lívida, con terribles ojeras acorralándole los párpados y una toalla húmeda sobre la frente. Dormía. Cuando miró a su alrededor, Lucas no vio equipo médico, salvo un par de

cajas de medicamentos, jeringuillas, termómetros y una palangana. El transmisor con el que hablaban a diario estaba tirado en el suelo.

—¡Hay que llevarla a un hospi...!

Acababa de ser víctima de la desesperación, pues era plenamente consciente de que una niña extranjera no iba a ser admitida en ningún centro oficial. Ya lo había intentado infinidad de veces. Mientras el Grupo rigiera las leyes del país, no habría futuro para Sasha.

La mirada de Lucas se oscureció. No dijo nada más. Simplemente colocó el tigre de peluche entre las manos de su hija, la besó en la frente, y abandonó el convento.

Regresaría esa misma tarde y no volvería a separarse de ella.

El fondo de pantalla del ordenador personal de Edward Malick representaba una colorida fotografía de un fragmento del Muro de Berlín. El equipo era un iMac de veintiuna pulgadas algo anticuado, aunque en perfectas condiciones. Un elemento más en el singular y exclusivo dúplex de Malick.

Tena no le había dicho a nadie que iría. Por alguna razón, prefería hacer esto a solas. Le había abierto la puerta una estilosa mujer madura cuyo moño dorado casaba a la perfección con un entallado vestido color beige. Después de una parca presentación, Tena le había preguntado por el despacho de su marido. Una vez allí, le pidió que le dejara solo y cerrara la puerta al salir.

Tal y como había asegurado el detenido, el disco duro externo estaba conectado al ordenador, y su acceso era libre. Contenía un único archivo cuyo nombre eran una serie de dígitos y letras que no aportaban ninguna información. Fue al pinchar en él con el *touchpad* cuando leyó la carta que Malick había recibido, escaneado y posteriormente quemado. Era más breve de lo que se había imaginado:

¡Te pillé! Has jugado con fuego, Edward, y te has quemado. Ahora lee con atención. Vas a matar a Francisco Valbuena. Lo harás en las próximas veinticuatro horas, o de lo contrario... bueno, de lo contrario, tu mujer y tu hija conocerán tu pequeño secreto.

Niño malo...

Sé que odias a Valbuena. Es un ser despreciable, ¿verdad? Disfrutarás acabando con él.

Recuerda: veinticuatro horas.

Debiste portarte mejor, Edward.

Quien la hace, la paga.

Imprimió la carta y la leyó dos veces más en busca de alguna pista que Hermes hubiera podido dejar. «Conocerán tu pequeño secreto...» ¿A qué se refería? Era evidente que Malick le había mentado respecto a la amenaza. No había sido una amenaza de muerte, sino de confidencialidad.

Aprovechando que tenía el ordenador encendido, tuvo la ocurrencia de revisar la bandeja de correo electrónico de Malick, que, por supuesto, tampoco solicitaba contraseña. Recorrió varios emails con la mirada, aunque no necesitó perder demasiado tiempo. La gran mayoría de las conversaciones se correspondían con envíos y recepciones

intercambiados con un mismo destinatario: un tal Pedro Gutiérrez. Tena aguantó la respiración a partir del segundo mensaje.

Me encantó lo que hicimos ayer en la ducha.

Nunca había sentido esto antes, Pedro.

Quedemos mañana, pero no me llames a la pantalla de pared. Mi mujer sospecharía.

Fueron algunas frases que le llamaron la atención. Se encontraba ante la traición más vil que un hombre puede hacerle a su mujer. De repente, sintió un punzante malestar que se asemejaba a la tristeza.

Imprimió los correos más relevantes, abandonó la casa sin comentarle nada a la mujer de Malick, y se metió en el coche, desde donde telefoneó a Lucas. Este no descolgó el teléfono, así que le dejó un mensaje de voz en el buzón.

Cada vez tenía más nombres en la cabeza. Vínculos, suposiciones, hipótesis y caminos que llevaban a ninguna parte. Hacía días que le rondaba la cabeza una idea que no podía fijar; era como si viera algo por el rabillo del ojo y sin embargo no pudiera girar el cuello para detallarlo. Necesitaba organizarse.

Extrajo la tableta de su funda y abrió el editor de texto. Poner las cosas por escrito era una de las mejores maneras de aclarar las ideas. Con el lápiz táctil, escribió el nombre de Teodoro Simón, y entre paréntesis, su alias en Internet. A continuación, entre signos de interrogación, anotó: «¿Asesino?» Tena negó con la cabeza. No tenía respuesta a esa pregunta. «¿Móvil?» Otra pregunta sin contestar.

En la línea inferior colocó a Eukene Goiria. En este caso sí conocía al asesino, de modo que escribió su nombre al final de una flecha que contenía una calavera. Móvil: chantaje. Fálagan era infiel con la propia Eukene.

Se empezó a sentir tan aliviado con la recopilación de ideas, que decidió insertar la fotografía de cada fallecido o asesino conocido junto a su nombre correspondiente. Observó el listado, ahora más visual, y asintió.

Continuó con Francisco Valbuena, de quien todavía desconocía si estaba registrado en el foro con algún pseudónimo, así como su verdugo: Edward Malick. El teléfono sonó cuando estaba escribiendo el nombre de este último. Era Lucas.

—Lucas, ¿podemos vernos?

—¿Ahora? ¿Dónde?

—En comisaría. Que venga Gabi también.

La sala de vídeo de comisaría era limpia y oscura. Un espacio diáfano, a excepción de la fila de butacas reclinables que había instaladas delante de una pantalla que ocupaba toda la pared. Marcos Tena esperaba sentado en la butaca central.

Lucas y Gabi entraron juntos, y a Tena le pareció percibir un sutil olor a ginebra. Cuando Lucas se sentó a su lado, confirmó que provenía de él. A lo largo de la sesión, dedicaría especial atención a sus gestos y vocalización, pero no encontraría ningún síntoma de ebriedad.

—Traigo información sobre Valbuena —dijo Gabi, mostrando un disco duro externo que traía en el bolsillo.

Tena asintió satisfecho. Era justo lo que tenía pensado reclamarle.

—Bien, pero antes mirad esto —dijo, y apuntó a la pared con un mando del tamaño de una tarjeta de crédito. La pantalla lució tan brillante que les obligó a

entornar los ojos. La carta que había encontrado en el ordenador de Malick estaba expuesta, e iba desde el techo hasta el zócalo.

Lucas y Gabi tardaron pocos segundos en leerla. Ella terminó primero.

—*Quien la hace la paga* —repitió en alto la última frase de la carta—. Así que no era una amenaza de muerte, después de todo. Esto me da muy mala espina, chicos.

—¿Sabemos cuál era el secreto al que hace referencia? —preguntó Lucas.

Convencido de que la imagen resultaría mucho más descriptiva que cualquier resumen que pudiera hacerles, Tena pulsó otro botón del mando y la carta fue sustituida en la pantalla por la recopilación de emails que había imprimido un rato antes con la impresora de Malick. Esta vez fue Lucas el primero en hablar.

—De modo que es un maricón.

Había rabia en sus palabras.

—Bisexual. —Tena suspiró, mirando a su colega con una combinación extraña de exasperación y compasión—. Mantenía una aventura con un hombre a espaldas de su mujer.

Había hecho el comentario aposta para ver la reacción de Gabi. Su mirada era intensa. ¿Acababa de tragar saliva repetidamente?

—Ahora ya conocemos un poquito más a Malick y la base de su chantaje. —Tena se cruzó de piernas y se dio una palmada en el muslo—. Tu turno, Gabi. Háblanos ahora de la víctima.

La policía se levantó e introdujo el pequeño disco duro en una rendija situada en la esquina inferior derecha de la pantalla. Al agacharse, la tela del pantalón se ciñó a sus glúteos, obligando a Tena a mirar en otra dirección. Cuando regresó a su asiento, éste le cedió el mando al mismo tiempo que la pared se transformaba en la ficha personal de Francisco Valbuena.

El nombre y logo de Price&CO aparecían en grande a modo de titular de la ficha. En el lado izquierdo de la pantalla, una descripción de tres párrafos sobre la función de Valbuena en la empresa. A la derecha, su fotografía de empleado: un rostro ancho y grasiento, perjudicado por una amarillenta y forzada sonrisa con la que el individuo pretendía parecer, sin éxito, agradable.

En ese instante, el comisario Mayoral entró sin llamar. Era un hombre corpulento, con la piel algo flácida en algunos rincones de su cuerpo al encontrarse al final de la cincuentena, pero con buena presencia en general. Aunque canoso, llevaba el cabello bien peinado, de una forma que a Tena siempre le había recordado a Richard Gere. En el último mes se había dejado crecer una perilla que contribuía a afianzar su aspecto de tipo duro. Sin decir «buenas tardes», se situó detrás de la fila de asientos y se quedó cruzado de brazos. La expresión de su rostro era indescifrable. No abrió la boca.

Después de algunos segundos de silencio en los que nadie supo si debía decir algo, Gabi se animó a resumir la ficha de Valbuena:

—Francisco Valbuena era un empleado de Security Managements, empresa de seguridad subcontratada por la multinacional de ropa, Price&CO. Trabajaba en el turno de noche, velando por la seguridad de la empresa en el vestíbulo principal. También dominaba el parking y toda la primera planta. Su nivel salarial era el mínimo, pues llevaba trabajando allí menos de un año.

Gabi había destacado los puntos más reseñables de entre los tres oficinescos párrafos.

—¿Eso es todo? —preguntó Tena.

—No, esto es tan solo su ficha oficial en Price&CO. Aparte de esto, Valbuena estuvo en la cárcel en dos ocasiones. La primera vez fue por maltrato. La segunda,

por alteración del orden público. Ya sabéis: quema de contenedores, destrozo de oficinas bancarias, etc.

Tena alzó una ceja.

—¿Pertenece a la *tribu*?

—De forma radical. Su alias en internet era Neil Armstrong. —Tena apuntó el pseudónimo mentalmente para anotarlo más tarde en su tableta—. Fue el promotor de las más sonadas manifestaciones contra el Grupo.

—Vale, buen trabajo.

—Esperad, tengo más —se apresuró Gabi—. Aprovechando mi visita a Price&CO, he conseguido las fichas de dos hombres interesantes.

Pulsó el botón y en la pantalla apareció la ficha de Bobby Florín, actual director ejecutivo de la compañía y miembro fundador del Grupo. La fotografía era antigua y Florín salía visiblemente más joven, pero continuaba pareciendo la misma alimaña que Tena y Lucas habían conocido. A este segundo se le escapó un chasquido cargado de aversión en cuanto vio la imagen.

La biografía no decía nada del empresario que no supieran. Desde el diecisiete de marzo de 2023, había ocupado el cargo de director ejecutivo de Price&CO, sustituyendo a su amigo Ernesto Shapiro tras su misteriosa desaparición.

Gabi presionó el botón de nuevo, y en la pared apareció una nueva ficha de empresa. Tena se revolvió en su silla.

—Ernesto Shapiro, hijo del histórico empresario Juan Shapiro —leyó la policía en voz alta y clara, como si expusiera una ponencia ante un importante jurado—. Fue condenado a doce años de cárcel por el asesinato de su propio padre, así como el intento de inculpación del mismo al doctor Jaime Vergara.

Tena sintió un sudor frío al escuchar ese nombre, e inmediatamente le vino Alyssa Grifero a la cabeza. Miró a Lucas de reojo, y descubrió que él también lo estaba mirando de la misma manera. Continuó prestando atención a las palabras de Gabi.

—Tras salir de la cárcel, heredó la empresa de su difunto padre y se convirtió en uno de los empresarios más ricos del país. Se trasladó a Ámbar, villa donde se ubica la sede principal de Price&CO, y desde allí fundó el Grupo con otros siete empresarios, dueños de las principales bancas, petroleras y compañías energéticas. Dieron el famoso golpe de estado que hoy en día conocemos como el Suceso, y reescribieron algunas leyes, principalmente las relacionadas con salud, seguridad y defensa. El nueve de marzo de este año fue el último día que se le vio. Desde entonces, su paradero ha sido una incógnita. Algunos aseguran que está muerto, mientras que otros, como es el caso de ciertos miembros de la *tribu* que ya conocemos, piensan (o pensaban) que está muy bien escondido en alguna parte.

Mientras observaba el rostro de Shapiro, en la imaginación de Tena se perfiló una escena. Era la sede de Price&CO en una noche calmada y agradable, nada que ver con el mal tiempo que estaba castigando la costa durante los últimos días. Los rostros de Valbuena, Florín y el propio Shapiro bailaban flotantes frente a la imagen del edificio. Tena intentaba mirar a los tres pares de ojos, pero le resultaba imposible seguirlos a todos al mismo tiempo. Era como si se estuvieran riendo de él.

Valbuena era el guarda de seguridad de la empresa. Florín, el actual mandatario, y Shapiro, el máximo accionista y presidente por decreto. Los tres estaban unidos por la compañía de textiles. Uno estaba muerto y otro desaparecido. El tercero vivía a cuerpo de rey, como si la cosa no fuese realmente con él. ¿Se conocían entre sí? ¿Eran conscientes Florín y Shapiro de lo que opinaba su guarda de seguridad respecto a ellos y su Grupo? De repente, a Tena le vino una idea a la cabeza:

¿ordenó Shapiro asesinar a Valbuena por la constante amenaza que este estaba suponiendo para él, el Grupo y su escondite secreto? ¿Fue Shapiro, por lo tanto, el causante de las otras muertes? En ese caso, ¿era Ernesto Shapiro el mismísimo Hermes? De ser todo eso cierto, significaba que estaba vivo. Y si así era, ¿dónde y por qué motivo se escondía?

La asociación mental de ideas fue bruscamente interrumpida por el silencio tirante de la sala. Gabi había concluido su exposición y ninguno sabía quién debía hablar a continuación. En la pantalla continuaba brillando el rostro gris y apagado de Ernesto Shapiro.

La voz grave de Mayoral reanudó la sesión:

—Ya sabemos lo que provocó el cortocircuito que dejó sin luz la comisaría durante el interrogatorio de David Fálagan.

Lucas se levantó inmediatamente, como ansioso por conocer la verdad, y Tena tiró de su brazo para que volviera a ocupar su asiento.

—Uno de los cables del cuadro de luz estaba quemado —explicó el comisario.

—Entonces, ¿fue un accidente? —quiso saber Tena.

—Todo lo contrario. —Mayoral anduvo con las manos en los bolsillos hasta detenerse frente a la fila de butacas, de cara a los tres policías—. Había restos de fósforo muy bien disimulados en los recovecos del cuadro de luz. Alguien forzó el corte utilizando una mecha como temporizador para que...

Lucas acabó la frase por él.

—Para que se fuera la luz en mitad del interrogatorio.

—Exacto.

—¿Se sabe quién pudo ser? —preguntó Tena.

—Díganmelo ustedes. —De nuevo, un incómodo silencio—. Estamos quedando como el culo, ¿os dais cuenta? —La mirada del comisario se había vuelto más punzante. Tena sabía que era momento de callar y aguantar el chaparrón, pero le inquietaba que Lucas no fuera igualmente consciente y cometiera una estupidez—. Los asesinatos son portada de todas las tiradas de hoy, y los informativos principales del país han abierto con nuestro caso. Dan nombres y apellidos de las víctimas, y también de Fálagan y Malick. La gente está perdiendo los nervios, joder. Si no me dan buenas noticias muy pronto, me veré obligado a quitarles el caso.

Concluido el sermón, Mayoral abandonó la sala con el mismo sigilo que había entrado. La temperatura parecía haber descendido en la sala desde entonces.

—¿Algún comentario al respecto? —dijo Tena, sabiendo que las palabras de su superior iban a impedirle dormir esa noche.

—¿Qué quieres que te diga, Boss? —farfulló Lucas.

—¿Te ocurre algo?

—¿Por qué me tiene que pasar algo?

Tena se levantó para observar a Lucas desde la superioridad.

—No lo sé, pero tu lenguaje corporal, echado hacia delante y con esos puños cerrados y apoyados contra las rodillas, confirman tu mal humor.

—¿Mi lenguaje corporal? —Lucas se había incorporado, y ahora miraba a los ojos de su jefe al mismo nivel—. ¿Resulta que eres un jodido chiflado de esos?

—Lucas...

—No, Marcos, estoy harto. —El policía aproximó la punta de su dedo índice al pecho de su superior, aunque no llegó a tocarlo—. Estoy harto de perder el sueño y de ganarme broncas por investigar los asesinatos de esos tíos. ¿Sabes lo que pienso? Deberíamos centrarnos en investigar al Grupo. Son unos putos corruptos, y ahora se están cargando a esos foreros, estoy seguro.

—Lucas, ya basta. No tenemos pruebas para asegurar eso.

—Ambos sabéis que tengo razón. Esos foreros estaban haciéndonos un favor combatiéndonos. Se los han quitado del medio.

—No estás siendo profesional. Hablas de ellos como si fueran héroes. Se trata de violadores, maltratadores y alborotadores que pasaban sus vidas escondidos tras una pantalla mientras planeaban cómo arruinar la vida de los demás.

—Mira, Marcos, me da igual lo que hacía esa gente en sus ratos libres. Me da igual el pasado del maricón de Malick y su aspecto de mear sentado, o el de Fálagan, o el del puto Micky Mouse. —Había una ferocidad en los ojos de Lucas que Tena no había visto nunca—. Por lo que a mí respecta, esos de la *tribu* tienen un par de cojones, y si mañana aparece muerto Florín, o Shapiro, o cualquier empresario, podéis apostar a que brindaré por ello.

La última frase había salido de su boca como una bala que hace explosión. Jadeando y visiblemente acalorado, retiró su tembloroso dedo del pecho de Tena. Este dio gracias de que no hubiera cámaras en la sala de vídeo. De haber sido así, a Lucas se le habría caído el pelo.

—Yo me voy —dijo Gabi, casi desesperada por abandonar la discusión—. Mañana hablamos.

Cuando se quedaron a solas, Tena le pidió a Lucas que se sentara. Después dejó la sala y regresó en un par de minutos con dos cafés de máquina servidos en vasos de cartón y con sendas varillas de plástico asomando por el borde. Lucas aceptó su café sin decir nada. Se recostó en el respaldo y a Tena le pareció que aceptaba escucharlo.

—Ahora estamos entre amigos, como en los viejos tiempos —dijo con el tono más calmado que fue capaz de articular—. Cuéntame lo que te pasa.

Lucas hizo ademán de decir algo, y su boca se ensanchó en un pequeño espasmo que podría haber sido una sonrisa de un segundo.

—Vamos, Lucas, puedes contármelo.

Los ojos del policía estaban ahora cubiertos por una capa húmeda.

—Sasha ha empeorado.

—Oh, mierda.

Tena ya se había imaginado que el motivo del cambio de humor de su hombre no iba a distar mucho de la enfermedad de su hija. Lanzó un prolongado suspiro, rodeó a Lucas con el brazo, e hizo amago de abrazarle. No hizo falta. Cogió su café y abandonó la sala. Se imaginó que le estaba haciendo un favor, ya que, de ser él, no le hubiese gustado llorar delante de su jefe.

El café estaba ardiendo, pero no fue suficiente para contrastar el frío que se sentía ahora en la comisaría.

Después de una exigente sesión de pilates, Gabi se duchó en el vestuario del gimnasio y fue caminando a casa. El viento era ahora más frío que cuando había entrado a clase. Pasó por delante de un kebab, y su estómago casi la convenció para que se quedara a saciar su antojo. No por falta de ganas, determinó que lo mejor sería comer con su familia.

Recogió el correo del buzón y entró en casa dando un portazo.

—¡He llegado! —gritó.

No había nadie en casa.

«Javier ha debido llevarse a los gemelos a picar algo por ahí», dedujo.

Con el ánimo levantado y sintiéndose un poquito culpable por alegrarse de poder estar a solas en casa, levantó la persiana y depositó sobre la mesa del salón las dos cartas que había recogido del buzón. Dejó caer el abrigo sobre el respaldo de una silla, sacó un refresco de la nevera, y encendió la pantalla de pared con el único propósito de oír voces.

Se sentía satisfecha con su trabajo en comisaría aquella mañana, el jefe parecía contento con su investigación. Sin embargo, el caso no iba bien, el propio comisario había tenido que presentarse en persona para ponerles las pilas. Y luego estaba Lucas, a quien era evidente que le pasaba algo. ¿Debería preguntarle por ello? No, todavía no había tanta confianza entre ellos.

Se acercó a la mesa y abrió la primera factura: el gas había subido un poco respecto al mes anterior. Hablaría con los niños para recordarles que el agua de la ducha debía dosificarse.

El segundo sobre venía sin remitente. Más tarde, al analizarlo con más detenimiento, descubriría que tampoco contenía sello postal. Justo cuando estaba rompiendo el lateral para extraer la carta, el terminal móvil la sobresaltó con su particular tintineo de llamada. Era Tito. Odiándose a sí misma, dejó que sonara hasta que por fin cesó la musiquita. ¿Deseaba sexo aquella tarde? Sí. ¿Le apetecía no poder dormir por todo lo que le iba a atormentar su conciencia después? Por supuesto que no.

Acompañando el movimiento con un largo e intranquilo suspiro, extrajo el papel que había dentro del sobre.

No leyó ni la mitad cuando, de pronto, una gélida y goteante bola de demolición pareció derretírsele en las entrañas.

Capítulo 19

Roberto Mancuso tuvo un despertar agitado, como si hubieran cogido su subconsciente y lo hubieran bañado en ácido.

Se arrastró directamente hasta la mesilla —ventajas de dormir en un colchón en el suelo— y, todavía algo desorientado, utilizó la tarjeta de crédito para conformar una especie de gusano blanco sobre la madera. Después acercó la nariz, oprimió con el dedo uno de los orificios, y dejó que el gusano ascendiera por el tabique. La química se encargaría del resto.

Repentinamente eufórico, se levantó y observó su fibrosa desnudez en el espejo de la pared. El tatuaje de una serpiente abrazada a la rama de un árbol cubría todo su pectoral. Le hacía sentir bien. Se lo había hecho el día que vendió las fotos de ese torero a aquella revista. Un trabajo fácil que le había hecho ganar mucho dinero.

De pronto, algo se movió entre las sábanas. Un haz de luz se había colado por el hueco de la persiana, descubriendo las muchas motas de polvo que flotaban en el ambiente. No se había percatado de que esa puta todavía seguía ahí.

—¿Has dormido aquí, zorra?

Ella musitó algo con los ojos entornados. El haz de luz la enfocaba directamente. En cuanto reconoció su voz, se cubrió la cara con sus raquíticos brazos. No tenía buen aspecto.

—Te pagué por tus servicios, no para que durmieras en mi cama —voceó él, agarrándola por el brazo y arrastrándola fuera del colchón hasta que se puso en pie—. Ahora fuera de mi casa, ¡apestosa!

Le arrojó la camiseta vieja que había llevado la otra noche y su minifalda de tela vaquera, que ella se puso, entre espasmos, sin ropa interior. La prostituta zigzagueó hasta la puerta del estudio, donde él la empujó hacia el rellano.

Al fin solo, Mancuso se enfrentó a su diminuto piso de alquiler buscando algo con la mirada. En una esquina del suelo, cogiendo polvo mientras la batería terminaba de cargarse, estaba su viejo portátil. Allí estaban guardados los billetes que lo catapultarían a una vida de placeres ilimitados. Sonrió, dejando entrever unos dientes grisáceos impropios de alguien de su edad.

Había sido toda una suerte acudir al *Fusión* esa noche. Ese sitio tan exclusivo era el único lugar de la ciudad donde podía saciar su exigente apetito sexual. Todo tipo de hombres y mujeres acudían cada velada, en ocasiones incluso acompañados de sus respectivas mujeres y maridos, para probar cosas nuevas. Hacían tríos, intercambiaban parejas, o simplemente miraban y se masturbaban. El local contaba con salas especiales de sadomasoquismo, orgías y fiestas temáticas. No había reglas en el *Fusión*, solo divertirse y dar rienda suelta a los más primitivos instintos del ser humano.

Esa noche no había acudido con nada especial en la cabeza. Se encontraba cansado y no tenía ganas de juerga, así que se ancló en la barra y pidió una copa. Por esa vez, solo miraría. Afortunadamente para Mancuso, el destino quiso que tres de las ocho

figuras que poseían los mandos del país acudieran al *Fusión* esa noche. Si no le fallaba la memoria, se trataban de Enrich, Philippe y Chang. No necesitó más que la cámara de fotos de su móvil y un par de los rincones más oscuros del local.

Los ojos de Philippe miraron a la cámara justo en el momento en que Mancuso pulsó el disparador. Había en ellos sorpresa y desconcierto. La cámara lo había pillado con los pantalones bajados y la cabeza de una prostituta muy próxima a sus muslos, en la que se convertiría en una de las fotografías del año. Además de la gran foto, Mancuso consiguió casi un centenar de instantáneas que, sin lugar a dudas, agitarían los cimientos del Grupo hasta derrumbarlo.

Por suerte para esos empresarios, el Grupo era del todo indiferente para Mancuso.

Dejó caer su culo desnudo sobre la madera y apoyó la espalda contra la pared. Con el pulso agitado, telefoneó a Enrich, ese gordo cabrón de la multinacional energética.

—Tenemos que cerrar el trato —dijo, esperando que la euforia no se le notara mucho en el temblor de su voz.

Enrich tardó en responder.

—¿Las fotos no han salido a la luz?

—No. Pero como no ingreséis lo acordado en la cuenta que os facilité, esta misma tarde serán las imágenes más vistas desde el alunizaje de 1969.

—¿Cuatro millones?

—Eso es, joder. Cuatro millones.

Mancuso quería saltar, gritar, cantar y llorar de excitación. No sabía si sería capaz de contener sus emociones durante mucho más tiempo. La cocaína y la palabra de un multimillonario prometiéndole cuatro millones de euros: un cóctel imparable.

—Los tendrás esta misma tarde —informó la voz cáustica de Enrich—. Pero como alguien sepa, investigue o se plantee siquiera la existencia de esas fotografías, eres hombre muerto, yonki de mierda.

Colgó entre jadeos.

Alguien llamó a la puerta. ¿Ella otra vez? Esa ramera tenía pensado joderle el mejor momento de su vida. Mierda, no lo iba a permitir.

—¿Qué cojones quieres ahor...? —exclamó a la vez que abría la puerta. De un modo totalmente inesperado, se dio de bruces con un punto negro. En un segundo plano, el mango de una pistola sujeto por una mano delicada. Justo detrás, un rostro femenino perlado con gotitas de sudor lo miraba con pavor. Los ojos de la mujer se abrieron entonces tanto que dos iris de color marrón claro se mostraron en su totalidad, como dos lunas llenas en una noche oscura. En ese momento se dio cuenta de que seguía desnud...

¡BANG!

En el momento en que apretó el gatillo y la bala salió disparada en una ensordecedora explosión, se disiparon todos sus miedos. Pero en los instantes previos, frente a la puerta cerrada y escuchando a Mancuso vocear antes de acudir a abrir, experimentó un tipo de angustia desconocido, como si estuviera al borde de un abismo y supiera que alguien la empujaría desde la retaguardia.

Entendió que se había convertido en la nueva víctima de Hermes en el mismo momento en que leyó la carta. Estaba escrita a ordenador.

¿Por qué, Gabriela? ¿Por qué tuviste que hacerlo? Tenías una vida perfecta y lo echaste todo a perder. ¿Y a cambio de qué? ¿De verdad follarte a ese niñato de gimnasio te ha hecho más feliz?

Tito Fonbellida, ni más ni menos, es el hombre que escogiste para convertirte en una zorra caprichosa. ¿No puedes controlar tu cuerpo? ¿Acaso eres una ninfómana de esas? Vas a pagar por tu insensatez, Gabriela.

Matarás a Roberto Mancuso, ese fotógrafo tan poco agradable que vive en tu calle. ¿Sabes a quién me refiero, verdad, Gabriela? Me da igual cómo lo hagas, pero, dada tu profesión, no creo que te sea difícil encontrar un arma y disparar a un hombre malo. Al fin y al cabo, a eso te dedicas, ¿no? A cazar a los malos.

Bueno, y a acostarte con ellos.

Tienes que hacerlo hoy. De lo contrario, Javier y los gemelos sabrán lo traviesa que has sido. No pienso escatimar en detalles.

Quien la hace, la paga.

Sabía lo que esas palabras significaban. Estaba condenada. Debía matar a un hombre y declararse culpable. La otra opción era confesar su infidelidad a su familia. ¿Qué era peor: convertirse en una asesina o en una zorra honesta? Conoció la respuesta incluso antes de plantearla. Podría sobrevivir unos años en la cárcel aun arriesgándose a que Javier la dejara por matar a un hombre. Y, por supuesto, podía olvidarse de conservar su empleo. Pero lo que no podría soportar era ver el rechazo y la decepción reflejados en los ojos de los tres hombres de su vida.

Tito Fonbellida no solo era un cuerpo bonito del que se había beneficiado. En el pasado, había sido condenado por tráfico de pornografía infantil y acusado de cómplice en un caso de abuso de menores. Había salido en las noticias, su nombre estuvo en boca de todo el mundo. Ahora, ella era la fulana que se estaba acostando con el pervertido, una policía casada y con dos hijos que no podía mirarse en el espejo.

Y la habían pillado.

Si todo esto salía a la luz, su vida se iría a la mierda.

Roberto Mancuso era el individuo más despreciable del barrio. Un chaval muy dado a deambular ebrio y colocado a plena luz del día. Se le solía ver acompañado de prostitutas. Las vecinas más chismosas aseguraban, además, haber visto a muchas de estas chicas abandonar el edificio entre lágrimas y con algún que otro moratón en el cuerpo, aunque esto Gabi no lo había presenciado nunca.

Mancuso se trataba, en definitiva, de una mala persona.

Cuando fue consciente de que tenía que actuar con rapidez, se quedó en blanco. Lo primero que pasó por su cabeza fueron Javier y los gemelos. «Deben de estar al llegar, ¡no puedo dejar que me pillen llorando!» Lo segundo que pensó fue consecuencia de la primera idea: si de repente se abriera la puerta y Javier la encontrara con la carta en las manos, todo se iría al garete. Combatiendo el pánico, consiguió guardar el papel en el bolsillo trasero del vaquero.

Respiró hondo y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

«Bien, piensa, Gabriela: ¿qué necesitas para matar a un hombre?» El mismo Hermes le había dado la solución más eficaz: una pistola. Sería el método más rápido y sencillo. A bocajarro.

Al alzar el revólver frente a sus ojos, se sintió sucia. Casi tanto como se había sentido entre los bíceps desnudos de Tito. Sucia y poderosa. Enfocó el cañón hacia el alto de su nariz, justo entre los dos ojos, y por un instante estuvo tentada de cometer una estupidez. Desde esa perspectiva, el fondo del cañón se asemejaba a un pozo oscuro y seco del que, de caer en él, no se escapaba jamás.

Durante mucho tiempo, Gabi soñaría con el orificio en la zona del corazón que originó el primer disparo en el cuerpo desnudo de Mancuso. Después vendrían dos más. El segundo le rozó el hombro. El tercero, el que lo mató, hizo diana en la frente. Mientras el paparazzi caía inerte, sus ojos se clavaron en ella con una expresión desolada que más parecía de incomprensión y miedo que de dolor.

El silencio más pavoroso que Gabi había vivido jamás inundó el rellano.

Presa de un ataque de ansiedad, cerró la puerta del piso y corrió a la calle. Lo más difícil llegaba ahora. «Vamos, Gabi.» Tuvo que teclear varias veces el número de teléfono de lo mucho que le temblaban las manos. Se llevó el auricular a la oreja, y mientras escuchaba los tonos, vio a Lucas caminando por la otra acera, en la lejanía. ¿Estaba llorando él también? Dio un paso atrás y se escondió en el portal. No podía permitir que Lucas la viera en esas circunstancias.

En ese momento, la voz de Marcos se escuchó en el auricular. Sin decir hola, Gabi denunció su crimen de la manera más fría, objetiva y concisa que le fue posible.

Capítulo 20

El paisaje que ofrecía la vista desde la carretera costera de Ámbar no había cambiado: pequeños dúplex victorianos con balcones orientados hacia el mar, humildes negocios que ofrecían pescado fresco recogido esa misma mañana en los muelles, y el viejo faro que lo dominaba todo desde el risco, imperturbable. Pero Óliver apenas se fijó. Solo pensaba en la casita más pintoresca de la primera línea de playa, aquella con la valla de color azul, y en el reencuentro con su familia.

Todavía era mediodía cuando apoyó el pie derecho fuera del minibús y respiró una buena bocanada de aire. No probaba ese inconfundible frescor salino desde hacía cinco años, siete meses y catorce días.

El vehículo conducido por Sebastian se esfumó tras la curva, dejándole frente a su hogar. «¡Suerte, amigo!», había gritado el barbudo alemán desde el volante antes de cerrar la puerta y arrancar.

Las emociones se manifestaron en Óliver en forma de sonora carcajada cuando la puerta se abrió y vio a su hermana corriendo hacia él. Era evidente que no iba a poder contenerse. Los pocos segundos que tardó ella en llegar y abrazarle fueron suficientes para que las lágrimas le cubrieran los ojos.

—¡No me lo puedo creer! ¡Has vuelto! —gritaba Ana mientras sus mechones rosas se le metían en los orificios nasales.

Detrás de ella venía una especie de versión muy bien conseguida de la abuela. Violeta había sido una anciana muy hermosa, pero Óliver nunca imaginó que vería a su madre con la melena canosa y el rostro arrugado a tan temprana edad. Su carácter juguetón se había marchitado hacía tiempo, concretamente desde ese fatídico día de 2006 en que papá falleció y Charly se quitó la vida. También lo recibió entre lágrimas, y los tres se fundieron en un cálido abrazo que borró, por un instante, todas las preocupaciones que Óliver había traído desde Berlín.

Pasaron adentro y mamá le obligó a sentarse en el sofá viejo de siempre, frente al piano de cola. Ana se colocó a su lado, muy pegada a él. Los Clash sonaban de fondo a un volumen bajo, confirmando que, al menos en eso, su madre seguía siendo la misma.

Verónica inició una ronda de viajes del salón a la cocina y viceversa, en cuyos retornos traía cada vez algo distinto para comer. Antes de que Óliver pudiera comprobar que casi nada había cambiado en casa desde su marcha, la mesita frente al sofá ya se encontraba cubierta de rosquillas, mazapanes, aceitunas, jamón, diferentes tipos de queso, refrescos, licores, café, té, pan y agua.

No fue capaz de recordar si el aroma a sal y canela era inherente a la casa, o si todas las viviendas del paseo marítimo olían igual.

Se despojó de su gorro de lana antes de pasar a explicar la historia de cómo consiguió entrar en España. Fue meticuloso, aunque omitió la parte en que fue ayudado por algunos miembros de la *tribu*. Si mamá se hubiera enterado de que su hijo mayor había

estado cooperando con esos delincuentes, habría sido una muy oportuna manera de chafar el bonito reencuentro.

—Entonces, ¿te están buscando? —preguntó con una sombra gris en la mirada.

—No me buscan porque creen que sigo en Berlín, pero legalmente no puedo estar aquí. Si me encuentran, me detendrán.

Ana se irguió en su lado del sofá y le cogió de las manos.

—Nosotras nos aseguraremos de que eso no pase.

—No puedo quedarme aquí, Ana.

—¿Te vas a ir? —Los góticos ojos azules, enmarcados por sendos trazos de lápiz negro, se habían quedado clavados en los suyos.

—Bueno, no para siempre. Lo que es seguro es que esta noche dormiré en un albergue —dijo, sirviéndose una taza de té con azúcar—. He venido de Berlín con dos amigos y ya lo tienen todo organizado. Me están ayudando mucho.

Al ver que las facciones de Ana se torcían, Óliver prefirió cambiar de tema y se interesó por su estado. Le preguntó por su enfermedad —ella le explicó que estaba controlada, ya que había podido medicarse durante su estancia en el calabozo— y por el polémico asalto al estanco. Lo hizo como lo habría hecho un colega, procurando evitar un tono que pareciese que le estaba echando la bronca. Ella terminó su historia muy deprisa para poder preguntar:

—¿Te lo ha contado todo esa tal Alyssa? —Tenía las mejillas sonrojadas.

—Por supuesto —respondió él, que de algún modo se había sentido acusado por la pregunta.

—¿Se puede saber quién coño es esa tía?

—¡Ana! —la reprendió mamá.

Óliver se echó a reír. ¡Resultaba que su hermanita era una rebelde malhablada! Le peinó cariñosamente el flequillo con la mano antes de responder.

—Alyssa es mi mejor amiga. Bueno, a decir verdad, era mi canguro —dijo desviando los ojos hacia mamá en busca de aprobación. Por su entrecejo arrugado, ese comentario la acababa de transportar a un tiempo mucho más feliz—. Es de fiar, y si hoy estás en casa y a salvo, es en parte gracias a ella.

No dio tiempo a que Ana replicase y cambió de tema una vez más.

—¿Cómo está el Yayo?

La boca de Ana se cerró y deformó hasta que se ocultaron los labios. Fue Verónica la que contestó.

—Tu abuelo está bien, mejor de lo que piensas. Vive con el árabe que le cuida.

Su voz sonaba ahora un escalón más agresivo. Era evidente que continuaba sin perdonar a su padre por el fraude que cometió con los resultados médicos en 2006.

—¿Para qué has vuelto, hijo?

Óliver tragó saliva. Mamá era demasiado lista y había dado con la única pregunta que no sabía cómo contestar.

—¿Qué?

—Nos alegramos muchísimo de tu regreso, pero dices que tu presencia en el país sigue siendo ilegal, que estás de paso y que esta noche dormirás fuera. ¿Qué haces aquí en realidad?

Óliver miró a su alrededor en busca de algo que le diese fuerzas para contestar a su madre. Dio con un retrato de papá, enmarcado y pintado al óleo, que colgaba de la pared ligeramente torcido. Posaba radiante y jubiloso, tal y como él lo recordaba. Notó como su pecho se calentaba, se encaró a su madre y respondió:

—Creo que por fin he encontrado la llave que abre la caja de música de Charly. Está aquí, en Ámbar.

Se despidió con aire teatral y salió de casa por la puerta trasera, que daba directamente a la playa. A pesar de las dudas suscitadas en mamá y Ana por su comentario acerca de la llave perdida, y la insistencia de estas en acompañarlo, Óliver ya se encontraba recorriendo en solitario la orilla de la playa.

Llevaba las coordenadas que había recibido de Audrey insertadas en la aplicación de brújula de su terminal, y de su hombro colgaba una mochila con la cajita de puros que guardaba las cinco fotografías. Avanzó en línea recta hacia el punto brillante que indicaba el navegador de la aplicación.

De vez en cuando levantaba la mirada para contemplar el paisaje. Esa tarde el mar estaba furibundo, y se había levantado un fuerte viento que hacía incómodo pasear, de modo que no había más viandantes a lo largo de la costa.

Se detuvo y giró sobre sí mismo muchas veces seguidas. En cualquier metro cuadrado de esa playa podía estar el alegre y desorientado fantasma de papá, soñando con otra vida en otro lugar, cualquier lugar, muy lejos de toda la pérdida y desolación que había dejado con su marcha. Óliver se remontó a los tiempos en los que hacía carreras con Aquiles sobre la arena mojada, desde casa hasta el faro y vuelta, esperando, anhelando escuchar una vez más la voz del Yayo que le avisaba, al anochecer, de que la cena estaba servida. Pero esa tarde el pasado se había desvanecido, y solo existía la voz del presente hecha de bits que parpadeaban y se movían en una pantalla. Frío y amargo progreso.

Un dolor desconocido, parecido al de la nostalgia pero más intenso, le sobrevino al ser consciente de que los mejores años de su vida jamás iban a volver.

Reanudó la marcha con los pies pesándole más a cada paso.

El punto brillante y parpadeante coincidía con su ubicación en la pantalla. Se encontraba sobre un punto a mitad de camino entre el agua y el paseo marítimo sin ninguna característica diferencial respecto al resto del entorno. Se detuvo y esperó a que Audrey surgiera de repente, e inmediatamente su corazón se aceleró al pensar que estaba a punto de conocer a la misteriosa lince de la que se había enamorado extrañamente en Maximilium.

Después de unos minutos en los que no pasó nada, su corazón volvía a trabajar a su ritmo habitual.

Empezaba a hacer frío. ¿Le estaban tomando el pelo? ¿Se había convertido en la víctima de una broma pesada? Se preguntó si le estarían grabando desde algún lugar lejano mediante un objetivo telescópico. Se sintió tan ridículo que propinó una absurda patada a la arena. Una nube de gravilla saltó ante él. Entonces se le ocurrió. Con esperanzas renovadas, se agachó y se puso a excavar utilizando las manos a modo de pala.

Ahí había algo. Era sólido. Cavó con ansia hasta que desenterró un objeto que había sido escondido. Cuando lo levantó frente a sus ojos y limpió la arena que se había quedado pegada en la superficie de plástico, vio que se trataba de un objeto con la forma de un jarrón. Era colorido y poco pesado. Constaba de dos mitades unidas por el vientre, y en la parte superior le habían pintado una boca y dos ojos. Óliver exhaló un suspiro de desánimo al reconocerlo. Una muñeca rusa.

Recordando las propiedades de este tipo de objetos, separó las dos mitades y extrajo de su interior otra *Matrioshka* de menor tamaño. Cuando repitió el proceso por tercera vez, obtuvo su recompensa. Dentro de la más pequeña de las muñecas, alguien había depositado un papel doblado dos veces por la mitad. Óliver sonrió triunfal cuando leyó lo que venía escrito en él:

Calle Andrómeda, número 3. 2ºB

Te espero.

Capítulo 21

Ni siquiera la descarga que le recorrió el tobillo cuando cruzó el umbral de Mancuso le dolió tanto a Marcos Tena como la llamada que había recibido de Gabi hacía escasos diez minutos.

A pesar de la decepción, la seguía queriendo lo suficiente como para apagar las luces de emergencia del Lexus una manzana antes de llegar a donde ella se encontraba.

El encuentro fue desagradable. Él la esposó al volante con movimientos más violentos de lo que consideraba su estilo. La parte inferior del rostro de Gabi estaba húmeda, y ella no dejaba de repetir desesperadamente: «lo siento». Con un escueto «espérame aquí», Tena la abandonó para inspeccionar la vivienda de la nueva víctima.

El estudio de Mancuso era pequeño y desordenado. Olía a cerrado, aunque no presentaba un aspecto tan troglodita como las casas de Teodoro Simón o Eukene Goiria. La tenue luz natural dejaba entrever un colchón sin hacer, algunos muebles viejos, un televisor de los antiguos, y un par de puertas que conducían a un baño y una cocina, ambos espacios muy pequeños. El piso pedía a gritos una reforma, pero era un lugar donde se podía vivir.

Cuando Tena encontró lo que parecían restos de cocaína sobre una mesilla, no le sorprendió. La droga era un problema más habitual en el país de lo que ninguna autoridad estaba dispuesta a admitir. Pero hubo otro detalle que sí hizo que el policía arquease una ceja: en el suelo, muy cerca del colchón, encontró un teléfono móvil. Si pertenecía a Mancuso, sería interesante que alguien de comisaría revisara las últimas llamadas y mensajes. Se prometió llevarlo al departamento de informática en cuanto regresara.

Fue al agacharse a recoger el terminal cuando se topó con el punto diferencial del escenario del crimen. Toda la vivienda estaba cubierta de polvo, pero en una esquina, junto a un enchufe, se podía discernir una superficie rectangular en la que la madera del suelo no había sido contaminada de pelusa. Una huella. Algún elemento inanimado (¿un ordenador portátil?) le estaba confesando el lugar donde lo habían depositado por última vez.

Estaba pasando el dedo por el polvoriento suelo cuando vio aquello que había estado temiendo desde que entró en la vivienda. Un papel arrancado de un cuaderno reposaba sobre la almohada como una pluma pesada. Hermes había vuelto a dejar su firma:

12

¿Un doce? ¿Una «i» mayúscula acompañada del número dos? ¿Realmente podía dar por hecho que eso era un dos? ¿Y si no era una «i» mayúscula, sino una «l» minúscula? Cansado de jugar a los acertijos, fotografió el cuarto papel de la serie, lo

guardó con cuidado en una bolsa reglamentaria para pruebas, y abandonó el cuchitril, muy consciente de que esa noche tampoco iba a poder pegar ojo.

De regreso en los asientos delanteros del Lexus, el policía cerró los ojos y se masajeó toscamente la cara con las manos, como si quisiera erradicar algún tipo de picor. Liberó a Gabi de las esposas y comenzó una conversación difícil.

—¿Fue él? —Tena no sabía si debía enfocarlo como un interrogatorio, una bronca, o una conversación que tendría un padre con su hija que acaba de llegar ebria a casa.

Gabi asintió. Aunque ya no lloraba, su rictus continuaba desenchajado.

—¿Puedo verla? —fue la segunda pregunta.

Ella extrajo un papel arrugado del bolsillo de sus vaqueros y se lo tendió. Su pulso se había descontrolado.

Tena sintió una sequedad en la garganta cuando leyó por dos veces el nombre de Tito Fonbellida. Al terminar la carta, preguntó:

—¿Cuándo la recibiste?

—Esta tarde, nada más llegar a casa.

—¿Te la entregó alguien?

—No. Estaba en el buzón.

Daba la sensación de que Gabi iba a explotar de un momento a otro.

—¿De qué conocías a la víctima?

—De nada. Éramos vecinos.

—¿También forero?

Ella negó con un gesto.

—Fotógrafo.

—¿Cómo lo sabes?

—Es algo que todo el mundo sabe en este barrio.

—No. ¿Cómo sabes que no es forero?

—No lo sé, es una intuición.

—Entonces, ¿qué pinta en todo este embrollo?

—¿Cómo cojones voy a saberlo?

Cualquier interrogado habría sido apercebido por levantar la voz de esa manera de no haberse tratado de Gabi la que estaba sentada en el coche de Tena.

—¿Es cierto lo que dice la carta? —Lo preguntó como si se tratara de un jarabe repulsivo pero necesario.

—¿El qué...?

—Gabi... ¿lo es?

La policía abrió la boca en un grito mudo y tres hilos de saliva quedaron suspendidos entre el labio superior e inferior, hasta que se cubrió la cara con las manos y estalló en un prolongado lamento.

—Por lo que más quieras —le pareció entender a Tena que decía entre sollozos—, no se lo digas a mi familia. Enciérrame, pero que ellos no sepan nada.

Una lamentable escena se había dibujado en el interior del coche.

—Escúchame, Gabi. Necesito saber qué significa el nuevo mensaje.

—Prométeme que no les dirás nada —repitió ella.

—Te lo prometo.

Entonces sucedió la última cosa que Tena esperaba. Gabi se dejó caer hacia el lado izquierdo, de forma que su rostro húmedo se abalanzó contra él tan rápidamente que no tuvo tiempo de apartarse. Los labios de la policía cayeron en su boca, y ahí, en mitad de algo que se parecía a un beso, Gabi prolongó su lamento.

—Lo siento —gimoteó.

Sin que Tena tuviera tiempo de reaccionar, la policía se separó con brusquedad y alargó el brazo hacia la funda que él llevaba ajustada al cinturón. Extrajo el revólver con un rápido movimiento, se llevó el cañón a la zona inferior del mentón, y apretó el gatillo.

Clic.

—¡GABI! —gritó Tena, horrorizado.

Después recordó que su arma no estaba cargada.

La policía había dejado caer el revólver sobre su regazo y ahora contemplaba el salpicadero con las pupilas temblorosas.

—¿En qué narices estabas pensando? —la abroncó él mientras le colocaba las esposas de nuevo.

Pero Tena ya estaba hablando más hacia el navegador del vehículo que a su antigua compañera. El interrogatorio había terminado para ella.

A mitad de camino entre la irritación y el sobresalto, arrancó el motor y la trasladó a los calabozos de comisaría, donde ocupó la celda que había dejado libre Ana Morales.

Marcos Tena condujo hasta la casa de Lucas durante la hora de la siesta. No había comido, el breve interrogatorio con Gabi le había cerrado el estómago. Las primeras sombras grises se presentaron en el cielo, estropeando la buena temperatura con la que había comenzado el día.

Lucas no estaba en casa; enésimo chasco del día. Era algo que entraba dentro de la lógica, debía de estar en el convento cuidando de Sasha.

Miró a su alrededor, un paraje frío, y, por primera vez desde que empezó el caso, se sintió perdido. No solamente había fracasado en su intento de detener a Hermes y sus asesinatos orquestados, sino que ahora estaba solo. ¿Qué podía hacer? Era sábado y no se le ocurría ningún hilo del que tirar. Por un instante estuvo tentado de acercarse al primer bar de carretera y apuntarse unos cuantos whiskies. Desechó la idea en cuanto recordó que debía regresar junto a Emma en unas horas, pensamiento que puso en evidencia lo poco que le apetecía en realidad volver a casa.

Se quedó varios minutos de pie, ensimismado, observando cómo las nubes, esponjosas, se hacían con el dominio de los picos más altos de la sierra. En aquel lugar daba la sensación de que nada malo podía ocurrir.

De pronto se centró en un punto concreto de la lejanía, en la entrada del pinar. Era la casa abandonada que siempre le llamaba la atención cada vez que iba a visitar a su amigo. Tena sintió curiosidad. «¿Por qué no?» Más por matar el tiempo que por nada en especial, decidió acercarse a echar un vistazo.

Desde la empobrecida edificación, la finca de Lucas se distinguía como una diminuta casa de muñecas. Tena atravesó un terreno de hierbajos con dificultad hasta que llegó a una pared de piedra. Esta se extendía no demasiados metros a lo largo, lugar en el cual se doblaba hasta conformar una caja de zapatos gigante que, presumiblemente, había lucido un espléndido tejado con chimenea. En la actualidad, lo único que cubría las vigas de madera originales eran unas láminas de metal que se estaban combando por el viento. No había restos de tejas por ninguna parte.

Golpeó Tena con el puño un robusto tablón de madera que hacía de portón, e inmediatamente se escucharon ladridos agudos en el interior. El inconfundible sonido de un pasador oxidado precedió a la apertura de una rendija entre la madera y la piedra. Unos ojos diminutos y brillantes, escondidos tras dos prominentes mejillas y pobladas cejas, lo analizaron desde el interior de la cabaña.

—¿Qué quiere? —Era la voz ronca y penetrante de la que solamente se presume en la recta final de la vida.

—Mi nombre es Marcos Tena. Soy policía. —Enseñó la placa mientras se presentaba—. ¿Puedo echar un vistazo y hacerle algunas preguntas?

El portón se abrió con un quejido agudo, y un nervioso chucho de pelaje gris y del tamaño de un melón le dio la bienvenida mordiéndole los bajos del pantalón.

Desde dentro, el hombre no parecía tan viejo como sugería su voz. Caminaba encorvado, y la barba enmarañada no le hacía ningún favor. Por lo demás, Tena habría apostado a que las arrugas rojizas de su rostro se debían más a una estrecha relación con las barras de los bares que a haber superado realmente los sesenta.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tena mientras buscaba un lugar cómodo para sentarse. No lo encontró.

—Chispas.

—¿Chispas?

No tenía aspecto de apodarse así, sino algo más sociópata, más cascarrabias. ¿Bacterio? ¿Lecter? Se rio en su interior de su propia ocurrencia.

—Así me llaman todos. El Chispas. ¿Algún problema?

—Ningún problema, caballero. ¿Vive aquí? —Hizo la pregunta girando sobre sí mismo. ¿Era ese retrete sucio de la esquina el cuarto de baño?

—Sí, este es mi palacete —respondió Chispas, en verdad orgulloso. Había en su mirada una intensidad que Tena supuso que podía derivar de las drogas o de un problema mental.

—¿Conoce a mi amigo Lucas? Vive en esa casa de allí.

El hombre siguió con la mirada el brazo de Tena a través de la única ventana de la choza, y frunció el ceño tan exageradamente que dejaron de vérselo los ojos.

—Nunca he hablado con ese tipo.

Tena hizo tiempo hasta que se le ocurrieron más preguntas.

—¿Desde cuándo vive aquí?

—Ya hace unos años que no estoy en la cárcel.

—¿Estuvo en la cárcel?

Chispas negó con la cabeza como si le acabaran de preguntar cuánto eran dos más dos.

—Como preso no, carajo. Trabajando. Vigilaba las celdas. Era uno de los de seguridad.

—¿Qué interesante! ¿Aquí en Cantabria? —quiso saber Tena.

—En Madrid. Pero me echaron.

—¿Por qué lo echaron, Chispas?

—Me pillaron haciendo trapicheos con algunos presos.

—Vaya, lo lamento.

Empezaba a sentir un frío intenso ahí dentro. ¿Cómo podía vivir ese hombre sin calefacción? La humedad se impregnaba en la piedra, convirtiendo la casa en una nevera. Pensó que, en cuanto Chispas terminara de hablar, escaparía corriendo al abrigo del climatizador de su coche.

—Por lo menos gané esta casa —dijo el hombre esbozando algo que quizá era una sonrisa.

—¿Cómo dice?

—Uno de los presos con los que trapicheaba era un ricachón hombre de negocios. Me prometió que, si era capaz de proporcionarle comida, tabaco y llamadas gratis a diario, me regalaría esta casa cuando saliera. No es gran cosa, como ve, pero ya se sabe: a caballo regalado...

Un extraño presentimiento tomó forma en la mente de Tena.

—¿Esta cabaña era de ese preso?

—Sí. El hombre era una rata sin escrúpulos, pero conmigo cumplió su palabra.

Tena dio un paso hacia el hombre y susurró una última pregunta:

—¿Cómo se llamaba el hombre, si puede saberse?

—No logro recordarlo, pero todos le llamábamos por su apellido: Shapiro.

El cura y las monjas habían abandonado la habitación cabizbajos. Lucas, de pie junto a la cama infantil, intentaba comprender.

Por un momento, el sol, que en su afán diario de escaparse hacia el horizonte había conseguido hacerse un hueco en el encapotado cielo, envió uno de sus dardos contra la ventana del convento, y la estancia se iluminó como no lo había hecho en todos los días anteriores.

Puede que fuera el luminoso haz lo que animó a Lucas a encorvarse para oler el cuello de su hija por última vez y susurrar unas palabras en su oído:

«Agente Redondo llamando a Sasha.»

El silencio más desgarrador le oprimió el pecho.

«Agente Redondo al habla —repitió, un poco más alto—. ¡Papá llamando a Sasha! ¡Papá llamando a Sasha! ¡Hija, respóndeme...!»

La emoción de Lucas estalló en forma de risa áspera, que terminó en un lamento espasmódico contra el cuello de la niña.

Cuando se armó de valor para separarse de ella, secó las lágrimas que había dejado en la piel de su hija. Cogió el transmisor que alguien había dejado sobre la mesilla, le limpió el polvo con la manga de la camisa, y lo colocó en el regazo de la niña, sujeto de alguna forma entre sus dos manos.

—Corto y cierro —musitó. Fueron las últimas palabras que le dedicó.

Sasha Valentina Redondo murió de leucemia a las 19:42 del sábado 30 de septiembre de 2023, llevándose con ella todo lo que Lucas fue y podría haber sido.

Nunca fue tratada médicamente.

Capítulo 22

Abrió los ojos muy lentamente, como si tuviera todo el día para ello. A su alrededor vio lo que había estado viendo durante lo que le pareció una eternidad; en realidad, ignoraba cuánto tiempo había pasado. No sabía dónde estaba y no tenía manera de comprobarlo.

La celda recordaba a las que se utilizan para los gorilas en el zoo. Se encontraba dentro de una bodega con aspecto de mina, en las que la humedad se filtra por la roca y se crea un ambiente cargado propenso a coger enfermedades. A otra gente, a la gente libre, esa misma bodega, bien acondicionada y cargada con vino y embutidos, le evocaría risas, compadreo y buenos ratos en compañía de familiares y amigos. A Jaime, no. En esa cueva, la única conexión con el exterior se reducía a una claraboya; no podía acceder a ella, pero, de vez en cuando, en los mejores momentos, alguien abría una rendija que dejaba entrar algo de aire fresco. Se escuchaba un sonido avispero y constante, un zumbido que Jaime suponía relacionado con el generador de electricidad y que, con el paso del tiempo, había aprendido a ignorar. La celda estaba amueblada con un colchón viejo, un retrete sin tapa, y un televisor en blanco y negro que se conectaba, mediante un alargador, a un enchufe situado en la pared, al otro lado de los barrotes. De vez en cuando, puede que una vez al día, el Capuchas llegaba con un plato de comida caliente (en ocasiones delicioso), y un cubo con agua y jabón. Además, cada cierto tiempo le cambiaba la ropa y las toallas por unidades nuevas. Jaime contaba también con una pequeña colección de novelas de bolsillo, una radio que a veces conseguía sintonizar, y una comba para hacer ejercicio.

Era un afortunado. Hacía un tiempo, Jaime no podía decir cuánto, no había colchón en la celda, de modo que tenía que dormir sobre la fría piedra. No había claraboya, ni mucho menos ventanas, de modo que no existía ventilación. Tampoco tenía televisión, ni radio, ni libros, ni la comba, y la cisterna del retrete no funcionaba. La celda olía tan espantosamente mal que al principio le costaba respirar sin vomitar. Antes, el Capuchas no le proporcionaba comida diaria, ni agua con jabón, ni ropa limpia. Tan solo mendrugos de pan duro, pienso para perros y agua en un cuenco sucio. En ese tiempo, que para Jaime resultó como mil torturas, no llegó a ver la silueta del Capuchas ni una sola vez, por la misma razón por la que el zumbido avispero y constante todavía no sonaba: la celda estaba desprovista de luz.

Apenas recordaba a Alyssa. Cada vez le costaba más concentrarse en ella. La amaba más que a nada, eso lo tenía claro, pero era solo teoría, como una ecuación matemática irrefutable. En la práctica, no sentía curiosidad por lo que pudiera estar haciendo su mujer en ese momento. Al principio sí. Las primeras semanas después de que lo cogieran, solo pensaba en ella. En lo preocupada que estaría y en cómo lo estaría buscando. Ahora, el universo había quedado reducido a él, su celda y el Capuchas. Y a la comba. A menudo pensaba en la idea de estrangular al Capuchas con la cuerda y escapar, aprovechando un momento en que llegara con comida. La cuerda abrasaría la piel de su cuello con quemadora frialdad y se hundiría en su carne hasta dejarlo sin aliento. Pero el

Capuchas siempre se aseguraba de no atravesar los barrotes (el agua, la comida y los obsequios se los lanzaba siempre desde el exterior), así que era prácticamente imposible pillarlo desprevenido. Lo más sensato era seguir existiendo, aceptando cada día de su vida cautiva, y rezando porque el Capuchas no le quitara todos los beneficios y le devolviera a su estado original de indigencia.

A veces se entretenía persiguiendo y cazando alguna cucaracha que se colaba entre los barrotes. Antes había tantas que eran como sus compañeras de celda, pero ahora podían pasar días sin que viese ninguna. Se preguntaba a cada momento dónde estaría y qué hora sería, pues por la luz de la claraboya solo podía saber si era de día, como ahora, o de noche.

Jaime sentía un dolor sordo en el vientre. Era por el hambre. Ya había pasado una noche entera y prácticamente casi todo el día sin que el Capuchas viniera a traerle el plato caliente. Calculaba, por tanto, que llevaba casi veinticuatro horas sin llevarse nada a la boca. No era normal que el Capuchas tardase tanto. Desde que la celda dejó de ser ese lugar terrible, nunca había pasado tanto tiempo entre una visita y otra. La necesidad de comer algo estaba volviéndole loco.

Había ratos en que el dolor parecía aliviarse. Entonces sus pensamientos se volvían un poco menos oscuros. En cambio, cuando aumentaba el dolor, se imaginaba de un modo tan gráfico que pasaría allí dentro el resto de su vida, que el corazón se le aceleraba y se le cortaba la respiración. Se figuraba a sí mismo pidiendo clemencia, suplicando a gritos que le quitaran la vida y terminarían con su humillación.

A veces hablaba con la comba. «Buenos días, Serpiente —le decía—. Hoy vamos a intentar hacer doscientos saltos, ¿de acuerdo?» Llegó a estar seguro de que Serpiente tenía vida propia, y poco después estaba igualmente convencido de que solo era un objeto inerte para hacer ejercicio. Era muy consciente de que estaba perdiendo el juicio poco a poco, como el goteo de un grifo que acaba colmando el lavabo e inundando todo el cuarto de baño.

Afuera se oyó un ruido seco, como una fuerte y súbita explosión. Después, el sonido de unos pasos que se precipitaban hacia su cueva. La puerta de acero se abrió con estrépito y tras ella entró el Capuchas. «¡Por fin!» Iba vestido de negro, como era habitual, y tenía la cabeza cubierta por un trozo de lana. No traía ningún plato en la mano, ni tampoco el cubo con el agua y jabón. En su lugar, sostenía una pistola que expulsaba humo por el cañón. Estaba alterado. ¿Qué estaba pasando? El Capuchas avanzó unos pasos dentro del sótano. Sus ojos claros eran como los de una máscara tras la lana. Entonces se metió la mano libre en el bolsillo y extrajo una llave grande y metálica. Para asombro de Jaime, la dejó caer al suelo y después salió por la puerta, que dejó abierta. Antes de desaparecer en la oscuridad, giró el cuello y dejó que Jaime oyera su voz por primera vez. Era áspera y ronca.

—Lo siento —dijo.

Jaime Vergara estaba de nuevo a solas en la celda, con una llave a unos dos metros de su alcance y la puerta del sótano abierta. El vientre ya no le dolía, seguramente por los nervios.

¿Qué significaba todo aquello? «Procura pensar con claridad, Jaime.» ¿Qué querían de él? ¿Le estaban dejando escapar? ¿Era esa la llave que abría la celda?

Se arrodilló y sacó el brazo entre dos barrotes hasta que uno de ellos le aprisionó la axila, impidiéndole progresar. La llave todavía estaba demasiado lejos de la punta de sus dedos.

Se quedó de pie en medio de la celda, pensativo. Entonces, Serpiente lo miró desde su rincón y le ofreció su ayuda. «¡Eso es!» Cogió a Serpiente por los dos extremos, de forma que resultara una comba cerrada que pudiera utilizar como gancho, y volvió a sacar

el brazo por entre los barrotes. Sin llegar a soltar los extremos, balanceó a Serpiente hacia donde estaba la llave. No estaba dando resultado; la cuerda llegaba hacia la llave, pero, en lugar de arrastrarla hacia él, la sobrepasaba. Arrojó la comba con rabia hacia una esquina de la celda y gritó con desesperación. «¡Serpiente estúpida!»

Cuando se calmó, tuvo otra idea: la radio. Era pequeña y vieja, pero tenía una antena firme y extensible. La llave contaba con una anilla que hacía de llavero, de modo que, si pudiera conseguir insertar la antena dentro del aro, obtendría la llave. Sencillo. Utilizaría la radio como caña de pescar.

La antena era más larga de lo necesario, así que lo único que necesitaba Jaime era tiempo para acertar con ella en la anilla. Y tiempo era la única cosa que le sobraba. A no ser que... «Espero que no vuelva el Capuchas», se dijo, aterrorizado, pensando en la pistola humeante. Se agachó con nervio, cerró un ojo para enfocar el centro de la anilla, y movió la radio muy lentamente hacia ella. El pulso le bailaba, pero aun así acertó a la primera. Con mucha suavidad, levantó la antena, quedando la llave suspendida en el aire. La fuerza de la gravedad hizo que cayera hasta el aparato. Jaime solo tuvo que volver a meter la radio en la celda.

En cuanto liberó la llave de la caña improvisada, supo de inmediato que, efectivamente, era la que correspondía a la celda. La insertó en la cerradura y la puerta se abrió con un chasquido seco.

Dio un paso hacia delante y se plantó en el exterior de la celda, justo debajo de la claraboya. Nunca la había observado desde esa perspectiva. Grandes gotas de lluvia habían comenzado a golpear el cristal. Se centró en el hueco de la puerta, más allá del cual le esperaba la más absoluta oscuridad, y empezó a temblar ante la perspectiva que se le ofrecía. Acababa de tomar consciencia de que quizá escaparía esa tarde.

El pasillo era frío, húmedo y rocoso. Jaime no veía nada, y, cada pocos pasos, tropezaba con alguna piedra que sobresalía del suelo, haciéndole caer. Cuando gemía por el esfuerzo o el dolor, las paredes le devolvían el sonido.

Tuvo que andar muy poco hasta que sus pies tropezaron contra un muro. ¡No! ¡Eran peldaños! ¡Desde ellos se percibía una débil corriente de aire! Se fijó mejor y vio una rendija de luz cortando la negrura al final de la escalera, a no más de tres metros de altura. Jaime escaló ansioso hasta llegar a la rendija, que confirmó su esperanza de que allí hubiera una trampilla de salida. Empujó con la parte alta de la espalda hasta que ésta empezó a ceder. Era una trampilla de madera, no demasiado pesada, pero la musculatura de Jaime se había visto mermada tras tanto tiempo en cautividad.

La fuerza de la naturaleza lo recibió con una bofetada. Se encontraba en una explanada. Embelesado, dejó que la lluvia lo empapara y el viento lo azotara. Jaime casi podía visualizar el aire entrándole por los pulmones. Si el cielo hubiera estado un poco menos gris, el fulgor le habría cegado. Olía a hierba mojada, que, en comparación con la fetidez que reinaba en la bodega, era una novedad más que agradable. Algo mareado, Jaime dio una vuelta completa sobre sí mismo para comprobar que estaba solo.

De repente tuvo un mal pensamiento. ¿Dónde estaba el Capuchas? Tenía que alejarse de ese lugar antes de que lo encontrara y le obligara a regresar allá abajo. Por algún motivo, lamentó haber dejado a Serpiente atrás, y tuvo la estúpida tentación de regresar a por ella.

Preso del pánico, corrió hacia una agrupación de árboles que había a unos doscientos metros. Al poco de avanzar, perdió el equilibrio. La ventisca dañaba sus oídos y le empañaba los ojos. Se preguntó cómo sería su aspecto actual, y se imaginó como un extraterrestre de ojos saltones y extremidades huesudas.

Una vez resguardado bajo las ramas de un árbol, recobró el aliento y aprovechó para reconocer el lugar. La bodega donde había estado retenido no era más que una trampilla

de madera oculta entre la maleza. Más allá, al pie de un pinar que se extendía hasta las montañas, solo se divisaba una vieja casa con muy mal aspecto. Por la fisonomía del paisaje y la sensación térmica, Jaime sabía que estaba en el norte de España.

No había ni rastro de actividad.

«¡Espera un momento!» Una mancha en el rabillo de su ojo izquierdo. Entre los troncos de los árboles se vislumbraba una edificación. Era una visión diminuta por la distancia que los separaba, pero definitivamente optimista. Sin pensar en la posibilidad de que el Capuchas apareciera de repente desde detrás de un árbol, echó a correr llanura abajo mientras veía la estructura crecer. Esta vez, el viento le era favorable, tanto que cayó de bruces en un par de ocasiones. Quiso gritar para pedir auxilio, pero de su boca solo salió un gruñido débil.

Cada vez le costaba más levantarse.

Cuando estaba aproximadamente a medio camino, una de las ventanas de la casa se tiñó de naranja. Jaime vio que alguien salía de la vivienda y echaba a correr hacia él. Gracias a Dios iba a salvarse. Por un instante tuvo miedo. ¿Quién era esa persona? ¿Podría fiarse de él? ¿Qué iba a contar a todo el mundo? ¿Cómo iba a ser su vida a partir de ese momento? ¿Quién era el Capuchas y dónde demonios se había metido? Un zarandeo le devolvió a la realidad, como si alguien le acabara de quitar unos tapones de los oídos.

—¿Estás bien? —no dejaba de repetir alguien—. Dios mío, necesitas ir a un hospital.

Sin saber cómo, Jaime se encontraba en el barro y arropado por dos brazos masculinos. Inmerso en una balsámica sensación de paz, entrevió el rostro afilado y goteante de un hombre. Parecía desesperado. Él, sin embargo, podía descansar de una vez por todas. Cerró los ojos y se sumió en un placentero sueño.

—Soy policía. Vas a salir de esta, no te preocupes —fue lo último que oyó—. ¡Despierta! ¡Despierta...!

Capítulo 23

Mientras empujaba la madera y empezaba a abrirse la puerta, se disiparon todos sus temores. Pero en los instantes previos, ante la puerta cerrada y reuniendo todo el valor que le fue posible, Óliver sintió algo extraño, como si fuera a encontrarse con su creador.

Por fin lo había hecho. Había sido un acto de inmensa audacia escapar de Berlín y cruzar la frontera para plantarse en el lugar que le habían indicado unas coordenadas anónimas; una locura inconcebible. Solo el hecho de traspasar aquel umbral requería un gran esfuerzo nervioso.

No halló lo que esperaba.

Le recibió un olor que recordaba a las iglesias viejas. Estaba en un salón empobrecido, con el aire viciado, donde ningún cuadro o mueble cubría el gotelé amarillo de las paredes apenas visibles. La poca luz que dejaban pasar las persianas iluminaba a duras penas un rincón. En el rincón, había una mesa metálica de escritorio, y sobre ella, un ordenador MacBook. Sentado al ordenador, un hombre menudo de mediana edad y piel tostada se le había quedado mirando.

—¿Quién eres? —preguntó Óliver con prudencia.

—Mi nombre es Ghâlib —respondió el hombrecillo con marcado acento árabe.

A Óliver le sonaba ese nombre, también el rostro, pero no supo asociarlo a nada concreto.

—Tú debes de ser Óliver.

—¿Eres... —Óliver no se podía creer lo que estaba a punto de pronunciar— Audrey?

El pequeño árabe sonrió, mostrando una enorme y blanca dentadura; Óliver sabía que era imposible, pero habría jurado que, por el breve momento que dura una carcajada, hubo un poco más de luz en la estancia. Ghâlib extendió el brazo y golpeó con la palma de la mano un timbre que tenía sobre la mesa, como el de la recepción de un hotel.

¡Ding!

La madera del suelo crujió al paso de algún tipo de estructura que se deslizaba muy lentamente en la oscuridad. Provenía de la sala contigua. A medida que el mecanismo avanzaba hacia Óliver, la línea que separaba la penumbra de la claridad fue descubriendo las varices de dos piernas hinchadas, las finas ruedas de una silla motorizada y dos manos raquíticas y amarillentas que se aferraban a los apoyabrazos.

La silla se detuvo en el momento preciso.

Algo del ambiente rancio e impersonal parecía haberse desprendido del piso al materializarse aquella figura tan familiar.

Cuando Óliver miró el rostro que había tras los gruesos cristales de las gafas, casi le flaquearon las piernas. Hacía más de cinco años que no lo veía. Estaba muy deteriorado, su aspecto era tan frágil que daba la sensación de que dejaría de respirar de un momento a otro. Costaba esfuerzo pensar que una vez fue un consagrado neurocirujano.

—Te estarás haciendo muchas preguntas. —La voz arrugada penetró en el pecho de Óliver como una aguja untada con el veneno de la nostalgia.

El corazón le latía tan fuerte que dudaba que pudiera hablar. Le pasaron por la cabeza multitud de reproches, lamentos, súplicas, disculpas y también alguna que otra crueldad que jamás se habría perdonado. No expresó ninguna de ellas. «Audrey es el Yayo...» Esto era lo único que Óliver podía pensar.

—Ven, siéntate y hablemos —dijo el anciano, haciendo girar la silla hacia el rincón opuesto. Pareció acordarse de algo—. Ghâlib, chico, haznos el favor de levantar las persianas para que podamos estar cómodos.

Ahora sabía Óliver por qué le sonaba ese hombre. Era el tunecino que mamá había contratado para que cuidara de su abuelo. Observó sus manos. Pequeñas y lampiñas, como las de un niño. Como la que sujetaba la llave en la quinta Polaroid.

Ghâlib obedeció, con confianza pero sin abandonar el aire servil, y un sillón de desgastado cuero negro apareció donde antes había negrura. La pared de la ventana, que daba a un patio interior y a un campo de tejados rojos poblados de chimeneas, resultó estar cubierta por una estantería enorme; había libros de toda clase, la mayoría de ellos muy antiguos, que a Óliver le habría fascinado curiosear. El resto de la estancia estaba dispuesta como si nadie viviera allí; se trataba de un cuarto para el ordenador muy mal aprovechado.

—Así mucho mejor —dijo el anciano, complacido cuando Óliver se acomodó. Desplazó su silla de ruedas hasta situarse enfrente de él—. No tengo nada que ofrecerte, lo siento. Ghâlib, ¿puedes bajar al supermercado a por algo de beber para Oli?

Por alguna razón, que le llamara así le sentó a Óliver como una patada en el estómago.

—No quiero nada, Ghâlib —dijo.

El anciano sonrió con auténtica bondad. Lo hizo como si no le hubiera estado enviando fotografías anónimas durante cinco años; como si no se hubiera hecho pasar por otra persona, aun sabiendo que estaba jugando con sus sentimientos. Como si no le hubiera robado la llave que abría la caja musical con la herencia que, por derecho, correspondía a mamá y a Alyssa.

—¿Qué haces aquí, niño? —preguntó.

—Pues he venido porque...

Se interrumpió, dándose cuenta por primera vez de la vaguedad de sus propósitos. No sabía exactamente qué clase de conversación esperaba de ese anciano que en otros tiempos mejores había llamado Yayo. Prosiguió, consciente de que sus palabras sonaban vacilantes y hostiles:

Yo haré las preguntas —dijo—. ¿Así que simulas ser otra persona en Maximilium?

—Ghâlib es quien lo maneja.

—Pero tú le dices lo que quieres que Audrey haga.

El desasosiego que ya sentía Óliver se vio aumentado por el azoramiento habitual que se experimenta al verse obligado a pelear con alguien a quien se ama.

—Lo que haga y diga, correcto —respondió Salas.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque tenía que mantener el contacto, hablar contigo de alguna manera.

La frágil figura de su abuelo lo dominaba.

—Podías haberme llamado, como hacen las personas normales.

—Eso no te habría traído hasta mi casa hoy.

—¿Qué quieres decir?

—Necesitaba que te enamoraras de Audrey. Solo esa mezcla de amor y curiosidad incita a hacer locuras como la que has hecho.

Los cristales de sus gafas reflejaban la luz y le presentaban a Óliver dos discos vacíos en vez de un par de ojos.

—¿Por qué ahora, después de tanto tiempo?

—Tenías que estar preparado.

—No lo entiendo. ¿Preparado para qué? —preguntó Óliver, y de pronto se dio cuenta de un dato mucho más importante—. Espera un momento. ¿Cómo sabías que yo era el zorro? ¿Ese zorro en concreto? Hay millones de jugadores en Maximilium.

La sonrisa arrugada de Salas cayó hasta formar una grieta torcida.

—Hice trampas. Otra vez.

—¿Qué clase de trampas?

—Inserté en tu ordenador un archivo oculto para observarte desde ese aparato de ahí. —Señaló el MacBook—. Creo que lo hacía a través de la camarita que tiene tu ordenador. Como un caballo de Troya.

El electroshock había convertido a su abuelo en una persona muy diferente. Más reposada y amable. Menos brillante. Y, sin embargo, su instinto tramposo había permanecido intacto, como el último resquicio de algo imposible de romper.

—Joder. ¿Cómo hiciste eso?

—Con un trasto de felicitación. ¿Cómo se llaman esos chismes?

—Disco duro externo —aclaró Óliver, viajando mentalmente al día en que recibió el primer paquete con el parco mensaje de felicitación.

—¡Exacto!

—Pero tú no tienes ni idea de ordenadores.

—Oh, Ghâlib lo hizo todo. Estudió informática en Túnez. Es un chico magnífico.

El musulmán había desaparecido. Óliver se preguntó en qué momento de la conversación los había abandonado.

Con temblor en las manos, Óliver sacó de su mochila la cajita de madera y la posó sobre sus rodillas. Tomó las cinco Polaroid, dejó la caja vacía en el suelo, se levantó, y se puso a pasear por la habitación como si de este modo le bailara menos la voz.

—¿Estas fotografías eran solo parte de tu juegucito para espiarme?

—¡Oh, no! Por favor, no quiero que pienses eso de mí. De verdad quería felicitarte cada año, sentir que todavía estábamos conectados.

—Pero yo no sabía que eras tú. ¿De qué servía?

—A mí me servía. Y ahora tú también lo sabes. Estás aquí, ¿cierto?

Óliver pensó unos instantes. En vez de cosas relacionadas con su abuelo, le acudieron a la mente dos imágenes superpuestas: por un lado, la playa negra donde encontró la ambulancia que se llevó el cuerpo inmóvil de papá; por el otro, el cuello desnudo de su tío Charly. Un cuello del que siempre había pendido un colgante en forma de cruz cilíndrica. Entonces dijo:

—Tú me robaste la llave.

El viejo pestañeó, y fue como si se cerrasen dos compuertas tras los gruesos cristales.

—Así es. ¿La quieres? Es tuya.

A Óliver le pareció que estaba pasando muchísimo tiempo antes de contestar. Durante algunos momentos creyó haber perdido el habla. Se le movía la lengua sin emitir sonidos, formando las primeras sílabas de una palabra y luego de otra. Hasta que lo dijo, no sabía qué palabra iba a escoger:

—Sí.

—Te la devolveré. Pero antes debes saber algo sobre ella.

—¿Por qué me la robaste?

—No fue un robo. Te la cogí prestada para guardarla hasta que estuvieras preparado.

—¿Quieres dejar de repetir eso? ¡Preparado para qué!

En ese instante, Óliver estaba demasiado nervioso para darse cuenta, pero más tarde se arrepentiría del tono zafio con el que se estaba dirigiendo a su abuelo.

—Esa llave guarda un secreto que te habría matado de haberlo conocido hace diecisiete años.

Óliver dudó. ¿A qué se refería?

—Pues ahora la quiero. Hay toda una herencia en esa caja.

El anciano emitió un largo suspiro que terminó siendo un gruñido. Después, con un rápido movimiento, hizo girar la silla de ruedas y desapareció por la puerta por donde había entrado. No tardó en regresar. Lo hizo con una caja brillante sobre los muslos. Ghâlib venía tras él.

El reloj de pulsera de Óliver emitió un pitido cuando Salas extrajo un pequeño objeto metálico de la caja. Un elemento cilíndrico, hueco y herrumbroso.

El retirado doctor se lo cedió con la delicadeza de quien coloca la alianza en el dedo de su mujer el día de su boda.

Como los monos que contemplaban el monolito en *2001: Una odisea en el espacio*, Óliver se quedó hipnotizado por un vínculo con la llave que no lograba entender. Tan ensimismado estaba que tardó en darse cuenta de que la caja metálica contenía otro objeto. Uno más grande y convencional que Ghâlib estaba conectando en ese momento. Era el teléfono que figuraba en la tercera fotografía. Estaba tan hecho añicos que podía verse la electrónica de su interior por los huecos de la carcasa de plástico.

Óliver tragó saliva. Ahora sabía que había sido su abuelo quien lo había recogido de la calle aquella triste noche de hacía diecisiete años.

Cuando terminó de conectar el aparato, Ghâlib asintió. Entonces Salas apretó uno de los pocos botones que quedaban intactos. Cuando el mensaje de voz comenzó a reproducirse, la habitación se desvaneció y Óliver quedó flotando en un espacio atemporal. Era como si tuviera a papá delante; casi podía tocarle.

«¡Hola! Si no contesto es porque estoy disfrutando de mi maravillosa vida. Por favor, inténtalo más tarde. En caso de que no sea urgente, no seas tonto y ven a decírmelo en persona; te invitaré a una cerveza.»

No había terminado la transmisión cuando Óliver bajó la cabeza y se mordió el labio. Unas lágrimas rodaron por sus mejillas. Después, cuando la estancia volvió a materializarse y todo quedó en silencio, se abalanzó sobre la silla de ruedas, apoyó la cabeza sobre el pecho de su Yayo y descargó todo el llanto que tenía acumulado.

El reloj volvería a pitar muy pronto, pero no en esa casa.

Alyssa se había quedado dormida con *Los juegos del hambre* reproduciéndose en la pantalla de pared. «Ojalá fuera como Katniss Everdeen», se había repetido abrazada al cojín mientras lloraba. Cuando estaba en lo más profundo de la siesta y la habitación se sumía ya en la penumbra, la imagen en negro de la finalizada película se transformó en una llamada entrante. Fue su timbre lo que la despertó. Desorientada, encendió la lámpara de la mesilla y se centró en la pantalla. Tenía la boca seca, y tuvo que frotarse los ojos para enfocar. Soltó un improperio cuando vio quién la llamaba.

«¡Es él! —gritó en su cabeza—. ¡No puede verme con estas pintas!»

Se puso una camiseta roja que sustituyó a la descolorida de los Guns N' Roses utilizada como pijama, se limpió los restos de lágrimas secas de los ojos, disimuló los nudos de la melena con una coleta mal hecha y aceptó la llamada.

El rostro cansado de Lucas ocupó la pantalla. Parecía intranquilo, y estaba en... ¿era eso el pasillo de un hospital? Habría jurado que había visto a dos personas con bata de médico a sus espaldas. ¿Significaba eso que Sasha había muerto? No, en ese caso Lucas estaría abatido, y la palabra que definía su expresión no era esa, sino... estrés.

—Hola, Lucas —dijo, procurando utilizar un tono de voz suave. Ya fuera por la hipotética pérdida de su hija o porque se sentía infantilmente avergonzada por lo sucedido la otra noche, el caso era que sintió la necesidad de evitar cualquier tirantez en la conversación.

—Alyssa...

—¿Qué pasa?

Lucas estaba lívido como si estuviese a punto de anunciar la llegada de los extraterrestres.

—Es Jaime —dijo—. Ha aparecido.

Tac.

Tragó saliva. La niebla se disipaba. La vida cobraba sentido de nuevo. Sus pulmones volvían a llenarse con cada bocanada. Una bocanada que fue bruscamente interrumpida cuando supo que, ahora sí, le había sido oficialmente infiel a su esposo.

—¿Me estás escuchando, Alyssa? He encontrado a tu marido. Está vivo.

Alyssa no tuvo tiempo de responder. El vértigo le había provocado una náusea que liberó a tiempo en la taza del váter. Sentada en el gélido suelo del cuarto de baño y con la frente perlada de sudor, comenzó a reír. Una simpática sonrisa que fue creciendo hasta convertirse en una carcajada próxima a la locura.

Capítulo 24

Jaime Vergara salió de su inconsciencia a las 22:23 en una cama de hospital que no dejaba de moverse.

Percibió un aroma a cítricos y lejía. Intentó abrir los ojos, pero fue incapaz. A lo lejos oyó un murmullo, como una voz que parecía dirigirse a él. Poco después percibió las palabras con nitidez:

—*¡Está despertando!*

Alguien le estaba tocando la mejilla, e inconscientemente trató de apartar la amenaza que se cernía sobre él. Sintió un punzante dolor en el hombro.

—*Cariño, soy yo* —dijo la voz.

—Mmmmm...

—*¿Puedes oírme?*

En ese momento, Jaime relacionó el timbre de voz con un recuerdo agradable, reconfortante, y dejó de sentirse amenazado.

Finalmente abrió los ojos. Al principio solo vio fogonazos de luz que acabaron transformándose en una figura oscura en medio de su campo visual. Intentó enfocar y vio una cara femenina con el pelo negro cayendo hacia él por los costados. Una mujer de ojos inmensos y dos marcados pómulos que, incluso a contraluz, se veían húmedos y enrojecidos.

Ahora la reconocía. Rendido, recibió un nuevo abrazo a la altura del pecho, cerró los párpados y se relajó. Las lágrimas de su maravillosa y hermosa mujer iban a dejar mancha en el pijama. De pronto, los pectorales se le quejaron.

—Aaaggghhh...

Percibió la ausencia de peso cuando ella se volvió a separar, y entreabrió ligeramente los ojos. Vio como un hombre con gafas ligeras se inclinaba hacia él.

—Me llamo Lucas y soy policía. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Jaime asintió con dificultad. Era como si tuviese almidón en torno al cuello.

—Tranquilo, no hace falta que te muevas. Pídenos lo que quieras.

—Tengo la boca seca.

Alyssa le acercó a los labios una botella de agua mineral con una pajita.

—Estabas muy herido y te han dado analgésicos. Te sentirás mejor —dijo el policía.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital de Torrelavega. No tengas miedo, estás fuera de peligro.

—Me salvaste.

—Te encontré, sí. Estabas muy desorientado. ¿Recuerdas lo que ocurrió?

No se acordaba con precisión de lo sucedido en los últimos meses, pero en su cabeza guardaba una acumulación imprecisa de recuerdos de la claraboya, el váter atascado, y de cómo imaginó que estrangulaba a alguien con una cuerda deshilachada.

—Recibo algunos flashes sueltos.

—Probemos suerte.

Durante unos segundos fue presa del miedo, cuando aterrizó en su mente una serie de fragmentos de imágenes en los que se vio avanzando a tientas en la oscuridad para escapar del subsuelo. Apretó los dientes y se concentró en su respiración.

—Había un bosque. Y un túnel húmedo. —Jaime respiraba hondo conforme hablaba —. Me acuerdo de una radio vieja con antena, y... ¡Serpiente! También me acuerdo de... —El corazón de Jaime se hundió ligeramente—. El Capuchas. Fue él quien me dejó ir.

No estaba seguro de si el Capuchas seguía vivo o si había presenciado su muerte. Tenía la vaga impresión de haberlo visto con un arma humeante, pero no comprendía la razón. Era como intentar recordar una película vista hacía décadas.

Estaba temblando, como si estuviese en mitad de una pesadilla. Alyssa le posó la mano en el pecho y se unió a su pesar. El tacto enseguida lo reconfortó.

—Ya está, mi amor, estoy contigo. —La voz de ella se escuchaba desde el costado izquierdo de su campo de visión.

—¿Quién es el Capuchas? —quiso saber el policía.

—El hombre malo.

—¿Llegaste a verle la cara?

—No.

—¿Hablaste con él?

—No.

—¿Por qué te liberó?

—No lo sé.

—¿Por qué te secuestró?

—No lo sé...

—¿Recuerdas cómo fue?

Jaime estaba a punto de hablar, tenía la boca abierta, pero apenas le quedaba energía para continuar despierto.

—Dos hombres... —musitó—. Dos hombres fuertes.

—Tranquilo, mi amor —dijo Alyssa para tranquilizarle.

—Tranquilo, Jaime. —El policía estaba cruzado de brazos y se mordía un pellejo del dedo pulgar mientras hablaba.

—Tú... estabas repostando. —Jaime miró a un costado para enfocar el rostro de su mujer—. Se metieron en el coche. Me apuntaron con un arma y tomaron el volante. No recuerdo nada más. Creo que me golpearon...

—¿Podrías describirlos para que podamos dibujar sus retratos robot?

—No, lo siento.

—No te preocupes. ¿Dónde despertaste?

—En la primera jaula.

—¿Cómo que *primera*? —Era Alyssa la que preguntaba ahora.

—Había dos jaulas. La primera mucho peor que la segunda.

—¿Cuándo te cambiaron de jaula? —insistió ella.

—No lo sé, no tengo noción del tiempo que ha pasado.

—En total, cerca de un año —aclaró el policía, firme.

«Mierda.»

—¿Por qué te cambiaron de jaula? —repitió Alyssa.

—No lo sé.

—Dinos, Jaime. —El policía retomó la iniciativa—: ¿anduviste mucho tiempo perdido bajo la lluvia antes de que yo te encontrara?

—No mucho. ¿Por qué?

—Porque, en función del tiempo que pasó desde que escapaste hasta que te vi, quizá podamos encontrar ese sitio y dar con tu secuestrador.

—¿Tiempo? —Miró al hombre, a través de las dos rendijas que eran sus ojos, como si le estuviera tomando el pelo—. Muy poco tiempo. No más de dos minutos.

—¿Has oído, Lucas? —Alyssa se dirigió al policía. Estaba entre sorprendida y entusiasmada—. ¡Lo encerraron cerca de tu casa!

Entonces, un nuevo recuerdo tomó forma en su cabeza. Era una voz. La única persona con quien había hablado en todo este tiempo.

—Shapiro... —pronunció en un casi imperceptible hilo de voz—. ¡Shapiro, Shapiro!

Mientras Alyssa y el policía se miraban con semblante pasmoso, Jaime se percató de que alguien más había aparecido a su izquierda. Una mujer regordeta con ojos azules y moño pelirrojo que vestía un pijama verde.

—¡Vaya! Hola, Jaime. Me alegro de que hayas despertado.

—Gracias.

—Soy tu enfermera —dijo con una sonrisa muy amplia, y después se dirigió al policía —: creo que han pedido que les guarde cualquier cosa que pudiera encontrar en su ropa.

—Así es —respondió el agente—. ¿Tienen algo?

—Poca cosa. Solo este pin viejo.

Desde su posición, Jaime vio como la enfermera de manos rosáceas sacaba una pequeña insignia metálica de su bolsillo y se la entregaba al policía. Era un objeto sin importancia, de esos que se regalan en las convenciones junto a cuadernos, bolígrafos y otros suvenires. Una baratija corporativa que llevaba el nombre de la empresa en letras grandes y descoloridas: PRICE&CO.

Con la expresión de sorpresa de Alyssa y del policía como telón final, Jaime cerró los ojos y volvió a dormirse.

Durante mucho tiempo, una vez cerrado el caso, Marcos Tena continuó recordando el cielo estrellado y la leve brisa que los acompañó esa noche en la terraza de casa. Fueron los únicos minutos de tregua meteorológica de toda la semana.

Emma no había subido allí desde el accidente. Ahora se encontraban mirando el cosmos, tumbados sobre las hamacas que él había comprado en oferta hacía muchos años. Con las luces apagadas y el manto despejado en esa noche otoñal, era como estar flotando en la misma Vía Láctea.

Tena unió algunas estrellas hasta dibujar el rostro de un hombre. Era el mismo que lo observaba cada vez que se sentaba frente a su escritorio: Benedict Cumberbatch disfrazado de Sherlock Holmes.

Minutos antes de subir a contemplar la galaxia, había cogido una libreta y un bolígrafo y se había sentado a su mesa de trabajo. Dedicó más de media hora a redactar las obviedades de la investigación y una breve lista de preguntas que podrían abrir nuevas vías.

Obviedades: en cuanto a la psicología de Hermes y su estilo, hay diferencias evidentes entre la planificación y la ejecución de cada uno de los asesinatos. Ninguno requería una elaboración previa minuciosa, aunque sí un vínculo directo entre víctima y verdugo. En cuanto a la ejecución, solo el primero demuestra originalidad y cierto sadismo (no es habitual matar a alguien abrasándole el pecho con una plancha). Los cuatro asesinatos fueron cometidos, al menos, por tres personas distintas; probablemente cuatro. La única relación entre ellos son los mensajes codificados que cada asesino depositó junto al

cadáver después de matar. En cuanto a las víctimas, las tres primeras obedecen a un patrón político antisistema común, y no se conoce nada destacable de la cuarta.

Preguntas:

Aparte de su odio hacia el Grupo, ¿por qué podían haber sido elegidas las víctimas?

¿Es relevante que todas tuvieran antecedentes y fueran, en definitiva, malas personas? ¿Malas personas a ojos de quién?

¿Por qué los asesinatos se han cometido ahora y no antes, o después? ¿Por qué uno al día?

¿La secuencia en la que ocurrieron es significativa?

¿Eran todos los asesinatos igual de importantes?

¿Alguno de los cuatro pudo resultar accidentado para Hermes?

¿Cuál es la necesidad de chantajear a personas inocentes para hacer el trabajo sucio? Nota: jurídicamente inocentes, pero todos ellos infieles en sus relaciones íntimas.

¿Por qué los papeles de cuaderno en los escenarios de los crímenes? ¿Y por qué esos símbolos?

¿Conozco a Hermes en persona?

Miró lo que había escrito. Después miró el póster de la pared.

«Estoy en un callejón sin salida, Sherlock.»

Los pequeños e intensos ojos de Cumberbatch le perforaban la mente, recordándole su ineptitud.

«Ayúdame», imploró.

Como si el mismo Holmes le estuviera indicando el camino con la mirada, Tena se fijó en una zona del papel que estaba en el límite entre la penumbra y la luz anaranjada del flexo. Era una pregunta que acababa de redactar.

¿Por qué los papeles de cuaderno en los escenarios de los crímenes?

No conocía la respuesta, pero, cuando se centró una vez más en los asesinatos, su mente viajó al que se había cometido en último lugar. La figura de Gabi se materializó dentro de su cabeza. ¿Había dejado ella el último recorte junto al cuerpo de Mancuso? No iba a ser necesario preguntárselo. La respuesta era rotunda: no. Varias veces había leído la carta con la que Hermes ordenaba a Gabi matar a Mancuso, y en ningún momento mencionaba algún símbolo escrito sobre un papel.

Tena hacía bailar su dedo índice en el aire mientras sacaba conclusiones.

Después se preguntó: «¿qué otra carta he leído antes?» La de Malick, obtenida de su ordenador personal. Y en ella tampoco se daba la orden de depositar nada junto al

correspondiente cadáver. A pesar de ello, Kiko Valbuena y Roberto Mancuso habían aparecido muertos junto a sus respectivos mensajes. Lo que significaba que...

¡Bingo!

Las hojas de cuaderno no habían sido depositadas por Malick y Gabi, y probablemente tampoco por Fálagan ni el asesino de Simón. Había sido el propio Hermes el que las colocó junto a los cuerpos después de que el verdugo abandonara el lugar.

Miró el póster, sonriente. Por fin tenía algo.

El policía recordaría otra imagen ese día. Una estrella fugaz dejando un rastro de partículas de luz en la noche, mientras él besaba a su mujer y era correspondido.

—¿Qué tal está Lucas? —preguntó Emma desde su hamaca.

Tena la miró. Por el tono de voz, no parecía estar siendo sarcástica.

—¿A qué te refieres? Nunca me preguntas por él.

—Su hija estaba malita, ¿no?

—Sí. Me temo que está empeorando —dijo—. Cuando volvamos a vernos le preguntaré al respecto.

—Dale un beso de mi parte.

Tena se la quedó mirando como si a su lado tuviese a otra persona.

—Claro.

—¿Cómo va el caso? ¿Has descubierto algo nuevo?

—¡Pues sí! —contestó él, de repente eufórico. Echaba de menos compartir los quehaceres de su trabajo con su mujer—. Creo que los papeles con símbolos raros no fueron cosa de los verdugos.

—¿Quieres decir que fue ese Hermes el que los dejó personalmente?

—Creo que sí.

—Si eso es cierto, ¿eres consciente de que seguramente estuviste a punto de cruzarte con él?

No había pensado en eso, ni tampoco en una idea que empezó a preocuparle desde ese instante:

—Y aunque lo hubiera hecho, no creo que le hubiera reconocido.

—¿A qué te refieres?

—Hermes es una idea, un nombre que yo inventé para personificar al malo con el fin de tener algo concreto que perseguir. No conozco su rostro, edad, género, ni voz. He podido cruzarme con él varias veces y no darme cuenta.

Emma guardó un silencio que decía muchas cosas, la mayoría de ellas relacionadas con «ten cuidado».

—¿Te das cuenta de que muchos de esos puntos brillantes están ya muertos? —planteó ella con misticismo después de un rato en silencio.

—¿Cómo?

—Esas estrellas.

—¿Qué les pasa?

—Pues que están tan lejos que quizá ya estén apagadas, y nosotros sin embargo continuamos percibiendo su luz.

Tena resopló exageradamente.

—¿Cómo puede ser que no te parezca alucinante? —preguntó ella, algo ofendida.

Él apuró su copa de vino tinto y, entre risas, se posicionó detrás de la hamaca de Emma y se puso a acariciarle los lóbulos de las orejas. Eran fríos y suaves. Su tacto preferido.

—¿No habíamos quedado en que no ibas a filosofar más sobre las estrellas, cariño?

—¡Déjame en paz! Yo no tengo la culpa de que seas un bicho raro sin inquietudes. Y ahora cállate y sigue con ese masaje mientras yo admiro la inmensidad del universo —

contestó en voz alta, y después pasó algo que no sucedía desde hacía mucho tiempo: se echó a reír a carcajadas.

Tena supo entonces, con Gabi en el calabozo y Emma a punto de llorar de la risa, que se encontraba donde siempre había deseado estar. Era una sensación reconfortante.

—Marcos —dijo ella, todavía con la boca llena de esa alegría loca de la que había gozado en su juventud.

—Dime, cariño.

—Tengo una pregunta.

En ese momento, con un ronco rumor de truenos a lo lejos que amenazaba con chafar la estrellada noche, sonó el móvil, y la complicidad que habían creado se congeló de súbito. Era el comisario Mayoral.

—Tengo que cogerlo —se disculpó él, y sus manos liberaron las orejas de ella para atender la llamada.

—Tena, póngase en marcha de inmediato. —La voz del comisario se escuchaba entrecortada y camuflada por otras muchas voces y ruidos diversos que Tena no supo reconocer—. Price&CO está en llamas.

Lo había visto millones de veces en las películas. Ese momento en que uno de los protagonistas le da una noticia a su compañero que lo cambia todo en la historia, algo muy inesperado. Ahora, él tendría que fruncir el ceño, puede que apartar el auricular para observarlo con estupor, y decirle a su comisario algo muy peliculero que subrayara el momento. Algo así como «repita eso».

—Repita eso.

—Ha explotado una bomba esta noche. Venga enseguida.

Tena no tenía palabras cuando colgó el teléfono. Miró a Emma, que se había mantenido en silencio toda la conversación.

—Tengo que irme.

—¿Qué ha pasado? —dijo ella con una voz tan indefinida que ocupaba algún lugar entre el conformismo y la decepción.

—¿Por qué crees que ha pasado algo?

—Porque tienes que irte. Y porque te tiembla la voz.

—Han puesto una bomba en Price&CO.

—¿Esa no es la empresa de los Shapiro? —Emma estaba repitiendo lo que a Tena le iba pasando por la cabeza.

—Sí, actualmente la lleva Bobby Florín. Un tipo miserable —explicó—. ¿Qué querías preguntarme?

—¿Qué?

—Antes. Has dicho que querías hacerme una pregunta.

—Ah, sí...

El dispositivo móvil volvió a sonar en la terraza. Era Lucas. ¿Qué demonios estaba ocurriendo esa noche?

—Jaime Vergara ha despertado —anunció Lucas desde el otro lado de la línea.

—Bien, me alegro por Alyssa —dijo Tena—. Lucas, mañana hablamos, ahora estoy muy ocupado.

—Cree recordar dónde estuvo secuestrado.

—¿Qué?

—Vergara. Dice que estuvo encerrado todo este tiempo en una especie de sótano abandonado, y quizá pueda conducirnos hasta allí. Parece que está muy cerca de mi casa. Además, llevaba encima un pin de Price&CO. Quizá el secuestro tenga que ver con Shapiro.

—Desarrolla esa idea.

—Shapiro es el que intentó inculpar a Jaime del asesinato de su padre, ¿recuerdas?

La mente de Tena se puso a rodar inmediatamente, y se detuvo en la casa abandonada de... ¿cómo se llamaba ese tipo? ¡Chispas! Tena miró a Emma, que continuaba con la vista fija en el cielo. Podía imaginarse sus oídos concentrándose en la conversación telefónica. Se interrumpió un instante, incapaz de poner en orden el caos de sus pensamientos.

—¿Reconocería a su secuestrador si lo viera? —reanudó al fin la conversación con Lucas.

—Me temo que no, nunca le vio la cara.

—¿Qué tal está Alyssa?

—Sigue en shock.

Tena prometió a Lucas que lo llamaría en un par de horas para enfocar este nuevo asunto del secuestrador. No le mencionó el incendio en Price&CO.

Nada más colgar, aupó a Emma en brazos y la bajó al dormitorio con dificultad, donde la arropó entre las sábanas.

—Marcos —dijo mientras él se vestía con prisa.

—Dime.

—No he llegado a hacerte esa pregunta.

—No es buen momento, cariño. —Hizo un chequeo rápido: el revólver en su funda y la placa bien ajustada dentro de la chaqueta—. Mañana hablamos, ¿de acuerdo?

—¿Qué significa Jasper?

Tena se giró hacia la cama como si hubiese oído el gruñido de un lobo dentro de la habitación.

—¿Cómo dices?

—Jasper. Es la palabra que conforman los cuatro papeles de cuaderno.

Domingo 1 de octubre de 2023
Madrugada

Capítulo 25

Bobby Florín trataba de conciliar el sueño sentado a oscuras en la cocina de su mansión, en bata y zapatillas, dándole vueltas a su situación. Estaba ligeramente bebido —la botella de Glenfiddich ya se encontraba más vacía que llena sobre la mesa— y un nudo de pánico oprimía su estómago. Por si esto fuera poco, los dolores de cadera le estaban matando.

Le había desquiciado la llamada a media noche del jefe de seguridad de la empresa. ¿Price&CO envuelta en llamas? ¿Cómo había podido suceder?

Era muy consciente de que se trataba de un acto premeditado.

Habían transcurrido tres días desde que mataron a ese segurata en los aledaños de la empresa. En ese momento, cuando se enteró de la noticia, Florín quedó estupefacto, mas no le dio demasiada importancia. Pero ahora que la empresa había saltado por los aires, la conexión con el crimen era evidente.

Unas horas antes de recibir la llamada, Florín se encontraba escuchando las noticias en la televisión, y así fue como se enteró del otro bombazo del día: Enrich, Philippe y Chang habían sido cazados en público manteniendo grotescas relaciones sexuales. Alguien había subido decenas de fotografías a Internet, y en menos de media hora ya habían dado la vuelta al mundo. Solo quien viviera escondido en una cueva podría ignorar el escándalo del que hablaba todo el planeta.

«¡Dios mío! ¿Pero qué está pasando?»

Durante las dos horas siguientes, osciló entre el miedo y la embriaguez. Él no tenía nada que ver con el escándalo sexual de sus colegas, pero sabía que ahora la estabilidad social y política del Grupo pendía de un hilo. Además, la noche loca de Enrich, Philippe y Chang había tenido lugar hacía días. Resultaba inquietante que alguien hubiera puesto una bomba en Price&CO casi al mismo tiempo que se filtraban las fotografías.

Segunda conexión.

El pánico y la angustia acabaron apoderándose de él. No quería quedarse en Villa Morenti. Se sentía acorralado y expuesto. Preparó una bolsa con mudas, ropa de sobra y medicamentos. Metió también dos botellas de whisky. Abandonó la cocina y fue derecho al salón, donde se aseguró de que las cristaleras estaban cerradas. Al pasar por delante del cuarto de baño, escuchó algo inusual y se detuvo inquieto. Era un sonido conocido; el goteo constante sobre una superficie líquida. Encendió la luz.

De primeras no entendió lo que estaba viendo.

De algún misterioso modo, la bañera estaba desbordada de agua, y las baldosas del suelo, encharcadas. El grifo estaba cortado.

Florín se quedó mirando el estropicio sin comprender nada en absoluto.

Al principio pensó en uno de sus empleados. A lo mejor Adriana, que era nueva e inexperta, había tenido un descuido tonto y se había dejado el regulador abierto. La esperanza le duró lo que tardó en entender que alguien tuvo que cerrar el grifo después.

Sintió un escalofrío y su cara se puso de color ceniza.

En ese momento oyó un movimiento a sus espaldas y notó que le fallaban las rodillas.

Se dio lentamente la vuelta. Vio a una silueta recortada en la oscuridad, pero no le dio tiempo a reaccionar. La figura le rodeó el cuello con el brazo y le tapó la boca y los orificios nasales. Entendió que lo estaban asfixiando cuando fue arrastrado hasta el interior del cuarto de baño. Chapoteó en el agua con los pies al intentar oponer resistencia. No llegó a sentir cómo lo metían en la bañera.

Fue encontrado durante la madrugada bañándose en agua roja. Tenía las muñecas rajadas.

Cuando Marcos Tena llegó al polígono industrial, la niebla densa se deslizaba desde el mar abrazando la villa con su aliento gélido. Lo único que se distinguía desde dentro del Lexus era el fuego que escupían los estrangulados hierros de lo que antes habían sido los cimientos de Price&CO.

Tan solo la imperturbable presencia del comisario le incomodó más a Tena que el fuerte olor a hollín; ambos lo abordaron nada más abrir la puerta del coche.

—¡Por fin ha llegado! —gritó Mayoral para que su voz se oyera por encima del caos desarrollado a unos metros de ellos, a su espalda.

—En cuanto he podido, comisario.

—¡Como ve, tenemos una buena fiesta aquí!

—¿Qué ha pasado?

—Una única explosión. Desde dentro del edificio. ¡Un buen petardazo!

Mayoral hablaba con la mano colocada a modo de visera para impedir que se le metiera porquería del ambiente en los ojos.

—Eso quiere decir que fue alguien con acreditación.

Tena pensaba en Hermes y el asesinato de Kiko Valbuena, pero estaba esperando a que el comisario llegara a esa conclusión por sí mismo.

—¡Exacto!

—Fue Hermes, señor.

—¿Hermes?

—El autor de los crímenes —concretó Tena—. Recuerde que la tercera víctima, Valbuena, trabajaba como vigilante de seguridad nocturno aquí.

Casi podía ver lucecitas destellando en la calculadora mental de Mayoral.

—¿Y qué hay de Edward Malick?

—Malick solo fue la mano ejecutora. —Tena negaba con la cabeza mientras hablaba—. No le robó la acreditación a Valbuena, ni dejó el pedazo de papel con el mensaje. Y, desde luego, no tuvo la sangre fría de entrar ahí y colocar una bomba justo después de matar a un hombre. Hágame caso: fue Hermes. Lo hizo justo después de que Malick abandonara el callejón.

El comisario asintió, aparentemente convencido.

—¿Se ha enterado del escándalo de las fotos? —exclamó, cambiando de tema de forma radical.

—No. ¿Qué fotos?

—¡Un anónimo ha publicado en Internet una serie de instantáneas que comprometen muy seriamente la imagen del Grupo!

Tena alzó una ceja, un tic que solo se producía en situaciones de estrés.

—No he visto nada —aseguró—. ¿Qué muestran?

Mayoral se masajeó los pelos de la perilla y esbozó una media sonrisa muy poco corriente en él.

—¡Philippe, Enrich y el oriental del grupo hotelero!

—¿Chang?

—¡Sí, Chang! Digamos que han sido cazados haciendo cosas no aptas para menores. ¡Es la noticia del momento!

Una ventana explotó tras ellos en un piso elevado. La breve alarma ocasionada por el equipo de bomberos provocó que Mayoral se diera la vuelta un segundo para curiosear. Esto ayudó a Tena a cambiar de tema.

—Volviendo a los asesinatos... creo que ya he descubierto lo que representan los mensajes en clave.

«Tu mujer lo descubrió, pedazo de inútil», se abroncó en su interior.

Mayoral se volvió tan pronto como Tena acabó la frase.

—¿Lo sabe? ¿Y qué dicen?

—Jasper, señor. En lenguaje *Leet*.

—¿*Leet*? No he oído hablar de ese idioma.

—No es un idioma. He estado informándome sobre ello en el coche mientras venía —explicó Tena, que ahora hablaba más alto y rápido de lo habitual—. Se trata de un lenguaje alfanumérico no oficial utilizado principalmente en Internet. La idea es utilizar caracteres que se parecen a las letras de nuestro abecedario, de forma que se puedan formar palabras reales uniendo símbolos, a priori, sin sentido. Por ejemplo, el número 4 equivaldría a nuestra «A». En nuestro caso, el 5 del mensaje que encontramos junto al cuerpo de Eukene Goiria, es en realidad la «S» de Jasper. Si se fija, son símbolos que se asemejan.

El comisario se quedó mirando a Tena fijamente, en silencio, con una expresión un tanto incrédula. Después sus pupilas empezaron a moverse, y Tena dedujo que estaba uniendo los mensajes en su cabeza.

—¡Bien! —dijo al fin con firmeza—. Entonces, ¿qué significa Jasper?

Esa era la pregunta del millón de dólares.

—No lo sé, señor. Existe la posibilidad de que la palabra esté incompleta. En ese caso, lo esperable es que siguiera matando hasta terminarla.

Mayoral se rascó la cabeza. No fue necesario que alzara la voz para que se entendiera su siguiente frase.

—Pues averígüelo rápido. Hay vidas en juego.

Óliver tiró fuertemente de la correa hacia abajo, pero la persiana estaba atascada y la ventana quedó completamente cubierta. Sin darle más importancia, observó la capa de polvo que cubría la mesa de aglomerado y dibujó una línea con el dedo, que se le volvió gris.

—No veo por qué no podemos pasar la noche con Alyssa —protestó, girándose hacia la habitación. Cora y Sebastian estaban con él—. Esto es un antro.

—Ya lo hemos hablado —replicó Sebastian mientras arrojaba su bolsa encima del camastro del medio—. No podemos arriesgarnos a que te encuentren. Tanto la casa de tu amiga como la de tu familia son inseguras ahora mismo. Tú mismo lo dijiste.

Óliver asintió. Conocía de sobra su propio discurso. Pero le volvía loco haber realizado el viaje de su vida para quedarse a dormir en un albergue de mala muerte que estaba a solo unos pocos metros de su casa. A unos pocos metros de Aly... Se moría de

ganas por enseñarle la llave y comprobar su cara de *me-ha-to-ca-do-la-lo-te-rí-a*. Juntos abrirían la caja musical de una vez. Ansiaba descubrir qué era aquello tan peligroso a lo que había hecho referencia el Yayo. Maldición, odiaba reconocerlo, pero volver a reencontrarse con ese viejo miserable había sido lo mejor que le había pasado en años.

Cuando Sebastian se despojó de la camiseta dejando a la vista su enmarañado vello corporal, Cora miró para otro lado, disgustada.

—¡Tranquila, mujer! —reaccionó el alemán con el entusiasmo del estudiante que ha comenzado su viaje de fin de curso—. Para que tengas intimidad, pondremos esto entre tu cama y la mía, y será como si tuvieras tu propia habitación, ¡con baño y todo! ¿*Capiche?*

Sebastian tenía en sus manos una sábana sobrante que anudó al soporte de un aplique con un extremo, y al perchero de la pared opuesta con el otro. El resultado fue una apañada cortina que dividía la habitación en dos: en el lado de la ventana, las camas de los dos hombres, y en la mitad que daba al aseo, la de Cora.

—Chicos, si no os importa, querría acostarme. Estoy hecho polvo y mañana va a ser un día duro —dijo Óliver sacando su pijama de cuadros de la mochila—. ¿Os molesta si le doy un toque a Alyssa para fijar la cita?

—Todo tuyo, chaval. A partir de este momento, yo no existo. Solo déjame echar una meada antes de acostarme.

Cuando volvió del baño, Sebastian se tumbó sobre el colchón, colocó dos auriculares de botón dentro de sus orejas, y cerró los ojos en cuanto su música comenzó a reproducirse.

Cora, por su parte, corrió el improvisado velo que conducía a su reservado y se quedó mirando a Óliver de costado. Se había deshecho del pañuelo rosa, y era la primera vez que Óliver la veía sin él.

—Ten toda la intimidad que necesites, yo estaré un rato en el cuarto de baño —dijo, y de pronto a Óliver le pareció que eran como un marido y una mujer que comparten aseo y dormitorio, de esos que se dan las buenas noches antes de acostarse y se ven en pijama. De los que amanecen con sus imperfecciones al descubierto y son conscientes de la suerte que tienen por ello—. Que vaya bien la conversación. Buenas noches.

Él sonrió con la sensación de estar poniendo cara de bobo y ella desapareció tras la sábana. Su silueta recortada en la tela comenzó a empequeñecerse y a diluirse hasta que desapareció.

Óliver apagó las luces y llamó a Alyssa desde su móvil. A su lado, los pies desnudos de Sebastian se movían espasmódicamente al ritmo de alguna música.

—¿Oli?

La fría luz de la pantalla, con el rostro de Alyssa ocupándola al completo, era lo único que lo orientaba en el dormitorio.

—Aly, tengo dos noticias que darte. —Entonces se percató de que había mucha gente a su alrededor, apareciendo y desapareciendo por los bordes de la pantalla—. ¿Dónde estás?

—¡Es Jaime! —gimió Alyssa, y se mordió el labio para no romper a llorar—. ¡Ha vuelto y está a salvo!

—¿De verdad? —Con esa noticia se quitaba un peso de encima. Si Aly no estaba bromeando, por fin iba a poder borrar su cuenta del foro. Daría carpetazo a la *tribu* y a la absurda búsqueda de Ernesto Shapiro—. ¿Eso es un hospital?

—Sí, pero no te preocupes, solo está descansando, está fuera de peligro. Ya te lo contaré todo con detalle. —Estaba hecha un adefesio, con los labios agrietados y el pelo enmarañado, pero por fin rezumaba felicidad—. ¿Qué haces? ¿Qué dos cosas me tienes que contar, bichito?

—Estoy en Ámbar, Aly.

La imagen de la videollamada era lo suficientemente nítida como para notar que ella tragaba saliva y palidecía.

—¿Me has escuchado? He vuelto.

—Joder, ¿cómo que has vuelto? ¡No se te permite volver!

—Eso no importa. El caso es que estoy aquí, y quiero que nos veamos mañana.

—Eso está hecho. Tenemos muchas cosas que contarnos. ¿Estás con tu madre?

—No —respondió él, y esperó a que ella consiguiera papel y bolígrafo para apuntar la dirección del albergue y el número de habitación.

—Mañana en cuanto pueda me paso por allí —aseguró ella, sin saber todavía que no cumpliría del todo su palabra.

—Hay una segunda cosa.

—¿Qué pasa, Oli? Me estás asustando. Te tiembla la voz.

Él dudó.

—Mejor en persona. Tendrás que esperar hasta mañana.

La conversación concluyó cuando un médico se le acercó por detrás para presentarle el informe actualizado de su marido. Se despidieron rápidamente y él se quedó con la impresión de haber dejado a su amiga en ascuas.

«No importa. Mañana se enterará de todo y por fin abriremos esa maldita caja.»

Lo penúltimo que hizo antes de acostarse fue quitarse el reloj y dejarlo sobre la mesilla junto al móvil, como cada noche.

Lo último fue extraer la llave de la mochila y acariciarla durante unos segundos.

Se metió bajo las sábanas y apenas tardó treinta segundos en dormirse. Tan cansado estaba que olvidó ponerse el pijama.

Aquella era la segunda vez en esa semana que Don Perfecto se le acercaba con ademán decidido. Las cosas habían cambiado radicalmente para ella entre un momento y otro.

—¡Pensé que estarías dentro, y no entre ambulancias y taxis mal estacionados! —gritó él cuando le quedaban todavía unos metros para alcanzarla. Cuanto mayores eran sus zancadas, más se evidenciaba su cojera.

—Ya casi ni recuerdo cuando se podía fumar sin morir congelada —ironizó Alyssa. Cuando él la alcanzó, le ofreció un cigarrillo y un mechero. El policía dudó por un instante.

—A tomar por culo.

Se le dibujó el placer en la cara cuando lo prendió y dio la primera calada.

—¿Cómo está Jaime? —preguntó, haciendo una mueca con la boca para desviar el humo hacia un costado. La fría luz de la marquesina de la parada de autobuses iluminaba el humo del tabaco y lo volvía más denso.

—Se ha dormido, pero está bien. Cuando descanse un poco más, nos iremos a casa.

Alyssa notó que el policía le estaba diciendo algo con la mirada.

—Me alegro mucho —dijo al fin, confirmando lo que ella había percibido.

—Gracias, Marcos.

Miró para arriba, hacia la mancha negra. Estaba muy sensible y no quería montar una escena delante de él. Si hubiese sido de día, habría visto una formación de nubes bajas y oscuras moviéndose rápidamente sobre la cumbre de la sierra.

—¿No estaba Lucas contigo? —quiso saber él.

Dentro de la cabeza de Alyssa, esa pregunta venía con doble sentido.

—Se ha marchado hace un rato, poco después de llamarte. Parecía nervioso tras hablar con Jaime. No dejaba de farfullar cosas sobre Shapiro y la empresa.

—¿Qué dijo tu marido?

—Básicamente lo que te dijo Lucas por teléfono.

—Quiero escuchar tu versión —dijo, de pronto muy serio—. A veces dos personas entienden cosas distintas tomando como fuente un mismo relato.

—Pues que había estado encerrado en una especie de bodega, al principio en una celda horrible, después en otra un poco más decente. Parece que estaba en los alrededores de la casa de Lucas.

—Sí, eso parece.

—Luego llegó la enfermera con la insignia de la empresa que preside Ernesto Shapiro. La había encontrado en el bolsillo del pantalón de Jaime.

—Vale.

—Todo esto significa que ese cabrón está vivo y fue quien secuestró a mi marido, ¿verdad?

—Hay noventa y nueve posibilidades sobre cien de que así sea.

Alyssa apretó los dientes. Después tiró el pitillo a un charco y lo pisoteó con saña.

—¿Por qué a él? Fui yo quien consiguió las pruebas para que lo encarcelaran.

—Porque a Jaime lo conocía de la juventud, y a ti no. Una cuestión personal, supongo.

—Voy a matar a ese cabrón.

—Tú no vas a matar a nadie —dijo, haciendo una pausa que ella rellenó con un «ahora que puedes empezar tu vida de cero»—. Además, primero debemos encontrarlo. Su empresa está ardiendo en estos momentos y no sabemos por qué.

—¿Price&CO en llamas? —preguntó Alyssa justo cuando él cogía su dispositivo móvil y marcaba algo en la pantalla.

—Disculpa —dijo, y se llevó el aparato a la mejilla. Se produjo un largo silencio—. Mierda, salta el contestador. Lucas, eh... soy Marcos. En un rato me pasaré por tu casa, espero que no te hayas acostado todavía. Quiero que salgamos a peinar la zona, a ver si encontramos el agujero al que ha hecho mención Vergara. —Se quedó un rato en silencio, como sopesando si decir algo más—. No me falles. Adiós.

—¿Qué tal está su hija? —le preguntó ella nada más guardó el móvil.

—No lo sé. Lo cierto es que no le menciono el tema desde hace unos días. ¿No te ha dicho nada?

Alyssa respondió que no con la cabeza y acompañó el gesto con un chasquido.

—¿Cómo lleváis el caso de los asesinatos? —preguntó.

Él llenó los pulmones de aire y resopló fuertemente, hinchando sus carrillos como si fueran dos globos.

—No sé ni qué responderte, la verdad —dijo, y esbozó una sonrisa de desesperanza que adornó con una mirada fruncida—. Oye, por casualidad no sabrás lo que significa Jasper, ¿verdad?

—¿Qué has dicho?

—Jasper. ¿Te suena esa palabra? Creo que es algo que está queriendo decirnos el asesino.

—Deciros... ¿cómo?

—Junto a cada cadáver ha ido dejando un papel con una serie de símbolos. Hasta el momento, si ponemos los cuatro símbolos en orden cronológico, forman la palabra Jasper.

Alyssa sintió un vacío en el estómago, como el que produce una montaña rusa al descender con violencia.

—Pues no... creo que no lo he oído en mi vida —mintió.

«Tengo que avisar a Oli urgentemente. Él es el siguiente.»

Óliver abrió los ojos convencido de que ya había amanecido. Sufrió una ligera decepción cuando buscó el reloj a tientas y vio que solo eran las 3:17.

Todo estaba a oscuras y en absoluto silencio. Se dio la vuelta y cerró los ojos de nuevo.

«¿Qué habrá querido decir el Yayo con que lo que guarda la caja me habría matado en su día?»

«¿Qué última sorpresa me tiene preparada Charly?»

No iba a poder volver a dormirse. La implacable noche haría que todo lo sucedido en las últimas veinticuatro horas le asediara sin piedad.

Una fuga continental ilegal. El reencuentro con su familia. Enfrentarse al Yayo y recuperar la ansiada llave. La noticia de la aparición de Jaime y la promesa de volver a ver a Alyssa en persona. Pernoctar con alguien con quien, por mucho que intentara evitarlo, estaba empezando a obsesionarse. ¿Debería empezar a definirlo como simple enamoramiento?

No estaba mal para un superdotado con fobia social.

De pronto, la oscuridad se volvió anaranjada dentro de sus párpados, como si alguien le estuviera enfocando con una linterna. En un acto involuntario, abrió los ojos.

La luz del cuarto de baño estaba encendida, delatando el contraluz de Cora tras la sábana que había instalado Sebastian.

Pasaron unos instantes en los que Óliver se mantuvo inmóvil, aguantando la respiración y sin desviar la mirada de la otra mitad de la habitación. Finalmente, la sábana se entreabrió y apareció ella, que dio un paso hacia el lado de los chicos.

Óliver cerró los ojos y fingió que dormía.

En ese lapso, que duró menos de un segundo, había podido reconocer una camiseta blanca de tirantes y unas bragas negras de encaje.

Su corazón se había acelerado. Apretó los párpados.

—Óliver —susurró ella—. ¿Estás dormido?

«Y ahora, ¿qué hago?» No podía seguir disimulando.

—Sí —fingió con voz somnolienta—. ¿Ocurre algo?

Al reabrir los ojos, el cuerpo de Cora se le apareció junto a la cama. Estaba abrazándose a sí misma y tenía las rodillas muy juntas.

—Estoy congelada. ¿Puedo dormir contigo?

A esas horas de la noche, cuando el menor de los susurros era percibido con nitidez y el más ligero brillo destacaba entre la negrura, la voz de Cora resonaba con matices nuevos. Más graves, más íntimos. En la otra cama, Sebastian dormía con una respiración profunda, próxima al ronquido. El tiempo en la habitación transcurría a cámara lenta.

Antes de que pudiera plantearse las consecuencias de admitir a Cora bajo sus sábanas, Óliver ya se había hecho a un lado y había levantado la esquina del edredón.

Sin decir nada, ella se deslizó rápidamente a su lado y adoptó la postura fetal, de espaldas a él. Las camas de ese albergue eran ya de por sí pequeñas para una sola persona, de modo que resultó inevitable que la melena azulada de Cora le rozara la nariz (después de un día entero, todavía le llegaba el aroma a limón) y que su espalda rozara con su abdomen.

A la vez que asumía que no iba a poder soportar toda la noche aguantando la respiración, Óliver se dio cuenta de que Cora realmente tenía la piel helada. Sin darse la

vuelta, ella le buscó la mano y se la llevó al vientre para absorber su calor corporal, de tal manera que ahora él se encontraba abrazado a su cintura.

—Estás ardiendo. Comparte un poco de calor conmigo —murmuró la alemana.

Mientras tanto, Óliver solo pensaba en mantener el mismo ritmo respiratorio que ella; así era más sencillo evitar impactos de piel con piel. Por su mente pasó de puntillas la idea de acercar los labios a su cuello y besarlo, y lo hizo de una manera tan real que llegó a dudar si realmente lo había hecho.

Su palpitación se aceleró.

Entonces pensó en el pañuelo rosa y el juramento de castidad al que Cora rendía culto. ¿La estaría incomodando? «No lo creo, de lo contrario no se habría metido conmigo en la cama.»

Ignoraba cuánto tiempo había transcurrido sin moverse, cuando sucedió algo tan inesperado como deseado.

Ella hizo rodar su espalda por el colchón hasta situarse frente a él, quedando su rostro a pocos centímetros del suyo. Con la delicadeza propia de un pintor dotado de una extraordinaria sensibilidad, acercó sus labios muy lentamente y lo besó.

—¿Qué... qué haces? —tartamudeó Óliver, abrumado, cuando ella separó su cara para ver su reacción.

—Óliver, ¿todavía no te has dado cuenta? Estoy enamorada de ti.

Se produjo un silencio más pesado, expectante.

—Pero, ¿el pañuelo?, ¿tu juramento? —fue lo único que acertó a articular.

Con su mirada, Cora le estaba dando a entender que sus actos y palabras estaban muy meditados.

—Tú eres diferente a todos los hombres —dijo—. Te amo, y lo que siento es mucho más fuerte que cualquier prenda de color rosa.

Lo besó de nuevo, y en esta ocasión, Óliver sintió que le estaba otorgando su alma. Era un beso húmedo, vulnerable. Colmado de amor.

La atrajo hacia él, de tal forma que sus pieles quedaron en contacto, y se rindió al deseo a la vez que le acariciaba la melena.

En ese ardiente momento, una sucesión de sonidos secos retumbaron en el ambiente, como los que produce la madera al chocar con algo. Con unos nudillos, por ejemplo.

Sebastian se incorporó de golpe, sobresaltado.

—¡Están llamando a la puerta!

«¿Qué?»

El cuerpo frío de Cora se distanció de él en el mismo instante en que alguien gritaba algo desde el descansillo.

—¡Oli!

Era una voz de mujer. Volvió a golpear la puerta con más insistencia.

—¡Soy Aly! ¡Abre la puerta enseguida!

Capítulo 26

El reloj avisó de que eran las 4:00 en el interior del Lexus. La luna diluía su luz sobre la lenta lluvia. Marcos Tena conducía despacio y con la radio apagada; el movimiento regular de los limpiaparabrisas había resultado ser un eficaz anti estresante.

La carretera que accedía a la casa de Lucas era oscura y silenciosa a esas horas de la madrugada. Era como si la negrura estuviera esperando a que se adentrara unos metros más para engullirlo.

Cruzó un pequeño puente de piedra con anchura para un solo vehículo y se vio obligado a activar las luces largas en ráfagas para conocer lo que le deparaba la carretera unos metros más adelante. En una de las ráfagas, vio a su izquierda una agrupación de pinos no lo suficientemente numerosos como para denominarlo bosque. Conocía esos árboles. Ya estaba llegando.

Aminoró la velocidad cuando abandonó la carretera comarcal. Las luces frontales del Lexus iluminaron a Lucas, que lo estaba esperando en la puerta de casa atrincherado bajo un paraguas. Una imagen interrumpida por el ritmo de los limpiaparabrisas sobre el cristal. La tormenta era más fuerte ahora y estos barrían a mayor frecuencia.

—Escuchaste mi mensaje —dijo Tena al abandonar el coche. Abrió su propio paraguas.

—Sí. Ha sido un día frenético y no podía pegar ojo.

—Está bien, ve delante. —Se hizo a un lado y orientó su cuerpo hacia la pradera, ahora una mancha negra—. Conoces la zona y sabes dónde lo encontraste.

Durante el camino por el barro, en el cual los haces de luz de las linternas fijaban el camino, los dos policías conversaron sobre la aparición de Jaime Vergara y el descubrimiento del lenguaje utilizado por Hermes en sus mensajes.

—¿Habías oído hablar de ese lenguaje *Leef*? —preguntó Tena, que caminaba arrastrando los pies por detrás de Lucas. Los botines se le habían cubierto de lodo.

—Creo que alguna vez alguien me habló sobre ello, pero desconocía que se llamara así. No sabía que estaba tan extendido.

—¿Qué opinas de lo que escribió Hermes?

—¿Jasper?

—Sí —confirmó Tena, ignorando el dolor de su tobillo.

—Ni idea.

—Es raro, ¿no? —dijo al cabo de un rato de silencio. Acababan de pasar por el punto donde Lucas había encontrado a Vergara.

—¿El qué?

—La aparición de Jaime Vergara. El momento.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Lucas, no me digas que no lo has pensado. ¿El hombre llevaba un año secuestrado y aparece el mismo día que alguien hace explotar Price&CO? Demasiada coincidencia.

—¿Quieres decir que ambos casos son piezas de una misma obra criminal? —Lucas hablaba sin apartar la mirada del barro—. Estás pensando en Hermes, ¿me equivoco? Crees que Shapiro y Hermes son la misma persona.

—Bueno, es una posibilidad, no puedes negarlo.

—Sí, pero, ¿cómo encaja el material explosivo en su propia empresa con un secuestro ejecutado hace un año?

Tena se mantuvo callado bajo el paraguas.

—¡He pisado algo! —exclamó Lucas.

Se había detenido para enfocar un punto en el suelo. El círculo de luz blanca de la linterna desveló una superficie de madera oculta bajo la maleza. Era eso lo que Lucas había pisado.

Una vez apartados los hierbajos, deslizar la madera resultó pan comido para dos hombres adultos. Volvieron a enfocar el agujero. Unas escaleras conducían a un pasillo de piedra. Lucas fue el primero en poner un pie en el escalón. Tena tuvo que pensárselo dos veces.

La estrechez del subsuelo, la sensación de naturaleza desconocida y amenazante de todo lo que allí se escondía, los olores —tan poco familiares— a podredumbre y humedad, las paredes irregulares que devolvían el sonido de las pisadas, el polvo que se paladeaba con cada bocanada... todo ello era intimidante.

El hedor a decrepito que desprendía el primer hueco encontrado en la pared fue subrayado cuando los círculos de luz repasaron algunos objetos de su interior. De izquierda a derecha: una mancha negra en una esquina, el póster desgastado de una película pegado con cinta adhesiva sobre la piedra, una letrina con restos de excremento reseco sobresaliendo, y una diminuta rejilla de ventilación en la pared. Todo ello condensado en una celda cerrada por hierros oxidados cuya superficie no superaba los cinco metros cuadrados. El sitio carecía de más salidas aparte del hueco donde se encontraban; el techo y el resto de las paredes estaban desprovistos de puertas y ventanas.

—J-joder, ¿has visto este estercolero? —tartamudeó Tena.

Se encontró hablándole a las paredes.

—¿Lucas?

Su compañero se había adelantado, dejándole solo en la sala del terror.

Dio dos pasos hacia el interior para reconocer el póster. Las rayas blancas y amarillas de una carretera de doble sentido, muy recta, que se perdían en la oscuridad de la noche, le resultaban familiares. Superpuesto, el rótulo del título de la película: *CARRETERA PERDIDA*. En la parte inferior, un eslogan. Tena, que había visto la película, sabía que correspondía a uno de los extractos más famosos del filme:

«Me gusta recordar las cosas a mi manera, no necesariamente como hayan pasado.»

—¡Eh, Boss!

Era Lucas. Su exclamación reverberó en toda la cueva.

—¡He encontrado la segunda celda!

Tena recordó que Vergara había hablado de una segunda.

Abandonó el putrefacto agujero y avanzó por el túnel siguiendo el origen de la voz de Lucas. Alrededor de quince metros más adelante, en los que el túnel no ofreció nada destacable, dio con un segundo hueco. En su interior, la linterna de Lucas hacía bailar un punto de luz como una luciérnaga nerviosa.

—Esto es otra cosa —dijo Tena mientras repasaba la nueva estancia. La lluvia golpeaba con fuerza un pequeño cristal instalado en el techo, provocando una extraña sensación protectora.

Lucas se adentró en la celda y recogió algo del suelo.

—Joder, aquí hay hasta una radio —dijo, extrañado, alzando el aparato con antena para que Tena pudiera verlo—. ¡Y una televisión!

Tena comprobó que el retrete tenía agua corriente. No vio pósteres ni carteles en las paredes. Al dar un paso, golpeó con el pie en un utensilio de plástico parecido a un comedero de perro.

—Esta debe de ser la celda donde estaba Vergara cuando escapó —reflexionó en voz alta—. Comparada con la otra, parece la suite del Ritz.

Lucas acababa de comprobar que la televisión funcionaba a duras penas, lo justo para reconocer lo que se estaba emitiendo en su único canal. Tenía una cuerda en las manos y jugueteaba con ella.

—Lucas.

Éste se volvió.

—¿Qué?

—¿Por qué dos celdas?

El joven policía ladeó sutilmente la cabeza.

—¿Porque hubo dos prisioneros?

—Tiene sentido, ¿no?

—Pero Vergara dijo que no vio ni escuchó a nadie más en todo el tiempo que estuvo aquí abajo.

Tena respiró hondo y se pasó las manos por el flequillo, mostrando sus prematuras entradas.

—Alguien tiene que analizar el ADN de este agujero urgentemente —dijo—. Si hubo dos prisioneros, ¿quién podría ser el otro?

Lucas arrojó la cuerda a un rincón y se encogió de hombros.

—No lo sé, pero tenemos que encontrar a ese cabrón.

—¿Shapiro? —Era una pregunta retórica, casi una confirmación.

—¿Quién si no? Ese cerdo tiene una casa a escasos metros de esta cueva, y la insignia que encontraron en el pantalón de Vergara termina de confirmarlo. ¿Acaso necesitamos más pruebas? —Negó con la cabeza—. Y pensar que le he tenido a menos de un kilómetro de mi casa todo este tiempo.

—Mañana le pasaré un informe detallado al comisario e iniciaremos su búsqueda —prometió Tena, como si el día hubiera concluido.

Se equivocaba.

Le pesaban los párpados. La explosión de adrenalina que había experimentado un rato antes en los alrededores de Price&CO y posteriormente en la cueva de Shapiro estaba ya agotada.

Tena condujo los primeros metros del camino de vuelta con la sensación de haber abierto la caja de un complicado Lego y haber descubierto que le faltaban las instrucciones y algunas piezas importantes.

La tormenta golpeaba el parabrisas del Lexus con tal insistencia que apenas distinguió el puente de piedra. Introdujo segunda y avanzó con cuidado. David Bowie cantaba para los héroes a un volumen bajo a través de la radio, amortiguado por el ruido del granizo contra la carrocería. Cuando atravesaba el puente, la canción fue interrumpida. Una noticia:

Acaban de encontrar al empresario Bobby Florín muerto en su bañera. Última hora: Bobby Florín ha fallecido en su mansión. Por las heridas presentadas, todo apunta a un asesinato. Más detalles, en las noticias de las...

Apagó la radio, pisó el freno y tragó saliva.

Lo primero que se le ocurrió fue dar media vuelta y comentarlo con Lucas. Lo descartó rápidamente; era muy tarde y ya le había molestado lo suficiente. Lo segundo fue telefonar a comisaría. Fue lo que hizo.

La noticia había caído como un terremoto en Torrelavega. Al parecer, a Florín le había encontrado su mayordomo con cortes en las muñecas. El multimillonario había dejado preparada una bolsa con ropa, jabones y alcohol. No había ningún mensaje junto al cadáver.

«De modo que no ha sido Hermes.»

De pronto, Tena regresó mentalmente a la cueva que acababan de inspeccionar, y las piezas de todo aquel Lego se levantaron en un remolino. Había algo en esa bodega. Un detalle en principio irrelevante que había pasado por alto.

Me gusta recordar las cosas a mi manera, no necesariamente como hayan pasado.

Era el eslogan del cartel, en la primera celda. Había visto esa película un par de veces, y por eso sabía que no se trataba de una frase cualquiera. Se le había aferrado al subconsciente al igual que sucedió el día en que vio *Carretera Perdida* por primera vez. ¿Dónde había leído esa misma frase hacía poco?

De pronto lo supo.

«¡El blog!»

Extrajo atropelladamente el teléfono de la chaqueta y recuperó el mensaje. Aguantó la respiración mientras lo leía.

Tenía un aspecto triste. Era joven, diría que a punto de cumplir los cuarenta, calvo, con piercings en las orejas y los brazos llenos de tatuajes. Amorfo como una caricatura. Auténtica escoria humana. A decir verdad, puede que esté exagerando, al fin y al cabo, ya sabéis que me gusta recordar las cosas a mi manera, no necesariamente como hayan pasado.

La controvertida publicación que encontraron en el blog de Eukene Goiria aquella mañana, en la cual realizaba una monstruosa descripción de David Fálagan, finalizaba con la carismática frase de la película. Este hecho demostraba que el texto no había sido escrito por ella, como ya habían deducido Lucas y él, sino por el mismo individuo que había capturado a Jaime Vergara.

Dando por hecho que Ernesto Shapiro fue el secuestrador —especuló Tena con la mirada fija en el salpicadero y con la mente en algún lugar lejos de este mundo—, ¿era ese póster una prueba razonable de que el empresario y Hermes eran en realidad la misma persona?

«No te precipites, Marcos, ata todos los cabos.»

Si el mensaje del blog había sido publicado por Shapiro —cómo lo hizo era todavía una incógnita—, podía deducirse entonces que fue él quien intentó hacer creer a la policía que David Fálagan estaba tras el asesinato de Goiria. Tena había llegado a una nueva conclusión: Ernesto Shapiro chantajeó a Fálagan para que cometiera el crimen.

Pensó en encender la tableta para actualizar sus notas, pero sentía que, si dejaba de pensar por un segundo, perdería el hilo de su razonamiento.

Continuó divagando.

Si, por otro lado, también fue el desaparecido empresario quien ordenó matar a Kiko Valbuena —hipótesis anteriormente planteada debido a la relación de Shapiro con Bobby Florín y el malogrado vigilante—, ya tenía dibujado un escenario donde dos de los asesinatos obedecían a un mismo denominador común: Ernesto Shapiro.

El granizo no le permitía concentrarse. Parado en mitad del puente, desactivó los limpiaparabrisas y apagó las luces. Si alguien hubiera estado bajo la lluvia en ese momento, habría presenciado como el vehículo desaparecía en la oscuridad.

Todavía no tenía respuestas para la misteriosa muerte de Teodoro Simón, y además le faltaba repasar el caso de Mancuso.

«Piensa: ¿qué más evidencias conoces?»

Florín muerto en su bañera.

Price&CO en llamas.

Imagen del Grupo devastada por misteriosa divulgación global.

Tena veía pasar los titulares como si estuviera ante un periódico muy nítido que corría sus páginas a gran velocidad.

¿Tenía motivos Shapiro para asesinar a Florín, su socio? Y en el caso en que así fuera, ¿por qué iba a provocar una explosión en su empresa la misma noche? Esas cuestiones descartaban la hipótesis de que el asesinato de Florín fuese también el autor del atentado en Price&CO.

¿Se habría suicidado Florín? No —se corrigió Tena al punto—. Había dejado preparada una bolsa de equipaje, de modo que tenía pensado escapar a algún sitio.

La lógica de Tena voló de nuevo a los foreros fallecidos. ¿Qué motivación tenía Shapiro para acabar con Goiria y Valbuena? La respuesta era tan obvia que se maldijo por no haberla pensado antes: conspiraban en el foro para encontrar al empresario y acabar con la hegemonía del Grupo. Ese razonamiento, que era más sólido que una simple hipótesis, chocaba con la teoría que vinculaba a Shapiro con el asesinato de Florín. Lo mismo sucedía con el bombazo.

«Conclusión: los crímenes de Hermes no guardan conexión con los casos de Price&CO.»

¿Y qué coño significaba Jasper?

«Céntrate, Marcos, o perderás el juicio.»

Empezaba a sentir cierta presión craneal. Agobiado, bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo. Tan concentrado estaba observando como el humo se hacía un hueco en la noche, que no se percató de que el granizo le estaba mojando la manga izquierda de la camisa. Volvió a encender la radio. Estaban emitiendo una tertulia en directo sobre el escándalo de Chang, Philippe, Enrich y sus polémicas fotografías. Acababan de situarse en lo más alto del *trending topic* mundial.

En ese momento, justo después de dar la última calada, Tena se acordó de algo. Viajó a su interrogatorio con Gabi, desarrollado en ese mismo asiento minutos después de la muerte de Roberto Mancuso. Ella había admitido haberlo matado. En ese momento no le había dado importancia, pero Gabi había mencionado que Mancuso se ganaba la vida como fotógrafo. Tena también recordó que, al inspeccionar el piso, había encontrado la inconfundible huella de un ordenador portátil en el polvoriento suelo de Mancuso.

Mancuso no era forero, sino un pobre desgraciado a quien alguien borró de la faz de la Tierra para robarle unas fotografías y montar la de Dios.

Junto al cadáver de Mancuso apareció el quinto y último mensaje encriptado, lo que demostraba que a él también lo había matado Hermes, es decir, Shapiro.

¿Por qué querría Shapiro divulgar las fotografías? No tenía ningún sentido. Chang, Enrich y Philippe eran sus socios y cofundadores del Grupo.

Había otra posibilidad.

¿Y si quiso robar las fotografías de Mancuso para todo lo contrario? ¿Y si lo que pretendía era evitar su divulgación, pero llegó demasiado tarde?

Volvió a subir la ventanilla, e inmediatamente el interior del Lexus quedó de nuevo en relativo silencio. Abrumado pero satisfecho por el análisis, dio marcha atrás, y, aprovechando un ensanchamiento del camino previo a la entrada del puente, realizó una maniobra sobre el barro. El motor del coche cambió su rumor bronquítico por un rugido

violento, y los neumáticos derraparon antes de encarar de nuevo la carretera por donde había venido.

Sentía que por fin pensaba con claridad, que la niebla empezaba a disiparse. Ahora sabía que Hermes, el asesino en serie y autor de los mensajes en los papeles de cuaderno, no era otro que Ernesto Shapiro, el mismo que había secuestrado a Jaime Vergara. Recordó las palabras de Bobby Florín aquella mañana en su mansión, mientras bebía un carísimo whisky: *pregúntense quién es el verdadero enemigo, y después piensen si en realidad el asesino de esos traidores está haciendo o no un favor a este país.*

El trayecto que unía el puente con la casa de Lucas se le hizo eterno esta vez. Pasó junto a la agrupación de pinos, pero apenas se fijó.

El granizo había cesado, y sin embargo, los limpiaparabrisas se movían ahora más rápido que nunca.

Todavía no había empezado a amanecer cuando aparcó en el mismo embarrado lugar, junto a la entrada de la finca. La puerta del garaje estaba levantada, y desde el interior del vehículo podían observarse los destellos que generaba la pintura metalizada del Mazda de Lucas como respuesta a los propios faros del Lexus. Parecía más un mal presagio que una invitación.

No salió del coche hasta que se aseguró de tener el revólver cargado y con el seguro quitado. Sosteniendo el arma junto a la cabeza, entró lentamente en la oscuridad del garaje, al fondo del cual se distinguía una puerta metálica de color amarillo. A medida que fue acercándose entre la penumbra, fue tomando consciencia de que algo no iba bien.

—¿Lucas? —exclamó con voz trémula—. ¿Estás ahí?

Si había alguien extraño en la casa, ya debía de saber de su presencia.

Tiró del pomo de la puerta y apuntó a la oscuridad interior con el dedo índice sobre el gatillo.

Considerando la situación del garaje y la distribución de las habitaciones, debía de estar en el salón. Aguzó el oído para percibir algún sonido.

Nada.

Arriesgó pulsando el interruptor y una lámpara de pie ubicada en un rincón constató que, en efecto, se encontraba en el salón, justo detrás de los sillones. Nunca había estado allí de noche y a solas. Olía a pescado podrido, como si no se hubiera vaciado el cubo de la basura desde hacía días.

De pronto, un lamento agudo surgió de la penumbra a la altura del suelo, y el dedo de Tena, movido por un estremecimiento que venía directo del corazón, estuvo a punto de presionar el gatillo.

El policía lanzó un soplo al aire.

«¡Joder, qué susto!»

El gato negro de Simón había aparecido de debajo del parqué y ahora se relamía las partes íntimas sin parecer importarle que hubiera un intruso armado en su salón.

«De debajo del parqué. Espera... ¿qué?»

En el suelo había un hueco, una trampilla abierta que el cuadrúpedo había utilizado para acceder a la superficie.

¿Qué hacía el sótano de Lucas abierto? ¿Y desde cuándo éste tenía un sótano?

Al fijarse mejor, vio que una tímida luz blanquecina era visible desde la trampilla.

Descendió los peldaños de madera con el revólver alineado con la punta de su nariz. Cuando pisó suelo llano, tuvo la impresión de estar en una tumba egipcia. El sitio despedía cierto olor a biblioteca.

El origen de la luz artificial era la pantalla de un ordenador portátil que estaba encendido sobre una mesa, al fondo. Relajó el brazo que sostenía el arma y lo dejó caer.

El silencio trajo consigo una sensación de tensión.

Al mirar en torno a la estancia, esa sala fría que servía de refugio a un hombre solitario, le sorprendió la pequeñez del mundo de Lucas. No llegó a conocerlo antes de la muerte de su esposa, pero desde luego se había ido marchitando desde entonces. Las paredes laterales estaban cubiertas de estanterías repletas de DVD antiguos, un par de orlas de la facultad, una figura de Star Wars, el póster de una rubia despampanante posando en bragas para la revista *Interviú*, y una colección de cuchillos históricos. Resultaba que la imagen que Lucas se empeñaba en mostrar a diario, la de un policía frío e incorruptible, era tan solo un envoltorio. Ese sótano era el baúl de los recuerdos de un ermitaño infeliz.

Fue la primera vez que reparó en que su compañero estaba completamente solo.

Una sensación de culpabilidad le recorrió la espina dorsal, llevándole al borde de las lágrimas.

Fue entonces cuando pensó en la imagen de Emma. El recuerdo de su mujer acostada en la cama, diciéndole adiós con los ojos, con un sentimiento de amor que iba más allá de las palabras.

Agitó la cabeza y se secó las pestañas con la manga de la camisa, que seguía húmeda por el granizo.

Se concentró en el sótano.

Como si le hubieran salido alas y antenas, se sintió poderosamente atraído por la luz que emanaba el monitor. Cuando se aproximó, le costó entender lo que vio. Tena tamborileaba la mesa con las yemas de los dedos mientras intentaba encontrarle una explicación a todo aquello. Con suavidad, sin hacer apenas ruido. Pulgar, meñique, anular, corazón, índice, pulgar...

El menú principal de un foro, en blanco y con letras azules, ocupaba toda la ventana. Entre los muchos temas que había para elegir, el policía se centró en los dos primeros de la lista, que eran los que más visitas habían recibido: *consGrup* y *Manifestaciones*. No hizo clic en ninguno de ellos, pues un nombre en la esquina superior derecha le hizo estremecerse. Se vio obligado a sentarse en la única silla que había.

Era el nombre de usuario con el que se había establecido la sesión: Lando Calrissian.

Un reguero de sudor se deslizó por su espalda. La adrenalina que ahora recorría su cuerpo hacía que le temblaran las rodillas.

Desvió muy lentamente la mirada hacia la derecha del teclado, como si todo fuera a desvanecerse ante la mínima brusquedad. Sobre la mesa había un cuaderno, y en la primera página alguien había escrito un nombre de usuario —Lando Calrissian— y una contraseña alfanumérica que no le decía nada. La cabeza de Marcos Tena se dirigió entonces de manera instintiva a la pared, en concreto a la colección de cuchillos. Estaban dispuestos en fila, colgados minuciosamente a la misma distancia uno de otro. La colección constaba de diez elementos, pero entre el segundo y el cuarto había un hueco libre. La alcajata del tercero todavía estaba clavada en el ladrillo.

Incapaz de levantarse de la silla, continuó examinando el sótano.

Fue lo que vio a continuación lo que lo cambió todo.

Capítulo 27

Dos goterones de agua le cayeron en el rostro nada más salir del garaje. Miró desesperadamente hacia todas las direcciones, incapaz de decidir cuál iba a ser su siguiente movimiento.

Marcos Tena tenía una cosa clara: no debía soltar el revólver bajo ningún concepto.

Solo había estado dentro unos pocos minutos, pero el día apuntaba y el nivel de claridad había aumentado de manera significativa. Gracias a ello, pudo discernir en la lejanía a un animal realizando algún tipo de movimiento sobre un punto concreto del verde. Se encontraba en la recta imaginaria que lo separaba de la bodega abandonada. Echó a correr en esa dirección, sin saber que se estaba dirigiendo hacia su mayor pesadilla.

Al pasar junto a su coche, lo miró sin interés. Ni siquiera se planteó la posibilidad de entrar y enviar un mensaje de socorro a comisaría, algo que, como sabría más tarde, habría sido una excelente idea.

De no haber estado sumergido en un remolino emocional, habría maldecido su tobillo, que le estaba matando de dolor. Pero lo que acababa de encontrar en el sótano de Lucas le había sumido en una especie de shock que le mantenía inmune a cualquier otro factor externo.

Toparse con un extraterrestre tocando la guitarra le habría sorprendido menos.

Detrás del ordenador portátil que Lucas mantenía encendido con la sesión de Lando Calrissian abierta, había colgado un panel de corcho que ocupaba casi toda la pared. Un buen número de fotografías de tamaño estándar colmaban su superficie fijadas por chinchetas de colores. Cuando Tena se aproximó para enfocarlas con la linterna del móvil, comprobó que todas estaban protagonizadas por dos personas. Dos mujeres. Madre e hija. Tena conocía a Sasha, y dedujo que el rostro de más edad, ese de grosera belleza y gélidos rasgos que parecían esculpidos en escayola, pertenecía a la madre. Era Vanya, la difunta mujer de Lucas. En todas las fotos aparecía en primer plano. En todas, insultantemente bella.

El centro del panel lo acaparaba un recorte del periódico local. La noticia se remontaba al año 2021:

EL ASESINO DE VANYA KOVALENKO, ABSUELTO

El titular daba paso a un par de párrafos que Tena leyó con una lágrima zigzagueando en su pómulo derecho. Los segundos que se sucedieron a continuación sirvieron para que el policía conociera el verdadero tormento al que había estado sometido su compañero, Lucas Redondo.

Vanya Kovalenko había sido violada y brutalmente asesinada una mañana de otoño por un tal Jokin «El Pitbull» García, de origen guipuzcoano y miembro del ejército de tierra español. El cuerpo, que fue encontrado a las pocas horas en las faldas del Besaya, presentaba una brecha en el cráneo, que, como se comprobó más tarde, había sido provocada por el fuerte impacto de una piedra.

La investigación policial se había cerrado con la siguiente reconstrucción de los hechos: esa noche, la ucraniana salía del bar de copas donde trabajaba como camarera cuando fue asaltada por un grupo de hombres que iban ataviados con el uniforme oficial del ejército. Entre ellos se encontraba Jokin García. Según la versión del fiscal, los militares, borrachos como cubas, la increparon y la persiguieron hasta acorralarla contra la pared de un oscuro callejón. «Vete a tu país, zorra», fue lo menos zafio que le dedicaron, según oyeron los testigos. «¡Dejadme en paz, puercos!», respondía ella siempre, y cada vez que uno de militares le intentaba poner la mano encima, lo apartaba con brusquedad y firmeza. Fue en el callejón donde El Pitbull, que medía algo así como dos metros, la golpeó y la arrastró hasta su coche. Esa fue la última vez que se vio a Vanya con vida. Su muerte dejó a un policía viudo y una niña pequeña llamada Sasha.

La noticia del periódico no alcanzaba tal nivel de detalle, pero Tena recordaba el caso con suficiente claridad. No obstante, nunca se le pasó por la cabeza que la víctima fuera la mujer de su actual compañero.

El Pitbull fue detenido, juzgado y condenado a diez años de prisión. Una condena irrisoria que provocó más de una manifestación por parte del sector más radical de la sociedad. De lo que Tena nunca había llegado a enterarse fue de que aquel cabrón salió de la cárcel después de solo diez meses de confinamiento. ¿El motivo? Su buena conducta. La terrible realidad era que Jokin García había recibido un trato vergonzosamente favorable debido a la nacionalidad de la fallecida. Era así de simple. El Grupo no tenía poder para expulsar del país a todos los extranjeros legales, pero si resultaban eliminados por causas accidentales, nadie podía acusarles de nada. Con la temprana liberación de El Pitbull mandaban un mensaje muy claro a la ciudadanía: siempre que se tratara de un extranjero, había barra libre para matar.

El propio pueblo se encargaría de limpiar las calles de inmigrantes.

Con miedo a seguir indagando en el pasado de su compañero, Tena se fijó que, en un extremo de la mesa del ordenador, Lucas guardaba una pila de archivadores. En la cubierta del primero venía escrito SHAPIRO con rotulador azul. El jefe de policía sufrió un repentino estremecimiento cuando lo abrió. El archivador contenía decenas de cartas escritas a mano por el propio Lucas, algunas de ellas devueltas directamente sin abrir. Todas compartían destinatario: Ernesto Shapiro, oficinas centrales de Price&CO, Ámbar.

Tena leyó algunas de las misivas. En ellas, Lucas explicaba muy educadamente la delicada situación de su hija, Sasha Redondo. En ninguna se mencionaba el apellido de la madre, Kovalenko, aunque Lucas sabía que Shapiro había sido el principal responsable de la absolución del asesino de su mujer. A pesar de la impotencia y humillación que debía sentir, lo único que pedía era un tratamiento digno para la enfermedad de su hija. No solicitaba un trato de favor; simplemente una cama de hospital y un médico que la diagnosticase y la tratase como haría con cualquier niño español. El tono suplicante del texto mostraba a Lucas arrastrándose como Tena nunca lo había imaginado.

El esfuerzo había sido en vano; ninguna carta recibió respuesta.

Tena cerró el archivador, y una nube de polvo se quedó flotando en el aire en una representación bastante fiel de cómo se sentía por dentro. Desafortunadamente, empezaba a hacerse una idea de la verdadera naturaleza del caso. Una naturaleza que estaba muy por encima de algunos foreros cabreados.

Todavía tenía la visión de Vanya y Sasha tatuada en las llorosas córneas cuando, unos minutos después, descubrió que el animal que escarbaba bajo la densa lluvia no era otra cosa que un perro. Uno que había visto antes. Instintivamente, Tena se detuvo junto al animal y dirigió la mirada hacia la frágil cabaña que soportaba el temporal a menos de un kilómetro de distancia. Era el perro de Chispas el que estaba escarbando, y lo hacía a tal velocidad que cualquiera habría dicho que disponía de correas y palas en lugar de

ligamentos y uñas. Al fijarse con atención en el punto donde el animal trabajaba, vio algo que sobresalía en la tierra mojada.

Si Marcos Tena no hubiera estado bajo los efectos de la adrenalina, habría vomitado.

Era un brazo raquíptico de un amarillo pálido, sin vida. Se agachó para examinarlo de cerca, y una vez comprobó que se trataba del miembro de un hombre adulto todavía por descomponer, se unió al trabajo del chucho. Su curiosidad por conocer la identidad del cadáver pudo con la repugnancia del momento. Por alguna razón, estaba seguro de que encontraría el cuerpo encorvado y arrugado de Chispas, así que cuando apartó de la zona del rostro los últimos restos de tierra, resbaló y cayó de culo contra el barro.

—¡Ah! —chilló, impresionado.

Había visto muchas veces esa cara ancha y defectuosa en las noticias.

Solo necesitó cavar un poco más para desvelar el misterio: alguien le había metido una bala en el corazón.

A medida que la lluvia fue limpiando el cadáver de Ernesto Shapiro, más sombría se hacía la mancha que cruzaba el rictus de Tena. La visión de una lombriz saliendo de la boca torcida del empresario fue suficiente para que, ahora sí, el policía se arrodillara y escupiera un hilo de bilis sobre el barro.

«Quédate quieto. No hagas nada, como si no supieras nada —gritó una parte de su cerebro—. Todo pasará a tu alrededor sin afectarte, y después solo tendrás que ignorarlo como si nunca lo hubieses sabido.»

A su lado, el perro se puso a aullar violentamente con el pelo del cuello erizado, lo que sirvió para que el policía saliera de su ensimismamiento.

Apoyó las manos en la rodilla para tomar impulso y se incorporó con el cuerpo orientado hacia el lugar aproximado donde debía estar la bodega abandonada. Luego echó a correr lo más rápido que su tobillo le permitía. En lontananza, más allá del bosque que ascendía por la colina, los rayos castigaban la sierra *flasheando* a su vez el nuboso amanecer.

Lo que un halcón habría visto de encontrarse de caza en ese momento, habría sido la figura de un hombre que se dirigía hacia el Armagedón arrastrando su pierna por el fango.

Al cabo de unos minutos, cuando ya debía de faltar poco para llegar a la trampilla que accedía al refugio subterráneo, sopesó la idea de telefonar a alguien para contarle sus últimos y decisivos descubrimientos. Primero pensó en Alyssa, pero después vio conveniente obtener un punto de vista más profesional. Así, con sentimientos encontrados, llamó a Mayoral, que descolgó al quinto tono.

—¿Usted duerme alguna vez, Tena?

—Comisario, he descubierto algo.

—¿Ahora? ¿A las seis y media de la mañana? ¿Eso que oigo son truenos? ¿Dónde está, Tena?

—He encontrado a Ernesto Shapiro. Estaba...

—¿Dónde estaba ese cab...?

—...Muerto.

—¿Qué?

—Lo acabo de desenterrar. Tenía un orificio de bala en el pecho.

Mientras esperaba la respuesta del comisario, detectó el claro donde estaba la trampilla. Aceleró el paso y se detuvo junto al tablón de madera.

—¿Dónde? —reaccionó al fin Mayoral.

—En la subida a la sierra, a las afueras de Torrelavega. Muy cerca de donde estuvo secuestrado Vergara. Comisario, han acabado con el Grupo.

—¿Quiere decir que ha sido el mismo que mató a Florín?

—Exactamente.

—¿Y el que publicó y divulgó las fotografías de Enrich, Chang y Philippe?

—Así es.

—Un hombre frío y pragmático, de ser cierto.

—Más furioso que pragmático, diría.

Tena estaba pensando en alguien en concreto, pero no lo mencionó.

—¿Y la explosión en Price&CO? ¿También fue obra suya?

—Es muy probable.

Mientras hablaba, se dio cuenta de que todas esas acciones habían sido producidas en un plazo de tiempo corto, inferior a veinticuatro horas. Como le pasaba siempre, se preguntó por qué no se le había ocurrido antes. Al fin y al cabo, solo era una pequeña vuelta de tuerca de la descripción que Gabi había hecho de la escena final de *El Padrino*. Un solo hombre acabando de golpe con toda una organización de manera casi sincronizada. En ocasiones un detalle marcaba toda la diferencia. ¿Su objetivo? «El mismo que el de Michael Corleone —se respondió mentalmente—: venganza.» Resultó desgarrador caer en la cuenta de que todos los sucesos de esa noche habían ocurrido justo después de que la pequeña Sasha empeorara. Las piezas del Lego estaban encajando todas a la vez, y el resultado era una imagen que no podía soportar.

—¿Sigue ahí, Tena?

El policía, que se acababa de colocar dos auriculares inalámbricos en los oídos para poder utilizar el móvil como linterna, levantó la trampilla. El agujero negro perdiéndose bajo tierra le puso la carne de gallina. Descendió las escaleras cautelosamente, con el revólver dispuesto junto al terminal, cuya blanquecina luz hacía de avanzadilla.

—Sí, aquí estoy.

—Me estaba preguntando qué relación pueden tener estos crímenes con los de los papeles de cuaderno. Estamos hablando del Grupo y la *tribu*, dos bandos enfrentados. ¿Podría ser que Shapiro fuera aquel al que usted llama Hermes, el asesino del cuaderno, y paralelamente exista un segundo criminal, puede que vinculado a la *tribu*, que haya ido a por el Grupo?

—He estado pensando mucho en ello, y creo que no. Me parece que el objetivo de Hermes ha sido siempre el Grupo, más concretamente Shapiro. Los foreros de la *tribu* no eran más que molestas piedras en el camino.

—Explíquese mejor.

—Simón, Goiria y Valbuena habían empezado a rondar por la zona. Estaban muy cerca de encontrar a Shapiro. Eso era algo que Hermes no podía permitir.

—Entonces, ¿Hermes no es Shapiro?

—Lo dudo mucho.

—Tena, habla como si supiera dónde ha estado Shapiro este último año. ¿Me he perdido algo?

—Sencillamente, creo que Hermes tenía escondido a Shapiro, y cuando llegó el momento, acabó con él y con los demás socios.

—¿Cuándo llegó el momento? ¿Qué momento? ¿Quién es Hermes?

—Cuando lo vea, se lo preguntaré.

—¿Qué dice? ¿Es alguien a quien conocem...?

La conversación se interrumpió bruscamente. Al mirar la pantalla del terminal, Tena comprobó que se había quedado sin cobertura.

Enfocó de nuevo hacia adelante y el móvil iluminó el frío túnel de piedra, creándose un ambiente espectral. En la mano izquierda sostenía el teléfono; en la diestra, preparada para ser disparada, el arma. Según avanzaba, sus pasos eran más cortos, y cuando fue

realmente consciente de estar caminando bajo tierra, empezó a notar cierta presión en la tráquea.

Se detuvo en la primera abertura de la pared, la que daba a la celda de los horrores. El mismo hedor insoportable que percibiera unas horas antes le golpeó de nuevo. El rayo de luz se paseaba por la cueva, escudriñando los rincones, con una textura etérea que le confería el polvo del subterráneo. Evitó detenerse en los puntos más desagradables, como la letrina o las manchas en el suelo. Sí se detuvo en el cartel de *Carretera Perdida*, ante el cual esbozó una mueca de disgusto.

En ese momento le pareció oír un murmullo metalizado. Provenía de la otra celda.

Corrió hacia allí con la luz saltando en el muro al compás de su irregular zancada, y comprobó que la caverna estaba vacía. El murmullo, ahora más alto y nítido, salía del conducto de ventilación. Recordaba al ruido generado por una radio analógica mal sintonizada. Atravesó la gruta y se plantó frente a la rejilla con el ánimo de entender alguna palabra.

El temblor del haz de luz no era otra cosa que la proyección de su propio nerviosismo. Su corazón bombeaba como un martillo neumático.

Hubo un chasquido inesperado a su espalda; un chirrido acompañado por un estallido ensordecedor.

Tena trastabilló contra la pared al intentar darse la vuelta de golpe, sin saber qué había ocurrido. El tobillo le ardía de dolor.

Lo primero que pensó fue que lo habían disparado. Se palpó el pie con la mano que portaba el móvil, sumiendo su alrededor en una oscuridad tan solo mitigada por la tenue claridad que penetraba por la claraboya. No sangraba y podía apoyarlo, lo que significaba que no estaba herido.

No había sido la explosión de un disparo, sino la estridencia de dos metales golpeándose entre sí.

«Oh, no...»

Temiendo lo que podría ver, volvió a alzar la linterna mientras se incorporaba y se giró poco a poco. La respuesta le llegó acompañada de un escalofrío. La luz desveló una serie de barrotes de hierro que tapaban la salida de la celda y lo separaban de una silueta con forma humana.

Había alguien allí, con él.

Un susurro áspero como el de una víbora rompió el silencio:

—Hola, Boss.

Capítulo 28

Óliver aguardaba en los asientos traseros de la furgoneta tumbado de lado y con los abrigos cubriéndole el cuerpo. No debía moverse hasta que la calle estuviera desierta.

El motivo de su mimetismo era simple: alguien quería matarlo.

El aviso no tardó en llegar. En cuanto notó un ligero toque en el hombro, se incorporó rápidamente y salió del vehículo. Casi había dejado de llover y las primeras luces del domingo aplicaban una suerte de filtro gris neutro en las calles. Alyssa vigilaba la calle junto a la puerta trasera de la furgoneta. Cora y Sebastian le estaban esperando frente al portal del edificio. Los cuatro entraron con prisa y sin comentar nada.

Los últimos minutos habían sido tan frenéticos que Óliver casi se había olvidado del incompleto frenesí sexual que había compartido con Cora en el albergue. Alyssa había irrumpido en la habitación con una energía impropia de esas horas de la madrugada, y si Óliver hubiera sabido que su vieja amiga se disponía a poner su mundo patas arriba, no habría abierto la puerta con una erección incuestionable por debajo del pijama.

No era así como tenía pensado reencontrarse con Alyssa, pero los trascendentales giros de los acontecimientos relegaron los sentimentalismos a un segundo plano. No había tiempo para escenas.

Contra todo pronóstico, Jaime había vuelto de entre los muertos. Lo habían encontrado cerca de la cueva subterránea donde estuvo secuestrado, y el hombre que estaba detrás de todo no era otro que Ernesto Shapiro. Al escuchar eso, Óliver supo aliviado que ya no tendría que entrar al foro nunca más. Su trabajo había concluido.

El problema era que Shapiro había asesinado a todo aquel que se encontraba próximo a descubrir su escondite. Los cuerpos de Buzz Lightyear, Neil Armstrong y el paparazzi Roberto Mancuso se encontraban diseccionados en alguna cámara frigorífica, y ahora él era el siguiente de la lista. Según le había explicado Alyssa, el empresario había ido dejando una serie de símbolos junto a cada cadáver, y la unión de esos símbolos conformaba la palabra «Jasper». Por alguna razón, Shapiro sabía que él estaba en España, y le tenía en el punto de mira. Estando así las cosas, y dado que acudir a la policía no era una posibilidad debido a su condición de ilegal, el apartamento de Alyssa era la única opción.

Nada más entrar, Alyssa corrió las cortinas y echó el pestillo. Sacó unas mantas para combatir el frío y les ofreció asiento en un sofá de piel blanca, junto al cual había una mesita de Ikea con una lámpara que no funcionaba y una foto enmarcada en la que aparecían Jaime y ella sonriendo. Después, la anfitriona se trasladó a la cocina a preparar café para todos.

—Aquí estaréis seguros hasta que pillen a ese cerdo —se le oía decir desde el otro lado de la isla que separaba la cocina del comedor—. Entonces todo se habrá acabado y podremos retomar nuestras vidas. En el hospital, la habitación de Jaime está ahora custodiada por una pareja de policías, pero aun así no estoy tranquila. Esperemos que mañana le den el alta y pueda venir a casa.

—Tu casa mola. Es muy luminosa, aunque no me la imaginaba así —dijo Óliver mirando en derredor.

—¿Cómo te la imaginabas?

—Más rebelde. Vamos, como eres tú. Nunca pensé que te daría por el minimalismo.

Cora, que se había sentado a su lado, tenía su mano cogida por debajo de la manta. Sebastian, en el sillón individual, guardaba silencio. Parecía congelado.

Alyssa se echó a reír mientras se estiraba para coger la cafetera del armario.

—¿Cómo que rebelde?

—No lo sé, más pasota. Desde luego, el cuadro chillón de arte moderno no te pega nada. ¿Cuánto pagaste por ese par de brochazos? Por no hablar de la mesita de cristal, que casi le quitan las ganas a uno de apoyar los pies encima.

—El cuadro es una réplica de un Tomory Dodge, el pintor favorito de Jaime. Se lo regalé en un cumpleaños. ¡Y la mesa no es para que tú pongas los pies, tío!

Óliver se preguntaba si ya había pasado el tiempo suficiente para anunciar el bombazo que tanto había estado esperando. Desplazó la manta y se levantó para aproximarse a la zona de la vitrocerámica, donde Alyssa rellenaba una cafetera italiana.

—Alyssa —susurró él muy bajito cuando se situó a su altura.

Con las manos en los reguladores de calor, ella ladeó la cabeza y le dirigió una mirada de soslayo.

—¿Qué quieres?

Muy lentamente, y sin apartar la vista de un punto fijo de la encimera, Óliver introdujo la mano en el bolsillo y extrajo algo que mostró a su amiga.

Casi pudo distinguir la cruz cilíndrica dibujada en los ojos de Alyssa cuando esta la identificó como la llave representada en la quinta Polaroid.

Óliver era el único que sabía el verdadero significado que esa llave tenía para ella. El viaje a Oxford en 2006, durante el cual obtuvo la caja musical que nunca abrió, la había transformado como persona. Diecisiete años más tarde, esa caja iba a ser abierta.

Su primera reacción fue abrir mucho los ojos y tensar el cuerpo. Cogió a Óliver de la mano y dijo con el rictus contraído:

—Sígueme.

Se disculparon ante Cora y Sebastian y abandonaron el salón sin llamar demasiado la atención. Ya en el dormitorio, Alyssa se subió a un taburete y rebuscó debajo de una pila de sábanas viejas que guardaba en lo alto del armario. Encontró una caja antigua con aspecto de souvenir.

Tenues rayos de sol entraban en la habitación a través de la puerta que daba a la terraza.

Sentados ambos al borde de la cama, se sonrieron con los ojos. Los rasgos de Alyssa adoptaron la alineación que adoptaban siempre que ella se disponía a desvelar uno de sus misterios de novela negra: ceja levantada y boca semiabierta, mostrando los incisivos.

Tragó saliva antes de abrir la caja y escuchar el tintineo musical. Él la imitó inconscientemente.

Los dos primeros niveles, que en su día Alyssa encontró llenos de relojes y cachivaches, estaban vacíos. En el tercer nivel de la caja había una cerradura con forma de circunferencia. El pequeño arcón bailaba en las manos de Alyssa cuando Óliver acercó la llave que una fatídica mañana de 2006 le regaló la marea.

Ambos sintieron un deleite singular cuando la llave encajó a la perfección. Un estremecimiento recorrió la espina dorsal de Óliver cuando giró la muñeca y la cerradura hizo *clíc*. El tercer nivel se desbloqueó y por fin pudieron ver lo que contenía en su interior.

Eran dos sobres de color crema del tamaño y peso de una carta.

El primero de ellos iba dirigido a dos mujeres:

Para VERO y ALY

Alyssa no dudó en extraer el folio que había en el interior del sobre. En él había escritas, a mano y con un bolígrafo de tinta azul, unas pocas líneas, un número de varios dígitos, y la firma de Charly. El texto decía lo siguiente:

Vero, Aly: por ser las dos únicas personas a las que he amado, recibís todos mis ahorros, los cuales hallaréis en el número de cuenta de abajo. El 50% para cada una. No es demasiado, pero os dará para tapar agujeros. Saludos a Miguelito, mi hermano cobarde y ruin.

Alyssa miró entonces a Óliver por encima del papel y le tendió el otro sobre.

—Este es para ti —dijo. Le temblaba la voz.

Para OLI

Óliver lo sostuvo entre sus dedos de uñas mordidas durante algunos segundos sin dejar de observar su nombre trazado a rotulador.

—¿Te importa si lo leo a solas?

—Por supuesto. Voy a fumarme un cigarro mientras tanto. Necesito asimilar todo esto. Volveré en diez minutos.

Cuando ya había traspasado la puerta de la habitación, Alyssa asomó la cabeza antes de cerrar del todo.

—Suerte, bichito.

Óliver estuvo un par de minutos en silencio sin atreverse a abrir el sobre. Las palabras del Yayo le golpeaban en el cerebro como el mazo de un juez: «*esa llave guarda un secreto que te habría matado de haberlo conocido hace diecisiete años.*» Impulsado por el mismo valor que anima a uno a quitarse un apósito de un tirón, se levantó de la cama y se acercó a la puerta que daba a la terraza. La abrió de par en par y salió al exterior con el sobre en la mano.

Una ráfaga de aire fresco lo sorprendió, llevando el mar a su olfato. Ya no llovía.

Alyssa Grifero expulsó de su boca una gran nube de humo mientras sentía que se acababa de quitar un peso de encima. Miró hacia el cielo a la vez que saboreaba la nicotina de la primera calada y comprobó que el escudo de nubes grises estaba empezando a quebrarse, entreviéndose los primeros claros.

En ese instante, Óliver estaría leyendo la carta de Charly. ¿Qué tendría que decirle? Tenía que ser algo de suma importancia, tanto como para conservarlo durante años en una caja cerrada junto a su herencia, pensó, mientras notaba el áspero picor del tabaco negro en la garganta.

Luego pensó en Charly, y lo hizo como quien evoca a un personaje de ciencia ficción. Había transcurrido tanto tiempo que ya casi no recordaba sus amenazas. Ahora ella volvía a estar junto a su marido, el hombre con quien de verdad le apetecía estar el resto de su vida.

Torció el gesto. Justo antes de que Jaime reapareciera, ella se había acostado con Lucas. Había sido una estupidez, y, no obstante, en ese momento no había tenido la sensación de haberle sido infiel a Jaime. Llevaba un año desaparecido, y durante ese tiempo, en no pocas ocasiones, llegó a pensar que hasta podía estar muerto. ¿Debería contárselo? ¡No! Ella no había engañado a nadie.

Y sin embargo se sentía como una fulana mentirosa.

Había salido del edificio solamente con un jersey y empezaba a sufrir las consecuencias. Aunque no llovía, el viento seguía siendo fresco. Dejó caer a un charco el cigarro a medio terminar y entró en el portal.

Se detuvo frente a la zona de los buzones. Antes, al salir, no se había fijado en que un papel asomaba por la rendija del buzón que estaba a su nombre. Lo cogió con el poco interés de quien espera encontrarse con propaganda de alguna pizzería, pero, para su sorpresa, se trataba de una nota escrita a ordenador. Iba dirigida a ella y no estaba firmada.

Lo que es la vida, ¿verdad, Alyssa?

Pierdes a tu marido, te follas a un policía al que odias, e inmediatamente después reaparece tu marido. ¿No te parece gracioso?

¿Crees que a Jaime le parecerá gracioso?

¿Qué te parece si le digo que escondiste sus fotos mientras besabas a otro hombre en su sofá?

¿Y si le cuento todas las guarradas que hiciste?

Eres una chica mala, Alyssa.

Pero no te preocupes, porque lo puedes arreglar. Tu maridito no tiene por qué enterarse de nada.

Matarás a Óliver Morales, ese amigo tuyo de Berlín que acaba de burlarse de media Europa para volver a casa.

Mátalo inmediatamente, o de lo contrario Jaime sabrá lo zorra que eres antes de que yo mismo lo mate.

PD: el risotto estaba sabroso, casi tanto como tú.

Quien la hace, la paga.

Se apoyó en los buzones para no desmayarse. Notó cierta descompresión en la cabeza, era como si la temperatura corporal le hubiera descendido cinco grados.

Nada más releer el texto para asegurarse de que no estaba en mitad de una pesadilla, corrió hacia las escaleras y comenzó a subirlas de dos en dos.

Apostado en la terraza con el sobre en las manos, Óliver contemplaba el paisaje con aire distraído: más allá de la carretera y las filas de adosados en construcción, la playa se distinguía muy bien desde aquella altura privilegiada. Si aguzaba el oído, podía escuchar el graznido de las gaviotas durante la pesca. Hasta se imaginó a sí mismo corriendo con Aquiles, con los vaqueros recogidos para que mamá no le regañara por haberlos mojado.

Se ajustó el gorro de lana, sin el cual el vendaval estaría ahora enredando su cabello, y extrajo el contenido del sobre —una hoja de papel escrita a mano—. Se apoyó con los antebrazos en la barandilla para paliar la turbación de su interior.

Lo que decía el texto, escrito con una caligrafía alocada, era lo siguiente:

Esta carta va dirigida a Óliver Morales, Oli.

Si estás leyendo esto significa que yo ya estoy muerto, así que no podrás venir a buscarme después. Esa es la parte buena.

La parte mala es que no te va a gustar lo que tengo que confesarte: soy tu padre biológico.

Un reflujo ácido le subió por el esófago.

Apretó la barandilla con fuerza y se echó hacia atrás, aturdido por un repentino vértigo.

Antes de que tú nacieras, tus padres y yo vivíamos en una suerte de triángulo amoroso especialmente nocivo para los tres.

Poco después de la boda, tus padres sufrieron la mayor crisis de su relación. Fue por mi culpa, pero yo poco podía hacer: era un enfermo, un loco obsesionado por tu madre, mi hermanastra. Amaba a Verónica sobre todas las cosas. Pero bueno, eso ya lo sabes.

Vayamos a lo que no conoces.

Alfonso y Verónica estuvieron unos días separados, periodo en que ella se acercó a mí en busca de consuelo. Una noche, en una de nuestras charlas interminables, llegamos caminando hasta el faro. Allí nos emborrachamos. Sucedió algo maravilloso. El mejor día de mi vida.

El resultado de ese algo tan maravilloso fuiste tú, y entonces todo se resituó por sí solo, como piezas imantadas que buscan su polo opuesto para acoplarse.

Alfonso y Verónica resolvieron sus diferencias. Aunque no eras de su propia sangre, Alfonso tenía tantas ganas de ser padre que perdonó a Verónica y te aceptó como hijo suyo desde el momento que te vio nacer en el hospital.

Pero me he saltado algo importante.

Una noche, previa a tu nacimiento y poco después de lo ocurrido bajo el faro y la posterior reconciliación, Alfonso, Verónica, tu abuelo y yo nos reunimos en casa de tu abuelo. Éramos las únicas cuatro personas que conocíamos la verdad. El doctor Salas nos obligó a realizar una serie de juramentos que nunca han sido rotos:

Alfonso sería tu padre en todos los sentidos posibles; te criaría, querría y educaría como si fueses suyo. Por otra parte, Alfonso y yo no volveríamos a coincidir en la misma habitación (esto era importante).

Alfonso y Verónica olvidarían lo sucedido e intentarían crear un ambiente familiar óptimo para el bebé. Si se querían, ese era el momento para demostrarlo.

El juramento por el que más odié a tu abuelo fue según el cual Verónica y yo podíamos seguir viéndonos, pero exclusivamente como hermanastros. Alfonso me amenazó de muerte en caso de que no cumpliera este punto. Además, yo no podría pisar vuestra casa desde ese momento bajo ningún concepto.

Tu abuelo se puso serio. Nos amenazó y nos juró que velaría incesantemente para que los mandamientos anteriores se vieran cumplidos a rajatabla.

Esta es tu historia, Óliver. Merecías conocerla. Has de saber que esto no cambia nada. Yo nunca fui tu padre, tú no lo sentiste y yo tampoco guardé el mínimo sentimiento hacia ti. Tu padre siempre fue Alfonso Morales, como lo demostró cada día desde tu nacimiento hasta su muerte.

Que tengas suerte en la vida.

Tu tío Charly.

En ese preciso instante se oyó un disparo. Óliver notó un dolor muy fuerte en la espalda y su camiseta se tiñó de sangre.

El reloj de muñeca comenzó a emitir pitidos como si fuese una bomba a punto de estallar.

Capítulo 29

A lo largo de su carrera, Marcos Tena había comparado algunas veces las investigaciones policiales con una partida de póker; podía robar algunas ciegas e incluso ganar alguna mano a su adversario, pero, en ocasiones, el tapete estallaba y las escaleras de color empezaban a salir sin control. Fue exactamente eso lo que ocurrió aquella madrugada de otoño en el pasaje subterráneo.

Tena miró hacia los barrotes que le impedían cualquier posible vía de escape. Interrumpiendo el paso de luminosidad que asomaba verticalmente desde la claraboya, había una figura de pie. Se había puesto botas de montaña y un suéter negro, pero el rostro descubierto no dejaba lugar a la duda. Era su compañero.

Un susurro áspero confirmó su impresión.

—Apaga esa luz, joder. Vas a dejarme ciego.

Tena obedeció en silencio. La tenue claridad del exterior iluminaba la cueva más de lo que parecía en un principio con la linterna encendida.

—Sé que tienes cientos de preguntas en tu cabeza, Boss. Pero antes, quisiera hacer yo algunas. —El susurro resonó como el silbido de un reptil—. ¿De acuerdo?

Tena dio un paso al frente y aproximó las manos a los barrotes.

—Vamos, Lucas, ¿qué está pasando? Déjame salir.

Lucas lo detuvo en seco con una brusca elevación del tono de voz.

—¡Ah, no! Primero vamos a aclarar algunas cosas. ¿Está claro?

—Como quieras.

—Primera pregunta: ¿va a venir Mayoral?

—No.

—Acabas de decirle por teléfono dónde estaba enterrado Shapiro.

—Exacto.

—Eso lo atraerá hasta aquí.

—Podría ser. Pero no lo creo. No ha sido una llamada de socorro. Estaba durmiendo plácidamente.

—Vale. Siguiendo pregunta: ¿has bajado a mi sótano?

Era una pregunta tan morbosa que resultaba irritante.

—Sí. Lucas, yo...

—¡Tercera pregunta! ¿Qué has sentido cuando has visto el cadáver de Shapiro?

Las cartas acababan de mostrarse sobre la mesa. Casi sin dejar que acabase la pregunta, Tena levantó el brazo que sostenía el revólver y lo dirigió al pecho de Lucas. O al menos es lo que intentó, ya que, en mitad del movimiento, sus ojos se toparon con el arma oficial de su compañero apuntándole al entrecejo y recordándole que los próximos instantes de su vida no estaban garantizados.

—Tira el arma. Que caiga a este lado de la verja —ordenó, imperturbable.

¿Qué demonios había estado pensando? ¿Que Lucas estaría esperándole allí abajo con una explicación que justificara haber matado a toda esa gente? ¿Que se entregaría?

¡Qué idiota había sido! «Todo el mundo comete errores», se dijo a sí mismo. Pero aquel error podía resultar mortal.

—No volveré a repetírtelo, Marcos. Ti-ra-el-ar-ma.

Tena obedeció, acompañando el lanzamiento de un gruñido. El revólver voló entre dos barrotes y chocó contra la piedra produciendo un eco metálico.

La voz de serpiente habló otra vez, y Tena comprendió al fin qué era lo que no cuadraba. Bajo la sorna provocativa que venía a ser la carta de presentación habitual de Lucas, se percibía una ira nada normal en él. La crispación era parte de su personalidad, pero lo que Tena veía en sus ojos era más desesperación que crispación. Eso hizo que se preguntara qué vendría a continuación. El histriónico estado nervioso de Lucas resultaba contagioso.

—Vale, ahora te toca a ti. Que empiece el interrogatorio —dijo Lucas sin dejar de apuntarlo.

Tena se tomó unos segundos para pensar su primera pregunta. ¿Debía ir al grano? No tenía alternativa.

—¿Eres Lando Calrissian?

—Ya sabes que sí, he sido Lando estos últimos días. Venga, Marcos, ¡esfuéstrate un poco más! ¿Qué pasa por esa cabeza de detective?

Durante los siguientes minutos, especialmente difíciles porque la conversación con Lucas se le iría de las manos y las cartas de la baraja volarían por los aires, Tena no le quitó ojo al filo del machete que colgaba del cinturón de Lucas. Estaba seguro de que era el artículo que faltaba en la pared del sótano.

—Pues me figuro que también eres Hermes. Me figuro que fuiste tú quien quemó el pecho de Teodoro Simón con una plancha. Que escribiste el mensaje en el blog de Goiria. Me pregunto cómo lo hiciste.

—Por supuesto que soy Hermes. Y sí, yo maté a Simón antes de recuperar su usuario y contraseña de su ordenador, y de paso llevarme a su gato conmigo. Asqueroso lo de la plancha, ¿a que sí? Lo del blog fue sencillo: accedí al ordenador de Goiria para escribir ese mensaje poco después de que Fálagan la pegara un tiro. Tenía la sesión abierta cuando llegué. Venga, ¿qué más?

Tena tenía la impresión de que Lucas estaba alardeando de sus crímenes. Quizá podía conseguir que hablara de su motivación para cometerlos y así ganar algo de tiempo a la espera de que alguien acudiera en su ayuda.

Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que a Lucas no le importaba perder el tiempo porque no corría ningún riesgo. Ambos sabían que nadie iría a buscarlos allí abajo.

—Me planteo si también fuiste tú quien robó las fotografías de Mancuso y las divulgó. Y si mataste a Florín, y también si utilizaste la identificación de Valbuena para acceder a Price&CO y poner una bomba.

—Vas bien. Sigue.

—Me pregunto si prendiste la mecha que provocó el cortocircuito en comisaría durante tu propio interrogatorio a Fálagan. Lo que me lleva a cuestionarme si realmente se suicidó o en realidad le pegaste un tiro aprovechando la confusión.

El policía torció la boca en una mueca burlona que respondió por sí misma.

Tena lo miró como si no pudiera creer que el hombre que tenía enfrente fuera capaz de tal sadismo. Era conocida la capacidad del jefe de policía para aparentar tranquilidad en situaciones extremas. Sin embargo, por dentro solo sentía ira. Por la situación en la que se había metido a causa de un error de afecto personal hacia su compañero, y por no haberse dado cuenta antes de que Lucas era el hombre que habían estado buscando.

—Sigue hablando, Boss. ¿Qué más cosas te preguntas?

El susurro adusto era inaguantable.

—Me pregunto por tus chantajes. Me pregunto qué hizo Gabi para que la obligaras a hacer lo que hizo.

—Fálagan, Malick y nuestra querida Gabi eran unos infieles de campeonato. Unos hijos de puta. Tenían familia e hijos, y los engañaron por su incapacidad de refrenar un absurdo deseo sexual.

—¿Los chantajeaste por haber sido infieles?

Lucas asintió, como si la evidencia del comentario le hiciera perder el tiempo. Los cristales de sus gafas lanzaban reflejos hostiles.

—Sí. Es simple. Esta sociedad está infectada. ¿Qué más?

—Me pregunto si tenías una razón de peso para matar a esos foreros.

—Por supuesto.

—Me gustaría conocerla.

—Acabé con ellos porque se estaban entrometiendo.

—¿Entrometiendo en qué?

—Estaban a punto de encontrar este sitio.

—Que era donde tenías encerrados a Shapiro y Vergara, ¿verdad? —Lucas mostró por fin algún signo de emoción. Sus ojos de color miel se abrieron más y su piel palideció un poco—. A uno por venganza, está claro. Destruyó a tu familia y querías hacérselo pagar.

—La provocación no te va a servir de nada, Boss.

—En resumen, secuestraste a un millonario y chantajeaste a tres adúlteros para que mataran a otros tres tipos porque estaban buscando al millonario. ¿De verdad te parece justificable todo esto?

—Esos tres foreros, cuatro si contamos a Mancuso, eran escoria, malas personas que merecían la muerte. Tú mismo lo pensabas. Y ya escuchaste a Florín: el fin justifica los medios, ¿no?

—El caso es que sigo sin entender lo de Vergara. ¿Por qué lo liberaste? ¿Por qué no matarlo también como a los demás?

Tena no conseguía calcular cuánto tiempo había transcurrido desde que comenzaron a hablar hasta que la escalera de color pudo con el póker con todo el dinero sobre la mesa. Ese instante en que Lucas dio un paso con el cañón del arma apuntándole a la frente y tensó los músculos de la mano que la sostenía.

Durante varios segundos lo único que se oyó fue el sonido de la respiración de Lucas. Después, con el brazo muy tenso, le planteó una pregunta con un susurro tan contenido que apenas lo oyó.

—¿Crees que soy un puto psicópata? —Hizo una pausa que duró años ante los ojos de Tena—. ¿Piensas que he hecho todo esto por placer?

Tena apretó los dientes para no temblar ante la idea de lo que una bala de ese calibre podía hacerle a su cráneo desde esa distancia. Se preguntó cuánto tiempo se tardaría en dejar de sufrir en una muerte así.

Decidió que lo mejor era no contestar a la pregunta.

—Vergara es un buen hombre, no merecía morir. —La inesperada respuesta de Lucas le cayó a Marcos como un soplo de aire renovado.

—¿Pero sí merecía estar encerrado como una rata?

—Maldita sea, no entiendes una mierda. —El arrastrado acento del hombre armado rezumaba desprecio—. Fue Shapiro quien secuestró a Vergara y le dejó pudriéndose en la cueva oscura y maloliente del otro lado de la pared. Fue Shapiro quien liberó al asesino de mi mujer. ¡FUE SHAPIRO QUIEN LE NEGÓ ATENCIÓN MÉDICA A MI NIÑA!

Hubo un largo silencio. Los silencios eran buenos. Le daban espacio para pensar, quizás incluso una oportunidad de transformar la ira de su antiguo compañero en otro tipo de sentimiento menos peligroso.

Cuando Lucas habló otra vez, el ronroneo retomó su aspereza natural.

—Sé que piensas que encerré a Shapiro en su propia mazmorra solamente por venganza. Por supuesto que lo hice, y tú habrías hecho lo mismo.

—Por eso te mudaste a esa casa. Para estar cerca de la bodega de Shapiro.

—Premio.

—De modo que lo confinaste en esa celda apestosa de aquí al lado, que era donde él tenía a Vergara, y trasladaste al médico a donde estoy yo ahora, una estancia más *acondicionada*. —Pronunció la última palabra como si la estuviera subrayando—. Joder, Lucas, es terrible.

—No te atrevas a juzgarme. ¿Tienes idea de lo que es vivir con esta impotencia? ¿Lo que supone que las dos únicas personas a las que quieres mueran por culpa del racismo absurdo de un rico loco? Trataré de explicártelo: procuras sobrellevar el día a día como puedes, como si la vida fuese así para ti y no hubiera otra alternativa que joderse y aceptarlo. Nos reunimos en comisaría, perseguimos a los malos, y al final de la jornada, vuelta a casa completamente solo. En mi caso, al maldito convento donde malcuidaban a Sasha. En esta coyuntura, si quieres llegar con vida hasta el final mismo de la noche, no te queda otra que convivir con un furioso fuego en las entrañas que simplemente... no... deja... de... abrasarte.

A Tena le asombró la franqueza de la respuesta. Tuvo el fugaz pensamiento de que estaba logrando interactuar con el lado humano de su compañero.

—Tengo más preguntas.

—Adelante.

—Los papeles de cuaderno.

Un particular brillo de soberbia pareció dibujarse en las pupilas de Lucas.

—¿Cuál era tu propósito?

—Entretenerte. Hacerte bailar de un lado para otro.

—Acabas de reconocer que no eres un psicópata —argumentó Tena—. Seguro que tienes una razón mejor que esa.

—Necesitaba tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para matar a Shapiro y destruir al Grupo.

—Eso no tiene sentido. Tuviste un año entero para matar a Florín y a Shapiro. Lo de las fotos de Mancuso no podías saberlo, te topaste con ellas por casualidad y te vinieron de perlas para dejar vendidos a los otros tres empresarios. ¿Por qué esperar tanto entonces? ¿Por qué arriesgarte a que los foreros, o yo mismo, te descubriéramos? ¿Por qué tomarte la molestia de diseñar un rompecabezas que solo iba a darte algunos días de más?

Hubo un largo y alarmante silencio que podría significar algo. Tal vez por fin le había pillado por sorpresa. O podía ser, simplemente, que su dedo se estuviera tensando en el gatillo. Tena sintió que su estómago se cerraba.

—Matar a Shapiro significaba exponerme demasiado. No podía arriesgarme mientras Sasha me necesitara.

Por fin entendía lo que Lucas intentaba decirle. Trató de que no le temblara la voz:

—Pero hoy lo has matado. Sasha ha...

—Mi hija murió ayer. El juego dejó de tener sentido.

Las piezas del Lego encajaron finalmente, y a Tena se le había terminado el tiempo.

—Lo siento, Lucas. —Fue todo lo que supo decirle a un asesino cuyo revolver estaba a menos de un metro de su cabeza y cuya hija acababa de fallecer.

Miró a su alrededor desesperado. Solo le quedaba una pregunta por hacer, lo que significaba que la conversación estaba a punto de terminar. Todo lo que vendría después sería como jugar a la ruleta rusa, pero sabiendo que ninguna de las opciones que se le

dibujaban en la mente constituía un final óptimo para él. Y además, su contrincante aglutinaba en su interior un cóctel sentimental peligroso. La furia y la tristeza eran dos ingredientes explosivos cuando se enarbolaba un arma.

Lanzó el *all-in* con su última pregunta:

—¿Qué significa *Jasper*?

La crueldad de Lucas rebotó en las paredes de la vieja bodega.

—Es el último de los foreros que me ha estado tocando los cojones. El más listo de ellos, seguramente —dijo, y su rictus se congeló en una mueca más parecida a una máscara que a un rostro humano—. No te preocupes más por él: ya está muerto.

Terminó la frase sacando una llave negra del bolsillo del pantalón, que luego insertó en la cerradura y giró hasta que se oyó un chasquido seco. Sin mirar a su nueva presa, se dio la vuelta y desapareció entre las sombras que daban al túnel de salida.

La magnificencia de las cinco cartas del mismo color, todas consecutivas hasta terminar en el as, dio paso al absoluto silencio.

Capítulo 30

A Óliver le dolían las venas.

Alguien le acababa de disparar por detrás desde la puerta cristalera que comunicaba el salón con la terraza.

Inconscientemente, se llevó la mano libre a la zona del riñón izquierdo, que era la fuente del tormento, y se le tiñó de sangre.

Le azuzó una urgencia repentina; no sabía cuánto tiempo iba a tardar en desmayarse. Entonces se giró y vio a una de las últimas personas que esperaba ver.

Sebastian le estaba apuntando con una pistola de color gris, más parecida a un juguete que a un arma de verdad. La boca del cañón no expulsaba humo, y sin embargo Oliver se sentía como si le hubieran metido un cactus explosivo por la piel.

La bala había rozado su costado. Dos centímetros más hacia el interior, y ahora estaría muerto.

A pesar de todo, la pérdida de sangre y el intenso dolor hacían que la terraza le diera vueltas.

Se esforzó en centrar la vista en el rostro de Sebastian. No parecía el mismo. Lo miraba con los labios muy prietos y la frente brillante por el sudor. No pestañeaba.

Óliver sintió náuseas.

En cosa de un minuto, Charly se había convertido en su padre biológico y su mejor amigo lo había disparado.

—¿Qqq...qué has hecho? —Se le quejaba el cuerpo con solo hablar.

El alemán se limitó a observar su propia arma, que ahora apuntaba al suelo, con el titubeo de quien acaba de prender la mecha de un petardo por primera vez.

Óliver guardó la carta de Charly en el bolsillo del pantalón para tener dos manos con las que taponar la herida.

—¿Por qué? —insistió, sin saber a dónde se dirigía todo aquello.

—Llevo años trabajándomela —dijo el barbudo sin dejar de tensionar los músculos de la mandíbula.

Óliver se preguntó si su completo desconocimiento respecto a lo que Sebastian estaba hablando era debido a que la pérdida de sangre había empezado a afectarle al cerebro.

—¿Pasas dos días con ella y ya se mete en tu cama? —prosiguió el armado.

—¿D-de qué estás hablando?

—Cora. Se mira, pero no se toca. Eso es lo que decía su pañuelo, ¿no?

—¿Me has disparado por Cora?

—Yo ya lo tenía asumido, colega. No pasa nada. Para mí era como estar enamorado de una monja o de la mismísima primera dama. Un imposible. —Empezó a levantar el brazo de la pistola muy lentamente—. Pero cuando esta noche te ha besado en tu cama, conmigo en la habitación, he pensado, ¿qué coño está pasando?, ¿ahora la señorita casta y pura quiere echar un polvo con el bicho raro?

El cañón ya casi le apuntaba a la altura del pecho.

—¿Cómo has metido una pistola en el avión?

Era su nuevo plan improvisado. Hacer muchas preguntas. Las preguntas ganaban tiempo, y el tiempo era la ventaja que le quedaba. Se encontraba herido y arrinconado en una terraza con un hombre armado más corpulento que él. Su única oportunidad era que Cora o Alyssa aparecieran por la puerta antes de que él lo rematara. Y para ello tenía que ganar tiempo.

—No es una pistola convencional —explicó Sebastian.

Óliver se fijó mejor en el arma. Parecía ligera, como de plástico.

—La construiste tú mismo de un material que no levantara sospechas, ¿no es así?

El tirador asintió.

—La llevaba para protegerte, pero vistas las circunstancias, ya ves.

—Imprimiste las distintas piezas en tres dimensiones y las metiste en el avión sin ensamblar. Qué listo.

El arma continuaba ascendiendo.

—Te van a caer muchos años por esto, imbécil.

Las pobladas cejas de Europa del norte se alzaron.

—Eres un fugitivo, ¿recuerdas? Estás aquí ilegalmente. ¡Lo que me va a caer es una medalla por matarte!

El brazo se había detenido a la altura del corazón. En ese instante, su portador, al coger aire con los dientes muy prietos entre sí, emitió un chasquido burbujeante con la boca.

La olla estaba a punto de hacer explosión.

Entonces comenzó en la terraza una vertiginosa pelea a vida o muerte.

A la desesperada, Óliver corrió hacia su enemigo lateralmente y lo envistió con el hombro. El impacto contra la pared de ladrillo reverberó por su cuerpo y repercutió en sus dientes, que castañearon de forma violenta. Había sangre en su boca —se había mordido la lengua— y fue vagamente consciente de que la herida del costado se había hecho más profunda.

Su único anhelo era la pistola. La detectó en microsegundos, todavía entre las manos del bávaro. Se aferró a sus muñecas para evitar que volviera a apuntarle.

El esfuerzo por empujar ambas extremidades hacia arriba y contra la pared, añadido al hecho de que ya no había nada que taponara la herida, provocó en su organismo una incómoda sensación de fuga.

Sebastian, mucho más poderoso que él, emitió un gruñido previo al empujón que lo impulsó de espaldas de nuevo contra la barandilla.

El listón de madera impactó en su columna vertebral con punzante precisión.

Aaaarrgh...

Ahora era Sebastian el que lo acorralaba. Lo único que lo separaba del vacío era una barandilla de menos de un metro de alto. «Aplastado en la calzada» se había unido a «desangrado» y «tiroteado» en la lista de maneras en las que podía morir hoy.

Continuó ejerciendo fuerza en las muñecas de su oponente. Mantener el arma elevada. Eso era en lo único en que podía concentrarse por el momento.

Entonces, con la adrenalina por las nubes y el nivel de sangre descendiendo de forma dramática, tuvo la extraña ocurrencia de que, si el Yayo le estuviese viendo, se reiría de él.

¿Vas a dejarte vencer, así, sin más, mocoso?... La voz del Yayo sonó junto a su oreja. No lo lograrás por la fuerza, estás demasiado débil, insistió la voz ronca y gruñona. ¡A los huevos, carajo! ¡Atácale a los huevos!

Óliver obedeció a la voz, y le propinó a Sebastian un potente y certero rodillazo en la entrepierna que hizo que sucedieran algunas cosas. En primer lugar, el alemán dejó de ejercer fuerza y se encorvó con un chillido ahogado. Sus manos realizaron un movimiento parabólico cuyo destino era la zona dañada, y hubo una fracción de segundo en la que la boca del arma pasó por delante de la cara de Óliver.

Por otra parte, el listón de madera ya no ejercía presión sobre su espalda. El instinto de supervivencia le obligó a llevarse las manos de nuevo a la herida.

En ese corto intervalo de tiempo, Sebastian se había reincorporado. Le estaba apuntando otra vez desde una distancia desde la cual el fallo era improbable.

Volvían a estar con todas las fichas en el lugar de partida, pero Óliver se sentía como si hubiera perdido los alfiles, las torres y la mitad de los peones.

Entonces los dedos de su enemigo se tensionaron y se produjo un nuevo disparo que le impactó en el hombro.

Óliver cayó derribado contra la barandilla. *Game Over.*

¡Grita! ¡Tienes que gritar pidiendo ayuda! Esta vez era la voz de papá en el interior de su cabeza. Los dos se reunirían muy pronto.

—¡Auxilio! ¡Auxiggg...!

Una tercera explosión le acababa de agujerear el estómago. Cayó al suelo arrastrando la espalda contra el muro.

El cañón del arma le apuntaba ahora justo a la frente. Óliver no necesitó ni un segundo para darse cuenta de que, llegado hasta tal punto, Sebastian no lo iba a dejar con vida. No tenía ninguna oportunidad de sobrevivir.

Se preparaba para experimentar la sensación de una bala atravesándole el cráneo cuando sucedió algo inesperado: los ojos y la boca de Sebastian se abrieron conformando una monstruosa mueca de pánico. La figura de Alyssa Grifero había aparecido tras el alemán, y estaba atacando su espalda con la fiereza de un león que acaba de alcanzar a su gacela. Éste manoteaba hacia atrás, a ciegas, intentando zafarse a la desesperada de su cazadora. Se oyó otro disparo. Entonces, el bávaro dejó de agitarse con el fin de darse la vuelta y disparar a Alyssa a bocajarro, momento que aprovechó ella para plantarse firme y clavarle algo en la parte superior de la espina dorsal.

La mano de Sebastian que portaba el revólver se relajó, dejándola caer y rebotar contra el suelo, cuando se desplomó de bruces. Tenía un cuchillo clavado en la espalda.

Capítulo 31

Había vuelto a pasar. Acababa de matar a otro hombre.

Al igual que le sucediera hacía diecisiete años en el bote de Alfred Horner, estaba empezando a perder el control de su cuerpo. Se observó las palmas de las manos, espasmódicas y sanguinolentas, y sintió que el mal penetraba por los poros de su piel.

Sebastian estaba en el suelo, en una postura similar a la que tendría un enorme muñeco de peluche que alguien habría dejado caer. Tenía dos profundas heridas en la espalda. Una, la que le había pillado por sorpresa, en el costado izquierdo; la segunda, todavía con el cuchillo jamonero insertado, debajo del cuello.

Lo veía todo como si estuviera mirando por una cámara de vídeo antigua. La imagen se emborronaba para segundos después volverse nítida de nuevo.

El bíceps izquierdo le quemaba.

Alguien pasó corriendo por su derecha. Era Cora, que se acababa de lanzar al suelo y tenía el rostro contra el pecho de Oli. Lloraba.

Entonces lo vio, y de repente se le cortó la respiración. Cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos deseando haberse equivocado. Pero no. Corrió hacia la figura pálida que tenía delante, apostado contra el balcón y con la camiseta enrojecida.

«¡Oli! ¡No, no, no, no...!»

Se dejó caer en el lado opuesto al que ocupaba Cora. Su amigo respiraba atropelladamente y su cristalina mirada vibraba sin centrarse en nada concreto.

—¡Hay que llamar a una ambulancia! —voceó mientras buscaba su teléfono en el bolsillo del pantalón.

Entonces Óliver susurró algo.

Su propio murmullo parecía distante, perdido en la reverberación de sus oídos.

—M-maximil... —repitió, temiendo que ese esfuerzo fuera el último de su vida.

—¿Qué? No te entiendo. —El desconsuelo de Cora era solo comparable a su propio llanto.

—L-las gafas —insistió—. Traedme las gafas...por...favor.

Sintió que Cora se alejaba de su lado, y al cabo de un tiempo que se le hizo eterno, la notó de regreso. A su derecha le pareció oír la voz de Alyssa comunicando que la ambulancia estaba de camino. Alguien le colocó las gafas en la cara y todo se volvió negro.

Una verdeante pradera se extendió ante él. Volvía a ser un zorro pardo capaz de correr, saltar y morder. Sabía que no tenía mucho tiempo, así que se apresuró. Llegó al elevado de la autopista, el cuál atravesó por debajo, y en muy poco tiempo se encontraba trepando por la picuda ladera de la montaña donde vivían los lince. En mitad de la

multitudinaria manada había un claro de hierba de un verde muy intenso, y en medio de ese claro esperaba sentada una hembra. Sola, expectante. Inquisitiva.

Jasper el zorro se aproximó.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Veo que ya has abierto la carta.

—Sí. ¿Es cierto lo que dice?

—¿Qué dice exactamente?

—Que Charly era mi verdadero padre. Que papá me adoptó. Que mamá, papá, Charly y tú os reunisteis y pactasteis para que yo nunca supiese nada.

Audrey guardó silencio.

—Yayo, necesito saberlo. ¿Es cierto?

—Lo es.

—¿De modo que me mentasteis! ¿Papá no es mi padre, después de todo?

—Para él, tú fuiste su hijo. ¿Y para ti? ¿Qué dice tu corazón?

—Charly nunca será mi padre, diga lo que diga esa carta.

—Entonces nada más importa.

—¡Pero papá me traicionó!

—Lo hizo por tu bien. Os quería demasiado a ti y a tu madre como para dejar que ese tullido se hiciese cargo de todo.

Sintió un profundo espasmo que le golpeó el cuerpo por dentro. Provenía de fuera de Maximilium.

—Yayo.

—¿Sí, Oli?

—¿Lo he hecho bien?

—Lo has hecho fenomenal, enano.

—Te quiero, Yayo.

Los pensamientos se le agolpaban, todo se volvía borroso.

—Te quiero...

Eligió esas dos palabras para expulsar su último soplo. La tráquea se le cerró y la imagen de Audrey dio paso a una tupida oscuridad.

La terraza se había sumido en un místico silencio durante los pocos segundos que Oli había estado dentro de la realidad virtual, hasta que su aliento expresó una inesperada confesión de amor:

—Te quiero...

Ambas mujeres se miraron, arrodilladas una a cada lado de él. No necesitaron hablar. Alyssa sabía que las dos últimas palabras de su amigo habían ido dirigidas a ella, y sin embargo tenía la certeza de que Cora guardaba el mismo convencimiento.

Conmovida, le quitó las gafas, tras las cuales se asomaron dos ojos vidriosos y apagados. El reloj de pulsera había dejado de pitar, y cuando fue a medirle el pulso en la muñeca, se derrumbó.

—Bichito, despierta, dime algo. —Le cogió de la camiseta llena de sangre y lo zarandó—. ¡No te vayas, Oli, joder!

—Es inútil —sentenció la alemana de mechón azul, abatida.

Alyssa sacudía el cuerpo ahora con más vigor.

—¡Despierta, maldita sea, despierta!

—No puede despertar, Alyssa —insistió Cora; la voz se le quebraba mientras intentaba retenerla—. No puede despertar, porque está m...

—¡NO ESTÁ MUERTO! —rugió Alyssa—. ¡OLI!

Y agarró el delicado revólver de plástico que tenía a su lado y lo lanzó hacia el muro de ladrillo, al otro extremo de la terraza; el objeto se hizo pedazos al estrellarse contra la pared.

—Sé quién ha hecho todo esto —musitó de pronto, entre dientes.

La sirena de una ambulancia se oyó en la lejanía. Como si se tratara de un botón que la obligara a actuar, se levantó de golpe y repitió, ahora más alto, nítido y con los puños muy cerrados:

—Sé quién ha hecho todo esto.

Abandonó la terraza sin despedirse de Cora, que se había quedado llorando a Oli. Cuando salió del portal, dejó la puerta abierta para facilitar la entrada de los sanitarios.

Subió a su moto, y solo cuando fue a ponerse el casco se percató de que el codo izquierdo le goteaba. Una mancha roja en la manga de la camiseta desvelaba una fea herida en esa parte del brazo. La ocultó con la chupa de protección y abrió gas, dejando una nube de humo en el lugar donde había estado aparcada la Yamaha.

Llegó al hospital lo más rápido que el motor le permitió. Subió corriendo las escaleras y alcanzó la habitación entre jadeos, donde una pareja de policías vigilaba la puerta. Al reconocerla, la dejaron entrar. Alyssa resopló aliviada cuando vio a Jaime desayunando en la cama.

—¡Cariño! ¿Qué haces aquí? —la saludó sonriente mientras introducía un sobao en un bol con Cola Cao; se le ensombreció la expresión cuando se fijó en la urgencia de ella—. ¿Va todo bien?

Ella se reclinó hacia el colchón y se expresó como lo haría una madre que no puede con el peso de la vida pero que no quiere perder la paciencia con su hijo:

—Necesito que me digas cómo llegar a la casa de Lucas.

Jaime dejó la bandeja en la mesilla y se incorporó hasta quedar completamente sentado.

—¿El agente Redondo? ¿Le ha pasado algo?

—No, nada. Es solo que necesito preguntarle algo enseguida.

—¿Sobre qué?

—Te lo explicaré luego. Es bastante urgente, ¿sabes?

—¿Es algo relacionado con mi secuestrador? ¿Por qué estás tan pálida? Estás sudando.

—¡Cariño, estoy bien! —exclamó, y de inmediato se arrepintió de su tono esquivo.

Jaime torció el rictus.

—Lo siento —se disculpó ella—. Te prometo que te lo contaré todo con más calma. Ahora necesito que me digas cómo llegar a esa casa.

Inequívocamente molesto, Jaime enumeró las indicaciones que recordaba para llegar al chalet del policía. Después, Alyssa le dio un beso en la mejilla que pretendía compensar su mal temperamento y se despidió prometiendo pasarse más tarde.

Según las indicaciones, Lucas vivía a menos de diez minutos por carretera del hospital de Torrelavega. Puede que cinco si se pisaba a fondo el acelerador de la Yamaha.

El viento la golpeaba de frente, como espoleado por la misma rabia que a ella, cuando de pronto tuvo una sensación particular. Era como si acabara de viajar en el tiempo

y se dirigiera a los sinuosos canales del Támesis, en medio de la tormenta, para asesinar a Alfred Horner.

Una misión suicida que la ira no le estaba permitiendo analizar.

Capítulo 32

Vista desde fuera, perdida en medio de la nada, la vivienda de Lucas era más grande de lo que Alyssa había imaginado. Aunque ya no llovía, un fuerte olor a barro y hierba mojada la invadió cuando se quitó el casco.

Dejó la Yamaha junto a un Lexus azul y caminó hacia la casa. Le extrañó ver la puerta del garaje levantada. Antes de entrar, probó suerte con el Lexus, que, para su sorpresa, también estaba abierto. Encontró una fotografía pegada a la guantera en la que aparecían Marcos y una mujer muy guapa de piel bronceada. No había ni rastro de armas, lo cual no le hubiera venido nada mal.

«¿Qué ha pasado aquí? —se dijo—. ¿Dónde te has metido, Don Perfecto?»

Al cerrar la puerta del vehículo, se fijó en un punto en el suelo. Un surco irregular y muy alargado comenzaba en el jardín y se perdía muy lejos, más allá de la pradera. Tenía el ancho de un pie adulto, lo que ayudó a Alyssa a relacionarlo con la cojera de su viejo colega.

Se quedó varios segundos mirando alternativamente al garaje y a la huella en el barro, mientras decidía qué camino tomar. El primero le decía «entra, si tienes huevos»; la segunda, «sígueme». Era más que posible que encontrara a Marcos en algún punto perdido en esa dirección. Por otro lado, la casa de Lucas se encontraba abierta y en un preocupante estado de silencio que la inquietaba.

Se decidió por seguir el rastro en el barro.

Caminó durante algunos minutos mientras procuraba no pensar en el dolor palpitante que le estaba causando el balazo en el brazo. La chaqueta protectora estaba aprisionando la herida, pero la pérdida de sangre era inevitable. A cada minuto transcurrido se sentía más débil.

Pasó junto a un montículo de tierra húmeda que parecía ocultar un viejo tesoro, pero no le dio importancia y continuó hacia donde la dirigía el lastimoso tobillo de Don Perfecto.

La huella moría unos doscientos metros más adelante. El final del camino no era otra cosa que una trampilla de madera muy mal disimulada entre raíces y hierbas muertas.

Tuvo una ocurrencia. ¿Acababa de dar con el lugar donde habían tenido preso a su marido? Fuera lo que fuera ese sitio, parecía evidente que Marcos se encontraba dentro.

Tuvo que realizar un esfuerzo descomunal para levantar la puerta con un solo brazo. La madera hizo un ruido seco cuando aterrizó sobre el barro, que salpicó el rostro de Alyssa. Muy debilitada, contempló el oscuro abismo que había aparecido ante ella.

Descendió hasta que sus pies no encontraron más peldaños. A esa profundidad ya no podía distinguir nada. Buscó a tientas algo que pudiera servirle como arma, y pronto se hizo con una piedra angulosa del tamaño de la palma de su mano. Era poca cosa, pero la ayudaba a sentirse menos vulnerable.

Se oyó una voz distante, perdida en el eco de sus oídos.

—¡Socorro! —volvió a oírse, y esta vez Alyssa lo entendió a la perfección.

«¡Marcos!»

Grifero aceleró el paso en la dirección de la que provenía el grito de auxilio. Caminaba a tientas, palpando constantemente los muros de piedra con las manos. A pesar de la baja temperatura ahí abajo, los nervios provocaban en Alyssa sensación de calor; el sudor le pegaba la camiseta a la espalda. No muy lejos percibió una zona ligeramente menos tenebrosa. Un resquicio de luz natural se asomaba desde un hueco en la pared.

—¿Hay alguien ahí? —volvió a oírse la voz reverberante, esta vez mucho más cercana.

Sintió un brote de esperanza según recorría el pasillo que dirigía a la luz. El final estaba cerca. Se reuniría con Marcos y juntos regresarían a la casa para detener a Lucas.

La llamada de Marcos le había llegado junto a un hedor insoportable que provenía de su flanco izquierdo. No había pared a esa altura del corredor.

El sonido de una respiración profunda provocó que Alyssa desviara la mirada hacia la izquierda. ¿Quién esperaba que fuera? No podía ser otro que Lucas Redondo.

Capítulo 33

Presa de un pánico atroz, Alyssa se enfrentó a la oscuridad. Con el brazo izquierdo anestesiado, cogió impulso con su otra extremidad, la que portaba la piedra angulosa, y se preparó para el lanzamiento.

La piedra no había llegado a abandonar su mano cuando algo la arrolló de frente. El impacto contra el suelo fue tan doloroso y brutal que en un primer momento creyó haber perdido el brazo.

Cuando recuperó la noción del espacio, tomó consciencia de que había caído en la parte iluminada del túnel, muy próxima a la cueva desde donde Marcos no dejaba de pedir auxilio.

Se escuchó el eco de unas pisadas, y aquel que la había arrollado penetró en el área clareada, mostrándose ante ella. Alyssa contempló aterrada el rostro de Lucas. Tan familiar en su forma, tan extraño en su expresión. Como si existiera un monstruo dentro de él y le estuviera devorando para poder salir.

—¿Cómo has podido?

—¿A qué te refieres? —dijo la voz masculina. De no haber estado Alyssa viéndole la cara, habría jurado que ese susurro cáustico pertenecía a otra persona—. ¿Al hecho de que fui yo el héroe que salvó a tu marido?

—Le has destrozado...

—La vida es dura, Aly. A mí también me destrozaron. Y a ti. A todo el mundo.

Alyssa sintió un escalofrío al escuchar a alguien pronunciar su diminutivo mientras la apuntaba con una pistola.

—No te preocupes, Jaime se recuperará. No puedo decir lo mismo de mi esposa y mi hija.

Ahí estaba. La razón de todo. Simple y cruda venganza.

—Yo no tengo nada que ver con ellas.

—¡Por supuesto que no, cariño! —¿Era esa una sonrisa de complicidad? ¿De locura, quizá? ¿De pura ira?—. El culpable de sus muertes fue el mismo que secuestró a tu marido. Estamos en el mismo bando, al fin y al cabo.

Ella fijó su mirada en la punta tenebrosa de la pistola como respuesta a tal incongruente comentario. Él le dedicó una carcajada.

—Cariño, no tenía planeado hacerte daño. Tal vez castigarte por tu poco compromiso matrimonial, pero en ningún caso matarte. —Se relamió los labios—. Lo pasé muy bien esa noche, la verdad es que me sorprendiste.

Alyssa tenía ganas de vomitar.

—No esperaba que me follaras estando casada, sinceramente.

Ella deseó explicarle que en ese momento Jaime estaba más muerto que vivo, pero sabía que sería inútil. Lucas estaba regodeándose.

—No eres más que otra puta, merecías un castigo. —Hizo una pausa que ocupó dando un paso adelante. La boca del cañón se duplicó en diámetro—. No obstante, no

quería matarte. Si no hubieras bajado aquí...

Negó con la cabeza exageradamente.

Entonces se escuchó un repiqueteo al otro lado del pasaje subterráneo, próximo a las escaleras de salida. Se estaba acercando. Cuando Lucas se giró para comprobar de qué se trataba, algo brilló a la altura de su muslo. El filo de un machete, colgando del cinturón. Solo cuando el repiqueteo se hizo tan manifiesto que parecía que iba a darles alcance, un ladrido penetrante disipó todas las dudas. Después se oyó una voz ronca, a medio camino entre la decrepitud y la ebriedad, que dominó todo el túnel:

—¿Quién anda ahí? Ernesto, ¿eres tú?

Hubo una explosión que refulgió en el subterráneo lo justo para que Alyssa viera a un viejo de pelo cano recibiendo un balazo.

Se produjo un segundo de tregua en el que todos los allí presentes parecían preguntarse qué había sucedido. El repiqueteo, que no eran más que las uñas del perro chocando contra la piedra, sonó junto al cuerpo de Alyssa. Una lengua alargada comenzó a lamerle el hombro, y el dolor que la malherida sintió hizo que reaccionara de súbito.

«Hazlo. Acaba con esto, ¡AHORA!», gritó una voz dentro de su cabeza.

Ordenó a sus músculos ponerse en movimiento, aprovechar las últimas reservas de energía. Estaba congelada y no podía mover las piernas. La herida la había debilitado demasiado. Pero necesitaba hacerlo, toda su fuerza de voluntad estaba concentrada en desplazarse.

Al final del pasillo, el viejo caía abatido entre lamentos, desapareciendo en la oscuridad. Del revólver de Lucas brotaba una nube de humo que se perdía flotando en la negrura. Los ladridos agudos del perro rebotaban ahora en las paredes conformando una estridencia casi insoportable. A su espalda, Marcos hacía resonar algo metálico mientras gritaba desesperado. ¿Estaría perdiendo la cabeza?

El machete estaba entre ella y la pierna de Lucas. Alyssa no podía quitarle los ojos de encima. Ese filo era la única alternativa de salir con vida. Se apoyó sobre los codos y forzó todos los músculos de su cuerpo para conseguir erguirse. Le resultó más fácil cuando apoyó el hombro bueno contra la pared. Los pinchazos le recorrían el otro brazo de arriba abajo como una fuerte descarga eléctrica.

No iba a dejar que ese monstruo ganara.

Miró el machete otra vez. «Espacio, no hagas movimientos bruscos». El esfuerzo de incorporarse hizo que su cabeza palpitara y recuperara una imagen casi olvidada: Jaime acogiéndola en su regazo después de que ella matara a Alfred Horner. Siempre había sido su ángel de la guarda.

El arma afilada estaba a un metro escaso. El corredor volvía a estar casi a oscuras, y él estaba comenzando a girarse de nuevo. ¡Tenía que hacerlo ya!

Una vez que lo atacara, ya no habría marcha atrás. Un momento de indecisión, y él la mataría. Un paso mal dado y sería el fin.

Tomó impulso ayudándose del muro y saltó hacia su cintura. Lucas la oyó y se dio la vuelta.

«Demasiado tarde, payaso.» Alyssa había llegado a su objetivo. Cerró la mano en torno al mango y desenfundó el machete de un rápido tirón.

Dedicó la poca fuerza que le quedaba a hundir el filo en el vientre de su enemigo.

Algo había sucedido al otro lado del muro. Al principio no comprendía tanto silencio. Se había desarrollado una conversación en voz baja, pero Tena no fue capaz de distinguir

nada. Después, un ladrido de perro pequeño había irrumpido en el subterráneo. Y, tras él, un disparo que le había encogido el corazón. Luego se habían percibido gemidos lejanos. Esta última secuencia había tenido lugar en un intervalo muy corto de tiempo, puede que cinco segundos en total. Por último, el más absoluto silencio.

Entonces, el chucho de Chispas apareció por el hueco de su cueva, con aire perdido y el pelaje mojado, y se quedó observándole con la cabeza ligeramente ladeada.

«Yo te conozco», parecía estar pensando.

Fue al mirar tras el perro cuando lo vio. Un mechón de cabello negro, inerte sobre la piedra. El resto del cuerpo permanecía oculto tras la pared.

—¿Alyssa?

El perro se acercó al mechón y lo olisqueó. Después comenzó a aullar con la tristeza de un lobo.

—¡Alyssa! —gritó Tena, enfurecido, mientras agarraba los barrotes de la celda con todas sus fuerzas—. ¡Alyssa, Alyssa, Alyssa!

Óliver sobrevolaba el límite del pueblo como una de las tantísimas gaviotas patiamarillas que habían frecuentado la playa a lo largo de su vida. Planeó hacia la izquierda por la calle Granito, allá donde su tía Amelia fue arrollada por un tractor mucho antes del principio de los tiempos. Adquirió velocidad y se dirigió hacia las brisas marinas y las nuevas libertades de la costa. Con la cálida noche silbándole al oído, se sintió maravillosa y peligrosamente a la deriva, lleno de un vértigo exultante.

Ese pueblo, su pueblo, jamás lo abandonaría. Ni tampoco él podría dejarlo atrás totalmente, pero... nunca más iba a vivir en Ámbar. No volvería a sentir los granos negros de arena colándose entre sus dedos, ni sentiría repelús cuando la marea creciera, mojándole los pies.

Transcurrió un tiempo que no fue capaz de calcular. El mechón de Alyssa continuaba en la misma posición sobre el suelo, y el perro le había abandonado, probablemente en busca de su amo.

En cuanto a él, estaba empezando a perder la esperanza. Alyssa estaba muerta, y él, encerrado con la llave fuera de su alcance.

Levantó la vista y miró a través de la claraboya. Estaba cerrada, lo que no le impidió saber que había salido el sol. Pensó en Emma, y sintió un enorme pesar. Tomó consciencia de su situación real cuando se figuró que ella ya estaría preocupada por él. Tanto que a lo mejor se había lanzado a llamar a la poli...

En ese instante lo oyó.

¿Era el sonido de una sirena?

Giró sobre sí mismo, preguntándose qué hacer ahora. ¿Había perdido el juicio? ¡No! ¡Era una sirena de verdad! Tenían que encontrarlo, no podían pasar de largo. Juntó las manos en torno a la boca y gritó repetidamente:

—¡Socorro!

El comisario Mayoral iluminó el suelo con la linterna y se topó con el cuerpo de un viejo. Su cuello no tenía pulso. Tumbado sobre el pecho del viejo, un perro mestizo muy poco agraciado no se separaba de él. Aquel lugar olía a pólvora.

Dejó caer el paraguas sobre el suelo de piedra y enfocó el resto del corredor. No esperaba encontrarse aquello.

Saltó el cuerpo del anciano de una zancada y se dirigió hacia las otras dos figuras. La ambulancia estaba de camino con toda su parafernalia, y el otro coche patrulla venía tras él, pero no podía perder el tiempo.

Alguien gritó desde el fondo del túnel. Era una llamada de auxilio. Conocía esa voz.

«¡Tena!»

Corrió hacia allí, y tuvo que mirar dos veces cuando pasó junto al cuerpo de Lucas Redondo. Su policía tenía un cuchillo insertado en el abdomen; si eso no lo había matado, seguro que lo había hecho la asfixia por el acumulamiento de sangre en la boca y fosas nasales.

El otro cuerpo inmóvil era el de una mujer joven. Atractiva. La piel de su rostro se veía amarillenta y de su brazo izquierdo emanaba sangre.

—Sanitarios, bajen, ¡rápido! —dijo, dirigiéndose al auricular que le colgaba del cuello de la camisa.

Entre los dos cuerpos había un manojito de cinco llaves, dos más grandes y oscuras que el resto.

Cogió el manojito y pudo oír a Tena diciéndole que le sacara de ahí. «¿De ahí?, ¿de dónde?». De pronto, el comisario se vio con muchas cosas que atender y muy poco tiempo para ello. Cada segundo era crucial.

El perro ladró, y un grupo de cuatro personas uniformadas de rojo aparecieron por el hueco de las escaleras. Mayoral señaló el cuerpo de la mujer.

—Creo que todavía está viva —apuntó entre ecos.

Luego, dobló la esquina y se topó con el agente Tena rodeado de barras de hierro y cacharros viejos. Su rictus era el de la misma locura.

Marcos Tena se abalanzó contra la verja en cuanto su comisario insertó la llave y liberó el cerrojo con un *clac*.

En el pasillo, saliendo de la gruta y doblando el muro a la derecha, un equipo de sanitarios trabajaba frenéticamente para salvar la vida de Alyssa. Le habían colocado una mascarilla de oxígeno en la cara, y la manga de su camiseta estaba teñida de rojo. Abandonada en una esquina, vio su chaqueta para la moto.

Tena se dejó caer junto a Alyssa y le acarició la mejilla. Estaba fría. Deseaba hacer algo, colaborar. Acabar con esa pesadilla.

Entonces cerró los ojos y vio a Emma de pie, en la encimera de casa, junto a una banqueta y con la vieja ensaladera entre las manos.

La sonrisa le iluminaba el rostro.

Caminó hacia ella. Emma posó la ensaladera sobre la encimera y colocó dos dedos en los labios de él. Después lo besó.

—Lo has hecho muy bien —dijo—. No te preocupes por nada.

Con los párpados todavía cerrados, Marcos comenzó a llorar. La presión era demasiado fuerte. Se abrazó al cuello de Alyssa con la imagen de su mujer todavía muy

viva en la mente, y rezó para que despertara. No podía permitir que ocurriera, ¡no! La vida de otra mujer arruinada por su culpa era algo que no podría soportar.

Algo le obligó a liberarse del cuello de ella, y cuando abrió los ojos, uno de los sanitarios, un chico corpulento con aspecto de bombero neoyorquino, le estaba mirando mientras el resto colocaba el cuerpo de Alyssa sobre una camilla.

—Tiene pulso y sus constantes respiratorias son estables —dijo—. Sobrevivirá.

Tena se dejó caer de espaldas contra el muro, y contempló rendido cómo se la llevaban hacia la salida del túnel. Enseguida fueron engullidos por la penumbra.

Alguien se sentó a su lado. Era el comisario Mayoral. Observaron el cadáver de Lucas en silencio, así como la pálida y grotesca expresión con la que había muerto.

Tena reflexionó. A pesar de todo, su compañero había sido un buen tipo, y eso era algo que odiaría reconocer en adelante. Lo que Lucas había hecho no tenía justificación, pero, ¿acaso no habría tomado él las mismas decisiones de encontrarse en su lugar? Era imposible saberlo.

Ese pensamiento le condujo a Emma, y en lo mucho que deseaba llegar a casa y acostarse a su lado. Quería terminar de leerle *El señor de los anillos*, y después muchos otros libros más. Redecoraría la terraza y saldrían a menudo a contemplar las estrellas.

Entendió que no era ella la que padecía la malformación más grave. Él había estado ciego durante meses, y eso sí que era imperdonable. Pero esa tarde lo había cambiado todo. Había sido pasajero de un avión que caía al vacío sin motor. Había sobrevivido en un cara a cara con la muerte. Comprendió entonces que su objetivo en la vida no era ser buen policía, sino buen marido. Cuidar de Emma, que no era otra cosa que el amor de su vida, y envejecer junto a ella. Era eso lo que quería hacer.

—Tómese el día libre —dijo Mayoral al cabo de un tiempo.

Tena lo observó como si su superior hubiera dicho la obviedad de que la Tierra era redonda. Ambos rompieron a reír a carcajadas.

—¿Cómo se supone que vamos a proceder ahora? —preguntó Tena mientras se incorporaba. Una vez de pie, le tendió la mano.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, nos hemos quedado sin gobierno. ¿Hay alguna consigna?

—Por supuesto que la hay —dijo Mayoral mientras caminaban hacia la salida—. Mi consigna esta noche es hincharme a cerveza en el primer bar que encuentre abierto.

Tena sonrió.

—¡Ley saludable! —exclamó, entre eufórico y enrabiado. Fueron los últimos ecos que se oyeron en la bodega abandonada hasta la llegada de los miembros de la policía científica.

Cuando Óliver se encontró subiendo unos peldaños oscuros, no sabía cómo había llegado hasta allí. Se sentía maravillosamente ligero. La madera no crujía a su paso, a pesar de que todo tenía aspecto de antiguo y desgastado, y los candiles que colgaban de las paredes iluminaban algo, pero no proporcionaban calor.

Al final de la escalera, una pesada tela de color bermellón que colgaba del techo le cortaba el paso. Había alguien al otro lado. Una respiración agitada, nerviosa. Inhumana. Óliver no necesitó tomar una decisión. El telón se abombó hacia él, y aquel que estaba tras el velo hizo acto de presencia a media altura. Hacía más de una década que no veía esa lengua goteante sobresaliendo del alargado hocico peludo de su mejor colega.

«¡Aquiles! ¿Qué tal estás, amigo?»

Acarició al pastor alemán en cuclillas, a la vez que este le lamía la cara. Casi había olvidado la indescriptible sensación de bienestar que ofrecía el olor animal tan característico de su pelaje.

Después empujó el telón y un espacio amplio apareció ante él, tan oscuro como el corredor por el que había venido, pero con una atmósfera menos cargada. Aproximadamente en medio de la superficie de madera, había un micrófono sobre un trípode. Si desviaba la mirada hacia la izquierda, más allá de un pronunciado desnivel, podía ver una imponente tribuna con cierta inclinación, cuyas últimas filas se perdían en la sombra.

Óliver no vio un solo asiento desocupado.

Plantado detrás del micrófono, y con Aquiles sentado a sus pies, oteó la primera fila. Allí se encontraban, observándole con lágrimas de orgullo que resbalaban por sus rostros, papá, mamá y el Yayo.

Óliver no tenía miedo. En realidad, sentía una placidez infinita.

Carraspeó, y esbozando una bondadosa sonrisa que iba dirigida a papá, dijo:

«Os contaré la historia sobre cómo fui engañado por la persona que más quería.»

Agradecimientos

Ha llegado el momento de dar las gracias.

A Alfonso Palazón, el rey de las correcciones ortográficas.

A Luis Alberto María, y la demostración de que se puede ser buen jefe, buena persona, buen amigo y, también, fotógrafo de autor. Nuestras sesiones anuales van a terminar siendo tradición.

A mis amigos y colegas de trabajo, por estar siempre pendientes y ser los primeros en reservar su ejemplar, aunque a muchos de ellos ni siquiera les guste leer. Gracias por recomendar mis novelas y confiar en mi talento.

A aquellos anónimos (o poco conocidos) que me escriben interesándose por la novela, o que publican maravillosas reseñas en sus webs, o que recomiendan mis libros en las redes sociales sin esperar nada a cambio.

A Fernando Santamaría. Mi padre. Necesitaría un capítulo largo para darte las gracias, pero me ceñiré a tu, como siempre, magnífico y concienzudo repaso que le diste a la novela. Aunque casi haces que la tenga que escribir de nuevo desde cero, gracias.

A mi familia, primos, tíos y cuñados, y por encima de todos, mi hermano y mi madre. Fernando Santamaría y Luisa Aguado. Por meterme en la cabeza ese instinto para contar historias de ficción y hacerme ver la vida como un set de rodaje donde cualquier cosa es posible.

A Silvia Herrero. Gracias por tu imaginación (si te diera por escribir, me pasarías por encima). También por tu apoyo, por tus consejos, por tus correcciones y por darme la idea para la imagen de cubierta. Gracias por los momentos mágicos en el Mediterráneo, donde surgen todas las buenas ideas. Te quiero, y quiero volver a bailar *Rosalita* contigo.

Y a ti, lector, por convertir mi sueño en una realidad. Por hacerme mejorar con cada novela y por seguir confiando en que te sorprenderán mis finales. Si has pasado un buen rato con este libro, cuéntamelo:

El autor

En 2008 terminé la carrera de ingeniero de telecomunicación. Ese mismo año comencé a trabajar para una importante empresa aeroespacial, y tres años después, en otra del sector de las comunicaciones, donde me mantengo hoy en día.

Eso es lo que me da de comer.

Lo que de verdad me pone los pelos de punta, y la razón por la que estás aquí, es porque también escribo novelas de suspense.

Amante de la ficción en cualquiera de sus formas, me chiflan el cine, la buena comida, correr, la música (Springsteen es mi gasolina), la cocina y, por encima de todas las cosas, la escritura. Ah, y los perros. Me maravillan los perros. Si te gusta alguna de estas cosas, es muy fácil que nos caigamos bien.

En la actualidad vivo en Madrid, felizmente acompañado por mi pareja Silvia y mi perro, Yoda, a los que adoro.

www.luisalbertosantamaria.com



© Tierra y Tizón

MENSAJES OCULTOS

Capítulo 1

Son las once de la noche que va a cambiar mi vida, y es la segunda vez que lloro desde que ella me dejó.

Un final apoteósico para un día de mierda, como diría Jokin.

Dejando al margen lo que acaba de suceder, el día de hoy no ha diferido del resto, que también suelen resultar una mierda.

Nada más llegar esta mañana al laboratorio, Jokin me ha dado los buenos días a su manera, sin desviar la mirada de su tarea.

—*Aupaaa...*

Ese alargado sonido gutural me sigue poniendo la piel de gallina.

Sentado en mi puesto, me he ajustado la mascarilla y he encendido el soldador. De nuevo en mi submundo. Sobre el plástico aislante había: una placa virgen, un retorcido alambre de estaño, el soldador y el plano, esta vez correctamente diseñado (no siempre es así). En las tres horas de curro previas al cigarrillo, he dejado listos los microchips y transistores más voluminosos. Voy bien con esta placa. Es lo que se espera de mí: precisión y efectividad. La valoración que hace el ingeniero al término de la soldadura cuenta, por supuesto que cuenta, y si la valoración mensual media baja de seis, puedo darme por despedido.

He salido cinco minutos a fumar un piti, y al volver había dos ingenieros esperándome junto a la mesa con sendas placas para reparar. Eso me ha retrasado. El turno de la mañana suele empezar bien y acabar mal. Tengo que revisar todo aquello que los ingenieros me piden, porque, de lo contrario, la sanción es segura. Para

lograrlo hay que tener una gran concentración y ser diestro soldando.

Con el rabillo del ojo he visto a Sigüenza entrar al laboratorio. No ha dicho nada. Se ha limitado a husmear entre las mesas con las manos entrelazadas por detrás de la espalda. Llevaba la ceja levantada, lo que significa que estaba cabreado. Sigüenza siempre está cabreado. No ha tardado en desaparecer, pero antes de que lo hiciera no he podido evitar levantar la mirada para cerciorarme. Lo he pillado hurgándose la nariz. Él me ha pillado a mí observándole y me ha dedicado una de sus miradas más truculentas. Mierda. He respirado hondo, contado hasta diez, y me he concentrado en las placas.

Por fin ha llegado la hora de la comida. Me he librado de la mascarilla y he apagado el soldador. Al incorporarme, los huesos de mi espalda han hecho croc. Había vida a mi alrededor, pero todo lo que se escuchaba eran los avisperos zumbidos que producen los soldadores, un ruido que ya casi ni percibo. Mis compañeros, concentrados en sus trabajos, no han notado mi marcha. ¿Cuántos seremos en todo el laboratorio? Calculo que más de cincuenta.

No soy más que plástico flotando en el mar.

Esto es lo que hago en mi hora diaria de descanso: visitar el súper, donde compro una barra de pan, alguna bazofia envasada y una pieza de fruta (el agua me la llevo embotellada de casa), y después comer en el solar de hormigón cercano al polígono que un día llamaron *plaza*. Sentado a solas sobre un bordillo, hoy he picoteado una ensalada de pasta mientras pensaba en mi miedo a Sigüenza y su ceja levantada, y en que un día se dirigirá a mí con una carta de despido. En mi miedo a entregar una placa en malas condiciones y que algún ingeniero resabido que acaba de salir de la universidad (esos son los peores) reporte que no soy lo suficientemente eficaz. Mi miedo a que no me contestes nunca, o a que un día deje de saber de ti.

El turno de la tarde ha sido difícil. Todo iba bien (he reparado una de las placas en tiempo récord) hasta que he quemado un condensador de la segunda. La fina columna de humo negro olía tan mal como siempre que se quema un condensador. Es un hedor que

no soy capaz de describir más allá de a *condensador cadáver*, como solemos decir aquí.

—Joder, chaval, ¡eso huele a mierda de rata! —ha gruñido Jokin, delatándome de paso.

El percance ha ocasionado un vergonzoso murmullo en el laboratorio, así que he rezado en voz baja para que Sigüenza no estuviese allí en ese momento. Ha habido suerte.

A partir de ahí, las prisas por solucionar el estropicio han aumentado mi ansiedad y alterado mi pulso. No se puede soldar con temblor en las manos, así que he salido fuera un segundo y me he fumado tres cigarrillos. Los dos ingenieros ya tienen sus placas restauradas, pero no he podido completar la que me habían asignado a primera hora. Otro punto negativo.

Antes de salir, he pasado por el servicio. En los urinarios había otros dos técnicos que no conocía. Casi nadie conoce a nadie aquí; nadie habla, nadie piensa. Los ojos, las manos y el cerebro tienen que descansar. Los pulmones deben respirar aire libre de estaño.

«Mira, es él», ha susurrado uno de ellos, señalándome con las cejas. No quería que yo lo oyera, pero lo he hecho. Las noticias vuelan. He optado por disimular, mear y desaparecer.

Desde fuera, la nuestra era la única nave cuyas ventanas desprendían luz. Los edificios de los ingenieros ya estaban cerrados, pues ellos salen a otras horas más amables. Antes me entraban ganas de gritar por injusticias como esas. Pero ya no. Como solía decirle a mi psiquiatra, nada importará cuando hayamos muerto.

Al igual que cada día de mierda, he tenido que correr más de un kilómetro para llegar al autobús de las nueve y media, el de los soldados. La carrera me ha venido bien, el deporte hace que mis piernas se desentumezcan y la sangre corra por mi sistema circulatorio. El silencio en el autobús siempre es sepulcral. Intento no pensar, no soporto pensar. Hoy, sin embargo, me ha dado por echar cuentas: catorce horas desde que salí de casa, diez horas respirando estaño. Así, seis días a la semana. Mi día libre, que casi nunca coincide en festivo, lo necesito para seguir buscando en internet ofertas de empleo para alguien que no ha pisado una facultad.

A medida que el autobús abandonaba el polígono y se adentraba en la ciudad, los soldados íbamos siendo sustituidos por todo tipo de especímenes de la metrópoli: zombis de corbata, chavales con pantalones anchos (eh, colega, se te ve la hucha), y, en menor medida, jubilados, parejas de instituto y madres primerizas empujando carritos de bebé. A mi derecha viajaba hoy un anciano de mirada risueña, que seguro que se ha prometido a sí mismo ser feliz a pesar de todas las piedras en el camino. Con él, una niña que con su sonrisa podría comerse el mundo ella sola, y de frente, una pareja extranjera. A pesar de su avanzada edad, iban cogidos de la mano. De vez en cuando, uno de los dos susurraba algo que hacía que al otro se le escapara una carcajada. Dicen que el amor no entiende de edad. Para mí es uno de los misterios de la vida: me encontraba ante esa clase de felicidad tan básica y sencilla, y a la vez tan jodidamente inalcanzable.

Al llegar a un cruce con ceda el paso, he fijado mi atención en una pareja de galgos que iban de paseo con su dueña. La fugaz escena me ha recordado las noches en que me despertaba desorientado y sentía que Conan me velaba, en permanente contacto con la forma que mi cuerpo dibujaba bajo las sábanas. Esos detalles te hacen sentir de vuelta en el planeta Tierra. Nunca llegué a sentirme del todo solo con Conan (ni siquiera cuando ella me traicionó). Pero cierto día papá lo llevó al parque sin la correa, y Conan salió corriendo detrás de una border collie en celo, y saltó a la carretera sin ser consciente de que un Opel Corsa pasaba en ese momento a una velocidad mayor de la permitida.

Con la pareja de galgos fuera de mi campo visual, no he podido evitar acordarme de ti. Me tengo prohibido pensar en ti mientras estoy fuera de casa, así que he sacado de la mochila el cuaderno de crucigramas y he empezado uno. Sonia lo habría definido como cosas de pringaos, pero resolver rompecabezas es una de las pocas ocupaciones que (casi) sustituyen al efecto de las pastillas.

«Popular compositor estadounidense, autor de la banda sonora de Eduardo manostijeras.»

6 letras.

E-L-F-M-A-N.

Ya casi lo había terminado cuando el autobús ha llegado a mi parada.

En casa, papá y mamá ya estaban acostados. Me he metido la pastilla y he cenado un sobre de tallarines precocinados que, al microondas, no estaban tan tiesos como prometían. Antes mamá me dejaba preparada la cena y, en una tartera, la comida para el día siguiente.

Pero ahora ya no.

Mil alfileres rodean mis pulmones en todo momento. Día tras día me enfrento a los problemas de mi existencia. Lucho por superarlos, o, al menos, por sobrevivir a ellos. Flota a mi alrededor una frustración constante que me recuerda que nada va a mejorar, que todo es sufrimiento. Pero también hay otra cosa. Cada noche, me encierro en mi habitación y lo consumo. Y me calma. Debería acostarme. Dentro de unas siete horas tengo que volver al autobús y a la mesa que comparto con Jokin, donde me espera una placa electrónica a medio hacer. Pero sigo despierto a pesar del cansancio. Este es el refugio al que vuelvo tras fracasar mil veces en el día. Vuelvo cada noche y todo está bien. Vuelvo, y, en la pantalla de mi portátil, pase lo que pase, estás tú.

Como siempre, me he quedado embobado contemplándote. Si he de ser sincero, en el último vídeo —que ya he visto más de diez veces— has desafinado un ápice. Es como si estuvieras cogida de la garganta. ¿A quién le importa? Eres maravillosa.

Pero lo de hoy ha sido distinto.

Esta noche mis ojos han encontrado algo más que tu rostro meciéndome hasta provocar la visita de Morfeo. Han encontrado esperanza. Estoy tan poco acostumbrado a que me escriban que me ha costado ver que tenía una notificación en Twitter. He ladeado la cabeza como hacía Conan cuando alguien le prometía una golosina.

Eras tú.

Al contener la respiración, los latidos en mi pecho retumbaban con más fuerza.

¿Cómo podías ser tú?

Lo que tenía (y tengo) ante mí era una respuesta a un tuit que te envié ayer. Una chorrada. «Enhorabuena por tu talento. Brillas

con luz propia y llegarás muy lejos. Saludos de un gran admirador», decía mi mensaje. Tú nunca me habías escrito. ¿Por qué ahora? ¿Por qué has contestado a esa gilipollez?

Tu respuesta era un enlace a un audio. No han surgido coros gregorianos ni sirenas de alarma cuando le he dado al play, ninguna sensación de que mi insignificante vida estaba a punto de cambiar. Era una canción. No una tuya, ni una versión realizada por ti, sino un clásico original. La he reconocido enseguida porque solía ponerla papá en el coche en unos tiempos que ahora me parecen el sueño de otro. Son los melancólicos primeros compases de How can you mend a broken heart, cantada por Al Green.

Me he puesto los auriculares para escucharla a un volumen alto y en intimidad. Hacia el medio minuto de canción, han empezado a picarme los ojos. En el estribillo, he roto a llorar. No un sollozo desgarrado, solo algunas lágrimas deslizándose huidizas por mi mejilla. Pero el sentimiento ha sido potente, surgido desde lo más profundo de mi pecho. ¿Por qué me has enviado este tema? ¿Qué significa para ti?

Son las once de la noche que va a cambiar mi vida, y es la segunda vez que lloro desde que ella me dejó.

La canción se corta tan bruscamente como mi llanto. Algo sucede. El audio se ha quedado pillado en un punto, y repite la misma palabra una y otra vez, como cuando se raya uno de esos antiguos discos de vinilo que conocí en las películas y que ahora vuelven a estar de moda. En la oscuridad de mi habitación tiene algo de tétrico. Mi indignación inicial se convierte en confusión cuando fijo mi atención en la palabra que continúa repitiéndose a través de los auriculares:

Help, help, help, help, help...

La pantalla brilla con más fuerza ahora. O es la habitación la que ha desaparecido, no lo sé. Estoy a punto de caer en un oscuro abismo cuando se oye una voz en la lejanía:

—¿Qué haces, gatito?

¡Mierda, es ella! ¡Ahora no!

Arrojo los auriculares contra el escritorio y cierro la pantalla del portátil de golpe.

Me está observando desde el hueco de la puerta, y no quiero que vea lo que estoy haciendo.

La luz artificial que entra en la habitación es tenue, pero mis ojos se han acostumbrado al brillo de la pantalla y tengo que pestañear repetidas veces.

Aun así, reconozco a Sonia bajo el marco de la puerta. Lo habría hecho incluso a oscuras, solo por la voz.

—¿Qué haces aquí? —le digo. De repente tengo calor.

—Y tú, ¿qué estabas viendo? ¿No será porno? Dime que no es porno.

Su voz no es más que un susurro.

—¿Po-por qué crees que es porno?

—Cuando alguien cierra el portátil así, el motivo suele ser el porno.

No entiendo cómo antes podía atraerme su irritante seguridad.

—No es porno. Son cosas mías —respondo, y de inmediato me pregunto por qué tengo que darle explicaciones.

Sonia se encoge de hombros y enciende un cigarrillo, a pesar de que sabe que no me gusta que se fume en mi habitación. Quizá por eso lo hace.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Es que una no puede venir a ver a su novio? Tienes esto lleno de polvo, ¿sabes? Si esa mesa fuera el capó de un coche, alguien escribiría «guarro» con la punta del dedo.

Con el dorso de la mano me seco las lágrimas que se me han quedado atrapadas entre las pestañas, y ella lo advierte, porque arruga la nariz.

—¿Estabas llorando?

—No. Es tarde, Sonia, y mañana me levanto temprano.

Una manera sutil de echarla de mi dormitorio.

Ella no me cree, por supuesto, es demasiado lista. Vuelve a mirar el portátil, esta vez con más curiosidad que antes, y abre la boca como queriendo decir algo, pero finalmente se arrepiente y cambia de tema.

—¿Qué tal en el trabajo?

Cada vez que le da una calada, la punta del cigarrillo se ilumina, y entonces puedo ver su rostro: pálido, curvilíneo y con los ojos grandes y oscuros como un personaje de manga.

—Una mierda, como siempre.

—Pues tienes que aguantar, por tus padres. Eres el único que trae dinero a casa ahora.

Me río, aunque por dentro siento ira.

—Lo dices como si no lo supiera.

—¿Qué tal tu madre? ¿Ha mejorado del Alzheimer?

—La semana que viene tenemos cita con el especialista. Y tiene demencia, no Alzheimer.

—¿El Alzheimer no es la forma técnica para referirse a la demencia?

—Pues no, Sonia, no lo es.

—¿Le sigue fallando la memoria? —pregunta, como si no fuera consciente de estar tocándome las pelotas.

Asiento con la vista fija en las pelusas que hay en la tarima.

—Cada vez más.

—Lo siento.

Se queda en silencio con la mirada perdida. Por primera vez desde que ha venido, parece vulnerable. Yo me levanto y voy hacia ella. Le arrebató la colilla encendida de entre los dedos, me acerco a la ventana, la abro, y tiro la colilla a la calle.

—¿Estás enfadado conmigo, gatito?

—Ya sabes que sí.

Señala el portátil y sopla hacia arriba. Su flequillo baila.

—¿Por eso no quieres enseñarme lo que estás viendo?

—Es personal, ¿vale? Y no es porno.

Con toda naturalidad, como si mis palabras llenas de rencor no le afectaran lo más mínimo, se acerca a mí y se pone de puntillas para darme un beso de despedida como ha hecho siempre. Su rostro, a la luz azulada de la calle, parece todavía más infantil de lo habitual.

Me agacho con torpeza para besarla en la mejilla, pero ella gira el cuello en el último momento y me besa en los labios. Su aliento desprende un sutil aroma a nicotina.

Tengo la lengua de Sonia dentro de mi boca. La noto seca y con sabor a traición.

—Te dejo dormir, gatito —dice, y se vuelve hacia la puerta—. No te metas en líos.

Estoy solo otra vez. Me aferro al portátil, mi flotador en medio del océano, y me acurruco con él en un rincón de la cama. Según asegura cierta psicóloga rusa de apellido complicado, al cerebro humano le cuesta dejar las cosas sin terminar (esa y no otra es la razón por la cual sufrí de insomnio durante la emisión de Perdidos, o el motivo por el que tuve que dejar las novelas de Agatha Christie). Zeigarnik, eso es, ese es su apellido. Total, que la teoría de Zeigarnik vuelve a darme otro bofetón de realidad cuando me coloco los auriculares de nuevo, abro la pantalla y me enfrento a tu respuesta. A tu audio. Al acontecimiento del año.

Como no he dado al botón de pausa cuando Sonia me ha interrumpido, la canción de Al Green ha continuado reproduciéndose hasta el final, y ahora no se oye nada. Coloco el cursor al inicio de la canción y la escucho otra vez. Vuelve a cortarse en el mismo punto. *Help, help, help, help...*

Repito el proceso y me quedo traspuesto, a ritmo de soul, pensando en la primera vez que te vi. ¿Quién tuvo la culpa de que nuestros caminos se cruzaran? Esa es la gran pregunta. Y la respuesta es inapelable: la culpa la tuvo Sonia. No lo pienso por despecho, sino porque es la verdad.

Una tarde, durante las vacaciones de Semana Santa, tuve una fuerte discusión con Sonia. Llevábamos días hablando de hacer una escapada a la playa aprovechando los días de buen tiempo. La tarde previa la llamé por teléfono en busca de asesoramiento.

—¿Crees que debería llevar la crema solar del treinta o del cincuenta? Ya sabes que me quemó como un alemán en Mallorca.

Hizo una pausa larga, y eso era nuevo; ella nunca estaba callada más de dos segundos seguidos.

—No lo sé, gatito —dijo, adoptando una voz trémula.

—Bueno, pues me llevo la del factor cincuenta, que ya se sabe que es mejor prevenir que curar.

—No me viene bien ir mañana. Arancha está agobiada con las oposiciones y he prometido ayudarla.

Arancha era la novia de Jonathan, mi mejor amigo, lo que, visto en retrospectiva, resulta irónico. Yo empecé a soltar frases atropelladas que en esencia podrían resumirse en: veo que no soy tu prioridad. Hasta que un pitido intermitente acalló mis quejas. Sonia me había colgado —nunca antes lo había hecho—, y yo estaba furioso por ello. También estaba furioso por haber sido tratado de segundo plato.

En la calle hacía un tiempo de mil demonios. La lluvia repiqueteaba con tanta fuerza en el cristal de mi habitación, que recuerdo imaginar a un grupo de pequeños duendes alados tirando garbanzos secos a puñados desde el cielo. Cuando mamá avisó de que la cena estaba lista, acudí a la cocina. Papá estaba sentado a la mesa. Un vaso de whisky del que solo quedaban los hielos estaba dejando una marca de condensación en el mantel. El rictus sombrío y cabizbajo de papá me dejó sin habla, y el cabreo anterior se convirtió de súbito en un miedo un tanto extraño. Durante la cena, papá nos comunicó que el gerente del supermercado les había reunido a todos de manera urgente y sin previo aviso. Necesitaban hacer recortes de personal y sobraban, entre otros, dos charcuteros. Él sería uno de los prescindibles.

El despido fue lo que le abrió la puerta al alcoholismo. La enfermedad de mamá terminó por empujarlo hacia lo profundo de la adicción.

Esa noche navegué por internet en busca de consuelo, simple entretenimiento. Tirando por la vía rápida, probé con porno gratuito. No surtió efecto. Después deambulé asqueado de video en video en YouTube. Visioné un tutorial para un videojuego cuyo nombre no recuerdo, y también varios fragmentos de bandas sonoras de películas interpretadas en directo. Eso hizo que el buscador de YouTube empezara a recomendarme vídeos musicales, lo que a su vez me condujo a cuentas de personas que habían grabado, desde sus respectivas casas, sus propias versiones de temas populares. La mayoría tocaban la guitarra a la vez que cantaban, algunos de ellos con talento.

Pero ninguno se acercaba a tu majestuosidad.

Solo el mejor poeta del mundo podría describir lo que sentí la primera vez que te vi. Interpretabas a Bonnie Tyler. Tu voz, al igual

que tu apariencia, era al mismo tiempo frágil y extrañamente seductora. A pesar de la pantalla que nos separaba, vi que tus ojos eran limpios y luminosos, de un verde en el que podía sumergirme para siempre sin añorar el escarlata de los labios de Sonia. Se expresaban por sí mismos con la canción. Enamoraban. Pero lo que centelleaba en ellos, si se observaba con interés, no era la inocencia de la juventud, sino el hielo cegador de la ambición. Cantabas con la dulzura de alguien que puede ver el futuro y se está regodeando de lo que ve. No era difícil imaginarte sentada en un taburete, sobre un escenario y abrazando tu guitarra, mientras miles de fans coreaban tus letras.

Cuando el vídeo terminó, una capa húmeda cubría mis ojos. Sin pensarlo demasiado, volví a reproducirlo varias veces más.

Esa noche no dormí. El alba me pilló viendo tus vídeos uno detrás de otro. Me suscribí a tu canal y a tus perfiles en redes sociales. Era habitual que, al comienzo o al final de cada vídeo, les dirigieses algunas palabras a tus espectadores. Resultaba embriagador imaginar que esas palabras me las dirigías solo a mí.

Tenías más de mil seguidores y tus vídeos contaban con algunas reproducciones, pero recuerdo sorprenderme por ello; me parecía poco. Ese talento, esa belleza sin igual, no podía desperdiciarse en un canal de internet.

¿Quién tuvo la culpa entonces de que te encontrara? Justo es admitir que una pequeña parte de la culpa la tuvo papá, o, para ser más precisos, el gerente del supermercado que lo despidió. Pero la responsable fue sobre todo Sonia, y algo bueno saqué de todas aquellas mentiras: mientras te miraba embelesado a través de mi ordenador, su hipócrita sonrisa desaparecía por un tiempo de mi mente.

Help, help, help...

Me despierto con el corazón como un martillo neumático. Según los dígitos rojos del despertador, son las 2:17 de la mañana. Veo la luz azul del cartel del chino 24 horas por la ventana de la habitación.

Desorientado, me levanto de la cama, dejo el portátil y los auriculares en el escritorio, y me dirijo al cuarto de baño. Orino sin encender la luz (papá y mamá duermen con la puerta abierta y no

quiero despertarlos) y regreso al dormitorio. Tengo tu rostro en la mente y no dejo de tararear la canción de Al Green. ¿Por qué me inquieta tanto?

Me meto en la cama y te imagino en un escaparate, como un maniquí con maquillaje. Pienso que es una versión de ti misma que te gusta. En algún momento me duermo con un pensamiento en la cabeza tan simple como demoledor: ¿Qué ropa te pondrás para dormir? ¿Estarás haciendo el amor con tu novio justo en estos momentos?

[Continúa leyendo la novela aquí](#)

LUIS A. SANTAMARÍA

MENSAJES OCULTOS

<ayúdame...>

UN THRILLER PSICOLÓGICO



[1] *Invictus*, poema breve escrito por William Ernest Henley en 1875.